

Jeffrey Eugenides

# MIDDLESEX

Premio Pulitzer



Lectulandia

Cal Stephanides es agregado cultural en la embajada de los Estados Unidos en Berlín. Enamorado de una mujer pero temeroso de lo que pueda suceder en el momento de la verdad, cuando caen máscaras, velos y vestiduras, decide, ya en «la mitad del camino de la vida», contar su historia, revelar su secreto. Porque Cal, como Tiresias, ha vivido como mujer y como hombre.

Todo comienza en 1922, cuando Desdémona y Lefty Stephanides, los abuelos de Cal, que vivían en una pequeña aldea cerca de Esmirna y pertenecían a la comunidad griega de Turquía, huyen tras la guerra entre estos dos países. En el caos de la destrucción de Esmirna consiguen escapar con documentos falsos. Están enamorados y, en medio de un mundo que se derrumba, Desdémona finalmente accede a olvidar el tabú fundamental. Se casan en el barco que los lleva a los Estados Unidos y se instalan en América, en casa de su prima Lina y su marido. Y las dos parejas tendrán a sus hijos casi al mismo tiempo, y estos hijos, en un doble o triple juego de consanguinidades, se casarán y serán los padres de Cal. Que cuando nace es Calíope, y parece destinada a encarnar la leyenda que se contaba en secreto en la aldea de sus abuelos sobre esas niñas que cuando llegaban a una cierta edad se transformaban en hombres.

Y así comienza la exhuberante, inmensa, esperadísima segunda novela de Jeffrey Eugenides, un caleidoscopio de historias que abarca ocho décadas en la historia de una familia, que va de Asia Menor a Detroit y a Berlín y es uno de los intentos más ambiciosos y logrados de escribir ese inasible, oscuro objeto del deseo literario, la Gran Novela Americana. En esta ocasión, con magníficos ecos homéricos.

Lectulandia

Jeffrey Eugenides

**Middlesex**

**Premio Pulitzer 2003**

ePub r1.1

x3l3n1o 22.05.14

Título original: *Middlesex*  
Jeffrey Eugenides, 2002  
Traducción: Benito Gómez Ibáñez  
Diseño de portada: x3l3n1o

Editor digital: x3l3n1o  
Corrección de erratas: Castroponce  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Yama,  
que está hecha de un material genético  
completamente diferente

# LIBRO PRIMERO



# LA CUCHARA DE PLATA



Nací dos veces: Fui niña primero, en un increíble día sin niebla tóxica de Detroit, en enero de 1960; y chico después, en una sala de urgencias cerca de Petoskey, Michigan, en agosto de 1974. Los lectores de publicaciones especializadas quizá se hayan topado conmigo en el artículo «Identidad sexual en los pseudohermafroditas con deficiencia de 5-alfa reductasa», del doctor Peter Luce, publicado en la *Revista de Endocrinología Pediátrica* en 1975. O puede que hayan visto mi fotografía en el capítulo dieciséis del ya tristemente anticuado *Genética y herencia*. Ahí salgo yo, en la página 578, desnudo, de pie junto a un indicador de estatura, con un rectángulo negro velándome los ojos.

En mi partida de nacimiento, mi nombre figura como Calíope Helen Stephanides. En mi último carné de conducir (de la República Federal de Alemania), mi nombre de pila es simplemente Cal. He sido guardameta de hockey sobre hierba, miembro durante mucho tiempo de la Fundación para Salvar al Manatí, esporádico asistente a la misa ortodoxa griega y, durante la mayor parte de mi vida adulta, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de Estados Unidos. Como Tiresias, primero fui una cosa y luego otra. Fui ridiculizado por mis compañeros de clase, convertido en conejillo de Indias por los médicos, palpado por especialistas y calibrado por Don Dinero. Una pelirroja de Grosse Pointe se enamoró de mí, sin saber lo que era. (También le gusté a su hermano). Un carro blindado me condujo a una batalla urbana; una piscina me convirtió en mito; abandoné mi cuerpo para tomar posesión de otros: y todo eso ocurrió antes de que cumpliera dieciséis años.

Pero ahora, que tengo cuarenta y uno, siento que se acerca otro nacimiento. Tras decenios de despreocupación, de pronto pienso en tíos abuelos fallecidos, en abuelos olvidados mucho tiempo atrás, en desconocidos primos de quinto grado, o bien, tratándose de una familia endogámica como la mía, en todo eso a la vez. De manera que, antes de que sea demasiado tarde, quiero ponerlo por escrito de una vez: ese viaje en montaña rusa de un solo gen a través del tiempo. ¡Háblame, Musa, de la mutación recesiva ligada a mi quinto cromosoma! Háblame de cómo prosperó dos siglos y medio atrás en la falda del Monte Olimpo, mientras las cabras balaban y las aceitunas caían al suelo. Háblame de cómo se transmitió a lo largo de nueve generaciones, invisible y agazapado en el contaminado seno de la familia Stephanides. Y háblame de cómo la Providencia, amparándose en una matanza, aventó de nuevo el gen; háblame de cómo lo lanzó cual semilla al otro lado del océano hasta América, donde empujado por el viento atravesó nuestras lluvias

industriales hasta caer en el terreno fértil del vientre de mi madre, en plena región central del país.

Si a veces me pongo un poco homérico, lo siento. También es algo genético.

Tres meses antes de mi nacimiento, al término de una de nuestras elaboradas comidas de los domingos, mi abuela, Desdémona Stephanides, ordenó a mi hermano que le trajera su caja de gusanos de seda. Capítulo Once se encaminaba a la cocina con intención de servirse otro plato de arroz con leche, cuando ella le cortó el paso. A los cincuenta y siete años, con su corpulencia y su baja estatura, por no mencionar su intimidante redecilla, mi abuela estaba perfectamente configurada para interponerse en el camino de la gente. Tras ella, en la cocina, se había congregado el amplio contingente femenino de la jornada, riendo a carcajadas y hablando en murmullos. Intrigado, Capítulo Once se inclinó a un lado para ver lo que pasaba, pero Desdémona alzó la mano y, con pulso firme y aire hegemónico, le dio un pellizco en el carrillo. Tras lograr que le prestara atención, trazó un rectángulo en el aire y señaló al techo. Luego, a través de su mal ajustada dentadura postiza, le dijo:

—Tráeselo a la *yiayiá*, cariño *mu*.

Capítulo Once sabía qué hacer. Corrió por el pasillo hacia el salón. Subió a gatas la escalera hasta el segundo piso. Pasó corriendo frente a las habitaciones. Al fondo del pasillo del piso de arriba había una puerta casi invisible, cubierta con papel pintado como si fuera una entrada secreta. Capítulo Once localizó el picaporte con la cabeza y, empleando todas sus fuerzas, abrió la puerta. Detrás había más escaleras. Durante un largo rato mi hermano escrutó la oscuridad que se cernía sobre él, antes de subir, muy despacio ahora, al desván donde vivían mis abuelos.

Calzado con sus playeras, pasó bajo las doce jaulas, alfombradas con húmedas hojas de periódico, que colgaban de las vigas. Armándose de valor, se sumió en el acre olor de los periquitos y en el aroma particular de mis abuelos, una mezcla de hachís y bolas de naftalina. Le costó pasar frente a la mesa atestada de libros de mi abuelo y su colección de discos de *rebético*. Al fin, tropezando con la otomana de cuero y la mesita redonda de cobre, encontró la cama de los abuelos y, debajo, la caja de gusanos de seda.

Tallada en madera de olivo, algo mayor que una caja de zapatos y llena de diminutos agujeros, tenía un icono de un santo irreconocible en la tapadera de hojalata. La cara del santo estaba borrosa, pero los dedos de su mano derecha se alzaban para bendecir una morera achaparrada, de color púrpura, con exagerados aires de autosuficiencia. Tras contemplar durante un rato aquella vívida presencia botánica, Capítulo Once sacó la caja de debajo de la cama y la abrió. Dentro había dos coronas nupciales hechas con unos cabos de cuerda y, enroscadas como serpientes, dos largas trenzas de pelo, atadas con sendas cintas negras en franco estado de deterioro. Tocó una de las trenzas con el dedo y, en aquel preciso momento,



gritó un periquito. Mi hermano, sobresaltándose, cerró la caja, se la puso bajo el brazo y descendió apresuradamente la escalera.

Desdémona seguía esperando en el umbral. Tras cogerle la caja, volvió a la cocina. En ese momento, Capítulo Once pudo echar un vistazo a la estancia, donde todas las mujeres se habían quedado calladas de pronto. Se apartaron para dejar paso a Desdémona y allí, en medio del linóleo, apareció mi madre. Tessie Stephanides estaba reclinada en una silla de cocina, inmóvil bajo el globo enorme de su vientre, tenso como la piel de un tambor. Tenía una expresión feliz e indefensa en el rostro, encendido y rubicundo. Desdémona dejó la caja de los gusanos en la mesa de la cocina y abrió la tapa. Hurgó bajo las coronas nupciales y las trenzas y sacó algo que Capítulo Once no había visto: una cuchara de plata. Ató un cordel al extremo de la cuchara y luego, inclinándose, la balanceó sobre el vientre de mi madre. Y, por extensión, sobre mi cabeza.

Hasta entonces Desdémona había tenido un historial perfecto: veintitrés estimaciones acertadas. Había adivinado que Tessie iba a ser Tessie. Predijo el sexo de mi hermano y el de todos los niños de sus amigas de la iglesia. Las únicas criaturas cuyo sexo no había adivinado eran sus hijos, porque sondear los misterios de su propio vientre traía mala suerte a la madre. No obstante, exploraba sin miedo los de su hija. Tras algunos titubeos iniciales, la cuchara osciló de norte a sur, lo que significaba que yo iba a ser varón.

Despatarrada en la silla, mi madre intentó sonreír. No quería un chico. Ya tenía uno. En realidad, estaba tan segura de que yo iba a ser niña que sólo tenía pensado un nombre para mí: Calíope. Pero cuando mi abuela gritó en griego: «¡Es niño!», el grito resonó por la cocina, salió al pasillo y su eco llegó al salón, donde los hombres estaban discutiendo de política, y mi madre, al oírlo repetido tantas veces, empezó a creer que podía ser verdad.

Pero en cuanto mi padre lo oyó, se dirigió resueltamente a la cocina y le dijo a su madre que, al menos aquella vez, su cuchara se equivocaba.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió Desdémona.

A lo que él replicó con las mismas palabras que habrían empleado muchos norteamericanos de su generación.

—Es un hecho científico, mamá.

Desde que decidieron tener otro hijo —el restaurante marchaba bien y hacía tiempo que Capítulo Once ya no llevaba pañales—, el deseo de Milton y Tessie era que fuese niña. Capítulo Once acababa de cumplir cinco años. Poco tiempo atrás había encontrado un pájaro muerto en el jardín, y se lo llevó a casa para enseñárselo a su madre. Le gustaba disparar, dar martillazos, machacar cosas y luchar con su padre. En una familia tan masculina, Tessie empezaba a sentir que sobraba y se veía al cabo de diez años aprisionada en un universo de hernias y tapacubos. Mi madre imaginaba

una hija que participara en su descontento: una compañera de aficiones, a quien le gustaran los perritos falderos, que secundara sus propuestas de ir a ver el patinaje sobre hielo. En la primavera de 1959, cuando comenzaron las deliberaciones sobre mi fertilización, mi madre no estaba en condiciones de prever que miles y miles de mujeres pronto empezarían a quemar el sujetador. El suyo era rígido, con relleno, ignífugo. Por mucho que Tessie quisiera a su hijo, era consciente de que había ciertas cosas que sólo podría compartir con una hija.

Cuando iba en el coche a trabajar por la mañana, mi padre tenía visiones de una niñita de ojos oscuros, irresistiblemente dulce. A su lado, en el asiento del pasajero —sobre todo en los semáforos en rojo—, dirigía preguntas a sus pacientes y omniscientes oídos: «¿Cómo se llama eso, papá?». «¿Esto? El emblema del Cadillac». «¿Qué es el emblema del Cadillac?». «Pues, bueno, hace mucho tiempo existió un explorador francés llamado Cadillac, que fue quien descubrió Detroit. Y ese emblema era el sello de su familia, que procedía de Francia». «¿Qué es Francia?». «Francia es un país de Europa». «¿Qué es Europa?». «Un continente, que es una tierra muy grande, mucho, mucho más grande que un país. Pero los Cadillac ya no vienen de Francia, *kukla*. Son de aquí, de los mismísimos Estados Unidos de América». El semáforo se ponía verde y mi padre seguía adelante. Pero mi prototipo no desaparecía. Allí estaba de nuevo en el siguiente semáforo y en el otro. Tan agradable era su compañía que mi padre, un hombre rebosante de iniciativa, decidió ver cómo aquel sueño podía hacerse realidad.

Por tanto: en el salón donde los hombres discutían de política ya hacía algún tiempo que también se hablaba de la velocidad del espermatozoo. Peter Tatakis, «tío Pete», como lo llamábamos nosotros, era un destacado miembro del círculo de debates que todas las semanas se formaba en torno a los confidentes tapizados de negro. Soltero de toda la vida y sin familia en Norteamérica, había cobrado apego a la nuestra. Todos los domingos venía en su Buick color burdeos, un individuo alto, con la cara como una pasa, aire melancólico y una incongruente y vigorosa mata de pelo rizado. No le interesaban los niños. Entusiasta de la colección de los Grandes Clásicos —que había leído dos veces—, tío Pete se dedicaba a la meditación y a la ópera italiana. Sentía pasión, en historia, por Edward Gibbon, y, en literatura, por Madame de Staël. Le gustaba citar la opinión de aquella ingeniosa dama a propósito de la lengua alemana, según la cual el alemán no se prestaba al arte de la conversación porque había que esperar hasta el final de la frase para escuchar el verbo, con lo que uno no podía interrumpir a su interlocutor. Tío Pete había querido ser médico, pero «el desastre» acabó con ese sueño. En Estados Unidos, había hecho dos cursos de quiropráctica y por aquel entonces tenía una pequeña consulta en Birmingham con un esqueleto humano que seguía pagando a plazos. En aquella época, los quiroprácticos tenían una reputación un tanto dudosa. Pero la gente no iba

a la consulta de tío Pete para liberar su *kundalini*. Él sólo hacía crujir cogotes, enderezar columnas vertebrales y fabricar collarines caseros con gomaespuma. Era, con todo, lo más parecido a un médico que teníamos en casa aquellos domingos por la tarde. De joven le habían extirpado medio estómago, y después de comer siempre se bebía una Pepsi-Cola porque le ayudaba a hacer la digestión. Aquel refresco debía su nombre a la enzima digestiva pepsina, según nos explicó sabiamente, de manera que le venía muy bien para eso.

Esa clase de conocimientos era lo que inducía a mi padre a confiar en lo que decía tío Pete en lo tocante al calendario de la reproducción. Con la cabeza apoyada en un cojín, los zapatos quitados, *Madama Butterfly* sonando suavemente en el tocadiscos estereofónico de mis padres, tío Pete explicó que, con ayuda del microscopio, se había observado que el espermatozoide que contenía la dotación cromosómica masculina era más rápido que los que llevaban los cromosomas femeninos. Aquella afirmación produjo un júbilo inmediato entre los dueños de restaurantes y peleteros reunidos en nuestro salón. Mi padre, sin embargo, adoptó la pose de su escultura favorita, *El pensador*, de la cual había una miniatura en la mesita del teléfono al otro extremo de la estancia. Aunque la cuestión se había suscitado en el ambiente de foro abierto que sucedía a la comida de aquellos domingos, era evidente que, pese al tono impersonal del debate, el esperma del que hablaban era el de mi padre. Tío Pete lo había dejado claro: para engendrar una niña, la pareja debía «mantener relaciones sexuales veinticuatro horas antes de la ovulación». De ese modo, el veloz espermatozoide masculino se precipitaría a lo largo de su curso y moriría antes de alcanzar su destino. El espermatozoide de dotación femenina, lento pero más fiable, llegaría justo cuando cayera el huevo.

A mi padre le había costado trabajo convencer a mi madre para que aceptara el plan. Tessie Zizmo era virgen cuando se casó a los veintidós años con Milton Stephanides. Su noviazgo, que coincidió con la Segunda Guerra Mundial, discurrió por la senda de la castidad. Mi madre se sentía orgullosa de la forma en que había logrado avivar y apagar simultáneamente la llama de mi padre, manteniéndolo a fuego lento mientras duró el cataclismo universal. Lo que después de todo no fue tan difícil, habida cuenta de que ella estaba en Detroit y Milton en Annapolis, en la Academia Naval. Tessie pasó más de un año encendiendo velas en la iglesia griega por su prometido, mientras Milton contemplaba fotografías de ella clavadas sobre su litera. Le gustaba que Tessie posara al estilo de las revistas cinematográficas, de perfil y cuerpo entero, con tacón alto y un pie alzado sobre un escalón, dejando ver una buena cantidad de media negra. Mi madre tiene un aire sorprendentemente maleable en esas viejas instantáneas, como si nada en el mundo le gustara tanto como que su novio de uniforme la hiciera colocarse frente a los porches y farolas de su modesta barriada.

No se rindió hasta después de que lo hiciera Japón. Entonces, desde su noche de

bodas en adelante (según lo que mi hermano me contó pese a que yo me tapé los oídos), mis padres hicieron el amor de manera periódica y placentera. A la hora de tener hijos, sin embargo, mi madre hizo gala de ideas propias. Estaba convencida de que el embrión era capaz de notar la cantidad de amor con que había sido creado. Por ese motivo, la sugerencia de mi padre no le cayó muy bien.

—¿Qué te has creído que es esto, Milt, las Olimpiadas?

—Sólo hablábamos desde el punto de vista teórico —explicó mi padre.

—¿Y qué sabrá tío Pete de tener hijos?

—Ha leído un artículo sobre ese tema en la *Scientific American* —repuso Milton, que para reforzar su argumento añadió—: Está suscrito.

—Oye, si me duele la espalda, voy a ver a tío Pete. Si tuviera pies planos, como tú, también iría. Pero de ahí no paso.

—Es un hecho comprobado. Con el microscopio. El espermatozoide masculino es más rápido.

—Y seguro que más tonto, también.

—Venga. Levanta las calumnias que quieras contra el espermatozoide masculino. Todo lo que se te antoje. No nos hace falta para nada. Lo que necesitamos es un buen espermatozoide femenino, lento y que no falle.

—Aunque sea cierto, no deja de ser ridículo. Yo no soy un reloj, Milt.

—A mí me resultará más difícil que a ti.

—No quiero ni oír hablar de eso.

—Creí que querías una niña.

—Así es.

—Bueno —concluyó mi padre—, pues ésa es la forma de tenerla.

Tessie desechó la sugerencia con una carcajada. Pero detrás de su sarcasmo había una seria reserva moral. Forzar algo tan misterioso y milagroso como el nacimiento de un hijo era un acto de orgullo desmedido. En primer lugar, Tessie no lo creía posible. Y aunque lo fuera, no creía que debiera hacerse.

Desde luego, cualquier narrador que se encuentre en mi posición (prefetal en aquellos momentos) no podrá estar completamente seguro de nada de esto. Yo sólo estoy en condiciones de explicar la manía científica que se apoderó de mi padre en aquella primavera de 1959 como un síntoma de la fe en el progreso que dominaba la mentalidad de aquella época. No hay que olvidar que sólo hacía dos años del lanzamiento del *Sputnik*. La polio, que había tenido en cuarentena a mis padres en los veranos de su infancia, había desaparecido con la vacuna de Salk. La gente, ignorando que los virus eran más listos que los seres humanos, creía que pronto serían cosa del pasado. Como en aquella optimista Norteamérica de la posguerra, cuyas postrimerías conocí, todo el mundo era dueño de su propio destino, no es difícil deducir que mi padre intentaba ser dueño del suyo.

Unos días después de esbozar su plan a Tessie, Milton volvió una tarde a casa con un regalo. Era un estuche atado con una cinta.

—¿A qué viene esto? —inquirió Tessie, con cierto recelo.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—No es mi cumpleaños. Ni nuestro aniversario. Así que, ¿por qué me haces un regalo?

—¿Es que tengo que tener un motivo para regalarte algo? Venga, ábrelo.

Tessie arrugó un extremo de la boca, no muy convencida. Pero era difícil tener el estuche en las manos sin abrirlo. De modo que quitó la cinta y abrió la tapa de golpe.

Dentro, reposando en terciopelo negro, había un termómetro.

—Un termómetro —exclamó mi madre.

—No es un termómetro normal y corriente —informó Milton—. He tenido que recorrer tres farmacias diferentes para encontrar éste.

—¿Es un modelo de lujo?

—Eso es —confirmó Milton—, es lo que llaman termómetro basal. Indica la temperatura hasta una décima de grado. —Enarcó las cejas y prosiguió—: Los termómetros normales sólo indican hasta dos décimas. Éste llega a una décima. Pruébalo. Póntelo en la boca.

—No tengo fiebre —protestó Tessie.

—No tiene nada que ver con la fiebre. Se utiliza para saber cuál es la *temperatura básica*. Es más preciso y acertado que un termómetro normal, de los que indican la fiebre.

—La próxima vez tráeme un collar.

Pero Milton insistió:

—Tu temperatura corporal cambia continuamente, Tess. Tú no lo notarás, pero así es. Te encuentras en un estado de cambio constante, en lo que a temperatura se refiere. Mira, resulta que, por ejemplo —una tosecita—, estás ovulando. Entonces te sube la temperatura. Seis décimas de grado, en la mayoría de los casos. Bueno —prosiguió mi padre, animándose cada vez más, sin darse cuenta de que su mujer lo miraba con el ceño fruncido—, mira, si fuéramos a aplicar el sistema que comentamos el otro día, sólo estoy poniendo un ejemplo, ¿sabes?, lo primero que haríamos sería establecer tu *temperatura básica*. A lo mejor no es treinta y seis y medio. En cada persona es un poco diferente. Ésa es otra cosa que he aprendido de tío Pete. En cualquier caso, una vez establecida tu *temperatura básica*, hay que estar pendiente de esas seis décimas de más. Y en ese momento, si fuéramos a seguir adelante con esto, es cuando podríamos, ya sabes, hacer el cóctel.

Mi madre no dijo nada. Se limitó a guardar el termómetro en el estuche, lo cerró y se lo devolvió a su marido.

—Vale —sentenció él—. Muy bien. Como quieras. A lo mejor tenemos otro

chico. El segundo. Si eso es lo que quieres, así será.

—No estoy muy segura de que vayamos a tener algo de momento —replicó mi madre.

Entretanto, en la antesala del universo, yo esperaba. Nada aún, ni siquiera un destello en la pupila de mi padre (miraba con aire melancólico la caja del estuche que descansaba sobre sus piernas). Mi madre se levanta entonces del confidente. Se dirige a la escalera, llevándose una mano a la frente, y las probabilidades de mi venida al mundo parecen cada vez más remotas. Mi padre se pone en pie para hacer su ronda nocturna, apagando luces, cerrando puertas con llave. Mientras sube la escalera, vuelve a haber esperanza para mí. El momento elegido para el asunto ha de ser el preciso para que yo me convierta en la persona que soy. Posponer el acto durante una hora supondría modificar la selección genética. Mi concepción aún estaba a semanas de distancia, pero mis padres ya habían iniciado su elaborado encuentro amoroso. En el corredor del piso de arriba, la lamparilla de la Acrópolis está encendida; era un regalo de Jackie Halas, dueña de una tienda de recuerdos. Mi madre está frente al tocador cuando mi padre entra en la alcoba. Con dos dedos, se extiende Noxzema en la cara, limpiándose con un pañuelo de papel. Mi padre sólo tenía que decir una palabra cariñosa para que mi madre le perdonase. No yo, sino alguien parecido a mí, hubiera sido engendrado aquella noche. Un número infinito de personas se iba agolpando en el umbral —y yo entre ellas, aunque sin entrada garantizada—, mientras las horas pasaban despacio, los planetas giraban a su ritmo habitual en el firmamento y las condiciones atmosféricas entraban en juego, porque a mi madre le daban miedo las tormentas eléctricas y se habría acurrucado junto a mi padre si aquella noche hubiera llovido. Pero no, el cielo claro se mantuvo, como la testarudez de mis padres. Se apagó la luz de la habitación. Permanecieron cada uno en su lado de la cama. Finalmente, mi madre dijo: «Buenas noches». Y mi padre: «Hasta mañana». Los momentos que conducían hasta mí se iban sucediendo como ordenados por el destino. Por eso, supongo, es por lo que ahora pienso tanto en ellos.

Al domingo siguiente, mi madre fue a la iglesia con Desdémona y mi hermano. Mi padre nunca los acompañaba, pues se había hecho apóstata a los ocho años debido al exorbitante precio de las velas. Asimismo, mi abuelo prefería pasar la mañana trabajando en una traducción griega moderna de los poemas «restaurados» de Safo. Durante los siete años siguientes, pese a repetidos ataques, mi abuelo trabajó en un pequeño escritorio, agrupando los legendarios fragmentos en un mosaico más amplio, añadiendo una estrofa aquí, un colofón allá, soldando un anapesto o un yambo. Por la tarde escuchaba su música de burdel, fumando un narguile.

En 1959, la iglesia ortodoxa griega de la Asunción estaba en Charlevoix. Allí me bautizarían menos de un año después, para luego educarme en la fe ortodoxa. La

iglesia de la Asunción, con sus párrocos rotatorios, que nos enviaba el Patriarcado de Constantinopla y que llegaban imponiendo su autoridad con sus grandes barbas, su santidad con las vestimentas bordadas, pero que se cansaban al cabo de un tiempo —seis meses por lo general— debido a las peleas de la parroquia, los ataques personales sobre su manera de cantar, la continua necesidad de acallar a los feligreses, que iban a la iglesia como a las tribunas del estadio de los Tigers, y, por último, el esfuerzo de pronunciar un sermón dos veces por semana, primero en griego y luego en inglés. La Asunción, con sus animadas meriendas parroquiales, sus malos cimientos y sus goteras, sus lamentables festividades étnicas y sus clases de catecismo, donde nuestro patrimonio cultural permanecía vivo durante un tiempo en nosotros antes de que lo dejáramos agonizar en la gran diáspora. Tessie y compañía avanzaban por el pasillo central, frente a las bandejas rellenas de arena donde ardían las velas. En lo alto, tan grande como una carroza de los almacenes Macy's en el desfile del Día de Acción de Gracias, estaba el Cristo Pantocrátor. Se combaba a través de la bóveda como si sólo fuera espacio. A diferencia de los Cristos sufrientes y prosaicos representados a la altura del ojo en los muros de las iglesias, nuestro Pantocrátor era sin duda trascendente y todopoderoso, tenía ya un pie en el cielo. Se dirigía a los apóstoles que estaban sobre el altar, para presentarles las cuatro pieles de borrego enrolladas de los Evangelios. Y mi madre, que se ha pasado la vida entera tratando de creer en Dios sin lograrlo nunca del todo, alzó la cabeza buscando consejo.

Los ojos del Cristo Pantocrátor destellaron en la penumbra. Parecían arrastrar a Tessie hacia lo alto. Entre el remolino de incienso, los ojos del Salvador brillaban como televisiones que transmitieran imágenes de acontecimientos recientes...

Primero fue Desdémona, la semana anterior, aconsejando a su nuera:

—¿Para qué quieres más hijos, Tessie? —le había preguntado con estudiada indiferencia.

Agachándose para mirar el horno, ocultando la alarma que invadía sus facciones (alarma que quedó sin explicación durante dieciséis años), Desdémona desechó la idea con un ademán.

—Más hijos, más problemas...

Luego fue el doctor Philobosian, nuestro médico de cabecera. Con sus viejos diplomas a la espalda, el venerable médico emitió su dictamen:

—Tonterías. ¿Que el espermatozoide masculino es más veloz? Escucha una cosa. El primero que vio espermatozoos con el microscopio fue Leeuwenhoek. ¿Y sabes lo que le parecieron? ¡Lombrices...!

Y entonces Desdémona volvió al ataque, desde otra perspectiva.

—Dios es quien decide si será niño o niña. No tú...

Esas escenas pasaban por la imaginación de mi madre durante el interminable servicio dominical. Los feligreses se levantaban y se sentaban. En el primer banco se

removían inquietos mis cuatro primos: Sócrates, Platón, Aristóteles y Cleopatra. El padre Mike apareció por detrás del icono de la mampara y balanceó el incensario. Mi madre intentó rezar, pero fue inútil. A duras penas sobrevivió hasta la hora del café.

Desde la tierna edad de doce años, mi madre era incapaz de empezar el día sin la ayuda de al menos dos tazas de café muy fuerte, negro como la brea y sin nada de azúcar, un gusto que había adquirido de los viejos capitanes de remolcadores y presumidos solteros que pululaban en la pensión donde se había criado. Cuando iba al instituto y no medía más de metro y medio, se sentaba junto a los obreros de las fábricas de automóviles en un rincón de la cafetería para tomar un café antes de irse a clase. Mientras ellos escudriñaban los resultados de las carreras, Tessie terminaba los deberes. Ahora, en el sótano de la iglesia, dijo a Capítulo Once que fuera a jugar con los demás niños mientras ella se tomaba una taza de café para recobrar energías.

Iba por la segunda taza cuando una voz suave y amanerada le susurró al oído:

—Buenos días, Tessie.

Era su cuñado, el padre Michael Antoniou.

—Hola, padre Mike. Bonita misa la de hoy —dijo Tessie, lamentándolo inmediatamente.

El padre Mike era el ayudante del párroco de la Asunción. Cuando se marchó el último párroco, destinado de nuevo a Atenas al cabo de sólo tres meses, la familia albergó la esperanza de que ascendieran al padre Mike. Pero al final dieron el puesto al padre Gregorios, otro sacerdote nuevo, nacido en el extranjero. En una comida familiar, tía Zo, que nunca desperdiciaba la ocasión de lamentarse de su matrimonio, había observado con su voz de actriz cómica:

—Ése es mi marido. Siempre se queda de segundo plato.

Con su alabanza del servicio dominical, Tessie no había pretendido felicitar al padre Greg. La situación se hizo aún más delicada por el hecho de que, años atrás, Tessie y Michael Antoniou habían estado comprometidos para casarse. Ahora ella estaba casada con Milton y el padre Mike con la hermana de su marido. Tessie había bajado para aclararse las ideas y tomar café, pero aquel día las cosas no hacían más que complicarse.

El padre Mike, sin embargo, no pareció percatarse del desliz. Siguió sonriente, la mirada dulce sobre la rugiente catarata de la barba. El padre Mike, persona de carácter afable, era popular entre las viudas de la parroquia. Les gustaba apiñarse a su alrededor, ofreciéndole galletitas y disfrutando de su esencia beatífica. Esa esencia irradiaba en parte de la absoluta conformidad del padre Mike con su corta estatura. Su metro sesenta y cinco le daba un aspecto benévolo, como si hubiera regalado parte de su talla. Parecía haber perdonado a Tessie por la ruptura de su compromiso, pero eso era algo que cuando estaban juntos siempre se respiraba en el ambiente, como los polvos de talco que a veces se le desprendían del alzacuello.



Sonriente, sujetando con cuidado la taza y el platillo, el padre Mike preguntó:

—Dime, Tessie, ¿cómo van las cosas en casa?

Mi madre sabía, desde luego, que como invitado dominical en nuestra casa, el padre Mike estaba plenamente informado sobre el plan del termómetro. Al mirarlo a los ojos, creyó observar un destello de regocijo.

—Hoy vas a venir a casa —repuso ella en tono despreocupado—. Ya lo verás por ti mismo.

—Lo estoy deseando —dijo el padre Mike—. En tu casa nunca faltan conversaciones interesantes.

Tessie volvió a examinar los ojos del padre Mike, pero ahora parecían llenos de auténtica ternura. Y entonces ocurrió algo que apartó completamente su atención del sacerdote.

Al otro extremo de la habitación, Capítulo Once se había subido a una silla para alcanzar la espita de la cafetera. Intentaba llenar una taza, pero después de abrir la llave, no podía cerrarla. Sobre la mesa empezó a derramarse café hirviendo, salpicando a una niña que había por allí cerca. La niña saltó hacia atrás. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. A todo correr, mi madre cruzó la habitación y se llevó a la niña al servicio de señoras.

Nadie recuerda el nombre de la niña. No era de ninguno de los feligreses asiduos. Ni siquiera era griega. Se presentó en la iglesia aquel día y nunca volvió, y su existencia parece debida al único designio de hacer que mi madre cambiara de opinión. En el servicio, la niña se apartaba la humeante camiseta del cuerpo mientras Tessie empapaba de agua unas toallas.

—¿Estás bien, bonita? ¿Te has quemado?

—Qué torpe es ese niño —observó la niña.

—A veces, sí. Todo tiene que tocarlo.

—Los chicos son muy escandalosos.

Tessie sonrió.

—Vaya vocabulario tienes.

Ante ese cumplido, la niña esbozó una amplia sonrisa.

—«Escandaloso» es mi palabra favorita. Mi hermano es muy escandaloso. El mes pasado mi palabra favorita era «ampuloso». Pero «ampuloso» no se puede utilizar mucho. Bien pensado, no hay muchas cosas que sean ampulosas.

—En eso tienes razón —convino Tessie, riendo—. Pero escandalosos hay en todos los sitios.

—No puedo estar más de acuerdo con usted —aseguró la niña.

Dos semanas después. Domingo de Pascua de 1959. La observancia del calendario juliano en nuestra religión nos aleja una vez más del ritmo vital del vecindario. Hace dos domingos, mi hermano vio que los chicos del bloque buscaban huevos

multicolores por los arbustos cercanos. Vio cómo sus amigos devoraban cabezas de conejos de chocolate y cómo se introducían en las carriadas bocas puñados de gominolas. (De pie frente a la ventana, mi hermano deseaba más que nada creer en el Dios norteamericano, que murió el día en que debía morir). Hasta ayer no se le permitió a Capítulo Once pintar huevos, y sólo de un color: rojo. Los huevos rojos, a la luz de los días cada vez más largos del solsticio, relucen por toda la casa. En la mesa del comedor, los fruteros rebosan de huevos rojos. Sobre las puertas cuelgan bolsas llenas de huevos rojos. En la repisa de la chimenea los hay a montones, y en el horno se meten hogazas de *tsureki* en forma de cruz y rellenas de huevos rojos.

Pero ahora la tarde toca a su fin; la comida ha terminado. Y mi hermano sonrío. Porque ya viene esa parte de la Pascua griega que prefiere a lo de buscar huevos y engullir gominolas: el juego de cascar huevos. Todo el mundo se congrega en torno a la mesa del comedor. Mordiéndose el labio, Capítulo Once elige un huevo del frutero, lo estudia, lo vuelve a poner donde estaba. Se decide por otro.

—Éste tiene buena pinta —dice Milton, eligiendo el suyo y examinándolo en el aire—. Por la forma, parece un camión Brinks.

Capítulo Once se prepara para atacar. En ese preciso momento, mi madre da unos golpecitos en la espalda a mi padre.

—Un momento, Tessie. ¿No ves que estamos cascando huevos?

Ella le da más fuerte.

—¿Qué pasa?

—Mi temperatura. —Tessie hace una pausa—. Ha subido seis décimas.

Se ha puesto el termómetro. Es la primera vez que mi padre tiene noticia de ello.

—¿Ahora? —dice mi padre en un murmullo—. Joder, Tessie, ¿estás segura?

—Me dijiste que estuviera atenta a la menor subida de temperatura, y yo te digo que me acaba de subir seis décimas. —Y, bajando la voz, añadió—: Además, hace trece días desde mi última ya sabes qué.

—Vamos, papá —suplica Capítulo Once.

—Tiempo —pide mi padre, dejando su huevo en el cenicero—. Este huevo es mío. Que no lo toque nadie hasta que yo vuelva.

Arriba, en la alcoba matrimonial, mis padres llevan a cabo el acto. El natural decoro propio de la infancia me impide imaginar la escena con mucho detalle. Sólo esto: cuando acaban, como si hubiera echado gasolina al depósito, mi padre dice:

—Con eso vale.

Resulta que tiene razón. En mayo, Tessie comprueba que está embarazada. Y comienza la espera.

A las seis semanas, tengo ojos y orejas. A las siete, orificios nasales, incluso labios. Mis genitales empiezan a formarse. Las hormonas fetales, respondiendo a señales cromosómicas, inhiben estructuras müllerianas, favorecen los conductos wolffianos.

Mis veintitrés pares de cromosomas se han acoplado y cruzado, haciendo girar la rueda de la ruleta, cuando el *papú* pone la mano sobre el vientre de mi madre y dice:

—¡Qué suerte tenéis los dos!

Alineados en sus respectivos regimientos, mis genes ejecutan sus órdenes. Todos menos dos, una pareja de bellacos —o revolucionarios, según se mire— que se ocultan en el cromosoma número cinco. Entre los dos se atiborran de una enzima, lo que detiene la producción de una determinada hormona. Eso es lo que me complica la vida.

En el salón, los hombres han dejado de hablar de política y, en cambio, hacen apuestas sobre si el hijo de Milt será chico o chica. Mi padre está completamente seguro. Veinticuatro horas después del acto, a mi madre le subió la temperatura otras dos décimas, confirmando la ovulación. Para entonces, el espermatozoide masculino, exhausto, había abandonado la partida. El espermatozoide femenino, como las tortugas, ganó la carrera. (En ese momento Tessie entregó el termómetro a Milton diciéndole que no quería volver a verlo nunca más).

Todo eso nos lleva al día en que Desdémona balanceó un cubierto sobre el vientre de mi madre. En aquella época no existía la ecografía; la cuchara era el mejor método. Desdémona se puso en cuclillas. En la cocina se hizo el silencio. Las demás mujeres se mordían el labio, observando, esperando. Durante el primer minuto, la cuchara no se movió en absoluto. A Desdémona le temblaba la mano y, al cabo de largos segundos, tía Lina se la sujetó. La cuchara giró bruscamente; yo solté una patada; mi madre dio un grito. Y entonces, muy despacio, mecida por un viento que nadie notaba, en aquel fantasmagórico tablero de ouija, la cuchara de plata empezó a moverse, a oscilar, primero en un reducido círculo pero describiendo en cada órbita una elipse más amplia hasta que su trayectoria se convirtió en una línea recta que apuntaba del horno al banco. En otras palabras, de norte a sur.

—*Kóros!* —exclamó Desdémona.

—*Kóros, kóros* —resonaron los gritos por la cocina.

Aquella noche aseguró mi padre:

—Ya van veintitrés veces seguidas, seguro que se equivoca. Esta vez ha fallado. Créeme.

—No me importa que sea niño —anunció mi madre—. De verdad que no. Con tal de que nazca sano, diez dedos en las manos, diez dedos en los pies.

—¿Cómo que «sano»? Estás hablando de mi hija.

Nací una semana después de Año Nuevo, el 8 de enero de 1960. En la sala de espera, provisto únicamente de puros con vitola rosada, mi padre gritó:

—¡Bieeen!

Era niña. Cuarenta y ocho centímetros de largo. Tres kilos y ciento treinta gramos.

Aquel mismo 8 de enero, mi abuelo sufrió el primero de sus trece ataques. Despertado por mis padres cuando se marcharon a toda prisa al hospital, se levantó de la cama y bajó a hacerse un café. Una hora después, Desdémona lo encontró en el suelo de la cocina. Aunque mantuvo intactas las facultades mentales, aquella mañana, mientras yo lanzaba mi primer grito en el Hospital de Mujeres, mi *papú* perdió el habla. Según Desdémona, se derrumbó justo después de volcar la taza para leer su destino en los restos del café.

Cuando se enteró de la noticia sobre mi sexo, tío Pete se negó a recibir la enhorabuena. Aquello no era cosa de magia.

—Además —bromeó—, todo el mérito es de Milt.

Desdémona se volvió huraña. Su hijo nacido en América había tenido razón, y con aquella nueva derrota, la vieja patria, en la que seguía intentando creer pese a estar a más de seis mil kilómetros y treinta y ocho años de distancia, retrocedía un paso más. Mi llegada marcó el final de sus dotes adivinatorias y el comienzo del largo declive de su marido. Aunque la caja de gusanos de seda reapareció de vez en cuando, ya no guardaba la cuchara de plata entre sus tesoros.

Me sacaron, me dieron un cachete en el trasero y me lavaron con un chorro de agua; por ese orden. Me envolvieron en una mantilla y me expusieron junto a otros seis recién nacidos, cuatro niños y dos niñas, todos ellos, a diferencia de mí, correctamente etiquetados.

Esto no puede ser cierto pero lo recuerdo: chispas que iban llenando despacio una pantalla oscura.

Me habían abierto los ojos.

# LA CASAMENTERA



Cuando este relato salga a la luz, quizá me convierta en el hermafrodita más famoso de la historia. Otros me han precedido. Alexina Barbin fue a un internado femenino en Francia antes de convertirse en Abel. Dejó una autobiografía, que Michel Foucault descubrió en los archivos del Ministerio de Sanidad francés. (Sus memorias, que se interrumpían poco antes de su suicidio, dejan mucho que desear, y al acabar de leerlas hace unos años fue cuando se me ocurrió escribir las mías). Gottlieb Göttlich, nacido en 1798, vivió con el nombre de Marie Rosine hasta los treinta y tres años. Un día, Marie fue al médico a causa de unos dolores abdominales. El médico la examinó para ver si tenía una hernia y, en su lugar, se encontró con testículos que no habían bajado. A partir de entonces, Marie se vistió con ropa masculina, se puso el nombre de Gottlieb y ganó una fortuna viajando por Europa, exhibiéndose ante profesionales de la medicina.

En cuanto a los médicos se refiere, yo soy aún mejor que Gottlieb. En la medida en que las hormonas fetales afectan a la química cerebral y la histología, yo poseo un cerebro masculino. Pero me educaron en sentido femenino. Si hubiera que concebir un experimento para evaluar las respectivas influencias de la naturaleza y la educación, no podría encontrarse nada mejor que mi vida. Cuando me examinaron en la clínica hace más de dos décadas, el doctor Luce me sometió a una batería de tests. Me hicieron el test de retención visual de Benton y el test de Gestalt visual-motora de Bender. Me midieron el cociente de inteligencia verbal, además de muchas otras cosas. Luce analizó incluso el estilo de mi prosa para ver si escribía de manera lineal, masculina, o de forma circular, femenina.

Lo único que sé es lo siguiente: pese a mi androgenizado cerebro, en la historia que voy a contar hay una innata circularidad femenina. Es una historia genética. Yo soy la última cláusula de una oración periódica cuya primera frase se escribió hace mucho tiempo, en otra lengua, y hay que leerla desde el principio para llegar al final, que es mi nacimiento.

De manera que, ahora que he nacido, voy a rebobinar la película para que la mantilla de color rosa salga volando, la cuna desaparezca de la habitación mientras el cordón umbilical vuelve a anudarse, y yo lanzo un grito en el momento en que me introduzco de nuevo entre las piernas de mi madre. Que se pone muy gorda otra vez. Luego retrocedo un poco más, hasta cuando la cuchara deja de balancearse y el termómetro vuelve a su estuche de terciopelo. El *Sputnik* traza su rastro hacia atrás hasta la plataforma de lanzamiento y la polio asuela el país. Hay una breve toma de

mi padre cuando era clarinetista a los veintiún años, tocando una melodía de Artie Shaw al teléfono, y luego está en la iglesia, a los ocho años, escandalizado por el precio de las velas; y después mi abuelo está pagando por primera vez en una caja registradora con billetes de dólares americanos en 1931. Más atrás aún no estamos en territorio americano; nos encontramos en pleno océano, mientras la banda sonora suena rara al revés. Aparece un vapor, y en la cubierta un bote salvavidas se balancea de forma extraña, pero entonces el buque atraca, de popa, y de nuevo estamos en tierra firme, donde la película sigue rebobinándose hasta el principio...



A finales de verano de 1922, mi abuela, Desdémona Stephanides, no adivinaba nacimientos sino muertes y, en concreto, la suya. Estaba en su criadero de gusanos de seda, casi en la cima del Monte Olimpo de Asia Menor, cuando, sin previo aviso, le dio un vuelco el corazón. Fue una nítida sensación: notó que el corazón se le paraba y se hacía una bola. Entonces, al ponerse tensa, empezó a latirle aceleradamente, golpeándole contra las costillas. Dejó escapar un leve grito, sorprendida. Sus veinte mil gusanos de seda, sensibles a la emoción humana, dejaron de hilar capullos. Entornando los ojos en la penumbra, mi abuela bajó la cabeza para ver que las faldas de su vestido empezaban a ondear de manera ostensible; y en ese instante, mientras comprendía la insurrección que se operaba en su interior, Desdémona se convirtió en lo que seguiría siendo durante el resto de su vida: una persona enferma encerrada en un cuerpo sano. Con todo, incapaz de creer en su propia capacidad de supervivencia, pese a su ya calmado corazón, salió del criadero para echar una última mirada al mundo que sólo abandonaría al cabo de cincuenta y ocho años.

La vista era impresionante. A trescientos metros a sus pies la antigua capital otomana de Bursa se extendía como un tablero de *backgammon* por el verde fieltro del valle: rombos de tejas rojas encajando en rombos de cal. Aquí y allá, las tumbas de los sultanes se amontonaban como brillantes fichas. En 1922, el tráfico automovilístico no producía atascos en las calles. Los remotes de las estaciones de esquí no se abrían paso entre los pinares de la montaña. No había fábricas metalúrgicas y textiles rodeando la ciudad, llenando el aire de niebla tóxica. Bursa tenía —al menos a trescientos metros de altura— el mismo aspecto que había tenido durante los seis últimos siglos, una ciudad santa, necrópolis de los otomanos y centro del comercio de la seda, con las tranquilas e inclinadas calles repletas de alminares y cipreses. Las tejas de la Mezquita Verde se habían vuelto azules con el tiempo, pero eso era todo. Desdémona Stephanides, sin embargo, como lejana espectadora de la partida, miraba el tablero y veía lo que se les escapaba a los jugadores.

Psicoanalizando las palpitaciones de mi abuela: eran la manifestación del dolor. Sus padres habían muerto, asesinados en la reciente guerra contra los turcos. El ejército griego, alentado por las naciones aliadas, había invadido Turquía en 1919, reclamando el antiguo territorio griego de Asia Menor. Tras vivir muchos años en la montaña apartada de todo, la gente de Bitinio, el pueblo de mi abuela, había salido a la luz amparada por la *Megali Idea*, la Gran Idea, el sueño de una Grecia más grande. Ahora eran tropas griegas quienes ocupaban Bursa. La bandera griega ondeaba sobre el antiguo palacio otomano. Los turcos y su dirigente, Mustafá Kemal, se habían retirado a Angora, al este. Por primera vez en su vida, los griegos de Asia Menor estaban libres de la dominación turca. A los *giaours* («perros infieles») ya no se les prohibía llevar ropa de colores vivos, ni montar a caballo ni usar sillas de montar. Nunca más, como había ocurrido en los últimos siglos, llegarían cada año al pueblo los funcionarios otomanos para llevarse a los muchachos más fuertes a que sirvieran en los jenízaros. Ahora, cuando los habitantes del pueblo llevaban seda al mercado de Bursa, eran griegos libres en una ciudad griega libre.

Pero Desdémona, que lloraba la pérdida de sus padres, seguía siendo prisionera del pasado. De manera que se quedaba en la montaña y, mirando la ciudad emancipada que se extendía a sus pies, se sentía estafada por su incapacidad de ser feliz como todos los demás. Años después, en su viudedad, cuando pasó diez años en la cama haciendo grandes y vigorosos esfuerzos por morir, acabaría reconociendo que aquellos dos años de entreguerras de medio siglo atrás habían sido la única época buena de su vida; pero para entonces todos sus conocidos habían muerto y eso sólo podía decírselo a la televisión.

Desdémona había pasado casi una hora trabajando en el criadero de gusanos, en un intento de olvidar sus presentimientos. Había salido por la puerta trasera de la casa, bajo el emparrado de dulce aroma, y descendiendo los bancales del patio llegó al pequeño chamizo con techo de paja. El acre olor a larvas no la molestó al entrar. El criadero de gusanos de seda era el hediondo oasis personal de mi abuela. A todo su alrededor, como en una bóveda celeste, suaves y blancos gusanos de seda colgaban de ramitas de morera atadas entre sí. Desdémona observó cómo hilaban los capullos, cabeceando como al compás de una música. Al mirarlos se olvidaba del mundo exterior, de sus mudanzas y convulsiones, de su nueva y terrible música (que va a sonar dentro de un momento). En cambio escuchó la voz de su madre, Eufrosine Stephanides, que resonaba años atrás en aquel mismo criadero, dilucidando los misterios de los gusanos de seda.

—Para producir buena seda, tienes que ser pura —solía decir a su hija—. Los gusanos de seda lo saben todo. Siempre se sabe en lo que anda cualquiera por el aspecto que tiene su seda. —Y seguidamente, Eufrosine daba ejemplos—: María Pulos, que se remanga las faldas en cuanto ve a un hombre. ¿Has visto sus capullos?

Una vergüenza para cualquiera. Deberías fijarte la próxima vez.

Con sólo once o doce años Desdémona se lo creía todo, de manera que ahora, que ya era una joven de veintiuno, seguía sin poner abiertamente en duda los cuentos morales de su madre, y examinaba las constelaciones de capullos en busca de signos de su propia impureza (¡los sueños que estaba teniendo!). Y buscaba otra cosa, además, porque su madre mantenía asimismo que los gusanos de seda reaccionaban ante las atrocidades de la historia. Después de una matanza, sobrevenida incluso en una aldea que estuviera a setenta kilómetros de distancia, los filamentos de los gusanos se volvían del color de la sangre.

—Los he visto tan ensangrentados como los pies de *Jristós* —proseguía Eufrosina, y su hija, años después, al recordarlo, entornaba los ojos en la penumbra para ver si alguno de los capullos había enrojecido.

Sacó una bandeja y la agitó; luego sacó otra; y justo entonces fue cuando sintió que se le detenía el corazón, que se le hacía una bola y empezaba a golpearle las costillas. Dejó caer la bandeja, vio que las faldas del largo vestido ondeaban movidas por una fuerza interior, y comprendió que su corazón funcionaba según instrucciones propias, que ya no era dueña de su propio corazón ni, en realidad, de nada en el mundo.

De manera que mi *yiayiá*, padeciendo la primera de sus enfermedades imaginarias, se quedó mirando Bursa, como si esperase una confirmación visible de su invisible temor. Y entonces llegó desde el interior de la casa, en forma de sonido: su hermano Eleuterio («Lefty») Stephanides se había puesto a cantar. En un inglés mal pronunciado, sin sentido:

«Por la mañana, por la tarde, qué bien los pasamos, ¿no?», cantaba Lefty, de pie frente al espejo de su habitación, como hacía todas las tardes hacia esa hora, echándose una porción de brillantina (que olía a limones verdes) en la palma de la mano y pasándosela por el pelo, recientemente cortado a lo Valentino. Y proseguía: «Entretanto, entre medias, qué bien lo pasamos, ¿no?». La letra tampoco le decía nada a él, pero la melodía le bastaba. Aquella música le sugería la frivolidad de la era del jazz, con sus cócteles de ginebra y chicas que vendían cigarrillos; en sintonía con ella llevaba el pelo lacio y brillante, que se peinaba hacia atrás con mucho estilo..., mientras que, en el patio, Desdémona reaccionaba de otra manera a su canción. Cuando le oía cantar así, ella pensaba únicamente en los bares de mala fama que su hermano frecuentaba allá abajo, en la ciudad, aquellos antros donde fumaban hachís y tocaban *rebético* y música americana y donde había mujeres de vida alegre que cantaban..., al tiempo que Lefty se ponía su nuevo traje de rayas y doblegaba el pañuelo del bolsillo de la chaqueta que hacía juego con su corbata roja... Y ella tenía una sensación rara en su interior, en el estómago sobre todo, agitado por complejas emociones, tristeza, rabia y otra cosa que era incapaz de definir y que le dolía más



que todo lo demás... «El alquiler sin pagar, cariño, y sin coche», cantaba Lefty con aquella melodiosa voz de tenor que yo heredaría más tarde; y bajo la superficie de la música Desdémona volvía ahora a escuchar la voz de su madre, las últimas palabras que Eufrosine Stephanides pronunció antes de morir a consecuencia de un balazo: «Cuida de Lefty. Prométemelo. ¡Encuéntrale una mujer!»... y Desdémona, a través de las lágrimas, contestando: «Te lo prometo. ¡Lo prometo!»..., todas esas voces hablando a la vez en la cabeza de Desdémona mientras cruzaba el patio para entrar en la casa. Pasó por la pequeña cocina, donde estaba haciendo la cena (para uno), y se dirigió con paso resuelto a la habitación que compartía con su hermano. Lefty seguía cantando: «No nos sobra el dinero, pero ¡ay!, cariño...», ajustándose los gemelos, haciéndose la raya en el pelo y, al levantar entonces la cabeza, vio a su hermana, prosiguió, pianísimo ahora: «... qué bien lo pasamos, ¿verdad?», y guardó silencio.

Por un momento, el espejo retuvo las dos caras. A los veintiún años, mucho antes de la dentadura postiza mal ajustada y de la autoimpuesta invalidez, mi abuela era una auténtica belleza. Llevaba el pelo negro en largas trenzas recogidas con horquillas bajo el pañuelo. No eran trenzas delicadas como las de una niña pequeña, sino sólidas, de mujer, dotadas de una fuerza viva, como la cola del castor. Años, estaciones y diversas condiciones atmosféricas se habían prendido en las trenzas; y cuando se las soltaba por la noche, le caían hasta la cintura. En aquel momento, las trenzas también iban sujetas con cintas de seda negra, lo que las hacía más imponentes en caso de que alguien las viera, lo que no solía ocurrir. Lo que estaba a la vista para el consumo general era el rostro de Desdémona: los ojos grandes, melancólicos, la tez pálida, como alumbrada con velas. Debo asimismo mencionar, con la inevitable punzada de quien fue chica de pecho plano, la voluptuosa figura de Desdémona. Tenía un cuerpo que era un continuo bochorno para ella. Se le anunciaba siempre de una forma que merecía su desaprobación. En la iglesia cuando se arrodillaba, en el patio cuando sacudía las alfombras, bajo el melocotonero cuando cogía la fruta, las perfecciones femeninas de Desdémona escapaban al control de su apagada y restrictiva vestimenta. Bajo la agitación del cuerpo, la cara enmarcada en el pañuelo permanecía aparte, con aire un tanto escandalizado por lo que se traían entre manos sus pechos y caderas.

Eleuterio era más alto, más esbelto. En las fotografías de la época se parece a los personajes del hampa que él idolatraba, los ladrones y tahúres de fino bigote que atestaban los bares de Atenas y Constantinopla. De nariz aquilina y mirada penetrante, su rostro tenía aspecto de ave rapaz. Cuando sonreía, sin embargo, se apreciaba la dulzura de sus ojos, lo que ponía de manifiesto el hecho de que Lefty no era un gángster sino el hijo consentido y libresco de una familia acomodada.

Aquel domingo por la tarde de 1922, Desdémona no miraba a la cara de su hermano. Sus ojos se centraron en cambio en el traje, en el pelo lustroso, en los

pantalones de rayas, mientras trataba de comprender lo que le había ocurrido en los últimos meses.

Lefty era un año menor que Desdémona, y ella siempre se preguntaba cómo podía haber pasado sin él los doce primeros meses de su vida. Porque hasta donde le alcanzaba la memoria, su hermano siempre había estado al otro lado de la manta de pelo de cabra que separaba sus respectivas camas. Tras el *kelimi* hacía funciones de marionetas, moviendo las manos dentro de los avispados y chepudos *karaguiozis* que siempre burlaban a los turcos. En la oscuridad inventaba pareados y cantaba canciones, pero cantaba sólo para él, y ése era uno de los motivos por los que ella aborrecía aquella nueva música americana. Desdémona siempre había querido a su hermano como sólo una hermana que se cría en la montaña puede querer a un hermano: él era la única diversión, su mejor amigo y confidente, el compañero con quien descubría cuevas y atajos. En la infancia, la simpatía emocional que sentía por Lefty era tan absoluta que a veces olvidaba que eran seres diferentes. De niños habían recorrido a gatas los bancales de la montaña como una criatura de cuatro patas y dos cabezas. Desdémona estaba acostumbrada a ver cómo su doble sombra siamesa saltaba por la tarde sobre la fachada encalada de la casa, y cada vez que se encontraba con su propia sombra solitaria era como si la hubieran cercenado por la mitad.

La paz pareció cambiarlo todo. Lefty aprovechaba las nuevas libertades. Durante el último mes había ido a Bursa un total de diecinueve veces. En tres ocasiones se había quedado toda la noche en la Pensión del Capullo, frente a la mezquita del sultán Uhan. Salió una mañana vestido con *dulamas*, chaleco, pantalones bombachos, calcetines hasta la rodilla y calzado con botas, para volver a la tarde del día siguiente con un traje de rayas, un pañuelo de seda remetido en el cuello de la camisa como un cantante de ópera y un bombín negro en la cabeza. Había otras novedades. Empezó a aprender francés con un manual de conversación de color ciruela. Había adquirido ademanes afectados, metiéndose las manos en los bolsillos y haciendo sonar la calderilla, por ejemplo, o quitándose la gorra para saludar. Cuando lavaba la ropa, Desdémona encontraba trozos de papel en los bolsillos de Lefty, cubiertos de operaciones matemáticas. Su ropa olía a humo y, en ocasiones, a algo acre y dulzón.

Ahora, en el espejo, sus caras juntas no podían ocultar el hecho de su separación, cada vez mayor. Y mi abuela, cuyos nubarrones constitucionales habían desembocado en una tormenta cardiaca de tomo y lomo, miró a su hermano, que en otro tiempo había confundido con su propia sombra, y notó que había algo raro.

—¿Adónde vas con ese traje?

—¿Adónde crees que voy? Al Koza Han. A vender capullos.

—Fuiste ayer.

—Es la temporada.

Con un peine de carey se hizo la raya del pelo a la derecha, aplicándose

brillantina en un ricitito rebelde que se negaba a alisarse.

Desdémona se acercó más. Cogió la brillantina y la olió. No era el olor de su ropa.

—¿Qué más haces allí?

—Nada.

—A veces te quedas toda la noche.

—Está muy lejos. Voy andando y, cuando llegó, ya es muy tarde.

—¿Qué es lo que fumas en esos bares?

—Lo que pongan en el narguile. Hacer preguntas no es de buena educación.

—Si madre y padre supieran que estás bebiendo y fumando así... —advirtió, sin terminar la frase.

—Pero no lo saben, ¿verdad? Así que estoy a salvo.

La ligereza de su tono no era muy convincente. Lefty se comportaba como si ya hubiera superado la muerte de sus padres, pero a Desdémona no la engañaba. Sonrió tristemente a su hermano y, sin comentario alguno, alzó el puño. Automáticamente, sin dejar de admirarse en el espejo, Lefty hizo lo mismo. Contaron:

—Uno, dos, tres... ¡ya!

—Piedra aplasta serpiente. Yo gano —dijo Desdémona—. Así que cuéntamelo.

—¿Contarte qué?

—Cuéntame lo que hay en Bursa que es tan interesante.

Lefty volvió a echarse el pelo hacia delante y se hizo la raya a la izquierda. Movié la cabeza de un lado a otro en el espejo.

—¿Cómo te gusta más? ¿A la derecha o a la izquierda?

—Vamos a ver.

Desdémona alzó la mano, la acercó delicadamente a la cabeza de su hermano... y le despeinó.

—¡Oye!

—¿Qué es lo que buscas en Bursa?

—Déjame en paz.

—¡Dímelo!

—¿Quieres saberlo? —exclamó Lefty, furioso ya con su hermana—. ¿Qué crees tú que busco? —inquirió con violencia contenida—. Busco una mujer.

Desdémona se agarró el vientre con fuerza, se dio palmaditas en el corazón. Retrocedió dos pasos y, desde aquella posición estratégica, examinó de nuevo a su hermano. La idea de que Lefty, que compartía sus ojos y sus cejas, que dormía en la cama contigua a la suya, pudiera estar poseído por tal deseo nunca se le había pasado por la cabeza. Aunque maduro físicamente, el cuerpo de Desdémona seguía siendo algo ajeno a su dueña. Por la noche, en su habitación, a veces había visto a su hermano dormido apretándose contra el colchón de cuerdas como si estuviera

enfadado con él. De niña lo había sorprendido en el criadero de gusanos de seda, frotándose inocentemente contra un pilar de madera. Pero nada de eso le había causado impresión alguna.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó a Lefty, con ocho o nueve años por entonces, que agarrado al pilar movía las rodillas de arriba abajo.

—Quiero tener esa sensación —contestó él con voz firme y resuelta.

—¿Qué sensación?

—Ya sabes —gruñendo, resoplando, subiendo y bajando las rodillas—. Esa *sensación*.

Pero ella no sabía. Pasarían años antes de que, cortando pepinos, se apoyara contra la esquina de la mesa y, sin darse cuenta, se inclinara un poco más, para luego adoptar diariamente esa postura, la esquina de la mesa ajustada entre las piernas. Ahora, cuando preparaba la comida a su hermano, a veces renovaba su vieja amistad con la mesa del comedor, pero sin ser consciente de ello. Era su cuerpo quien lo hacía, con la astucia y el silencio de los cuerpos en todas partes.

Las excursiones de su hermano a la ciudad eran diferentes. Al parecer, Lefty sabía lo que buscaba; estaba en plena comunicación con su propio cuerpo. Su mente y su cuerpo se habían convertido en una sola entidad, fundido en una sola idea, centrados en una sola obsesión, y por primera vez en la vida Desdémona se veía incapaz de entender aquella idea y sólo sabía que, fuera la que fuese, nada tenía que ver con ella.

Eso la puso furiosa. Además de un tanto celosa, como es de suponer. ¿Acaso no era Lefty su mejor amigo? ¿Es que no se lo habían contado siempre todo? ¿No se lo hacía todo ella: guisar, coser y tener la casa como su madre la había tenido siempre? ¿Acaso no se había encargado ella sola de los gusanos de seda para que él, su hermanito listo, pudiera ir a clase con el cura para aprender griego antiguo? ¿No había sido ella quien dijo: «Tú ocúpate de los libros, que yo me ocuparé del criadero. Lo único que tienes que hacer es ir al mercado a vender los capullos»? ¿Y acaso se había quejado cuando él empezó a entretenerse allá abajo, en la ciudad? ¿Había mencionado ella los trozos de papel, sus ojos enrojecidos o el olor acre y dulzón de su ropa? Desdémona tenía la sospecha de que su fantasioso hermano fumaba hachís. Sabía que donde había música de *rebético* había hachís; pero también era consciente de que Lefty estaba tratando de superar la muerte de sus padres de la única forma que podía, de que intentaba olvidar su pena en una nube de humo de hachís mientras escuchaba la música más triste del mundo. Como entendía todo eso, no le había dicho nada. Pero ahora vio que su hermano trataba de escapar a su dolor de un modo que ella no esperaba; y ya no estaba dispuesta a callarse.

—¿Que buscas una mujer? —inquirió Desdémona en tono de incredulidad—. ¿Qué clase de mujer? ¿Una turca?

Lefty no dijo nada. Tras su estallido siguió peinándose.

—A lo mejor lo que quieres es una odalisca. ¿Es eso? ¿Te crees que no sé que existen esas mujeres de mala vida, esas *putanas*? Pues sí, lo sé. No soy tan tonta. ¿Te gusta que una chica regordeta agite el vientre delante de tus narices? ¿Con una joya en medio de su redonda tripa? ¿Buscas una de ésas? Deja que te diga una cosa. ¿Sabes por qué las turcas esas se tapan la cara? ¿Crees que es por motivos religiosos? No. ¡Es porque, si no, nadie sería capaz de mirarlas! —Y a continuación gritó—: ¡Vergüenza debería darte, Eleuterio! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué no te buscas una chica del pueblo?

Fue en ese momento cuando Lefty, que se estaba cepillando la chaqueta, recordó a su hermana un hecho que ella estaba pasando por alto.

—A lo mejor no te has dado cuenta —le dijo—, pero en este pueblo no hay chicas.

Y en realidad, de eso se trataba, sobre todo. Bitinio nunca había sido un pueblo grande, pero en 1922 era más pequeño que nunca. La gente había empezado a marcharse en 1913, cuando la plaga de filoxera acabó con la producción de pasas. El éxodo prosiguió durante las guerras de los Balcanes. Surmelina, prima de Lefty y Desdémona, se había ido a Norteamérica y ahora vivía en una ciudad llamada Detroit. Construido a lo largo de una suave pendiente de la montaña, Bitinio no era uno de esos sitios precarios, desperdigados en las alturas, sino una agrupación elegante, o al menos armoniosa, de casas de estuco pintadas de amarillo. Entre ellas había dos magníficas mansiones con *çikma*, ventanales cerrados que sobresalían por encima de la calle. Las más modestas, que eran mayoría, se componían por lo general de una sola habitación donde también estaba la cocina. Y luego había algunas, como la de Lefty y Desdémona, con un salón enteramente cubierto de muebles, dos habitaciones, cocina y un retrete en el patio con inodoro europeo. En Bitinio no había tiendas, ni oficina de correos ni banco, sólo una iglesia y una taberna. Para comprar había que ir a Bursa, primero a pie y luego en un tranvía tirado por caballos.

En 1922 el pueblo no tenía más de cien habitantes. Algo menos de la mitad eran mujeres. De cuarenta y siete mujeres, veintiuna, eran ancianas. Otras veinte, amas de casa de mediana edad. Había tres madres jóvenes, cada una con una niña pequeña. Otra era la hermana de Lefty. Lo que dejaba dos muchachas casaderas a quienes Desdémona se apresuró ahora a nombrar.

—¿Cómo que no hay chicas aquí? ¿Qué me dices de Lucía Kafkalis? Es simpática. ¿O Victoria Pappas?

—Lucía huele mal. Con suerte se baña una vez al año. El día de su santo. ¿Y Victoria? —Se pasó un dedo por encima del labio superior—. Victoria tiene un bigote más grande que el mío. No tengo ganas de compartir la maquinilla de afeitar con mi mujer. —Dicho esto, dejó el cepillo y se puso la chaqueta—. No me esperes —avisó, y salió de la habitación.

—¡Vete! —gritó Desdémona tras él—. Ya ves lo que me importa. Pero acuérdate: ¡cuando tu mujer turca se quite el velo, no vuelvas corriendo al pueblo!

Pero Lefty ya se había ido. Sus pasos se perdieron en la distancia. Desdémona volvió a sentir en la sangre el misterioso veneno. No hizo caso.

—¡No me gusta cenar sola! —gritó, aunque no la oía nadie.

El viento del valle había empezado a soplar, como todas las tardes, y entraba por las ventanas abiertas de la casa. Hacía sonar el pasador de su arcón del ajuar y una especie de rosario que había sobre la tapa. Desdémona cogió la sarta de cuentas y empezó a pasarlas una a una entre los dedos, igual que había hecho su padre, y su abuelo y su bisabuelo antes de ella, realizando una precisa, concentrada y minuciosa ceremonia hereditaria para calmar los nervios. A medida que las cuentas chocaban unas con otras, Desdémona se iba entregando a ellas. ¿Qué le pasaba a Dios? ¿Por qué se llevó a sus padres y la dejó a ella para que se preocupara por su hermano? ¿Qué debía hacer ella con él? «¡Fumando, bebiendo, y ahora algo peor! ¿Y de dónde saca el dinero para todas sus locuras? ¡De mis capullos!, ¿de dónde si no?». Cada cuenta que se deslizaba entre sus dedos era otro resentimiento registrado y liberado. Desdémona, con sus ojos tristes, su rostro de muchacha obligada a crecer muy deprisa, manipulando su sarta de cuentas, atribulada, como todas las mujeres Stephanides antes y después de ella (hasta llegar a mí, si es que puedo incluirme).

Se dirigió a la ventana y asomó la cabeza, escuchando el viento que hacía susurrar los pinos y el abedul. Seguía pasando las cuentas que, poco a poco, iban surtiendo efecto. Se sentía mejor. Decidió continuar con su vida normal. Lefty no volvería aquella noche. ¿A quién le importaba? ¿Quién lo necesitaba, de todas formas? Para ella sería más fácil si no volviera nunca más. Pero se lo debía a su madre, tenía que vigilarlo para que no cogiera alguna enfermedad vergonzosa o, peor aún, se escapara con alguna turca. Las cuentas continuaban deslizándose, una tras otra, entre las manos de Desdémona. Pero ya no inventariaba sus penas. En cambio, las cuentas llevaban a su mente imágenes de una revista oculta en el viejo escritorio de su padre. Una cuenta era un peinado. La siguiente, unas bragas de seda. La otra, un sujetador negro. Mi abuela había empezado a hacer de casamentera.

Lefty, mientras tanto, cargado con un saco de capullos, iba bajando la montaña. Al llegar a la ciudad, recorrió Kapali Carsi Caddesi, torció por Borsa Sokak y no tardó mucho en cruzar el arco de entrada al jardín del Koza Han. Dentro, en torno a la fuente azulada, centenares de rígidos sacos, henchidos de capullos, se erguían hasta la altura de la cintura. Vendiendo o comprando, había grupos de hombres por todas partes. Llevaban gritando desde las diez de la mañana, cuando sonó la campana de apertura, y tenían la voz ronca.

—¡Excelente calidad! ¡A buen precio!

Lefty se abrió paso por los angostos pasadizos que se abrían entre los capullos,

llevando a cuestas su propio saco. Nunca había tenido interés alguno en el medio de vida familiar. No era capaz de evaluar los capullos oliéndolos o tocándolos, como hacía su hermana. El único motivo por el que se ocupaba de llevar los capullos era porque a las mujeres no se les permitía la entrada en el mercado. Los empujones, los encontronazos de los porteadores y los sacos que había que esquivar lo ponían nervioso. Pensó en lo estupendo que sería si todo el mundo dejara de moverse un momento, si todos se quedaran quietos para admirar la luminosidad de los capullos a la luz del atardecer; aunque, desde luego, nadie lo hacía. Seguían gritando, tirándose capullos a la cara, mintiendo y regateando. Al padre de Lefty le había encantado la temporada de mercado en el Koza Han, pero el espíritu mercantil no se había transmitido a su hijo.

Cerca de los soportales Lefty vio a un comerciante que conocía. Le presentó el saco. El comerciante metió bien la mano y sacó un capullo. Lo echó a un cuenco lleno de agua y lo examinó. Luego lo metió en una copa de vino.

—Necesito que hagan seda de doble trenzado. Y éstos no son lo bastante fuertes.

Lefty no lo creyó. La seda de Desdémona siempre era la mejor. Era consciente de que debía gritar, parecer ofendido, hacer como que se llevaba la mercancía a otra parte. Pero había salido tarde de casa; la campana de cierre estaba a punto de sonar. Su padre siempre le había dicho que no llevara capullos a última hora porque entonces tendría que venderlos a precio reducido. Bajo el traje nuevo, se le puso la piel de gallina. Quería que se acabase la transacción. Sentía bochorno: vergüenza por la raza humana, por la preocupación por el dinero, la afición a la estafa. Sin protestar, aceptó el precio del comerciante. En cuanto concluyó el trato se apresuró a salir del Koza Han para dedicarse al verdadero asunto que lo llevaba a la ciudad.

No era lo que Desdémona pensaba. Hay que fijarse bien: Lefty, ladeándose el bombín con cierto estilo, baja por ciertas calles de Bursa. Pasa frente a un quiosco de café, pero no entra. El dueño lo saluda y, para responderle, Lefty se limita a agitar la mano. En la siguiente calle pasa frente a una ventana detrás de cuyos postigos se oyen voces femeninas que le llaman, pero él no hace caso y continúa por los sinuosos callejones, dejando atrás restaurantes y fruterías hasta llegar a una avenida donde entra en una iglesia. Más concretamente: una antigua mezquita, con el alminar derribado y las inscripciones coránicas cubiertas con yeso para servir de lienzo a los santos cristianos que, incluso en ese momento, están pintando en el interior. Lefty entrega una moneda a la anciana que vende velas, enciende una, la coloca bien derecha entre la arena. Se sienta en un banco de la parte de atrás. Y de la misma manera que rezará mí madre años después pidiendo consejo acerca de mi concepción, Lefty Stephanides, mi tío abuelo (entre otras cosas), levanta la cabeza hacia el Cristo Pantocrátor que aún no han acabado de pintar en el techo. Su oración empieza del modo acostumbrado, con las palabras que ha aprendido de niño: *Kyrie eleison, Kyrie*

*eleison, no soy digno de entrar en Tu humilde morada*, pero pronto cambia de tono, se hace más personal: *No sé por qué me siento así, no es natural...*, para volverse luego un tanto acusatorio *Tú me has hecho así, yo no pedí pensar cosas como. ...* y desalentarse en la petición final: *Dame fuerzas, Jristós, no me dejes ser así, si ella llega a enterarse...*, los ojos firmemente cerrados, las manos doblando el ala del bombín, las palabras subiendo lentamente con el incienso hacia un Cristo inacabado.

Rezó durante cinco minutos. Luego salió a la calle, volvió a cubrirse con el sombrero e hizo sonar la calderilla en los bolsillos. Volvió a subir por las mismas calles y, esta vez (desahogado de su preocupación), se detuvo en todos los sitios frente a los que se había resistido al bajar. Hizo una parada en un quiosco para tomarse un café y fumar. Entró en un bar y pidió una copa de ouzo.

—Eh, Valentino —le gritaron unos jugadores de *backgammon*—. ¿Echas una partida?

Dejó que le engatusaran, sólo una, que perdió. Luego tuvo que apostar doble o nada. (Los cálculos que Desdémona había encontrado en los bolsillos del pantalón de Lefty eran deudas de juego). Pasaron las horas. El ouzo seguía fluyendo. Llegaron los músicos y empezó el *rebético*. Eran canciones de deseo carnal, de muerte, de cárcel y vida en la calle. «Al fumadero de hachís de la playa, adonde voy todos los días», cantaba Lefty, siguiendo el compás, «cada mañana, bien temprano, para olvidar las penas; me encuentro con dos odaliscas, sentadas en la arena; completamente colocadas, las pobres, pero qué divinas eran». Mientras, iban llenando el narguile. Hacia medianoche, Lefty salió flotando a la calle.

Un callejón descende, gira, acaba sin salida. Se abre una puerta. Un rostro sonrío, acogedor. De buenas a primeras, Lefty se encuentra en un sofá junto a tres soldados griegos, mirando a siete mujeres regordetas y perfumadas, repartidas en dos sofás frente a ellos. (Un fonógrafo toca la canción de moda que suena en todas partes: «Cada mañana, cada mañana...»). Y ahora ya ha olvidado completamente su oración, porque Lefty (cuando la madama dice: «La que más te guste, corazón») pasea la mirada por la circasiana rubia de ojos azules, la armenia que come un melocotón con aire insinuante y la mongola del flequillo; sus ojos siguen buscando y se detienen en una chica al extremo del sofá más apartado, una muchacha muy callada, de ojos tristes, piel perfecta y trenzas negras. («Hay una vaina para cada daga», dice en turco la madama, y ríen las putas). Inconsciente de los efectos de su atractivo, Lefty se pone en pie, se estira la chaqueta, extiende la mano hacia la muchacha elegida... y sólo cuando ella lo conduce escaleras arriba, le dice una voz en su cabeza que esa chica es lo más parecido a..., y tiene un perfil igualito que..., pero ahora han llegado a la habitación con sus sábanas usadas, su lámpara de aceite de color sanguinolento, su olor a agua de rosas y pies sucios. En la intoxicación de sus jóvenes sentidos, Lefty no presta atención a las crecientes similitudes que la muchacha revela al



desnudarse. Su mirada absorbe los amplios pechos, la delgada cintura, el pelo que cae en cascada sobre el coxis indefenso; pero Lefty no establece relación alguna. La muchacha le prepara un narguile. Pronto empieza a flotar, dejando de oír la voz en su cabeza. En el dulce sueño de hachís de las horas siguientes, pierde la noción de quién es y con quién está. Los miembros de la prostituta se convierten en los de otra mujer. Pronuncia un nombre varias veces, pero está demasiado colocado para darse cuenta. Sólo después, al despedirlo, la muchacha lo devuelve a la realidad.

—A propósito, me llamo Irini. Aquí no hay ninguna Desdémona.

A la mañana siguiente se despertó en la Pensión del Capullo, lleno de remordimientos. Salió de la ciudad y volvió a subir la montaña, hacia Bitinio. De sus bolsillos (vacíos) no salía ruido alguno. Con resaca y algo de fiebre, Lefty se dijo que su hermana tenía razón: ya era hora de que se casase. Se casaría con Lucía, o con Victoria. Tendría hijos, dejaría de ir a Bursa y cambiaría poco a poco; se haría mayor; todo lo que ahora sentía se iría apagando hasta desaparecer en la memoria. Asintió con la cabeza; se ajustó el sombrero.

En Bitinio, Desdémona daba a las dos principiantes clases de educación social para señoritas. Mientras Lefty seguía durmiendo en la Pensión del Capullo, ella recibió en su casa a Lucía Kafkalis y Victoria Pappas. Las chicas eran aún más jóvenes que ella, y seguían viviendo en casa de sus padres. Consideraban a Desdémona como dueña de su propia casa. Celosas de su belleza, la observaban con admiración; halagadas por sus atenciones, le hacían confidencias; y cuando ella empezó a aconsejarlas sobre su aspecto físico, la escucharon con sumo interés. Dijo a Lucía que se lavase más a menudo, y sugirió que se aplicara vinagre bajo los brazos para evitar la transpiración. Envió a Victoria a casa de una turca, especialista en la eliminación del vello superfluo. A la semana siguiente, Desdémona enseñó a las chicas todo lo que había aprendido de la única revista de moda que había visto en la vida, un desencuadernado catálogo titulado *Lingerie Parisienne* que se contaba entre las pertenencias de su padre. Contenía treinta y dos páginas de fotografías de modelos en sujetador, corsé, ligero y medias. Por la noche, cuando todos dormían, su padre lo sacaba del último cajón de su escritorio. Ahora Desdémona estudiaba el catálogo en secreto, memorizando las fotografías a fin de recrearlas después.

Dijo a Lucía y Victoria que fuesen a su casa todas las tardes. Siguiendo sus instrucciones, aparecían moviendo las caderas bajo el emparrado donde Lefty solía leer. Llevaban un vestido diferente cada vez. También cambiaban de peinado, manera de andar, joyas y ademanes. Bajo la dirección de Desdémona las dos sosas muchachas parecieron multiplicarse, formando una pequeña ciudad de mujeres, cada una con su risa peculiar, su joya personal, su canción favorita en los labios. Al cabo de dos semanas, Desdémona fue una tarde al emparrado y preguntó a su hermano:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has bajado a Bursa? Creía que ya habías

encontrado una turca guapa para casarte. Pero acuérdate de mirar debajo del velo, no vaya a tener bigote como Victoria.

—Qué curioso que lo menciones —repuso Lefty—. ¿Te has dado cuenta? Vicky ya no tiene bigote. ¿Y sabes otra cosa? —preguntó poniéndose de pie, sonriente—. Lucía empieza a oler estupendamente. Cada vez que viene, huelo a flores.

Estaba mintiendo, por supuesto. Para él, ninguna de las dos chicas tenía un aspecto más atractivo ni olía mejor que antes. Su entusiasmo sólo era un modo de rendirse a lo inevitable: un matrimonio arreglado, vida hogareña, hijos; el desastre absoluto.

—Tenías razón —concluyó, acercándose a Desdémona—. Las chicas más guapas del mundo están aquí mismo, en este pueblo.

—¿En serio? —dijo ella, mirándolo tímidamente a los ojos.

—A veces no te das cuenta de lo que tienes delante de las narices.

Se quedaron quietos, mirándose, mientras Desdémona notaba de nuevo aquella extraña sensación en el estómago. Y para explicar esa sensación no tengo más remedio que contar otra historia. En su discurso presidencial del congreso anual de la Sociedad para el Estudio Científico de la Sexualidad de 1968 (celebrado ese año en Mazatlán entre numerosas y sugerentes piñatas), el doctor Luce introdujo el concepto de «perifescencia». El término no significa nada en sí mismo; Luce lo inventó para evitar toda asociación etimológica. El estado de perifescencia, sin embargo, es bien conocido. Denota los primeros síntomas de la vinculación afectiva de una pareja humana. Causa vértigos, euforia, cosquilleos en la cavidad torácica. Perifescencia es la parte enloquecida, romántica, de estar enamorado. (Y según explicó Luce, puede durar hasta dos años, como máximo). Los antiguos habrían explicado la sensación de Desdémona como la acción de Eros. En la actualidad, el dictamen de los expertos lo reduciría al ámbito de la química cerebral y de la evolución. No obstante, debo insistir: Desdémona sintió la perifescencia como una cálida laguna que le fluía del vientre y le anegaba el pecho. Se le subió como un ardiente licor de menta finlandés de noventa grados. Tras el eficiente bombeo de dos glándulas en el cuello, se le encendió el rostro. Y el calor entonces cambió de signo y empezó a extenderse a sitios a los que una chica como ella no permitía acercamientos, con lo que Desdémona bajó los ojos y dio media vuelta. Se dirigió a la ventana, dejando la perifescencia a su espalda, mientras la brisa del valle le refrescaba el ánimo.

—Hablaré con los padres de las chicas —anunció, tratando de adoptar el tono de su madre—. Luego tendrás que ir a cortejarlas.

A la noche siguiente, hubo media luna, como en la futura bandera turca. Abajo, en Bursa, las tropas griegas, en busca de comida y jarana, tiroteaban otra mezquita. En Angora, Mustafá Kemal hacía que los periódicos publicasen la noticia de que iba a dar una fiesta en Chankaya, cuando en realidad se dirigía a su cuartel general del

frente. En compañía de sus hombres, bebió el último *raki* que tomaría hasta después de la batalla. Al amparo de la noche, las tropas turcas se movilizaron; pero no al norte, hacia Eskisehir, como todo el mundo esperaba, sino al sur, a la ciudad poderosamente fortificada de Afyon. En Eskisehir, las tropas turcas encendieron fogatas para exagerar su número. Una pequeña fuerza de diversión hizo un fingido movimiento en dirección norte, hacia Bursa. Y, entre aquellos despliegues, Lefty Stephanides, llevando dos ramilletes de flores, salió por la puerta de su casa y se dirigió a la calle donde vivía Victoria Pappas.

Era un acontecimiento de la misma importancia que un nacimiento o una muerte. Hasta el último de los casi cien habitantes de Bitinio estaba al corriente de las inminentes visitas de Lefty, y las viudas viejas, las mujeres casadas y las madres jóvenes, así como los ancianos, esperaban a ver con cuál de las dos muchachas se quedaría. Debido a la escasez de población, casi habían desaparecido los antiguos rituales de noviazgo. Esa falta de posibilidad romántica había creado una especie de círculo vicioso. Nadie a quien querer: falta de amor. Falta de amor: falta de niños. Falta de niños: nadie a quien querer.

Victoria Pappas estaba erguida con medio cuerpo a la luz y otro medio a la sombra, exactamente de la misma manera que en la fotografía de la página ocho de la *Lingerie Parisienne*. Desdémona (regidora, directora y, a la vez, encargada de vestuario) había recogido el pelo a Victoria, cubriéndole la frente con tirabuzones y advirtiéndole de que su prominente apéndice nasal debía permanecer en la sombra. Perfumada, depilada, saturada de emolientes, sombreados los ojos con *kohl*, Victoria dejó que Lefty la examinara de arriba abajo. Sintió el calor de su mirada, notó su jadeante respiración, percibió sus dos intentos de hablar —dos inaudibles gemidos procedentes de una garganta reseca— y, oyendo luego que sus pasos se aproximaban aún más, se dio la vuelta, adoptando la expresión que Desdémona le había enseñado; pero estaba tan concentrada en el esfuerzo de hacer con los labios el mohín de la modelo de lencería francesa, que no se dio cuenta de que los pasos no se acercaban sino retrocedían; y al volverse vio que Lefty Stephanides, el único soltero aceptable del pueblo, se iba alejando...

... Mientras, en casa, Desdémona abría el arcón de su ajuar. Buscó en el interior y sacó su corsé. Su madre se lo había regalado años atrás, en previsión de su noche de bodas.

—Espero que te lo pongas algún día —le dijo.

Ahora, frente al espejo de la habitación, Desdémona se probaba la extraña y complicada prenda. Abajo con los calcetines hasta la rodilla, con la ropa interior de color gris. Fuera con la falda que le llegaba más arriba de la cintura, con la larga blusa de cuello alto. Sacudiendo la cabeza, se quitó el pañuelo y se deshizo las trenzas, con lo que el pelo le cayó sobre los hombros desnudos. El corsé era de seda

blanca. Al ponérselo, Desdémona se sintió como si hilara su propio capullo, esperando la metamorfosis.

Pero cuando volvió a mirar al espejo, vio su imagen. Era inútil. Nunca se casaría. Lefty volvería aquella noche tras haber elegido mujer, que luego llevaría a casa para que viviera con ellos. Desdémona se quedaría como estaba, pasando la sarta de cuentas y haciéndose aún mayor de lo que ya se sentía. Aulló un perro. Alguien del pueblo dio una patada a un montón de astillas y soltó una maldición. Y mi abuela lloraba en silencio porque iba a pasarse el resto de la vida haciendo inventario de sus penas, que nunca desaparecían...

... Y entretanto Lucía Kafkalis adoptaba exactamente la postura que le habían indicado, medio dentro y medio fuera de la luz, llevando un sombrero blanco con cerezas de cristal en la banda, una mantilla sobre los hombros desnudos, un escotado vestido, verde y luminoso, y tacones altos, con los que no se movía por miedo a caerse. Su madre, una mujer gruesa, entró andando como un pato, sonriendo y gritando.

—¡Ahí viene! ¡Ni siquiera un minuto ha podido estar con Victoria...!

... Ya percibía el olor a vinagre. Lefty acababa de cruzar el bajo umbral de la casa de los Kafkalis.

—Os dejamos solos —anunció el padre de Lucía, dándole la bienvenida—. Para que os vayáis conociendo.

La habitación estaba en penumbra. Lefty se volvió... y dejó caer el otro ramillete.

Lo que Desdémona no había previsto: su hermano también había estudiado minuciosamente las páginas de la *Lingerie Parisienne*. En realidad, lo estuvo haciendo desde los doce a los catorce años, cuando descubrió el auténtico botín: diez fotografías del tamaño de una postal, escondidas en una maleta vieja, que mostraban a «Sermin en los Aposentos del Placer», en las cuales una muchacha de veinticinco años y cuerpo en forma de pera asumía con aire aburrido una variedad de posturas sobre los cojines con borlas de un serrallo escenificado. La encontró en el compartimiento de los artículos de tocador, como al frotar la lámpara de un genio. Sermin salió girando hacia arriba envuelta en una nube de polvo luminoso: sin nada salvo un par de zapatillas de las mil y una noches y una cinta en torno a la cintura (destello); echada lánguidamente sobre una piel de tigre, acariciando una cimitarra (destello); y sentada con los pechos al aire ante un tablero de *backgammon*. Aquellas diez fotografías en tonos sepia era lo que había despertado la fascinación de Lefty por la ciudad. Pero nunca había olvidado del todo sus primeros amores de la *Lingerie Parisienne*. Podía invocarlas en su imaginación a voluntad. Al ver a Victoria Pappas en la pose de la página ocho, Lefty quedó impresionado por la distancia que separaba a su vecina del ideal de su adolescencia. Trató de imaginarse casado con Victoria, viviendo con ella, pero en el centro de todas las imágenes que se le pasaban por la

cabeza se abría un enorme vacío, la ausencia de la persona que más quería y que conocía mejor que ninguna otra. De modo que había huido de Victoria Pappas para seguir calle abajo y encontrarse con Lucía Kafkalis, igual de decepcionante, incapaz de estar a la altura de la página veintidós...

... Y entonces ocurre algo. Desdémona, sollozando, se quita el corsé, lo dobla de nuevo y vuelve a guardarlo en el arcón del ajuar. Se deja caer sobre la cama, la de Lefty, para seguir llorando. La almohada huele a brillantina y, entre lágrimas, aspira su olor...

... hasta que, drogada por los opiáceos del llanto, se queda dormida. Tiene un sueño que se le repite últimamente. En el sueño todo es como antes. Lefty y ella vuelven a ser niños (salvo que tienen cuerpo de adultos). Están acostados en la misma cama (salvo que ahora es la cama de sus padres). Mueven piernas y brazos mientras duermen (y es sumamente agradable, cómo agitan los miembros, y la cama está húmeda...), pero al cabo de un momento Desdémona se despierta, como de costumbre. Le arde la cara. Tiene una sensación rara en el estómago, muy adentro, y ahora casi puede definirla...

... mientras yo, sentado en mi butaca de relajación, sigo las teorías de E. O. Wilson. ¿Fue amor o instinto de reproducción? ¿Casualidad o destino? ¿Delito u obra de la naturaleza? Puede que, para garantizar su existencia, el gen contuviese un mecanismo que impidiera su control, lo que explicaría las lágrimas de Desdémona y la afición de Lefty por las prostitutas; no obedecería al cariño ni la simpatía emocional, sino a su necesidad de manifestarse en el mundo, urdiendo para ello un preciso juego amoroso. Pero yo no puedo explicarlo mejor de lo que podrían haberlo hecho Desdémona y Lefty, del mismo modo que cualquiera de nosotros, al enamorarse, es incapaz de separar las hormonas de los sentimientos, por divinos que éstos sean, y tal vez aludo a la cuestión de Dios movido por algún reflejo altruista encaminado a preservar la especie; no estoy seguro. Trato de volver mentalmente a una época anterior a la genética, antes de que todo el mundo adquiriese la costumbre de explicar cualquier cosa con un: «Está en los genes». Un tiempo anterior a nuestra actual libertad... ¡y mucho más libre!

Desdémona no tenía idea de lo que estaba pasando. No contemplaba sus entrañas como un vasto código lleno de números, de secuencias infinitas entre las cuales hay alguna que puede contener un error. Ahora sabemos que andamos con ese mapa por ahí. Que dicta nuestro destino incluso cuando no hacemos nada, parados en la esquina de la calle. Nos pinta en la cara las mismas arrugas y manchas de vejez que tenían nuestros padres. Nos hace moquear de manera idiosincrásica, reconocible, familiar. Genes profundamente arraigados controlan los músculos del ojo, de modo que dos hermanas parpadean de la misma forma, y a hermanos gemelos se les cae la baba al mismo tiempo. A veces, cuando estoy inquieto, me veo palpándome el cartílago de la

nariz de la misma manera que mi hermano. Nuestras gargantas y laringes, formadas bajo las mismas instrucciones, comprimen el aire de cierta manera para que salga con los mismos tonos y decibelios. Y eso se puede extrapolar hacia atrás en el tiempo, de modo que cuando yo hablo, Desdémona hable también. Ella es quien escribe ahora estas palabras. Desdémona, que no sabe absolutamente nada del ejército que tiene en su interior, ejecutando un millón de órdenes, ni del soldado que desobedeció, ausentándose sin permiso...

... escapando como Lefty de Lucía Kafkalis y volviendo con su hermana. Desdémona oyó sus pasos apresurados mientras se ajustaba de nuevo la falda. Arrojó el corsé al arcón del ajuar y se enjugó las lágrimas con el pañuelo. Al verlo entrar por la puerta, esbozó una sonrisa.

—Bueno, ¿por cuál te has decidido?

Lefty no contestó, observando a su hermana. No había compartido habitación con su hermana durante toda la vida para no saber cuándo había estado llorando. Estaba despeinada, con el pelo tapándole casi toda la cara, pero los ojos que se alzaron para mirarlo le resultaban tan familiares como los suyos propios.

—A ninguna —dijo al fin.

Al oír aquello Desdémona sintió una inmensa felicidad. Sin embargo, replicó:

—Pero ¿qué es lo que te pasa? Tienes que decidirte.

—Esas chicas parecen un par de putas.

—¡Lefty!

—Es verdad.

—¿No quieres casarte con ninguna?

—No.

—Pues tienes que hacerlo —afirmó, esgrimiendo el puño—. Si gano, te casas con Lucía.

Lefty, incapaz de rechazar una apuesta, alzó el puño a su vez.

—¡Una, dos, tres..., ya!

—El hacha parte la piedra —sentenció Lefty—. Gano yo.

—Otra vez —exigió Desdémona—. Ahora, si gano yo, te casas con Vicky. Una, dos, tres...

—La culebra se traga el hacha. ¡Otra vez gano! Adiós a Vicky.

—Entonces, ¿con quién vas a casarte?

—Pues no sé. —Lefty la tomó de las manos y la miró fijamente—. Contigo, a lo mejor.

—Soy tu hermana, qué lástima.

—No eres sólo mi hermana. También eres mi prima tercera. Los primos terceros se pueden casar.

—Estás loco, Lefty.

—Así será más fácil. No tendremos que reformar la casa.

Entre bromas y veras, Desdémona y Lefty se abrazaron. Al principio se limitaron a abrazarse como es debido, pero al cabo de diez segundos el abrazo cambió de signo; ciertas posiciones de las manos y presiones de los dedos no coincidían con las habituales demostraciones del cariño fraterno, todo lo cual empezó a conformar un lenguaje propio que anunciaba un nuevo mensaje en la silenciosa habitación. Lefty se puso a bailar un vals con Desdémona, al estilo europeo; dando vueltas, la condujo fuera, cruzando el patio hasta el criadero de gusanos de seda y volviendo hacia el emparrado, mientras ella reía y se tapaba la boca con la mano.

—Qué bien bailas, primo —dijo, y su corazón saltó de nuevo, haciéndola creer que se iba a morir allí mismo, entre los brazos de Lefty.

Pero no se murió, claro está; siguieron bailando. Y no olvidemos dónde estaban bailando: en Bitinio, un pueblo de montaña donde era corriente el matrimonio entre primos y todo el mundo estaba emparentado de una manera o de otra; así que, mientras bailaban, empezaron a estrecharse con más fuerza, dejando las bromas aparte, y entonces bailaron apretados, como el hombre y la mujer, en circunstancias solitarias y apremiantes, suelen hacer en ocasiones.

Y en medio de todo eso, antes de que se pronuncien palabras directas y de que se tomen decisiones (antes de que el ardor las tome por ellos), justo entonces, en pleno vals, oyeron explosiones a lo lejos, y al mirar abajo para ver lo que pasaba, vieron que el ejército griego se batía en retirada.

# UNA PROPOSICIÓN INDECOROSA



Descendiente de griegos de Asia Menor, nacido en Estados Unidos, vivo ahora en Europa. Concretamente, en el barrio de Schöneberg de Berlín. El Servicio Exterior está dividido en dos secciones, el cuerpo diplomático y el departamento cultural. El embajador y sus asesores llevan a cabo la política exterior desde la embajada rodeada de barricadas y recién abierta en Neustädtische Kirchstrasse. Nuestra sección (encargada de recitales, conferencias y conciertos) trabaja en un edificio de original estilo, catalogado como monumento histórico, llamado Amerika Haus.

Esta mañana he cogido el tren para ir a trabajar, como de costumbre. El U-Bahn me lleva silenciosamente en dirección oeste desde el parque KJeist a Berliner Strasse y luego, después del transbordo, al norte, hacia el Zoologischer Garten. Una tras otra, pasan estaciones del antiguo Berlín Occidental. Muchas de ellas fueron reformadas en los años setenta y tienen los colores de las cocinas de los barrios periféricos de mi infancia: aguacate, canela, amarillo girasol. En Spichernstrasse sí se detiene el tren para realizar un cambio de bogies. En el andén, hoy un músico callejero tocaba una lacrimógena melodía eslava con un acordeón. Con los zapatos de puntera relucientes, aún con el pelo húmedo, iba yo hojeando el *Frankfurter Allgemeine* cuando ella entró en el vagón empujando su inconcebible bicicleta.

Antes era uno capaz de acertar la nacionalidad de una persona con sólo verle la cara. El Servicio de Inmigración acabó con eso.

A continuación, podía adivinarse la nacionalidad de la gente fijándose en su calzado. La globalización acabó con eso. Ya no se ven aquellas crías de foca finlandesas, las platijas alemanas. Sólo Nikes, en pies vascos, holandeses, siberianos.

La ciclista era asiática, al menos genéticamente. Llevaba el pelo descuidado, revuelto. Vestía un chaquetón corto verde oliva y pantalones negros de esquiar, y calzaba unos Camper marrones que parecían zapatillas de jugar a los bolos. La cesta de la bici contenía la funda de una cámara.

Tuve la corazonada de que era norteamericana. Por la bici retro. De color azul turquesa y con muchos cromados, tenía unos guardabarros tan anchos como los de un Chevrolet, neumáticos tan gruesos como los de una carretilla, y no parecía pesar menos de ciento cincuenta kilos. Capricho de expatriada, aquella bici. Estaba a punto de utilizarla como pretexto para entablar conversación, cuando el tren volvió a detenerse. La ciclista alzó la cabeza. El pelo se le apartó de su precioso rostro oculto bajo la capucha y, por un momento, nuestras miradas se encontraron. La placidez de su semblante junto con la suavidad de su piel, le daban un aire como de máscara, con



ojos vivos, humanos, bajo el antifaz. Esos ojos se apartaron entonces de los míos mientras ella cogía la bicicleta por el manillar y, empujándola fuera del tren, se encaminaba a los ascensores. El U-Bahn prosiguió su trayecto, pero yo no continué mi lectura. Me quedé en el asiento, en un estado de voluptuosa agitación, de agitada voluptuosidad, hasta llegar a mi parada, donde me apeé tambaleante.

Desabrochándome la chaqueta del traje, saqué un puro del bolsillo interior. De otro bolsillo más pequeño extraje el cortapuros y una caja de cerillas. Aunque todavía no había almorzado, encendí el puro —un Davidoff Grand Cru del número tres— y me quedé allí fumando, tratando de calmarme. Los puros, los trajes de chaqueta cruzada, puede que sean algo excesivo. Soy muy consciente de eso. Pero los necesito. Hacen que me sienta mejor. Puedo permitirme exagerar un poco en compensación por todo lo que he pasado. Con mi traje a la medida y mi camisa de cuadros, me fumé el puro de tamaño medio hasta que se me apagó el fuego en las venas.

Algo que debe entenderse: no soy andrógino en lo más mínimo. El síndrome de deficiencia de 5-alfa reductasa permite una biosíntesis normal y una acción periférica de testosterona, en el útero, neonatalmente, y en la pubertad. En otras palabras, en sociedad actúo como hombre. Voy al servicio de caballeros. Pero no a los urinarios, siempre a los cubículos. En el gimnasio utilizo las duchas de caballeros, aunque discretamente. Poseo todas las características sexuales secundarias de un hombre normal salvo una: la incapacidad de sintetizar dihidrotestosterona me ha hecho inmune a la calvicie. He sido varón más de la mitad de mi vida, con lo que ya todo lo hago con la mayor naturalidad. Cuando Calíope emerge a la superficie, es como un defecto del habla adquirido en la infancia. De pronto ahí está otra vez, dándose un tironcito del pelo o mirándose las uñas. Es un poco como estar poseído. Callie surge en mi interior, llevando mi piel como un vestido amplio. Mete las manitas en las anchas mangas de mis brazos. Introduce los pies de chimpancé por los pantalones de mis piernas. Por la acera noto que sus andares de niña toman el relevo, y el movimiento me devuelve una especie de emoción, una simpatía desolada y efusiva por las niñas que veo volver a casa del colegio. Eso continúa durante unos cuantos pasos. El pelo de Calíope me hace cosquillas en la nuca. Noto la vacilante presión de su mano en el pecho —aquel viejo hábito nervioso suyo—, para ver si hay alguna novedad por ese lado. El enfermizo fluido de la desesperación adolescente que corre por sus venas inunda las mías una vez más. Pero entonces, tan bruscamente como ha aparecido, desaparece, encogiéndose y fundiéndose en mi interior, y cuando me vuelvo a mirar en un escaparate esto es lo que veo: un hombre de cuarenta y un años de pelo ondulado, más bien largo, fino bigote y perilla. Una especie de mosquetero moderno.

Pero basta ya de mí por ahora. Tengo que retomar el hilo y volver a donde las explosiones me interrumpieron ayer. Después de todo, ni Cal ni Calíope habrían

venido a este mundo sin lo que sucedió a continuación.



—¡Te lo advertí! —gritó Desdémona a pleno pulmón—. ¡Te dije que todo esto no podía acabar bien! ¿Así es como nos liberan? ¡Sólo los griegos pueden ser tan estúpidos!

A la mañana siguiente del vals, como puede verse, los presentimientos de Desdémona se habían hecho realidad. La *Megali Idea* había llegado a su fin. Los turcos habían capturado Afyon. El ejército griego, derrotado, huía hacia el mar. En su retirada, prendía fuego a todo lo que se topaba en su camino. Desdémona y Lefty, a la luz del amanecer, estaban en la ladera de la montaña observando la devastación. Una espiral de humo negro se extendía a lo largo de kilómetros por el valle. Todos los pueblos, todos los campos, todos los árboles estaban en llamas.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Lefty—. Los turcos querrán vengarse.

—¿Desde cuándo necesitan un motivo?

—Nos marcharemos a América. Podemos vivir con Surmelina.

—En América las cosas no serán muy agradables —insistió Desdémona, sacudiendo la cabeza—. No te creas las cartas de Lina. Exagera.

—Mientras estemos juntos, todo irá bien.

La miró, de la forma que lo había hecho la noche anterior, y Desdémona se ruborizó. Lefty trató de rodearla con el brazo, pero ella lo apartó.

—Mira.

Abajo, el humo se había disipado un poco. Ahora podían ver las carreteras, abarrotadas de refugiados: una riada de carretas, carromatos, búfalos de agua, mulas y gente saliendo apresuradamente de la ciudad.

—¿Dónde podemos coger un barco? ¿En Constantinopla?

—Iremos a Esmirna —contestó Lefty—, todos dicen que por Esmirna es más seguro.

Desdémona guardó silencio un momento, tratando de comprender aquella nueva realidad. En las otras casas retumbaban voces que maldecían a los griegos, a los turcos, mientras la gente empezaba a hacer el equipaje.

—Me llevaré la caja de gusanos de seda —anunció en tono resuelto—. Y huevos. Para ganar dinero.

Lefty la zarandéó del brazo con aire burlón.

—En América no crían gusanos de seda.

—Llevarán ropa, ¿no? ¿O es que van desnudos por ahí? Si llevan ropa, necesitarán seda. Y me la podrán comprar a mí.

—Vale, lo que quieras. Pero date prisa.

Eleuterio y Desdémona Stephanides salieron de Bitinio el 31 de agosto de 1922. Se marcharon a pie, con dos maletas llenas de ropa, artículos de tocador, el libro de cabecera y la sarta de cuentas de Desdémona, y dos textos de griego antiguo de Lefty. Bajo el brazo, Desdémona llevaba también la caja de gusanos de seda con unos centenares de huevos envueltos en una tela blanca. Los trozos de papel que ahora llevaba Lefty en los bolsillos no registraban deudas de juego sino direcciones en Atenas o Astoria. En una sola semana, el centenar de habitantes que más o menos quedaba en Bitinio hizo las maletas y se dirigió a la Grecia continental, la mayoría de camino a Estados Unidos. (Una diáspora que debió de haber impedido mi existencia, pero que no lo hizo).

Antes de marcharse, Desdémona salió al patio y se santiguó al estilo ortodoxo, empezando con el pulgar. Se despidió de todo: del polvoriento olor a podrido del criadero y de las moreras que flanqueaban la pared, de los escalones que ya no volvería a subir y, también, de aquella sensación de vivir por encima del mundo. Entró en el criadero a ver a sus gusanos por última vez. Habían dejado de tejer. Alzó la mano, arrancó un capullo de la rama de una morera y se lo guardó en el bolsillo de la blusa.

El 6 de septiembre de 1922, el general Hajienestis, comandante en jefe de las fuerzas griegas en Asia Menor, se despertó con la impresión de que tenía las piernas de cristal. Le daba miedo levantarse de la cama, así que despidió al barbero, renunciando a su afeitado matinal. Por la tarde se negó a ir a tierra a tomar su habitual refresco de agua de limón en los muelles de Esmirna. En cambio, permaneció tumbado boca arriba, inmóvil y alerta, ordenando a sus ayudantes que no dieran portazos ni pisaran fuerte. Aquél fue uno de los días más lúcidos y productivos del comandante en jefe. Cuando el ejército turco atacó Afyon dos semanas antes, Hajienestis creyó que estaba muerto y que las ondas luminosas que se reflejaban en las paredes de su camarote eran pirotecnia celeste.

A las dos de la tarde, su lugarteniente entró de puntillas en el camarote y, en un murmullo, le dijo:

—Mi general, espero sus órdenes para contraatacar, señor.

—¿Oye cómo rechinan?

—¿Señor?

—Mis piernas. Mis delgadas piernas de cristal.

—Señor, soy consciente de que al general le molestan las piernas, pero con todo respeto, señor —un poco más alto que un murmullo ahora—, creo que no es hora de centrarse en tales cuestiones.

—Considera que es una especie de broma, ¿no es así, teniente? Pero si usted tuviera las piernas de cristal, lo entendería. No puedo ir a tierra. ¡Con eso es

precisamente con lo que cuenta Kemal! Que me levante de la cama y se me rompan las piernas en mil pedazos.

—Éstos son los últimos informes, general. —El lugarteniente sostuvo un papel frente a los ojos de Hajienestis—. Se ha avistado a la caballería turca a ciento cincuenta kilómetros al este de Esmirna —leyó—. Los refugiados ya alcanzan la cifra de ciento ochenta mil, lo que significa un aumento de treinta mil con respecto al día de ayer.

—Yo no sabía que la muerte sería algo así, teniente. Me siento próximo a usted. Estoy muerto. He hecho un viaje al Hades, pero aún puedo verlo a usted. Escúcheme. La muerte no es el fin. Eso es lo que he descubierto. Permanecemos, persistimos. Los muertos ven que soy uno de ellos. Están todos a mi alrededor. Usted no los ve, pero ahí están. Madres e hijos, ancianas, todo el mundo. Diga al cocinero que me traiga el almuerzo.

Fuera, el famoso puerto estaba a rebosar de barcos. Amarrados a un largo muelle había buques mercantes junto a barcazas y caiques de madera. Más lejos, estaban anclados los buques de guerra aliados. El hecho de verlos tranquilizaba a los griegos y armenios de Esmirna (y a los miles y miles de refugiados), y siempre que circulaba un rumor —el día anterior un periódico armenio aseguraba que los aliados, deseosos de desagraviar a los turcos victoriosos por su apoyo a la invasión griega, tenían el propósito de entregarles la ciudad—, los ciudadanos miraban los destructores franceses y los acorazados británicos, aún a la vista para proteger los intereses comerciales europeos en Esmirna, y sus miedos se apaciguaban.

Aquella tarde, el doctor Nishan Philobosian se dirigía al puerto en busca precisamente de esa tranquilidad de espíritu. Se despidió de su mujer, Tukhie, y de sus hijas, Rosa y Anita, dándoles un beso; a sus hijos, Karekin y Stepan, les dio una palmada en la espalda al tiempo que, señalando el tablero de ajedrez, ordenaba con fingida gravedad:

—No mováis las piezas.

Cerró con llave la puerta principal, comprobándolo con el hombro, y echó a andar por la calle Suyane, pasando frente a las tiendas cerradas y las ventanas cegadas con tablones del barrio armenio. Se detuvo ante la tahona de Berberian, preguntándose si Carlos Berberian habría sacado a la familia de la ciudad o si se habían ocultado en la planta de arriba como los Philobosian. Ya llevaban cinco días de encierro voluntario, el doctor jugando interminables partidas de ajedrez con sus hijos, Rosa y Anita hojeando un ejemplar de *Photoplay* que su padre les había traído de una reciente visita al barrio residencial americano de Paradise, Tukhie cocinando día y noche porque comer era lo único que mitigaba la inquietud. En la puerta de la tahona sólo había un letrero que anunciaba PRÓXIMA APERTURA y un retrato —que hizo torcer el gesto a Philobosian— de Kemal, el dirigente turco, con aire resuelto, gorro de

astracán y abrigo con cuello de piel, los ojos azules penetrantes bajo los sables cruzados de sus cejas. El doctor Philobosian dio la espalda a aquel rostro y siguió su camino, enumerando todos los argumentos en contra de exhibir un retrato de Kemal. En primer lugar —como había estado repitiendo toda la semana a su mujer—, las potencias europeas no permitirían que los turcos entraran en la ciudad. En segundo lugar, en caso de que lo hicieran, la presencia de los buques de guerra en el puerto evitaría que los turcos se entregaran al pillaje. Incluso durante las matanzas de 1915 los armenios de Esmirna habían estado a salvo. Y, por último —al menos en lo que se refería a su propia familia—, estaba la carta que iba a recoger a su consulta. Razonando de ese modo, prosiguió colina abajo, llegando al barrio europeo. Allí las casas tenían un aspecto más próspero. A cada lado de la calle se erigían mansiones de dos pisos con terrazas llenas de flores y altos muros de cemento armado. Al doctor Philobosian nunca lo habían invitado a alternar en aquellas mansiones, pero con frecuencia hacía visitas para atender a las levantinas que vivían en ellas; muchachas de dieciocho o diecinueve años que lo esperaban en los «palacios de agua» de los patios, reposando lánguidamente en hamacas entre una profusión de árboles frutales; chicas cuya desesperada necesidad de encontrar maridos europeos les daba una escandalosa libertad, causa de la fama de Esmirna de ser sumamente acogedora con los oficiales del ejército, y responsable de los febriles rubores que tales muchachas mostraban en las visitas matinales del doctor Philobosian, así como de la naturaleza de sus dolencias, que iban desde un tobillo torcido en la pista de baile a magulladuras más íntimas algo más arriba. Ante todo lo cual no mostraban recato alguno, abriéndose la bata de seda para decir:

—Está todo rojo, doctor. Haga algo. A las once me esperan en el Casin.

Todas aquellas muchachas ausentes ya, sacadas de la ciudad por sus padres después de los primeros combates, semanas atrás, en París o Londres —donde acababa de empezar la temporada social—, las casas en silencio mientras el doctor Philobosian pasaba frente a ellas, la crisis retrocediendo en su mente al recordar aquellas batas sueltas. Pero entonces dobló la esquina, llegó al puerto y volvió a percibir la gravedad de la situación.

De un extremo a otro del muelle, soldados griegos, exhaustos, cadavéricos, mugrientos, cojeaban hacia el punto de embarque de Chesme, al suroeste de la ciudad, esperando que los evacuaran. Los andrajosos uniformes estaban negros de hollín de los pueblos que habían quemado en la retirada. Sólo una semana antes, los elegantes cafés al aire libre de los muelles estaban repletos de diplomáticos y oficiales de marina; ahora el muelle era un centro de retención. Los primeros refugiados llegaron con alfombras y butacas, gramófonos, lámparas de pie, cómodas, poniéndolo todo frente al puerto, a cielo abierto. Los recién llegados se presentaban únicamente con un saco o una maleta. Entre toda aquella confusión, los estibadores se

apresuraban en todas direcciones, cargando los barcos de tabaco, higos, incienso, seda y angora. Se vaciaban los almacenes antes de que llegaran los turcos.

El doctor Philobosian vio a un refugiado que hurgaba en un montón de basura, recogiendo huesos de pollo y mondas de patatas. Incluso de lejos, el ojo clínico del doctor notó la herida que el joven tenía en la mano y la palidez de la desnutrición. Pero cuando el refugiado alzó la cabeza, Philobosian sólo vio una expresión perdida en sus rasgos. No obstante, observando aquella vacuidad, el doctor preguntó:

—¿Está enfermo?

—Hace tres días que no como —contestó el joven.

—Venga conmigo —suspiró el doctor.

Por unos callejones, condujo al refugiado a su consultorio. Lo hizo pasar, sacó gasa, antiséptico y esparadrapo de un armario y le examinó la mano.

La herida se centraba en el pulgar, donde faltaba la uña.

—¿Cómo le ocurrió esto?

—Primero fue la invasión griega —contestó el refugiado—. Luego volvieron los turcos. Entremedias me pillaron la mano.

El doctor Philobosian guardó silencio mientras limpiaba la herida.

—Tendré que pagarle con un cheque, doctor —dijo el refugiado—. Espero que no le importe. En este momento no tengo dinero en efectivo.

El doctor Philobosian se metió la mano en el bolsillo.

—Yo tengo algo. Tenga. Vamos.

El refugiado vaciló sólo un momento.

—Gracias, doctor. Se lo devolveré en cuanto llegue a Estados Unidos. Déme su dirección, por favor.

—Tenga cuidado con lo que beba —advirtió el doctor Philobosian, sin hacer caso de la petición—. Hierva el agua si tiene oportunidad. Si Dios quiere, pronto vendrán algunos barcos.

El refugiado asintió con la cabeza.

—¿Es usted armenio, doctor?

—Sí.

—¿Y no se marcha?

—Esmirna es mi casa.

—Entonces, buena suerte. Y vaya usted con Dios.

—Y usted también.

Y con eso, el doctor Philobosian lo acompañó a la salida. Vio alejarse al refugiado. No tiene cura, pensó. Estará muerto dentro de una semana. Si no es el tifus, será otra cosa. Pero no era asunto suyo. Introduciendo los dedos bajo la cinta de una máquina de escribir, sacó un grueso fajo de billetes. Hurgó entre los cajones hasta que, dentro de su diploma de médico, halló una carta mecanografiada con los

caracteres desvaídos: «Por la presente certificamos que el 3 de abril de 1919 Nishan Philobosian, doctor en Medicina, trató de diverticulitis a Mustafá Kemal Pachá, quien encarecidamente recomienda a todas las personas que lean esta carta que otorguen al doctor Philobosian su estima, confianza y protección». El portador de la carta la dobló y se la guardó en el bolsillo. En ese momento, el refugiado está comprando pan en una tahona del puerto. Y entonces, cuando da media vuelta ocultando la hogaza caliente bajo el mugriento traje, el reflejo del sol en la superficie del agua le ilumina la cara y se descubre su identidad: la nariz aquilina, la expresión de ave rapaz, la dulzura que aparece en los ojos castaños.

Por primera vez desde su llegada a Esmirna, Lefty Stephanides sonrió. En sus anteriores incursiones sólo había conseguido un melocotón podrido y seis aceitunas, animando a Desdémona a que los ingiere, huesos y todo, para llenarse el estómago. Ahora, llevando el *chureki* salpicado de semillas de sésamo, volvió a mezclarse con la multitud. Avanzó bordeando las salas de estar al aire libre (donde familias enteras se sentaban escuchando mudos aparatos de radio) y sorteando cuerpos tendidos que, esperaba, estuvieran durmiendo. Se sentía animado, además, por otras noticias. Justo aquella mañana se había extendido el rumor de que Grecia iba a enviar una flota para evacuar a los refugiados. Lefty echó un vistazo al Egeo. Habiendo vivido veinte años en la montaña, era la primera vez que veía el mar. Al otro lado de aquellas aguas, en algún sitio, estaba América. Y allí, su prima Surmelina. Aspiró la brisa marina, el olor del pan caliente, del antiséptico de su pulgar vendado, y entonces la vio: Desdémona, sentada en la maleta justo donde la había dejado, y se sintió aún más feliz.

Lefty era incapaz de determinar el momento en que había empezado a pensar en su hermana. Al principio sólo había tenido curiosidad por ver cómo eran los pechos de una mujer de verdad. No le importaba que fueran los de su hermana. Intentó *olvidar* que eran los de su hermana. Tras el *kelimi* que separaba sus camas, veía la silueta de Desdémona al desnudarse. No era más que un cuerpo; podía ser cualquier mujer, o eso pretendía Lefty.

—¿Qué estás haciendo? —preguntaba Desdémona, quitándose la ropa—. ¿Por qué estás tan callado?

—Estoy leyendo.

—¿Qué lees?

—La Biblia.

—No me digas. Si tú nunca lees la Biblia.

Pronto, cuando las luces se apagaban, se sorprendía imaginando a su hermana. Ella permeaba todas sus fantasías, pero Lefty se resistía. En cambio, bajaba a la ciudad, buscando mujeres desnudas que no fueran de su familia.

Pero desde la noche que bailaron el vals, dejó de resistirse. Por los mensajes de

los dedos de Desdémona, porque sus padres estaban muertos y su pueblo destruido, porque nadie sabía quiénes eran en Esmirna, por el aspecto que ahora mismo tenía Desdémona, sentada en la maleta.

¿Y Desdémona? ¿Qué sentía? Miedo, en primer lugar, y tribulación; todo ello intercalado con estallidos de alegría sin precedentes. Ella nunca había apoyado la cabeza en las piernas de un hombre mientras viajaba en una carreta de bueyes. Jamás había dormido como una tortolita, rodeada por los brazos de un hombre, nunca había sentido la erección de un hombre contra su espalda mientras intentaba hablar como si no pasara nada.

—Sólo quedan setenta kilómetros —había dicho Lefty una noche durante su azaroso viaje a Esmirna—, a lo mejor mañana tenemos suerte y nos cogen por el camino. Y cuando lleguemos a Esmirna, embarcaremos para Atenas —su voz tensa, unos tonos más aguda de lo normal—, y en Atenas cogeremos otro barco rumbo a América. ¿Qué te parece? Porque a mí me parece estupendo.

¿Qué estoy haciendo?, pensaba Desdémona. ¡Es mi hermano! Miró a los refugiados del puerto, esperando que la señalaran con el dedo diciendo: «¡Vergüenza debería darte!». Pero sólo vio rostros apáticos, ojos vacíos. Nadie lo sabía. A nadie le importaba. Entonces oyó la excitada voz de su hermano, que le ponía una hogaza de pan frente a la cara.

—Fíjate. Maná del cielo.

Desdémona alzó la cabeza y lo miró. La boca se le llenó de saliva mientras Lefty partía el *chureki* en dos. Pero su rostro siguió expresando tristeza.

—No veo que venga ningún barco —dijo.

—Ya vendrán. No te preocupes. Come.

Lefty se sentó en la maleta, a su lado. Sus hombros se tocaban. Desdémona se apartó.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Cada vez que me siento, te apartas.

Miró a Desdémona, confuso, pero luego su expresión se suavizó y la rodeó con el brazo. Ella se puso tensa.

—Vale, como quieras.

Volvió a ponerse en pie.

—¿Adónde vas?

—A buscar más comida.

—No te vayas —rogó Desdémona—. Lo siento. No me gusta quedarme aquí sentada, sola.

Pero Lefty se marchó, furioso. Se alejó del puerto y deambuló por las calles de la ciudad, murmurando para sus adentros. Estaba enfadado con Desdémona por haberle



rechazado y consigo mismo por haberse enfadado, porque sabía que ella tenía razón. Pero pronto se le pasó. No era de los que les duraba mucho el enfado. Estaba cansado y medio muerto de hambre, le dolía la garganta y la herida de la mano, pero a pesar de todo eso Lefty tenía veinte años, era la primera vez que salía de casa para hacer un viaje de verdad y estaba muy atento a todas las novedades que se presentaban a sus ojos. Al alejarse del puerto, se tenía la sensación de que no había crisis alguna. Por las calles había tiendas lujosas y bares de buen tono, todavía abiertos. Llegó a la rué de France y se encontró frente al Club Deportivo. Pese a la situación de emergencia, dos cónsules extranjeros jugaban al tenis en las pistas de hierba de la parte de atrás. A la luz declinante, se movían de un lado a otro, golpeando la pelota mientras un niño de piel morena sostenía junto a la pista una bandeja de tónicas con ginebra. Lefty siguió andando. Llegó a una plaza con una fuente y se lavó la cara. Se levantó un poco de aire, trayendo un olor a jazmín desde Bournabat. Y mientras Lefty se detiene a aspirarlo, me gustaría aprovechar la ocasión para resucitar —por puros motivos elegiacos y en un solo párrafo— aquella ciudad que desapareció, de una vez para siempre, en 1922.

Esmirna perdura en nuestros días gracias a unas cuantas canciones de *rebétiko* y a una estrofa de *La tierra baldía*:

El señor Eugenides, mercader de Esmirna  
sin afeitar, el bolsillo lleno de pasas...  
C.i.f. Londres: documentos a la vista,  
me invitó en demótico francés,  
a almorzar en el Hotel Cannon Street  
y a un fin de semana en el Metropole, después.

Todo lo que se necesita saber sobre Esmirna está ahí. El mercader es rico, y Esmirna también lo es. Su proposición era atractiva, como Esmirna, la ciudad más cosmopolita de Oriente Próximo. Entre sus presuntos fundadores se encontraban, primero, las amazonas (lo que va estupendamente con mi tema) y, después, el mismísimo Tántalo. Homero nació allí, igual que Aristóteles Onassis. En Esmirna, Oriente y Occidente, ópera y *politakia*, violín y *dsurna*, piano y *dauli* se fundían con tanta delicadeza como los pétalos de rosa y la miel en las pastelerías de la localidad.

Eché a andar de nuevo y pronto llegó al Casin de Esmirna. Unas palmeras plantadas en macetas flanqueaban la grandiosa entrada, pero las puertas estaban abiertas de par en par. Nadie le impedía el paso. No había nadie a la vista. Siguió una alfombra roja hasta la segunda planta y entró en la sala de juego. La mesa de los dados estaba vacía. Nadie había en torno a la ruleta. En un rincón, sin embargo, había un grupo que jugaba a las cartas. Los jugadores alzaron un momento la cabeza para

mirar a Lefty y volvieron a la partida, sin reparar en su mugrienta ropa. Entonces comprendió que no eran miembros habituales del club; sino refugiados como él. Habían entrado por la puerta abierta con la esperanza de ganar dinero que les permitiese comprar un billete para salir de Esmirna. Lefty se acercó a la mesa.

—¿Juegas? —preguntó uno de ellos.

—Juego.

No comprendía las reglas. Nunca había jugado al póquer, sólo al *backgammon*, y durante la primera media hora perdió una y otra vez. Finalmente, sin embargo, Lefty empezó a distinguir entre el póquer normal de cinco cartas y el descuberto de siete cartas, y poco a poco la balanza de pagos en torno a la mesa empezó a desequilibrarse.

—Tres de éstas —dijo Lefty, mostrando tres ases mientras los demás jugadores se ponían a rezongar.

No le quitaban ojo cuando repartía las cartas, confundiendo su torpeza con la habilidad manual de un tahúr. Lefty empezó a divertirse, y después de ganar una abultada apuesta, gritó:

—¡Ouzo para todos!

Pero cuando no pasó nada, alzó la cabeza y vio lo verdaderamente desierto que estaba el Casin, y aquel vacío le hizo tomar conciencia de lo mucho que se jugaban. Se estaban jugando la vida, y ahora, mientras examinaba a sus compañeros de juego y les veía la frente perlada de sudor y les olía el agrio aliento, Lefty Stephanides, mostrando más comedimiento que cuarenta años más tarde cuando jugaba a la lotería ilegal en Detroit, se puso en pie y anunció:

—Me retiro.

Casi lo matan. Las ganancias abultaban los bolsillos de Lefty, y los jugadores insistían en que no podía marcharse sin darles una oportunidad de recuperarse un poco.

—Puedo retirarme cuando quiera —aseveró, agachándose para rascarse la pierna. Entonces, uno de los jugadores lo agarró de las sucias solapas, y Lefty añadió—: Pero no quiero irme todavía.

Se sentó, rascándose la otra pierna, y a partir de entonces empezó a perder una y otra vez. Cuando no le quedaba dinero, volvió a levantarse y, ofendido y furioso, inquirió:

—¿Me puedo marchar ya?

Los jugadores contestaron, pues claro, márchate, riendo mientras repartían la siguiente mano. Lefty se marchó con aire incómodo, desanimado, y salió del Casin. A la entrada, entre las macetas de palmeras, se agachó a recoger el dinero que se había guardado en los apuestos calcetines.

De vuelta en los muelles, buscó a Desdémona.

—Mira lo que me he encontrado —dijo, enseñando el dinero—. Se le debe de haber caído a alguien. Ahora podemos coger un barco.

Desdémona lanzó un grito y lo abrazó. Le dio un beso en plenos labios. Luego se apartó, ruborizándose, y se volvió hacia el mar.

—Escucha —le dijo—. Los ingleses vuelven a tocar música.

Se refería a la banda del *Iron Duke*. Todas las noches, mientras los oficiales cenaban, la banda salía a tocar en cubierta. Compases de Vivaldi y Brahms flotaban sobre las aguas. Mientras bebían coñac, el comandante Arthur Maxwell de la Marina de Su Majestad y sus subordinados se pasaban los binoculares para observar la situación en tierra.

—Abarrotado de gente, ¿no?

—Parece la estación Victoria la víspera de Navidad, señor.

—Fíjese en esos pobres desgraciados. Ahí los han dejado, para que se las arreglen por sí solos. Cuando se sepa la noticia de la marcha del comisionado griego, va a ser un verdadero caos.

—¿Evacuaremos nosotros a los refugiados, señor?

—Nuestras órdenes son proteger a los ciudadanos británicos y sus propiedades.

—Pero, señor, si llegan los turcos y se produce una matanza, sin duda...

—Nosotros no podemos hacer nada por remediarlo, Philips. He pasado años en Oriente Próximo. Lo único que he aprendido es que con esta gente no se puede hacer nada. ¡Nada de nada! Los turcos son los mejores. A los armenios los comparo con los judíos. Dejan que desear desde el punto de vista moral e intelectual. En cuanto a los griegos..., bueno, no hay más que mirarlos. Han prendido fuego al país entero y ahora pululan por aquí gritando socorro. Buen puro, ¿eh?

—Buenísimo, señor.

—Tabaco de Esmirna. El mejor del mundo. Se me saltan las lágrimas, Philips, cuando pienso en todo ese tabaco acumulado en esos almacenes de ahí.

—Quizá podamos enviar un destacamento a rescatar el tabaco, señor.

—¿Detecto una nota de sarcasmo en su voz, Philips?

—Leve, señor, muy leve.

—Santo Dios, Philips, no soy una persona sin corazón. Ojalá pudiéramos ayudar a esa gente. Pero no podemos. No es nuestra guerra.

—¿Está seguro de eso, señor?

—¿Qué quiere decir?

—Podríamos haber apoyado a las fuerzas griegas. Teniendo en cuenta que nosotros las mandamos venir.

—¡Se morían de ganas de que lo hiciéramos! Venizelos y su cuadrilla. Me parece que no capta usted la complejidad de la situación. Tenemos intereses aquí, en Turquía. Debemos proceder con la mayor discreción. No podemos permitir que nos

enreden en estas luchas bizantinas.

—Entiendo, señor. ¿Más coñac, señor?

—Sí, gracias.

—Pero es una ciudad preciosa, ¿verdad?

—Ya lo creo. ¿No sabe usted lo que Estrabón dijo de Esmirna? La calificó como la ciudad más hermosa de Asia. Eso era en la época de Augusto. Y ha durado todo ese tiempo. Fíjese bien, Philips. Fíjese bien en ella.

El 7 de septiembre de 1922, todos los griegos de Esmirna, incluido Lefty, llevan un fez en la cabeza para hacerse pasar por turcos. En Chesme están evacuando a los últimos soldados griegos. El ejército turco sólo está a cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad, y de Atenas no llega barco alguno para evacuar a los refugiados.

Lefty, con su dinero recién adquirido y tocado con un fez, se abre paso entre la multitud de gorros rojos que pulula en el muelle. Cruza los raíles del tranvía y se dirige colina arriba. Encuentra las oficinas de una empresa de buques de línea. Dentro, un empleado examina una lista de pasajeros.

—¡Dos billetes para Atenas! —pide Lefty, sacando sus ganancias.

El empleado no alza la cabeza.

—¿Cubierta o camarote?

—Cubierta.

—Mil quinientos dracmas.

—No. Camarote, no —protesta Lefty—, cubierta está bien.

—Eso es cubierta.

—¿Mil quinientos? No tengo tanto. Ayer costaba quinientos.

—Eso era ayer.

El 8 de septiembre de 1922, el general Hajienestis, en su camarote, se incorpora en la cama, se pasa la mano primero por la pierna derecha y luego por la izquierda, se da en ambas unos golpecitos con los nudillos y se levanta. Sube a cubierta, caminando con gran dignidad, lo mismo que hará más adelante en Atenas cuando se dirija a su ejecución por haber perdido la guerra.

En el muelle, el gobernador civil griego, Arístides Sterghiades, aborda la lancha que va a sacarlo de la ciudad. La multitud lanza abucheos y silbidos, agitando los puños. El general Hajienestis observa la escena con calma. La multitud llena los muelles, ocultando su café favorito. Lo único que alcanza a ver es la marquesina del cine donde, diez días antes, ha visto *Le Tango de la Mort*. Por un momento —posiblemente sea otra alucinación— le llega el fresco olor a jazmín de Bournabat. Lo aspira. La lancha llega al buque y Sterghiades, lívido, sube a bordo.

Y luego el general Hajienestis da la única orden militar que ha impartido en las últimas semanas:

—Levad anclas. Atrás toda. A toda máquina.

En tierra, Lefty y Desdémona ven cómo se aleja la flota griega. La multitud se acerca al agua, levanta sus cuatrocientas mil manos y lanza un grito. Y luego calla. Ni una sola boca pronuncia sonido alguno mientras llega plenamente a la conciencia el hecho de que su propio país los ha abandonado, de que Esmirna ya no tiene gobierno, de que ya no se interpone nada entre ellos y el avance de los turcos.

(¿He mencionado que, en verano, las calles de Esmirna estaban cubiertas con cestas de pétalos de rosa? ¿Y que cualquier habitante de la ciudad sabía francés, italiano, griego, turco, inglés y holandés? ¿He hablado de los famosos higos, traídos en caravana de camellos y descargados en el suelo, enormes pilas de fruta pastosa amontonada sobre el polvo, que unas mujeres ponían a remojo con agua salada mientras los niños defecaban en cuclillas tras los macizos de plantas? ¿He mencionado el hedor de esas mujeres mezclado con los agradables olores de almendros, mimosas, laureles y melocotoneros, y el hecho de que todo el mundo llevaba máscaras en carnaval y se reunía a comer elaborados platos en la cubierta de las fragatas? Quiero aludir a esas cosas porque ocurrían en una ciudad que no se parecía exactamente a cualquier otra, que no formaba parte de país alguno porque era de todos los países, y porque quien vaya allí ahora verá rascacielos modernos, bulevares amnésicos, enjambres de fábricas que explotan a los trabajadores, un cuartel general de la OTAN, y un letrero que dice: *Izmit...*)

Cinco coches, adornados con ramas de olivo, entran precipitadamente por las puertas de la ciudad. Pegada a ellos, galopa la caballería. Los coches pasan con gran estrépito frente al mercado cubierto, entre vitoreantes multitudes en el barrio turco, donde en todas las farolas, puertas y ventanas ondean torrentes de paño rojo. La ley otomana dispone que los turcos deben ocupar el terreno más alto de la ciudad, de manera que el convoy, una vez coronada la cima, está bajando de nuevo. Pronto los cinco coches atraviesan barrios desiertos donde la gente ha abandonado las casas o donde se ocultan familias enteras. Anita Philobosian atisba entre los postigos para ver los bonitos vehículos cubiertos de verde que se acercan a la casa, y es un espectáculo tan fascinante que empieza a abrirlos antes de que su madre la aparte de allí..., y hay otras caras pegadas a las rendijas de otras ventanas: ojos armenios, búlgaros y griegos que observan desde escondites y desvanes para examinar al invasor y adivinar sus intenciones; pero los coches van a mucha velocidad y el reflejo del sol en los sables alzados de la caballería ciega la mirada, y enseguida los automóviles desaparecen en el puerto, donde los caballos cargan contra la multitud y los refugiados gritan y se dispersan.

En el asiento trasero del último coche va Mustafá Kemal. El frente le ha adelgazado. Sus ojos azules centellean. Hace dos semanas que no toma una copa. (La «diverticulitis» de que el doctor Philobosian trató al pacha, era una simple tapadera.

Kemal, paladín de la occidentalización y del Estado turco secular, seguiría siendo fiel a sus principios hasta el final, muriendo a los cincuenta y siete años de cirrosis hepática).

Y al pasar, se vuelve y mira a la multitud en el momento en que una joven, sentada en una maleta, se pone de pie. Unos ojos azules, penetran en otros, castaños. Dos segundos. Ni siquiera dos. Luego Kemal desvía la mirada; el convoy desaparece.

Y ahora todo es cuestión de viento. Miércoles, 13 de septiembre de 1922, una de la madrugada. Lefty y Desdémona llevan siete noches en la ciudad. Ya no huele a jazmín sino a queroseno. Se han levantado barricadas en torno al barrio armenio. Soldados turcos bloquean las salidas del puerto. Pero el viento sigue soplando en la dirección menos apropiada. Hacia medianoche, sin embargo, cambia. Empieza a soplar por el suroeste, es decir, lejos de las cumbres turcas y hacia el puerto.

En la oscuridad, se reúnen las antorchas. Tres soldados turcos han entrado en una sastrería. Sus hachones encendidos iluminan rollos de telas y trajes colgados en perchas. Y entonces, cuando la luz se expande, puede verse al sastre. Está sentado frente a la máquina de coser, el pie derecho aún sobre el pedal. La luz se hace aún más brillante para revelar su rostro, las desorbitadas cuencas de los ojos, las sanguinolentas manchas donde le han arrancado la barba.

Los incendios se extienden por todo el barrio armenio. Como un millón de luciérnagas vuelan chispas por la ciudad a oscuras, sembrando el lugar donde aterrizan con un germen de fuego. En su casa de la calle Suyane, el doctor Philobosian cuelga una alfombra húmeda sobre el balcón, apresurándose luego a entrar de nuevo en la casa sin luces para cerrar los postigos. Pero el resplandor de las llamas penetra en la estancia, llenándola de rayas luminosas: los ojos de Tukhie, desbordantes de pánico; la frente de Anita, envuelta en una cinta plateada como Clara Bow en *Photoplay*; el cuello desnudo de Rosa; las cabezas oscuras, abatidas, de Stepan y Karekin.

A la luz del fuego, el doctor Philobosian lee por quinta vez aquella noche:

—«... encarecidamente recomienda... su estima, confianza y protección...».  
¿Habéis oído eso? *Protección*.

En la acera de enfrente, la señora Bidzikian canta las tres primeras notas de la «Reina de la noche», el aria de *La flauta mágica*. La música resulta tan extraña entre los demás ruidos —de puertas que se derrumban, de gente que grita, de niñas que lloran—, que todos alzan la cabeza. La señora Bidzikian repite el do, el do bemol y el do agudo otras dos veces, como practicando el aria, y luego su voz llega a una nota que ninguno de ellos ha oído jamás, y comprenden que la señora Bidzikian no ha estado cantando un aria en absoluto.

—Rosa, tráeme el maletín.

—No, Nishan —objeta su mujer—. Si te ven salir, sabrán que estamos

escondidos.

—No me verán.

Desdémona creyó al principio que las llamas eran luces colgadas sobre el casco de los buques. Pinceladas de color anaranjado destellaron sobre la línea de flotación del *Litchfield*, de la Marina de los Estados Unidos, y del *Pierre Loti*, vapor francés. Luego las aguas se iluminaron, como si una población de peces fosforescentes hubiera arribado a puerto.

Lefty tenía la cabeza apoyada en su hombro. Ella miró a ver si se había quedado dormido.

—Lefty, Lefty.

Como no respondía, le dio un beso en la coronilla. Entonces se oyeron las sirenas.

Desdémona no ve un incendio, sino muchos. En la colina hay unos veinte puntos anaranjados. Y tienen una persistencia que no es natural, esos fuegos. En cuanto los bomberos apagan uno, brotan más llamaradas en otra parte. Empiezan en carros de heno y cubos de basura; van siguiendo regueros de queroseno por el centro de las calles; doblan esquinas, entran por puertas echadas abajo. Un fuego penetra en la tahona de Berberian, acabando pronto con las estanterías de pan y los carritos de pasteles. Se abre paso hasta la vivienda y sube la escalera donde, a medio camino, se enfrenta a Berberian en persona, que trata de apagarlo con una manta. Pero las llamas lo esquivan y suben a toda velocidad a la planta alta. Desde allí se extienden sobre una alfombra oriental, salen precipitadamente por el porche trasero, saltan ágilmente a la cuerda en la que hay ropa tendida y, como funámbulas, caminan hacia la casa vecina. Entran por la ventana y se detienen un momento, como sorprendidas de su buena suerte: porque en aquella casa todo está hecho para arder, el sofá de damasco con sus largos flecos, las mesitas auxiliares de caoba y las pantallas de *chintz* de las lámparas. El calor arranca de la pared láminas de papel pintado; y eso ocurre no sólo en aquel piso sino en diez o quince más, luego en veinte o veinticinco, cada casa prendiendo fuego a la vecina hasta que las llamas envuelven manzanas enteras. Por la ciudad flota un olor a cosas quemadas que no están hechas para arder: betún de zapatos, veneno de ratas, pasta de dientes, cuerdas de piano, bragueros para hernias, cunas de niños, palos de malabarista. Y pelo y piel. Para entonces, pelo y piel. En el puerto, Lefty y Desdémona están de pie junto a todos los demás, el gentío demasiado aturdido para reaccionar, o aún medio dormido, o enfermo de tifus y cólera, o exhausto y más allá de toda preocupación. Y entonces, de pronto, todos los incendios de la ladera forman una gran muralla de fuego que se extiende a todo lo ancho de la ciudad y —ya es inevitable— empieza a descender hacia ellos.

(Y ahora recuerdo otra cosa: mi padre, Milton Stephanides, en bata y zapatillas, agachado para encender la chimenea la mañana de Navidad. Sólo una vez al año la necesidad de eliminar una montaña de papel de envolver y cajas de cartón invalidaba

las objeciones de Desdémona contra la utilización de la chimenea. «Mamá», advertía Milton, «voy a quemar esta basura». A lo que Desdémona exclamaba: «*Mana!*», cogiendo su bastón. Frente a la chimenea, mi padre sacaba una cerilla larga de una caja hexagonal. Pero Desdémona ya se alejaba hacia la seguridad de la cocina, donde había un horno eléctrico. «A vuestra *yiayiá* no le gusta el fuego», nos explicaba nuestro padre. Y, encendiendo la cerilla, la acercaba al papel cubierto de geniecillos y Papás Noel para prender la chimenea y nosotros, ignorantes niños norteamericanos, nos volvíamos locos arrojando papel, cajas y cintas a las llamas).

El doctor Philobosian salió a la calle, miró a ambos lados, cruzó corriendo y entró en el portal de enfrente. Subió al rellano de la escalera, desde donde se veía la nuca de la señora Bidzikian, sentada en la sala de estar. Se apresuró hacia ella, diciéndole que no se preocupara, que era el doctor Philobosian, su vecino. La señora Bidzikian pareció asentir, pero su cabeza no volvió a alzarse. El doctor Philobosian se arrodilló a su lado. Tocándole el cuello, percibió un pulso débil. Con suavidad, la levantó de la butaca y la tendió en el suelo. Entonces oyó pasos en la escalera. Cruzó corriendo la habitación y se ocultó detrás de las cortinas justo cuando los soldados irrumpían en la habitación.

Saquearon el piso durante quince minutos, llevándose lo que la primera pandilla había dejado. Volcaron cajones y rajaron sofás y prendas de ropa, buscando joyas o dinero escondido. Cuando se marcharon, el doctor Philobosian esperó sus buenos cinco minutos antes de salir de detrás de las cortinas. La señora Bidzikian ya no tenía pulso. Le cubrió la cara con su pañuelo e hizo el signo de la cruz sobre el cadáver. Luego cogió el maletín y bajó la escalera a toda prisa.

El calor precede al fuego. Los higos amontonados en los muelles, no cargados a tiempo, empiezan a cocerse, burbujeando y soltando zumo. El aroma dulzón se mezcla con el olor a humo. Desdémona y Lefty están lo más cerca posible del agua, lo mismo que todos los demás. No hay escapatoria. Los soldados turcos siguen en las barricadas. La gente reza, alza los brazos hacia los barcos, suplicando. Hay reflectores que barren el agua, iluminando a los que nadan, a los que se ahogan.

—Vamos a morir, Lefty.

—No, no moriremos. Vamos a salir de aquí.

Pero Lefty no cree en sus propias palabras. Mientras contempla las llamas, también él está convencido de que van a morir. Y esa certidumbre le impulsa a decir algo que de otro modo jamás habría dicho, que nunca se le habría ocurrido siquiera.

—Vamos a salir de aquí. Y entonces te casarás conmigo.

—No debimos habernos marchado. Teníamos que habernos quedado en Bitinio.

Cuando el fuego se aproxima, se abren las puertas del consulado francés. Una guarnición de infantes de marina forma en dos filas a lo ancho del muelle hasta el



agua. Se arría la Tricolor. Por las puertas del consulado aparece gente, hombres con traje de color crema y mujeres con sombreros de paja, que avanzan cogidos del brazo hacia una lancha que los espera. Entre los fusiles cruzados de los infantes de marina, Lefty ve los polvos recién aplicados en el rostro de las mujeres y los puros encendidos en la boca de los hombres. Una mujer lleva en brazos a un pequeño caniche. Otra mujer tropieza, rompiéndose el tacón, y su marido la consuela. Cuando la lancha se aleja, un oficial se dirige a la multitud.

—Sólo los ciudadanos franceses serán evacuados. Empezaremos a tramitar visados inmediatamente.

Cuando oyen que llaman a la puerta, se sobresaltan. Stepan se acerca a la ventana y mira a la calle.

—Debe de ser padre.

—Venga. ¡Ve a abrirle! ¡Rápido! —urge Tukhie.

Karekin baja las escaleras de dos en dos. Se detiene frente a la puerta, se tranquiliza y, con toda calma, descorre el cerrojo. Al principio, cuando abre, no ve nada. Luego hay un tenue silbido, seguido como de un desgarrón. El ruido parece no tener nada que ver con él, hasta que de pronto se le desprende un botón de la camisa y suena al caer al suelo. Karekin baja la vista al tiempo que la boca se le llena de un fluido caliente. Siente que sus pies no tocan el suelo y eso le suscita recuerdos de la infancia, cuando su padre lo levantaba en el aire, y dice:

—Papá, el botón.

Y entonces, lo levantan lo suficiente para que vea la bayoneta de acero que se clava en su esternón. El reflejo del fuego se desliza por el cañón del fusil, el punto de mira y el percutor, hasta el eufórico rostro del soldado.

El fuego se cernía sobre la multitud del puerto. Se había prendido el tejado del consulado estadounidense. Ascendían llamas por la fachada del cine, arrasando la marquesina. La multitud retrocedía lentamente, acuciada por el calor. Pero Lefty, aprovechando la oportunidad, permaneció impertérrito.

—Nadie se enterará —afirmó—. ¿Quién va a saberlo? No queda nadie aparte de nosotros.

—No está bien.

Se derrumbaban los tejados, gritaba la gente, mientras Lefty acercaba los labios al oído de su hermana.

—Prometiste que me encontrarías una griega guapa. Bueno, pues esa chica eres tú.

A un lado, un hombre saltó al agua, con intención de ahogarse; a otro, una mujer daba a luz mientras su marido la tapaba con un abrigo.

—*Kaimaste! Kaimaste!* —gritaba la gente—. ¡Nos quemamos! ¡Nos quemamos!

Desdémona señaló con el dedo a las llamas, a todo.

—Es demasiado tarde, Lefty. Ya no importa.

—Pero ¿y si vivimos? ¿Te casarás conmigo entonces?

Un movimiento de cabeza. Eso fue todo. Y Lefty se alejó corriendo hacia las llamas.

Sobre un rectángulo oscuro, el doble visor esférico de unos binoculares se mueve de un lado a otro, mostrando a los lejanos refugiados. Gritan sin sonido. Extienden los brazos, suplicantes.

—Los van a asar vivos a los pobres desgraciados.

—Permiso para rescatar del agua a una persona, señor.

—Negativo, Philips. En cuanto subamos a uno, tendremos que recogerlos a todos.

—Es una chica, señor.

—¿De qué edad?

—Parece tener unos diez u once años.

El comandante Arthur Maxwell se quita los binoculares de los ojos. Un nudo triangular se le forma en el músculo de la mandíbula y desaparece.

—Échele un vistazo, señor.

—No debemos permitir que nos influyan las emociones, Philips. Aquí está en juego algo más importante.

—Échele un vistazo, señor.

Resoplando por la nariz, el comandante Maxwell mira al capitán Philips. Luego, dándose una palmada en el muslo, se dirige al costado del buque.

El reflector hace un barrido por la superficie del agua, dibujando su propio círculo de visión. Las aguas tienen un aspecto extraño bajo el haz luminoso: un líquido incoloro salpicado de basuras diversas: una naranja reluciente; un sombrero de fieltro con excremento en las alas; trozos de papel, como cartas desgarradas. Y entonces, entre toda aquella materia inerte, aparece, agarrada al cabo del barco, una niña con un vestido rosa que las aguas oscurecen volviéndolo rojo, el cabello pegado a su pequeño cráneo. Al mirar arriba, sus ojos no hacen súplica alguna. Sus agudos pies se agitan de cuando en cuando, como aletas.

Disparos de fusil, efectuados desde la orilla, salpican el agua en torno a la niña. Ella no presta atención.

—Apaguen el reflector.

La luz se apaga y cesa el tiroteo. El comandante Maxwell consulta su reloj.

—Son ahora las veintiuna quince horas. Me voy a mi camarote, Philips. Estaré allí hasta las siete horas. Si durante ese periodo suben algún refugiado a bordo, el hecho no habrá llegado a mi conocimiento. ¿Queda entendido?

—Entendido, señor.

No se le ocurrió al doctor Philobosian que el cadáver de miembros retorcidos que encontró en la calle era el de su hijo pequeño. Sólo observó que la puerta principal estaba abierta. En el vestíbulo, se detuvo a escuchar. Sólo había silencio. Lentamente, sin soltar el maletín, subió la escalera. Ahora estaban encendidas todas las luces. Una deslumbrante claridad inundaba la sala de estar. Tukhie, sentada en el sofá, le esperaba. Tenía la cabeza echada hacia atrás, como si riera, y en aquella postura se le abría la herida y se veían destellos de la tráquea. Stepan estaba desplomado sobre la mesa del comedor, con la mano derecha, que empuñaba la carta de protección, clavada en el tablero con un cuchillo de cortar carne. El doctor Philobosian dio un paso y resbaló, observando luego un reguero de sangre que salía al pasillo. Lo siguió hasta la habitación principal, donde encontró a sus dos hijas. Ambas estaban desnudas, tumbadas de espaldas. Tres de los cuatro pechos habían sido cercenados. Rosa tenía la mano extendida hacia su hermana, como si quisiera colocarle la cinta plateada que le cruzaba la frente.

La fila era larga y avanzaba despacio. Lefty tuvo tiempo de examinar el vocabulario. Repasó la gramática, echando rápidas ojeadas al manual de conversación. Estudió la «Lección 1: El saludo», y cuando llegó al funcionario de la mesa, estaba preparado.

—¿Nombre?

—Eleuterio Stephanides.

—¿Lugar de nacimiento?

—París.

El funcionario alzó la vista.

—Pasaporte.

—¡El fuego lo destruyó todo! ¡He perdido todos mis documentos! —Lefty frunció los labios y expulsó el aire, tal como había visto hacer a los franceses—. Fíjese en lo que llevo puesto. Mis mejores trajes, perdidos.

El funcionario sonrió irónicamente y selló los papeles.

—Pase.

—Mi esposa viene conmigo.

—Supongo que ella también habrá nacido en París.

—Pues claro.

—¿Su nombre?

—Desdémona.

—¿Desdémona Stephanides?

—Eso es. Como yo.

Cuando Lefty volvió con los visados, Desdémona no estaba sola. Había un hombre sentado junto a ella en la maleta.

—Ha intentado tirarse al agua. Lo cogí justo a tiempo.

Aturdido, ensangrentado, con la mano envuelta en un reluciente vendaje, el hombre no dejaba de repetir:

—No sabían leer. ¡Eran analfabetos!

Lefty examinó al hombre para ver por dónde sangraba, pero no encontró herida alguna. Le quitó el vendaje de la mano, una cinta plateada, y la tiró al suelo.

—No podían leer la carta —dijo el hombre, mirando a Lefty, que entonces lo reconoció.

—¿Otra vez usted? —inquirió el funcionario francés.

—Es mi primo —explicó Lefty, en un francés execrable. El funcionario estampilló un visado y se lo entregó.

Una lancha motora los llevó al buque. Lefty no soltaba al doctor Philobosian, que seguía amenazando con arrojar al agua para ahogarse. Desdémona abrió la caja de gusanos de seda y desenvolvió la tela blanca para ver cómo estaban los huevos. En las horrendas aguas, había cuerpos flotando. Algunos estaban vivos y pedían socorro. Un reflector descubrió a un chico trepando por la cadena del ancla de un acorazado. Los marineros le echaron aceite y el muchacho volvió al agua deslizándose por la cadena.

En la cubierta del *Jean Bart*, los tres nuevos ciudadanos franceses contemplaban la ciudad en llamas, incendiada de un extremo a otro. El fuego proseguiría a lo largo de tres días, las llamas visibles a setenta kilómetros. En el mar, los marineros confundían la nube de humo con una gigantesca cadena de montañas. En el país al que se dirigían, Estados Unidos de América, el incendio de Esmirna ocupó la primera plana de los periódicos durante uno o dos días, antes de que el caso del asesinato Hall-Mills (el cadáver de Hall, un ministro protestante, fue hallado en el dormitorio de la señorita Mills, atractiva componente del coro) y el inicio del campeonato mundial de béisbol lo relegaran a segundo plano. El coronel Mark Bristol, de la Marina de Estados Unidos, preocupado por el perjuicio que pudieran sufrir las relaciones turcoamericanas, telegrafió un comunicado de prensa donde manifestaba: «Es imposible calcular el número de víctimas debidas a las matanzas, el fuego y las ejecuciones, pero el total probablemente no supera las dos mil». El cónsul estadounidense, George Horton, llegó a una cifra más elevada. De los 400.000 cristianos otomanos que había en Esmirna antes del incendio, faltaban 190.000 el 1 de octubre. Horton dividió por dos ese número y calculó los muertos en 100.000.

Las anclas fueron emergiendo del agua. La cubierta rugió bajo sus pies cuando los motores del destructor dieron marcha atrás. Desdémona y Lefty vieron cómo retrocedía Asia Menor.

Cuando pasaron frente al *Iron Duke*, la banda militar británica acometió un vals.

# LA RUTA DE LA SEDA



Según cuenta una antigua leyenda china, un día del año 2640 a. C., la princesa Si Ling Chi estaba sentada a la sombra de una morera cuando en la taza de té le cayó un capullo de gusano de seda. Al intentar sacarlo, observó que el capullo empezaba a desenredarse en el líquido caliente. Dio el extremo suelto a su doncella y le dijo que echara a andar. La sirvienta llegó al jardín de palacio, cruzó las puertas, salió de la Ciudad Prohibida y se adentró un kilómetro en la campiña antes de que se acabara el hilo del capullo. (En Occidente, esa leyenda se iría transformando poco a poco a lo largo de tres milenios hasta convertirse en la historia de un físico y una manzana. En cualquier caso, el sentido es el mismo: los grandes descubrimientos, ya sea la gravedad o la seda, caen siempre como fruta madura. Y sus autores son gente que se pasa el tiempo holgazaneando debajo de los árboles).

Yo me siento un poco como aquella princesa china, cuyo descubrimiento otorgó a Desdémona un medio de vida. Como ella, desenredo mi historia, y cuanto más largo sea el hilo, menos queda por contar. Recorriendo el filamento al revés nos encontraremos con que el capullo comienza en un nudo diminuto, en un primer intento de enredo. Y siguiendo hacia atrás el hilo de mi historia en el sitio donde lo dejé, veo al *Jean Bart* fondeando en Atenas. De nuevo veo a mis abuelos en tierra, haciendo preparativos para otro viaje. Se entregan pasaportes, se aplican vacunas en antebrazos. Otro buque se materializa en el puerto, el *Giulia*. Suena una sirena.

Y fíjense: desde la cubierta del *Giulia* se va desenredando otra cosa. Algo multicolor se tiende sobre las aguas del Pireo.

En aquellos días era costumbre que los pasajeros que iban rumbo a Estados Unidos llevaran consigo carretes de hilo. Sus parientes sujetaban un extremo en el puerto. Cuando el *Giulia* hizo sonar la sirena apartándose del muelle, centenares de hilos se tensaron sobre el agua. El gentío gritaba despedidas, agitaba furiosamente los brazos, levantaba en el aire a niños para que vieran por última vez a alguien que luego no recordarían. Giraban hélices; ondeaban pañuelos, y arriba, en cubierta, los carretes de hilo empezaban a girar. Rojo, amarillo, azul, verde, se iban desenredando hacia el muelle, despacio al principio, una rotación cada diez segundos, luego cada vez más deprisa a medida que el buque cobraba velocidad. Los pasajeros sujetaban el ovillo el mayor tiempo posible, manteniendo la conexión con los rostros que iban desapareciendo en tierra. Pero finalmente, uno por uno, los carretes se fueron acabando. Las líneas de hilo volaban libremente, remontándose en la brisa.

Desde dos sitios distintos de la cubierta del *Giulia*, Lefty y Desdémona —mis

abuelos, ya puedo decirlo, por fin— vieron cómo se alejaba la etérea alfombra. Desdémona se encontraba entre dos colectores de aire semejantes a dos colosales tubas. Lefty haraganeaba por el centro del barco con unos cuantos solteros. Hacía tres horas que no se veían. Por la mañana habían tomado café en un bar cercano al puerto, tras lo cual, como espías profesionales, había cogido cada cual su maleta — Desdémona siempre con su caja de gusanos de seda— y se habían alejado en direcciones diferentes. Mi abuela llevaba documentación falsa. En su pasaporte, concedido por el gobierno griego a condición de que se marchara inmediatamente del país, figuraba el apellido de soltera de su madre, Áristos, en lugar de Stephanides. Presentó el pasaporte junto con su tarjeta de embarque en lo alto de la pasarela del *Giulia*. Luego se dirigió a popa, tal como habían planeado, para la despedida.

Al salir de la bocana, la sirena volvió a sonar mientras el buque viraba al oeste y cobraba velocidad. Faldas, pañuelos y chaquetas se agitaban al viento. Varios sombreros volaron de las cabezas de sus dueños, entre gritos y carcajadas. En el cielo se mecían los hilos, que formaban una red ya apenas visible. Los pasajeros la siguieron con la mirada hasta el final. Desdémona fue una de las primeras en bajar. Lefty permaneció en cubierta otra media hora.

Durante el primer día de navegación, no cruzaron una sola palabra. Subieron a cubierta a la hora señalada para la comida y se pusieron en colas separadas. Después de comer, Lefty se juntó con los hombres que fumaban apoyados en la baranda mientras Desdémona, la espalda encorvada para protegerse del viento, se sentaba en cubierta con las mujeres y los niños.

—¿Va alguien a recibirte? ¿Tu novio? —le preguntaron las mujeres.

—No. Sólo mi prima, que vive en Detroit.

—¿Viajas solo? —preguntaron los hombres a Lefty.

—Así es. Sin preocupaciones.

Por la noche, bajaron a sus respectivos compartimientos. En literas de algas envueltas en arpillera, con chalecos salvavidas haciendo de almohadas, intentaron dormir, esforzándose en habituarse al cabeceo del barco y soportar los olores. Los pasajeros habían llevado a bordo toda clase de especias y dulces, sardinas en lata, pulpo en salsa de vino, piernas de cordero conservadas con dientes de ajo. En aquellos días podía determinarse la nacionalidad de alguien por el modo en que olía. Tumbada de espaldas, con los ojos cerrados, Desdémona percibía el revelador olor a cebolla de la húngara que estaba a su derecha, y el aroma a carne cruda de la armenia que iba a su izquierda. (Y ellas, a su vez, podían catalogarla como helena por sus efluvios de ajo y yogur). Las molestias que soportaba Lefty eran auditivas además de olfativas. A un lado tenía a un hombre llamado Callas cuyo ronquido era como una sirena a escala reducida; al otro, al doctor Philobosian, que lloraba en sueños. Desde que salieron de Esmirna, el doctor estaba enloquecido de pena. Presa del dolor,

enajenado, permanecía encogido en su litera, con profundas ojeras violáceas. Apenas comía. Se negaba a subir a cubierta a respirar aire fresco. En las pocas ocasiones en que lo hizo, amenazó con arrojarse por la borda.

En Atenas, el doctor Philobosian les había dicho que lo dejaran en paz. Se negó a hablar de planes para el futuro y afirmó que no tenía familia en parte alguna.

—Mi familia ha muerto. Asesinaron a todos.

—Pobre hombre —dijo Desdémona—. No quiere vivir.

—Tenemos que ayudarle —insistió Lefty—. Me dio dinero. Me vendó la mano. Nadie más se preocupó por nosotros. Lo llevaremos con nosotros.

Mientras esperaban a que su prima les enviara un giro telegráfico, Lefty trató de consolar al doctor y finalmente le convenció para que fuera con ellos a Detroit.

—Lo más lejos posible —dijo el doctor Philobosian—, quiero ir a un sitio que esté lejos.

Pero ahora, en el barco, sólo hablaba de la muerte.

La travesía podía durar entre doce y catorce días. Lefty y Desdémona lo tenían todo bien planeado. Al segundo día en el mar, justo después de comer, Lefty dio una vuelta por el barco. Sorteó algunos pasajeros de tercera clase, tumbados en cubierta. Pasó frente a la escalera del puente de mando y se metió entre la carga adicional: cajones de aceitunas de Kalamata y aceite de oliva, esponjas de Kos. Siguió adelante, pasando la mano por la lona verde de los botes salvavidas, hasta que se encontró con la cadena que separaba la bodega de la tercera clase. En su época de esplendor, el *Giulia* había pertenecido a la Línea Austrohúngara. Alardeando de comodidades modernas («*lumina eléctrica, ventilatie et confortu cel mai mare*»), había hecho una vez al mes, la travesía entre Trieste y Nueva York. Ahora la luz eléctrica únicamente funcionaba en primera clase, y sólo de vez en cuando. Las barandillas de hierro estaban oxidadas. El humo de la chimenea había ennegrecido la bandera griega. El buque olía a bayetas de fregar el suelo y a un historial de vómitos. Lefty aún no se había acostumbrado al movimiento del barco. No dejaba de doblarse sobre la barandilla. Esperó frente a la cadena durante un tiempo prudencial, se dirigió a proa y luego volvió a popa. Desdémona, tal como habían convenido, estaba sola frente a la barandilla. Al pasar, Lefty le sonrió y la saludó con una proa y luego volvió a popa. Desdémona, tal como habían convenido, estaba sola frente a la barandilla. Al pasar, Lefty le sonrió y la saludó con un movimiento de cabeza. Ella le devolvió fríamente el saludo y volvió la vista al mar.

Al tercer día, Lefty dio otro paseo después de comer. Caminó hacia proa, cruzó a babor y se dirigió a popa. Sonrió a Desdémona, volviéndola a saludar con la cabeza. Esta vez, ella contestó con una sonrisa. Al reunirse con sus compañeros fumadores, preguntó si por casualidad alguno sabía cómo se llamaba aquella joven que viajaba sola.

A la cuarta jornada de travesía, Lefty se detuvo y se presentó.

—Hasta ahora vamos teniendo buen tiempo.

—Esperemos que siga así.

—¿Viaja sola?

—Sí.

—Yo también. ¿A qué parte de Estados Unidos se dirige?

—A Detroit.

—¡Qué coincidencia! Yo también voy a Detroit.

Siguieron charlando unos minutos. Luego Desdémona se excusó y bajó a su camarote.

Por el buque se extendieron rápidamente rumores sobre el idilio en ciernes. Para pasar el tiempo, todo el mundo empezó a hablar de aquel joven griego, tan alto y de tan elegante aspecto, que se había enamorado de aquella guapa morena que nunca iba a parte alguna sin su caja de madera labrada.

—Los dos viajan solos —comentaba la gente—. Y los dos tienen parientes en Detroit.

—Yo creo que no hacen buena pareja.

—¿Por qué no?

—Él tiene más clase que ella. No dará resultado.

—Pero bien que le gusta ella.

—¡Está en un barco en medio del océano! ¿Qué otra cosa tiene que hacer?

Al quinto día, Lefty y Desdémona dieron un paseo juntos por cubierta. Al sexto, él le ofreció el brazo y ella lo aceptó.

—¡Los presenté yo! —se ufanaba un pasajero.

—Lleva coletas —observaban desdeñosamente unas chicas de ciudad—. Parece una campesina.

Mi abuelo, en general, era objeto de mayor consideración. Afirmaban que era un rico comerciante en sedas de Esmirna que había perdido su fortuna en el incendio de la ciudad; un hijo del rey Constantino I y de su amante francesa; un espía del káiser en la Gran Guerra. Lefty no desmentía aquellos rumores. Aprovechaba la ocasión de la travesía transatlántica para reinventarse a sí mismo. Se echó una raída manta sobre los hombros y, con gesto teatral, se la ajustaba como si fuera una capa. Consciente de que lo que pasara entonces sería luego verdad, de que más tarde él se convertiría en lo que ahora pareciese ser —es decir, un americano—, esperaba a que Desdémona se presentase en cubierta. Al verla, se colocaba la manta, se despedía de sus compañeros de viaje con un movimiento de cabeza y, con paso lento pero decidido, cruzaba la cubierta para presentarle sus respetos.

—¡Está loco por ella!

—Yo creo que no. Un tipo así, lo que quiere es divertirse. A esa chica más le



valdría andarse con cuidado, no sea que tenga que cargar por ahí con algo más que la caja esa.

Mis abuelos disfrutaban con su noviazgo simulado. Cuando podían oírles entablaban conversaciones propias de la primera o segunda salida juntos, forjándose un pasado.

—Y dígame —preguntaba Lefty—, ¿tiene usted hermanos?

—Tenía un hermano —contestaba Desdémona con añoranza—, se fugó con una turca. Mi padre lo repudió.

—Una medida muy severa. Yo creo que el amor rompe todos los tabúes. ¿Usted no?

Y cuando estaban a solas, se decían:

—Creo que está dando resultado. Nadie sospecha nada.

Siempre que Lefty se encontraba con Desdémona en cubierta, hacía como que acababa de conocerla. Se acercaba a ella, hablaba de cosas triviales, hacía un comentario sobre la belleza del crepúsculo y luego, galantemente, pasaba a ensalzar la belleza de su rostro. Desdémona también desempeñaba su papel. Al principio se mostraba distante. Le retiraba el brazo cada vez que él hacía en broma una observación subida de tono. Le dijo que su madre la había prevenido contra hombres como él. Pasaron la travesía representando aquel imaginario devaneo y, poco a poco, empezaron a creérselo. Inventaban recuerdos, improvisaban el futuro. (¿Por qué lo hacían? ¿Por qué se tomaban todas aquellas molestias? ¿No podían haber dicho que ya estaban comprometidos? ¿O que hacía años que habían concertado su matrimonio? Sí, claro que podían haberlo hecho. Pero no era a los demás viajeros a quienes intentaban engañar, sino a sí mismos).

La travesía facilitaba las cosas. Navegar por el océano entre medio millar de absolutos desconocidos transmitía un furtivo anonimato que mis abuelos aprovecharon para recrearse a sí mismos. El espíritu dominante en el *Giulia* era la transformación individual. Mirando al mar, los cultivadores de tabaco imaginaban ser pilotos de carreras, los tintoreros se veían como magnates de Wall Street, las modistillas como coristas de Ziegfeld Follies. El océano gris se extendía en todas direcciones. Europa y Asia Menor habían muerto a sus espaldas. Frente a ellos se extendía América, con sus nuevos horizontes.

En la octava jornada de travesía, Lefty Stephanides, con gesto grandioso, la rodilla doblada, a plena vista de seiscientos sesenta y tres pasajeros de tercera clase, propuso matrimonio a Desdémona Áristos, sentada en una cornamusa. Las jóvenes contenían el aliento. Los hombres casados daban codazos a los solteros:

—Presta atención, a ver si aprendes algo.

Mi abuela, haciendo gala de aptitudes teatrales afines a su hipocondría, expresó emociones complejas: sorpresa, gozo inicial, dudas, prudencial consideración de un

rechazo y luego, entre el aplauso que ya se alzaba, aturdida aceptación.

La ceremonia se celebró en cubierta. En lugar de vestido de novia, Desdémona llevaba sobre la cabeza un chal de seda que le habían prestado. El capitán Kodulis dio a Lefty una corbata salpicada de manchas de grasa.

—Si llevas la chaqueta abrochada nadie lo notará —le aseguró.

A guisa de *stefana*, mis abuelos llevaban coronas de cuerda entretejida. En el mar no había flores de modo que el *kubari*, un tal Pelos que hacía las veces de padrino, quitaba la corona de cáñamo al rey y se la ponía a la reina, se la quitaba a la reina y se la ponía al rey para luego volverlas a cambiar.

El novio y la novia ejecutaron la danza de Isaías. Juntas las caderas, cogidos de la mano con los brazos entrelazados, Desdémona y Lefty giraron en torno al capitán, una vez, dos veces y luego otra, hilando juntos el capullo de su vida. Ninguna linealidad patriarcal en esa ceremonia. Los griegos nos casamos en círculo, para que se nos queden grabados los elementos esenciales del matrimonio: para ser feliz hay que encontrar variedad en la repetición; para avanzar hay que volver a donde se ha empezado.

Ahora bien, en el caso de mis abuelos, se trazó un triple círculo: cuando pasearon por cubierta la primera vez, Lefty y Desdémona seguían siendo hermanos. La segunda vez, eran novios. Y la tercera, marido y mujer.

El día que se casaron mis abuelos, el sol se puso justo delante de la proa del buque, señalando el camino a Nueva York. Salió la luna, trazando una línea plateada sobre el mar. En su ronda nocturna por cubierta, el capitán Kodulis bajó del puente de mando y se encaminó a proa. Arreciaba el viento. El *Giulia* cabeceaba entre las olas. Mientras la cubierta daba bandazos a uno y otro lado, el capitán Kodulis no se tambaleó ni una sola vez, e incluso fue capaz de encender un cigarrillo indonesio, sus preferidos, ladeando la visera trenzada de la gorra para protegerse del viento. Con su uniforme no muy limpio, calzando botas cretenses hasta la rodilla, el capitán Kodulis inspeccionaba luces de navegación, pilas de hamacas, botes salvavidas. El *Giulia* estaba solo en medio del vasto Atlántico, las escotillas cerradas contra el embate de las olas. La cubierta se encontraba vacía salvo por dos pasajeros de primera clase, hombres de negocios norteamericanos que apuraban la última copa del día con una manta echada sobre las piernas.

—Según me han dicho, Tilden no se limita a jugar al tenis con sus protegidos, si entiendes lo que quiero decir.

—No me digas.

—Beben juntos la copa del amor.

El capitán Kodulis, sin comprender palabra de lo que acababa de oír, saludó con la cabeza al pasar...

En el interior de una lancha de salvamento, Desdémona decía:

—No mires.

Estaba tumbada de espaldas. No los separaba una manta de pelo de cabra, de manera que Lefty se tapó los ojos con las manos sin dejar de mirar entre los dedos. Por un agujerito de la lona se filtraba un rayo de luna que, poco a poco, fue llenando el bote. Lefty había visto desnuda a Desdémona muchas veces, pero siempre en penumbra y nunca a la luz de la luna. Ella jamás se había desnudado así, encorvada y levantando los pies para descalzarse. Lefty siguió mirando y, cuando ella se despojó de la falda y logró sacarse la blusa por la cabeza, se quedó impresionado por la diferencia de aspecto que ofrecía su hermana, a la luz de la luna, dentro de un bote salvavidas. *Resplandecía*. Irradiaba luz blanca. Pestañeó bajo las manos. La luna prosiguió su ascenso; le cubrió el cuello, le llegó a los ojos y entonces comprendió: Desdémona llevaba corsé. Ésa era la otra cosa que se había traído: la tela blanca en que había envuelto los huevos de los gusanos de seda no era sino su corsé nupcial. Ella pensaba que nunca se lo iba a poner, pero ahí estaba. Las copas del sostén apuntando al techo de lona. Láminas de hueso de ballena le oprimían la cintura. Del faldón del corsé pendían ligueros que no sujetaban nada porque mi abuela no tenía medias. Dentro del bote, el corsé absorbía toda la luz, con el extraño resultado de que el rostro, la cabeza y los brazos de Desdémona habían desaparecido. Parecía una Victoria Alada que, colocada de espaldas, transportaran al museo de algún conquistador. Lo único que le faltaban, eran las alas.

Lefty se quitó los zapatos y los calcetines, originando una lluvia de arenilla. Cuando se quitó la ropa interior, la lancha de salvamento se llenó de olor a moho. Sintió vergüenza por un momento, pero a Desdémona no parecía importarle.

Estaba trastornada por la confusión de sus sentimientos. El corsé, sin duda, hizo que se acordara de su madre, y de pronto tuvo plena conciencia de que aquello no estaba nada bien. Hasta entonces había logrado apartarlo de su mente. En el caos de los últimos días no había tenido ocasión de pensarlo mucho.

Lefty también se sentía confuso. Aunque torturado por los pensamientos sobre Desdémona, se alegraba de la oscuridad que reinaba en el bote, aliviado, sobre todo, por el hecho de que no pudiera verle la cara. Durante meses, Lefty se había acostado con putas que se parecían físicamente a ella, pero ahora le resultaba más fácil imaginar que Desdémona era una extraña.

El corsé parecía poseer manos propias. Una la acariciaba suavemente entre las piernas. Otras dos le sostenían los pechos; una, dos, tres manos que la tocaban y acariciaban. Y con aquella lencería Desdémona se vio a sí misma con ojos nuevos, la estrecha cintura, los redondos muslos; se sentía bella, deseable y, ante todo, distinta. Alzó los pies y apoyó las pantorrillas en el escámo. Abrió las piernas. Extendió los brazos para recibir a Lefty, que se dio la vuelta, haciéndose rozaduras en el codo y la

rodilla, sacando los remos de su sitio, casi lanzando una bengala, hasta que acabó cayendo en su dulzura, derritiéndose. Por primera vez, probó Desdémona el sabor de su boca, y la única cosa propia de una hermana que hizo durante el acto amoroso fue apartarse, una sola vez, para tomar aire y reconvenirle:

—Qué malo eres. Esto ya lo has hecho antes.

Y Lefty sólo pudo repetir:

—Pero así, no; así, no...

Y antes me equivoqué, lo retiro. Bajo Desdémona, batiendo contra las tablas y elevándola en el aire: un par de alas.

—¡Lefty! —Desdémona ahora, jadeante—. Me parece que lo siento.

—¿Qué sientes?

—Ya sabes. Esa *sensación*.

—Recién casados —dijo en voz alta el capitán Kodulis, viendo cómo se mecía el bote—, ¡ay, quién volviera a ser joven!

Cuando la princesa Si Ling Chi —a quien imagino como la versión imperial de la ciclista que vi en el U-Bahn el otro día; por lo que sea, no puedo dejar de pensar en ella, la sigo buscando todas las mañanas—, cuando la princesa Si Ling Chi descubrió la seda, su país mantuvo el hallazgo en secreto durante tres mil ciento noventa años. Todo intento de sacar de China huevos de gusanos de seda estaba castigado con la pena de muerte. Puede que mi familia no se hubiera dedicado a criar gusanos de seda de no haber sido por el emperador Justiniano, quien, según Procopio, convenció a dos misioneros para que corrieran el riesgo. En el año 550 d. C., aquellos misioneros sacaron de China huevos de gusanos de seda con un método equivalente al condón tragado de nuestros días: un báculo hueco. También se llevaron semillas de morera. En consecuencia, Bizancio se convirtió en un centro de sericultura. En las laderas de Turquía florecieron las moreras. Con sus hojas se alimentaban los gusanos de seda. Mil cuatrocientos años después, los descendientes de aquellos primeros huevos robados llenaban la caja de gusanos de seda que mi abuela llevaba consigo en el *Giulia*.

Yo también soy descendiente de una operación de contrabando. Sin saberlo, mis abuelos, de camino a Estados Unidos, llevaban un solo gen mutante del quinto cromosoma. No se trataba de una mutación reciente. Según el doctor Luce, ese gen surgió por primera vez en mi árbol genealógico en torno al 1750, en el organismo de una tatarabuela mía a la enésima potencia, llamada Penélope Evangelatos. Ella se lo pasó a su hijo Petras, que a su vez lo transfirió a sus dos hijas, quienes lo transmitieron a tres de sus cinco hijos, y así sucesivamente. Al ser recesivo, tendría que haberse manifestado de manera intermitente. Herencia esporádica, lo denominan los especialistas en genética. Un rasgo que pasa a la clandestinidad durante décadas sólo para reaparecer cuando todo el mundo se ha olvidado del asunto. Eso era lo que

pasaba en Bitinio. De vez en cuando nacía un hermafrodita, en apariencia una niña que, al crecer, resultaba ser otra cosa.

Durante las seis noches siguientes, bajo diversas condiciones meteorológicas, mis abuelos se reunieron en el bote salvavidas. Por el día, cuando Desdémona se sentaba en cubierta, la idea de que Lefty y ella estaban obrando mal recrudecía su sentimiento de culpa; pero de noche, sintiéndose sola y con ganas de escapar del camarote, volvía sigilosamente al bote salvavidas y a su reciente marido.

Su luna de miel se desarrolló al revés. En vez de ir conociéndose el uno al otro, de familiarizarse con sus respectivos gustos y aversiones, los sitios donde tenían cosquillas, sus manías especiales, Desdémona y Lefty intentaban desfamiliarizarse el uno del otro. En el ambiente de estafa que habían creado a bordo, siguieron tejiendo falsas historias sobre sí mismos, inventándose hermanos con nombres plausibles, primos con lacras morales, cuñados con tics faciales. Se turnaban recitando genealogías homéricas, repletas de falsificaciones y préstamos de la vida real, y a veces se peleaban por alguno de sus tíos preferidos, con lo que acababan negociando como directores de reparto. Poco a poco, a medida que se sucedían las noches, aquellos parientes ficticios empezaron a cristalizarse en su mente. Se interrogaban sobre parentescos confusos, preguntando Lefty:

—¿Con quién está casado Yianis, tu primo segundo?

—Muy fácil —contestaba Desdémona—, con Azina. La coja.

(¿Y me equivoco al pensar que mi obsesión por el parentesco familiar empezó allí mismo, en la lancha de salvamento? ¿Acaso no me interrogaba mi madre sobre tíos y primos a mí también? A mi hermano no le preguntaba porque él siempre andaba ocupado con tractores y palas de nieve, mientras que yo debía rezumar ese femenino pegamento que mantiene unidas a las familias, escribiendo notas de agradecimiento y recordando los santos y cumpleaños de todo el mundo. Mire usted, querido lector, yo he oído la siguiente genealogía de labios de mi madre: «Ésa es tu prima Melia. La hija de Stazis, el cuñado de Lucille, que es la hermana de tío Mike. Stazis el lechero, ese que nunca tiene mucha prisa, ya sabes, ¿no? Melia es su primera chica, que nació en tercer lugar, después de Mike y Johnny, los dos chicos. Tendrías que conocerla. ¡Melia es prima política tuya!»).

Y aquí estoy ahora, consciente de mis deberes, bosquejándolo todo para usted, querido lector, y destilando femenino pegamento, pero también con un dolor sordo en el pecho porque me doy cuenta de que la genealogía no les dice nada. Tessie sabía quién estaba emparentado con quién pero no tenía ni idea de quién era su propio marido, ni del parentesco que tenían sus suegros; todo ello no era más que una ficción creada en el bote salvavidas donde mis abuelos inventaron su propia vida.

Desde el punto de vista sexual, las cosas fueron sencillas para ellos. El doctor Luce, el gran sexólogo, cita asombrosas estadísticas para afirmar que antes de 1950

las parejas casadas no practicaban el sexo oral. Las relaciones sexuales de mis abuelos eran placenteras pero invariables. Por la noche, Desdémona se desnudaba hasta quedarse en corsé, y Lefty manipulaba los broches y corchetes en busca de la combinación secreta que abría las compuertas de la hermética prenda. En cuanto a afrodisíacos, el corsé era todo lo que necesitaban, y para mi abuelo continuó siendo el singular emblema erótico de su vida. El corsé renovó a Desdémona. Como ya he dicho, Lefty ya había visto desnuda a su hermana, pero el corsé tenía el extraño poder de realzar su desnudez; la convertía en una criatura blindada, intimidante, con un mórbido interior que debía conquistarse. Los automáticos hacían un ruidito seco y, entonces, se abría de pronto. Lefty se encaramaba sobre Desdémona (haciéndose rozaduras en las rodillas) y apenas se movía ninguno de los dos; las olas del mar se encargaban de hacerlo todo por ellos.

Su periferencia existía en paralelo con una vinculación afectiva menos apasionada. El acto sexual podía dar paso, en cualquier momento, a una emoción sosegada. De manera que, tras la cópula, retiraban la lona, se quedaban mirando al cielo nocturno que pasaba sobre sus cabezas y se ponían a charlar de las cosas de la vida.

—A lo mejor me puede dar trabajo el marido de Lina —decía Lefty—. Tiene negocio propio, ¿no es así?

—No sé a qué se dedica. Lina nunca me contesta claramente.

—Cuando ahorremos un poco, podré abrir un casino. Un poco de juego, un bar, quizá un espectáculo. Y por todas partes, palmeras plantadas en macetas.

—Tendrías que ir a la universidad. Hacerte profesor, como querían madre y padre. Y tenemos que construir un criadero de gusanos de seda, no te olvides.

—Olvídate de los gusanos de seda. Yo hablo de ruleta, canciones de *rebético*, copas, baile. Puede que venda un poco de hachís, de paso.

—En Estados Unidos está prohibido fumar hachís.

—¿Cómo lo sabes?

—No es esa clase de país —aseveró Desdémona con certeza.

Pasaron el resto de la luna de miel en cubierta, pensando en cómo arreglárselas para que los dejaran entrar en la isla Ellis. Ya no era tan fácil. En 1894 se había creado una alianza para restringir la inmigración. En el hemiciclo del Senado de Estados Unidos, Henry Cabot Lodge blandió un ejemplar de *Sobre el origen de las especies*, advirtiendo de que la influencia de pueblos inferiores oriundos de la Europa meridional y oriental amenazaba «el tejido mismo de nuestra raza». La Ley de Inmigración de 1917 prohibió la entrada a Estados Unidos a treinta y tres categorías de indeseables, y así, en 1922, en la cubierta del *Giulia*, los pasajeros discutían los modos de escapar a la clasificación. En sesiones atestadas de gente, los analfabetos aprendían a fingir que sabían leer, los anarquistas, a negar que habían leído a

Proudhon; los enfermos del corazón, a tener vigor; los epilépticos, a negar sus ataques, y los portadores de enfermedades hereditarias, a olvidar mencionarlas. Mis abuelos, ignorantes de su mutación genética, se centraron en impedimentos más ostensibles. Otra categoría de restricción: «personas condenadas por un delito o una falta contra la moral establecida». Y un subconjunto de ese grupo: «Relaciones incestuosas».

Evitaban a los pasajeros que pudieran padecer tracoma o tiña fávica. Huían de todo aquel que tuviera una tos perruna. De cuando en cuando, para tranquilizarse, Lefty sacaba el certificado que declaraba lo siguiente:

SE HA VACUNADO Y  
**DESPIOJADO**  
A ELEUTERIO STEPHANIDES,  
A QUIEN SE DECLARA LIBRE DE PLAGAS  
EN LA FECHA DE HOY,  
23 DE SEPTIEMBRE DE 1922.  
DESINFECCIÓN MARÍTIMA, EL PIREO

Alfabetizados, casados con una sola persona (aunque hermanos), con manifiesta estabilidad emocional e inclinaciones democráticas, y despiojados de manera autoritaria, mis abuelos no veían obstáculo alguno que les impidiera la entrada. Cumplían el requisito de los veinticinco dólares por persona. Además tenían un fiador: su prima Surmelina. Justo el año anterior, la Ley de Cupos había reducido la cantidad anual de inmigrantes de la Europa meridional y oriental de 783.000 a 155.000. Era casi imposible entrar en el país sin un fiador o sin una impresionante recomendación profesional. Para mejorar sus posibilidades, Lefty dejó su manual de conversación francesa y se puso a memorizar cuatro versículos del Nuevo Testamento en la versión del rey Jacobo. El *Giulia* rebosaba de citas que ofrecían de primera mano las pruebas sobre la capacidad de leer y escribir en inglés. Según la nacionalidad, se pedía al inmigrante que tradujera un texto específico de las Escrituras. Para los griegos, era el versículo 12 del capítulo 19 del evangelio según San Mateo: «Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos».

—¿Eunucos? —se estremeció Desdémona—. ¿Quién te ha contado eso?

—Es un pasaje de la Biblia.

—¿De qué Biblia? De la Biblia griega, no. Habla con otros y entérate de lo que preguntan en la prueba esa.

Pero Lefty le mostró el texto griego en la parte superior de la cartulina y el inglés en la parte de abajo. Repitió el pasaje palabra por palabra, haciendo que ella lo memorizara, lo entendiera o no.

—¿Es que no tuvimos bastantes eunucos en Turquía, para que ahora tengamos

que hablar de ellos en la isla Ellis?

—Los americanos dejan entrar a todo el mundo —bromeó Lefty—. Eunucos incluidos.

—Pues si son tan comprensivos deberían dejarnos hablar griego —rezongó Desdémona.

El verano iba abandonando el océano. Una noche hizo demasiado frío en el bote salvavidas para abrir el corsé. Así que, arropados con mantas, se pusieron a hablar.

—¿Va Surmelina a recibirnos a Nueva York? —preguntó Desdémona.

—No. Tenemos que ir en tren a Detroit.

—¿Por qué no viene a recibirnos?

—Está muy lejos.

—Mejor así. De todos modos no llegaría a tiempo.

El incesante viento marino agitaba la lona. Se formaba escarcha en la borda del bote. Veían la parte superior de la chimenea del *Giulia*, el humo discernible únicamente como un pedazo de cielo sin estrellas. (Aunque no se percataron de ello, aquella chimenea inclinada, con rayas transversales, los estaba informando sobre su nueva patria; musitaba historias sobre el río Rouge y la fábrica Uniroyal, las Siete Hermanas y los Dos Hermanos, pero ellos no escuchaban, arrugaban la nariz y se encogían aún más en el bote, evitando el humo).

Y si el olor a industria no hubiera insistido en irrumpir en el relato, si Desdémona y Lefty, que se criaron en una montaña perfumada con el aroma de los pinos y que jamás se acostumbrarían al aire contaminado de Detroit, no se hubieran encogido dentro del bote salvavidas, habrían percibido un olor nuevo que flotaba en la fresca brisa marina: un olor húmedo, a barro y corteza mojada. Tierra. Nueva York. América.

—¿Qué vamos a decirle a Surmelina de lo nuestro?

—Ella lo entenderá.

—¿Y no dirá nada?

—Hay unas cuantas cosas de las que no querrá que se entere su marido.

—¿Te refieres a Helena?

—Yo no he dicho nada —dijo Lefty.

Después de lo cual se quedaron dormidos, despertándose a la salida del sol frente a alguien que los miraba fijamente.

—¿Habéis dormido bien? —inquirió el capitán Kodulis—. A lo mejor queréis que os traiga una manta, ¿no?

—Lo siento —se disculpó Lefty—, no volveremos a hacerlo.

—No tendréis ocasión —repuso el capitán y, para demostrar su afirmación, retiró completamente la lona del bote salvavidas.

Desdémona y Lefty se incorporaron. A lo lejos, a la luz de la mañana, se veían los



edificios de Nueva York recortados sobre el horizonte. Aquélla no era la forma que debía tener una ciudad —ni cúpulas, ni alminares—, y tardaron un poco en asimilar las altas líneas geométricas. Jirones de niebla flotaban por la bahía. Un millón de ventanas emitían destellos rosados. Más cerca, coronada con sus propios rayos y vestida como una griega clásica, la Estatua de la Libertad les daba la bienvenida.

—¿Qué os parece? —preguntó el capitán Kodulis.

—Yo ya he visto bastantes antorchas para lo que me queda de vida —sentenció Lefty.

Pero Desdémona, por una vez, se mostró más optimista.

—Por lo menos es una mujer —observó—. A lo mejor aquí no andan matándose unos a otros, un día sí y otro también.

# LIBRO SEGUNDO



# EL CRISOL CULTURAL DE HENRY FORD



Quien construye una fábrica, levanta un templo.

CALVIN COOLIDGE

**D**etroit siempre ha tenido ruedas. Mucho antes de los Tres Grandes y del sobrenombre de «Ciudad del Motor»; antes de las fábricas de coches, de los buques de carga y de las noches rosadas por las sustancias químicas, antes de que una pareja se acariciase en un Thunderbird o se besuquease en un Model T; antes del día en que el joven Henry Ford derribara la pared de su taller porque, al concebir su «cuadricicleta», había pensado en todo menos en la manera de sacar el puñetero cacharro de allí; y casi un siglo antes de la fría noche de marzo de 1896, cuando Charles King timoneó su carruaje sin caballos por la Avenida Woodward (donde el motor de dos tiempos dejó puntualmente de funcionar); mucho, mucho antes, cuando la ciudad no era más que un trozo de tierra robado a los indios y situado en el estrecho del que toma su nombre, un fuerte cuya conquista dejó rendidos a ingleses y franceses y que terminó cayendo en manos americanas; por aquel entonces, antes de los coches y las intersecciones de las autopistas, Detroit ya tenía ruedas.

Tengo nueve años y voy cogida de la rolliza y sudorosa mano de mi padre. Estamos frente a una ventana del último piso del Hotel Pontchartrain. Hemos venido al centro para nuestra comida anual. Llevo minifalda y leotardos de color fucsia. Colgado al hombro con una larga correa, un bolso de charol.

Hay como manchas en los cristales empañados. Estamos a mucha altura sobre la ciudad. Dentro de un momento voy a pedir langostinos rebozados con salsa rosa.

El motivo por el que a mi padre le suda la mano: tiene miedo a las alturas. Hace dos días, cuando se ofreció a llevarme a donde yo quisiera, grité con mi voz aflautada:

—¡Al último piso del Pontch!

En lo más alto de la ciudad, entre los empresarios y los traficantes de influencias, allí era donde yo quería estar. Y Milton cumplió su promesa. Pese a sus desenfundadas palpitaciones consintió en que el *maître* nos diera una mesa frente a la ventana; de modo que aquí estamos ahora —cuando un camarero de esmoquin retira la silla para que me siente—, y mi padre, demasiado asustado para sentarse, empieza a darme una lección de historia.

¿Qué razón hay para estudiar historia? ¿Comprender el presente o evitarlo? Milton, con la tez aceitunada un tanto pálida, sólo dice:

—Mira. ¿Ves la rueda?

Y ahora guiño los ojos. Ajena, a los nueve años, a la perspectiva de las patas de gallo, miro con los ojos entornados hacia las calles del centro que indica mi padre (aunque él no las mira). Y allí la veo: una plaza como un tapacubos, con Bagley, Washington, Woodward, Broadway y Madison saliendo en forma radial.

Eso es todo lo que queda del famoso Plan Woodward, trazado en 1807 por el juez del mismo nombre, gran bebedor. (Dos años antes, en 1805, la ciudad había ardido hasta los cimientos: en el espacio de tres horas, las casas de madera y las granjas del asentamiento fundado por Cadillac en 1701 quedaron reducidas a cenizas. Y en 1969, gracias a mi buena vista, soy capaz de leer las señales de aquel incendio en la bandera de la ciudad que ondea en el parque Grand Circus, a setecientos metros de distancia: *Speramus meliora; resurget cineribus*. «Esperamos mejores cosas; resurgirá de sus cenizas.»).

El juez Woodward concibió la nueva Detroit como una Arcadia urbana de hexágonos entrelazados. Cada rueda tenía que ser independiente y estar unida a todas las demás, en consonancia con el federalismo de la nueva nación, pero también debía presentar una simetría clásica, de acuerdo con la estética jeffersoniana. Aquel sueño nunca se hizo del todo realidad. La planificación es para las grandes urbes del mundo, para Londres, París y Roma, para ciudades consagradas, en cierto modo, a la cultura. Detroit, en cambio, era una ciudad norteamericana y por tanto consagrada al dinero, de manera que la concepción dio paso a la conveniencia. A partir de 1818, la ciudad se extendió a lo largo del río, almacén tras almacén, fábrica tras fábrica. Las ruedas del juez Woodward terminaron aplastadas, cercenadas por la mitad, reducidas a los rectángulos habituales.

O visto de otro modo (desde el restaurante del último piso de un gran edificio): las ruedas no han desaparecido, sólo han cambiado de forma. En 1900, Detroit era la principal fabricante de carruajes y carros. En 1922, cuando llegaron mis abuelos, Detroit también hacía otras cosas capaces de dar vueltas: motores navales, bicicletas, puros confeccionados a mano. Y sí, finalmente, coches.

Todo eso se veía desde el tren. Aproximándose por la orilla del río Detroit, Lefty y Desdémona veían cómo iba tomando forma su nuevo hogar. Observaron cómo las tierras de labor daban paso a terrenos vallados y calles adoquinadas. El cielo se oscureció de humo. Empezaron a pasar edificios a toda velocidad, almacenes de ladrillo pintados de un pragmático blanco: WRIGHT Y KAY... J. H. BLACK E HIJOS... FABRICA DE ESTUFAS DETROIT. Por el río se arrastraban barcas achaparradas, del color del alquitrán, y la gente llenaba de pronto las calles, trabajadores con el mono sucio, empleados con los pulgares en los tirantes, y letreros de pensiones y casas de comidas: Servimos cerveza sin alcohol Stroh... Aquí se sentirá en su casa... Comidas a 15 centavos...

... Mientras aquel nuevo panorama les inundaba los sentidos, mis abuelos

pugnaban por asimilar las imágenes del día anterior. La isla Ellis, irguiéndose en el agua como el Palacio del Dogo. La consigna, con equipajes amontonados hasta el techo. Apiñados como si fueran ganado, los hicieron subir por una escalera hasta la Sala de Registro. Con sus respectivos números del manifiesto del *Giulia* prendidos con alfileres, pasaron frente a una hilera de inspectores sanitarios que les examinaron ojos y oídos, les friccionaron el cuero cabelludo y les volvieron los párpados del revés con unas pinzas. Uno de los médicos, al detectar una inflamación bajo los párpados del doctor Philobosian, interrumpió el reconocimiento y le trazó una **X** con tiza en la chaqueta. Lo sacaron de la fila. Mis abuelos no lo habían vuelto a ver.

—Debe de haber cogido algo en el barco —aventuró Desdémona—. O a lo mejor tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

Entretanto, la tiza siguió haciendo marcas a su alrededor. Trazó una **E** y una **b** en el vientre de una embarazada. Garabateó **Cr** sobre el corazón enfermo de un anciano. Diagnosticó conjuntivitis con **Cj**, tiña fávica con **Tf**, y tracoma con **Tr**. Pero, por mucha experiencia que tuvieran, los ojos de los médicos fueron incapaces de descubrir una mutación regresiva oculta en un quinto cromosoma. Los dedos no podían tocarla. Las pinzas no podían sacarla a la luz...

Ahora, en el tren, mis abuelos no llevaban prendida una etiqueta con números de un manifiesto, sino indicaciones de su destino. «Al revisor. Se ruega indique al portador de la presente el lugar donde debe transbordar y donde debe apearse, pues dicha persona no habla inglés. El destino del portador es Detroit, estación Grand Trunk». Se sentaron uno junto a otro en asientos sin reserva. Frente a la ventanilla, Lefty miraba el paisaje entusiasmado. Desdémona no apartaba la vista de su caja de gusanos de seda, las mejillas encendidas de la vergüenza y la rabia que sentía desde hacía treinta y seis horas.

—Ésta es la última vez que alguien me corta el pelo —afirmó.

—Pero si estás muy bien —repuso Lefty, sin mirarla—. Pareces una *amerikanida*.

—No quiero parecer una *amerikanida*.

En la zona de las concesiones comerciales de la isla Ellis, Lefty había convencido a Desdémona para que entrara en un puesto de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Ella entró en la tienda de campaña con chal y pañuelo en la cabeza, y salió quince minutos después con un vestido de cintura baja y un sombrero flexible en forma de orinal. La rabia le inflamó la cara bajo los polvos que acababa de ponerse. Como parte de la transformación, las señoras de la Asociación habían cortado a Desdémona las trenzas de inmigrante.

Con aire obsesivo, de la forma en que alguien se manosea un desgarrón en el bolsillo, se llevó ahora la mano bajo el sombrero para tocarse el despojado cuero cabelludo por trigésima o cuadragésima vez.

—Es la última vez que me cortan el pelo —volvió a repetir.

(Y cumplió su palabra. A partir de aquel día, Desdémona se dejó crecer el pelo como Lady Godiva, sujetándose con una redecilla y lavándose todos los viernes; y sólo se lo cortó después de la muerte de Lefty, para dárselo a Sophie Sassoon, quien lo vendió por doscientos cincuenta dólares a una peluquera que lo utilizó para confeccionar cinco pelucas, una de las cuales, según afirmaba, fue adquirida más adelante por Betty Ford después de la Casa Blanca y la desintoxicación, de manera que una vez todos tuvimos ocasión, en el funeral de Richard Nixon, de ver el pelo de mi abuela adornando la cabeza de la mujer del ex presidente).

Pero había otro motivo para la desdicha de mi abuela. Abrió la caja de gusanos de seda, que llevaba sobre las piernas. Dentro llevaba sus dos trenzas, aún sujetas con las cintas de luto, pero aparte de eso, la caja estaba vacía. Tras llevar consigo durante todo el camino desde Bitinio los huevos de gusanos de seda, se había visto obligada a tirarlos en la isla Ellis. Los huevos de gusanos de seda figuraban en la lista de parásitos. Lefty siguió pegado a la ventanilla. Desde Hoboken venía admirando las maravillas que ofrecía el panorama: tranvías eléctricos que subían las colinas de Albany transportando personas de rostro rubicundo; fábricas que resplandecían como volcanes al pasar por Buffalo de noche. Una vez, despertándose cuando el tren atravesaba una ciudad al amanecer, Lefty vio un banco con un pórtico de columnas y creyó estar de nuevo en Atenas, frente al Partenón.

Ahora el río Detroit quedaba rápidamente atrás y la ciudad surgía ante ellos. Lefty miraba los automóviles estacionados junto a la acera como escarabajos gigantes. Por todas partes afloraban chimeneas, cañones bombardeando la atmósfera. Las había altas y plateadas, de ladrillo rojo, en formación militar o en solitario, meditabundas, soltando el humo con parsimonia: un bosque de chimeneas que empañaba el sol y que, de pronto, lo oscureció por completo. Todo se fundió en negro; habían entrado en la estación.

La estación Grand Trunk, actualmente ruina de monumentales dimensiones, representaba entonces la aspiración de la ciudad por superar a Nueva York. Su base era un colosal museo neoclásico de mármol, con columnas de orden corintio, entablamento labrado y todo lo demás. Sobre aquel templo se elevaba un edificio de oficinas de trece pisos. Lefty, que había venido observando todas las formas en que Grecia había ido pasando a Estados Unidos, llegaba ahora a donde la transmisión se había detenido. En otras palabras: el futuro. Se apeó para encontrarse con él. Desdémona, que no tenía más remedio, lo siguió.

¡Pero hay que ver, qué tiempos aquéllos! ¡La Grand Trunk! Teléfonos que sonaban en cien compañías de transportes, sonido que seguía resultando relativamente novedoso; mercancías que se enviaban al este y al oeste; el trasiego de viajeros, que tomaban un café en el Palm Court o se detenían a que les limpiaran los zapatos, las agudas punteras del banquero, el empeine reforzado del mecánico, el

calzado ligero del traficante de ron. La Grand Trunk, con sus techos abovedados, sus alicatados de Guastavino, sus arañas de cristal, sus suelos de piedra de cantera galesa. Había una barbería de seis sillones que momificaba a las autoridades municipales con toallas calientes; y bañeras de alquiler; y ascensores iluminados por traslúcidas lámparas de mármol de figura ovoide.

Dejando a Desdémona detrás de una columna, Lefty buscó entre el gentío de la estación a la prima que iba a recibirlos al tren. Surmelina Zizmo, de soltera Pappasdiamandopulis, era prima de mis abuelos y, por tanto, tía abuela mía. La recuerdo como una mujer mayor, muy original. Surmelina, la del cigarrillo de precaria ceniza. Surmelina, la de la bañera de agua azul añil. Surmelina, la de los almuerzos en la Sociedad Teosófica. Llevaba guantes de satén hasta el codo y malcrió a un largo linaje de malolientes teckel de ojos manchados de lágrimas. Su casa estaba plagada de banquetas para los pies, que daban a los animales de cortas patas, fácil acceso a butacas y sofás. En 1922, sin embargo, Surmelina no tenía más que veintiocho años. Distinguirla entre la multitud de la Grand Trunk me resulta tan difícil como identificar a los invitados en el álbum de boda de mis padres, donde todos los rostros llevan el disfraz de la juventud. El problema de Lefty era diferente. Caminó de un lado a otro por el recinto, buscando a la prima con la que había crecido, una chica de nariz afilada con la boca sonriente de una máscara de comedia. El sol entraba sesgadamente por los lucernarios del techo. Entornó los ojos, examinando a las mujeres que pasaban hasta que, finalmente, ella lo llamó.

—Estoy aquí, primo. ¿No me reconoces? Soy yo, la irresistible.

—¿Eres tú, Lina?

—Ya no estoy en el pueblo.

En los cinco años desde que salió de Turquía, Surmelina se las había arreglado para borrar de su aspecto todo lo que podía identificarla como griega, desde el pelo, teñido de castaño oscuro y peinado ahora en una especie de permanente, pasando por su acento, que había emigrado al oeste lo suficiente para sonar vagamente «europeo», sus lecturas (*Colier's*, *Harper's*), hasta sus platos favoritos (langosta a la termidor, mantequilla de cacahuete) e incluso la ropa. Llevaba un vestido verde, corto, con flecos en el bajo. Unos zapatos a juego de satén verde con la puntera cubierta de lentejuelas y finas correas en los tobillos. Los hombros cubiertos con una boa de plumas negras y la cabeza con un casquete del que pendían colgantes de ónice sobre las cejas depiladas.

Durante unos segundos dejó que Lefty admirase plenamente su elegante apariencia americana, pero como seguía siendo la misma (bajo el casquete), el entusiasmo griego pronto se apoderó de ella. Abrió los brazos de par en par.

—Hola, primo. Dame un beso.

Se abrazaron. Lina le hundió en el cuello la mejilla con colorete. Luego lo apartó

para mirarlo bien y, desternillándose de risa, le tapó la nariz con la mano.

—Sigues siendo el mismo. Reconocería esa nariz en cualquier parte. —Sus carcajadas concluyeron con una espasmódica sacudida de hombros, y entonces pasó al otro asunto—. Bueno, ¿dónde está? ¿Dónde has metido a la novia? En el telegrama no me decías ni cómo se llama. ¿Qué pasa? ¿Se ha escondido?

—Está... en el servicio.

—Debe de ser una belleza. Te has casado enseguida. ¿Qué hiciste primero, presentarte o proponerle matrimonio?

—Creo que le propuse matrimonio.

—¿Cómo es?

—Pues... se parece a ti.

—Ah, seguro que no es tan espléndida, corazón.

Surmelina se llevó la boquilla a los labios e inhaló, examinando a la multitud.

—¡Pobre Desdémona! Su hermano se enamora y la deja en Nueva York. ¿Cómo está?

—Estupendamente.

—¿Por qué no ha venido contigo? No estará celosa de tu mujer, ¿verdad?

—No, ni mucho menos.

—Leímos lo del incendio —dijo ella, apretándole el brazo—. ¡Qué horror! Estuve muy preocupada hasta que recibí tu carta. Empezaron los turcos. Estoy segura. Claro que mi marido no es de la misma opinión.

—¿Ah, no?

—¿Me permites una sugerencia, ya que vais a vivir con nosotros? No hables de política con mi marido.

—De acuerdo.

—¿Y el pueblo? —inquirió Surmelina.

—Todo el mundo se ha marchado del *jorió*. Ya no queda nada.

—Si no odiara ese sitio, a lo mejor derramaría unas lagrimitas.

—Tengo que explicarte algo, Lina...

Pero Surmelina miraba a otra parte, tamborileando el suelo con el pie.

—A lo mejor se ha caído por la taza...

—... Algo sobre Desdémona y yo...

—¿Qué?

—... Mi mujer... Desdémona...

—¿Ves como tenía razón? No se llevan bien, ¿verdad?

—No... Desdémona... y mi mujer...

—¿Sí?

—Son la misma persona.

Lefty dio la señal y Desdémona salió de detrás de la columna.



—Hola, Lina —dijo mi abuela—. Nos hemos casado. No se lo digas a nadie.

Y así fue como se reveló el secreto, por penúltima vez. Bruscamente, de labios de mi abuela, bajo el resonante techo de la Grand Trunk, dirigida a los oídos de Surmelina, tapados por el casquete.

La confesión flotó un momento en el aire, antes de alejarse con el humo que ascendía de la boquilla. Desdémona cogió del brazo a su marido.

Mis abuelos tenían muchos motivos para creer que Surmelina mantendría el secreto. Se había marchado a Estados Unidos arrastrando un secreto, un asunto que nuestra familia mantuvo silenciado hasta 1979, año en que murió Surmelina y en que, como todos los secretos, perdió póstumamente su razón de ser, de manera que la gente empezó a hablar sin tapujos de las «amigas de Surmelina». Un secreto guardado, en otras palabras, únicamente por la definición más laxa, de modo que ahora —cuando yo mismo me dispongo a filtrar la información— sólo siento una leve punzada de culpabilidad filial.

El secreto de Surmelina (tal como lo expresaba tía Zo): «Lina era una de esas a las que llaman con el nombre de la isla».

De muchacha, en el *jorió*, habían sorprendido a Surmelina en circunstancias comprometedoras con varias amigas.

—No muchas —me contó ella, años más tarde—. Dos o tres. La gente piensa que si te gustan las chicas, te gustan todas. Yo siempre fui bastante exigente. Y eso que no había mucho donde elegir. —Durante un tiempo luchó contra su predisposición—, iba a la iglesia. No servía de nada. En aquella época era el mejor sitio para encontrar amigas. ¡En la iglesia! Todas rezando para ser diferentes.

Cuando a Surmelina la pillaron no con otra chica sino con una mujer hecha y derecha, madre de dos hijos, estalló el escándalo. Sus padres intentaron casarla, pero no hubo interesados. Ya era bastante difícil encontrar marido en Bitinio, para que la novia tuviera además el inconveniente de ser anormal.

Su padre hizo entonces lo que los padres de las griegas incasables hacían en aquella época: escribió a América. Estados Unidos era pródigo en dólares, buenos bateadores, abrigo de pieles de mapache, sortijas de brillantes... e inmigrantes solteros y solitarios. Con una fotografía de la futura novia y una dote considerable, su padre le encontró uno.

Jimmy Zizmo (abreviado de Zisimopoulos) había llegado a Estados Unidos en 1907, a los treinta años. La familia no sabía nada de él, salvo que era un implacable negociante. En una serie de cartas enviadas al padre de Surmelina, Zizmo había convenido el importe de la dote en el lenguaje formal de un abogado, llegando incluso a pedir un cheque bancario antes del día de la boda. La fotografía que Surmelina recibió mostraba a un hombre alto, de buena presencia y mostacho viril, que empuñaba una pistola en una mano y una botella de alcohol en la otra. Sin

embargo, cuando dos meses después se apeó del tren en la estación Grand Trunk, el hombre de corta estatura que la saludó iba bien afeitado y tenía la expresión avinagrada y la tez oscura de un labriego. Tales discrepancias habrían decepcionado a una novia normal, pero a Surmelina la traían sin cuidado.

Surmelina escribía a menudo, describiendo su nueva vida en América, pero centrándose sobre todo en las nuevas modas o en su Aeriola Júnior, la radio que se pasaba horas oyendo todos los días, sin quitarse los auriculares ni dejar de manipular el dial, interrumpiéndose de vez en cuando para limpiar el polvo que se acumulaba en el cristal. Nunca mencionaba nada relacionado con lo que Desdémona aludía como «la cama», de modo que sus primos se veían obligados a leer sus misivas entre líneas, tratando de ver, en la descripción de una excursión dominguera a Belle Isle, si el marido parecía contento o insatisfecho al volante; o de inferir, en un pasaje sobre el último peinado de Surmelina —algo llamado «garaje de piojos»—, si Zizmo tenía autorización para despeinarla alguna vez.

Aquella misma Surmelina, repleta de secretos particulares, examinó ahora a los nuevos iniciados en las artes de la ocultación.

—¿Casado? ¿Que sois matrimonio y dormís juntos, quieres decir?

—Sí —logró contestar Lefty.

Surmelina se dio cuenta de la ceniza por primera vez, y la sacudió.

—Vaya suerte la mía. En cuanto salgo del pueblo, la cosa se pone interesante.

Pero Desdémona no podía permitir tal ironía. Cogiendo de las manos a Surmelina, rogó:

—Tienes que prometernos que no se lo vas a decir a nadie. Viviremos como si tal cosa y, cuando nos muramos, nos lo llevaremos a la tumba.

—No se lo diré a nadie.

—La gente no tiene ni que saber que soy tu prima.

—No lo sabrá.

—Y tu marido, ¿qué?

—Él cree que he venido a recoger a mi primo y a su mujer.

—¿No le dirás nada?

—Eso será fácil —rió Lina—. Nunca me escucha.

Surmelina insistió en que un mozo les llevara el equipaje al coche, un Packard. Le dio una propina y se sentó en el asiento del conductor, llamando la atención. En 1922, una mujer al volante seguía siendo objeto de escándalo. Tras dejar la boquilla sobre el salpicadero, tiró del estárter, esperó los cinco segundos de rigor y pulsó el botón de arranque. La chapa del capó empezó a agitarse. Los asientos de cuero se pusieron a vibrar y Desdémona se agarró al brazo de su marido. En el asiento delantero, Surmelina se quitó los zapatos de tacón con correas de satén para conducir descalza. Puso el coche en marcha y, sin preocuparse del tráfico, fue dando bandazos por la

Avenida Michigan en dirección a la plaza Cadillac. Mis abuelos miraban con ojos vidriosos aquella frenética actividad: tranvías estruendosos, campanadas, el tráfico monocromático virando bruscamente a uno y otro lado. Por aquel entonces, el centro de Detroit estaba repleto de hombres de negocios y gente que iba de compras. Frente a Hudson's, los grandes almacenes, había una cola de diez en fondo, empujando para introducirse en las modernas puertas giratorias. Lina iba señalando los lugares más destacados: Café Frontenac... Family Theatre... Y los enormes letreros eléctricos: Ralston... Wait & Bond Blackstone... Puro Suave, 10<sup>c</sup>. Sobre sus cabezas, un niño de diez metros de altura untaba Mantequilla Meadow Gold en una rebanada de pan de tres metros. En la entrada de un edificio había una hilera de gigantescas lámparas de petróleo para promocionar una liquidación que concluía el 31 de octubre. Todo era barullo y agitación, y Desdémona, recostada en el respaldo del asiento de atrás, empezó a padecer la angustia que a lo largo de los años le inducirían los adelantos modernos, sobre todo los automóviles, pero también las tostadoras, los aspersores del césped y las escaleras mecánicas; mientras Lefty sonreía, sacudiendo la cabeza. Se erguían rascacielos por todas partes, y grandes cines y hoteles. En los años veinte se construyeron casi todas las grandes edificaciones de Detroit, el Penobscot Building y el segundo Buhl Building, con sus dibujos de colores semejantes a un cinturón indio, el nuevo Union Trust Building, la Torre Cadillac, el Fisher Building con su tejado dorado. Para mis abuelos, Detroit era como un gran Koza Han en temporada de gusanos de seda. Pero no veían a los trabajadores que dormían en la calle debido a la escasez de viviendas, ni el gueto un poco más al este, un barrio de unas treinta manzanas limitado por las calles Leland, Macomb, Hastings y Brush donde se hacinaba la ingente población de afroamericanos de la ciudad, a los que no se permitía vivir en otra parte. No veían, en una palabra, el germen de la descomposición de la ciudad —su segunda destrucción— porque también formaban parte de ella, como toda aquella gente que venía de todos los rincones del planeta a ganar los cinco dólares al día prometidos por Henry Ford.

La Zona Este de Detroit era un tranquilo vecindario de casas unifamiliares, a la sombra de olmos catedralicios. La casa de la calle Hurlbut a la que los condujo Lina era una modesta construcción de dos plantas y ladrillo rojo. Mis abuelas la miraron desde el coche con la boca abierta, incapaces de moverse, hasta que de pronto se abrió la puerta principal y apareció alguien en el umbral.

Jimmy Zizmo era tantas cosas que no sé por dónde empezar. Herborista aficionado; antisufragista; aficionado a la caza mayor; ex presidiario; camello y abstemio: elijan lo que les parezca. Tenía cuarenta y cinco años, casi el doble que su mujer. De pie en la penumbra del porche, llevaba un traje barato y una camisa de cuello puntiagudo que había perdido casi todo el almidón. Su crespo pelo negro le

daba el descuidado aspecto del solterón que durante tantos años había sido, impresión que acentuaba su rostro, arrugado como una cama deshecha. Sus cejas, sin embargo, describían un arco tan seductor como las de una bailarina hindú, y tenía unas pestañas tan espesas que bien podría pensarse que se ponía rímel. Pero mi abuela no reparó en nada de eso. Otra cosa le llamaba la atención.

—¿Es árabe? —preguntó Desdémona en cuanto se quedó a solas con su prima en la cocina—. ¿Por eso no hablabas de él en las cartas?

—No es árabe. Es del Mar Negro.

—Ésta es la *sala* —explicaba entretanto Zizmo a Lefty, enseñándole la casa.

—¡Del Ponto! —exclamó Desdémona, horrorizada, al tiempo que observaba la nevera—. No será musulmán, ¿verdad?

—No todos los del Ponto son conversos —se burló Lina—, ¿qué te crees, que en cuanto un griego se baña en el Mar Negro ya se vuelve musulmán?

—Pero tiene sangre turca, ¿no? —Desdémona bajó la voz—, ¿por eso es tan negro?

—Ni lo sé ni me importa.

—Os podéis quedar el tiempo que queráis —Zizmo conducía ahora a Lefty a la planta alta—, pero hay unas cuantas normas que deben seguirse en esta casa. En primer lugar, soy vegetariano. Si tu mujer quiere guisar carne, tiene que utilizar cacharros y platos diferentes. Y, además, nada de whisky. ¿Tú bebes?

—Alguna que otra vez.

—Nada de beber. Si quieres una copa, te vas a un bar clandestino. No quiero líos con la policía. Y ahora, el alquiler. ¿Acabáis de casaros?

—Sí.

—¿Qué dote has recibido?

—¿Dote?

—Sí. ¿Cuánto?

—Pero ¿tú sabías que era tan viejo? —musitó Desdémona en la planta baja mientras examinaba el horno.

—Por lo menos no es mi hermano.

—¡Calla! No lo digas ni en broma.

—No hay dote —contestó Lefty—, nos conocimos en el barco.

—¿Que no hay dote? —Zizmo se detuvo en la escalera y, asombrado, se volvió a mirar a Lefty—, ¿por qué te has casado, entonces?

—Nos enamoramos —declaró Lefty.

Nunca se lo había dicho a un extraño, y se sintió contento y asustado a la vez.

—Si no te pagan, no te casas. Por eso es por lo que yo he esperado tanto tiempo —explicó Zizmo que, guiñando un ojo, concluyó—: Me reservaba para quien pagara bien.

—Lina dijo algo de que ahora tenías negocio propio —aventuró Lefty con súbito interés, siguiendo a Zizmo al cuarto de baño—, ¿a qué te dedicas?

—¿Yo? Soy importador.

—No sé de qué —contestó Surmelina en la cocina—. Importador. Lo único que sé es que trae dinero a casa.

—Pero ¿cómo puedes casarte con alguien del que no sabes nada?

—Para salir del país, Des, me habría casado con un lisiado.

—Yo tengo cierta experiencia en el sector de la importación —afirmó Lefty, logrando meter baza mientras Zizmo explicaba la instalación de fontanería—. Allí, en Bursa. En la industria de la seda.

—Tu parte del alquiler asciende a veinte dólares —concluyó Zizmo, sin captar la insinuación. Tiró de la cadena, soltando un torrente de agua.

—Pues si me preguntan a mí —continuaba Lina en la planta baja—, en lo que a maridos respecta, cuanto más viejos mejor. —Abrió la puerta de la despensa—. Si es joven, tu marido estará a todas horas detrás de ti. Sería demasiada tensión.

—Vergüenza debería darte, Lina.

Pero Desdémona, a pesar suyo, se estaba riendo. Era maravilloso volver a ver a su prima mayor, una parte de Bitinio aún intacta. La oscuridad de la despensa, llena de higos, almendras, nueces, *jalvá* y albaricoques secos, también hizo que se sintiera mejor.

—Pero ¿de dónde voy a sacar el alquiler? —soltó bruscamente Lefty, por fin, mientras bajaban las escaleras—. No me queda dinero. ¿Dónde puedo encontrar trabajo?

—Ningún problema —aseguró Zizmo, agitando la mano—. Hablaré con unas personas.

Volvieron a cruzar la *sala*. Zizmo se detuvo y bajó significativamente la vista.

—No me has dicho nada de mi alfombra de piel de cebra.

—Es muy bonita.

—Me la traje de África. La maté yo mismo, de un disparo.

—¿Has estado en África?

—Yo he estado en todas partes.

Como en todas las casas de la ciudad, se apretaron un poco para hacerse sitio. Desdémona y Lefty dormían justo encima de la habitación de Zizmo y Lina, y las primeras noches mi abuela se levantaba de la cama para poner la oreja en el suelo.

—Nada —anunciaba—. Ya te lo decía yo.

—Vuelve a la cama —la reprendía Lefty—. Eso es asunto suyo.

—¿Qué asunto? Eso es lo que te estoy diciendo. No tienen ningún asunto.

Mientras que en la habitación de abajo, Zizmo hablaba de los nuevos inquilinos del piso de arriba.

—¡Qué romántico es ese individuo! Conoce a una chica en el barco y se casa con ella. Sin dote.

—Hay gente que se casa por amor.

—El matrimonio es para el gobierno de la casa y para tener hijos. Lo que me recuerda...

—Esta noche, no, Jimmy, por favor.

—Entonces, ¿cuándo? Llevamos cinco años casados y no tenemos hijos. Siempre me vienes con que si no te encuentras bien, que si estás cansada, que si esto o lo otro. ¿Tomas el aceite de castor?

—Sí.

—¿Y el magnesio?

—Sí.

—Bien. Hay que reducir la bilis. Si la madre tiene demasiada bilis, el niño saldrá sin energía y será desobediente.

—Buenas noches, *kirie*.

—Buenas noches, *kiria*.

Antes de que terminara la semana, todas las preguntas de mis abuelos sobre el matrimonio de Surmelina quedaron contestadas. Debido a su edad, Jimmy Zizmo trataba a su joven esposa más como a una hija que como a una mujer. Siempre le estaba diciendo lo que debía y lo que no debía hacer, gritando por el precio y el escote de sus vestidos, ordenándole que se fuera a la cama, que se levantara, que hablara, que guardara silencio. Se negaba a darle las llaves del coche hasta que ella le engatusaba con besos y caricias. Su curanderismo alimentario lo llevaba incluso a controlar la regularidad con que Lina iba al retrete, como si fuera su médico, y algunas de sus mayores peleas resultaban de los interrogatorios sobre sus deposiciones. En cuanto a relaciones sexuales, las habían mantenido, pero no recientemente. Durante los últimos cinco meses, Lina se había quejado de dolencias imaginarias, prefiriendo las infusiones de hierbas de su marido a sus atenciones amorosas. Zizmo, por su parte, albergaba creencias vagamente yóguicas sobre los beneficios mentales de la retención seminal, de manera que estaba dispuesto a esperar a que su mujer recobrase la vitalidad perdida. En la casa imperaba la misma segregación sexual que en la *patrida*, los hombres en la *sala* y las mujeres en la cocina. Dos ámbitos con diferentes preocupaciones, tareas, e incluso —como dirían los biólogos evolucionistas— patrones de pensamiento. Lefty y Desdémona, acostumbrados a vivir en su propia casa, se veían obligados a adaptarse a las nuevas costumbres de su casero. Además, mi abuelo necesitaba trabajo.

En aquella época había muchas fábricas de coches donde trabajar. Estaban la Chalmers, Metzger, Brush, Columbia y Flanders. Y también la Hupp, Paige, Hudson, Krit, Saxon, Liberty, Rickenbacker y Dodge. Jimmy Zizmo, sin embargo, tenía

conocidos en la Ford.

—Soy proveedor —anunció.

—¿De qué?

—De combustibles varios.

Estaban otra vez en el Packard, vibrando sobre estrechos neumáticos. Caía una niebla ligera. Lefty atisbaba con ojos entornados por el empañado parabrisas. Poco a poco, a medida que se aproximaban a la Avenida Michigan, empezó a distinguir vagamente un monolito que se erguía a lo lejos, un edificio semejante al órgano de una catedral gigantesca, con los tubos encaramándose hacia el cielo.

Había también un olor: el mismo que años más tarde flotaba desde el río hasta llegar a mi cama o a la portería del campo de hockey. Como mi nariz, igual de picuda, en esos momentos, el apéndice nasal de mi abuelo se puso en guardia. Sus aletas se agitaron. Lefty aspiró el aire. Al principio el olor era reconocible, pertenecía al reino orgánico de los huevos podridos y el estiércol. Pero al cabo de unos segundos las propiedades químicas del olor le abrasaron los orificios nasales, que se tapó con el pañuelo.

—No te preocupes —rió Zizmo—. Ya te acostumbrarás.

—No. No me acostumbraré.

—¿Quieres saber el truco?

—¿Cuál es?

—No respire.

Al llegar a la fábrica, Zizmo lo condujo al departamento de personal.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Detroit? —preguntó el jefe.

—Seis meses.

—¿Puede demostrarlo?

Zizmo intervino entonces en voz baja:

—Podría dejarle en su casa los documentos correspondientes.

El jefe de personal miró a uno y otro lado.

—¿Log Cabin, ñejeo?

—Lo mejor de lo mejor.

El jefe frunció los labios, examinando a mi abuelo.

—¿Qué tal habla inglés?

—No tan bien como yo. Pero aprende deprisa.

—Tiene que hacer el curso y aprobar el examen. Si no, no entra.

—Trato hecho. Y ahora, si me escribe las señas de su casa, podremos fijar una fecha de entrega. ¿Le viene bien el lunes por la tarde, a eso de las ocho y media?

—Llamen a la puerta de atrás.

El breve paso de mi abuelo por la fábrica Ford fue la única vez que un Stephanides trabajó en la industria automovilística. En lugar de coches, nos

convertimos en fabricantes de hamburguesas variadas y ensaladas griegas, en industriales de *spanakópita* y emparedados de queso fundido, en tecnócratas del arroz con leche y pastel de plátano con crema. Nuestra cadena de montaje era la parrilla; nuestra maquinaria pesada, el grifo de refrescos. Sin embargo, aquellas veinticinco semanas bastaron para tejer una relación personal con el colosal e impresionante complejo que veíamos desde la autopista, con aquel controlado Vesubio de rampas, tubos, escaleras, pasarelas, fuego y humo, conocido, como una plaga o un monarca, exclusivamente por un color: «el Rouge».

Antes de acudir a su primera jornada de trabajo, Lefty se presentó en la cocina luciendo su mono nuevo. Extendió los brazos enfundados en las mangas de franela, chasqueó los dedos y se puso a bailar con botas de trabajo, mientras Desdémona reía y cerraba la puerta de la cocina para no despertar a Lina. Lefty desayunó ciruelas pasas y yogur, leyendo un periódico griego de unos días atrás. Desdémona le envolvió el almuerzo, compuesto de *feta*, aceitunas y pan, en un novedoso envase americano: una bolsa de papel marrón. En la puerta de atrás, cuando Lefty se volvió para darle un beso, ella dio un paso atrás, temerosa de que pudieran verlos. Pero entonces recordó que ahora estaban casados. Vivían en un sitio llamado Michigan, donde parecía que los pájaros sólo eran de un color, y donde nadie los conocía. Desdémona volvió a dar un paso adelante para recibir los labios de su marido.

Su primer beso al aire libre americano, en el porche trasero, junto a un cerezo del que se caían las hojas. Una breve bengala de felicidad ascendió en su interior y estalló, dejando caer una lluvia de chispas mientras Lefty daba la vuelta a la casa y desaparecía.

El buen humor acompañó a mi abuelo durante el camino al tranvía. En la parada ya esperaban otros obreros, fumando y bromeando con aire distendido. Lefty observó las tarteras metálicas, y avergonzado por su bolsa de papel, se la puso a la espalda para que no la vieran. Primero sintió el tranvía como un murmullo en la suela de las botas. Luego lo vio recortándose sobre el sol naciente, como el mismísimo carro de Apolo, sólo que electrificado. Dentro, los viajeros se habían agrupado según su lengua materna. Los rostros lavados para el trabajo aún tenían hollín, muy negro, en las orejas. El tranvía arrancó de nuevo. Pronto se disipó el buen humor, y callaron las diversas lenguas. Cerca del centro subieron unos cuantos negros que se quedaron fuera, en los estribos, agarrados al techo.

Y entonces apareció el Rouge, recortado sobre el cielo, alzándose sobre el humo que producía. Al principio lo único visible era la parte alta de las ocho chimeneas principales. Cada una generaba su propia nube oscura. Las volutas ascendían en el aire para fundirse en una densa cortina que pendía sobre el paisaje, haciendo correr una sombra junto a los rieles del tranvía; y Lefty comprendió que el silencio de los viajeros reconocía aquella sombra, su inevitable proximidad cada mañana. Cuando



estuvieron más cerca, los hombres volvieron la espalda, de modo que sólo Lefty vio cómo la luz desaparecía del cielo mientras la sombra envolvía el tranvía y los rostros de los viajeros se volvían grises y uno de los *mavri* que iban en los estribos lanzaba un escupitajo de sangre a la calle. Luego el olor empezó a invadir el interior del tranvía, primero el soportable a huevos y estiércol, después el insoportable a residuos químicos. Lefty miró a los demás viajeros para ver su reacción, pero no debían de haberlo notado, porque seguían respirando. Se abrieron las puertas y salieron todos en fila. Entre la nube de humo, Lefty vio que de otros tranvías salían más obreros, cientos y cientos de siluetas grises que caminaban lenta y pesadamente por el patio adoquinado hacia la verja de la fábrica. A su lado pasaban camiones, y Lefty se dejó llevar por la corriente del siguiente turno, cincuenta, sesenta, setenta mil hombres fumando apresuradamente el último cigarrillo o rematando una conversación, porque al acercarse a la fábrica habían empezado a hablar otra vez, no porque tuviesen algo que decir sino porque más allá de la verja estaba prohibido utilizar la lengua materna. La construcción principal, una fortaleza de ladrillo oscuro, tenía siete pisos de altura; las chimeneas, diecisiete. Del edificio salían dos tolvas coronadas por torres de enfriamiento. Luego había plataformas de observación y refinerías adyacentes, salpicadas de chimeneas menos impresionantes. Era como un bosquecillo, como si las ocho chimeneas principales del Rouge hubieran lanzado semillas al viento, y ahora diez, veinte o cincuenta troncos más pequeños brotaran en el yermo que rodeaba la fábrica. Lefty vio la vía férrea, los enormes silos a lo largo del río, el monumental especiero de carbón, coque y mineral de hierro, y las pasarelas que se extendían en lo alto como arañas gigantes. Antes de ser engullido por la puerta, alcanzó a ver un carguero y un poco del río que los exploradores franceses llamaron Rouge por su color rojizo, mucho antes de que el agua se volviera anaranjada por los residuos o, alguna que otra vez, por las llamas.

Hecho histórico: la gente dejó de ser humana en 1913. El año en que Henry Ford hizo que los vehículos avanzaran sobre rodillos y que sus operarios fuesen tan rápidos como la cadena de montaje. Al principio, los obreros se rebelaron. Se despidieron a manadas, incapaces de hacer que su cuerpo se acostumbrara al nuevo ritmo de los tiempos. Desde entonces, sin embargo, las siguientes generaciones se han ido adaptando: todos estamos familiarizados con la automatización y así somos capaces de manipular palancas de mando, de conectarnos a ordenadores remotos y realizar movimientos repetitivos de mil clases.

Pero en 1922 ser un autómatas constituía una novedad.

En el recinto de la fábrica, tardaron diecisiete minutos en poner a mi abuelo al corriente de su tarea. Una parte de aquel nuevo y genial modo de producción consistía en su división del trabajo en actividades no cualificadas. De esa manera se podía contratar a cualquiera. Y despedirlo en cualquier momento. El capataz enseñó a

Lefty a coger un rodamiento de la cinta transportadora, pulirlo en el torno y volver a dejarlo. Consultando un cronómetro, midió la capacidad del nuevo empleado. Luego, con un movimiento de cabeza, condujo a Lefty a su puesto en la cadena. A su izquierda tenía a un hombre llamado Wierzbicki; a su derecha, a un tal O'Malley. Por un momento son tres hombres que esperan juntos. Luego suena el silbato.

Cada catorce segundos, Wierzbicki pesca un cojinete, Stephanides lo pule y O'Malley lo encaja en un árbol de levas. Este último se aleja por una cinta transportadora que, entre nubes de polvo metálico y nieblas ácidas, serpentea en torno a la fábrica, hasta que otro obrero, cincuenta metros más adelante, alza la mano y coge el árbol de levas para montarlo en el bloque del motor (veinte segundos). Al mismo tiempo, en cintas adyacentes, otros hombres van cogiendo otras piezas — carburador, distribuidor, colector de admisión— para montarlas en el bloque del motor. Por encima de las cabezas inclinadas, enormes ejes agitan sus puños propulsados a vapor. Nadie dice una palabra. Wierzbicki pesca un cojinete, Stephanides lo pule y O'Malley lo encaja en un árbol de levas. El árbol de levas da vueltas por la planta hasta que una mano lo coge y lo monta en el bloque del motor, que va adquiriendo un aspecto cada vez más extraño, lleno de tubos y aspas, revestido ya con el plumaje del ventilador. Wierzbicki pesca un cojinete, Stephanides lo pule y O'Malley lo encaja en un árbol de levas. Mientras otros obreros atornillan el filtro del aire (diecisiete segundos), acoplan el motor de arranque (veintiséis segundos) y ponen el volante. Momento en el cual el motor está acabado y el último obrero lo despide a toda velocidad...

Sólo que no es el último. Abajo hay otros operarios que tiran del motor, mientras el chasis avanza a su encuentro. Esos hombres unen el motor con la transmisión (veinticinco segundos). Wierzbicki pesca un cojinete, Stephanides lo pule y O'Malley lo encaja en un árbol de levas. Por delante, mi abuelo sólo ve el cojinete, sus manos que lo sacan de la cinta, lo pulen y lo vuelven a poner justo cuando aparece otro. Por detrás, la cinta transportadora que avanza sobre su cabeza se extiende hasta los obreros que troquelan los cojinetes e introducen lingotes en los hornos; llega hasta la fundición, donde trabajan los negros, cubiertos los ojos con gafas especiales para protegerse de la luz y el calor infernal. Lanzan mineral de hierro al alto horno y con unos grandes cucharones vierten acero derretido en moldes machos. Y lo hacen con la cadencia justa: a más velocidad, los moldes estallan; a menos, el acero se endurece. No pueden detenerse ni a quitarse de los brazos las ardientes esquiras de metal. A veces se las quita el capataz; y a veces, no. La fundición es el lugar más recóndito del Rouge, su núcleo de lava, pero la cadena va más lejos. Se extiende hasta las montañas de carbón y de coque; llega al agua, donde amarran los buques para descargar el mineral, y en ese punto la cadena se hace río y se aleja serpenteando hacia los bosques del norte hasta llegar a su nacimiento, que es la tierra misma, la arenisca y la

piedra caliza; y entonces la cadena vuelve de nuevo, en sustratos, al río, a los buques de carga y por último a las grúas, palas y hornos donde se transforma en acero fundido y se vierte en moldes para, al enfriarse y endurecerse, pasar a ser piezas de automóvil: las marchas, los árboles de transmisión, los depósitos de gasolina del Model T de 1922. Wierzbicki pesca un cojinete, Stephanides lo pule y O'Malley lo encaja en un árbol de levas. En lo alto y detrás, en diversos ángulos, los obreros llenan de arena unos machos o introducen vaciados en la cuba. La cadena no es una sola línea, sino muchas, que se entrecruzan y toman rumbos diferentes. Otros obreros troquelan piezas (cincuenta segundos), las terminan (cuarenta y dos segundos) y las sueldan (un minuto y diez segundos). Wierzbicki pesca un cojinete, Stephanides lo pule y O'Malley lo encaja en un árbol de levas. El árbol de levas sobrevuela la fábrica hasta que un obrero lo coge y lo monta en el bloque del motor, que ya se va complicando con aspas de ventilador, tubos y bujías. Y entonces el motor está terminado. Un obrero lo deja caer sobre un chasis que avanza sobre rodillos a su encuentro, al tiempo que otros tres trabajadores sacan del horno una carrocería, en cuyo negro brillo pueden verse la cara, reconociéndose por un momento, antes de que la dejen caer sobre el chasis que avanza a su encuentro montando en rodillos. Un obrero salta al asiento delantero (tres segundos), da la vuelta a la llave de contacto (dos segundos) y se aleja con el automóvil.

De día, ni palabra; de noche, miles. Todas las tardes, al salir de la fábrica, mi exhausto abuelo se dirigía pesadamente a un edificio adyacente que albergaba la Academia de Inglés Ford. Se sentaba frente a un pupitre con el cuaderno de ejercicios abierto frente a él. El pupitre parecía vibrar a lo largo del suelo a los 1,9 kilómetros por hora de la cadena. Alzó la vista para mirar el alfabeto inglés que había en un friso de las paredes del aula. En torno a él se sentaban en fila otros hombres con idénticos cuadernos. El pelo rígido de sudor seco, los ojos enrojecidos del polvo metálico, las manos en carne viva, recitaban con la obediencia de niños de coro:

- Los empleados deben lavarse en casa con abundante agua y jabón.
- En la limpieza se ve si alguien vive decentemente.
- No escupir en el suelo dentro de casa.
- Impedir que haya moscas en casa.
- La gente más avanzada es la más limpia.

A veces las clases de inglés proseguían durante el trabajo. Una semana, después de un sermón del capataz sobre el incremento de la productividad, Lefty aceleró sus movimientos, puliendo un cojinete cada doce segundos en lugar de cada catorce. Al volver de los servicios, se encontró con la palabra «RATA» escrita en un lado del torno. Habían cortado la correa. Cuando encontró una correa nueva en el cubo de material, sonó la sirena. La cadena se había detenido.

—¡Pero qué coño te pasa! —le gritó el capataz—. Cada vez que interrumpimos la

cadena, perdemos dinero. Si vuelve a ocurrir, te vas a la calle. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¡Muy bien! ¡Adelante!

Y la cadena se puso de nuevo en marcha. Cuando el capataz se hubo alejado, O'Malley miró a uno y otro lado y se inclinó para musitar:

—No trates de convertirte en el rey de la velocidad, ¿entiendes? Si no, todos tenemos que trabajar más deprisa.

Desdémona se quedaba en casa y se dedicaba a cocinar. Sin gusanos de seda que cuidar, ni moreras que esquilmar ni cabras que ordeñar, mi abuela pasaba el tiempo cocinando. Mientras Lefty pulía cojinetes sin parar, Desdémona hacía *pastitsio*, *musaka* y *galactobúriko*. Ponía una capa de harina sobre la mesa de la cocina y, sirviéndose de un palo de escoba lavado con lejía, hacía láminas muy finas de pasta. Las láminas salían una tras otra de su cadena de montaje. Llenaban la cocina. Cubrían el salón, cuyo mobiliario había tapado con sábanas. Desdémona se dirigía al principio y al final de la cadena, añadiendo nueces, mantequilla, miel, espinacas, queso, agregando más capas de pasta, luego más mantequilla, antes de fraguar en el horno el ensamblado mejunje. En el Rouge, los obreros se derrumbaban por el calor y la fatiga, mientras en Hurlbut mi abuela trabajaba dos turnos seguidos. Se levantaba temprano para hacer el desayuno y preparar el almuerzo a su marido, luego ponía en adobo una pierna de cordero con vino y ajo. Por la tarde hacía salchichas, sazónándolas con hinojo y colgándolas en el sótano, sobre las tuberías de la calefacción. A las tres de la tarde empezaba a preparar la cena, y sólo cuando la tenía ya en el fuego se permitía un descanso, sentándose a la mesa de la cocina para consultar en su libro el significado del sueño que había tenido la noche anterior. En ningún momento había menos de tres cazuelas hirviendo a fuego lento en el fogón. De vez en cuando, Jimmy Zizmo invitaba a casa a alguno de sus socios, hombres grandotes, de cabezas gruesas como jamones, embutidas en sombreros de fieltro. Desdémona les servía de comer a cualquier hora del día. Y luego se marchaban de nuevo, al centro de la ciudad. Entonces, Desdémona lo recogía y lo limpiaba todo.

Lo único que se negaba a hacer era la compra. Las tiendas americanas la desconcertaban. Encontraba deprimentes los productos alimenticios. Incluso muchos años después, al ver un Krogers McIntosh en la cocina de nuestra casa de las afueras, lo cogía en el aire y lo ridiculizaba, diciendo:

—Esto y nada es lo mismo. Nosotros se lo damos a las cabras.

Entrar en una tienda del barrio era echar de menos el sabor de los melocotones, los higos, las castañas de Bursa. Ya en los primeros meses en Estados Unidos, Desdémona padecía «la añoranza que no tiene cura». De manera que, tras trabajar en la fábrica y asistir a clase de inglés, Lefty se encargaba de comprar la pierna de cordero y las verduras, las especias y la miel.

Y así vivieron... un mes..., tres..., cinco meses. Soportaron su primer invierno en Michigan. Una noche de enero, poco después de la una de la madrugada, Desdémona Stephanides duerme con el odiado sombrero de la Asociación Cristiana de Jóvenes para abrigarse del viento que se filtra por las tenues paredes. Un radiador suspira, estrepitoso. A la luz de una vela, Lefty acaba los deberes de la academia, el cuaderno en las rodillas, el lapicero en la mano. Y en la pared: crujidos. Alza la vista y ve el brillo de unos ojos rojos que lo miran desde un agujero del zócalo. Escribe R-A-T-A antes de arrojar el lápiz contra el bicho. Desdémona sigue durmiendo. Lefty se cepilla el pelo. Dice, en inglés: «Hola, cariño». El nuevo país y su lengua han contribuido a dejar el pasado un poco más atrás. Cada noche que pasa, la figura que duerme cerca de él es cada vez menos su hermana y cada vez más su mujer. La ley de prescripción entra en vigor. Día a día, el recuerdo del delito se va disipando. (Pero lo que las personas olvidan, lo recuerdan las células. El cuerpo, ese elefante...).

Llegó la primavera de 1923. A mi abuelo, acostumbrado a las variopintas conjugaciones de los verbos del griego antiguo, el inglés, pese a toda su incoherencia, le pareció una lengua relativamente fácil de dominar. Una vez que ingirió una buena ración de vocabulario, empezó a degustar los ingredientes familiares, el aliño griego en las raíces, prefijos y sufijos. La Academia de Inglés Ford iba a montar un espectáculo para la ceremonia de entrega de títulos. Al ser un alumno aventajado, Lefty fue invitado a participar.

—¿Qué clase de espectáculo? —preguntó Desdémona.

—No te lo puedo decir. Es una sorpresa. Pero tienes que hacerme ropa.

—¿De qué tipo?

—De la que llevamos en la *patrida*.

Era un miércoles por la noche. Lefty y Zizmo estaban en la *sala* cuando de pronto, entró Lina a escuchar «La hora de Ronnie Ronnette». Zizmo le lanzó una mirada de desaprobación, pero ella se ocultó detrás de sus auriculares.

—Se cree una de esas *amerikanides* —dijo Zizmo a Lefty—. Fíjate, ¿ves? Hasta cruza las piernas.

—Estamos en América —observó Lefty—, ahora todos somos *amerikani*.

—Esto no es América —replicó Zizmo—. Estamos en mi casa. Aquí no vivimos como *amerikani*. Tu mujer lo entiende. ¿La ves en la *sala* enseñando las piernas y escuchando la radio?

Llamaron a la puerta. Zizmo, que tenía una inexplicable aversión a las visitas que se presentaban sin avisar, se puso en pie de un salto y metió la mano bajo la chaqueta. Con un gesto, indicó a Lefty que no se moviera. Lina, notando algo, se quitó los auriculares. Volvieron a llamar.

—Si fueran a matarte, *kirie*, ¿crees que llamarían a la puerta?

—¿A quién van a matar? —exclamó Desdémona, que acudió corriendo de la

cocina.

—Sólo es una forma de hablar —repuso Lina, que sabía más del negocio de importación de su marido de lo que dejaba entrever. Se dirigió majestuosamente a la puerta y abrió.

Sobre el felpudo había dos hombres. Llevaban traje gris, corbata de rayas, zapatos negros. Las patillas, cortas. En la mano, maletines iguales. Al quitarse el sombrero, mostraron idéntico pelo castaño, con una pulcra raya en medio. Zizmo sacó la mano de debajo de la chaqueta.

—Somos del Departamento Social de la Ford —anunció el alto—. ¿Está en casa el señor Stephanides?

—Dígame —contestó Lefty.

—Permítame explicarle por qué estamos aquí, señor Stephanides.

—La dirección teme —prosiguió el bajito sin interrupción— que, para algunas personas, cinco dólares al día podría constituir un tremendo obstáculo en el camino de la rectitud y la decencia, convirtiéndolas finalmente en una amenaza para la sociedad en general.

—Así que el señor Ford estableció —tomó de nuevo la palabra el alto— que no se entregase el dinero a nadie que no fuese capaz de emplear ese dinero con prudencia y conocimiento de causa.

—Además de que —otra vez el bajito—, cuando un obrero parece cumplir los requisitos del programa pero luego muestra ciertas debilidades, es competencia de la compañía quitarle su parte de las ganancias hasta que pueda rehabilitarse. ¿Podemos pasar?

Una vez dentro, se separaron. El alto sacó una libreta de la cartera.

—Voy a hacerle unas preguntas, si no le importa. ¿Bebe usted, señor Stephanides?

—No, no bebe —contestó Zizmo por él.

—¿Y usted quién es, si me permite la pregunta?

—Me llamo Zizmo.

—¿Es usted un inquilino?

—Soy el dueño de la casa.

—Entonces, el señor y la señora Stephanides son los inquilinos, ¿no es así?

—Así es.

—Eso no está bien. Nada bien —comentó el alto—. Animamos a nuestros empleados a que suscriban hipotecas.

—En eso está —aseguró Zizmo.

Entretanto, el bajito había ido a la cocina. Levantaba la tapa de las cacerolas, abría la puerta del horno, escudriñaba el cubo de la basura. Desdémóna estuvo a punto de protestar, pero se contuvo tras una mirada de Lina. (Y hay que ver cómo

agita Desdémona la nariz. Desde hace cuarenta y ocho horas, su sentido del olfato se ha agudizado de manera increíble. La comida le huele de manera rara; el feta, a calcetines sucios; las aceitunas, a cagarrutas de cabra).

—¿Con cuánta frecuencia se baña usted, señor Stephanides? —preguntó el alto.

—Todos los días, señor.

—¿Con cuánta frecuencia se lava los dientes?

—Todos los días, señor.

—¿Con qué?

—Con bicarbonato.

Ahora el bajito subía la escalera. Invadió la alcoba de mis abuelos e inspeccionó las sábanas. Fue al baño y examinó la taza del retrete.

—A partir de ahora láveselos con esto —ordenó el alto—. Es un dentífrico. Aquí tiene un cepillo nuevo.

Desconcertado, mi abuelo los cogió.

—Somos de Bursa —protestó—. Es una ciudad grande.

—Cepíllese a partir del borde de las encías. Hacia arriba en las de abajo y hacia abajo en las de arriba. Dos minutos por la mañana y otros dos por la noche. A ver. Pruebe.

—Somos gente civilizada.

—¿Debo entender que se niega a recibir instrucción higiénica?

—Oiga —intervino Zizmo—, cuando los griegos construyeron el Partenón y los egipcios levantaron las pirámides, los anglosajones seguían vistiéndose con pieles de animales.

El alto lanzó a Zizmo una larga mirada y anotó algo en la libreta.

—¿Así? —preguntó mi abuelo.

Con una mueca espantosa, movió el cepillo hacia arriba y hacia abajo en la boca seca.

—Eso es. Muy bien.

El bajito, terminada su inspección en el piso de arriba, apareció de nuevo. Abrió la libreta y empezó:

—Punto uno: cubo de basura en cocina, sin tapa. Punto dos: mosca doméstica en mesa cocina. Punto tres: demasiado ajo en comida; los ajos son indigestos.

(Y ahora Desdémona localiza al culpable: el pelo del bajito. Su olor a brillantina le da náuseas).

—Son muy amables en tomarse la molestia de venir para interesarse por la salud de su empleado —dijo Zizmo—. No es bueno que nadie se ponga enfermo, ¿verdad? Podría frenar la producción.

—Haré como si no lo hubiera oído —repuso el alto—. Habida cuenta de que no es usted oficialmente un empleado de la Compañía de Automoción Ford. De todos

modos —añadió, volviéndose hacia mi abuelo—, debo comunicarle, señor Stephanides, que en mi informe haré una observación sobre sus relaciones sociales. Voy a recomendar que la señora Stephanides y usted se instalen en casa propia en cuanto sea financieramente viable.

—¿A qué se dedica usted, señor, si me permite preguntarle? —quiso saber el bajito.

—A los transportes —contestó Zizmo.

—Son muy amables por haber venido a visitarnos, caballeros —terció Lina—, pero, si nos disculpan, estábamos a punto de sentarnos a cenar. Esta noche debemos ir a la iglesia. Y Lefty, claro está, tiene que acostarse antes de la nueve. Le gusta levantarse descansado por la mañana.

—De acuerdo. Muy bien.

Al unísono, se pusieron el sombrero y se marcharon.

Y así llegamos a las semanas anteriores al espectáculo de la entrega de títulos. A Desdémona, que confeccionaba un chaleco de *palikari*, bordándolo con hilo rojo, blanco y azul.

A Lefty, saliendo de trabajar un viernes por la tarde y cruzando Miller Road para recibir la paga en el camión blindado. A Lefty otra vez, la noche del espectáculo, cogiendo el tranvía hasta la plaza Cadillac y entrando en la tienda de ropa Gold's. Jimmy Zizmo se reúne allí con él para ayudarlo a elegir un traje.

—Casi es verano. ¿Qué te parece algo de color crema? ¿Con una corbata amarilla de seda?

—No. Nos lo dijo el profesor de inglés. Azul o gris, exclusivamente.

—¿Quieren convertirte al protestantismo? ¡Resiste!

—Me llevaré uno azul, gracias —replica Lefty en su mejor inglés.

(Y ahí, también, parece que el dueño le debe a Zizmo un favor. Les hace un veinte por ciento de descuento).

Entretanto, en Hurlbut, el padre Stylianopoulos, párroco de la iglesia ortodoxa griega de la Asunción, acude finalmente para bendecir la casa. Desdémona lo observa nerviosa mientras el pope apura la copa de Metaxa que ella le ha ofrecido. Cuando Lefty y ella se hicieron miembros de su congregación, el anciano sacerdote preguntó, por pura formalidad, si se habían casado por el rito ortodoxo. Desdémona contestó afirmativamente. La habían educado en la creencia de que los curas sabían si se les decía o no la verdad, pero el padre Stylianopoulos se limitó a asentir con la cabeza y a escribir el nombre de ambos en el registro parroquial. Ahora el cura deja la copa. Se pone en pie y recita la bendición, asperjando agua bendita en el umbral. Antes de que acabe, sin embargo, la nariz de Desdémona empieza de nuevo a obrar por cuenta propia. Huele lo que el pope ha comido para almorzar. Percibe el efluvio de sus axilas mientras hace la señal de la cruz. Al despedirlo en la puerta, Desdémona contiene la



respiración.

—Gracias, padre, gracias.

Stylianopoulos se va por donde ha venido, pero es inútil. En cuanto vuelve a inhalar, Desdémona huele el abono de los macizos de la casa de al lado y el repollo que tiene hirviendo la señora Czeslawski, aparte de un frasco de mostaza que, podría jurarlo, han abierto en alguna parte: todos esos olores confluyendo caprichosamente en ella, mientras se pone una mano sobre el vientre.

Justo entonces la puerta de la habitación se abre de par en par. Sale Surmelina. Lleva una mejilla cubierta de polvos y colorete; la otra, sin nada, tiene un aspecto verdoso.

—¿Hueles algo? —pregunta.

—Sí. Huelo todo.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué ocurre?

—Nunca creí que esto pudiera pasarme a mí. A ti, puede. Pero no a mí.

Y ahora nos encontramos en el arsenal de la Brigada Ligera de Detroit, aquella misma tarde, a las siete. Un auditorio de dos mil espectadores se acomoda en las butacas mientras las luces de la sala se van apagando. Destacados personajes del mundo empresarial se saludan con apretones de mano. Jimmy Zizmo, con un traje nuevo de color crema y una corbata amarilla, cruza las piernas y empieza a mover un pie. Lina y Desdémona se cogen de la mano, unidas por un vínculo misterioso.

Se abre el telón y se oyen murmullos de asombro y aplausos dispersos. Un bastidor pintado muestra un buque de línea, dos enormes chimeneas y una sección de cubierta con su barandilla. Una pasarela se extiende en el otro punto iluminado del escenario; un gigantesco caldero gris que lleva grabadas las palabras: ACADEMIA DE INGLÉS FORD, CRISOL DE CULTURAS. Empieza a sonar una melodía tradicional europea. De pronto, un personaje solitario aparece en la pasarela. Vestido con atuendo balcánico, chaleco, amplios pantalones bombachos y botas altas de cuero, el inmigrante lleva sus pertenencias en un envoltorio atado a un palo. Mira temeroso a su alrededor, y luego baja y se introduce en el caldero.

—Vaya propaganda —murmura Zizmo en su butaca.

Lina le manda callar.

Ahora SIRIA baja al caldero. Luego lo hacen ITALIA, POLONIA, NORUEGA, PALESTINA. Y, finalmente, GRECIA.

—¡Mirad, es Lefty!

Con chaleco bordado de *palikari*, *pukámiso* de manga ancha y falda plisada, *fustanela*, mi abuelo cruza la pasarela. Se detiene un momento a mirar al auditorio, pero los brillantes focos le ciegan. No ve a mi abuela, rebosante con su secreto, que tiene los ojos fijos en él. ALEMANIA da unos golpecitos en el hombro a Lefty.

—*Macht schnell*... Disculpa. Date prisa.

En primera fila, Henry Ford mueve la cabeza en señal de aprobación, disfrutando del espectáculo. La señora Ford quiere decirle algo al oído, pero él se lo impide con un gesto. Sus azules ojos de gaviota recorren rápidamente el rostro de los profesores de inglés, que van apareciendo uno tras otro en escena. Llevan largos cucharones, que introducen en el caldero. Los focos lanzan luz roja, que parpadea mientras los profesores remueven las cucharas. Sobre el escenario se alza una nube de vapor.

Dentro del caldero, los hombres, apelotonados, se quitan el atuendo de inmigrantes, poniéndose traje de calle. Hay brazos que se entremezclan, pies que pisan otros pies.

—Perdone, discúlpeme —se excusa Lefty, sintiéndose completamente norteamericano mientras se pone la chaqueta y los pantalones azules de lana. En su boca: treinta y dos dientes cepillados al estilo americano. Las axilas: generosamente rociadas con desodorante norteamericano. Y ahora los cucharones descienden desde lo alto, los inmigrantes giran rápidamente de un lado a otro...

... mientras dos hombres, uno alto y otro bajo, se dirigen a los bastidores con una hoja de papel en la mano...

... y entre el auditorio mi abuela tiene una expresión de asombro en el rostro...

... y el caldero empieza a hervir. Las luces rojas se hacen más intensas. La orquesta acomete el «Yankee Doodle». Uno a uno, los titulados de la Academia de Inglés Ford van saliendo del caldero. Vestidos de azul y gris, saltan al escenario, ondeando banderas estadounidenses entre aplausos estruendosos.

Apenas baja el telón, aparecen los agentes del Departamento Social.

—He aprobado el examen final —les informó mi abuelo—. ¡Noventa y tres por ciento! Y hoy voy a abrir una cuenta de ahorro.

—Qué bien —dijo el alto.

—Pero lamentablemente, es demasiado tarde —repuso el bajito.

Sacó un papelito del bolsillo, de un color rosa bien conocido en Detroit.

—Hemos hecho comprobaciones sobre su casero. El tal Jimmy Zizmo. Tiene antecedentes penales.

—Yo no sé nada de eso —protestó mi abuelo—. Seguro que es un error. Es buena persona. Trabaja mucho.

—Lo siento, señor Stephanides. Pero comprenderá usted que el señor Ford no puede tener obreros con esas amistades. No es preciso que se presente el lunes en la fábrica.

Mientras mi abuelo pugnaba por asimilar la noticia, el bajito hurgó en la herida.

—Espero que esto le sirva de lección. Si anda usted con malas compañías fracasará. Parece usted buena persona, señor Stephanides. De verdad. Le deseamos que tenga más suerte en el futuro.

Minutos después, Lefty salió a reunirse con su mujer. Se sorprendió cuando, delante de todo el mundo, lo abrazó, resistiéndose a soltarlo.

—¿Te ha gustado el espectáculo?

—No es eso.

—¿Qué es?

Desdémona miró a su marido a los ojos. Pero fue Surmelina quien lo explicó todo.

—¿Sabes una cosa? —dijo, hablando en cristiano—. Que tu mujer y yo estamos preñadas.

# MINOTAUROS



Y en eso sí que yo nunca tendré nada que ver. Como muchos hermafroditas, pero desde luego no todos, no puedo tener hijos. Ésa es una de las razones por las que no me he casado. Uno de los motivos, aparte de la vergüenza, por los que resolví entrar en el cuerpo diplomático. No quería quedarme toda la vida en el mismo sitio. Cuando empecé mi vida masculina, mi madre y yo nos marchamos de Michigan, y desde entonces no he parado de ir de un sitio a otro. Dentro de un par de años me destinarán a otra parte y me iré de Berlín. Sentiré marcharme. Esta ciudad, anteriormente dividida, me recuerda a mí mismo. Mi lucha por la unificación, la *Einheit*. Oriundo de una ciudad aún dividida por el odio racial, aquí, en Berlín, me siento lleno de esperanza.

Una palabra sobre la vergüenza. No la apruebo. Trato de superarla lo mejor que puedo. El movimiento intersexual tiende a poner fin a la cirugía que se ocupa de la reconfiguración genital en la infancia. El primer paso de esa lucha consiste en convencer al mundo —y a los endocrinólogos peditras en particular— de que los hermafroditas no poseen unos genitales morbosos. Uno de cada dos mil niños nace con genitales ambiguos. En Estados Unidos, con doscientos setenta y cinco millones de habitantes, eso arroja una cifra de ciento treinta y siete mil intersexuales.

Pero los hermafroditas somos personas como todo el mundo. Y da la casualidad de que a mí no me interesa la política. No me gustan los grupos. Aunque soy miembro de la Sociedad Intersexual de Norteamérica, nunca he participado en manifestación alguna. Vivo mi vida y me lamo mis propias heridas. No es la mejor manera de vivir. Pero yo soy así.

¿El hermafrodita más famoso de la historia? ¿Yo? Es halagador pensarlo, pero disto mucho de serlo. Voy de tapadillo en el trabajo, y sólo me descubro ante unos pocos amigos. En las recepciones, cuando me encuentro al lado del antiguo embajador (también natural de Detroit), hablamos de los Tiger. Aquí, en Berlín, sólo unas cuantas personas conocen mi secreto. Ahora se lo cuento a más gente que antes, aunque no soy en absoluto coherente. Algunas noches se lo cuento a alguien que acabo de conocer. En otras ocasiones guardo un definitivo silencio.

Eso se aplica especialmente a las mujeres por las que me siento atraído. Cuando conozco a alguna que me gusta y a quien parezco gustarle, me retiro. Cuando salgo de noche en Berlín, animado por un buen Rioja, muchas veces olvido mis circunstancias físicas y me doy esperanzas. Me quito el traje a medida. La camisa Thomas Pink, también. Mis condiciones físicas no dejan de impresionar a la chica

con la que salgo. (Bajo la armadura de mis trajes cruzados hay músculos esculpidos en el gimnasio). Pero mi última protección, mis amplios y discretos calzoncillos, éstos no me los quito. Nunca. En cambio me voy, poniendo cualquier excusa. Me marchó y no vuelvo a llamarla más. Todo un tío.

Pero enseguida vuelvo a las andadas. Lo intento otra vez, qué le vamos a hacer. Esta mañana he vuelto a ver a mi ciclista. Esta vez he averiguado su nombre: Julie. Julie Kikuchi. Criada al norte de California, licenciada en la Escuela de Artes Gráficas de Rhode Island, reside temporalmente en Berlín como becaria de la Künstlerhaus Bethanien. Y lo que ahora importa más: es la chica con la que voy a salir el viernes por la noche.

Como es la primera vez, no pasará nada. No hay razón para mencionar mis peculiaridades, mis vagabundeos por el laberinto durante todos estos años, ocultándome de todo. Y del amor también.



La fertilización simultánea ocurrió a primera hora de la madrugada del 24 de marzo de 1923 en habitaciones separadas, verticales, después de una salida nocturna al teatro. Mi abuelo, sin saber que iban a despedirlo pronto, había despilfarrado el dinero en cuatro entradas para *El Minotauro*, que representaban en el Family. Al principio, Desdémona se negó a ir. No tenía buen concepto del teatro en general, y en particular del vodevil, pero al final, incapaz de resistirse al tema helénico, se puso medias nuevas, un vestido negro y un abrigo, cruzó con los demás la acera cubierta de hielo y subió al aterrador Packard.

Cuando se abrió el telón en el Teatro Family, mi familia esperaba que le contaran la historia entera. Que Minos, rey de Creta, se negó a sacrificar un toro blanco a Poseidón. Que Poseidón, enfurecido, hizo que Pasífae, la mujer de Minos, se enamorase perdidamente del toro. Que el fruto de esa unión, Asterio, nació con cabeza de toro y cuerpo humano. Y luego Dédalo, el laberinto, etc. En cuanto se encendieron las candilejas, sin embargo, se hizo evidente el tono no tradicional del montaje. Porque en escena, corriendo y brincando, proliferaban las coristas. Con túnicas transparentes, brazos y espalda al aire, bailaban sin cesar, recitando estrofas que no armonizaban con el inquietante silbido de los pífanos. Apareció el Minotauro, un actor con una cabeza de toro hecha de cartón. Carente de todo sentido de la psicología clásica, el actor interpretaba su personaje medio humano como si fuera un simple monstruo de película. Un gruñido, un redoble de tambores: las coristas gritaron y huyeron. El Minotauro las persiguió y, como es natural, las fue alcanzando una por una, y mientras las devoraba con gran derramamiento de sangre, arrastraba

sus pálidos e indefensos cuerpos a las más recónditas profundidades del laberinto. Y luego bajó el telón.

En la fila dieciocho, mi abuela expresó su opinión crítica.

—Es como los cuadros del museo —afirmó—. Sólo una excusa para sacar gente desnuda.

Insistió en que se marcharan antes del segundo acto. En casa, a la hora de acostarse, los cuatro asistentes al teatro se dedicaron a sus quehaceres nocturnos. Desdémona se lavó las medias, encendió la lamparilla de noche en el vestíbulo. Zizmo bebió un vaso de zumo de papaya, que solía recomendar como beneficioso para la digestión. Lefty colgó el traje con mucho cuidado, pasando firmemente los dedos por la raya de los pantalones, mientras Surmelina se quitaba el maquillaje con crema limpiadora y se iba a la cama. Los cuatro, girando cada uno en sus órbitas particulares, pretendían que la obra no les había producido efecto alguno. Pero ahora Jimmy Zizmo apagaba la luz de la alcoba. ¡Y cuando se metió en su cama individual la encontró ocupada! Surmelina, soñando con las coristas, había echado a andar dormida por la decorativa alfombra. Murmurando versos, se encaramó sobre el sustitutivo esposo. («¿Lo ves?», dijo Zizmo en la oscuridad. «Se te ha quitado la bilis. Gracias al aceite de ricino.»). Arriba, Desdémona podría haber oído algo a través del piso si no hubiera estado fingiendo que dormía. Contra su voluntad, la obra también la había excitado. Los muslos del Minotauro, bestiales y musculosos. Las insinuantes víctimas, despatarradas por el suelo. Avergonzada, no dio señales de su excitación. Apagó la lámpara. Dio las buenas noches a su marido. Bostezó (teatralmente) y se volvió de espaldas. Mientras Lefty se acercaba sigilosamente por detrás.

Parálcese la acción. Una noche trascendental, aquélla, para todos los interesados. Me gustaría dejar constancia de las posturas (Lefty, de espaldas; Lina, boca arriba), las circunstancias (amnistía nocturna) y la causa directa (una obra de teatro sobre un monstruo híbrido). Se supone que los padres transmiten rasgos físicos a los hijos, pero estoy convencido de que también traspasan otras cosas: motivos, perspectivas, incluso destinos. ¿Acaso no me acercaría furtivamente yo a una chica que fingiera estar dormida? ¿No influiría en eso alguna obra de teatro, alguien que muriese en escena?

Dejando a un lado las cuestiones genealógicas, vuelvo a los hechos biológicos. Como estudiantes que comparten cuarto en la residencia, Desdémona y Lina tenían sincronizados sus respectivos ciclos menstruales. Aquella noche se cumplía el decimocuarto día. No hubo termómetros que verificaran ese dato, pero unas semanas después lo hicieron los síntomas de náuseas e hipersensible olfato.

—Quien llamó a esto náuseas matinales tuvo que ser un hombre —declaró Lina—. Por casualidad pasó una mañana en casa y lo notó.

Las náuseas no tenían horario fijo; carecían de reloj. Ambas sentían mareos por la

tarde, en plena noche. El embarazo era un buque en plena tormenta del que no podían desembarcar. De modo que se amarraban al palo mayor de la cama y aguantaban el temporal. Todo lo que las rozaba, sábanas, almohadas, el aire mismo, se ponía a dar vueltas a su alrededor. El aliento de sus maridos les resultaba insoportable, y cuando estaban demasiado mareadas para moverse, agitaban los brazos, indicando a los hombres que no se acercaran.

El embarazo daba una lección de humildad a los maridos. Tras una primera oleada de orgullo masculino, pronto reconocieron el papel secundario que la naturaleza les había asignado en el drama de la reproducción, y se refugiaron calladamente en una perpleja reserva, catalizadores de un estallido que eran incapaces de explicarse. Mientras sus mujeres sufrían admirablemente en las habitaciones, Zizmo y Lefty se retiraban a la *sala* a escuchar música, o cogían el coche y se iban a un café del barrio griego, donde nadie se molestaba por el olor que despidieran. Jugaban al *backgammon* y discutían de política, y nadie hablaba de mujeres porque allí eran todos solteros, pese a los años que tuviesen o a la cantidad de hijos que hubieran dado a una mujer que prefería la compañía de su progenie a la del marido. La conversación siempre versaba sobre lo mismo: los turcos y su brutalidad, Venizelos y sus errores, el rey Constantino y su vuelta; y el crimen del incendio de Esmirna, todavía sin vengar.

—¿Y acaso le importa a alguien? ¡No!

—Es lo que Bérenger dijo a Clemenceau: «Quien sea dueño del petróleo dominará el mundo».

—¡Esos cabrones de turcos! ¡Asesinos y violadores!

—¡Primero profanan Áyia Sofía y ahora destruyen Esmirna!

Pero entonces intervino Zizmo:

—Dejad de quejaros de una vez. La guerra fue culpa de los griegos.

—¡Cómo!

—¿Quién invadió a quién? —inquirió Zizmo.

—Los turcos fueron los invasores. En mil cuatrocientos cincuenta y tres.

—Los griegos son incapaces de gobernar siquiera su propio país. ¿Para qué quieren otro?

Y en ese punto hay gente que se pone de pie, apartando bruscamente las sillas.

—¿De qué coño vas, Zizmo? ¡Cabrón del Ponto! ¡Partidario de los turcos!

—Yo soy partidario de la verdad —gritó Zizmo—. No hay pruebas de que fueran los turcos quienes prendieron fuego a la ciudad. Fueron los griegos, para echar la culpa a los turcos.

Lefty se interpuso entre ellos, evitando una pelea. Después de aquello, Zizmo guardó para sí sus opiniones políticas. Se tomaba el café con aire taciturno, leyendo una extraña variedad de revistas o panfletos que conjeturaban sobre los viajes

espaciales y las civilizaciones antiguas. Masticaba las cáscaras de limón, recomendando a Lefty que hiciera lo mismo. Se estableció entre ellos esa camaradería fortuita de los hombres que están a la espera de un parto. Y como ocurre a todos los futuros padres, sus pensamientos giraban en torno al dinero.

Mi abuelo no le contó a Jimmy el motivo de su despido de la Ford, pero Zizmo se hacía una idea de por qué había ocurrido aquello. Y así, unas semanas después, le compensó como pudo.

—Haz como si sólo estuviéramos dando un paseo en coche.

—Vale.

—Si nos paran, no digas nada.

—Vale.

—Vas a tener mejor trabajo que en el Rouge. Créeme. Cinco dólares al día no son nada. Y en éste podrás comer todo el ajo que quieras.

Van en el Packard, pasando frente a las atracciones del Electric Park. Hay niebla, y es tarde; las tres de la mañana un poco pasadas. Para ser francos, el parque de atracciones debe de estar cerrado a esa hora, pero hoy para mis propios fines, el Electric Park está abierto toda la noche, y la niebla se disipa de pronto, de tal modo que al mirar por la ventanilla mi abuelo ve una montaña rusa deslizándose como una centella sobre sus carriles. Sólo un momento de simbolismo barato, y ahora tengo que inclinarme ante las estrictas normas del realismo, lo que equivale a decir: no ven nada. La niebla de primavera se desborda sobre los parapetos del recién inaugurado puente de Belle Isle. Los amarillentos globos de las farolas destellan, aureolados en la bruma.

—Hay mucho tráfico para ser tan tarde —se sorprende Lefty.

—Sí —conviene Zizmo—. Esto está muy frecuentado por la noche.

El puente los va elevando despacio sobre el río hasta depositarlos en la otra orilla. Belle Isle, una isla en forma de paramenio en medio del río Detroit, está a menos de un kilómetro de la costa canadiense. De día, el parque está lleno de excursionistas y paseantes. Sus embarradas orillas están cubiertas de pescadores de caña. Hay tiendas de campaña donde se celebran reuniones de grupos religiosos. Al caer la noche, en cambio, la isla adquiere un ambiente costero de moral relajada. Hay parajes solitarios donde aparcan los amantes. Por el puente circulan coches con fines poco claros. Zizmo conduce entre las sombras, pasa frente a los pabellones octogonales y el monumento al Héroe de la Guerra Civil, y penetra en el bosque donde en otro tiempo montaban los ottawa su campamento de verano. Como un paño, la niebla va limpiando el parabrisas. Los abedules parecen pergaminos bajo el cielo de tinta.

Elemento ausente en la mayoría de los coches fabricados en los años veinte: espejo retrovisor.

—Coge el volante —repite Zizmo mientras vuelve la cabeza para ver si los



siguen.

De esa manera, compartiendo la dirección, avanzan zigzagueantes por la Avenida Central y el Muelle, dando tres veces la vuelta a la isla hasta que Zizmo queda satisfecho. En el extremo nororiental, detiene el coche en el arcén, de cara a Canadá.

—¿Por qué nos detenemos?

—Espera y verás.

Zizmo enciende y apaga los faros tres veces seguidas. Sale del coche. Lo mismo hace Lefty. Se quedan quietos en la oscuridad, entre ruidos que suben del río: olas que lamen la orilla, sirenas que hacen sonar los buques de carga. Luego, otro rumor; un zumbido lejano.

—¿Tienes oficina en algún sitio? —pregunta mi abuelo—, ¿un almacén?

—Ésta es mi oficina —contesta Zizmo, abriendo los brazos en el aire. Señala al Packard y añade—: Y ése es mi almacén.

El murmullo se hace cada vez más fuerte; Lefty entorna los ojos para atisbar entre la niebla.

—Una vez trabajé en el ferrocarril. —Zizmo se saca del bolsillo un albaricoque seco y se lo come—. Allá, en el oeste; en Utah. Me deslomé. Pero no tardé en espabilarme.

El zumbido casi llega a su altura; Zizmo abre el maletero. Y ahora, entre la bruma, aparece una lancha fuera borda, una elegante motora con dos hombres a bordo. Apagan el motor mientras la embarcación se desliza entre los juncos. Zizmo entrega un sobre a uno de los hombres, el otro, de un tirón, quita una lona que cubre la popa. Bajo un tenue rayo de luna, pulcramente estibadas, destellan doce cajas de madera.

—Ahora tengo un ferrocarril propio —anunció Zizmo—. Ya podéis descargar.

Así se reveló la exacta naturaleza del importante negocio de Zizmo. No se dedicaba al comercio de albaricoques secos de Siria, de *jalvá* de Turquía y miel del Líbano. Importaba whisky Hiram Wallker's de Ontario, cerveza de Quebec y ron de Barbados a través del río San Lorenzo. Abstemio, se ganaba la vida comprando y vendiendo alcohol.

—Si estos *amerikani* son unos borrachos, ¿qué puedo hacer yo? —se justificaba minutos después, poniendo el coche en marcha.

—¡Tenías que habérmelo dicho! —gritó Lefty, enfurecido—. Si nos cogen, no me darán la ciudadanía. Me devolverán a Grecia.

—¿Qué otra cosa puedes hacer? ¿Tienes un trabajo mejor? Y no lo olvides. Ambos vamos a ser padres.

Así empezó la vida delictiva de mi abuelo. Durante los ocho meses siguientes trabajó en la operación de contrabando de ron que dirigía Zizmo, cumpliendo su extraño horario, levantándose en plena noche y cenando al amanecer. Adoptó la jerga

del tráfico ilícito, cuadruplicando su vocabulario de inglés. Aprendió a denominar el alcohol como «pimple», «caldo», «sople» y «biberón», y los establecimientos que servían bebidas como «tascucia», «aguaducho», «cueva» y «tugurio». Sabía dónde se encontraban todos los bares clandestinos de la ciudad, las funerarias que llenaban los cadáveres no con líquido de embalsamar sino con ginebra, las iglesias que ofrecían algo más que vino sacramental, y las barberías donde los tarros de Barbicide contenían ginebra de garrafa. Lefty llegó a conocer bien la ribera del río Detroit, sus escondidos fondeaderos, sus ensenadas secretas. Era capaz de reconocer una lancha policial a quinientos metros de distancia. El tráfico de ron era una actividad peliaguda. La mayor parte del contrabando lo controlaban la Banda Púrpura y la Mafia. Por pura amabilidad, permitían que algunos aficionados realizaran ciertas operaciones: excursiones diurnas a Canadá, salidas a medianoche de embarcaciones pesqueras. Había mujeres que iban a Windsor en transbordador con garrafas de cuatro litros bajo el vestido. Siempre y cuando ese pequeño tráfico no interfiriese en el negocio principal, las bandas lo permitían. Pero Zizmo rebasaba el límite con creces.

Salían seis veces por semana. En el maletero del Packard cabían cuatro cajas de alcohol, y en su espacioso asiento trasero, protegido con cortinillas, ocho más. Zizmo no respetaba ni normas ni territorios.

—En cuanto votaron la Prohibición, fui a la biblioteca y eché un vistazo al mapa —dijo, explicando cómo se había metido en el negocio—. Y allí estaban Michigan y Canadá, casi besándose. De modo que saqué un billete para Detroit. Cuando llegué, no tenía un céntimo. Fui a ver a un casamentero en el barrio griego. ¿Que por qué dejo que Lina conduzca el coche? Porque lo pagó ella.

Sonrió con satisfacción, pero luego prosiguió el hilo de sus pensamientos y sus rasgos se ensombrecieron.

—Pero no me gusta que las mujeres conduzcan. ¡Y ahora pueden votar! ¿Recuerdas la obra que vimos? —rezongó para sí—. Todas las mujeres son iguales. Si se les presenta la ocasión, se ponen a fornicar con un toro.

—Eso es sólo una leyenda, Jimmy —protestó Lefty—, no la puedes tomar al pie de la letra.

—¿Por qué no? —insistió Zizmo—. Las mujeres no son como nosotros. Tienen una naturaleza carnal. Lo mejor que se puede hacer con ellas es encerrarlas en un laberinto.

—¿A qué te refieres?

—Al embarazo —sonrió Zizmo.

Era como un laberinto. Desdémona no hacía más que dar vueltas, poniéndose del lado derecho, del izquierdo, tratando de encontrar una postura cómoda. Sin levantarse de la cama, deambuló por los oscuros corredores del embarazo, tropezando con los huesos de las mujeres que habían pasado por allí antes que ella. Para empezar, su

madre, Eufrosine (a quien de pronto empezaba a parecerse), sus abuelas, sus tía abuelas y toda su parentela hasta llegar a la prehistoria y la mismísima Eva, en cuyo vientre se había sembrado la maldición. Desdémona llegó a tener un conocimiento físico de aquellas mujeres, compartiendo sus dolores y suspiros, su miedo y su actitud protectora, su indignación, su esperanza. Como ellas, se puso la mano en el vientre, soportando el mundo; se sintió omnipotente y orgullosa; y entonces sufrió un espasmo en un músculo de la espalda.

Resumiré ahora todo el embarazo en orden cronológico. Desdémona, a las ocho semanas, está tumbada boca arriba, con las mantas hasta las axilas. Por la ventana, la luz parpadea continuamente con el paso del día a la noche. Tiene estremecimientos; se pone de costado, boca abajo; la ropa de cama cambia de aspecto. Una manta de lana aparece y desaparece. Bandejas de comida vuelan a la mesilla, luego dan un salto hacia la cama antes de volver por donde han venido. Pero entre la enloquecida danza de objetos inanimados, lo que resalta son los continuos cambios en el cuerpo de Desdémona. Se le hinchan los pechos. Se le oscurecen los pezones. A las catorce semanas su rostro empieza a redondearse, de tal modo que por primera vez reconozco a la *yiayiá* de mi infancia. A las veinte semanas, una línea misteriosa empieza a marcarse del ombligo hacia abajo. El vientre se le empieza a hinchar como un globo. A las treinta semanas, tiene la piel más fina, el pelo más denso. La tez, pálida por las náuseas al principio, va ganando color poco a poco hasta que al fin se ve un destello. Cuanto más aumenta de volumen, más estática se vuelve. Deja de ponerse boca abajo. Inmóvil, se va hinchando hacia la cámara. En la ventana, continúa el efecto estroboscópico. A las treinta y seis semanas, se arrebujá entre las sábanas como un gusano de seda. Las mantas suben y bajan, descubriéndole el rostro, exhausto, eufórico, resignado, impaciente. Abre los ojos. Grita.

Lina se venda las piernas para evitar las varices. Preocupada por si le huele el aliento, tiene en la mesilla una lata de pastillas de menta. Se pesa todas las mañanas, mordisqueándose el labio inferior. Le gusta su nueva figura de pechugona, aunque la inquietan las consecuencias. «Nunca tendré los pechos como ahora. Lo sé. Después de esto, se me caerán. Igual que en el *National Geographic*». El embarazo le daba la sensación de ser un animal. Daba vergüenza estar colonizada de manera tan notoria. Le ardía la cara cuando la inundaban las súbitas oleadas de hormonas. Sudaba; se le corría el maquillaje. Todo el proceso era un vestigio de estadios más primitivos de la evolución. La aproximaba a las formas de vida inferiores. Pensó en las abejas reina, soltando huevos a borbotones. Recordó al collie de los vecinos, cavando un agujero en el patio la primavera pasada.

El único escape era la radio. Se llevaba los cascos a la cama, al sofá, a la bañera. En verano cogía su Aeriola Júnior y se sentaba a la sombra del cerezo. Llenándose la cabeza de música, se escapaba de su cuerpo.

Una mañana de octubre, ya en el tercer trimestre, frente al 3467 de la calle Hurlbut paró un taxi del que se bajó un hombre de figura esbelta. Comprobó la dirección consultando un papel, recogió sus cosas —paraguas y maleta— y pagó al conductor. Se quitó el sombrero y se quedó mirándolo como si tuviera las instrucciones escritas en el ala. Luego volvió a ponérselo y se encaminó hacia el porche.

Desdémona y Lina oyeron que llamaban a la puerta. Se encontraron en el vestíbulo.

Cuando abrieron, el recién llegado paseó la mirada de un vientre a otro.

—Llego justo a tiempo —afirmó.

Era el doctor Philobosian. La mirada clara, bien afeitado, repuesto de su profundo dolor.

—Conservé vuestra dirección.

Lo invitaron a entrar y les contó su historia. En realidad, sí había contraído la tiña fávica en el *Giulia*. Pero su título de doctor en medicina le salvó de que lo devolvieran a Grecia; en Estados Unidos hacían falta médicos. El doctor Philobosian había pasado un mes en el hospital de la isla Ellis, después de lo cual, con el patrocinio de la Organización del Socorro Armenio, fue admitido en el país. Llevaba ya once meses viviendo en Nueva York, en la parte baja de la Zona Este.

—Puliendo cristales para un optometrista.

Últimamente había logrado recuperar algunos bienes de Turquía y se había dirigido al Medio Oeste.

—Voy a abrir una consulta aquí. En Nueva York ya hay demasiados médicos.

El doctor se quedó a cenar. El delicado estado de las mujeres no las eximía de sus deberes domésticos. Con las piernas hinchadas llevaban los platos de cordero con arroz, *okra* en salsa de tomate, ensalada griega, arroz con leche. A los postres, Desdémona hizo café griego, sirviéndolo en tazas pequeñas con su capa de espuma marrón, la *lakia*, por encima.

—Hay una posibilidad entre cien —observó el doctor Philobosian a los maridos sentados—. ¿Estáis seguros de que ocurrió la misma noche?

—Sí —contestó Surmelina que, sin levantarse de la mesa, fumaba un cigarrillo—. Debía de haber luna llena.

—Una mujer suele tardar cinco o seis meses en quedarse embarazada —prosiguió el doctor—. El hecho de que las dos os quedarais la misma noche... ¡Una posibilidad entre cien!

—¿Una entre cien? —repitió Zizmo, mirando a Surmelina, que apartó la vista.

—Una entre cien, y me quedo corto —aseguró el doctor.

—Todo es culpa del Minotauro —bromeó Lefty.

—No hables de esa función —le reprendió Desdémona.

—¿Por qué me miras así? —inquirió Lina.

—¿Es que no te puedo mirar? —preguntó su marido.

Surmelina emitió un furioso bufido y se limpió los labios con la servilleta. Hubo un tenso silencio. El doctor Philobosian, sirviéndose otra copa de vino, empezó a soltar una perorata.

—El parto es un tema fascinante. Las deformidades, por ejemplo. La gente pensaba que eran fruto de la imaginación materna. Durante el acto conyugal, lo que la madre vea o piense puede afectar al hijo. El Damasceno cuenta una historia sobre una mujer que tiene un cuadro de Juan el Bautista en la cabecera de la cama. En su representación tradicional, con los cabellos cubriéndole el cuerpo como una vestidura. En los espasmos de la pasión, los ojos de la pobre mujer se fijan por casualidad en el retrato. Nueve meses después da a luz un niño..., ¡tan peludo como un oso!

El doctor, complacido consigo mismo, soltó una carcajada y bebió un sorbo de vino.

—Esas cosas no pasan, ¿verdad? —quiso saber Desdémona, súbitamente alarmada.

Pero el doctor Philobosian estaba lanzado.

—Hay otra historia sobre una mujer que tocó un sapo mientras mantenía relaciones sexuales. Su hijo nació con los ojos saltones y el cuerpo lleno de verrugas.

—¿Eso lo ha leído en un libro? —preguntó Desdémona, con la voz estrangulada.

—La mayoría de los casos los cita Paré en *Sobre monstruos y maravillas*. La Iglesia también ha explorado el tema. En su *Embriológica Sacra*, Cangiamilla recomendaba bautismos intrauterinos: *Suponed que estáis preocupadas por si dais a luz un monstruo. Bueno, pues para eso hay remedio. Simplemente, llenáis una jeringa con agua bendita y bautizáis a la criatura antes de que nazca.*

—No te preocupes, Desdémona —la animó Lefty al ver su angustiada expresión—. Los médicos ya no creen en esas cosas.

—Por supuesto que no —confirmó el doctor Philobosian—. Todas esas tonterías vienen de la Edad Media. Ahora sabemos que la mayoría de las deformidades de nacimiento resultan de la consaguinidad de los padres.

—¿De qué? —preguntó Desdémona.

—De que los miembros de una misma familia se casen entre sí.

Desdémona se puso blanca.

—Eso causa toda clase de problemas. Imbecilidad. Hemofilia. Fijaos en los Romanov. O en cualquier otra familia real. Anormales, todos ellos.

—No me acuerdo de lo que pensaba aquella noche —dijo Desdémona más tarde, mientras fregaban los cacharros.

—Yo, sí —declaró Lina—, pensaba en la tercera por la derecha. La pelirroja.

—Yo tenía los ojos cerrados.

—Entonces no te preocupes.

Desdémona abrió el grifo al máximo, para que no las oyeran con el ruido del agua.

—Pero ¿y lo otro? ¿Lo de la con... la con...?

—¿La consanguinidad?

—Sí. ¿Cómo se sabe si lo ha pillado el niño?

—Eso no se sabe hasta que ha nacido.

—*Mana!*

—¿Por qué crees que la Iglesia no permite el matrimonio entre hermanos? Hasta los primos carnales deben tener permiso del obispo.

—Creí que era porque...

Como no se le ocurría nada, dejó la frase sin terminar.

—No te preocupes —dijo Lina—. Los médicos exageran. Si el matrimonio entre miembros de la misma familia fuera tan malo, todos habríamos nacido con seis brazos y sin piernas.

Pero Desdémona estaba preocupada. Pensó en Bitinio, tratando de acordarse de cuántos niños habían nacido con alguna anomalía. Melia Salakas había tenido una hija que nació sin un trozo de la cara. Su hermano, Yiorgos, había tenido ocho años de edad durante toda la vida. ¿Existía algún niño con pelo por todo el cuerpo? ¿Niños sapo? Desdémona recordó las historias que contaba su madre sobre nacimientos de extrañas criaturas. De cuando en cuando, las mujeres del pueblo daban a luz niños con ciertas deformidades, Desdémona no se acordaba exactamente: su madre se había expresado en términos vagos. Cada pocas generaciones se daba algún caso, niños que siempre tenían un final trágico: se suicidaban, se escapaban de casa y se convertían en artistas de circo; años después se les veía en Bursa, mendigando o ejerciendo la prostitución. Sola en la cama por la noche, con Lefty trabajando fuera de casa, Desdémona intentaba recordar detalles de aquellas historias, pero las había escuchado mucho tiempo atrás y Eufrosine Stephanides estaba muerta y no había nadie a quien preguntar. Volvió a pensar en la noche en que se quedó embarazada y trató de reconstruir los hechos. Se puso de lado. Colocó una almohada como si fuera Lefty, apretándosela contra la espalda. Paseó la mirada por la habitación. No había cuadros en las paredes. No había tocado ningún sapo.

—¿Qué fue lo que vi? —se preguntó—. Sólo la pared.

Pero no era la única persona atormentada por la preocupación. De forma un tanto imprudente, pero renunciando a toda responsabilidad sobre la veracidad de estas afirmaciones —porque, de todos los actores de mi Epidauro del Medio Oeste, es él quien lleva la máscara más amplia—, intentaré desvelar las emociones de Jimmy Zizmo durante ese último trimestre. ¿Le entusiasmaba el hecho de estar a punto de

convertirse en padre? ¿Llevaba a casa raíces nutritivas y hacía té homeopáticos? No, no lo estaba; no, no las llevaba; no, no los hacía. Después de la noche en que el doctor Philobosian se quedó a cenar con ellos, Jimmy Zizmo empezó a cambiar. Puede que fuese lo que el doctor había dicho sobre los embarazos sincrónicos. Una probabilidad entre cien. Quizá fuese aquella vaga información la causa del creciente mal humor de Zizmo, de las recelosas miradas que dirigía a su mujer embarazada. A lo mejor dudaba de la posibilidad de que un solo acto sexual en un periodo de cinco meses de abstinencia diera como resultado un embarazo en toda regla. ¿Acaso se sentía viejo al observar la juventud de su esposa? ¿O engañado?

A finales del otoño de 1923, mis antepasados vivían con una obsesión por los minotauros. A Desdémona se le aparecían en forma de niños que no dejaban de sangrar, o que estaban cubiertos de pelo. El de Zizmo era el famoso monstruo de ojos verdes. Le miraba fijamente desde la oscuridad del río mientras él esperaba en la orilla un cargamento de alcohol. De un salto se plantaba en medio de la carretera para encararse con él frente al parabrisas del Packard. Se daba la vuelta en la cama cuando él volvía a casa poco antes del amanecer: un monstruo de ojos verdes acostado con su joven e inescrutable esposa. Pero entonces Zizmo parpadeaba y el monstruo desaparecía.

Cuando las mujeres cumplían el octavo mes de embarazo, las primeras nieves empezaron a caer. Lefty y Zizmo llevaban guantes y bufandas mientras esperaban en una orilla de Belle Isle. Pese al aislamiento térmico, sin embargo, Lefty estaba tiritando. El mes pasado habían estado a punto de tener varios encontronazos con la policía. Enloquecido con sus celosas sospechas, Zizmo manifestaba un comportamiento imprevisible, olvidando organizar las citas, fijando los lugares de entrega sin preparación suficiente. Y peor aún, la Banda Púrpura consolidaba su dominio en el contrabando de alcohol. No tardarían mucho en darse de bruces con ella.

Entretanto, en Hurlbut, oscilaba una cuchara. Surmelina, con las piernas vendadas, estaba reclinada sobre su tocador mientras Desdémona realizaba el primero de los muchos pronósticos que conmigo tocarían a su fin.

—Dime que es niña.

—¿Para qué quieres una niña? Las niñas dan muchos problemas. Luego te llenan de preocupaciones cuando salen con chicos. Tienes que darles una dote y encontrarles marido...

—En América no existe la dote, Desdémona.

La cuchara empezó a moverse.

—Si es niño, te mato.

—Con una hija tendrás muchas peleas.

—Con una hija podré hablar.

—A un hijo lo querrás.

La cuchara empezó a describir un arco más amplio.

—Es..., es...

—¿Qué?

—Empieza a ahorrar dinero.

—¿Sí?

—Cierra bien las ventanas.

—¿Lo es? ¿De verdad?

—Prepárate para las peleas.

—¿Quieres decir que es...?

—Sí. Una niña. No hay duda.

—Ah, gracias a Dios.

... Y un vestidor que proceden a limpiar. Con las paredes que pintarán de blanco para transformarlo en habitación de los niños. Dos cunas iguales llegan de Hudson's. Mi abuela las coloca en el nuevo cuarto de los niños, colgando luego una manta entre ambas por si ella da a luz un varón. En el pasillo, se detiene frente a la lamparilla de noche para rezar al Santísimo:

—No permitas que mi hijo tenga eso que llaman hemofilia, por favor. Lefty y yo no sabíamos lo que hacíamos. Te lo ruego. Prometo que no tendré más hijos. Éste y nada más.

Treinta y tres semanas. Treinta y cuatro. En piscinas intrauterinas, las criaturas realizan saltos mortales dando medias vueltas y cayendo de cabeza. Pero Surmelina y Desdémona, tan sincronizadas en el embarazo, tomaron rumbos diferentes al final. El 17 de diciembre, mientras escuchaba un serial radiofónico, Surmelina se quitó los auriculares y anunció que tenía dolores. Tres horas después, el doctor Philobosian la asistió en el parto: fue una niña, tal como Desdémona había pronosticado. La criatura sólo pesaba un kilo y trescientos gramos, por lo que tuvo que estar una semana en la incubadora.

—¿Lo ves? —dijo Lina a Desdémona, contemplando a la niña a través del cristal—. Lo que me dijo el doctor Phil no era verdad. Fíjate en su pelo. Es morena. No pelirroja.

Jimmy Zizmo fue el siguiente en acercarse a la incubadora. Se quitó el sombrero y se inclinó para ver mejor, entornando los ojos. ¿Hizo algún gesto? ¿Confirmó la tez pálida de la niña sus dudas? ¿O le dio alguna respuesta? ¿Sobre el motivo por el que podría quejarse una esposa de molestias y dolores? ¿O de cómo se curó cuando le convino, sólo para darle pruebas de su paternidad? (Fueran cuales fuesen sus dudas, él era el padre. Simplemente, la tez de Surmelina se había llevado la palma. La genética: una jugada de dados, nada más).

Lo único que sé es lo siguiente: poco después de que Zizmo viera a su hija, trazó



su plan definitivo. Una semana después, dijo a Lefty:

—Prepárate. Tenemos que trabajar esta noche.

Y ahora las mansiones que bordean el lago están iluminadas con luces navideñas. En el extenso césped cubierto de nieve de la mansión de los Dodge, llamada Rose Terrace, se yergue un árbol de Navidad de doce metros traído en camión desde la península. En torno al abeto, geniecillos montados en Dodges en miniatura giran a toda velocidad. El coche de Santa Claus lo conduce un reno con gorra de chófer. (Aún no se ha creado a Rodolfo, de manera que el reno tiene el morro negro). Frente a la verja de la mansión, pasa un Packard negro y marrón. El conductor mira al frente. El pasajero fija largamente los ojos en el enorme caserón.

Jimmy Zizmo conduce despacio porque lleva cadenas en las ruedas. Han venido por E. Jefferson, pasando por Electric Park y el puente de Belle Isle. Después han cruzado la Zona Este de Detroit, siguiendo la Avenida Jefferson. (Y ahora nos encontramos en mi futuro barrio: Grosse Pointe. Aquí está la casa de los Stark, donde Clementine Stark y yo haremos «prácticas de beso» el verano anterior al tercer curso. Y ahí, el Colegio para Señoritas Baker e Inglis, en su elevada posición sobre la colina del lago). Mi abuelo es muy consciente de que no han ido a Grosse Pointe a admirar las mansiones. Con preocupación, espera a ver lo que Zizmo se trae entre manos. No muy lejos de Rose Terrace aparece el lago, negro, vacío, completamente helado. Cerca de la orilla, el hielo se amontona en grandes trozos. Zizmo sigue la ribera hasta llegar a un pequeño desvío que en verano sirve para echar botes al agua. Gira y se detiene.

—¿Vamos a ir sobre el hielo? —pregunta mi abuelo.

—Es el camino más fácil a Canadá, en este momento.

—¿Estás seguro de que aguantará?

En respuesta a la pregunta de mi abuelo, Zizmo se limita a abrir su puerta: facilitando la vía de escape. Lefty sigue su ejemplo. Las ruedas delanteras del Packard tocan el hielo. Da la impresión de que toda la superficie congelada del lago se estremece. Entonces se oye un ruido agudo, como cuando se mastica un cubito de hielo. Al cabo de unos segundos, no se oye nada. Caen las ruedas traseras. El hielo aguanta.

Mi abuelo, que no reza desde que salió de Bursa, siente el impulso de empezar de nuevo. El lago St. Clair lo controla la Banda Púrpura. No hay árboles detrás de los que esconderse, ni carreteras secundarias por donde escabullirse. Se muerde el pulgar, justo donde no tiene uña.

Sin luna, como a través de los ojos de un insecto, sólo ven lo que iluminan los faros: cinco metros de superficie granulosa, azulada, surcada por huellas de neumáticos. Torbellinos de nieve se arremolinan frente a ellos. Zizmo limpia con la manga de la camisa el empañado parabrisas.

—Estate atento, a ver si hay manchas negras en el hielo.

—¿Por qué?

—Por ahí es frágil.

No tarda mucho en aparecer la primera. Donde hay bancos de arena, el chapaleo de la corriente afina la capa de hielo. Zizmo la evita. Pronto, sin embargo, surge otra, y tiene que dar un volantazo. Y luego otra. Derecha. Izquierda. Derecha. El Packard serpentea, siguiendo las huellas de otros contrabandistas. De cuando en cuando, un depósito de hielo les corta el paso y tienen que dar marcha atrás, volver por donde han venido. Ahora a la derecha, luego a la izquierda, después hacia atrás, hacia delante, avanzando en la oscuridad sobre la superficie lisa como el mármol. Zizmo conduce inclinado sobre el volante, guiñando los ojos hacia el espacio no alumbrado por los faros. Mi abuelo va agarrado a la puerta abierta, atento al menor crujido del hielo...

... Pero ahora, más fuerte que el ruido del motor, empieza a crecer otro rumor. En la ciudad, aquella misma noche, mi abuela está teniendo una pesadilla. Se encuentra en un bote salvavidas, a bordo del *Giulia*. El capitán Kodulis se arrodilla entre sus piernas, dispuesto a quitarle el corsé nupcial. Lo desata, lo abre, sin dejar de fumar un cigarrillo de especias. Desdémona, llena de vergüenza al verse súbitamente desnuda, mira hacia abajo para ver lo que tanto fascina al capitán: una gruesa maroma del barco desaparece en sus entrañas. «¡Largad la sonda!», ordena el capitán Kodulis, y en ese momento, con cara de preocupación, aparece Lefty. Coge el extremo de la maroma y empieza a tirar. Y entonces:

Dolor. Dolor en sueños, verdadero pero no real, sólo las neuronas activándose. En lo más hondo de Desdémona, estalla un globo de agua. Un fluido cálido le corre por los muslos mientras el bote se llena de sangre. Lefty da un tirón a la cuerda, luego otro. Desdémona grita, el bote se tambalea, y entonces se oye un ruido seco y siente una especie de mareo, como si la partieran en dos, y allí, al final de la cuerda, está su hijo, un puñado de músculos de color morado, y mira a ver cómo tiene los brazos y no los ve, y mira a ver cómo tiene las piernas y no las ve, y luego la criatura alza la cabecita y ella le mira la cara, sólo una media luna de dientes abriéndose y cerrándose, sin labios, sólo dientes, que chascan al abrirse y cerrarse...

Desdémona se despierta con un sobresalto. Tarda un momento en darse cuenta de que su cama verdadera, en la vida real, está empapada. Ha roto aguas...

... mientras el Packard acelera y los faros, al recibir más fluido de la batería, destellan vivamente sobre el hielo. Ya están en la vía de navegación, equidistante de ambas orillas. Sobre sus cabezas, el firmamento es como un vasto cuenco negro, punteado de fuegos celestiales. No recuerdan el camino por donde han venido, la cantidad de rodeos que han dado, los sitios donde el hielo es peligroso. La superficie helada está llena de garabatos: huellas de neumáticos que van en todas direcciones.

Pasan frente a los restos de viejos vehículos, el capó hundido, las puertas acribilladas a balazos. Se ven ejes tirados por el hielo, tapacubos y algunas ruedas de repuesto. Entre la oscuridad y los remolinos de nieve, mi abuelo empieza a ver visiones. Cree que un regimiento de automóviles los va envolviendo. Los coches juegan con ellos, apareciendo ya delante, ya a un lado, ya por detrás, yendo y viniendo tan rápidamente que no está seguro de si ha llegado a verlos. Y ahora hay otro olor dentro del Packard, más fuerte que el cuero y el whisky, un aroma severo, metálico, que se superpone al desodorante de mi abuelo: el miedo. Justo en ese momento, con toda calma, dice Zizmo:

—Una cosa que siempre me ha extrañado: ¿por qué no dices a nadie que Lina es tu prima?

La pregunta, hecha cuando menos se la esperaba, pilló a mi abuelo desprevenido.

—No es ningún secreto.

—¿No? —replica Zizmo—. Nunca te he oído decírselo a nadie.

—En nuestro pueblo, todos somos primos —explica Lefty, tratando de que suene a broma. Y luego añade—: ¿Está muy lejos todavía?

—Al otro lado de la vía de navegación. Todavía estamos en la parte estadounidense.

—¿Cómo vas a encontrarlos por aquí?

—Los encontraremos. ¿Quieres que vaya más deprisa?

Sin esperar respuesta, Zizmo pisa el acelerador.

—Está bien. Ve más despacio.

—Hay otra cosa que siempre he querido saber —prosigue Zizmo, acelerando.

—Con cuidado, Jimmy.

—¿Por qué Lina tuvo que marcharse del pueblo para casarse?

—Vas muy deprisa. No me da tiempo a vigilar el hielo.

—Contéstame.

—¿Por qué se fue? Porque no había nadie que se casara con ella. Quería venir a América.

—¿Es eso lo que quería? —duda Zizmo, mientras vuelve a acelerar.

—Ve más despacio, Jimmy.

Pero Zizmo pisa el pedal a fondo. Y grita:

—¡Eres tú!

—¿De qué estás hablando?

—¡Eres tú! —ruge Zizmo de nuevo, mientras el motor gime y el hielo pasa a toda velocidad bajo el coche.

—¡Quién es! —exige saber—. ¡Dímelo! ¿Quién es?

... Pero antes de que a mi abuelo se le ocurra algo que contestar, otro recuerdo viene precipitadamente por el hielo. Siendo niña, mi padre me lleva al cine un

domingo por la noche, al Club de Yates de Detroit. Subimos la escalinata cubierta con una alfombra roja, pasando frente a trofeos de regatas y al retrato al óleo de Gar Wood, el piloto de hidroplanos. En el segundo piso, entramos a la sala. Butacas plegables de madera se agrupan en hileras frente a la pantalla. Apagan ya las luces y el ruidoso proyector se pone en marcha, descubriendo en el aire un haz de motas de polvo.

La única manera que a mi padre se le ocurrió de inculcarme cierto sentido de mi patrimonio cultural fue llevarme a ver versiones dobladas en italiano de los antiguos mitos griegos. De modo que todas las semanas veíamos a Hércules matando al león de Nemea, robando el cinturón de las amazonas («Vaya cinturón, ¿eh, Cal?») o siendo arrojado gratuitamente en pozos de serpientes sin apoyo textual. Pero nuestro preferido era el Minotauro...

... En pantalla aparece un actor con una fea peluca.

—Ése es Teseo —explica Milton—. Lleva en la mano un ovillo de hilo que le ha dado su amiga, ¿lo ves? Y con eso encuentra la salida del Laberinto.

Ahora Teseo entra en el Laberinto. Su antorcha ilumina muros de piedra hechos de cartón. Su camino está salpicado de huesos y calaveras. Manchas de sangre ensombrecen la falsa piedra. Sin apartar los ojos de la pantalla, extendiendo la mano. Mi padre se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca un caramelo.

—Ahí llega el Minotauro —murmura al dármele.

Y yo me estremezco de miedo y placer.

No tenía ninguna trascendencia para mí, en aquel entonces, el triste destino de la criatura. Asterio, aun sin culpa alguna, fue un monstruo de nacimiento. El envenenado fruto de la traición, un objeto de vergüenza que se tiene oculto; yo no entiendo nada de eso a los ocho años. Sólo animo a Teseo...

... mientras mi abuela, en 1923, se dispone a encontrarse con la criatura oculta en sus entrañas. Sujetándose el vientre, se sienta en el asiento trasero del taxi, al tiempo que Lina, delante, dice al conductor que se apresure. Desdémona controla la respiración, como un corredor marcándose el ritmo, y Lina dice:

—Ni siquiera me ha molestado que me despiertes. De todos modos iba a ir al hospital por la mañana. Van a dejar que me lleve a la niña a casa.

Pero Desdémona no la escucha. Abre la maleta, preparada tiempo atrás, y busca su sarta de cuentas tanteando entre el camisón y las zapatillas. Cuarteadas por el calor, ambarinas como la miel solidificada, con ellas ha sobrevivido a matanzas, marchas de refugiados y el incendio de una ciudad, y las va pasando con un ruidito seco en un intento de adelantarse a las contracciones...

... mientras Zizmo acelera el Packard sobre el hielo. La aguja del velocímetro se mueve. El motor ruge. Las cadenas lanzan arcos de nieve pulverizada. El Packard atraviesa las sombras a toda velocidad, patinando en algunos sitios, coleando.

—¿Lo teníais todo planeado, los dos? —grita—. ¿Que Lina se casara con un ciudadano americano para que ella pudiera apadrinarlo?

—Pero ¿qué dices? —Mi abuelo intenta razonar—. Cuando Lina y tú os casasteis, yo ni siquiera sabía que iba a venir a Estados Unidos. Ve más despacio, por favor.

—¿Cuál era el plan? ¿Encontrarle marido para luego instalarte en su casa?

La presunción que nunca falla en las películas de Minotauro. El monstruo siempre aparece por donde menos se espera. Del mismo modo, en el lago St. Clair, mi abuelo ha estado atento por si aparecía la Banda Púrpura, cuando en realidad tiene el monstruo a su lado, al volante del coche. El viento que entra por la puerta abierta echa hacia atrás el pelo crespo de Zizmo, que ondea como una melena. Tiene la cabeza gacha, las aletas de la nariz dilatadas. Los ojos le brillan de furia.

—¿Quién es!

—¿Jimmy! ¡Da la vuelta! ¡El hielo! No vas mirando al hielo.

—No pararé hasta que me lo digas.

—No hay nada que decir. Lina es una buena chica. Y contigo se porta como una buena esposa. ¡Lo juro!

Pero el Packard sigue a toda velocidad. Mi abuelo pega la espalda al respaldo del asiento.

—¿Qué me dices de la niña, Jimmy? Piensa en tu hija.

—¿Quién dice que es mía?

—Pues claro que es tuya.

—Nunca debí casarme con esa chica.

Lefty no se detiene a discutir ese aspecto. Sin contestar a más preguntas, se lanza por la puerta abierta, fuera del coche. El viento lo golpea como una fuerza sólida, arrojándolo contra el parachoques trasero. Observa su bufanda, a cámara lenta, que se enrolla en la rueda trasera del Packard. Nota que se tensa como un nudo corredizo, pero entonces se libera de su cuello y el tiempo vuelve a acelerarse mientras Lefty rueda fuera del alcance del coche. Se protege la cara al caer sobre el hielo, patina durante un buen trecho. Cuando vuelve a alzar la vista, ve al Packard que prosigue su marcha. Es imposible saber si Zizmo intenta girar, frenar. Lefty se pone en pie, con nada roto, y observa el coche que continúa su precipitada y enloquecida carrera por la oscuridad..., sesenta metros..., ochenta..., cien..., hasta que de pronto se alza otro estruendo. Por encima del rugido del motor se oye un fuerte estallido, seguido de una vibración que se extiende bajo los pies cuando el Packard avanza sobre una mancha oscura del lago helado.

Igual que el hielo, la vida humana también se rompe. La personalidad. La identidad. Jimmy Zizmo, encogido sobre el volante del Packard, ya está más allá del entendimiento. Justo ahí es donde el rastro se enfría. Hasta aquí puedo llevarte, lector, pero no más lejos. Quizá fue un furioso delirio de celos. O quizá sólo un cálculo de

probabilidades. Sopesando una dote contra el gasto que suponía mantener una familia. Adivinando que aquello no podía seguir para siempre, aquel auge de la Prohibición.

Y cabe otra posibilidad: puede que fingiera todo el asunto.

Pero no hay tiempo para tales cavilaciones. Porque el hielo está chirriando. Las ruedas delanteras de Zizmo rompen estruendosamente la superficie. El Packard, con la misma elegancia que un elefante se pone en pie sobre las patas delanteras, se levanta apoyándose sobre el radiador. Hay un momento en que los faros iluminan el hielo y el agua, como en una piscina, pero luego el capó se hunde y, entre una lluvia de chispas, todo se vuelve oscuro.

En el Hospital de Mujeres, Desdémona estuvo seis horas de parto. El doctor Philobosian asistió al alumbramiento de la criatura, cuyo sexo se reconoció de la manera habitual: separándole las piernas y mirando.

—Enhorabuena. Es un niño.

—Sólo tiene pelo en la cabeza —exclamó Desdémona, con gran alivio.

Lefty llegó al hospital poco después. Tras volver a la orilla, un camión lo había traído de vuelta. Ahora estaba frente al cristal de la sala de maternidad, las axilas aún fétidas de miedo, la mejilla derecha magullada y el labio inferior hinchado por la caída en el hielo. Justo aquella mañana, de manera fortuita, la niña de Lina había ganado peso suficiente para que la sacaran de la incubadora. Las enfermeras cogieron en brazos a ambas criaturas. Al niño le pusieron Milcíades, en honor del gran general ateniense, pero le llamarían Milton, como el gran poeta inglés. La niña, que iba a criarse sin padre, se llamó Teodora, como la escandalosa emperatriz de Bizancio a quien tanto admiraba Surmelina. Luego también tendría un nombre americano.

Pero debe mencionarse otra cosa sobre esos niños. Algo imposible de ver a simple vista. Hay que fijarse más. Así. Eso es:

Una mutación por cabeza.

## MATRIMONIO SOBRE HIELO



El funeral de Jimmy Zizmo se celebró trece días después con la autorización del obispo de Chicago. La familia estuvo casi dos semanas sin salir de casa, contagiada por la muerte, recibiendo al ocasional visitante que se presentaba para darles el pésame. Paños negros cubrían los espejos. Crespones de luto colgaban de las puertas. Habida cuenta de que no deben darse muestras de vanidad en presencia de la muerte, Lefty dejó de afeitarse y el día del funeral tenía una barba poblada.

El fracaso de la policía en encontrar el cuerpo era el motivo del retraso. Al día siguiente del suceso, dos agentes fueron a inspeccionar la escena. El hielo había vuelto a cerrarse por la noche, y habían caído unos centímetros de nieve. Los agentes caminaron penosamente de un lado para otro, en busca de huellas de neumáticos, pero al cabo de media hora lo dejaron. Aceptaron la historia de Lefty de que Zizmo había ido a pescar en el hielo y que probablemente había bebido. Un agente aseguró a Lefty que los cadáveres solían aparecer en primavera, asombrosamente conservados gracias a las heladas aguas.

La familia se puso de luto. El padre Stylianopoulos informó del asunto al obispo, que accedió a la petición de dar a Zizmo un funeral ortodoxo, siempre que se celebrara un sepelio como era debido en caso de que más adelante se encontrara el cadáver. Lefty se ocupó de los trámites del funeral. Escogió el ataúd, eligió la sepultura, encargó una lápida y pagó la esquila que se publicaría en los periódicos. En aquella época, los inmigrantes griegos ya empezaban a utilizar las empresas de pompas fúnebres, pero Surmelina insistió en que el velatorio se celebrase en casa. Durante más de una semana acudieron visitantes para sumarse al duelo en la penumbra de la sala, cargada de un fuerte olor a flores y con las persianas echadas. Eran los misteriosos socios comerciales de Zizmo, así como gente de los bares clandestinos a los que abastecía y unas cuantas amistades de Lina. Tras dar el pésame a la viuda, cruzaban el salón y se detenían frente al ataúd abierto. Dentro, apoyada en un cojín, había una fotografía enmarcada de Jimmy Zizmo. Estaba representado en escorzo, mirando hacia el celestial destello de los focos del estudio. Además, Surmelina había cortado la cinta que unía sus coronas nupciales para colocar la de su marido dentro del ataúd.

La angustia de Surmelina ante la muerte de su marido excedía con mucho el afecto que había sentido por él en vida. Durante dos días se pasó diez horas seguidas lamentándose frente al ataúd vacío de Jimmy Zizmo, recitando las *miroloyia*. Con el mejor histrionismo del pueblo, Surmelina entonó agudas arias en las que lamentaba la

muerte de su marido y lo castigaba por haber muerto. Cuando terminaba con Zizmo, la emprendía con Dios por habérselo llevado tan pronto y se lamentaba de la suerte de su hija recién nacida.

—¡La culpa es tuya! —exclamaba—. ¡Sólo tuya! ¿Qué razón había para que murieras? ¡Me has dejado viuda! ¡Has dejado a tu hija en la calle!

Atendía a la niña mientras se lamentaba y de cuando en cuando la alzaba en el aire para que Zizmo y Dios vieran lo que habían hecho. Los inmigrantes de más edad, al oír la rabia de Lina, se encontraron volviendo a su infancia en Grecia, al recuerdo de los funerales de sus abuelos o padres, y todo el mundo convino en que tales muestras de dolor garantizarían la paz eterna al alma de Jimmy Zizmo.

De conformidad con la ley de la Iglesia, el funeral se celebró un día entre semana. El padre Stylianopoulos, con una alta *kalimafkio* en la cabeza y un amplio pectoral, llegó a la casa a las diez de la mañana. Después de rezar una oración, Surmelina le llevó una vela encendida en una bandeja. El pope la apagó de un soplido y, cuando el humo ascendió y se dispersó, partió la vela en dos. Después se formó el cortejo en la calle para ir a la iglesia. Lefty había alquilado una limusina y abrió la puerta para que subieran su mujer y su prima. Cuando subió él, hizo un breve ademán al hombre que había querido quedarse el último, bloqueando la entrada para que el espíritu de Zizmo no volviera a entrar en la casa. Se llamaba Peter Tatakis, el futuro quiropráctico. Siguiendo la tradición, tío Pete guardó la puerta durante más de dos horas, hasta que concluyeron las exequias en la iglesia.

La ceremonia comprendió toda la liturgia funeraria, con la única salvedad de la última parte, cuando se pide a la congregación que den el último beso al fallecido. En cambio, Surmelina pasó frente al ataúd y besó la corona nupcial, seguida por Desdémona y Lefty. La iglesia de la Asunción, que por aquel entonces se reunía en un pequeño establecimiento comercial de la calle Hart, no se había llenado ni en una cuarta parte. Jimmy y Lina no habían sido parroquianos asiduos. La mayoría de los asistentes eran viudas ancianas para quienes los funerales suponían un motivo de entretenimiento. Al fin, los portadores del féretro sacaron el ataúd a la calle para la fotografía funeraria. Los asistentes se agruparon alrededor, con la sencilla iglesia de la calle Hart al fondo. El padre Stylianopoulos ocupó su posición a la cabecera del féretro. Volvieron a abrir el ataúd para que se viera la foto de Jimmy Zizmo apoyada en el satén plisado. Ondearon banderas sobre el féretro, la griega a un lado, la estadounidense al otro. Nadie sonrió al destellar el flash. A continuación, el cortejo fúnebre prosiguió hacia Van Dyke, al cementerio de Forest Lawn, donde el féretro se depositó en un almacén hasta la primavera. Aún cabía la posibilidad de que el cadáver se materializase con el deshielo.

Pese a la celebración de los ritos necesarios, la familia era consciente de que el alma de Jimmy Zizmo no descansaba en paz. Al morir, las almas de los ortodoxos no



vuelan derechas al cielo. Prefieren quedarse en la tierra y molestar a los vivos. Durante los cuarenta días siguientes, siempre que mi abuela no sabía dónde había puesto su libro de sueños o su sarta de cuentas, echaba la culpa al espíritu de Zizmo. Rondaba por la casa, apagando la lamparilla de noche y robando el jabón del baño. Cuando el periodo de luto tocó a su fin, Desdémona y Surmelina hicieron *kolyvo*. Era como una tarta nupcial, compuesta de tres pisos cegadoramente blancos. El superior estaba rodeado de una valla, en la que crecían abetos hechos de gelatina verde. Había un estanque de gelatina azul, y el nombre de Zizmo estaba deletreado con peladillas plateadas. Al cuadragésimo día del funeral se celebró otra ceremonia en la iglesia, después de la cual todo el mundo regresó a la calle Hurlbut. Se congregaron en torno al *kolyvo*, espolvoreado con el finísimo azúcar de la otra vida y mezclado con las semillas inmortales de la granada. En cuanto terminaron de comerse el pastel, todos lo notaron: el alma de Jimmy Zizmo dejó la tierra y entró en el cielo, donde ya no podría molestarlos más. En el punto álgido de la celebración, Surmelina provocó un escándalo al volver de su habitación llevando un vestido de vivo color naranja.

—Pero ¿qué haces? —musitó Desdémona—. Una viuda va de luto toda la vida.

—Cuarenta días son suficientes —contestó Lina, que siguió comiendo.

Sólo entonces pudieron bautizar a los niños. Al sábado siguiente, Desdémona, presa de emociones contradictorias, observó cómo los padrinos sostenían a los niños sobre la pila bautismal de la Asunción. Al entrar en la iglesia, mi abuela había sentido un gran orgullo. La gente se apiñaba a su alrededor, tratando de echar una mirada a su hijito, que tenía el milagroso don de hacer que incluso la mujer más vieja se convirtiera de nuevo en una joven madre. Durante el rito propiamente dicho, el padre Stylianopoulos cortó a Milton un mechón de cabellos y lo dejó caer al agua. Ungió la frente del niño con el signo de la cruz. Sumergió a la criatura en la pila. Pero mientras Milton quedaba limpio de pecado original, Desdémona seguía siendo consciente de su propia iniquidad. En silencio, repitió sus votos de no volver a tener más hijos.

—Lina —empezó a decir unos días después, ruborizándose.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Será algo. ¿Qué?

—Me gustaría saber. ¿Cómo se hace... si una no quiere...? —Y concluyó bruscamente—: ¿Cómo evitas quedarte embarazada?

Lina rió con voz queda.

—Eso es algo por lo que no tengo que preocuparme más.

—Pero ¿sabes cómo? ¿Hay alguna manera?

—Mi madre siempre decía que cuando estás dando el pecho no te puedes quedar embarazada. No sé si es cierto, pero eso es lo que decía.

—Pero, y después, ¿qué?

—Muy sencillo. No te acuestes con tu marido.

De momento, eso era posible. Desde el nacimiento del niño, mis abuelos habían hecho un paréntesis en sus relaciones sexuales. Desdémona se pasaba la mitad de la noche levantada, dando el pecho a Milton. Siempre estaba agotada. Además, en el parto se le había desgarrado el perineo y aún estaba cicatrizando. Cortésmente, Lefty evitaba mostrar toda actitud amorosa, pero al cabo del segundo mes empezó a invadir el lado de la cama de su mujer. Desdémona lo contenía cuanto podía.

—Es muy pronto —le dijo—. No vamos a tener más niños.

—¿Por qué no? Milton necesita un hermano.

—Me haces daño.

—Tendré cuidado. Ven aquí.

—No; esta noche no, por favor.

—¿Cómo? ¿Es que te estás volviendo como Surmelina? ¿Te basta con una vez al año?

—Calla. Vas a despertar al niño.

—Me importa un comino si despierto al niño.

—No grites. Venga. Vale. Estoy dispuesta.

Pero cinco minutos después:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Es como estar con una estatua.

—¡Ay, Lefty!

Y estalló en sollozos.

Lefty la consoló y le pidió disculpas, pero al darse la vuelta para dormir se sintió confinado en la soledad de la paternidad. Con el nacimiento de su hijo, Eleuterio Stephanides percibió su futuro y la continua mengua que sufriría a ojos de su esposa, y mientras hundía el rostro en la almohada comprendió la queja de tantos padres del mundo que vivían como huéspedes en su propia casa. Sintió unos enloquecidos celos hacia su hijo, cuyos gritos eran lo único que Desdémona parecía oír, cuyo cuerpo diminuto era el único destinatario de atenciones y caricias, y quien con prepotencia había sustituido a su propio padre en los afectos de Desdémona mediante un subterfugio aparentemente sobrenatural: un dios que tomaba la forma de un cochinillo con el fin de mamar del pecho de una mujer. Durante las semanas y meses siguientes, desde la Siberia de su lado de la cama, Lefty observaba cómo florecía aquella relación amorosa entre madre e hijo. Veía cómo su mujer apretujaba su rostro contra el del niño para arrullarlo; lo maravillaba su completa falta de asco ante los procesos fisiológicos del niño, la ternura con que le limpiaba y salpicaba el trasero con polvos de talco, friccionándose con movimientos circulares e incluso una vez, para estupefacción de Lefty, separándole las diminutas nalgas para untarle con

vaselina el capullito de rosa de en medio.

A partir de entonces, la relación de mis abuelos empezó a cambiar. Hasta el nacimiento de Milton, Lefty y Desdémona habían disfrutado de un matrimonio insólitamente unido e igualitario para la época. Pero en cuanto se sintió relegado, Lefty respondió con la tradición. Dejó de llamar *kukla* a su mujer, que significa «muñeca», y empezó a llamarla *kiria*, «señora». Restableció la segregación sexual en la casa, reservando la *sala* para sus compañeros masculinos y desterrando a Desdémona a la cocina. Empezó a dar órdenes. «La cena, *kiria*». O bien: «¡Traiga las copas, *kiria!*!». En ese aspecto obraba como sus contemporáneos, y nadie notó nada fuera de lo normal salvo Surmelina. Pero ni siquiera ella era capaz de liberarse completamente de las cadenas del pueblo, y cuando Lefty invitaba a casa a sus amigos para fumar puros y entonar canciones *kléfticas*, se retiraba a su habitación. Confinado en el aislamiento de la paternidad, Lefty Stephanides se dedicó a buscar un medio más seguro de ganarse la vida. Escribió a la editorial Atlantis de Nueva York, ofreciéndole sus servicios como traductor, pero sólo recibió una carta en la que se le agradecía su interés y un catálogo. Se lo dio a Desdémona, que encargó otro libro de los sueños. Con su traje azul de protestante, Lefty visitó las universidades e institutos de la región para tantear personalmente la posibilidad de que le contrataran como profesor de griego. Pero había pocos puestos, y todos estaban ocupados. Mi abuelo carecía del necesario título de estudios clásicos, ni siquiera era licenciado universitario. Si bien había aprendido a hablar inglés con soltura —y cierta extravagancia—, su dominio escrito de la lengua era, en el mejor de los casos, mediocre. Con una mujer y un hijo que mantener, era impensable que volviera a la escuela. Pese a todos los obstáculos o quizá a causa de ellos, durante los cuarenta días del periodo de luto, Lefty se había preparado un sitio para estudiar en el salón, donde reanudó su actividad intelectual. Obstinadamente, y por pura evasión, pasaba horas traduciendo a Homero y Mimnermo al inglés. Utilizaba unos preciosos cuadernos milaneses, muy caros, y escribía con pluma estilográfica y tinta esmeralda. Por la noche iban a su casa otros jóvenes inmigrantes, trayendo consigo whisky de contrabando, y todos bebían y jugaban al *backgammon*. A veces, bajo la puerta, le llegaba a Desdémona aquel olor dulzón, tan familiar.

Durante el día, si se sentía encerrado, Lefty se calaba bien sobre la frente su nuevo sombrero de ala curva y salía de casa para meditar. Paseaba por el parque de Waterworks, maravillado de que para hacer una depuradora los americanos hubiesen construido un palacio así, que sólo albergaba tuberías y tomas de agua. Bajaba al río y deambulaba entre las embarcaciones en dique seco. Pastores alemanes, encadenados en jardines blanqueados por la escarcha, le gruñían. Miraba los escaparates de las tiendas de cebos, cerradas durante el invierno. En uno de esos paseos vio un edificio de viviendas demolido. Habían tirado la fachada, dejando al

descubierto las habitaciones del interior, como una casa de muñecas. Al contemplar las cocinas y baños de blancos azulejos suspendidos en el aire, espacios medio clausurados cuyos vivos colores le recordaban las tumbas de los sultanes, Lefty tuvo una idea.

A la mañana siguiente bajó al sótano y puso manos a la obra. Retiró las sazoadas salchichas de Desdémona que colgaban de las cañerías de la calefacción. Limpió las telarañas y extendió una alfombra sobre el suelo de tierra. Bajó la piel de cebra de Jimmy Zizmo y la clavó con tachuelas en la pared. Frente a la pila construyó una pequeña barra con tablas de desecho, cubriéndola con azulejos recogidos de las basuras: arabescos azules y blancos, ajedrez napolitano y rojos dragones heráldicos. Para sentarse, taburetes de color tierra. Como mesas utilizó rollos de cable, tumbándolos y cubriéndolos con manteles. Tapó las cañerías del techo con sábanas, armando una especie de tienda de campaña. Alquiló una máquina tragaperras a sus antiguos conocidos del contrabando de alcohol y contrató un abastecimiento semanal de cerveza y whisky. Y una oscura noche de febrero de 1924, un viernes, abrió el establecimiento.

El Salón Cebra era un bar de barrio sin hora fija de apertura. Cuando abría, Lefty colocaba una imagen de San Jorge en la ventana de la *sala*, frente a la calle. Los parroquianos daban la vuelta, llamaban con una clave —un golpe largo y dos cortos seguidos de dos largos— a la puerta del sótano. Luego dejaban atrás la América del trabajo fabril y los capataces tiránicos y entraban en la gruta arcádica del olvido. Mi abuelo había colocado la Victrola en un rincón. Ponía las trenzadas *kuluria* con sésamo en la barra. Saludaba a la gente con la exuberancia esperada de un extranjero y coqueteaba con las señoras. Detrás de la barra destellaba un policromado escaparate de botellas: azules de ginebra inglesa, granates de burdeos y madeira, pardorrojizas de escocés y bourbon. Al moverse, una lámpara colgada de una cadena salpicaba de luz la piel de cebra y hacía que los clientes se sintieran aún más ebrios de lo que estaban. De cuando en cuando alguien se levantaba del asiento y empezaba a contorsionarse y a chasquear los dedos al ritmo de la extraña música, mientras sus compañeros reían.

En el bar clandestino del sótano, mi abuelo adquirió los atributos del tabernero que sería durante el resto de su vida. Canalizó sus facultades intelectuales en la ciencia de la mixología. Aprendió a atender la avalancha vespertina de parroquianos con estilo de hombre orquesta, sirviendo whiskies con la mano derecha al tiempo que llenaba jarras de cerveza con la izquierda, acercaba posavasos con el codo y bombeaba el barril con el pie. Trabajaba entre catorce y dieciséis horas diarias en aquel cuchitril subterráneo tan suntuosamente decorado, sin dejar de moverse en todo ese tiempo. Cuando no estaba sirviendo copas, ponía más *kuluria* en las bandejas. Cuando no llevaba rodando un nuevo barril de cerveza, colocaba huevos duros en una

cesta de alambre. Se mantenía ocupado físicamente para no darse ocasión de pensar: en la creciente frialdad de su mujer, o en la forma en que los perseguía su propio delito. Lefty soñaba con abrir un casino, pero el Salón Cebra fue lo más cerca que estuvo de conseguirlo. No había juego ni palmeras en macetas, pero sí *rebético* y, muchas noches, hachís. Sólo en 1958, cuando salió de detrás de la barra de otro Salón Cebra, tendría mi abuelo tiempo libre para recordar sus juveniles sueños de juego y ruleta. Luego, tratando de recuperar el tiempo perdido, se arruinaría, hasta acabar silenciando su voz para siempre. Desdémona y Surmelina permanecían arriba, criando a los niños. A efectos prácticos, eso significaba que Desdémona los levantaba de la cuna por la mañana, les daba de comer, les lavaba la cara y les cambiaba los pañales antes de llevárselos a Surmelina, que para entonces recibía visitas, aún con el olor de las lonchas de pepino que se ponía por la noche en los párpados. Al ver a Teodora, Surmelina abría los brazos y exclamaba dulcemente: «*Jriso fili!*». Arrancaba luego a su hija de oro de los brazos de Desdémona y le cubría la cara de besos. Durante el resto de la mañana, bebiendo café, Lina se divertía poniendo rímel en las pestañas a la pequeña Tessie. Cuando subía algún olor, volvía a entregar la niña a Desdémona, diciendo:

—Aquí ha pasado algo.

Surmelina tenía el convencimiento de que los niños no tenían alma hasta que empezaban a hablar. Dejaba que Desdémona se preocupase de los frecuentes cambios de pañales y espasmódicas toses, dolores de oídos y hemorragias de nariz. Pero siempre que tenían invitados a comer el domingo, Surmelina los recibía con la niña emperifollada y prendida al hombro, el perfecto accesorio. A Surmelina se le daban mal las niñas pequeñas, pero era fantástica con las adolescentes. Siempre estaba a tu lado en los primeros enamoramientos y desengaños, los bailes de disfraces y las caídas en estados complejos como la anomia. Y así, en aquellos primeros años, Milton y Teodora crecieron juntos a la tradicional manera de los Stephanides. Al igual que un *kelimi* había separado antaño a hermano y hermana, una manta de lana hacía ahora lo mismo con los primos segundos. Si una sombra doble se recortaba antaño contra la ladera de una montaña, una similar sombra conjunta se movía ahora por el porche trasero de la casa de Hurlbut.

Crecieron. Al año, compartían el agua del baño. A los dos años, los mismos lápices. A los tres, Milton se sentaba en un avión de juguete mientras Teodora hacía girar la hélice. Pero la Zona Este de Detroit no era ninguna aldea de montaña. Había montones de niños con los que jugar. De manera que cuando cumplieron los cuatro años, Milton renunció a la compañía de su prima, prefiriendo jugar con los niños del barrio. A Teodora no le importó. Para entonces tenía una prima con quien jugar.

Desdémona había hecho todo lo posible para cumplir su promesa de no tener más hijos. Dio el pecho a Milton hasta los tres años. Continuó rechazando las

insinuaciones de Lefty. Pero era imposible lograrlo noche tras noche. Había veces en que el complejo que sentía por haberse casado con Lefty entraba en conflicto con la culpa de no satisfacerle. Había veces en que la necesidad de Lefty era tan desesperada, tan penosa, que no podía resistirse a sus deseos. Y había veces en que ella, también, necesitaba consuelo y liberación física. Eso no ocurría más que contadas veces al año, aunque con mayor frecuencia en los meses de verano. De cuando en cuando Desdémona bebía más vino de la cuenta en algún cumpleaños, y entonces también ocurría. Y una tórrida noche de julio de 1927 sucedió de manera destacada, y el resultado fue una hija: Zoë Helen Stephanides, mi tía Zo.

Desde el momento mismo en que supo que estaba embarazada, mi abuela se sintió de nuevo atormentada por el miedo de que el niño naciera con alguna espantosa malformación. En la Iglesia ortodoxa, ni siquiera podían casarse los hijos de los padrinos, porque eso equivalía a un incesto espiritual. ¿Qué era aquello comparado con lo suyo? ¡Esto era mucho peor! Así se rompía Desdémona la cabeza, incapaz de dormir por la noche mientras el nuevo ser crecía en su interior. El haber prometido a la Panayía, la Santísima Virgen, que no tendría más hijos sólo le servía para estar más convencida de que el peso del Juicio Final iba a caer con toda su fuerza sobre su cabeza. Pero una vez más su inquietud no estaba justificada. La siguiente primavera, el 27 de abril de 1928, nació Zoë Stephanides, una niña grande y sana, con la cabeza cuadrada de su abuela, una voz potente y enteramente normal.

Milton mostraba poco interés por su hermanita. Prefería disparar con el tirador con sus amigos. Teodora, en cambio, estaba embelesada con Zoë. Paseaba en brazos a la niña como si fuera una nueva muñeca. Su amistad de toda la vida, que estaría sometida a innumerables tensiones, empezó desde el primer día, con Teodora pretendiendo ser la madre de Zoë.

La llegada de otra niña hizo que la casa de la calle Hurlbut se quedara pequeña. Surmelina decidió mudarse. Encontró trabajo en una floristería y dejó que Lefty y Desdémona se hicieran cargo de la hipoteca de la casa. En el otoño de aquel año, Surmelina y Teodora se instalaron muy cerca de allí, en la Pensión O'Toole, justo detrás de Hurlbut en el Bulevar Cadillac. Por la parte de atrás, las casas estaban una enfrente de otra, de modo que Lina y Teodora podían visitarlos casi a diario.

El jueves 24 de octubre de 1929, caballeros con trajes de corte exquisito empezaron a arrojar por las ventanas de los rascacielos más famosos de la ciudad de Nueva York. Procedían de Wall Street, y su desesperación suicida parecía hallarse muy lejos de la calle Hurlbut, pero poco a poco la negra nube pasó por toda la nación, moviéndose en dirección contraria al tiempo meteorológico, hasta que llegó al Medio Oeste. La Depresión se dio a conocer a Lefty mediante un número creciente de taburetes vacíos. Después de casi seis años de funcionar a plena capacidad, empezaron temporadas de poco movimiento, noches en que el local sólo se llenaba en

dos terceras partes, o a medias. Nada disuadía a los estoicos alcohólicos de su obligación. Pese a la conspiración de la banca mundial (desenmascarada por el padre Coughlin en la radio), aquellos incondicionales se presentaban para cumplir con su deber siempre que San Jorge galopaba en la ventana. Pero los bebedores sociales y los padres de familia dejaron de aparecer. Hacia marzo de 1930, sólo la mitad de parroquianos llamaban a la puerta del sótano con la clave secreta del dactílico espondáico. El negocio se recuperó un poco durante el verano.

—No te apures —dijo Lefty a Desdémona—. El presidente Hoover se está ocupando de todo. Ya ha pasado lo peor.

Se las arreglaron mal que bien durante el año y medio siguiente, pero en 1932 sólo acudieron unos cuantos clientes cada día. Lefty concedió más crédito, invitó a copas, pero todo fue inútil. Pronto se encontró sin dinero para pagar las remesas de alcohol. Un día aparecieron dos hombres y se llevaron la máquina tragaperras por falta de pago.

—Fue horroroso. ¡Horroroso! —seguía exclamando Desdémona cincuenta años después, al describir aquellos años.

Durante toda mi niñez, la mínima referencia a la Depresión hacía que la *yiayiá* sucumbiera a un acceso de quejas y golpes de pecho. (Incluso cuando se hablaba, como ocurrió una vez, de una «depresión» psicótica). Se dejaba caer, desmadejada, en su butaca, se cogía la cara con ambas manos, como en *El grito* de Munch, y luego exclamaba:

—*Mana!* ¡La Depresión! ¡Una cosa tremenda, increíble! Todo el mundo está sin trabajo. Recuerdo las marchas del hambre, toda la gente manifestándose por la calle, un millón de personas, una tras otra, para ir donde el señor Henry Ford y decirle que abra la fábrica. Entonces una noche hay en el callejón un ruido espantoso. La gente que está matando ratas, zas, zas, zas, con palos, para comérselas. ¡Ay, Dios mío! Y Lefty no trabaja en la fábrica, entonces. Sólo tiene, ya sabéis, el bar clandestino, donde va la gente a beber. Pero en la Depresión estamos en medio de otra mala época, la economía está fatal y nadie tiene dinero para beber. No tiene qué comer, ¿cómo va a beber? Así que pronto, el *papú* y la *yiayiá* están sin dinero. Y entonces —mano al corazón—, entonces me hacen ir a trabajar para esos *mavri*. ¡Negros! ¡Ay, Dios mío!

Ocurrió de la siguiente manera. Una noche, mi abuelo se metió en la cama y descubrió que mi abuela no estaba sola. Milton, ya con ocho años cumplidos, estaba acurrucado junto a ella. Al otro lado tenía a Zoë, de sólo cuatro. Lefty, agotado de tanto trabajar, contempló el espectáculo. Le encantaba la visión de sus hijos dormidos. Pese a los problemas de su matrimonio, jamás podría culpar de ellos a sus hijos. Pero al mismo tiempo, rara vez los veía. Para ganar suficiente dinero, tenía que trabajar en el bar dieciséis horas seguidas, a veces hasta dieciocho. Trabajaba los siete

días de la semana. A fin de mantener a su familia, vivía en un exilio permanente. Por la mañana, cuando estaba en casa, los niños lo trataban como a un pariente cercano, como a un tío, quizá, pero no como a un padre.

Y luego estaba el problema de las señoras que acudían al bar. Sirviendo copas día y noche, en un sótano en penumbra, se presentaban muchas ocasiones de conocer a mujeres que iban a beber con amigos o incluso solas. En 1932 mi abuelo tenía treinta años. Ahora era más corpulento, había adquirido madurez; era simpático y encantador, siempre iba bien vestido y seguía estando en excelente forma. Arriba, a su cónyuge le asustaban las relaciones sexuales, pero abajo, en el Salón Cebra, las mujeres le lanzaban miradas atrevidas y procaces. Ahora, mientras mi abuelo contemplaba las tres siluetas dormidas, en su cabeza coexistían todas esas cosas a la vez: amor por sus hijos, amor por su esposa, insatisfacción conyugal y excitación juvenil por las señoras del bar. Pero no estaba soltero. Se inclinó para ver de cerca a Zoë. Aún tenía el pelo húmedo del baño, con un olor profundamente agradable. Saboreaba los placeres de la paternidad al tiempo que seguía siendo un hombre independiente. Lefty sabía que todas aquellas cosas que tenía en la cabeza no eran coherentes. De manera que, tras contemplar la belleza de sus hijos, los cogió en brazos y los llevó a su cuarto. Volvió y se acostó junto a su mujer dormida. Empezó a acariciarla, pasándole la mano bajo el camisón.

—¡Qué estás haciendo!

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—Estoy durmiendo.

—Y yo te estoy despertando.

—Vergüenza debería darte.

Mi abuela lo rechazó de un empujón. Y Lefty cedió. Se apartó furioso de su lado. Hubo un largo silencio antes de que hablara.

—No me das nada. Trabajo todo el tiempo y tú no me das nada.

—¿Y crees que yo no trabajo? Tengo que cuidar de dos hijos.

—Si fueras una esposa normal, valdría la pena trabajar todo el tiempo.

—Si fueras un marido normal, me ayudarías con los niños.

—¿Cómo voy a ayudarte? Ni siquiera sabes lo que significa ganar dinero en este país. ¿Crees que me divierto mucho ahí abajo?

—Pones música, bebes. Oigo la música desde la cocina.

—Es mi trabajo. Por eso viene la gente. Si no vinieran, no podríamos pagar las facturas. Y toda esa responsabilidad pesa sobre mis hombros. Eso es lo que no entiendes. Trabajo día y noche y cuando me voy a acostar resulta que no puedo dormir. ¡No hay sitio!

—Milton tenía una pesadilla.

—Yo tengo una pesadilla todos los días.



Encendió la luz y, al resplandor, Desdémona vio el rostro de su marido fruncido con una malicia que no había visto antes. Ya no era el rostro de Lefty, no era el de su hermano ni el de su marido. Era la cara de otro, de un extraño con el que estaba viviendo.

Y esa cara nueva y terrible le dio un ultimátum:

—Mañana por la mañana —soltó Lefty— sales a buscar trabajo.

Al día siguiente, cuando Lina llegó a almorzar, Desdémona le pidió que le leyera el periódico.

—¿Cómo voy a trabajar? Si ni siquiera sé inglés.

—Sabes un poco.

—Tendríamos que habernos ido a Grecia. En Grecia, los maridos no hacen que las mujeres salgan a buscar trabajo.

—No te preocupes —dijo Lina con el periódico de papel reciclado en la mano—. No hay nada.

En 1932, los anuncios por palabras del *Detroit Times*, que podían llegar a una población de cuatro millones de personas, sólo ocupaban una columna. Surmelina entornó los ojos, buscando algo apropiado.

—Camarera —leyó.

—No.

—¿Por qué no?

—Los hombres me dirían cosas.

—¿Y no te gusta?

—Lee —cortó Desdémona.

—Curtir y teñir —dijo Lina.

—¿Qué es eso? —inquirió mi abuela, frunciendo el ceño.

—No sé.

—¿Como teñir la ropa?

—Puede.

—Sigue.

—Cigarrera —continuó Lina.

—No me gusta el humo.

—Criada.

—Lina, por favor. ¿Puedo ser yo criada de alguien?

—Experta en seda.

—¿Cómo has dicho?

—Experta en seda. Es todo lo que dice. Y una dirección.

—¿Experta en seda? Yo soy experta en seda. Lo sé todo.

—Entonces, enhorabuena. Ya tienes trabajo. A menos que te lo hayan quitado cuando llegues allí.

Una hora después, vestida para buscar trabajo, mi abuela salió a regañadientes de la casa. Surmelina había intentado convencerla de que pidiera prestado un vestido con mucho escote.

—Así nadie se dará cuenta de la clase de inglés que hablas —aseguró.

Pero Desdémona se dirigió al tranvía con uno de sus vestidos corrientes, gris con lunares marrones. Los zapatos, el sombrero y el bolso que llevaba eran de un color pardo que casi hacía juego.

Aunque preferible al automóvil, el tranvía tampoco atraía mucho a Desdémona. Le costaba trabajo distinguir las líneas. Los irregulares tranvías, como propulsados por fantasmas, siempre torcían en el sitio más inesperado, llevándola a barrios desconocidos de la ciudad.

—¿Centro? —preguntó al cobrador del primer tranvía que paró.

El tranviario asintió con la cabeza. Ella subió, bajó uno de los asientos plegables y sacó del bolso la dirección que le había escrito Lina. Cuando pasó el cobrador, se lo enseñó.

—¿La calle Hastings? ¿Ahí es adonde va?

—Sí. La calle Hastings.

—Siga hasta Gratiot. Allí coja el tranvía que va al centro y bájese en la parada de Hastings.

Al oír la palabra Gratiot, Desdémona sintió alivio. Lefty y ella cogían esa línea para ir al barrio griego. Ahora todo tenía sentido. *O sea, que no hacían seda en Detroit, ¿verdad?*, preguntó en tono triunfal a su marido ausente. Se ve que estás muy enterado. El tranvía cobró velocidad. Pasaron frente a las tiendas de la Avenida Mack, muchas de las cuales estaban cerradas, con los escaparates cubiertos de pintura jabonosa. Desdémona apretó la cara contra el cristal, pero ahora, como estaba sola, tenía que decir a Lefty unas cuantas palabras más. *Si la policía no me hubiera quitado los gusanos en la isla Ellis, podría haber puesto en el patio un cobertizo para criarlos. Y no tendría que buscar trabajo. Podríamos haber ganado mucho dinero. Te lo dije.* La ropa que los inmigrantes llevaban en los transatlánticos, aún elegante en aquellos días, mostraba sin embargo signos de desgaste por el uso: sombreros sin limpiar durante meses, bajos de faldas y puños de camisas deshilachados, corbatas y solapas manchadas de salsa. En el bordillo de la acera, un hombre enarbolaba un letrero pintado a mano: TRABAJO-eS-LO-QUE-QUIERO-Y-NO-CARIDAD-QUIÉN-ME-AYUDARÁ-A-ENCONTRAR-TRABAJO. 7 AÑOS-EN-DETROIT. SIN-DINERO. DESPEDIDO. CON-LAS-MEJORES-RECOMENDACIONES. *Mira ese pobrecillo. ¡Mana! Parece un refugiado. Esta ciudad es como Esmirna. ¿En qué se diferencia?* El tranvía avanzaba laboriosamente, alejándose de los sitios que le servían de referencia, la verdulería, el cine, las bocas de riego y los quioscos de periódicos. Su mirada de pueblo, capaz de distinguir a

primera vista árboles de arbustos, se ponía vidriosa ante la señalización del camino, las letras sin sentido del alfabeto latino arremolinándose unas con otras y las desgarradas vallas publicitarias mostrando rostros americanos con la piel a tiras, rostros sin ojos, sin boca, o sin nada aparte de la nariz. Cuando reconoció la franja diagonal de Gratiot, se levantó y, con voz resonante, gritó en inglés:

—¡Hijoputa!

No tenía idea de lo que significaba aquella palabra. Se la había oído a Surmelina, que la empleaba cuando el conductor se pasaba de la parada. Como de costumbre, surtió el efecto deseado. El conductor frenó rápidamente y los pasajeros se echaron presurosos a un lado para dejarla salir. Parecieron sorprendidos cuando les dio las gracias, sonriente.

Cuando subió al tranvía en Gratiot, dijo al cobrador.

—Por favor, quiero la calle Hastings.

—¿Hastings? ¿Está segura?

Le enseñó la dirección y, más alto, repitió:

—La calle *Hastings*.

—Muy bien. Se la indicaré.

El tranvía se dirigió al barrio griego. Desdémona observó su reflejo en la ventanilla y se colocó el sombrero. Había engordado con los embarazos, sobre todo de cintura, pero seguía teniendo un pelo y una piel bonitos y aún era una mujer atractiva. Después de mirarse se dedicó a contemplar el panorama. ¿Qué más debió de ver mi abuela en las calles de Detroit en 1932? Debió de ver hombres con gorras de paño vendiendo manzanas en las esquinas. Debió de ver a las cigarreras saliendo de las fábricas sin ventanas a respirar aire fresco, la cara permanentemente salpicada de manchas marrones por el polvo de tabaco. Debió de ver a obreros repartiendo panfletos sindicales con agentes de la Pinkerton pegados a sus talones. En los callejones, debió de ver a matones dando una paliza a los que distribuían panfletos. Debió de ver a policías, a pie y a caballo, el sesenta por ciento de los cuales era miembro de la Orden Protestante de la Legión Negra, donde todos eran blancos que empleaban métodos particulares para eliminar a negros, comunistas y católicos. («Pero vamos, Cal», oigo la voz de mi madre, «¿es que no se te ocurre nada bueno que decir?»). Vale, muy bien. En 1932 se conocía a Detroit como la «Ciudad de los Árboles». Entonces tenía más árboles por kilómetro cuadrado que cualquier otra ciudad del país. Para hacer compras, estaban Kern's y Hudson's. En la Avenida Woodward, los magnates de la industria automovilística habían construido el precioso Instituto de Bellas Artes de Detroit, donde, en aquel preciso momento, mientras Desdémona iba en tranvía a su entrevista para pedir trabajo, un pintor mexicano llamado Diego Rivera trabajaba en un encargo: un mural que describiera la nueva mitología del mundo del automóvil. Sentado en una silla plegable, en lo alto de

un andamio, trazaba el esbozo de la gran obra: en los paneles superiores, las cuatro razas humanas sobre la cadena de montaje del río Rouge, donde, armonizados por el esfuerzo, se afanaban los obreros. En varios paneles más pequeños se mostraban la «célula embrionaria» (un niño envuelto en las hojas de un bulbo), la maravilla y el horror de la medicina, la fruta y los cereales autóctonos de Michigan; y más allá, en una esquina, aparecía el mismísimo Henry Ford, de cara gris y expresión reprimida, examinando los libros.

El tranvía pasó por McDougal, Jos. Campau y Chene, para luego, con un leve estremecimiento, cruzar la calle Hastings. En ese momento, hasta el último de los pasajeros, todos ellos blancos, realizaron un gesto ritual. Los hombres se tantearon la cartera, las mujeres abrieron y cerraron el bolso. El conductor tiró de la palanca que cerraba la puerta trasera. Desdémona, observando todo eso, miró a la calle y vio que el tranvía había entrado en el gueto del Barrio Negro.

No había barrera, ni valla. El tranvía ni siquiera se detuvo un instante al cruzar la frontera invisible, pero en el trecho ocupado por una manzana el mundo había cambiado. La luz pareció entibiarse, volverse gris, como filtrándose a través de varias capas de ropa tendida. La penumbra de porches y apartamentos sin electricidad rezumaba hasta la calle, y el nubarrón de miseria que se cernía sobre el barrio desviaba la atención hacia el suelo, hacia la nitidez de olvidados objetos sin sombra: ladrillos que se desmoronaban en la entrada de una casa, montones de basura y huesos de jamón, llantas usadas, cohetes pisoteados de la última feria, un zapato perdido tiempo atrás. El ruinoso silencio sólo duró un momento antes de que todos los callejones y portales del Barrio Negro reventaran de gente. ¡Cuántos niños hay! ¡Fíjate! De pronto había niños que corrían junto al tranvía, saludando con la mano y gritando. Saltaban frente a los raíles, jugando a ver quién era más gallito. Otros se subían al parachoques de atrás. Desdémona se llevó una mano a la garganta. *¿Por qué tienen tantos hijos? ¿Qué le pasa a esta gente? Las madres deberían ocuparse más de sus hijos pequeños. Alguien tiene que decírselo.* Ahora, en los callejones, veía a hombres que se lavaban en grifos abiertos. En la segunda planta de muchas casas, mujeres a medio vestir exhibían las caderas por los balcones. Sobrecogida, atemorizada, Desdémona miraba las caras asomadas a las ventanas, los cuerpos que llenaban las calles, casi medio millón de personas apretujadas en veinticinco manzanas. Ya en la Primera Guerra Mundial, cuando E. I. Weiss, gerente de la empresa automovilística Packard, trajo, según su propio informe, el primer «cargamento de negros» a la ciudad, las autoridades pensaron instalarlos desde el principio en el vecindario que ahora se denominaba Barrio Negro. Se aglomeraba allí gente de todas las profesiones, obreros de fundición, abogados, criadas y carpinteros, médicos y matones, pero como estamos en 1932, sobre todo parados. Y, sin embargo, venían más cada año, cada mes, a buscar trabajo en el norte. Dormían hasta en el

último sofá de cada casa. Construían chabolas en los patios. Acampaban en las azoteas. (Aquel estado de cosas no podía durar, desde luego. Con el paso de los años, el Barrio Negro, pese a todos los esfuerzos de los blancos por evitarlo —y debido a las implacables leyes de miseria y racismo— se iría extendiendo poco a poco, calle por calle, barrio por barrio, hasta que aquello que llamaban gueto se convirtió en la ciudad misma, y en el decenio de 1970, en la Detroit sin régimen fiscal, en la Detroit de la fuga de blancos, en la Detroit de la administración de Coleman Young, capital del crimen, los negros pudieron finalmente irse a vivir a donde más les apeteciera...).

Pero ahora, en 1932, sucedían cosas raras. El tranvía redujo la marcha. Estaba parando en pleno Barrio Negro y —¡hecho insólito!— abriendo las puertas. Los pasajeros se removieron inquietos. El cobrador dio unos golpecitos en el hombro a Desdémona.

—Aquí es, señora. Hastings.

—¿La calle Hastings?

No le creía. Le mostró de nuevo la dirección. El cobrador señaló la puerta.

—¿Fábrica de seda, aquí? —preguntó al tranviario.

—Ni idea de lo que hay aquí. No es mi barrio.

Así que mi abuela se apeó en la calle Hastings. El tranvía se alejó, con los viajeros blancos volviéndose a mirarla: una mujer arrojada por la borda. Echó a andar. Agarrando fuertemente el bolso, se apresuró por Hastings como si supiera adónde iba. Miraba al frente, sin pestañear. Unas niñas saltaban a la comba en la acera. En la ventana de un tercer piso, un hombre desgarró un papel y gritó:

—De ahora en adelante, cartero, me mandas el correo a París.

Los porches estaban llenos de muebles de salón, de butacas y sofás viejos, con gente que jugaba a las damas, que hablaba agitando las manos y soltando carcajadas. *Siempre riéndose, estos mavri. Riéndose a más y mejor, como si todo les hiciera gracia. A ver, ¿qué es tan gracioso? Y qué es. ... ¡ay, Dios mío!, un hombre haciendo sus necesidades en plena calle. Miraré a otro lado.* Pasó frente al jardín de un artista de la quincalla: las Siete Maravillas del Mundo hechas con chapas de botellas. Un viejo borracho con un sombrero de vivos colores se movía a cámara lenta, enseñando las desdentadas fauces y extendiendo la mano para que le dieran alguna moneda. *¿Y qué otra cosa pueden hacer? No tienen instalaciones sanitarias. Ni alcantarillado, qué miseria, qué horror. Igual que en la partida. ¿Nos pusieron los turcos instalaciones sanitarias?* Pasó frente a una barbería donde había hombres alisándose el pelo, con gorros de ducha como las mujeres. Desde la otra acera, unos jóvenes le gritaban cosas:

—¡Chica, tienes tantas curvas que vas a causar un accidente!

—¡Tienes que ser una rosquilla, nena, porque se me hace la boca agua!

Estallaban carcajadas a su espalda mientras ella apretaba el paso. Adentrándose

más y más en el barrio, pasando calles cuyos nombres no conocía, el olor a comida desconocida ahora, pescado del cercano río, codillo de cerdo, sémola de maíz, mortadela frita, judías de careta. Pero también muchas casas donde no se guisaba nada, donde nadie reía ni hablaba siquiera, habitaciones oscuras llenas de rostros cansados y perros buscando comida. Fue en un porche así donde alguien le dirigió finalmente la palabra. Una mujer, gracias a Dios.

—¿Se ha perdido?

Desdémona observó el rostro suave, moldeado.

—Busco una fábrica. Una fábrica de seda.

—Por aquí no hay fábricas. Y si las hubo, están cerradas.

Desdémona le mostró la dirección.

La señora señaló a la acera de enfrente.

—Ahí la tiene.

¿Y qué vio Desdémona al volverse? ¿Un edificio de ladrillo conocido hasta hacía poco como McPherson Hall? ¿Un local alquilado para reuniones políticas, bodas o experiencias conducidas por la ocasional clarividente itinerante? ¿Se fijó en los detalles decorativos de la entrada, en las vasijas romanas que derramaban frutas de granito, en el arlequín de mármol? ¿O se centraron en cambio sus ojos en los dos jóvenes negros plantados frente al portal? ¿Observó sus trajes impecables, uno de ese azul claro con que se pintan las partes acuosas del globo terráqueo, y otro del pálido espliego de esas pastillas para la garganta? Sin duda debió de notar su actitud marcial, el intenso brillo de sus zapatos, sus corbatas de colores chillones. Debió de percibir el contraste entre la seguridad en sí mismos de aquellos jóvenes y el aire de opresión que se respiraba en el barrio, pero fueran cuales fuesen sus impresiones, se quedó paralizada al fijarse, de pronto, en algo que le produjo una compleja reacción.

Llevaban gorro. Un fez. El gorro blando, colorado y chato de los antiguos opresores de mis abuelos. Se llamaba así por la ciudad de Marruecos de donde procedía el tinte color sangre. Aquellos gorros (en la cabeza de los soldados) habían expulsado a mis abuelos de Turquía, manchando la tierra de color pardo rojizo. Y ahí estaban otra vez, en Detroit, en la cabeza de dos apuestos jóvenes negros. (Y el fez volverá a aparecer otra vez en mi historia, el día de un funeral, pero como ese tipo de coincidencias sólo puede darse en la vida real, el episodio me parece demasiado bueno para revelarlo ahora).

Con cierta vacilación, Desdémona cruzó la calle. Dijo a los jóvenes que iba por lo del anuncio. Uno de ellos asintió con la cabeza.

—Tiene que dar la vuelta por la parte de atrás —dijo.

Cortésmente, la condujo por un callejón haciéndola entrar en el bien barrido patio. En aquel momento, como obedeciendo a una discreta señal, la puerta trasera se abrió de par en par y Desdémona se llevó un nuevo susto. Ante ella surgieron dos

mujeres con *chador*. Podían pasar por devotas musulmanas de Bursa, salvo por el color de su vestimenta. No era negra. Sino blanca. El *chador* les llegaba de la barbilla a los tobillos. Se cubrían el pelo con un pañuelo. No llevaban velo, pero al acercarse Desdémona vio que iban calzadas con zapatos de cordones.

Fez, *chador* y ahora esto: una mezquita. Dentro, el antiguo McPherson Hall presentaba una nueva decoración con arreglo a criterios árabes. Las encargadas condujeron a Desdémona por un corredor de azulejos geométricos. La hicieron pasar frente a colgaduras con orlas que no dejaban entrar la luz. No se oía un ruido, salvo el rumor de las faldas de las mujeres y, a lo lejos, lo que parecía una voz hablando o rezando. Finalmente, la hicieron pasar a un despacho donde una mujer estaba colgando un cuadro.

—Soy la hermana Wanda —anunció la mujer, sin volverse—. Capitana en jefe de la Mezquita Número Uno.

Llevaba un *chador* completamente distinto, con cordones y charreteras. El cuadro que estaba colgando mostraba un platillo volante sobre los rascacielos de Nueva York. Lanzaba rayos.

—¿Viene por lo del trabajo?

—Sí. Soy trabajadora de la seda. Tengo mucha experiencia. Criar los gusanos. Montar el criadero, tejer la...

La hermana Wanda se volvió de pronto hacia ella.

—Tenemos un problema. ¿De dónde es usted?

—Soy griega.

—Griega, ¿eh? Los griegos son blancos, ¿no? ¿Ha nacido en Grecia?

—No. En Turquía. Somos de Turquía. Mi marido y yo, los dos.

—¡Turquía! ¿Y por qué no lo ha dicho? Turquía es un país musulmán. ¿Es usted musulmana?

—No, griega. Iglesia griega.

—Pero ha nacido en Turquía.

—*Ne*.

—¿Cómo?

—Sí.

—¿Y su familia también es de Turquía?

—Sí.

—De manera que probablemente tendrá usted algo de mezcla, ¿eh? No será blanca del todo.

Desdémona titubeó.

—Mire, estoy viendo el modo en que podemos arreglarlo —prosiguió la hermana Wanda—. El pastor Fard, que ha venido de la ciudad santa de La Meca, siempre nos está inculcando la importancia de que confiemos en nuestros propios recursos. Él ya

no se fía del hombre blanco. Tenemos que obrar por nuestra cuenta, ¿comprende usted? —Bajó la voz—. El problema es que no se ha presentado nadie que valga la pena por el anuncio. Viene gente que *dice* que sabe hacer seda, pero no tienen ni idea. Sólo espera que los contraten y luego los despidan. Con un día de paga en el bolsillo —Entornó los ojos y concluyó—: ¿Es eso lo que pretende usted?

—No. Yo sólo quiero que me contraten. Nada de despido.

—Pero ¿qué es usted? ¿Griega, turca, o qué?

Desdémona volvió a titubear. Pensó en sus hijos. Se imaginó volviendo a casa sin comida. Y luego tragó saliva.

—Todo el mundo tiene mezcla. Griegos o turcos, da igual. Es lo mismo.

—Eso es lo que quería oír —dijo la hermana Wanda, con una amplia sonrisa—. El pastor Fard también tiene mezcla. Permítame decirle lo que necesitamos.

La condujo por un corredor largo, revestido con paneles de madera, la hizo pasar por una centralita de teléfonos y luego entraron en otro pasillo oscuro. Al fondo, unas cortinas oscuras impedían ver el vestíbulo principal. Dos jóvenes guardianes se erguían en posición de firmes.

—Usted sólo viene a trabajar aquí, y no necesita saber muchas cosas. Nunca atraviese esas cortinas, jamás. Ahí está el templo principal, donde el pastor Fard pronuncia sus sermones. Usted no saldrá de este recinto, de las dependencias de las mujeres. Será mejor que se cubra la cabeza, además. Con ese sombrero se le ven las orejas, lo que podría inducir a tentación.

Instintivamente, Desdémona se tocó las orejas, volviéndose a mirar a los guardianes.

Mantendrían una expresión impasible. Se volvió de nuevo, siguiendo a la capitana en jefe.

—Voy a enseñarle el tinglado que hemos montado —anunció la hermana Wanda—. Tenemos de todo. Lo único que necesitamos es, ya sabe, un poco de conocimientos técnicos.

Empezó a subir una escalera. Desdémona la siguió.

(Es una escalera larga, de tres tramos, y la hermana Wanda no anda bien de las rodillas, de manera que tardan cierto tiempo en llegar a la tercera planta. Vamos a dejarlas ahí, subiendo, mientras explico en el lío en que se había metido mi abuela).

«Hacia el verano de 1930, un vendedor ambulante, afable pero un tanto misterioso, apareció en el gueto negro de Detroit». (Es una cita de *Los musulmanes negros de Estados Unidos*, de C. Eric Lincoln). «Se creía que era un árabe, aunque su identidad racial y nacional siguen sin poder documentarse. Había llamado a las puertas de los afroamericanos, ávidos de cultura y deseosos de adquirir las sedas y artefactos que, según sus afirmaciones, utilizaban los negros en su patria, al otro lado del océano... Los clientes tenían tal afán por saber cosas de su propio pasado y del



país de donde procedían que el vendedor pronto empezó a organizar reuniones de casa en casa por toda la comunidad.

»Al principio, “el Profeta”, tal como se le llegó a conocer, limitaba sus enseñanzas a la narración de sus experiencias en tierras extranjeras, la prevención contra ciertos alimentos y determinadas sugerencias para mejorar la salud de sus oyentes. Era amable, simpático, sencillo y paciente».

«Tras despertar el interés de sus anfitriones» (nos trasladamos ahora a *Un hombre original*, de Claude Andrew Clegg I), «[El vendedor] lanzaba un discursito sobre la historia y el futuro de los afroamericanos. La táctica daba buenos resultados, y logró afinarla hasta el punto de que empezaron a celebrarse reuniones de negros curiosos en domicilios particulares. Más adelante alquiló edificios públicos para practicar la oración, y empezó a cobrar forma una estructura organizativa para su “Nación Islámica” en una Detroit plagada de miseria».

Ese vendedor tenía muchos nombres. Unas veces se llamaba a sí mismo Farrad Mahoma, o F. Mahoma Alí. Otras, se refería a sí mismo como Fred Dodd, Profesor Ford, Wallace Ford, W. D. Ford, Walli Farrad, Wardel Fard o W. D. Fard. Tenía otros tantos orígenes. Unos aseguraban que era un jamaicano negro de padre sirio musulmán. Otro rumor afirmaba que era un árabe palestino que había provocado disturbios raciales en India, Sudáfrica y Londres antes de instalarse en Detroit. Circulaba una historia según la cual era hijo de una familia rica de los Quraysh, la tribu del mismísimo profeta Mahoma, mientras que los archivos del FBI declaraban que Fard había nacido en Nueva Zelanda o en Portland, Oregón, de padres hawaianos o británicos y polinesios.

Una cosa está clara: en 1932, Fard fundó la Mezquita Número Uno en Detroit. Y Desdémona estaba subiendo ahora la escalera de la parte de atrás de ese templo.

—Vendemos las sedas en el templo, directamente —explicaba la hermana Wanda—. Hacemos aquí la ropa, nosotros mismos, según patrones que dibuja el pastor Fard. Basándose en el atuendo que llevaban nuestros antepasados en África. Antes nos limitábamos a encargar la tela y la cosíamos nosotros. Pero ahora, con la Depresión, cada vez es más difícil conseguir las telas. Así que el pastor Fard tuvo una de sus revelaciones. Se me acercó una mañana y me dijo: «Tenemos que dominar el fin y los medios de la sericultura». Así habla él. Vaya elocuencia. Con dos palabras convencería a un perro de que se bajase de un camión de carne.

Mientras subían, Desdémona empezaba a comprender las cosas. Los extravagantes trajes de los jóvenes de la entrada. La decoración del interior.

—Aquí damos las clases de formación profesional —dijo la hermana Wanda, llegando al descansillo y abriendo una puerta. Desdémona subió el último escalón y las vio.

Eran veintitrés adolescentes, con *chador* de colores vivos y pañuelos en la cabeza,

que cosían ropa. Ni siquiera alzaron la vista de la tarea cuando la capitana en jefe entró con la desconocida. Con la cabeza inclinada, un abanico de alfileres en la boca, zapatos de lazada tan invisibles como los pedales que movían, no interrumpieron su productividad.

—Éste será nuestro «Curso de formación profesional y cultura general para niñas musulmanas». ¿Ve usted lo buenas y recatadas que son? «Islam» significa sumisión. ¿Lo sabía? Pero volviendo al motivo por el que he puesto el anuncio. Nos estamos quedando sin tela. Parece que todo el mundo está en quiebra.

Condujo a Desdémona al otro extremo de la estancia. Frente a una caja de madera abierta, llena de mugre.

—Así que lo que hicimos fue encargar estos gusanos de seda a una empresa. Ya sabe, por correo. Nos van a enviar más. El problema es que no parece que les guste mucho Detroit. Y no se lo reprocho. Se nos siguen muriendo. ¡Y de qué manera! ¡Menuda peste! ¡Por Cristo bendito!, —se contuvo—. No es más que una expresión. Me crié en la fe del Santificado. Oiga, ¿cómo me ha dicho que se llama?

—Desdémona.

—Oye, Des, antes de ser capitana en jefe, fui peluquera y manicura. No una paleta, ¿entiendes? ¿Que te parezco algo torpe? Pues ayúdame. ¿Qué les gusta a estos gusanos? ¿Cómo hacemos que sedifiquen, por decirlo así?

—Con mucho trabajo.

—No importa.

—Cuesta dinero.

—Tenemos de sobra.

Desdémona cogió un gusano reseco y arrugado, apenas vivo. Empezó a susurrarle cosas en griego.

—Escuchad, pequeñas hermanas —dijo la hermana Wanda.

Como una sola, las veintitrés chicas dejaron de coser, cruzaron las manos sobre las rodillas, alzaron la vista y prestaron atención.

—Ésta es la nueva señora que va a enseñarnos a hacer seda. Es mulata, como el pastor Fard, y va a devolvernos el conocimiento del arte perdido de nuestro pueblo. Para que podamos hacerlo nosotros mismos.

Veintitrés pares de ojos cayeron sobre Desdémona, que se armó de valor. Tradujo al inglés lo que quería decir y se lo repasó dos veces antes de hablar.

—Para hacer buena seda —declaró entonces, dando su lección inaugural del «Curso de formación profesional y cultura general para niñas musulmanas»—, hay que ser pura.

—Eso intentamos, Des. Alá sea loado. Eso intentamos.

# TRAMPOLOGÍA



Así fue como mi abuela empezó a trabajar en la Nación Islámica. Como haría una asistente de Grosse Pointe, entraba y salía por la puerta de atrás. En vez de sombrero, llevaba un pañuelo en la cabeza para cubrirse las irresistibles orejas. Nunca levantaba la voz más allá de un susurro. Nunca hacía preguntas ni se quejaba. Al haberse criado en un país gobernado por otros, todo lo encontraba natural. El fez, la alfombra para orar, la media luna: era un poco como volver a casa.

Para los residentes del Barrio Negro era como viajar a otro planeta. La puerta principal del templo, al contrario de lo que solía ocurrir en la mayoría de los edificios del país, permitía la entrada a los negros y la prohibía a los blancos. Los antiguos cuadros del vestíbulo —escenas de matanzas de indios, paisajes donde resplandecía la doctrina del destino manifiesto— se habían trasladado al sótano. En su lugar había estampas de la historia de África: un príncipe y una princesa paseando junto a un río cristalino; un cónclave de eruditos negros debatiendo en un foro al aire libre.

La gente iba a la Mezquita Número Uno a escuchar los sermones de Fard. Y a comprar también. En el antiguo guardarropa, la hermana Wanda exponía las prendas que, según aseguraba el profeta, eran de «la misma clase que los negros utilizan en la patria de Oriente». A la luz de las lámparas hacía ondear las iridiscentes telas mientras los conversos se acercaban a pagar. Las mujeres cambiaban los uniformes de la sumisión por los *chador* blancos de la emancipación. Los hombres sustituían el mono de la opresión por la seda de la dignidad. La caja registradora del templo se llenaba a reborar. En años de escasez, la Mezquita hacía su agosto. Ford estaba cerrando fábricas pero, en el 3408 de la calle Hastings, Fard se encontraba en plena actividad.

Desde el tercer piso, mi abuela apenas reparaba en eso. Se pasaba la mañana dando clase en el aula y la tarde en la Sala de la Seda, donde se almacenaban las telas sin cortar. Un día se llevó a clase la caja de gusanos de seda para hablar de ella a las alumnas. La pasó por el aula, contando la historia de sus viajes, de sus orígenes, explicando que su abuelo la había labrado en madera de olivo y que había logrado salvarse del incendio de una ciudad, y todo ello sin decir nada peyorativo sobre los correligionarios de las alumnas. En realidad, las muchachas se mostraron tan amables y comprensivas que Desdémona recordó la época en que griegos y turcos se llevaban bien.

No obstante: los negros seguían constituyendo una novedad para mi *yiayíá*. La chocaron varios descubrimientos:

—Los *mavri* —informó a su marido— tienen la palma de las manos blanca, igual que nosotros.

O bien:

—Los *mavri* no tienen cicatrices, sólo bultos. ¿Y sabes cómo se afeitan los hombres? ¡Con unos polvos! Lo he visto en un escaparate.

En las calles del Barrio Negro, Desdémona se horrorizaba al ver cómo vivía la gente.

—Nadie limpia. Tienen los porches llenos de basura, y ni siquiera barren. Horroroso.

Pero en el templo las cosas eran diferentes. Los hombres trabajaban mucho y no bebían. Las chicas eran pulcras y recatadas.

—Ese señor Fard está haciendo buenas cosas —anunció un domingo durante la comida.

—Por favor —repuso Surmelina, desechando la afirmación—, nos dejamos el velo en Turquía.

—A estas chicas americanas —replicó Desdémona, moviendo la cabeza— no les vendría mal llevar velo.

El Profeta mismo permanecía velado para ella. Fard era como un dios: aunque presente en todas partes, no se le veía en sitio alguno. Su resplandor persistía en la mirada de la gente que salía de sus sermones. Se expresaba en sus normas dietéticas, que recomendaban los alimentos autóctonos africanos —ñame, mandioca— y prohibía el consumo de cerdo. De cuando en cuando Desdémona veía el coche de Fard —un Chrysler cupé último modelo— aparcado frente al templo. Siempre parecía que lo acababan de lavar y dar brillo, con su destellante radiador cromado. Pero nunca veía a Fard al volante.

—¿Y cómo vas a verlo, si es Dios? —inquirió Lefty, divertido, una noche a la hora de acostarse.

Desdémona se quedó sonriendo, como si le hiciera cosquillas su primera paga escondida en el colchón.

—No me queda más remedio que tener una visión —repuso.

El primer proyecto de Desdémona en la Mezquita Número Uno fue convertir el excusado exterior en un criadero. Apelando al Fruto del Islam, como se denominaba el brazo militar de la Nación, se hizo a un lado mientras los jóvenes sacaban el inodoro del desvencijado chamizo. Cubrieron con tierra la fosa séptica y quitaron de las paredes viejos calendarios con chicas ligeras de ropa, apartando la vista mientras echaban las ofensivas fotos a la basura. Montaron anaqueles e hicieron perforaciones en el tejado para que hubiese ventilación. Pese a todos los esfuerzos desplegados, el mal olor persistía.

—Esperad —advirtió Desdémona—. Comparado con los gusanos de seda, esto no

es nada.

Arriba, el «Curso de formación profesional y cultura general para niñas musulmanas» entretejía comederos. Desdémona intentaba salvar la primera hornada de gusanos. Los mantenía al calor de bombillas eléctricas y les cantaba canciones griegas, pero los gusanos no se dejaban engañar. Al salir de sus negros cascarones, notaban el aire seco del cobertizo y el sol falso de las bombillas, y empezaban a encogerse.

—Hay más en camino —observó la hermana Wanda, quitando importancia a aquel contratiempo—. No tardarán mucho.

Pasaron los días. Desdémona llegó a acostumbrarse a la blanca palma de las manos afroamericanas. Se habituó a utilizar la puerta de atrás y a no hablar hasta que le dirigieran la palabra. Cuando no daba clase a las chicas, se quedaba en la Sala de la Seda.

La Sala de la Seda: conviene describirla. (Tantas cosas pasaban en aquella estancia de cuatro metros de ancho por seis de largo: hablaba Dios, se explicaba la Creación, mi abuela renunciaba a su raza, y eso sólo para empezar). Era una habitación angosta, de techo bajo, con una mesa de cortar en un extremo. Contra las paredes se apilaban rollos de seda. Su esplendor se extendía del suelo al techo, de tal modo que la estancia parecía un joyero. El tejido cada vez iba siendo más difícil de encontrar, pero habían hecho un buen acopio de telas.

A veces las sedas parecían bailar. Agitadas por corrientes de aire de origen misterioso, las telas aleteaban y volaban por la habitación. Desdémona se veía obligada a atraparlas y volverlas a enrollar.

Y un día, en medio de un fantasmal *pas de deux* —una seda verde guiando y Desdémona retrocediendo— oyó una voz.

—NACÍ EN LA CIUDAD SANTA DE LA MECA, EL 17 DE FEBRERO DE 1877.

Al principio creyó que había entrado alguien en la habitación. Pero cuando se dio la vuelta, no vio a nadie.

—MI PADRE SE LLAMABA ALFONSO, Y ERA UN HOMBRE DE PIEL VIOLÁCEA DE LA TRIBU DE SHABAZZ. MI MADRE SE LLAMABA BABY GEE. ERA CAUCASIANA, UN DEMONIO.

¿Un qué? Desdémona no alcanzaba a oír bien. Ni a determinar la ubicación de la voz. Ahora parecía venir del suelo.

—MI PADRE LA CONOCIÓ EN LAS MONTAÑAS DEL ORIENTE ASIÁTICO. VIO POTENCIAL EN ELLA. LA CONDUJO POR LA SENDA DE LA RECTITUD HASTA QUE SE CONVIRTIÓ EN UNA SANTA MUSULMANA.

Lo que intrigaba a Desdémona no era lo que decía la voz: no percibía las palabras. Era el sonido de la voz, un bajo profundo que le hacía vibrar el esternón. Soltó la seda flotante. Se quitó el pañuelo de la cabeza para oír mejor. Y cuando la voz volvió a oírse, empezó a cambiar de sitio los rollos de tela para ver de dónde salía.

—¿POR QUÉ SE CASÓ MI PADRE CON UN DEMONIO CAUCASIANO? PORQUE SABÍA QUE SU HIJO ESTABA DESTINADO A PROPAGAR LA PALABRA DE DIOS POR LA TRIBU PERDIDA DE

SHABAZZ.

Tres, cuatro, cinco rollos y allí estaba: una rejilla de la calefacción. Y la voz subía de tono ahora.

—POR CONSIGUIENTE, PENSÓ QUE YO, SU HIJO, DEBÍA TENER UN COLOR DE PIEL QUE ME PERMITIERA TRATAR TANTO CON BLANCOS COMO CON NEGROS DE MANERA JUSTA Y RECTA. ASÍ QUE AQUÍ ME TENÉIS, MULATO COMO MUSA, MI ANTECESOR, QUE LLEVÓ LOS MANDAMIENTOS A LOS JUDÍOS.

Desde las entrañas del edificio subía la voz del Profeta. Tenía su origen en el salón de actos, tres pisos más abajo. Se filtraba por la trampilla del escenario donde antaño, en las convenciones de tabaqueros, surgía de pronto una chica anunciando los puros Rondega, llevando una vitola por toda vestimenta. Resonaba por el pasillo que conducía a los bastidores, donde entraba por un conducto de la calefacción y circulaba por el edificio, cada vez más distorsionada por el eco, hasta brotar acaloradamente por la rejilla ante la cual se arrodillaba ahora Desdémona.

—MI FORMACIÓN, ASÍ COMO LA SANGRE REAL QUE CORRE POR MIS VENAS, PODRÍA HABERME INDUCIDO A OCUPAR ALGUNA POSICIÓN INFLUYENTE. PERO OÍ LLORAR A MI TÍO, HERMANOS. OÍ LLORAR A MI TÍO DE AMÉRICA.

Desdémona distinguía ahora un leve acento. Aguardó, pero después sólo hubo silencio. Le saltó a la cara un olor a caldera. Se inclinó más, escuchando. Pero la voz que oyó fue la de la hermana Wanda, en la escalera.

—¡Yuhuu! ¡Des! Te estamos esperando.

Y se apartó rápidamente de la rejilla.

Mi abuela era la única persona blanca que jamás había oído pronunciar un sermón a W. D. Fard. Pero, debido a las malas condiciones acústicas del conducto de la calefacción y a su imperfecto inglés, junto al hecho de que estaba continuamente alzando la cabeza para ver si venía alguien, entendió menos de la mitad de sus palabras. Desdémona era consciente de que le estaba prohibido escuchar los sermones de Fard. Lo último que deseaba era poner en peligro su nuevo trabajo. Pero no tenía otro sitio donde estar.

Todos los días, a la una, la rejilla empezaba a vibrar. Al principio oía cómo iba entrando la gente en el salón de actos. Después seguían unos cánticos. Ponía más rollos de tela frente a la rendija para amortiguar el sonido. Traslataba la silla al otro extremo de la Sala de la Seda. Pero no servía de nada.

—QUIZÁ RECORDÉIS NUESTRO ÚLTIMO SERMÓN, CUANDO OS CONTABA EL DESTIERRO DE LA LUNA.

—No —dijo Desdémona—. Yo, no.

—HACE SESENTA BILLONES DE AÑOS, UN CIENTÍFICO DIVINO HIZO UN HOYO EN LA TIERRA ATRAVESÁNDOLA DE PARTE A PARTE. LLENÓ EL HOYO DE DINAMITA Y LA HIZO ESTALLAR, PARTIENDO LA TIERRA EN DOS. EL MÁS PEQUEÑO DE LOS DOS PEDAZOS FUE LA LUNA. ¿LO RECORDÁIS?

Mi abuela se tapó las orejas con las manos; en su rostro había una expresión de rechazo. Pero se le escapó una pregunta entre los labios:

—¿Que alguien partió la tierra? ¿Quién?

—HOY QUIERO HABLAROS DE OTRO CIENTÍFICO DIVINO. UN CIENTÍFICO MALIGNO QUE SE LLAMABA YACUB.

Y ahora separó los dedos, dejando que la voz penetrara en sus oídos...

—YACUB VIVIÓ HACE OCHO MIL CUATROCIENTOS AÑOS DEL ACTUAL CICLO HISTÓRICO DE VEINTICINCO MIL AÑOS. POSEÍA AQUEL YACUB UN CRÁNEO INSÓLITAMENTE GRANDE. ERA UN HOMBRE LISTO. UNO DE LOS PRINCIPALES ERUDITOS DE LA NACIÓN ISLÁMICA. FUE QUIEN DESCUBRIÓ LOS SECRETOS DEL MAGNETISMO, A LOS SEIS AÑOS DE EDAD. ESTABA JUGANDO CON DOS TROZOS DE HIERRO CUANDO LOS JUNTÓ Y DESCUBRIÓ UNA FÓRMULA CIENTÍFICA: EL MAGNETISMO.

Como un imán, la voz atrajo irresistiblemente a Desdémona. Ahora la obligaba a ponerse las manos en los costados. A inclinarse hacia delante en la silla...

—PERO YACUB NO QUEDÓ SATISFECHO CON EL MAGNETISMO. CON AQUEL CRÁNEO ENORME SE LE OCURRIERON OTRAS IDEAS MAGNÍFICAS. Y ASÍ, YACUB PENSÓ UN DÍA QUE SI PUDIERA CREAR UNA RAZA COMPLETAMENTE DISTINTA DE LOS HOMBRES ORIGINARIOS, GENÉTICAMENTE DIFERENTE, ESA RAZA PODRÍA LLEGARA DOMINAR LA NACIÓN NEGRA MEDIANTE LA TRAMPOLOGÍA.

... Y cuando el inclinarse no le sirvió de nada, se levantó y se acercó. Fue al otro lado de la habitación y, apartando los rollos de seda, se arrodilló frente a la rejilla mientras Fard proseguía su explicación:

—TODO HOMBRE NEGRO ESTÁ HECHO DE DOS GÉRMENES: UNO NEGRO Y OTRO DE COLOR CAFÉ. Y ASÍ YACUB CONVENCIO A CINCUENTA Y NUEVE MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y NUEVE MUSULMANES DE QUE EMIGRARAN A LA ISLA DE PELAN. LA ISLA DE PELAN ESTÁ EN EL ECEO. HOY LA ENCONTRARÉIS EN LOS MAPAS DE EUROPA, CON NOMBRE FALSO. A ESA ISLA LLEVÓ YACUB A SUS CINCUENTA Y NUEVE MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y NUEVE MUSULMANES. Y ALLÍ EMPEZÓ CON SUS CHANCHULLOS.

Desdémona oía otras cosas ahora. Los pasos de Fard, que caminaba de un lado a otro del escenario. El chirrido de las sillas cuando los oyentes se inclinaban hacia delante para no perderse una palabra.

—EN SUS LABORATORIOS DE PELAN, YACUB IMPEDÍA QUE LOS NEGROS SE REPRODUJERAN. SI UNA MUJER NEGRA DABA A LUZ, MATABAN AL NIÑO. YACUB SÓLO PERMITÍA VIVIR A LOS NIÑOS DE COLOR CAFÉ. ÚNICAMENTE DEJABA APAREARSE A LA GENTE DE PIEL BRONCEADA.

—Horroroso —observó Desdémona, desde el tercer piso—. Malísimo, ese tal Yacub.

—¿HABÉIS OÍDO HABLAR DE LA TEORÍA DE LA SELECCIÓN NATURAL DE DARWIN? AQUELLO ERA SELECCIÓN ANTINATURAL. CON SUS TRAMPAS CIENTÍFICAS, YACUB PRODUJO LOS PRIMEROS AMARILLOS Y PIELS ROJAS. PERO NO SE QUEDÓ AHÍ. PROPICIÓ EL APAREAMIENTO DE AQUELLOS SERES DE PIEL CLARA, RESULTADO DE SUS EXPERIMENTOS INICIALES. A LO LARGO DE MUCHÍSIMOS AÑOS, MODIFICÓ GENÉTICAMENTE AL NEGRO, GENERACIÓN TRAS GENERACIÓN, HACIÉNDOLE CADA VEZ MÁS PÁLIDO Y MÁS DÉBIL, DILUYENDO SU RECTITUD Y SU MORALIDAD, CONDUCIÉNDOLO POR LOS CAMINOS DEL MAL. Y ENTONCES, HERMANOS, LLEGÓ EL DÍA EN QUE YACUB CULMINÓ SU TRABAJO. ¿Y CUÁL FUE EL PRODUCTO DE SUS PERVERSOS TEJEMANEJES? YA OS LO HE DICHO ANTES: LO IGUAL SÓLO NACE DE LO IGUAL. ¡YACUB HABÍA CREADO AL HOMBRE BLANCO! HIJO DE LA MENTIRA. FRUTO DEL CRIMEN. RAZA DE DIABLOS CON OJOS AZULES.

Fuera, el «Curso de formación profesional y cultura general para niñas musulmanas» montaba estantes para los gusanos de seda. Las alumnas trabajaban en silencio, fantaseando sobre diversas cosas. Ruby James pensaba en lo guapo que estaba John 2X aquella mañana, preguntándose si llegarían a casarse algún día.

Darlene Wood se sentía un poco molesta porque todos los hermanos se habían liberado de su nombre de esclavos pero el pastor Fard aún no se había ocupado de las chicas, de manera que allí estaba ella, llamándose todavía Darlene Wood. Lily Hale pensaba casi exclusivamente en los tirabuzones que había ocultado bajo el pañuelo y en que aquella noche asomaría la cabeza por la ventana de su cuarto fingiendo ver el tiempo que hacía para que la viera su vecino, Lubbock T. Hass. Betty Smith: *Loado sea Alá. Loado sea Alá. Loado sea Alá*. A Millie Little le apetecía un chicle.

Mientras arriba, la cara ardiendo del calor que salía a borbotones por el conducto, Desdémona se resistía a aquel nuevo giro de la historia.

—Conque diablos, ¿eh? ¿Todos los blancos? —bufó, incorporándose y sacudiéndose el polvo—. Ya es suficiente. No voy a seguir escuchando más a ese loco. Yo trabajo. Y me pagan. Ya está bien.

Pero a la mañana siguiente, estaba de vuelta en el templo. A la una en punto, la voz empezó a hablar y mi abuela le prestó de nuevo atención.

—HAGAMOS AHORA UNA COMPARACIÓN FISIOLÓGICA ENTRE LA RAZA BLANCA Y LOS HOMBRES ORIGINARIOS. DESDE EL PUNTO DE VISTA ANATÓMICO, LOS HUESOS DE LOS BLANCOS SON MÁS FRÁGILES. LA SANGRE DE LOS BLANCOS ES MÁS FINA. LOS BLANCOS POSEEN APROXIMADAMENTE LA TERCERA PARTE DE LA FUERZA FÍSICA DE LOS NEGROS. ¿QUIÉN SE ATREVE A NEGARLO? ¿QUÉ DICEN LAS PRUEBAS QUE VEIS CON VUESTROS PROPIOS OJOS?

Discutió con la voz. Se burló de las aseveraciones de Fard. Pero fueron pasando los días y mi abuela, tras apilar diligentemente la seda en el suelo, se arrodillaba sobre ella frente al conducto de la calefacción. Se inclinaba hacia delante, con la oreja pegada a la rejilla, la frente casi tocando el suelo.

—No es más que un charlatán —decía—. Que se llena los bolsillos con el dinero de la gente.

Pero seguía sin moverse. Al cabo de un momento, los conductos de la calefacción vibraban con las últimas revelaciones.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Acaso Desdémona, siempre tan receptiva a una profunda voz sacerdotal, estaba cayendo bajo la influencia de la incorpórea palabra de Fard? ¿O es que, después de diez años en aquella ciudad, se estaba convirtiendo en una habitante más de Detroit, en el sentido de que todo lo veía en términos de blanco o negro?

Cabe una última posibilidad. ¿Podría el sentimiento de culpa de mi abuela —aquel incurable virus, aquel pavor húmedo y palúdico que anegaba sus entrañas casi estacionalmente— haberla hecho receptiva a la atracción de Fard? Asolada por la sensación de pecado, ¿sintió que tenían peso las acusaciones de Fard? ¿Tomó a pecho sus denuncias raciales?

—¿No crees que los niños tienen algo malo? —preguntó a Lefty.

—A los niños no les pasa nada malo. Están perfectamente.

—¿Cómo lo sabes?



—No hay más que mirarlos.

—¿Y qué nos pasa a nosotros? ¿Cómo pudimos hacer lo que hicimos?

—A nosotros no nos pasa nada.

—No, Lefty. Nosotros —rompió a llorar— no somos buenas personas.

—Los niños están estupendamente. Somos felices. Todo eso ya es cosa del pasado.

Pero Desdémona se arrojó sobre la cama.

—¿Por qué te haría caso? —sollozaba—. ¡Por qué no me tiraría al agua como todo el mundo!

Mi abuelo intentó abrazarla, pero ella lo rechazó con el hombro.

—¡No me toques!

—Por favor, Des...

—¡Ojalá me hubiera muerto en el incendio! ¡Te lo juro! ¡Ojalá me hubiera muerto en Esmirna!

Empezó a vigilar estrechamente a los niños. Hasta entonces, aparte de algún susto —a los cinco años Milton casi se muere de una inflamación del mastoide—, ambos habían gozado de buena salud. Cuando se cortaban, la hemorragia se detenía. Milton sacaba buenas notas en el colegio; Zoë, por encima de la media. Pero a Desdémona no la tranquilizaba nada de eso. Seguía esperando que sobreviniera algo, una enfermedad, una malformación, temiendo que el castigo por su crimen se le impusiera de la manera más terrible: no en su propia alma, sino en el cuerpo de sus hijos.

Puedo ver cómo cambió la casa en los meses conducentes a 1933. Un frío que traspasaba los muros de ladrillo pardo, que penetraba en las habitaciones y apagaba la lamparilla de noche que dejaban encendida en el vestíbulo. Un viento helado que agitaba las páginas del libro de los sueños de Desdémona, cuyas interpretaciones consultaba cada vez con más frecuencia. Porque tenía pesadillas continuas sobre gérmenes de niños que burbujearan, que se escindían. Sobre criaturas horribles que nacían de una pálida espuma. Ahora evitaba toda relación sexual, incluso en verano, aun después de tres copas de vino en algún cumpleaños. Al cabo de un tiempo, Lefty dejó de insistir. Mis abuelos, inseparables en otro tiempo, se distanciaron. Por la mañana, cuando Desdémona partía hacia la Mezquita Número Uno, Lefty estaba dormido, tras haber trabajado toda la noche en el bar clandestino. Y antes de que ella volviera a casa, él ya había desaparecido de nuevo.

Siguiendo ese viento frío, que continuó soplando a lo largo del veranillo de San Martín de 1932, me deslicé por la escalera hasta el sótano y encontré a mi abuelo, una mañana, guardando fotografías en bolsas de papel marrón. Excluido del cariño de su mujer, Lefty Stephanides se concentró en el trabajo. Su negocio, sin embargo, había experimentado algunos cambios. Respondiendo a la disminución del número de

parroquianos del bar, mi abuelo se había diversificado.

Es martes, poco más de las ocho de la mañana. Desdémona se ha marchado a trabajar. Y en la ventana del salón, una mano quita la estatuilla de San Jorge. Junto a la acera se detiene un viejo Daimler. Lefty sale de casa y, apresuradamente, sube al asiento trasero.

Los socios de la nueva actividad comercial de mi abuelo: en el asiento delantero va Mabel Reese, de Kentucky; veintiséis años, colorete en las mejillas, la cabeza despidiendo cierto olor a chamusquina por las tenacillas de rizarse el pelo.

—En Paducah —está diciendo al conductor— hay un sordo que tiene una cámara. Se dedica a pasear por la orilla del río, tomando fotografías. Saca las cosas más demenciales.

—Y yo también —repuso el conductor—. Pero las mías valen dinero.

Maurice Plantagenet, con su cámara Kodak descansando en su estuche sobre el asiento trasero, al lado de Lefty, sonrío a Mabel y pone el coche en movimiento por la Avenida Jefferson. Plantagenet ha descubierto que aquellos años prebélicos no son propicios para sus inclinaciones artísticas. Mientras se dirigen a Belle Isle, se lanza a una disquisición sobre la historia de la fotografía, hablando de Nicéphore Niepce, su inventor, y de Daguerre, que fue quien se llevó los laureles. Describe la primera fotografía tomada a un ser humano, una escena parisiense hecha con una exposición tan larga que no se distingue a ninguno de los acelerados peatones, salvo a uno alto que se ha detenido a que le limpien los zapatos.

—Yo quiero figurar en los libros de historia. Pero no creo que éste sea el mejor camino, precisamente.

En Belle Isle, Plantagenet conduce el Daimler por la Avenida Central. No se dirige al Muelle sino que tuerce por un camino de tierra sin salida. Detiene el coche y se bajan todos. Plantagenet sitúa la cámara bajo una luz conveniente mientras Lefty se ocupa del automóvil. Con el pañuelo saca brillo a los radios de los tapacubos y a los faros; con el pie quita barro del estribo. Limpia las ventanillas y el parabrisas.

—El maestro está preparado —anuncia Plantagenet...

Mabel Reese se quita el abrigo. Debajo sólo lleva el corsé y el liguero.

—¿Dónde quieres que me ponga?

—Inclínate sobre el capó.

—¿Así?

—Sí. Muy bien. Apoya la cara en el capó. Ahora, ábrete un poco de piernas.

—¿Así?

—Sí. Ahora, tuerce un poco la cabeza y mira a la cámara. Vale, sonríeme. Como si fuese tu novio.

Lo mismo ocurría todas las semanas. Plantagenet sacaba las fotografías. Mi abuelo suministraba los modelos. Las chicas no eran difíciles de encontrar. Iban todas

las noches al bar. Necesitaban dinero como todo el mundo. Plantagenet vendía las fotos a un distribuidor del centro de la ciudad y daba a Lefty un porcentaje de los ingresos. La fórmula era sencilla: chicas en lencería apoyadas en automóviles. Muchachas ligeras de ropa, hechas un ovillo en el asiento de atrás, enseñando los pechos en el delantero o agachadas cambiando una rueda. Normalmente había una sola chica, pero a veces llevaban dos. Plantagenet buscaba las armonías: entre la curva de las nalgas y la del guardabarros; entre los pliegues del corsé y la tapicería; entre el ligero y la correa del ventilador. Era idea de mi abuelo. Recordando el viejo tesoro escondido de su padre, «Sermin en los Aposentos del Placer», tuvo la visión de actualizar un antiguo ideal. Los días del harén habían concluido. ¡Bienvenida fuese la época del asiento trasero! Los automóviles eran los nuevos aposentos del placer. Convertían al hombre corriente en el sultán de la carretera. Las fotografías de Plantagenet sugerían meriendas campestres en lugares apartados. Las chicas dormitaban o se inclinaban sobre el maletero buscando una herramienta para quitar las ruedas. En plena Depresión, cuando no había dinero para comer, algunos lo encontraban para el erotismo automovilístico de Plantagenet. Las fotografías proporcionaban a Lefty unos ingresos fijos. De hecho empezó a ahorrar, lo que más adelante le brindó una nueva oportunidad.

De cuando en cuando, encuentro alguna obra de Plantagenet en tiendas de viejo o en libros de fotografía, normalmente asignada de manera errónea a los años veinte debido al Daimler. Vendidas por veinticinco centavos durante la Depresión, llegan ahora a más de seiscientos dólares. La obra «artística» de Plantagenet se ha olvidado por completo, pero sus estudios eróticos de mujeres y automóviles siguen siendo populares. Entró en los libros de historia en su día libre, creyendo que se estaba poniendo en una situación comprometida. Rebuscando entre los cajones, miro a esas mujeres, su complicada ropa interior, su desigual sonrisa. Observo los rostros que mi abuelo contemplaba años atrás y me pregunto: ¿Por qué Lefty dejó de mirar a su hermana y empezó a mirar a otras, a rubias de labios finos, a novias de gánsteres con traseros provocativos? ¿Era su interés por aquellas modelos meramente pecuniario? ¿Era el viento frío que soplaba por la casa lo que le impulsaba a buscar calor en otra parte? ¿O es que se le había contagiado la culpa, y para no pensar en lo que había hecho buscaba la compañía de aquellas Mabel, Lucy y Dolores?

Incapaz de dar respuesta a esas preguntas, vuelvo ahora a la Mezquita Número Uno, donde los nuevos conversos consultan la brújula. En forma de lágrima, blancas con números negros, las brújulas tienen dibujada en el centro la piedra de la Kaaba. Aún confusos sobre los exactos preceptos de la nueva fe, los fieles no rezan en las horas prescritas. Pero al menos tienen brújulas, compradas a la misma buena hermana que vende la ropa. Los conversos dan media vuelta, paso a paso, hasta que las agujas de la brújula apuntan al 34, número que identifica a Detroit. Consultan la flecha del

borde para determinar la dirección de La Meca.

—PASEMOS AHORA A LA CRANEOMETRÍA. ¿QUÉ ES LA CRANEOMETRÍA? LA MEDICIÓN CIENTÍFICA DEL CEREBRO, LO QUE EL CUERPO MÉDICO LLAMA «MATERIA GRIS». EL CEREBRO DE UN HOMBRE BLANCO NORMAL Y CORRIENTE PESA CIENTO SETENTA GRAMOS. EL CEREBRO DE UN HOMBRE NEGRO NORMAL Y CORRIENTE PESA DOSCIENTOS DOCE GRAMOS.

Fard carece del ardor de un predicador baptista, pero para su auditorio de cristianos desafectos (y una creyente ortodoxa) eso es más bien una ventaja. Están hartos de la vibrante oratoria, de los gritos y las frentes sudorosas, de los ásperos jadeos. Están cansados de la religión de esclavos, mediante la cual el Hombre Blanco convence al Negro de que la servidumbre es sagrada.

—PERO HAY ALGO EN LO CUAL LA RAZA BLANCA SUPERA A LOS HOMBRES ORIGINARIOS. POR SU DESTINO, Y POR SU PROPIA PROGRAMACIÓN GENÉTICA, LA RAZA BLANCA DESCUELLA EN TRAMPOLOGÍA. ¿ACASO TENGO QUE DECÍROSLO? ESO LO SABÉIS DE SOBRA. USANDO LA TRAMPOLOGÍA, LOS EUROPEOS TRAJERON A LOS HOMBRES ORIGINARIOS DE LA MECA Y OTRAS PARTES DEL ORIENTE ASIÁTICO. EN 1555, UN TRATANTE DE ESCLAVOS LLAMADO JOHN HAWKINS TRAJÓ A LOS PRIMEROS MIEMBROS DE LA TRIBU DE SHABAZZ A LAS COSTAS DE ESTE PAÍS, EN 1555. ¿Y CÓMO SE LLAMABA EL BARCO? *JESÚS*. ESTO VIENE EN LOS LIBROS DE HISTORIA. PODÉIS IR A LA BIBLIOTECA PÚBLICA Y CONSULTARLO.

»¿QUÉ PASÓ CON LA PRIMERA GENERACIÓN DE HOMBRES ORIGINARIOS EN AMÉRICA? EL HOMBRE BLANCO LA ASESINÓ. CON TRAMPOLOGÍA. LA ELIMINÓ PARA QUE SU PROGENIE CRECIERA SIN SABER NADA DE SU PROPIA GENTE, DE SU LUGAR DE PROCEDENCIA. Y VOSOTROS SOIS SUS DESCENDIENTES, LOS VASTAGOS DE AQUELLOS POBRES HUÉRFANOS, ESO ES LO QUE SOIS. TODOS LOS QUE ESTÁIS EN ESTA SALA Y TODOS ESOS A QUIENES LLAMAN NEGROS Y VIVEN EN TODOS LOS GUETOS DE AMÉRICA. YO HE VENIDO AQUÍ A DECIROS QUIÉNES SOIS. SOIS LOS MIEMBROS PERDIDOS DE LA TRIBU DE SHABAZZ.

Y caminar por el Barrio Negro no servía de nada. Desdémona comprendía ahora por qué había tanta basura en las calles: los servicios municipales no la recogían. Los dueños de los apartamentos, blancos, dejaban que los edificios se deteriorasen mientras ellos seguían subiendo el alquiler. Un día, Desdémona vio en una tienda que el empleado blanco se negaba a coger las monedas que le tendía una clienta negra. «Deje el dinero en el mostrador», le dijo. ¡*No quería tocar la mano de la señora!* Y en aquella época cargada de culpa, con la cabeza llena de las teorías de Fard, mi abuela empezó a ver que el Profeta tenía razón. Por toda la ciudad había demonios de ojos azules. Los griegos también tenían un antiguo refrán: «Con barba pelirroja y ojos azules se disfraza el diablo». Mi abuela tenía los ojos castaños, pero eso no la tranquilizaba. Nadie era más diablo que ella. Y no podía hacer nada para remediar las cosas. Pero sí podía ocuparse de que no volvieran a ocurrir más. Fue a ver al doctor Philobosian.

—Es una medida muy radical, Desdémona —le advirtió el doctor.

—Quiero estar segura.

—Pero todavía eres joven.

—No, doctor Phil, no lo soy —repuso mi abuela con un hilo de voz—. Tengo ocho mil cuatrocientos años.

El 21 de noviembre de 1932, el *Detroit Times* publicó en primera plana los siguientes

titulares: «Sacrificio humano en el altar». El artículo decía: «Tras llevar a cabo una redada, la policía está interrogando a un centenar de seguidores de un dirigente religioso negro, acusado de celebrar un sacrificio humano en un altar rudimentario que había construido en su domicilio. El presunto rey de la Orden del Islam es Robert Harris, de cuarenta y cuatro años, con domicilio en el 1429 de la Avenida Dubois. La víctima, a quien Harris admite haber golpeado con un eje de dirección, clavándole luego una daga de plata en el corazón, se llamaba James J. Smith, de cuarenta años, negro que Harris tenía de inquilino en su casa». El tal Harris, que llegó a ser conocido como el «asesino del vudú», había merodeado por la Mezquita Número Uno. Cabe la posibilidad de que hubiera leído la «Primera y segunda lección perdida de los musulmanes», incluido el siguiente pasaje: «TODOS LOS MUSULMANES DEBERÁN MATAR AL DIABLO, PORQUE SABEN QUE ES UNA SERPIENTE Y QUE, SI SE LE DEJA CON VIDA, ACABARÁ MORDIENDO A LOS DEMÁS». Harris adaptó luego sus prioridades. Había buscado a un demonio (blanco) pero, como era difícil que uno de ellos entrara en el barrio, se conformó con el diablo que tenía más a mano.

Tres días después, detuvieron a Fard. Durante el interrogatorio, insistió en que jamás había ordenado a nadie que sacrificara a un ser humano. Afirmó que era el «ser supremo en la tierra». (Al menos eso es lo que dijo en el primer interrogatorio. La segunda vez que lo detuvieron, meses después, «admitió», según la policía, que la Nación Islámica no era más que un tinglado. Él mismo había inventado las profecías y la cosmología para «ganar todo el dinero posible»). Fuera cual fuese la verdad del asunto, el resultado final fue el siguiente: a cambio de que retirasen los cargos, Fard consintió en marcharse para siempre de Detroit.

Y así llegamos a marzo de 1933. Y a Desdémona, que se despide del «Curso de formación profesional y cultura general para niñas musulmanas». Los pañuelos enmarcan rostros surcados de lágrimas. Las chicas desfilan una tras otra, besando a Desdémona en ambas mejillas. (Mi abuela las echará de menos. Les ha tomado mucho cariño).

—Mi madre me decía que en malos tiempos no se pueden criar gusanos —les dice—. No hacen buena seda. Los capullos salen malos.

Las chicas aceptan esa verdad y examinan los gusanos recién salidos del cascarón en busca de señales de desesperación.

En la Sala de la Seda, todos los estantes se encuentran vacíos. Fard Mahoma ha transferido el mando a un nuevo dirigente. El hermano Karriem, antes Elijah Poole, es ahora Elijah Mahoma, Pastor Supremo de la Nación Islámica. Elijah Mahoma tiene una visión distinta del futuro económico de la Nación. De ahora en adelante, se dedicaría al sector inmobiliario, no al textil.

Y ahora Desdémona está bajando la escalera, para salir del edificio. Llega a la planta baja y se vuelve para echar una mirada al vestíbulo. Por primera vez, el Fruto

del Islam no monta guardia en la entrada principal. Las cortinas están abiertas. Desdémona es consciente de que debe continuar hacia la puerta trasera, pero ya no tiene nada que perder, de manera que se acerca a las grandes puertas y, empujándolas, entra en el sancta sanctorum.

Durante los primeros quince segundos, permanece inmóvil, mientras la idea que tenía de aquella sala se va ajustando a la realidad. Había imaginado altas cúpulas, suntuosas alfombras, pero no es más que un simple auditorio. Un pequeño escenario en un extremo, sillas plegables bien apiladas junto a las paredes. Lo asimila todo en silencio. Y entonces, una vez más, oye la voz:

—Hola, Desdémona.

En el escenario vacío, el Profeta, el Mahdi, Fard Mahoma, aparece detrás del estrado. Apenas es algo más que una silueta, esbelto y elegante, con un sombrero de fieltro que le ensombrece los rasgos.

—No tendrías que estar aquí —continúa el Profeta—. Pero supongo que ya da lo mismo.

Desdémona, con el corazón en la garganta, apenas logra preguntar:

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Acaso no te has enterado? Yo lo sé todo.

Al salir por el conducto de la calefacción, la profunda voz de Fard Mahoma había reverberado en su plexo solar. Ahora, de cerca, vibra en todo su cuerpo. Un rumor sordo se extiende por sus brazos hasta producirle un hormigueo en los dedos.

—¿Cómo está Lefty?

La pregunta conmociona a Desdémona de arriba abajo. Se queda muda. Se le ocurren muchas cosas a la vez, la primera es que cómo puede saber Fard el nombre de su marido, ¿se lo habrá dicho la hermana Wanda...? Y la segunda, que, si es verdad que lo sabe todo, entonces todo lo demás también debe de ser cierto, lo de los diablos de ojos azules, los científicos malignos y la Madre Avión, que vendrá de Japón para destruir el mundo y llevarse a los musulmanes. La atenaza el terror, pero al mismo tiempo recuerda algo y se pregunta dónde ha oído antes esa voz...

Ahora Fard Mahoma sale de detrás del estrado. Cruza el escenario y baja a la sala. Se acerca a Desdémona sin dejar de exhibir su omnisciencia.

—¿Todavía sigue con el bar? Eso tiene los días contados. Será mejor que busque otra cosa.

Con el sombrero ladeado, la chaqueta del traje impecablemente abotonada, los rasgos en la sombra, el Mahdi se aproxima a ella. Desdémona quiere escapar, pero no puede.

—¿Y cómo están los niños? —pregunta Fard—. Milton ya debe de tener cerca de ocho años, ¿no?

Sólo está a tres metros de ella. Mientras el corazón de Desdémona late

frenéticamente, Fard Mahoma se quita el sombrero para descubrir sus facciones. Y el Profeta sonrío.

Seguro que ya lo han adivinado. Exacto: Jimmy Zizmo.

—*Mana!*

—Hola, Desdémona.

—¡Tú!

—Quién si no.

—Creíamos que habías muerto, Jimmy —dice ella, mirándolo con ojos como platos—. En el coche. En el lago.

—Jimmy murió.

—Pero tú eres Jimmy. —Tras decir esas palabras, Desdémona se da cuenta de las repercusiones y empieza a reprimirlo—, ¿por qué abandonaste a tu mujer y a tu hija? ¿Qué es lo que te pasa?

—Mi única responsabilidad es para con mi pueblo.

—¿Qué pueblo? ¿Los *mavri*?

—El Pueblo Originario.

Desdémona no sabe si habla en serio o en broma.

—¿Por qué no te gustan los blancos? ¿Por qué los llamas diablos?

—A las pruebas me remito. Esta ciudad. Este país. ¿Es que no lo ves?

—En todos los sitios hay diablos.

—Sobre todo en esa casa de Hurlbut.

Hay una pausa, después de la cual Desdémona pregunta, cautelosamente:

—¿Qué quieres decir?

Fard, o Zizmo, sonrío de nuevo.

—Mucho de lo que estaba oculto se me ha revelado.

—¿Qué estaba oculto?

—Mi presunta esposa, Surmelina, es una mujer, por decirlo así, de apetitos antinaturales. ¿Y Lefty y tú? ¿Creíais que me habíais engañado?

—Por favor, Jimmy.

—No me llames así. Ése no es mi nombre.

—¿Qué pretendes decir? Eres mi cuñado.

—¡Tú no me conoces! ¡Nunca me has visto! —grita el Profeta que, serenándose, prosigue—: Nunca has sabido quién soy ni de dónde vengo.

Y, con eso, el Mahdi pasa frente a mi abuela, cruza el vestíbulo y las dobles puertas y no volvemos a verlo más.

Esto último no podía saberlo Desdémona. Pero está bien documentado. Primero Fard Mahoma estrechó la mano de los miembros del Fruto del Islam. Los jóvenes trataron de contener las lágrimas mientras él les decía adiós. Luego se mezcló con la multitud que pasaba frente a la Mezquita Número Uno dirigiéndose hacia su Chrysler

cupé, estacionado junto a la acera. Puso un pie en el estribo. Después, hasta el último de los presentes insistiría en que el Mahdi lo había mirado directamente a los ojos. Las mujeres lloraban abiertamente, rogándole que no se marchara. Fard Mahoma se quitó el sombrero y se lo llevó al pecho. Bajó la vista afablemente y dijo:

—No os preocupéis. Estoy con vosotros.

Alzó el sombrero en un gesto que abarcó a toda la vecindad, al gueto de viviendas miserables, calles sin asfaltar y desconsolada ropa sucia.

—Volveré con vosotros en un futuro próximo para sacaros de este infierno.

Luego Fard Mahoma subió al Chrysler, giró la llave de contacto y, con una última y tranquilizadora sonrisa, se alejó.

Nunca volvió a verse a Fard Mahoma en Detroit. Desapareció sobrenaturalmente, como duodécimo imán de los shiíes. Una información lo sitúa en un transatlántico con destino a Londres en 1934. Según informó la prensa de Chicago en 1959, W. D. Fard era un «agente nazi nacido en Turquía» que acabó trabajando para Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. Según otra teoría, la policía o el FBI urdieron una trama para matarlo. Vaya usted a saber. Fard Mahoma, mi abuelo materno, volvió a la nada de donde había salido.

En cuanto a Desdémona, su encuentro con Fard pudo contribuir a la drástica decisión que tomó por aquellos días. No mucho después de la desaparición del Profeta, mi abuela se sometió a un tratamiento médico bastante novedoso. Un cirujano le practicó dos incisiones bajo el ombligo. Estirando el tejido y los músculos para ponerle al descubierto las trompas de Falopio, hizo una ligadura en cada una, y ya no hubo más niños.



## SERENATA DE CLARINETE



Concertamos nuestra cita. Recogí a Julie en su estudio de Kreuzberg. Quise ver su trabajo, pero no me lo permitió. De modo que fuimos a cenar a un restaurante llamado Austria.

Austria es como un pabellón de caza. Las paredes están cubiertas de cuernos de ciervo, unos cincuenta o sesenta. Resultan cómicos en su pequeñez, como si fueran de animales que se pudieran matar con las manos. Entre paneles de madera, hay un ambiente de penumbra, cálido y confortable. A quien no le gustara, no me caería bien.

A Julie le gustó.

—Como no me has enseñado tu trabajo —le dije cuando nos sentamos—, ¿podrías decirme al menos de qué se trata?

—Fotografía.

—A lo mejor no quieres decirme de qué clase.

—Primero vamos a tomar una copa.

Julie Kikuchi tiene treinta y seis años. Aparenta veintiséis. Es de corta estatura sin ser menuda. Es irreverente sin ser grosera. Antes era terapeuta, pero lo dejó. Tiene artrosis en la mano derecha, de un accidente que sufrió en un ascensor. Le duele si trabaja mucho tiempo seguido con la cámara.

—Necesito un ayudante —me confesó—. O una mano nueva.

No tiene las uñas especialmente limpias. En realidad, son las uñas más sucias que he visto nunca en una persona tan encantadora y que huele tan maravillosamente bien.

Sus pechos me producen el mismo efecto que a cualquiera que tenga mis niveles de testosterona.

Le traduje el menú y pedimos. Llegaron las bandejas de ternera hervida, los cuencos de salsa y lombarda, los *knödels* del tamaño de pelotas de béisbol. Hablamos de Berlín, y de lo distintos que son los países europeos. Julie me contó una historia de cuando se quedó encerrada con su novio en el parque Güel de Barcelona al terminarse la hora de visita. Ya está, pensé. Se ha convocado al primer ex novio. Pronto vendrán los demás. Formarán en fila en torno a la mesa, exponiendo sus defectos, descubriendo sus adicciones, sus corazones traicioneros. Después seré yo el convocado para presentar mi propia y desastrosa galería. Y eso es precisamente lo que suele fallar durante la primera cita. Me faltan datos suficientes. Mi lista no abulta lo suficiente para un hombre de mi edad. Las mujeres lo notan y en sus ojos aparece

una extraña e inquisitiva mirada. Y en ese momento empiezo a apartarme de ellas, antes de que sirvan el postre...

Pero eso no pasó con Julie. El novio apareció en Barcelona y luego desapareció. Nadie vino después. No porque no hubiera alguno, seguramente. Sino porque Julie no anda a la caza de marido. Así que no tenía que hacerme la entrevista previa.

Me gusta Julie Kikuchi. Me gusta mucho.

De manera que me hago las preguntas habituales. ¿Qué es lo que quiere...? ¿Cómo respondería si...? ¿Debo decírselo? No. Demasiado pronto. Ni siquiera nos hemos besado. Y ahora mismo, tengo otro idilio de que ocuparme. He de concentrarme en otro noviazgo.



Empezamos en una tarde de verano de 1944. Teodora Zizmo, a quien todos llaman Tessie, se está pintando las uñas de los pies. Se encuentra en la Pensión O'Toole, sentada en un sofá, los pies apoyados en un cojín, una almohadilla de algodón entre cada dedo. La habitación está llena de flores mustias y de las diversas cosas que su madre va dejando por ahí: productos de belleza destapados, pañuelos desechados, libros de teosofía y una caja de bombones, también sin tapa, llena de envoltorios vacíos y unas cuantas chocolatinas rellenas con marcas de dientes. El lugar que ocupa Tessie está más arreglado. Plumas y lapiceros, colocados verticalmente dentro de unas tazas. Entre sujeta libros de bronce —bustos en miniatura de Shakespeare—, se ven las novelas que compra en almonedas domésticas.

Los pies de veinte años de Tessie Zizmo: talla treinta y siete, pálidos, de venas azules, las uñas rojas extendidas como soles en la cola de un pavo real. Las estudia con severidad, de la primera a la última, cuando un mosquito, atraído por la loción que le perfuma las piernas, aterriza en el dedo gordo y se le queda pegado en la uña.

—¡Vaya, hombre! —exclama Tessie—. Puñeteros mosquitos.

Tras quitarse el mosquito, prosigue la operación, poniéndose más esmalte.

Aquella noche, en plena Segunda Guerra Mundial, está a punto de iniciarse una serenata. Ya faltan pocos minutos. Si escuchan atentamente, oirán el ruido de una ventana que se abre, una lengüeta nueva que se introduce en un instrumento de viento. La música que lo empezó todo y de la que, bien podría decirse, dependía toda mi existencia va a sonar dentro de poco. Pero antes de que la melodía suene a todo volumen, permítanme que les informe de lo sucedido durante los últimos once años.

En primer lugar, la Prohibición ha terminado. En 1933, previa ratificación por todos los estados, la Vigésima Primera Enmienda revocó la Decimoctava. En el Congreso de la Legión Americana, celebrado en Detroit, Julius Stroh quitó el tapón

de un barril dorado de cerveza Stroh Bohemia. El presidente Roosevelt se fotografió bebiendo un cóctel en la Casa Blanca. Y en la calle Hurlbut, mi abuelo, Lefty Stephanides, descolgó de la pared la piel de cebra, desmanteló el bar clandestino que atendía en el sótano y, una vez más, emergió a la atmósfera superior.

Con el dinero que había ahorrado del erotismo automovilístico, pagó la entrada de un edificio de la calle Pingree, a poca distancia del Bulevar West Grand. El Salón Cebra de superficie era un bar restaurante que servía carnes a la parrilla, situado en un ajetreado barrio comercial. Las tiendas de los alrededores seguían existiendo cuando yo era niña. Las recuerdo vagamente: la óptica de A. A. Laurie, con su letrero de neón en forma de gafas; la tienda de confecciones New Yorker, en cuyo escaparate vi por primera vez maniqués desnudos bailando un tango escandaloso. Luego estaba la carnicería Value Meats, la pescadería Fresh Fish y la barbería Fine-Cut. En la esquina estaba nuestro local, un estrecho edificio de una sola planta con una cabeza de cebra proyectándose sobre la acera. Por la noche, una luz roja intermitente delineaba el hocico, el cuello y las orejas.

La clientela se componía principalmente de obreros de las fábricas de coches. Venían después de acabar su jornada. Y también, con bastante frecuencia, *antes* de empezarla. Lefty abría el bar a las ocho de la mañana, y a las ocho y media los taburetes estaban ocupados por hombres que se embotaban los sentidos antes de plantarse frente a la cadena de montaje. Mientras llenaba jarras de cerveza, Lefty se enteraba de lo que ocurría en la ciudad. En 1935, sus parroquianos celebraron la creación del Sindicato Obrero Unificado de la industria automovilística. Dos años después, maldijeron a los guardias armados de la Ford, que habían apaleado a su dirigente, Wallter Reuther, en la «Batalla del Paso Elevado». Mi abuelo no tomaba partido en aquellas discusiones. Su trabajo era escuchar, asentir con la cabeza, servir otra copa, sonreír. No dijo nada en 1943, cuando la conversación subió de tono en el bar. Un domingo de agosto, estallaron peleas entre negros y blancos en Belle Isle.

—Un negro ha violado a una mujer blanca —explicó un cliente—. Ahora la van a pagar todos esos negros, ya lo veréis.

El lunes por la mañana se produjeron desórdenes callejeros. Pero cuando un grupo de parroquianos entró en el bar alardeando de haber matado a golpes a un negro, mi abuelo se negó a servirles.

—¿Por qué no te vuelves a tu país? —gritó uno de ellos, indignado.

—Éste es mi país —replicó Lefty, que para demostrarlo hizo algo muy americano: metió la mano debajo del mostrador y sacó una pistola.

Esos conflictos son ya cosa del pasado —mientras Tessie se pinta las uñas de los pies—, y se ven eclipsados por un conflicto mucho mayor. En 1944, en todas las fábricas de coches de Detroit han instalado la maquinaria necesaria para otro tipo de producción. En Willow Run, de la cadena En 1944, en todas las fábricas de coches de

Detroit han instalado la maquinaria necesaria para otro tipo de producción. En Willow Run, de la cadena de montaje salen B-52 en lugar de sedanes Ford. En la Chrysler, fabrican carros de combate. Los industriales han encontrado por fin el remedio contra el estancamiento de la economía: la guerra. La Ciudad del Motor, a la que todavía no se ha apodado Motown, se convierte durante un tiempo en el «Arsenal de la Democracia». Y en la pensión del Bulevar Cadillac, Tessie Zizmo se pinta las uñas de los pies mientras escucha el clarinete.

«Begin the Beguine», el gran éxito de Artie Shaw, flota en el húmedo ambiente. Paraliza a las ardillas, que en los cables del teléfono inclinan la cabeza para oír mejor. Arranca un susurro a las hojas de los manzanos, haciendo girar el gallo de una veleta. Con su movido ritmo y su ondulante melodía, «Begin the Beguine» sobrevuela el césped, los jardines, las mesas y los bancos, las mecedoras de los porches y las cercas estranguladas por zarzamoras; salta la valla del jardín de la Pensión O'Toole, bailando sobre las actividades recreativas de los inquilinos, principalmente masculinos —una pista de bolos en el césped, unos mazos de croquet olvidados—, y luego la canción trepa por la descuidada hiedra que cubre la fachada de ladrillo, pasa por las ventanas donde algunos solteros dormitan, se rascan la barba o, en el caso del señor Danelikov, formulan problemas de ajedrez; y sigue subiendo, la mejor y más apreciada melodía de Artie Shaw, grabada en 1939, que aún se oye por la radio en toda la ciudad, una música tan fresca y alegre que parece garantizar la pureza de la causa estadounidense y el triunfo final de los aliados; pero ahí está, por fin, entrando por la ventana de Teodora, mientras ella se abanica los dedos de los pies para secarse el esmalte de las uñas. Y, al oírla, mi madre se vuelve hacia la ventana y sonrío.

El origen de la música era nada menos que un Orfeo engominado que vivía justo detrás de ella. Milton Stephanides, de veinte años, estudiante, de pie frente a la ventana de su cuarto, tocaba habilidosamente el clarinete. Llevaba un uniforme caqui de los *boy scouts*. Barbilla levantada, codos fuera, marcando el ritmo con la pierna derecha, desgranaba su canción de amor en el atardecer de verano con un ardor que ya se había apagado completamente cuando, veinticinco años después, encontré ese instrumento de madera obstruido por la pelusa en el desván de casa. Milton había sido tercer clarinete en la orquesta del Instituto Southeastern. En los conciertos del instituto interpretaba a Schubert, Beethoven y Mozart, pero ahora que había terminado el bachillerato, era libre de tocar lo que le apeteciera, y lo que más le gustaba era el *swing*. Imitaba el estilo de Artie Shaw. Copiaba la postura llena de vivacidad de Shaw, que se inclinaba hacia atrás como impulsado por la fuerza de su propia música. Ahora, en la ventana, describía con el instrumento los círculos precisos y caligráficos de Shaw. Miraba a lo largo de la reluciente madera negra, apuntando a la casa de la que le separaban dos jardines, y sobre todo al rostro tímido, pálido, miope y emocionado que se veía por la ventana del tercer piso. Tres ramas y

el tendido del teléfono obstaculizaban su campo visual, pero alcanzaba a ver su larga melena negra, que brillaba igual que su clarinete.

Ella no agitó la mano. No dio señal alguna —aparte de sonreír— de que le había oído. En los jardines del vecindario, la gente siguió con lo que estaba haciendo, ajena a la serenata. Unos regaban el césped, otros llenaban el comedero de los pájaros; los niños cazaban mariposas. Cuando Milton concluyó la canción, se quitó el instrumento de la boca y se apoyó en la ventana, sonriendo. Y luego empezó otra vez, desde el principio.

Abajo, atendiendo a unas visitas, Desdémona oyó el clarinete de su hijo y, como orquestando una armonía, dejó escapar un largo suspiro. Gus y Georgia Vasilakis, con su hija Gaia, llevaban cuarenta y cinco minutos sentados en la sala de estar. Era domingo. En la mesa de centro, un plato de gelatina rosa reflejaba la luz de las chispeantes copas de vino que bebían los adultos. Gaia hacía durar un vaso de *ginger ale* Vernor, que ya se había entibiado. En la mesa también había una lata abierta de galletas de mantequilla.

—¿Y a ti qué te parece eso, Gaia? —dijo su padre, tomándole el pelo—. Milton tiene los pies planos. ¿Crees que eso nos agua los planes?

—Papáaa... —repuso Gaia, avergonzada.

—Mejor tener los pies planos que volver a casa con los pies por delante —intervino Lefty.

—Eso es verdad —convino Georgia Vasilakis—. Tenéis suerte de que no hayan admitido a Milton. A mí no me parece ningún deshonor. No sé lo que haría si me mandaran un hijo a la guerra.

De cuando en cuando, a lo largo de la conversación, Desdémona daba unas palmaditas en la rodilla a Gaia Vasilakis y decía:

—Miltie va a venir pronto. No tardará.

Lo llevaba diciendo desde que llegaron sus invitados. Lo repetía todos los domingos desde hacía mes y medio, y no sólo a Gaia Vasilakis. Se lo había dicho a Jeanie Diamond, que había ido el domingo anterior con sus padres, y también a Vicky Logathetis, que los había visitado dos semanas atrás.

Desdémona acababa de cumplir cuarenta y tres años y, al estilo de las mujeres de su generación, era prácticamente una anciana. El gris se había infiltrado en su pelo. Había empezado a llevar gafas sin montura que le agrandaban un tanto los ojos, dándole un aire de consternación mayor del que ya tenía. Su tendencia a la preocupación (últimamente agravada por la música *swing* que sonaba allá arriba) había causado la vuelta de su taquicardia. Y ahora las palpitaciones eran cosa de todos los días. En la inquietud del momento, sin embargo, Desdémona era de una frenética actividad, siempre guisando, limpiando, adorando a sus hijos y a los hijos de los demás, siempre gritando a pleno pulmón, llena de ruido y de vida.

Pese a las gafas graduadas, mi abuela veía el mundo desenfocado. Desdémona no entendía por qué había estallado la guerra. En Esmirna, Japón había sido el único país en enviar barcos para rescatar a los refugiados. Mi abuela mantenía hacia los japoneses un eterno sentimiento de gratitud. Cuando alguien sacaba en la conversación el ataque sorpresa a Pearl Harbor, ella argumentaba:

—No me hables de una isla perdida en medio del océano. ¿Es que este país no es bastante grande que tiene que tener también todas las islas?

Daba igual el sexo de la Estatua de la Libertad. En todas partes era lo mismo: los hombres con sus guerras. Afortunadamente, el ejército había rechazado a Milton. En vez de a la guerra, iba a una escuela nocturna y por el día echaba una mano en el bar. El único uniforme que llevaba era el de los *boy scouts*, organización en la que era jefe de patrulla. De vez en cuando llevaba a sus exploradores de acampada, al norte.

Al cabo de otros cinco minutos, Milton seguía sin aparecer. Desdémona se disculpó y subió la escalera. Se detuvo frente a la habitación de su hijo, frunciendo el ceño ante la música que salía del interior. Y luego, sin llamar, entró.

Frente a la ventana, el clarinete erecto, Milton tocaba, ajeno a todo. Sus caderas oscilaban de manera indecorosa y los labios le brillaban tanto como el pelo. Desdémona cruzó la habitación con aire resuelto y cerró la ventana de golpe.

—Vamos, Miltie —ordenó—. Gaia está abajo.

—Estoy practicando.

—Practica después.

Con los ojos entornados, miró hacia la Pensión O'Toole, al otro lado del jardín. En el tercer piso creyó ver una cabeza que se escondía rápidamente detrás de la ventana, pero no estaba segura.

—¿Por qué siempre tocas en la ventana?

—Porque tengo calor.

—¿Calor, de qué? —preguntó Desdémona, alarmada.

—De tocar.

—Venga —bufó ella—, Gaia te ha traído galletas.

Mi abuela ya llevaba un tiempo sospechando de la creciente intimidad entre Milton y Tessie. Notaba la atención que Milton dedicaba a la muchacha siempre que Surmelina y ella iban a cenar. De pequeños, Zoë siempre había sido la mejor amiga y compañera de juegos de Tessie. Pero ahora era Milton con quien Tessie se sentaba en el balancín del porche para columpiarse.

—¿Por qué ya no vas con Tessie? —había preguntado Desdémona a Zoë.

—Está ocupada —respondió Zoë, con cierto resentimiento.

Eso fue lo que reprodujo la taquicardia a mi abuela. Después de todo lo que había hecho para reparar su delito, después de haber convertido su matrimonio en un páramo glacial y permitido que un cirujano le ligara las trompas de Falopio, aún no

había logrado desprenderse de la consanguinidad. De manera que, horrorizada, mi abuela reanudó una actividad en la cual ya había probado antes sus capacidades, con resultado no muy alentador. Desdémona estaba haciendo otra vez de casamentera.

De domingo en domingo, como en la casa de Bitinio, un desfile de muchachas en edad de merecer pasaba por la calle Hurlbut. La única diferencia era que no se trataba de las dos mismas chicas multiplicadas una y otra vez. En Detroit, Desdémona tenía un amplio surtido donde elegir. Había muchachas con voces chillonas o de contralto, mozas regordetas y delgaditas, chicas aniñadas que llevaban relicarios con algún mechón de pelo y otras que ya eran viejas antes de tiempo y trabajaban de secretarias en empresas de seguros. Estaba Sophie Georgopoulos, que tenía unos andares extraños desde que puso los pies sobre unas brasas, durante una excursión al campo, y estaba Mathilda Livanos, con el supremo aburrimiento de las chicas guapas, que no había mostrado interés alguno por Milton y ni siquiera se había lavado el pelo. Semana tras semana, iban a aquella casa animadas u obligadas por sus padres, y semana tras semana Milton Stephanides se disculpaba para subir a su habitación y tocar el clarinete asomado a la ventana.

Ahora, con Desdémona detrás de él, conduciéndolo al redil, bajó a ver a Gaia Vasilakis. Sentada entre sus padres en el sofá de color espuma de mar, excesivamente relleno, había una chica grande, que llevaba un vestido de crinolina blanco con dobladillo de volantes y mangas abombadas. Sus cortos calcetines blancos también tenían volantes. A Milton le recordaron el pañito de encaje que cubría la tapa del cubo de la basura del baño.

—Vaya, qué cantidad de medallas tiene Milton —observó Gus Vasilakis.

—Para ser Águila de los *boy scouts* sólo le falta una —informó Lefty.

—¿Y cuál es?

—Natación —contestó Milton—. No sé nadar ni con flotador.

—A mí tampoco se me da muy bien nadar —dijo Gaia, sonriendo.

—Toma una galleta, Miltie —le instó Desdémona.

Milton miró la lata y cogió una galleta.

—Las ha hecho Gaia —insistió Desdémona—. ¿Te gustan?

Milton masticó con aire meditabundo. Al cabo de un momento, levantó el brazo e hizo el saludo de los *boy scouts*.

—No puedo decir mentiras —afirmó—. Las galletas están asquerosas.

¿Hay algo tan increíble como la historia de amor de los propios padres? ¿Algo tan difícil de entender como el hecho de que esos dos jugadores que estaban para el arrastre, siempre en la lista de lesionados, se encontraran una vez en la alineación para el partido de copa? Resulta imposible imaginar a mi padre, cuyo entusiasmo sólo se despertaba, que yo supiera, con la baja de los tipos de interés, víctima de las

agudas pasiones de la carne, propias de la adolescencia. Milton tumbado en la cama, soñando con mi madre de la misma manera con que yo soñaría más tarde con el Oscuro Objeto.

Milton escribiendo cartas de amor e incluso —después de leer en la escuela nocturna «A su tímida amada» de Marvel— *poemas* de amor. Milton mezclando la metafísica de la era isabelina con la rima fácil de Edgar Bergen:

Sorprendes, Tessie Zizmo, tanto  
como un nuevo y mecánico aparato  
que un directivo de la General Electrica un amigo regala.  
La Exposición Universal de ti podría hacer gala...

Incluso mirando atrás con ojos de hija indulgente, tengo que admitirlo: mi padre nunca fue guapo. A los dieciocho años tenía una alarmante delgadez de tísico. La cara salpicada de manchas. Bajo los melancólicos ojos, la piel ya se le estaba ensombreciendo, formando bolsas. Mentón débil, nariz excesivamente desarrollada, pelo engominado tan denso y reluciente que parecía un postre de gelatina. Milton, sin embargo, no era consciente de ninguna de aquellas deficiencias físicas. Poseía una imperturbable confianza en sí mismo que le protegía como un caparazón de los embates del mundo.

El atractivo físico de Teodora saltaba más a la vista. Había heredado la belleza de Surmelina a menor escala. Sólo medía un metro sesenta de estatura, de cintura estrecha y poco pecho, con un largo cuello de cisne que soportaba una bonita cabeza en forma de corazón. Si Surmelina siempre había sido una norteamericana de tipo europeo, una especie de Marlene Dietrich, Tessie era la hija plenamente americanizada que la Dietrich pudo haber tenido. Presentaba unos rasgos típicos, incluso un tanto rústicos, que se reflejaban hasta en la ligera grieta que se le veía entre los dientes y en la nariz respingona. El parecido familiar suele saltarse una generación. Yo parezco más griego que mi madre. En cierto modo, Tessie era un poco del Sur, y se había refinado mucho. Decía cosas como «caray» y «recórcholis». Como Lina trabajaba todo el día en la floristería, cuando era pequeña la dejaba al cuidado de una serie de mujeres mayores, muchas de ellas procedentes de Kentucky y de ascendencia escocesa o irlandesa, con lo que se le pegó una especie de acento nasal. En comparación con los rasgos fuertes y masculinos de Zoë, Tessie tenía una apariencia típicamente americana, y en parte eso fue seguramente lo que atrajo a mi padre.

El salario que Surmelina recibía en la floristería no era muy elevado. Madre e hija se vieron obligadas a hacer economías. En tiendas de segunda mano, Surmelina solía buscar conjuntos propios de coristas de Las Vegas. Tessie elegía ropa cómoda y



práctica. En la Pensión O'Toole remendaba faldas de lana y lavaba blusas a mano; depilaba jerséis y lustraba zapatos. Pero a esas prendas nunca se les quitaba el tenue olor a ropavejero. (Se quedaba pegado al cuerpo, como comprobé años más tarde, cuando me eché a la carretera). Aquel olor se conjugaba con el hecho de ser huérfana de padre, y con el de criarse en la pobreza.

Jimmy Zizmo: lo único que quedaba de él estaba en el cuerpo de Tessie. Como él, era de constitución delicada y, aunque sedoso, tenía el pelo negro como el suyo. Si no se lo lavaba lo suficiente se le ponía grasiento y, al oler la almohada, pensaba: «A lo mejor es así como olía mi padre». En invierno le salían úlceras en la boca (contra las que Zizmo tomaba vitamina C). Pero Tessie tenía la piel muy blanca y se quemaba enseguida al sol.

Desde que Milton era capaz de recordar, Tessie había ido a su casa llevando los rígidos y clericales atuendos que su madre encontraba tan divertidos.

—Fíjate en la pareja que hacemos —decía Lina—. Igual que la comida china. Agridulce.

A Tessie no le gustaba que Lina dijera esas cosas. Ella no creía que tuviese nada de agria; sólo era como se debía ser. Y deseaba que su madre también se comportara más como era debido. Cuando bebía una copa de más, era ella quien la llevaba a casa, la desnudaba y la acostaba. Como Lina era una exhibicionista, Tessie se había convertido en mirona. Como Lina era escandalosa, Tessie se había hecho discreta. Y también tocaba un instrumento: el acordeón. Lo tenía guardado en su estuche, bajo la cama. Lo sacaba de cuando en cuando, metiéndose las correas por los hombros para que el enorme instrumento, de extenso teclado, no se le cayera al suelo. Casi abultaba tanto como ella, y lo tocaba diligentemente y bastante mal, siempre con un saborcillo de tristeza carnavalesca.

De niños, Milton y Tessie habían compartido la misma habitación y la bañera, pero de aquello hacía mucho tiempo. Hasta hacía poco, Milton sólo consideraba a Tessie como su prima repipi. Siempre que alguno de sus amigos manifestaba algún interés por ella, Milton le aconsejaba que abandonara la idea.

—No es un dulce que se deshaga en la boca —decía, al estilo de Artie Shaw—. Sino un hueso duro de roer.

Y entonces un día volvió Milton a casa con unas lengüetas que acababa de comprar en la tienda de música. Colgó el abrigo en la percha del vestíbulo, sacó las lengüetas e hizo una bola con la bolsa de papel. Se dirigió a la sala de estar y ensayó una canasta de las que deciden un partido. La bola de papel cruzó la estancia, chocó contra el borde de la papelera y cayó fuera, momento en el cual oyó una voz:

—Será mejor que sigas dedicándote a la música.

Milton miró a ver quién era. Y lo vio. Pero quien había hablado no era la misma que había sido.

Teodora estaba tumbada en el sofá, leyendo. Llevaba un vestido de primavera, estampado con flores rojas. Iba descalza, y entonces fue cuando Milton lo vio: las uñas de los pies pintadas de rojo. A Milton jamás se le habría pasado por la cabeza que su prima era de aquellas chicas que se pintaban las uñas de los pies. El esmalte encarnado le daba aire de mujer, mientras que el resto de su persona —los brazos pálidos y delgados, el cuello frágil— seguía siendo tan infantil como siempre.

—Estoy vigilando el asado —explicó ella.

—¿Dónde está mi madre?

—Ha salido.

—¿Que ha salido? Si nunca sale.

—Pues hoy sí.

—¿Dónde está mi hermana?

—Haciendo un recado. —Tessie observó el estuche que llevaba su primo—. ¿Ése es tu clarinete?

—Sí.

—Toca algo para mí.

Milton dejó el estuche en el sofá. Al abrirlo y sacar el clarinete, se dio cuenta de que Tessie iba sin medias. Insertó la boquilla e hizo ejercicios de calentamiento, pasando los dedos sobre las teclas del instrumento. Y entonces, movido por un impulso irresistible, se inclinó, puso el extremo del clarinete sobre la rodilla desnuda de Tessie y tocó una nota larga.

Ella dio un grito, apartando la pierna.

—Eso era un re bemol —informó Milton—. ¿Quieres oír un re sostenido?

Tessie tenía la mano sobre la rodilla, que todavía le zumbaba. La vibración del clarinete le produjo un escalofrío que le había subido por el muslo. Tenía una sensación extraña, como si estuviera a punto de soltar una carcajada, pero no rió. Miraba fijamente a su primo, pensando: ¿Es que te vas a quedar mirándolo como una tonta? Todavía tiene granos en la cara, pero se considera irresistible. ¿Por qué se lo tiene tan creído?

—Vale —contestó al fin.

—Muy bien —dijo Milton—. Re sostenido. Ahí va.

Aquel primer día fue en las rodillas. El siguiente domingo, Milton se acercó a Tessie por detrás, le apoyó el clarinete en el codo y sopló. El sonido salió amortiguado. Se le alborotaron mechones de pelo. Tessie gritó, pero no muy fuerte.

—Eso es —dijo Milton, aún de pie a su espalda.

Y así empezó todo. Tocó «Begin the Beguine» apoyándole el clarinete en la clavícula. Le tocó «Moonface» en las suaves mejillas. Poniéndoselo justo sobre las uñas de los pies, pintadas de rojo, que tanto le habían embelesado, tocó «It Goes to Your Feet». Con un sigilo que no reconocían, Milton y Tessie se retiraban a lugares

apartados de la casa y allí, levantándose un poco la falda, quitándose un calcetín o, una vez, cuando no había nadie en casa, alzándose la blusa para dejar al descubierto la parte baja de la espalda, Tessie dejaba que Milton le apoyara el clarinete en la piel y le llenara el cuerpo de música. Al principio sólo le hacía cosquillas. Pero al cabo del tiempo las notas fueron calando más adentro. Sentía que las vibraciones le atravesaban los músculos, emitiendo ondas y llegándole a los huesos y los órganos vitales, que empezaban a cascabelear y canturrear.

Milton tocaba el clarinete con los mismos dedos con que hacía el saludo de los *boy scouts*, pero sus pensamientos estaban lejos de ser saludables. Jadeando, inclinado sobre Tessie con temblorosa concentración, movía el clarinete en círculos, como un encantador de serpientes. Y Tessie era una cobra, hipnotizada, domesticada, embelesada por el sonido. Finalmente, una tarde que se quedaron solos, Tessie, su recatada prima, se tumbó de espaldas. Se puso un brazo sobre la cara.

—¿Dónde toco? —inquirió Milton en un susurro, la boca demasiado seca para tocar nada.

Tessie se desabrochó un botón de la blusa y, con voz estrangulada, dijo:

—En el estómago.

—No sé ninguna canción que hable del estómago —aventuró Milton.

—En las costillas, entonces.

—No sé canciones sobre costillas.

—¿El esternón?

—Nadie ha escrito nunca una canción sobre el esternón, Tess.

Se desabrochó más botones, cerrando los ojos. Y en apenas un murmullo:

—¿Y ahí?

—Ésa me la sé —aseguró Milton.

Cuando no tenía ocasión de tocar sobre la piel de Tessie, Milton abría la ventana de su habitación y le daba una serenata a distancia. A veces llamaba a la pensión y preguntaba a la señora O'Toole si podía hablar con Teodora.

—Un momento —contestaba la señora O'Toole, que gritaba hacia las escaleras —: ¡Teléfono para Zizmo!

Milton oía el ruido de pies que bajaban corriendo la escalera y luego la voz de Tessie, que preguntaba quién era. Y él empezaba a tocar el clarinete en el teléfono.

(Años después, mi madre recordaba la época en que la cortejaba un clarinete.

—Tu padre no tocaba muy bien. Dos o tres canciones, y se acabó.

—Pero ¿qué dices? —protestaba Milton—, tenía todo un repertorio.

Y empezaba a silbar «Begin the Beguine», haciendo trinos en la melodía para evocar el vibrato del clarinete y moviendo los dedos en el aire como si tocara.

—¿Por qué ya no me das más serenatas? —le preguntaba Tessie.

Pero Milton pensaba en otra cosa.

—¿Qué pasó con aquel clarinete mío?

Y entonces, Tessie:

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Esperas que sepa adónde va a parar todo?

—¿Está en el sótano?

—¡A lo mejor lo he tirado a la basura!

—¿Que lo has tirado? ¿Y por qué coño lo has tirado?

—¿Qué pretendes hacer, Milt? ¿Practicar? Porque entonces eras incapaz de tocar el puñetero instrumento).

Todas las serenatas de amor tienen un final. Pero en 1944, la música no podía parar. En el mes de julio, cuando el teléfono sonaba en la Pensión O'Toole, a veces se oía por el auricular otra especie de canción de amor: «*Kirie eleison, Kirie eleison*». Una voz suave, casi tan femenina como la de Tessie, susurrando amorosamente a unas manzanas de distancia. Y luego, Michael Antoniou preguntaba:

—¿Qué te ha parecido?

—Sensacional —decía mi madre.

—¿De verdad?

—Igual que en la iglesia. Casi me lo he creído.

Lo que me lleva al enredo final de aquel año rebosante de conspiraciones. Preocupada por lo que iba habiendo entre Milton y Tessie, mi abuela no sólo trataba de casar a Milton con otra. Aquel verano también había elegido marido para Tessie.

Michael Antoniou —el padre Mike, como se le llamaría en nuestra familia— era por aquella época seminarista en la Escuela de Teología Ortodoxa Griega de la Santa Cruz en Pomfret, Connecticut. De vuelta a casa para pasar el verano, había estado prestando mucha atención a Tessie Zizmo. En 1933, la iglesia de la Ascensión ya no estaba en el local comercial que había ocupado en la calle Hart. Ahora la parroquia tenía una iglesia como era debido, en Vernor Highway, a poca distancia de Beniteau. De ladrillo amarillento, tenía tres cúpulas de color gris perla, en forma de gorros, y un sótano para reuniones. A la hora del café, Michael Antoniou le contaba a Tessie cómo era la vida en el seminario, instruyéndola sobre los aspectos menos conocidos de la ortodoxia griega. Le habló de los monjes del Monte Atos, sin perras ni gatas, ni serpientes hembra.

—Un régimen algo estricto para mi gusto —explicó Michael Antoniou, sonriendo de manera significativa a Tessie—. Yo sólo quiero ser un cura de parroquia. Casado y con hijos.

A mi madre no la sorprendía que mostrase interés por ella. Como era de corta estatura, estaba habituada a que los bajitos la sacaran a bailar. No le hacía gracia que se fijaran en ella por su virtud ni por su estatura, pero Michael Antoniou era insistente. Y quizá no fuese tras ella porque era la única chica más baja que él. Puede que respondiera a la necesidad que manifestaban los ojos de Tessie, a su desesperado

anhelo de creer que existía algo en vez de nada.

Desdémona aprovechó la oportunidad.

—Mickey es griego, buen chico —aseguró a Tessie—. ¡Y va a ser cura!

Y a Michael Antoniou:

—Tessie es pequeña pero fuerte. ¿Con cuántos platos calculas que puede cargar, padre Mike?

—Todavía no soy padre, señora Stephanides.

—Dime cuántos, por favor. ¿Seis? ¿Nada más que seis? —Y levantando ahora las dos manos abiertas—: ¡Diez! Tessie es capaz de cargar con diez platos. Nunca rompe nada.

Empezó a invitar a Michael Antoniou a comer los domingos. La presencia del seminarista inhibía a Tessie, que ya no se escapaba al piso de arriba en busca de clases particulares de *swing*. Milton, resentido por el cambio de situación, lanzaba pullas desde el otro lado de la mesa del comedor.

—Supongo que aquí, en América, debe de ser mucho más difícil ser cura.

—¿A qué te refieres? —preguntó Michael Antoniou.

—Pues a que en el país de nuestros antepasados la gente no tiene mucha cultura —repuso Milton—, todos creen lo que les cuentan los curas. Aquí es distinto. La gente puede ir a la universidad y aprender a pensar por sí misma.

—La Iglesia no pretende que sus fieles no piensen —replicó Michael, sin ofenderse—. Lo que pasa es que cree que no adelantarán mucho pensando. Donde termina el pensamiento, empieza la revelación.

—*Jrisóstomos!* —exclamó Desdémona—. Eres un pico de oro, padre Mike.

—Yo diría que donde termina el pensamiento, empieza la estupidez —insistió Milton.

—La gente no puede vivir sin historias, Milt —repuso el padre Michael Antoniou en tono amable y comprensivo—. ¿Qué es lo primero que dice un niño cuando aprende a hablar? «Cuéntame un cuento». Así es como entendemos quiénes somos, de dónde venimos. ¿Son sólo cuentos, Milt? No sólo eso. Las historias lo son todo. ¿Y cuál es la historia que cuenta la Iglesia? La respuesta es muy fácil. La historia más grandiosa jamás contada.

Mi madre, que escuchaba el debate, no pudo dejar de percibir el marcado contraste entre los dos pretendientes. Por un lado, la fe; por el otro, escepticismo. Por un lado, amabilidad; por el otro, hostilidad. Un joven de corta estatura, había que reconocerlo, pero de aspecto agradable, contra un muchacho escuálido, lleno de granos y con unas ojeras como las de un lobo hambriento. Michael Antoniou ni siquiera había intentado besar a Tessie, mientras que Milton la había pervertido con un instrumento de viento. Como lenguas de fuego le pasaban el re bemol y el la sostenido por las corvas, por el cuello, justo por debajo del ombligo..., la lista la

llenaba de vergüenza. Aquel mismo día, por la tarde, Milton fue a su encuentro.

—Tengo una canción nueva para ti, Tess. Me la acabo de aprender hoy mismo.

—Márchate —le dijo Tessie.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es... Es que... —Trató de pensar en el dictamen más condenatorio—. ¡No está bien!

—Eso no es lo que dijiste la semana pasada.

Milton movía el clarinete, ajustando la lengüeta y guiñando un ojo, hasta que Tessie, finalmente, estalló:

—¡No quiero hacerlo más! ¿Entiendes? ¡Déjame en paz!

Durante el resto del verano, Michael Antoniou fue todos los sábados a la Pensión O'Toole a recoger a Tessie. Le cogía el bolso y, mientras paseaban, lo hacía oscilar por la correa como si fuese un incensario.

—Hay que hacerlo como es debido —le dijo—. Si no lo agitas con el suficiente impulso, la cadena se tuerce y se caen las brasas.

Caminando por la calle, mi madre trataba de no hacer caso de la vergüenza que le daba que la vieran en público con un hombre que iba agitando su bolso. En la heladería del *drugstore* vio cómo se remetía una servilleta por el cuello de la camisa antes de comerse el helado. En vez de zamparse la guinda, como habría hecho Milton, siempre se la daba a ella. Y luego, al acompañarla a casa, le apretaba la mano mirándola sinceramente a los ojos.

—Gracias por otra tarde deliciosa. Nos veremos mañana, en la iglesia.

Dicho lo cual se marchaba, con las manos enlazadas a la espalda. Ejercitándose en caminar como un cura.

Y cuando lo perdía de vista, Tessie entraba en casa y subía las escaleras hasta su habitación. Se tumbaba en el sofá a leer. Una tarde, incapaz de concentrarse, dejó de leer y se puso el libro abierto sobre la cara. En aquel preciso momento, fuera, empezó a sonar un clarinete. Tessie escuchó durante un rato, sin moverse. Finalmente, alzó la mano para quitarse el libro de la cara. Pero no llegó a su destino. La mano ondeó en el aire, como dirigiendo la música, y luego, sensatamente, con desesperada resignación, cerró de golpe la ventana.

—¡Bravo! —gritó Desdémona por teléfono unos días después. Y, apretándose el auricular contra el pecho, explicó—: ¡Mickey Antoniou acaba de declararse a Tessie! ¡Se han comprometido! Se casarán en cuanto Mickey acabe el seminario.

—No parece muy entusiasmado —dijo Zoë a su hermano.

—¿Por qué no cierras el pico?

—No te enfades conmigo —dijo ella, ajena al futuro—. Yo no voy a casarme con él. Primero tendrían que matarme.

—Si quiere casarse con un cura —sentenció Milton—, pues que se case. Que se

vaya a hacer puñetas.

Con la cara colorada, se levantó de la mesa y salió disparado escaleras arriba.

Pero ¿por qué hizo mi madre semejante cosa? Nunca logró explicarlo. Los motivos que llevan al matrimonio no están siempre muy claros para los protagonistas. De manera que sólo puedo hacer conjeturas. Lo que buscaba mi madre, que se crió sin padre, a lo mejor era un sustitutivo. Puede que casarse con un cura fuese una de las innumerables cosas que mi madre hizo para creer en Dios. Es posible, también, que la decisión de Tessie obedeciese simplemente a consideraciones de orden práctico. Una vez preguntó a Milton lo que pensaba hacer en la vida.

—A lo mejor me quedo con el bar de mi padre.

Encima de las demás diferencias, estaba ésa: camarero, cura.

Imposible imaginar que mi padre llorase a causa de una decepción amorosa. Imposible pensar que se negara a comer. Imposible, también, creer que llamara una y otra vez a la pensión hasta que, finalmente, la señora O'Toole le dijo:

—Mira, cariño. No quiere hablar contigo. ¿Lo entiendes?

—Sí —contestó Milton, tragando saliva—. Lo entiendo.

—El mar está lleno de peces.

Imposible suponer cualquiera de esas cosas, pero eso fue exactamente lo que pasó.

Puede que la metáfora marítima de la señora O'Toole le diera una idea. Una semana después del compromiso de Tessie, un caluroso martes por la mañana, Milton guardó para siempre el clarinete y se dirigió a la plaza Cadillac para cambiar su uniforme de los *boy scouts* por otro diferente.

—Bueno, ya está hecho —anunció a su padres aquella noche durante la cena—. Me he alistado.

—¿En el ejército! —exclamó Desdémona, horrorizada—. ¿Por qué, cariño?

—La guerra casi ha terminado —observó Lefty—. Hitler está acabado.

—Yo de Hitler no sé nada. Es de Hirohito de quien me tengo que preocupar. Me he alistado en la Marina. No en el ejército.

—¿Y tus pies? —gritó Desdémona.

—No me han preguntado por los pies.

Mi abuelo, que había pasado por lo de las serenatas lo mismo que pasaba por todo, consciente de su importancia pero escéptico sobre la conveniencia de intervenir, fulminó a su hijo con la mirada.

—Eres muy estúpido, ¿sabes, jovencito? ¿Crees que se trata de algún juego?

—No, padre.

—Es una guerra. ¿Crees que es divertida una guerra? ¿Una especie de broma que puedes gastar a tus padres?

—No, padre.

—Ya verás la clase de broma que es.

—¡La Marina! —siguió gimiendo Desdémona—. ¿Y si se hunde tu barco?

—Preferiría que no lo hubieses hecho, Milton —dijo Lefty, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Vas a dar a tu madre tantas preocupaciones, que se va a poner enferma.

—No me pasará nada —aseguró Milton.

Mirando a su hijo, Lefty contempló una penosa escena: se vio a sí mismo veinte años atrás, lleno de un optimismo arrogante y estúpido. Sintiendo que un estilete de miedo lo atravesaba de parte a parte, no pudo hacer otra cosa que responder airadamente.

—Muy bien, vale. Vete a la Marina. Pero ¿sabe usted lo que se le ha olvidado, señor Águila Scout? —señaló al pecho de Milton y concluyó—: Se te ha olvidado que nunca has ganado una medalla de natación.



## NOTICIAS DEL MUNDO



Esperé tres días antes de volver a llamar a Julie. Eran las diez de la noche y ella seguía trabajando en su estudio. No había cenado, así que le sugerí que fuéramos a tomar algo. Quedamos en que pasaría a recogerla. Esta vez, me dejó pasar. Su estudio estaba todo desordenado, asustaba semejante caos, pero nada más dar unos pasos me olvidé de todo. Mi atención quedó prendida en las paredes. Clavadas con chinchetas había cinco o seis enormes copias de prueba que mostraban el paisaje industrial de una planta química. Julie había fotografiado la fábrica desde una grúa, de manera que el espectador tenía la sensación de estar flotando por encima de las chimeneas y las serpenteantes tuberías.

—Vale, ya está bien —dijo ella, empezando a empujarme hacia la puerta.

—Un momento —protesté—. Me encantan las fábricas. Soy de Detroit. Para mí esto es como una foto de Ansel Adams.

—Ahora ya lo has visto —insistió ella, haciéndome salir, encantada, incómoda, sonriente, decidida.

—Tengo una de Bernd y Hilla Becher colgada en el cuarto de estar —me ufané.

—¿Tienes una de Bernd y Hilla Becher?

Dejó de empujarme.

—Es una vieja fábrica de cemento.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Julie, cediendo—. Te diré de dónde son. De la fábrica I. G. Farben. —Torció el gesto y añadió—: Me temo que sea la obra típica de una norteamericana.

—La industria del holocausto. ¿Te refieres a eso?

—No he leído ese libro, pero sí.

—Claro que si has hecho siempre fábricas, entonces es diferente —le dije—. En este caso no te has limitado a copiar. Si las fábricas son el tema de tu obra, ¿cómo podrías *dejar de hacer* I. G. Farben?

—¿Crees que está bien?

Señalé las copias de la pared.

—Son muy buenas.

Nos quedamos inmóviles, mirándonos en silencio y, sin pensarlo, me incliné hacia delante y la besé levemente en los labios.

Cuando acabó el beso, Julie puso los ojos como platos.

—Cuando nos conocimos pensé que eras marica.

—Sería por el traje.

—Se me disparó la alarma contra maricas. —Sacudió la cabeza—. Con eso de ser la última parada, siempre voy con recelo.

—¿La última qué?

—¿No lo has oído nunca? Las chicas asiáticas son la última parada. A los maricas de tapadillo les gustan las asiáticas porque tienen cuerpo de chico.

—Tú no tienes cuerpo de chico —aseguré.

Aquello avergonzó a Julie. Desvió la vista.

—¿Es que te han perseguido muchos maricas encubiertos? —le pregunté.

—Dos en la facultad, tres en el curso de posgrado.

Sólo pude responder con otro beso.



Para proseguir con la historia de mis padres, tengo que avivar un recuerdo doloroso para todo grecoamericano: Michael Dukakis subido a un carro de combate. ¿Se acuerdan de eso? Una sola imagen que sentenció nuestras esperanzas de que un griego entrara en la Casa Blanca: Dukakis, con un casco que le estaba grande, saltando a la torreta de un M-41 Walker Bulldog. Intentando adoptar un aire presidencial pero ofreciendo, en cambio, el aspecto de un niño subiéndose al tiovivo de una verbena. (Cada vez que un griego se acerca al Despacho Oval, algo sale mal. Primero fue Agnew con la evasión fiscal, y luego Dukakis con el carro de combate). Antes de que Dukakis se encaramase a aquel vehículo blindado, antes de que se quitara el traje de J. Press para ponerse el uniforme de faena, todos experimentábamos —me refiero a mis paisanos grecoamericanos, les guste o no— una sensación de júbilo. ¡Aquel hombre era el candidato demócrata a la presidencia de Estados Unidos! ¡Era de Massachusetts, como los Kennedy! Practicaba una religión más extraña que el catolicismo, pero nadie aludía a ello. Estábamos en 1988. A lo mejor había llegado finalmente el momento en que cualquiera —o al menos otro distinto de los de siempre— podía ser presidente. ¡Fíjense en los banderines del congreso del Partido Demócrata! Observen las pegatinas que todos los Volvos llevan en el parachoques. «Dukakis». ¡Un nombre con más de dos vocales, candidato a la presidencia! La última vez que había ocurrido eso fue con Eisenhower (que ofrecía buena estampa subido a un carro blindado). En términos generales, a los estadounidenses les gusta que sus presidentes no tengan más de dos vocales. Truman. Johnson. Nixon. Clinton. Si tienen más de dos (Reagan), no han de rebasar las dos sílabas. Y mejor aún si sólo tienen una sílaba y una vocal: Bush. Entonces repiten. ¿Por qué decidió Mario Cuomo no presentarse a la presidencia? ¿A qué conclusión llegó cuando se retiró a considerar detenidamente el asunto? A diferencia de Michael

Dukakis, que era del libresco Massachusetts, Mario Cuomo era de Nueva York, y sabía de qué iba la cosa. Cuomo era consciente de que no podía ganar. Demasiado liberal para el momento, desde luego. Pero también demasiadas vocales.

Encaramado al carro de combate, Michael Dukakis avanzó hacia un grupo de fotógrafos y hacia su ocaso político. Por dolorosa de recordar que sea, debo sacar a relucir esa imagen por ciertos motivos. A ella se parecía, más que a otra cosa, mi recién alistado padre, el marinero de segunda clase Milton Stephanides, mientras iba zarandeándose en una lancha de desembarco frente a la costa de California en el otoño de 1944. Como Dukakis, Milton era casi todo casco. Como a Dukakis, parecía que a Milton le había abrochado su madre el barboquejo. Como Dukakis, Milton llevaba en el semblante la creciente sensación de haberse equivocado. Milton tampoco podía bajarse de su vehículo en marcha. El también avanzaba hacia la aniquilación. La única diferencia consistía en la ausencia de fotógrafos, porque era noche cerrada.

Un mes después de incorporarse a la Marina de Estados Unidos, Milton se encontró acantonado en la base naval de Coronado, en San Diego. Era miembro de las Fuerzas Anfibas, cuya misión consistía en transportar tropas a Extremo Oriente y asistirles en la invasión de las playas. La tarea de Milton —afortunadamente sólo en maniobras— era arriar la lancha de desembarco al costado del buque de transporte. A lo largo de un mes, durante seis días a la semana y diez horas diarias eso era lo que había estado haciendo: arriar al mar lanchas llenas de soldados en diversas condiciones meteorológicas.

Y cuando no arriaba lanchas de desembarco, se encontraba en el interior de alguna. Tres o cuatro noches por semana hacían maniobras de desembarco nocturno. Una operación sumamente compleja. La costa de Coronado era traicionera. A los inexpertos pilotos les costaba trabajo dirigir las embarcaciones hacia las balizas que señalaban las playas, y a menudo se empotraban contra las rocas.

Aunque el casco le impedía ver el presente, le ofrecía una buena visión del futuro. Pesaba tanto como una bola de jugar a los bolos. Era tan grueso como la chapa de un coche. Había que ponérselo en la cabeza, como un sombrero, pero no tenía nada de sombrero. En contacto con el cráneo, el casco del ejército transmitía imágenes directamente al cerebro. Solían ser de objetos cuya entrada debía impedir el propio casco. Balas, por ejemplo. Y metralla. El casco cerraba la mente a la contemplación de esas realidades fundamentales.

Y tratándose de una persona como mi padre, se empezaba a pensar en la manera de escapar a tales realidades. Al cabo de la primera semana de instrucción, Milton comprendió que había cometido un tremendo error al alistarse en la Marina. El combate no podía ser mucho más peligroso que aquellas maniobras. Todas las noches había algún herido. El oleaje lanzaba a los muchachos contra la borda. Algunos se

caían de la lancha y la corriente los arrastraba hacia el fondo. La semana anterior se había ahogado un chico de Omaha.

De día hacían instrucción en la playa, jugando al fútbol americano con las botas de campaña para fortalecer las piernas, y de noche tenían maniobras. Exhausto, mareado, cargando con una pesada mochila, Milton se encontraba junto a los demás, todos apretados en la lancha como sardinas en lata. Siempre había querido ser americano y ahora tenía ocasión de ver de cerca cómo eran sus compatriotas. Y no tenía más remedio que soportar su estúpida charla, sus lascivos comentarios provincianos. Pasaban horas en las lanchas, zarandeándose para todos lados, empapados de agua. Se acostaban a las tres o las cuatro de la mañana. Luego salía el sol y era hora de volver a repetirlo todo otra vez.

¿Por qué se había alistado en la Marina? Por venganza, para escapar. Quería desquitarse de Tessie y deseaba olvidarla. No había conseguido ninguna de las dos cosas. El embotamiento de la vida militar, la interminable repetición de actividades, el ponerse en fila para comer, para ir al servicio, para afeitarse, no le servían en absoluto de distracción. Estar todo el día de pie en formación traía a la mente los mismos pensamientos que quería evitar, de una huella del clarinete, como un círculo de fuego, en el encendido muslo de Tessie. O de Vandebrook, el chico de Omaha que se había ahogado: su rostro destrozado, el agua del mar brotando entre sus dientes partidos.

Ahora, alrededor de Milton, ya estaban todos vomitando. Diez minutos entre las olas y los marineros, inclinándose violentamente sobre el acanalado suelo metálico, vomitaban el estofado de carne con puré de patatas instantáneo que habían tomado para cenar. El vómito, de un fantasmagórico color azul a la luz de la luna, tenía su propio efecto de ola, chapoteando entre las botas militares. Milton alzó la cabeza, tratando de absorber un poco de aire fresco.

La lancha cabeceaba, dando bandazos. Con un estremecimiento de la quilla, caía en picado desde la cresta de las olas. Se acercaban a la playa, donde se agitaba la marea. Los demás se ajustaban las mochilas, disponiéndose a la imaginaria invasión, mientras el marinero Stephanides abandonaba la soledad de su casco.

—Lo he visto en la biblioteca —decía a otro el marinero que iba a su lado—. En el tablón de anuncios.

—¿Qué clase de prueba?

—Una especie de examen de admisión. Para Annapolis.

—Sí, claro, y nos van a admitir en Annapolis. A tíos como nosotros.

—No importa que nos admitan o no. El caso es que quien vaya a hacer la prueba estará exento de instrucción.

—¿Qué habéis dicho de una prueba? —preguntó Milton, metiendo cuchara.

El marinero miró alrededor para ver si le había oído alguien más.

—No lo digas por ahí. Si nos presentamos todos, no conseguiremos nada.

—¿Cuándo es?

Pero antes de que el marinero pudiera contestar, hubo un enorme y chirriante estrépito: acababan de estrellarse otra vez contra las rocas. La brusca parada lanzó a todo el mundo hacia delante. Los cascos chocaron unos contra otros; se partieron algunas narices. Los marineros cayeron formando un montón al tiempo que se abría la rampa delantera. El agua entró a borbotones en la lancha y el teniente empezó a dar gritos. Milton, junto a todos los demás, se sumió en la confusión: las negras rocas, la resaca que todo lo arrastraba, las botellas de cerveza mexicana, los asustados cangrejos.

Y en Detroit, también en la oscuridad, mi madre estaba en el cine. Michael Antoniou, su prometido, había vuelto a la Santa Cruz y ahora ella tenía los sábados libres. En la pantalla del cine Esquire se sucedieron rápidamente los números... 5..., 4..., 3... y empezó el noticiario. Retumbaron mudas trompetas. Un locutor empezó a dar partes de guerra. No había habido otro presentador desde el principio de la guerra, de modo que Tessie tenía la impresión de conocerlo personalmente; era como de la familia. Semana tras semana había dado informaciones sobre Monty y los británicos echando del norte de África a Rommel y sus carros blindados, y sobre los nuestros, los americanos, que liberaban Argelia y desembarcaban en Sicilia. Comiendo palomitas, Tessie había visto pasar los meses y los años. Los noticieros seguían un itinerario. Al principio se centraban en Europa. Había carros de combate atravesando pequeñas poblaciones y chicas francesas saludándolos con pañuelos desde los balcones. Las francesas no parecían pasar por una guerra; llevaban bonitas faldas de volantes, calcetines blancos hasta los tobillos y pañuelos de seda. Ningún hombre llevaba boina, lo que sorprendió a Tessie. Siempre había deseado ir a Europa, a Francia o Italia más que a Grecia. Al ver aquellos noticiarios, Tessie no se fijaba tanto en los edificios bombardeados como en las terrazas de los cafés, las fuentes, los perritos tan distinguidos y elegantes.

Dos sábados atrás, había visto cómo los aliados liberaban Amberes y Bruselas. Ahora, cuando la atención se dirigía a Japón, el escenario había cambiado. Los noticieros, mostrando una serie de islas tropicales, se llenaban de palmeras. Aquella tarde se leía en la pantalla la fecha de «octubre de 1944», y el locutor anunciaba: *Mientras las tropas americanas se preparan para la invasión final del Pacífico, el general Douglas MacArthur, jurando cumplir su promesa de «Volveré», pasa revista a sus tropas.* La secuencia mostraba a los marineros en cubierta, en posición de firmes, introduciendo proyectiles en los cañones o haciendo el tonto en alguna playa, agitando el brazo para saludar a la familia. Y confundida entre el público de la sala, mi madre se sorprendió haciendo una estupidez. Buscaba el rostro de Milton.

*Era su primo segundo, ¿no? Resultaba lógico que se preocupara por él. No es que*

hubieran estado enamorados, sino que más bien se habían encaprichado el uno del otro; lo suyo había sido una relación inmadura, un enamoramiento de adolescentes. Nada parecido a lo que había entre Michael y ella. Tessie se irguió en el asiento. Se colocó el bolso sobre las piernas. Adoptó la postura de una señorita comprometida para casarse. Pero cuando acabó el noticiario y empezó la película, se olvidó de ser una persona adulta. Se retrepó en el asiento y puso los pies sobre el respaldo de la butaca que tenía delante.

Quizá no fuese buena la película de aquel día, o tal vez había ido mucho al cine últimamente —en los últimos ocho días no había faltado ni uno solo—, pero el caso era que Tessie no podía concentrarse. No dejaba de pensar que si le pasaba algo a Milton, si resultaba herido o si, no lo permitiera Dios, no volvía, ella tendría la culpa en cierto modo. Ella no le había animado a que se alistara en la Marina. Si Milton se lo hubiera consultado, le habría dicho que no lo hiciera. Pero era consciente de que lo había hecho por ella. Algo parecido pasaba en *Las arenas*, con Claude Barron, que había visto dos semanas atrás. En esa película, Claude Barron se alista en la Legión Extranjera porque Rita Carrol se casa con otro. Resulta que el otro es un mal tipo, traicionero y bebedor, de modo que Rita Carrol lo abandona y se va al desierto, donde Claude Barron lucha contra los árabes. Cuando llega, él está herido en el hospital, bueno, no en un hospital, más bien en una tienda de campaña, y le dice que le quiere y Claude Barron contesta: «Vine al desierto para olvidarte. Pero la arena tenía el color de tu pelo. Y el cielo era del mismo color que tus ojos. No había sitio donde no estuvieras tú». Y entonces, muere. Tessie lloró a lágrima viva. Se le corrió el rímel, llenándole de manchas el cuello de la blusa.

Maniobras nocturnas y sesión de tarde de los sábados, saltar al mar y arrellanarse en la butaca del cine, preocupación, arrepentimiento, esperanza e intento de olvidar; sin embargo, para ser enteramente francos, lo que todo el mundo hizo durante la guerra fue escribir cartas. En apoyo de mi creencia personal de que la vida real nunca está a la altura de su versión escrita, parece que los miembros de mi familia pasaron la mayor parte del tiempo dedicados a la correspondencia. Desde la Santa Cruz, Michael Antoniou escribía a su prometida dos veces por semana. Sus cartas llegaban en sobres azules con la imagen del patriarca Benjamín estampada en relieve en el extremo superior izquierdo, y en el papel que iba dentro, su caligrafía, como su voz, era clara y femenina: «Lo más probable es que el primer sitio adonde nos enviarán después de ordenarme será a Grecia. Habrá que hacer mucho trabajo de reconstrucción, ahora que se han marchado los nazis».

En su escritorio, bajo los sujetos libros de Shakespeare, Tessie, aun sin ser del todo sincera, le contestaba con irreprochable fidelidad. La mayoría de sus actividades cotidianas no parecían lo bastante virtuosas para contárselas a un novio seminarista. De manera que empezó a inventarse una vida más apropiada. «Esta mañana Zo y yo

nos presentamos voluntarias a la Cruz Roja», escribía mi madre, que se había pasado el día en el cine Fox, comiendo peladillas de colores. «Nos han dado sábanas viejas y las hemos cortado en tiras para hacer vendas. Tendrías que ver la ampolla que me ha salido en la yema del pulgar. Es como un chichón». Tessie no había empezado contando aquellas absolutas patrañas. Al principio se limitaba a referir fielmente sus actividades. Pero en una carta, Michael Antoniou le advirtió: «El cine es un estupendo entretenimiento, pero dudo de que sea el mejor modo de emplear el tiempo en época de guerra». A partir de entonces, Tessie empezó a inventar cosas. Justificaba las mentiras diciéndose que era su último año de libertad. Al verano siguiente sería la mujer de un cura, y estaría viviendo en Grecia. Para mitigar su falta de honradez, se despojaba de todos los honores, llenando las cartas de alabanzas para Zoë. «Trabaja seis días a la semana, pero los domingos se levanta muy temprano para llevar a la iglesia a la señora Tsontakis, la pobrecilla tiene noventa y tres años y casi no puede andar, Así es Zoë. Siempre está pensando en los demás».

Entretanto, Desdémona y Milton también se escribían. Antes de marcharse a la guerra, mi padre había prometido a su madre que aprendería a leer y escribir griego. Ahora, en California, tumbado en la litera por la noche, con el cuerpo tan dolorido que apenas podía moverse, Milton consultaba un diccionario griego-inglés para componer informes sobre su vida en la Marina. Por mucho que se concentrara, sin embargo, cuando sus cartas llegaban a la calle Hurlbut algo se había perdido en el proceso de traslación.

—¿Qué clase de papel es éste? —preguntó Desdémona a su marido, mostrándole una carta semejante a un queso suizo.

Como ratoncillos, los censores militares mordisqueaban las cartas de Milton antes de que Desdémona tuviera ocasión de digerirlas. Arrancaban de un bocado la palabra «invasión», así como toda referencia a «San Diego» o «Coronado». Mascaban párrafos enteros que describían la base naval, los destructores y submarinos atracados en el muelle. Y como el griego de los censores era aún peor que el de Milton, solían cometer errores, suprimiendo expresiones de cariño y cualquier signo dudoso.

Pese a los vacíos (sintácticos y físicos) de las cartas de Milton, mi abuela percibía su comprometida situación. En las deltas y sigmas torpemente dibujadas de su hijo, ella observaba la creciente ansiedad de su mano trémula. En sus errores gramaticales, notaba el miedo de su voz. El papel mismo la asustaba, porque parecía que lo habían volado en pedazos.

Sin embargo, el marinero Stephanides hacía cuanto podía por no resultar herido. Un miércoles por la mañana, se presentó en la biblioteca de la base para hacer el examen de admisión en la Academia Naval. Durante las cinco horas siguientes, cada vez que alzaba la vista del examen, veía a sus camaradas de a bordo haciendo gimnasia bajo el ardiente sol. No podía evitar una sonrisa. Mientras sus compañeros

se achicharraban allá afuera, Milton estaba sentado bajo un ventilador cenital, solucionando un problema matemático. Mientras ellos estaban obligados a corretear de un lado para otro por la arenosa parrilla, Milton leía un párrafo escrito por un tal Carlyle y contestaba las preguntas correspondientes. Y por la noche, cuando ellos se hicieran polvo contra las rocas, él estaría cómodo y calentito en la litera, durmiendo a pierna suelta.

Cuando empezaron a sucederse los primeros meses de 1945, todo el mundo trataba de librarse de sus obligaciones. Mi madre eludía las obras de caridad yendo al cine. Mi padre quedaba exento de la instrucción por hacer un examen. Pero en lo que a exenciones se refería, mi abuela buscaba una, nada menos que en el mismísimo cielo.

Un domingo de marzo, llegó a la Asunción antes de que empezara la sagrada liturgia. Se acercó a una capilla y, plantándose frente al icono de San Cristóbal, le propuso un trato: Por favor, San Cristóbal —dijo Desdémona, besándose la punta de los dedos y tocando luego la frente del santo—, si haces que Miltie acabe la guerra sano y salvo, le arrancaré la promesa de que vuelva a Bitinio para arreglar la iglesia. Alzó la cabeza y miró a San Cristóbal, el patrón de Asia Menor.

—Si los turcos la destruyeron, Miltie la volverá a construir. Si sólo necesita pintura, él la pintará.

San Cristóbal era un gigante. Empuñaba un báculo y vadeaba un río tempestuoso. A la espalda, cargaba con el Cristo Niño, la criatura más pesada de la historia debido a que llevaba el mundo en sus manos. ¿Qué mejor santo para proteger a su hijo que corría peligro en el mar? En la penumbra de la capilla, Desdémona rezaba. Movía los labios, enumerando las condiciones.

—También me gustaría, si es posible, San Cristóbal, que declararan a Miltie exento de instrucción. Me ha dicho que es muy peligrosa. Y además, ahora me escribe en griego, San Cristóbal. No muy bien, pero aceptablemente. También haré que prometa poner más bancos en la iglesia, no de caoba, pero sí que sean bonitos. Y si quieres, algunas alfombras también.

Se quedó callada, cerrando los párpados. Se persignó multitud de veces, esperando respuesta. Luego su espina dorsal se irguió súbitamente. Abrió los ojos, asintió con la cabeza, sonrió. Se besó la punta de los dedos y tocó la imagen del santo. Se apresuró a casa para escribir a Milton y comunicarle la buena noticia.

—Sí, claro —dijo mi padre al recibir la carta—, San Cristóbal al rescate.

Metió la carta en el diccionario de griego y llevó ambas cosas al incinerador que estaba detrás del barracón. (Aquél fue el fin del aprendizaje de griego de mi padre. Aunque siguió hablando griego mientras vivieron sus padres, Milton nunca logró escribir en esa lengua, y a medida que se hizo mayor se le fue olvidando hasta el significado de las palabras más corrientes. Al final, era incapaz de hablar mucho más



que Capítulo Once o yo misma, que era prácticamente nada).

Dadas las circunstancias, el sarcasmo de Milton era comprensible. El día anterior, su oficial al mando acababa de asignarle un nuevo cometido en la inminente invasión. La información, como todas las malas noticias, no caló en un primer momento. Era como si las palabras del oficial, las sílabas que realmente pronunció delante de Milton, hubiesen estado en clave por obra y gracia de los chicos del servicio de información militar. Milton saludó y salió del despacho. Siguió andando hasta la playa, aún sin inmutarse, la mala noticia actuando con cierta discreción, permitiéndole unos últimos momentos de paz y falsa ilusión. Contempló el crepúsculo. Admiró la neutralidad suiza de las focas en las rocas. Se descalzó para sentir la arena en los pies, como si el mundo fuese un lugar que sólo estaba empezando a estar vivo en vez de un sitio donde él dejaría de estar muy pronto. Y entonces aparecieron las fisuras. Una grieta en la parte superior de su cráneo, por donde se vertía, chisporroteando, la mala noticia; una hendidura en sus rodillas, que cedieron, y de pronto Milton ya no podía cerrar el paso a la información.

Treinta y ocho segundos. Aquélla era la mala noticia.

—Stephanides, vamos a nombrarle encargado de señales. Preséntese en el Edificio B mañana por la mañana a las siete en punto. Puede retirarse.

Eso fue lo que había dicho el oficial al mando. Sólo eso. Ninguna sorpresa, en realidad. A medida que se aproximaba la invasión, se había producido una súbita racha de accidentes entre los encargados de señales, que se cortaban los dedos haciendo servicio de cocina. Que se disparaban en el pie mientras limpiaban las armas. Durante las maniobras nocturnas, los encargados de señales se arrojaban ansiosamente contra las rocas.

Treinta y ocho segundos era la esperanza de vida de un encargado de señales. Cuando se produjera el desembarco, el marinero Stephanides iría de pie en la proa de la lancha. Tendría que utilizar una linterna de señales, con la que lanzaría destellos en código Morse. Su luz sería brillante, claramente visible desde las posiciones enemigas en la orilla. Eso era lo que pensaba mientras permanecía inmóvil en la playa con las botas en la mano. Pensaba que nunca se ocuparía del bar de su padre. Pensaba que jamás volvería a ver a Tessie. En cambio, al cabo de unas semanas, iría bien erguido en una lancha, al alcance del fuego enemigo, con una linterna encendida en la mano. Durante un breve espacio de tiempo, al menos.

No incluida en Noticias del Mundo: una instantánea del buque de transporte de mi padre saliendo de la base naval de Coronado en dirección oeste. En el cine Esquire, con cuidado de no poner los pies en el pegajoso suelo, Tessie Zizmo observa cómo la flecha blanca describe un arco a lo largo del Pacífico. *La Duodécima Flota de Estados Unidos avanza en su invasión del Pacífico*, anuncia el locutor. *Destino final: Japón*. Una flecha parte de Australia, atravesando Nueva Guinea hasta Filipinas. Otra

sale disparada de las islas Salomón, y otra más, de las Marianas. Es la primera vez que Tessie oye nombrar esos sitios. Pero las flechas siguen su trayectoria, avanzando hacia otras islas de las que tampoco ha oído hablar jamás —Iwo Jima, Okinawa—, todas ellas con la bandera del Sol Naciente. Las flechas convergen en tres direcciones sobre Japón, que en realidad tampoco es más que un manojo de islas. Mientras Tessie intenta aclararse con la geografía, el noticiario empieza a emitir secuencias filmadas. Una mano toca alarma en una campana; unos marineros saltan de las literas, suben escalas a paso ligero, ocupando sus puestos de combate. ¡Y ahí está —Milton—, corriendo por la cubierta del buque! Tessie lo reconoce por el escuálido pecho, los ojos de mapache. Se olvida del suelo y baja los pies. En el noticiario los cañones del buque disparan en silencio y, a medio mundo de distancia, entre la suntuosidad de un cine de antaño, Tessie Zizmo siente el retroceso. La sala está medio llena, en su mayoría de mujeres jóvenes como ella. Ellas también devoran peladillas por motivos emocionales; también buscan en la granulosa pantalla el rostro de su novio. El ambiente huele a caramelos, a perfume y al cigarrillo que el acomodador está fumando en el vestíbulo. La mayoría de las veces la guerra es un acontecimiento abstracto, que ocurre en otro sitio. Sólo aquí, durante cuatro o cinco minutos, comprimida entre los dibujos animados y la película, se convierte en algo concreto. Puede que el olvido de la propia identidad, el apartamiento de la multitud, influyan en Tessie, inspirándole la misma histeria que la voz de Sinatra. Cualquiera que sea la razón, en el anonimato del cine Tessie Zizmo se permite recordar cosas que ha tratado de olvidar: un clarinete avanzando por sus muslos desnudos con una particular fuerza invasora, trazando una flecha hacia las islas de su propio imperio, un imperio que, según comprende en aquel preciso momento, está entregando al hombre que no debe. Mientras el haz luminoso del proyector parpadea por encima de su cabeza, rasgando la oscuridad, Tessie reconoce en su fuero interno que no desea casarse con Michael Antoniou. No quiere ser la mujer de un cura ni irse a vivir a Grecia. Mientras mira a Milton en el noticiario, los ojos se le llenan de lágrimas y dice en alta voz:

—Adondequiera que fuese estabas tú.

Y mientras la gente le dice que se calle, el marinero del noticiario se acerca a la pantalla... y Tessie se da cuenta de que no es Milton. Pero no importa. Ha visto lo que ha visto. Se levanta y se marcha.

Aquella misma tarde, en la calle Hurlbut, Desdémona está acostada. Lleva tres días en cama, desde que el cartero le entregó otra carta de Milton. No estaba en griego, sino en inglés, y Lefty se la tradujo:

Querida familia:

Ésta es la última carta que podré escribiros. (Siento no escribir en lengua materna, mamá, pero estoy bastante ocupado en estos momentos). Los de

arriba no me dejan dar detalles de lo que está pasando, pero sólo quería enviaros esta nota para deciros que no os preocupéis por mí. Me destinan a un sitio seguro. Mantén el bar en buenas condiciones, papá. La guerra terminará algún día y quiero ocuparme del negocio familiar. Decidle a Zo que no entre en mi habitación.

Con todo cariño,

Milt

A diferencia de las otras cartas, ésta llegó intacta. Ni un solo agujero en parte alguna. Al principio aquello reconfortó a Desdémona, hasta que se dio cuenta de lo que suponía. Ya no había necesidad de secretos. La invasión se estaba llevando a cabo.

En aquel momento, Desdémona se levantó de la mesa de la cocina y, con una especie de triunfante desolación, declaró con aire grave:

—Dios ha lanzado sobre nosotros la sentencia que merecemos.

Cruzó la sala de estar, donde colocó bien un cojín al pasar, y subió a su habitación. Allí se desnudó y se puso el camisón, aunque no eran más de las diez de la mañana. Y entonces, por primera vez desde que se quedó embarazada de Zoë y por última vez antes de que lo hiciera para siempre veinticinco años después, mi abuela se metió en la cama.

Estuvo tres días acostada, levantándose sólo para ir al baño. Mi abuelo intentó convencerla de que se levantara, sin éxito. Cuando se fue a trabajar aquella mañana, le subió algo de comer, un plato de judías blancas con salsa de tomate y pan.

La comida seguía intacta cuando llamaron a la puerta. Desdémona no se levantó a abrir, sino que se tapó la cabeza con la almohada. Pese a que logró amortiguar el ruido, oyó que seguían llamando. Poco después se abrió la puerta de entrada y, finalmente, oyó unos pasos que subían las escaleras y entraban en su habitación.

—¿Tía Des? —dijo Tessie.

Desdémona no se movió.

—Tengo algo que decirte —prosiguió Tessie—. Quería que fueses la primera en saberlo.

La figura tendida permaneció inerte. Sin embargo, la actitud alerta que reflejaba el cuerpo de Desdémona reveló a Tessie que estaba despierta y escuchando. Tessie respiró hondo y anunció:

—Voy a anular la boda.

Hubo un silencio. Poco a poco, Desdémona se quitó la almohada de la cara. Alargó el brazo hacia la mesilla, cogió las gafas, se las puso y se incorporó en la cama.

—¿No quieres casarte con Mickey?

—No.

—Mickey es griego, un buen chico.

—Lo sé. Pero no lo quiero. Quiero a Milton.

Tessie esperaba de Desdémona una reacción escandalizada u ofendida pero, para su sorpresa, mi abuela apenas pareció darse cuenta de la confesión.

—Tú no lo sabes, pero Milton me pidió en matrimonio hace tiempo. Le dije que no. Pero ahora voy a escribirle y a decirle que sí.

—Puedes escribirle lo que quieras, cariño *mu* —repuso Desdémona, con un leve encogimiento de hombros—, y Miltie no se enterará.

—No es ilegal ni nada parecido. Si hasta hay matrimonios de primos hermanos. Nosotros sólo somos primos segundos. Milton fue a enterarse de todos los requisitos.

Desdémona volvió a encogerse de hombros. Agotada por la preocupación, abandonada por San Cristóbal, dejó de luchar contra una eventualidad que, en principio, no estaba prevista por el destino.

—Si Miltie y tú queréis casaros, tenéis mi bendición —dijo al fin.

Tras haber dado su consentimiento, volvió a hundirse en las almohadas y en el dolor de la existencia.

—Y quiera Dios que nunca tengáis un hijo que muera en alta mar.

En mi familia, las viandas funerarias siempre han abastecido la mesa nupcial. Mi abuela había consentido en casarse con mi abuelo porque no pensaba sobrevivir hasta el día de la boda. Y mi abuela bendijo el matrimonio de mis padres, después de conspirar enérgicamente contra él, precisamente porque no creía que Milton siguiera vivo a la semana siguiente.

En el mar, mi padre tampoco lo creía. De pie en la proa del buque transporte, con la vista fija en el agua, contemplaba la proximidad de su fin. No se sentía impulsado a rezar ni a arreglar sus cuentas con Dios. Percibía el infinito que se abría ante él, pero no lo alentaba con deseos humanos. El infinito era tan vasto y frío como el océano que se extendía en torno al buque, y en todo aquel vacío lo que Milton sentía más agudamente era el zumbido que oía en su propia mente. Más allá, al otro lado del agua, estaba la bala que acabaría con su vida. Quizá ya estaría cargada en el fusil japonés del que saldría disparada; tal vez siguiese aún en alguna cartuchera. Tenía veintiún años, piel grasa, nariz prominente. Se le ocurrió que había sido un idiota yendo a la guerra a causa de una chica, pero entonces retiró eso último, porque no se trataba de una chica cualquiera; sino de Teodora. En cuanto su rostro surgió en la imaginación de Milton, un marinero le dio unos toquecitos en la espalda.

—¿A quién conoces en Washington?

Entregó a mi padre una orden de traslado, de ejecución inmediata. Tenía que presentarse en la Academia Naval de Annapolis. En el examen de admisión, Milton había sacado noventa y ocho puntos.

Todo drama griego necesita un *deus ex machina*. El mío aparece en la forma de la silla de contramaestre que recogió a mi padre en la cubierta del buque de transporte y lo llevó velozmente por el aire hasta depositarlo en la cubierta de un destructor con rumbo al continente americano. Desde San Francisco, viajó en un cómodo autocar hasta Annapolis, donde lo enrolaron como cadete.

—Te dije que San Cristóbal te sacaría de la guerra —exultó Desdémona cuando llamó a casa para comunicar la noticia.

—Ya lo creo que me ha sacado.

—Ahora tienes que arreglar la iglesia.

—¿Qué?

—La iglesia. Tienes que arreglarla.

—Claro, claro —dijo el cadete Stephanides, de la Academia Naval, y quizá tuviera intención de hacerlo.

Daba gracias por estar vivo, por estar de nuevo en posesión de su futuro. Pero con un pretexto u otro, Milton iría aplazando su viaje a Bitinio. Al cabo de un año, se había casado; luego, fue padre. Acabó la guerra. Se licenció en Annapolis y sirvió en la guerra de Corea. Finalmente volvió a Detroit y se ocupó del negocio familiar. De cuando en cuando, Desdémona recordaba a su hijo la obligación pendiente con San Cristóbal, pero mi padre siempre encontraba una excusa para no ir. Su falta de decisión tendría consecuencias desastrosas, si es que puede darse crédito a esas cosas, en las que, cuando se me altera la antigua sangre griega, yo sí creo.

Mis padres se casaron en junio de 1946. En una muestra de generosidad, Michael Antoniou asistió a la boda. Ya ordenado sacerdote, presentaba un aspecto digno y benevolente, pero en el banquete, al cabo de dos horas dio claras muestras de que estaba destrozado. Bebió demasiado champán en la comida y, cuando la orquesta empezó a tocar, buscó a la chica más atractiva después de la novia: la dama de honor, Zoë Stephanides.

Para mirarlo, Zoë inclinó la cabeza: unos treinta centímetros. Él la sacó a bailar y, sin saber cómo, se vio cruzando la pista de baile.

—Tessie me hablaba mucho de ti en sus cartas —dijo el padre Michael Antoniou.

—Nada malo, espero.

—Todo lo contrario. Me contaba lo buena cristiana que eres.

Su larga sotana le ocultaba los menudos pies, con lo que a Zoë le costaba trabajo seguirle. Cerca de ellos, Tessie bailaba con Milton, ataviado con su blanco uniforme de la Marina. Cuando las dos parejas se cruzaron, Zoë fulminó cómicamente con la mirada a Tessie articulando, para que le leyera los labios, las siguientes palabras: «Te voy a matar». Pero entonces Milton hizo girar a Tessie y los dos rivales se encontraron cara a cara.

—Ah, hola, Mike —dijo Milton, en tono cordial.

—Ahora soy el padre Mike —repuso el pretendiente vencido.

—Te han ascendido, ¿eh? Enhorabuena. Supongo que puedo confiarte a mi hermana.

Se alejó, bailando con Tessie, que volvió la cabeza en silenciosa disculpa. Zoë, que sabía lo exasperante que podía ser su hermano, sintió lástima por el padre Mike. Le sugirió que tomaran un poco de tarta nupcial.

# EX OVO OMNIA



Bueno, recapitulemos: Surmelina Zizmo (de soltera Pappasdiamandopulis) no sólo era mi tía segunda. También era mi abuela. Mi padre era sobrino de su propia madre (y de su propio padre). Además de ser mis abuelos, Desdémona y Lefty eran mi tía abuela y mi tío abuelo. Mis padres eran mis tíos segundos y Capítulo Once era primo tercero mío además de mi hermano. En «Transmisión autosomática de rasgos recesivos», del doctor Luce, se reproduce un diagrama del árbol genealógico de los Stephanides que aporta más detalles, pero no creo que sean de mucho interés. De manera que me limito a exponer las últimas transmisiones del gen. Y ahora casi hemos llegado. En honor de la señorita Barrie, mi profesora de latín de octavo, me gustaría llamar la atención sobre la cita del encabezamiento: *Ex ovo omnia*. Poniéndome en pie (como hacíamos siempre que la señorita Barrie entraba en el aula), la oigo preguntar:

—¿Señoritas? ¿Alguna de ustedes es capaz de traducir este pequeño fragmento y decirme de dónde procede?

Levanto la mano.

—La señorita Stephanides, que procede del país de Homero, nos lo va a explicar.

—Es de Ovidio. De la *Metamorfosis*. La historia de la Creación.

—Asombroso. ¿Y nos lo puede usted traducir?

—Todo viene del huevo.

—¿Han oído eso, niñas? ¡Esta aula, sus rostros relucientes, incluso el viejo Cicerón de mi escritorio, todo ha salido de un huevo!



Entre los arcanos conocimientos que el doctor Philobosian fue transmitiendo en el comedor a lo largo de los años (aparte del capítulo sobre los monstruosos efectos de la imaginación materna), se contaba la teoría de la generación espontánea, del siglo XVI. Los descubridores de la generación espontánea, todos con nombre de montaña rusa —Spallazani, Swammerdam, Leeuwenhoek—, creían que toda la humanidad existía en miniatura desde los tiempos de la Creación, o bien en el semen de Adán, o bien en los ovarios de Eva, cada persona metida en la siguiente como en una muñeca rusa. Todo empezó cuando Jan Swammerdam cogió el escalpelo para quitar las capas exteriores a determinado insecto. ¿De qué clase? Pues... un miembro del filum

artrópodos. ¿Su nombre en latín? Bueno, vale: *Bombyx mori*. El insecto que Swammerdam utilizó en sus experimentos allá por 1669 no era otro que un gusano de seda. Ante un auditorio de intelectuales, Swammerdam quitó la piel al gusano de seda para revelar en su interior lo que parecía ser un modelo diminuto de la futura mariposa, de la probóscide a las antenas pasando por las alas plegadas. Había nacido la teoría de la generación espontánea.

Del mismo modo, me gusta imaginar que mi hermano y yo flotamos juntos desde el principio del mundo en nuestra balsa de huevos. Cada uno de nosotros dentro de una membrana transparente, encasillado o encasillada (en mi caso ambas cosas) en su hora de nacimiento. Ahí está Capítulo Once, siempre tan pálido, y calvo a los veinticinco años, de manera que puede pasar por un homúnculo perfecto. Su cráneo pronunciado indica la facilidad que luego tendrá para las matemáticas y las cosas mecánicas. Su palidez enfermiza sugiere una futura enfermedad de Crohn. A su lado estoy yo, su hermana durante un tiempo, el rostro ya un interrogante, destellando como una lentejuela entre dos imágenes: la preciosa niñita de ojos oscuros que fui, y el adulto de nariz aquilina y latino cuño que soy en la actualidad. Y así navegamos sin rumbo, los dos, desde el principio del mundo, esperando el pie para entrar en escena y viendo pasar el espectáculo que desfilaba ante nosotros.

Por ejemplo: la graduación de Milton Stephanides en Annapolis, en 1949. Su gorra blanca lanzada al aire. Tessie y él destinados en Pearl Harbor, donde vivían en su austera vivienda militar y donde mi madre, a los veinticinco años, sufrió una tremenda insolación después de la cual jamás se la volvió a ver en traje de baño. En 1951 los trasladaron a Norfolk, Virginia, en cuyo momento la cáscara del huevo de Capítulo Once, que estaba junto al mío, empezó a vibrar. Pero no salió, se quedó por allí para ver el conflicto coreano, donde el alférez de navío Stephanides sirvió en un submarino. Durante aquellos años vimos cómo se formaba el carácter adulto de Milton, cómo iba adquiriendo las sólidas virtudes de nuestro futuro padre. A la Marina de Estados Unidos se debe la precisión con que Milton Stephanides se hizo la raya del pelo a partir de entonces, su hábito de sacar brillo con la manga a la hebilla del cinturón, sus «Sí, señor» y sus «Todo en orden» y su insistencia en hacer que sincronizáramos los relojes en el centro comercial. Con el águila y las fasces de cobre de su gorra de alférez, Milton Stephanides se olvidó del clarinete. La Marina le inculcó su afición a la navegación y una aversión a guardar cola. En aquella época se formó también su ideario político, su anticomunismo, su desconfianza hacia los rusos. En los puertos de África y el Sureste Asiático donde hacía escala se forjaban ya sus creencias sobre los cocientes intelectuales de las diversas razas. De los desaires sociales de sus oficiales al mando, iba adquiriendo su odio hacia los liberales de la Costa Este y los intelectuales, al tiempo que iniciaba un largo idilio con el estilo indumentario de los Brooks Brothers. Ya se estaba aficionando a las alitas de pollo y



los calzoncillos de cloqué. Antes de nacer sabíamos muchas cosas de nuestro padre, pero luego las olvidamos y tuvimos que enterarnos de todo otra vez. En 1953, cuando terminó la guerra de Corea, volvieron a destinarlo a Norfolk. Y en marzo de 1954, cuando mi padre sopesaba su futuro, Capítulo Once, haciéndome un pequeño gesto de despedida, levantó los brazos, se lanzó por el tobogán y entró en el mundo.

Y yo me quedé solo.

Sucesos de los años que precedieron a mi nacimiento: el padre Mike, que en la boda de mis padres transfirió sus sentimientos de mi madre a Zoë, la persiguió con obstinación durante los dos años y medio siguientes. A Zoë no le apetecía la idea de casarse con alguien tan religioso y tan minúsculo. El padre Mike le hizo tres proposiciones, y ella lo rechazó las tres veces esperando que apareciese alguien más de su gusto. Pero no apareció nadie. Finalmente, sintiendo que no tenía otra opción (y convencida por Desdémona, que seguía pensando que casarse con un cura era algo maravilloso), Zoë dio su consentimiento. En 1949, se casó con el padre Mike y poco después se fueron a vivir a Grecia. Allí daría a luz a cuatro hijos, mis primos, y allí viviría durante ocho años.

En Detroit, en 1950, el gueto del Barrio Negro fue demolido para hacer una autopista. La Nación Islámica, cuya sede estaba ahora en la Mezquita Número Dos de Chicago, tenía ahora un nuevo pastor que se hacía llamar Malcolm X. En el invierno de 1954, Desdémona empezó a hablar de irse a vivir a Florida cuando se jubilaran.

—¿Sabéis cómo se llama una ciudad que hay en Florida? ¡Playa Nueva Esmirna!

En 1956, el último tranvía de Detroit dejó de funcionar y la fábrica Packard cerró. Y aquel mismo año, Milton Stephanides, cansado de la vida militar, dejó la Marina y volvió al continente en pos de un viejo sueño.

—Dedícate a otra cosa —aconsejó a su hijo Lefty Stephanides. Estaban en el Salón Cebra, tomando un café—, ¿acaso has ido a la Academia Naval para acabar de tabernero?

—No quiero ser tabernero. Quiero dirigir un restaurante. Toda una cadena de restaurantes. Éste es un buen sitio para empezar.

Lefty sacudió la cabeza. Se inclinó hacia atrás y abrió los brazos, abarcando todo el local.

—Éste no es sitio para empezar nada —aseguró.

Tenía razón. Pese a la limpieza y el espléndido servicio de mi abuelo, el bar había perdido su lustre. La piel de cebra colgada en la pared estaba reseca y cuarteada. El humo del tabaco había ennegrecido los rombos de hojalata del techo. A lo largo de los años, el Salón Cebra había absorbido los efluvios de sus clientes, obreros de las fábricas de automóviles. El local olía a la cerveza que bebían y al tónico que se ponían para el cabello, al suplicio de fichar en el reloj, a sus nervios crispados, a su sindicalismo. El barrio también cambiaba. En 1933, cuando mi abuelo abrió el bar,

era un vecindario de blancos de clase media. Ahora, empobrecido, se estaba haciendo predominantemente negro. En la cadena de causa y efecto, inevitable en Detroit, en cuanto la primera familia negra apareció en la manzana, los vecinos blancos pusieron inmediatamente la casa en venta. La excesiva oferta de viviendas hizo bajar los precios del mercado inmobiliario, lo que permitió que se instalaran familias más humildes. Con la pobreza apareció la delincuencia, y con la delincuencia llegaron más camiones de mudanzas.

—El negocio ya no va tan bien —dijo Lefty—, si quieres abrir un bar, inténtalo en el barrio griego. O en Birmingham.

Mi padre desechó aquellas objeciones.

—Es posible que no vaya tan bien. Será porque hay muchos bares por aquí. Demasiada competencia. Lo que hace falta en este barrio es una buena casa de comidas.

Se dice que Hércules Hot Dogs, marca registrada, que en su periodo de mayor auge se ufanaba de contar con sesenta y seis locales en Michigan, Ohio y el sureste de Florida —identificados en la fachada con la enseña de las «Columnas de Hércules»—, empezó la misma nevada mañana de febrero de 1956, en que mi padre llegó al Salón Cebra para empezar las obras de renovación. Lo primero que hizo fue quitar las combadas persianas de las ventanas para que entrara más luz. Pintó el interior de un blanco luminoso. Con un préstamo que el Gobierno concedía para montar un negocio, reformó el bar, poniéndole un mostrador de cafetería e instalando una pequeña cocina. Los obreros le pusieron unos reservados de vinilo rojo en la pared del fondo y tapizaron los viejos taburetes con la piel de cebra de Zizmo. Una mañana, dos repartidores le dejaron un tocadiscos de monedas en la puerta. Y mientras resonaban los martillos y el ambiente se llenaba de serrín, Milton se familiarizaba con los documentos y escrituras que Lefty guardaba, sin orden ni concierto, en una caja de puros bajo la caja registradora.

—¿Qué coño es esto? —preguntó a su padre—. Tienes tres pólizas de seguro para este local.

—Nunca está uno suficientemente asegurado —sentenció Lefty—. A veces las compañías no pagan. Hay que estar preparado.

—¿En serio? Cada una de estas pólizas vale más que el local. ¿Y pagamos por todas? Pues vaya despilfarro.

Hasta aquel momento, Lefty había permitido que su hijo hiciese cuantos cambios quisiese. Pero ahora se mantuvo firme.

—Escúchame, Milton. Tú no sabes lo que es un incendio. No sabes lo que pasa. A veces, las compañías de seguros también sufren incendios. ¿Y qué haces, entonces?

—Pero tres...

—Necesitamos tres —insistió Lefty.

—Complácele —le aconsejó Tessie por la noche—. Tus padres han pasado muchas calamidades.

—Claro que han pasado calamidades. Pero somos nosotros quienes tenemos que pagar las pólizas.

No obstante, siguió el consejo de su mujer y mantuvo las tres pólizas.

El Salón Cebra que yo recuerdo de mi infancia: lleno de flores artificiales, tulipanes amarillos, rosas rojas, árboles enanos con manzanas de cera. Margaritas de plástico brotaban de teteras; salían narcisos de vacas de cerámica. Fotos de Artie Shaw y Bing Crosby cubrían las paredes, junto a anuncios pintados a mano que decían: ¡PALADEE NUESTRO CÓCTEL DE GINEBRA CON ZUMO DE LIMA! y ¡PRUEBE LOS PICATOSTES DE LA CASA Y REPETIRÁ! Había fotos de Milton dando con una cereza el toque final a un batido o besando a un niño como si fuera el alcalde. Había fotos de alcaldes de verdad, como Miriani y Cavanaugh. Al Kaline, el gran primera base que pasaba por allí cuando iba a entrenarse al estadio de los Tigers, había escrito un autógrafo en una fotografía suya: «A mi amigo Milt, ¡vaya huevos!». Cuando ardió una iglesia ortodoxa en Flint, Milton cogió el coche, fue hasta allí y se llevó una vidriera que había sobrevivido al fuego. La colgó en la pared, encima de los reservados. En el ventanal, frente a un busto de Donizetti, había una serie de latas de aceite Athena. Todo era un batiburrillo: viejas lámparas junto a reproducciones de El Greco, cuernos de toro colgando del cuello de una estatuilla de Afrodita. Por encima de la cafetera, una serie de figuritas marchaban sobre el estante: Paul Bunyan y Babe el Torete Azul, el ratón Mickey, Zeus y Félix el Gato.

Mi abuelo, tratando de ser útil, se marchó un día en el coche y volvió con un lote de cincuenta platos.

—Ya he encargado platos —le informó Milton—, a un sitio que abastece a restaurantes. Nos hacen el diez por ciento.

—¿Y éstos no los quieres? —dijo Lefty, con aire decepcionado—. Vale, me los llevaré otra vez.

—Oye, papá —le dijo su hijo, cuando se iba—, ¿por qué no te tomas el día libre? Yo puedo ocuparme de todo.

—¿No quieres que te eche una mano?

—Vete a casa. Dile a mamá que te prepare el almuerzo.

Lefty hizo lo que le decían. Pero cuando iba por el Bulevar West Grand y pasó frente a la Ortopedia Rubsamen —una tienda con el escaparate sucio y un anuncio de neón que parpadeaba incluso de día—, sintió el hormiguillo de una antigua tentación.

Al lunes siguiente, Milton inauguró la cafetería tras contratar a dos empleados, Eleni Papanikolas, que llevaba un uniforme de camarera pagado de su propio bolsillo, y Jimmy, su marido, como encargado de la plancha.

—Recuerda, Eleni, que lo que más dinero da son las propinas —decía Milton,

para animarlos—. Así que sonrío.

—¿A quién? —preguntó Eleni.

Porque, pese a los claveles rojos que en pequeños floreros adornaban los reservados, a pesar de los menús, cajas de cerillas y servilletas con rayas de cebra, el Salón Cebra estaba vacío.

—Listilla —repuso Milton, sonriendo.

La bromita de Eleni no le molestó. Ya se las arreglaría. Averiguaría lo que faltaba y pondría remedio.

Para ahorrar tiempo, realizaremos un montaje cinematográfico de una típica operación capitalista. Vemos a Milton saludando a sus primeros clientes. Vemos a Eleni sirviéndoles huevos revueltos. Vemos a Milton y a Eleni en segundo plano, cada uno de ellos mordisqueándose los labios. ¡Pero los clientes sonrían y asienten con la cabeza! Cuando ve que tienen vacías las tazas de café, Eleni se apresura a llenárselas de nuevo. Ahora, Milton, con otra ropa, recibe a otros clientes; y Jimmy, en la plancha, casca huevos con una sola mano; y Lefty, con aspecto de sentirse al margen.

—¡Marchando dos fritos pelotazo whisky! —grita Milton, alardeando de su nueva jerga—. ¡Seco sin hielo!

Primer plano de la caja registradora que se abre y se cierra con un timbrazo; de las manos de Milton, contando dinero; de Lefty, poniéndose el sombrero y marchándose sin que nadie se dé cuenta. Luego, más huevos; huevos que se cascan, fríen, dan la vuelta y agitan sobre la plancha; huevos que llegan en envases de cartón por la puerta trasera y salen en platos por la trampilla delantera; suaves y esponjosos montones de huevos revueltos en destellante amarillo tecnicolor; y la caja registradora, que se abre y se cierra de golpe; y el dinero que se amontona. Hasta que, finalmente, vemos a Milton y Tessie, ataviados con sus mejores galas, que siguen los pasos de un agente inmobiliario por una gran mansión.

El barrio de Pueblo Indio está a unas doce manzanas al oeste de Hurlbut, pero era otro mundo completamente distinto. Las cuatro grandes calles de Burns, Iroquois, Seminole y Adams (incluso en el Pueblo Indio el hombre blanco se había apoderado de la mitad de los nombres) estaban bordeadas de mansiones señoriales construidas con cierto eclecticismo arquitectónico. El estilo georgiano de ladrillo rojo coexistía con el Tudor inglés, que daba paso al francés provenzal. En Pueblo Indio, las casas tenían grandes jardines, generosas aceras, pintorescas y oxidadas cúpulas, cortacéspedes manuales (con los días contados) y alarmas antirrobo (al comienzo de su popularidad). Mi abuelo, sin embargo, permanecía en silencio mientras recorría la impresionante casa que su hijo acababa de adquirir.

—¿Qué te parece el tamaño de esta habitación? —le preguntaba Milton—, venga, siéntate. Ponte cómodo. Tessie y yo queremos que mamá y tú también os sintáis

como en casa. Ahora que estás jubilado...

—¿Jubilado? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, casi jubilado. Ahora que te puedes tomar las cosas con más tranquilidad, podrás dedicarte a todo lo que siempre has querido hacer. Ésta es la biblioteca, por si quieres venir a hacer tus traducciones. Puedes trabajar aquí mismo. ¿Qué te parece esa mesa? ¿Es lo bastante grande? Y las estanterías están empotradas en la pared.

Excluido de las actividades cotidianas del Salón Cebrá, mi abuelo se pasaba el día en el coche, dando vueltas por la ciudad. Iba al centro, a la Biblioteca Pública a leer la prensa extranjera. Después se dirigía al barrio griego, a jugar al *backgammon* en un café. A los cincuenta y cuatro años, Lefty Stephanides aún estaba en plena forma. Para hacer ejercicio, todos los días caminaba cinco kilómetros. No cometía excesos en la comida, y tenía menos barriga que su hijo. Pero ya mostraba los inevitables estragos del tiempo. Lefty tenía que llevar gafas bifocales. Padecía una ligera bursitis en un hombro. Llevaba ropa pasada de moda, por lo que parecía un extra de una película de gánsteres. Un día, examinándose severamente en el espejo del baño, Lefty se dio cuenta de que se había convertido en uno de esos hombres que se peinaban hacia atrás con brillantina, como tributo a una época que nadie era capaz de recordar. Entristecido por aquel descubrimiento, recogió sus libros. Subió al coche y se encaminó a Seminole, con intención de trabajar en la biblioteca, pero cuando llegó a la altura de la casa pasó de largo. Con una delirante expresión en los ojos, se dirigió a la Ortopedia Rubsamen.

Basta una sola visita a los bajos fondos para no olvidar el camino nunca más. Después, siempre se distingue la luz roja de la ventana de arriba o la copa de champán en la puerta que no se abre hasta medianoche. Mi abuelo llevaba años pasando frente a la Ortopedia Rubsamen y observando el inalterable escaparate de bragueros, collarines y muletas. Veía los rostros desesperados, llenos de febril anticipación de los negros que entraban y salían sin comprar nada. Mi abuelo conocía esa desesperación y era consciente de que ahora, en su jubilación forzosa, aquél era el sitio que le correspondía. Mientras aceleraba hacia la Zona Oeste de la ciudad, la rueda de la ruleta le giraba en la mente. Al pisar el pedal, el tintineo de los dados de *backgammon* le resonaba en los oídos. La sangre le bullía con una antigua exaltación, el corazón no le palpitaba así desde que bajara de la montaña a explorar los callejones de Bursa. Aparcó junto a la acera y se apresuró a entrar. Pasó frente a los sorprendidos clientes (que no estaban habituados a ver blancos); dejó a un lado el atrezo de frascos de aspirina, laxantes y callicidas, y se dirigió al fondo, a la ventanilla de la farmacia.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó el farmacéutico.

—Veintidós —contestó Lefty.

—Enseguida.

Tratando de compensar el drama de su época de jugador en Bursa, mi abuelo empezó a jugar a la lotería clandestina. Empezó a pequeña escala. Con apuestas bajas de dos o tres dólares. Al cabo de unas semanas, para recuperar las pérdidas, subió a diez dólares. Todos los días apostaba una parte de las ganancias del restaurante. Un día ganó, de manera que inmediatamente después jugó a doble o nada, y perdió. Entre botellas de agua caliente y sobres de enemas, hacía sus apuestas. Rodeado de jarabe para la tos y pomada para las heridas infectadas, empezó a hacer «triples», es decir, a jugar tres números a la vez. Como en Bursa, tenía los bolsillos llenos de trozos de papel. Llevaba una lista de los números jugados con sus correspondientes fechas, para no repetir ninguno. Jugaba al cumpleaños de Milton, al cumpleaños de Desdémona, a la fecha de la independencia griega menos el último dígito, al año del incendio de Esmirna. Desdémona, que encontró los papeles en la ropa para lavar, creyó que tenían algo que ver con el restaurante.

—Mi marido el millonario —murmuró, soñando con la jubilación en Florida.

Por primera vez en la vida, Lefty consultó el libro de los sueños de Desdémona, con la esperanza de calcular un número ganador en el ábaco de su inconsciente. Empezó a prestar atención a los números enteros que se le aparecían en sueños. Muchos de los negros que frecuentaban la Ortopedia Rubsamen notaron la preocupación de mi abuelo por el libro de los sueños, y cuando ganó dos semanas seguidas, se corrió la voz. Lo que condujo a la única contribución que los griegos han hecho a la cultura afroamericana (aparte de la de llevar medallones de oro), pues los negros de Detroit empezaron a comprar libros de los sueños. La Editorial Atlántida tradujo los libros al inglés y los envió a las ciudades más importantes de Estados Unidos. Durante una breve temporada, las mujeres de color de cierta edad empezaron a albergar las mismas supersticiones que mi abuela, creyendo, por ejemplo, que un conejo corriendo, significaba que se iba a tener dinero o que un mirlo posado en el tendido del teléfono presagiaba una muerte próxima.

—¿Qué, llevando el dinero al banco? —preguntó Milton, viendo a su padre vaciar la caja registradora.

—Sí, al banco.

Y efectivamente, Lefty se dirigía al banco. A sacar dinero de la libreta de ahorros para proseguir su constante ataque contra las novecientas noventa y nueve permutaciones posibles de una variable de tres dígitos. Siempre que perdía, lo pasaba horrorosamente mal. Sentía unos ardientes deseos de dejarlo. Quería volver a casa y confesárselo todo a Desdémona. El único antídoto, sin embargo, a esa sensación era la perspectiva de ganar al día siguiente. Es posible que hubiese algún indicio de autodestrucción en aquel fervor de mi abuelo por la lotería. Atenazado por el sentimiento de culpa del superviviente, se entregaba a las fuerzas ciegas del universo,

tratando de castigarse por seguir vivo. Pero, más que otra cosa, el juego colmaba sus días vacíos.

Únicamente yo, desde el palco privado de mi huevo primordial, veía lo que estaba ocurriendo. Milton estaba demasiado ocupado con el restaurante para darse cuenta. Tessie estaba demasiado ocupada atendiendo a Capítulo Once para darse cuenta. Puede que Surmelina hubiese notado algo, pero en aquellos años apenas aparecía por nuestra casa. En 1953, en una reunión de la Sociedad Teosófica, tía Lina había conocido a una mujer llamada Evelyn Watson. La señora Watson se había interesado por la Sociedad Teosófica con idea de ponerse en contacto con su difunto marido, pero pronto perdió el empeño en comunicarse con el mundo espiritual a cambio de murmurar con una Surmelina de carne y hueso. Con asombrosa rapidez, tía Lina se había despedido de la floristería para marcharse al suroeste con la señora Watson. Desde entonces, todas las navidades, enviaba a mis padres una caja de regalos que contenía salsa picante, un cactus en flor y una fotografía de la señora Watson y ella delante de algún monumento nacional. (Una de las fotos que ha sobrevivido muestra a la pareja en una cueva ceremonial anasazi en Bandelier, la señora Watson tan bien forrada de ropa como Georgia O'Keeffe, mientras Lina, con un enorme sombrero, baja por una escalera de mano para introducirse en una *kiva*).

En cuanto a Desdémona, hacia la última mitad de los años cincuenta estaba pasando una época de tranquilidad absolutamente atípica. Su hijo había vuelto ileso de otra guerra. (San Cristóbal había cumplido su palabra durante la «operación policial» de Corea y a Milton ni siquiera le habían disparado). El embarazo de su nuera había causado la habitual ansiedad, desde luego, pero Capítulo Once había nacido muy sano. El restaurante iba bien. Todas las semanas, la familia y los amigos se reunían a comer en la casa de Milton en Pueblo Indio. Una tarde, Desdémona ojeaba un folleto de la Cámara de Comercio de Playa Nueva Esmirna, que había solicitado tiempo atrás. No se parecía en absoluto a Esmirna, pero al menos hacía sol y había puestos de fruta.

Entretanto, mi abuelo se sentía afortunado. Tras haber jugado al menos a un número cada día durante poco más de dos años, ya había apostado a todos los números del 1 al 740. ¡Sólo le quedaban 159 números para llegar al 999! ¡Entonces habría apostado a todos! ¿Y después qué? ¿Qué más...? Volver a empezar. En los bancos, los cajeros entregaban a Lefty montones de dinero, que él, a su vez, entregaba al farmacéutico que atendía la ventanilla. Jugó al 741, 742 y 743. Apostó al 744, 745 y 746. Y entonces, una mañana, el cajero informó a Lefty de que en su cuenta no había fondos suficientes para sacar la cantidad que pedía. Le enseñó el saldo: 13,26 dólares. Mi abuelo le dio las gracias. Cruzó el vestíbulo del banco ajustándose la corbata. Tuvo una súbita sensación de mareo. La fiebre del juego que había tenido a lo largo de los últimos veintiséis meses se le cortó, enviándole una

última oleada de calor por la piel, y de pronto notó que estaba empapado de sudor. Enjugándose la frente, Lefty salió del banco para entrar sin un céntimo en la vejez.

No se puede hacer justicia en letra impresa, al ensordecedor grito que dio mi abuela al enterarse del desastre. El chillido permaneció en el aire mientras ella se tiraba del pelo, se rasgaba las vestiduras y caía redonda al suelo.

—¡CÓMO VAMOS A COMER! —aullaba Desdémona, tambaleándose por la cocina—, ¡DÓNDE VAMOS A VIVIR! —Abrió los brazos, apelando a Dios, luego se golpeó el pecho y, cogiéndose de la manga izquierda y desgarrándosela, prosiguió—: ¡QUÉ CLASE DE MARIDO ERES PARA HACERLE ESTO A TU MUJER, QUE TE HA HECHO LA COMIDA Y TE HA LAVADO LA ROPA Y TE HA DADO HIJOS SIN NUNCA PRONUNCIAR UNA QUEJA! —Entonces se arrancó la manga derecha—, ¿ES QUE NO TE DIJE QUE NO JUGARAS? ¿NO TE LO DIJE? —A continuación empezó con el vestido propiamente dicho. Mientras cogía el borde con ambas manos, de la garganta empezó a brotarle un ululato ancestral—: ¡ULUULUULUULULU! ¡ULUULUULULUULUULUULU!

Mi abuelo se quedó pasmado al ver a su recatada esposa rasgarse las vestiduras en su presencia, la falda, la cintura, la pechera, el cuello. Con un desgarrón final, el vestido se dividió en dos y Desdémona cayó tendida en el linóleo, mostrando al mundo las miserias de su ropa interior, el sujetador sobrecargado y reforzado con alambre por la parte de abajo, las fúnebres bragas y la desesperada faja cuyas ballenas empezaba a arrancarse en el apogeo de su desmelenamiento. Pero al fin se contuvo. Antes de quedarse completamente desnuda, Desdémona, agotada, se relajó. Se quitó la redecilla de la cabeza y el pelo le cubrió la cara mientras cerraba los ojos. Al cabo de un instante, observó con aire práctico:

—Ahora tendremos que irnos a vivir con Milton.

Tres semanas después, en octubre de 1958, mis abuelos abandonaron Hurlbut, un año antes de haber terminado de pagar la hipoteca. En un cálido fin de semana del veranillo de San Martín, mi padre y mi deshonorado abuelo sacaron los muebles para venderlos en el jardín: el sofá y las butacas de color verde mar, que aún parecían nuevos bajo la cubierta de plástico, la mesa de la cocina, las estanterías. En el césped, junto a los manuales de *boy scout* de Milton y las muñecas y zapatos de claqué de Zoë, estaban las lámparas, el retrato del patriarca Atenágoras y el contenido de un armario lleno de trajes de Lefty, que mi abuela le obligó a vender como castigo. Con el pelo bien recogido en la redecilla, Desdémona paseaba por el jardín con el ceño fruncido, sumida en una desesperación demasiado profunda para derramar lágrimas. Examinaba cada objeto, suspirando sonoramente antes de ponerle la etiqueta del precio, y regañaba a su marido por cargar con cosas demasiado pesadas para él.

—¿Crees que eres un jovencito? Deja que lo haga Milton. Tú ya eres viejo. —Bajo el brazo llevaba la caja de gusanos de seda, que no era para vender. Al ver el retrato del patriarca, jadeó horrorizada—. ¿Es que no tenemos ya suficiente mala



suerte para que queráis vender al patriarca?

Lo cogió y, rápidamente, volvió a meterlo en la casa. Pasó el resto del día en la cocina, incapaz de enfrentarse con la variopinta horda de carroñeros que hurgaba entre sus pertenencias personales. Había anticuarios de fin de semana que se desplazaban de los barrios residenciales en compañía de sus perros, y familias con mala racha que ataban sillas a la boca de coches destartados, y parejas de hombres selectos que lo ponían todo del revés para ver si había marcas de fábrica. Desdémona no habría sentido más vergüenza si la hubieran puesto en venta a ella misma, desnuda sobre el sofá verde, con la etiqueta del precio colgándole del pie. Cuando se vendió o regaló todo, Milton cargó los restantes enseres de mis abuelos en una camioneta alquilada y dejó atrás las doce manzanas que los separaban de Seminole.

Para que tuvieran mayor intimidad, les ofrecieron el desván. Con riesgo de hacerse daño, Jimmy Papanikolas y mi padre subieron todo por la escalera secreta, oculta tras la puerta decorada con papel pintado. Arriba, en el espacio abuhardillado, dejaron la desarmada cama de mis abuelos, la otomana de cuero, la mesita de bronce y los discos de *rebético* de Lefty. Intentando hacer las paces con su mujer, mi abuelo llevó a casa el primero de los muchos periquitos que tendrían con el correr de los años, y poco a poco, viviendo encima de nosotros, Desdémona y Lefty fueron montando su penúltima morada. Desdémona se pasó los nueve años siguientes quejándose de la estrechez de las dependencias y de lo mucho que le dolían las piernas al bajar la escalera; pero cada vez que mi padre la invitaba a instalarse en la planta baja, ella se negaba. En mi opinión, le gustaba el desván porque el vértigo de vivir en lo alto le recordaba el Monte Olimpo. Desde el ventanuco de la buhardilla había una buena vista (no de las tumbas de los sultanes, sino de la fábrica Edison), y cuando lo dejaba abierto, el viento entraba a bocanadas, como en Bitinio. En el desván, Desdémona y Lefty volvieron a sus orígenes.

Como esta historia.

Porque ahora, Capítulo Once, mi hermano de cinco años, y Jimmy Papanikolas tienen sendos huevos rojos en la mano. Hay huevos, pintados del color de la sangre de Cristo, en un cuenco sobre la mesa del comedor. Alineados en la repisa de la chimenea, hay más huevos rojos. Y en la entrada de las habitaciones cuelgan bolsas llenas de huevos rojos.

Zeus liberó de un huevo a todas las criaturas vivientes. *Ex ovo omnia*. La clara subió hacia arriba para formar el cielo, la yema descendió a la tierra. Y en la Pascua griega, seguimos jugando a cascar huevos. Jimmy Papanikolas sujeta su huevo en el aire, pasivamente, mientras Capítulo Once choca el suyo contra él. Siempre se casca uno solo.

—¡Gano yo! —grita Capítulo Once.

Ahora es Milton quien escoge un huevo del cuenco.

—Éste tiene buen aspecto. Tan sólido como un camión Brinks.

Alza la mano con que lo sujeta. Capítulo Once se prepara para arremeter con el suyo. Pero antes de que hagan nada, mi madre da a Milton unos golpecitos en la espalda. Tiene un termómetro en la boca.

Mientras abajo retiran los platos de la mesa, mis padres suben la escalera cogidos de la mano, hacia su habitación. Mientras Desdémona casca su huevo contra el de Lefty, mis padres se desnudan hasta dejarse el mínimo de ropa exigido. Mientras Surmelina, que ha venido de Nuevo México a pasar las vacaciones, juega a romper huevos con la señora Watson, mi padre emite un leve gruñido, se aparta de mi madre y declara:

—Con eso vale.

La habitación queda en silencio. En las entrañas de mi madre, mil millones de espermatozoides nadan contra corriente, los masculinos en cabeza. No sólo llevan instrucciones sobre color de ojos, altura, forma de la nariz, producción enzimática, resistencia a los micrófagos, sino también una historia. Nadan recortados sobre un fondo negro, un largo hilo de seda blanca que se va desenredando. El hilo empezó un día de hace doscientos cincuenta años, cuando los dioses de la biología, para entretenerse un poco, anduvieron tonteando con un gen del quinto cromosoma de un niño. Aquel niño pasó la mutación a su hijo, que a su vez la transmitió a sus dos hijas, que la transfirieron a tres de sus hijos (mis tata... tatarabuelos), hasta que finalmente acabó en el organismo de mis abuelos. Haciendo dedo, el gen bajó una montaña y dejó el pueblo atrás. Se quedó encerrado en una ciudad en llamas y, hablando un francés chapurreado, escapó. En la travesía del océano fingió un idilio, deambuló por la cubierta de un buque e hizo el amor dentro de un bote salvavidas. Le cortaron las trenzas. Tomó un tren a Detroit y se instaló en una casa de la calle Hurlbut; consultó libros de los sueños y abrió un bar clandestino; tuvo un trabajo en la Mezquita Número Uno... Y luego el gen siguió pasando a otros cuerpos... Se unió a los *boy scouts* y se pintó de rojo las uñas de los pies; tocó «Begin the Beguine» por la ventana trasera; se fue a la guerra y se quedó en el continente, viendo noticiarios; realizó un examen de ingreso; se hizo fotos como las de las revistas cinematográficas; recibió una sentencia de muerte e hizo un trato con San Cristóbal; salió con un futuro sacerdote y rompió un noviazgo; lo salvó una silla de contramaestre..., siempre hacia delante, precipitadamente, con sólo unas cuantas curvas ya en el camino, Annapolis y un submarino..., hasta que los dioses de la biología comprendieron que había llegado el momento, que aquello era lo que habían estado esperando, y mientras una cuchara oscilaba y una *yiayiá* se llenaba de inquietud, mi destino se iba aclarando... El 20 de marzo de 1954 llegó Capítulo Once y los dioses de la biología sacudieron la cabeza, no, lo sentimos... Pero aún había tiempo, todo estaba en marcha, era el tramo en caída libre de la montaña rusa y ya no había modo de parar, mi padre tenía visiones

de niñas y mi madre rezaba a un Cristo Pantocrátor en el que no llegaba a creer enteramente, hasta que finalmente —¡en este preciso momento!—, en la Pascua griega de 1959, está a punto de suceder. El gen se prepara para encontrarse con su gemelo.

En cuanto el espermatozoide llega al óvulo, sufro un sobresalto. Hay un fuerte estrépito, un sonoro chasquido mientras se resquebraja mi mundo. Me siento cambiar, perdiendo ya retazos de mi omnisciencia prenatal, cayendo hacia la pizarra en blanco que toda persona es al nacer. (Con los jirones de omnisciencia que me quedan, veo a mi abuelo, Lefty Stephanides, en la noche de mi nacimiento, dentro de nueve meses, volcando una taza en el platillo. Veo los posos del café que forman un signo mientras le estalla un dolor en la sien y cae al suelo). De nuevo el espermatozoide embiste contra mi cápsula, y comprendo que ya no puedo prolongarlo más. El contrato de arrendamiento de mi pequeño apartamento ha expirado y me echan a la calle. De modo que levanto el puño (algo típicamente masculino) y empiezo a golpear las paredes del huevo hasta cascarlo. Luego, resbalando como la yema, caigo de cabeza al mundo.

—Lo siento, niñita mía —dijo mi madre en la cama, tocándose el vientre y hablándome ya—. Habría deseado que esto fuese más romántico.

—¿Quieres romanticismo? —repuso mi padre—. ¿Dónde está mi clarinete?

# LIBRO TERCERO



# PELICULAS DOMÉSTICAS



Mis ojos, encendidos al fin, vieron lo siguiente: una enfermera cogiéndome de los brazos del médico; el rostro triunfante de mi madre, tan imponente como el monte Rushmore, mientras veía cómo me llevaban hasta mi primer baño. (Dije que era imposible, pero todavía lo recuerdo). Y otras cosas también, tangibles e intangibles: el implacable resplandor de las luces; zapatos blancos rechinando al caminar sobre el suelo blanco; una mosca contaminando la gasa; y todo a mi alrededor, en las diversas plantas del Hospital de Mujeres, dramas por doquier. Sentía la felicidad de las parejas que cogían en brazos a su primer hijo y la fortaleza de los católicos aceptando al noveno. Percibía la decepción de una joven madre ante la reaparición de la huidiza barbilla de su marido en su hija recién nacida, y el terror de un padre al calcular las matrículas de sus trillizos. En las plantas por encima de la Maternidad, en habitaciones sin flores, yacían mujeres que se recuperaban de histerectomías y mastectomías. Adolescentes con quistes reventados en los ovarios se adormilaban con la morfina. Lo tuve a mi alrededor desde el principio, el peso del sufrimiento femenino, con su justificación bíblica y sus puntos de fuga.

La enfermera que me lavó se llamaba Rosalee. Era bonita, de rostro alargado, originaria de las montañas de Tennessee. Tras quitarme los mocos de la nariz, me puso una inyección de vitamina K para coagularme la sangre. La endogamia es común en los Apalaches, lo mismo que las malformaciones genéticas, pero la enfermera Rosalee no observó nada anormal en mí. La preocupaba un manchón púrpura que yo tenía en la mejilla, semejante a un rastro de vino de Oporto. Resultó que era la placenta, y lo limpió. La enfermera Rosalee volvió a llevarme ante el doctor Philobosian para someterme a un reconocimiento anatómico. Me colocó sobre la mesa, pero sujetándome con una mano para mayor seguridad. Se había dado cuenta de lo que le temblaban las manos al doctor durante el parto.

En 1960, el doctor Nishan Philobosian había cumplido setenta y cuatro años. Tenía una cabeza de dromedario, colgando del cuello, con toda la actividad en las mejillas. Un nimbo de cabellos blancos le rodeaba la bóveda craneana, enteramente calva, y un manojo de pelo, como una bola de algodón, le taponaba las grandes orejas. Sus gafas de médico tenían incorporadas unas lupas rectangulares.

Empezó con mi cuello, buscando pliegues de cretinismo. Me contó los dedos de las manos y los pies. Me inspeccionó el paladar; me observó el reflejo Moro sin sorprenderse. Me miró el trasero para comprobar el hueso sacro. Luego, poniéndome otra vez de espaldas, me cogió las piernas combadas y me las separó.

¿Qué es lo que vio? El limpio y salobre mejillón de los genitales femeninos. La zona inflamada, hinchada de hormonas. Ese toque de babuino que tienen todos los recién nacidos. El doctor Philobosian debió de haber separado los pliegues para ver mejor, pero no lo hizo. Porque en aquel preciso momento la enfermera Rosalee (para quien el instante era también destino) le tocó accidentalmente el brazo. El doctor Phil alzó la vista. Los ojos prósbitos, armenios, se encontraron con los maduros de los Apalaches. Mantuvieron la mirada, y luego la desviaron. Con sólo cinco minutos de edad, los dos temas de mi vida —azar y sexualidad— empezaban a anunciarse. La enfermera Rosalee se ruborizó.

—Preciosa —dijo el doctor Philobosian, refiriéndose a mí pero mirando a su ayudante—. Una chica preciosa y sana.

En Seminole, las celebraciones del nacimiento se empañaron por la perspectiva de la muerte.

Desdémona había encontrado a Lefty en el suelo de la cocina, tendido junto a la taza de café volcada. Se arrodilló a su lado y le puso la oreja en el pecho. Cuando no le oyó el corazón, gritó su nombre. Su chillido resonó por todos los rincones de la cocina, haciendo vibrar la tostadora, el horno, el frigorífico. Finalmente, cayó de bruces. Pero en el silencio que siguió, Desdémona sintió que una extraña sensación le invadía las entrañas. Cobraba volumen en un espacio entre el pánico y el dolor. Era como si la hincharan con un gas. Se le abrieron de pronto los ojos al reconocerla: era felicidad. Le corrían lágrimas por las mejillas, ya estaba haciendo reproches a Dios por arrebatarse a su marido, pero detrás de aquellas adecuadas emociones se escondía aquel alivio enteramente impropio. Había ocurrido lo peor. Porque era eso: lo peor. Por primera vez en la vida, mi abuela no tenía nada de que preocuparse.

Según mi experiencia, las emociones no pueden describirse con una sola palabra. «Tristeza», «alegría», «remordimiento», esos términos no me dicen nada. La mejor prueba de que el lenguaje es patriarcal quizá sea que simplifica demasiado los sentimientos. Me gustaría tener a mi disposición emociones híbridas, complejas, construcciones germánicas encadenadas, como «la felicidad presente en la desgracia». O esta otra: «la decepción de acostarse con las propias fantasías». Me gustaría mostrar la relación entre «el presentimiento de la muerte suscitado por los ancianos de la familia» y «el odio por los espejos que se inicia en la madurez». Me gustaría hablar de «la tristeza inspirada por los restaurantes malogrados», así como de «la emoción de conseguir una habitación con minibar». Nunca he encontrado palabras adecuadas para describir mi propia vida, y ahora que ya he entrado en mi historia, es cuando más las necesito. Ya no me puedo quedar sentado a ver lo que pasa. A partir de ahora, todo lo que cuente estará teñido de la experiencia subjetiva de formar parte de los acontecimientos. Aquí es donde mi historia se divide, se escinde, sufre una meiosis. Noto más el peso del mundo, ahora que formo parte de él. Hablo

de vendajes y algodón hidrófilo, del olor a moho de los cines, de los asquerosos gatos y sus malolientes cajas de arena, de la lluvia cuando salpica el polvo de la acera y los viejos italianos meten dentro la silla plegable. Hasta ahora no ha sido mi mundo. Mi América. Pero aquí estamos, al fin.

La felicidad presente en la desgracia, no acompañó mucho tiempo a Desdémona. Unos segundos después volvió a poner la cabeza sobre el pecho de su marido... ¡y oyó latir su corazón! Lo llevaron a toda prisa al hospital. Dos días después recobró el conocimiento. Tenía la mente clara, la memoria intacta. Pero cuando intentó preguntar si había sido niño o niña, descubrió que no podía hablar.

Según Julie Kikuchi, la belleza siempre es grotesca. Ayer, tomando café con una porción de *strudel* en el Café Einstein, trató de demostrármelo.

—Fíjate en esta modelo —dijo, enseñándome una revista de modas—. Fíjate en sus orejas. Son de marciana. —Empezó a pasar páginas—. Y mira la boca de esta otra. Te cabría la cabeza entera.

Yo intentaba pedir otro capuchino. Los camareros, con sus uniformes austríacos, no me hacían caso, igual que a cualquier otro cliente, y fuera, los amarillentos tilos destilaban lágrimas lentas.

—¿Y qué me dices de Jackie O? —insistió Julie—. Con unos ojos tan separados que prácticamente los tenía en las sienes. Parecía un pez martillo.

Voy a aprovechar lo anterior para hacer una descripción física de mi persona. Las primeras fotografías de la niña Calíope muestran una diversidad de rasgos más bien singular. Mis padres, mirando amorosamente a mi cuna, estaban loquitos con todos ellos. (A veces pienso que era la fascinante y perturbadora peculiaridad de mi rostro lo que desviaba la atención de todo el mundo de las complicaciones que existían más abajo). Me imagino mi cuna como un diorama en un museo. Se aprieta un botón y se me encienden las orejas como dos trompetas doradas. Se aprieta otro y se me ilumina el resuelto mentón. Otro, y de la oscuridad surgen los etéreos y pronunciados pómulos. Hasta ahora, el efecto no es prometedor. A juzgar por las orejas, la barbilla y los pómulos, bien podía ser Kafka de pequeñito. Pero el siguiente botón me ilumina la boca y las cosas empiezan a mejorar. Labios pequeños pero bien formados, besables, musicales. Entonces, en el centro del mapa, aparece la nariz. No se parece a las que suelen tener las esculturas clásicas griegas. Es una nariz que procede de Asia Menor, como la seda misma, de Oriente. En este caso, del Oriente Próximo. La nariz de la niña del diorama empieza a formar, si uno se fija bien, un arabesco. Orejas, nariz, labios, mentón; y ahora, los ojos. No sólo están bastante separados (como los de Jackie O.), sino que son grandes. Demasiado para la cara de una criatura recién nacida. Ojos como los de mi abuela. Tan grandes y tristes como en los cuadros de Keane. Ojos cercados por unas pestañas tan largas y oscuras que mi madre se asombraba de que hubieran crecido en sus entrañas. ¿Cómo podía su cuerpo haber

obrado con tanto detalle? La tez en torno a los ojos: pálida y aceitunada. El pelo: negro azabache. Ahora hay que pulsar todos los botones a la vez. ¿Se me ve? ¿Enteramente? Puede que no. Nadie lo ha logrado jamás.

De niña, incluso de muy pequeña, poseía una elaborada y desconcertante belleza. Aisladamente, ningún rasgo era correcto, pero del conjunto surgía algo cautivador. Una despreocupada armonía. Una mutabilidad, también, como si debajo de mi rostro visible hubiese otro, ya arrepentido.

A Desdémona no le interesaba que yo fuese guapa. La preocupaba el estado de mi alma.

—La niña ya tiene dos meses —le dijo a mi padre en marzo—. ¿Por qué sigues sin bautizarla?

—No quiero bautizarla —contestó Milton—, nada de abracadabras.

—Conque *abra que dabra*, ¿eh? —lo amenazaba Desdémona con el dedo índice—, ¿crees que a la Santa Tradición de la Iglesia, que se ha mantenido dos mil años, se le puede llamar *abra que dabra*? Y entonces se puso a invocar a la Panayía, llamándola por todos sus nombres: Santísima, Inmaculada, Bienaventurada, Alabada, Madre de Dios y Siempre Virgen, ¿has oído lo que ha dicho mi hijo Milton?

Y como mi padre seguía negándose, Desdémona utilizó su arma secreta. Se empezó a abanicar.

Para alguien que no lo haya presenciado nunca, es difícil describir el carácter amenazador, como de preludio de tormenta, que tenía mi abuela cuando empezaba a abanicarse. Negándose a discutir más con mi padre, se dirigió con sus tobillos hinchados a la sala de estar. Se sentó en una butaca de mimbre junto a la ventana. El sol de invierno entraba sesgadamente, dándole una transparencia rojiza a una aleta de la nariz. Cogió su abanico de cartón. En la parte delantera, con grandes letras, se leía: «Atrocidades de los turcos». Abajo, en letras más pequeñas, estaban los detalles: la matanza de 1955 en Estambul, en la que 15 griegos resultaron muertos, 200 griegas violadas, 4348 tiendas saqueadas, 59 iglesias ortodoxas destruidas y las tumbas de los patriarcas profanadas. Desdémona tenía seis abanicos de atrocidades. Constituían una serie para coleccionistas. Cada año enviaba una contribución al Patriarcado de Constantinopla y unas semanas después llegaba un nuevo abanico donde se denunciaban genocidios y, en una ocasión, se reproducía una imagen del patriarca Atenágoras entre las ruinas de una catedral saqueada. En el abanico que Desdémona utilizaba aquel día en concreto, no aparecía el crimen más reciente, aunque ya se había denunciado, cometido no ya por los turcos, sino por un griego: su propio hijo, que se negaba a que su nieta recibiese un bautizo ortodoxo como era debido. Cuando Desdémona se abanicaba, no era una simple cuestión de mover la muñeca de un lado a otro; la agitación arrancaba de lo más profundo de su ser. Se originaba en el espacio entre el estómago y el hígado donde, según me aseguró una vez, residía el Espíritu



Santo. Salía de un lugar aún más hondo: de donde estaba enterrado su delito. Milton intentó refugiarse detrás del periódico, pero el aire removido por el abanico hacía temblar las hojas. Por toda la casa se sentía la fuerza con que Desdémona se abanicaba; arremolinaba motas de polvo en la escalera, agitaba los visillos y, por supuesto, como era invierno, hacía tiritar a todo el mundo. Al cabo de un rato, parecía que a toda la casa le iba a dar un soponcio. Los movimientos del abanico incluso persiguieron a Milton al interior de su Oldsmobile, cuyo radiador empezó a emitir un ruidito, como un murmullo sibilante.

Además de abanicarse, mi abuela apelaba al sentimiento familiar. El padre Mike, su yerno y tío mío, ya había vuelto de su destino en Grecia y oficiaba —en calidad de ayudante— en la iglesia ortodoxa griega de la Asunción.

—Piensa en el padre Mike, Miltie, por favor —rogó Desdémona—. Nunca le darán un cargo importante en la Iglesia. ¿Crees que les parecerá bien que no bauticen a su propia sobrina? Piensa en tu hermana, Miltie. ¡Pobre Zoë! No les sobra el dinero.

Por fin, en señal de que se estaba ablandando, mi padre preguntó a mi madre:

—¿Cuánto cobran ahora por los bautizos?

—Son gratis.

Milton enarcó las cejas. Pero tras considerarlo un momento, asintió con la cabeza, confirmando sus sospechas.

—Lógico. La entrada es gratis. Pero luego tienes que estar pagando toda la vida.

En 1960, la congregación ortodoxa griega de la Zona Este de Detroit tenía un nuevo edificio para celebrar sus oficios religiosos. La Asunción se había trasladado de la carretera de Vernor a una nueva sede en Charlevoix. La construcción de la iglesia de Charlevoix había sido un acontecimiento que causó gran conmoción. Desde sus humildes orígenes en un establecimiento comercial de la calle Hart, a la respetable pero nada ostentosa sede de Beniteau, la Asunción iba finalmente a contar con un edificio espléndido. Muchas empresas de construcción se ofrecieron para realizar las obras, pero se decidió adjudicarlas a «alguien de la comunidad», y ese alguien fue Bart Skiotis.

La construcción de la nueva iglesia obedecía a dos motivos: resucitar el antiguo esplendor de Bizancio y mostrar al mundo los recursos financieros de la próspera comunidad grecoamericana. No se escatimaron gastos. Trajeron de Creta a un pintor de iconos para que se encargara de la iconografía. Se quedó más de un año, durmiendo sobre un fino colchón en la estructura sin terminar. Buen tradicionalista, practicaba la abstinencia, no comía carne ni dulces ni bebía alcohol para purificar su alma y recibir la inspiración divina. Ni siquiera su pincel, hecho con el extremo de la cola de una ardilla, se atenía a las normas. Poco a poco, a lo largo de dos años, nuestra Ayia Sofía se fue levantando en la Zona Este, no lejos de la Autopista Ford. Sólo había un problema. A diferencia del pintor de iconos, Bart Skiotis no acometía

el trabajo con pureza de corazón. Resultó que utilizaba materiales de inferior calidad, desviando el dinero sobrante a su propia cuenta corriente. Puso mal los cimientos, de manera que no pasó mucho tiempo antes de que empezaran a agrietarse los muros, apareciendo marcas en la iconografía. Y además, había goteras.

En el recinto de la iglesia de Charlevoix, con la construcción que no cumplía los requisitos de habitabilidad y los cimientos poco firmes, me bautizaron en la fe ortodoxa; una fe que había existido mucho antes de que el protestantismo hubiera tenido algo de que protestar y antes de que el catolicismo se autodenominara católico; una fe que se remontaba a los orígenes, cuando la cristiandad era griega y no latina, y que, sin un Aquino que le hubiera dado existencia material, habría quedado envuelta en el humo de la tradición y el misterio que la rodeaba en un principio. Mi padrino, Jimmy Papanikolas, me cogió de brazos de mi padre. Me presentó al padre Mike. Sonriente, encantado de ser el centro de atención por una vez, el padre Mike me cortó un mechón de pelo y lo echó a la pila bautismal. (Esa parte del ceremonial, según sospeché más tarde, era la responsable del vellosito aspecto de nuestras pilas bautismales. Años y años de pelo infantil, estimulado por el agua que daba la vida, echaba raíces y se ponía a crecer). Pero el padre Mike ya se disponía a sumergirme.

—Yo te bautizo, Calíope Helen, sierva de Dios, en el nombre del Padre, amén...

Y me metió debajo del agua por primera vez. En la Iglesia ortodoxa griega no se realiza una inmersión parcial; no se remoja a los niños, no se les da ligeros toques con los dedos mojados. Para renacer, nos tienen que enterrar primero, de modo que me metieron debajo del agua. Mi familia se quedó mirando, mi madre sobrecogida de ansiedad (¿y si tragaba agua?), mi hermano tirando un centavo al agua cuando nadie se daba cuenta, mi abuela dejando quieto el abanico por primera vez desde hacía semanas. El padre Mike me levantó de nuevo en el aire —«... y del Hijo, amén...»— y volvió a sumergirme. Esta vez abrí los ojos. El centavo de Capítulo Once, en caída libre, destelló en la oscuridad. Fue a parar al fondo, donde, según observaba ahora, había un montón de diversos objetos: más monedas, por ejemplo, horquillas, una tirita que se le había desprendido a alguien. Dentro del agua verdosa, sucia y bendita me sentí en paz. Todo estaba en silencio. Sentí un cosquilleo a los lados del cuello, donde una vez los humanos tenían branquias. Era vagamente consciente de que aquel comienzo era en cierto modo un indicio de lo que sería el resto de mi vida. Estaba rodeada de mi familia, en las manos de Dios. Pero también me encontraba en un elemento aparte, sumergida en extrañas sensaciones, presionando la envoltura evolutiva. Esa idea pasó zumbando por mi conciencia cuando el padre Mike volvió a sacarme a la superficie —«... y del Espíritu Santo, amén...»—. Quedaba una inmersión. Para abajo que fui, y otra vez arriba, a la luz y al aire. Las tres inmersiones habían durado bastante tiempo. Además de turbia, el agua estaba tibia. En consecuencia, a la tercera vez me sentí verdaderamente renacida: en forma de fuente.

Entre mis angelicales piernas un torrente de líquido cristalino se alzó en el aire. A la luz cenital de la cúpula, el dorado centelleo atrajo la atención de todos los presentes. El chorro describió un arco. Propulsado por una vejiga repleta, saltó sobre el borde de la pila. Y antes de que mi *nuno* tuviese tiempo de reaccionar, dio al padre Mike justo en plena cara.

Risa contenida en los bancos, horrorizados jadeos de algunas ancianas, silencio después. Humillado por su propia inmersión parcial —y dándose toquecitos en la cara como un protestante—, el padre Mike concluyó la ceremonia. Untándose la punta de los dedos con aceite consagrado, me ungió, haciéndome la señal de la cruz en los sitios indicados, primero en la frente, luego en los ojos, nariz, boca, orejas, pecho, manos y pies. «El sello del don del Espíritu Santo», decía cada vez. Finalmente me dio la Primera Comunión (con una salvedad: el padre Mike jamás me perdonó mi pecado).

—Así me gusta mi niña —se pavoneó Milton en el camino a casa—. Mear a un cura.

—Ha sido un accidente —insistió Tessie, aún abochornada—. ¡Pobre padre Mike! Nunca se le olvidará.

—La verdad es que ha llegado *muy lejos* —se maravilló Capítulo Once.

Y con toda la conmoción, nadie se preguntó por el mecanismo que había posibilitado la proeza.

Desdémona interpretó el bautismo al revés de su yerno como un mal presagio. Aparte de ser la presunta responsable del ataque de su marido, yo acababa de cometer un sacrilegio en mi primera oportunidad litúrgica. Y además, la había humillado por nacer niña.

—A lo mejor deberías probar adivinando el tiempo que va a hacer —se burló Surmelina.

—Vaya con tu cuchara, mamá —le restregó mi padre por las narices—. Se ha cagado en ti.

Lo cierto era que en aquella época Desdémona estaba luchando contra ciertas presiones asimilacionistas que era incapaz de resistir. Aunque en Estados Unidos había llevado una vida de eterna exiliada, como si realizara una visita que ya duraba cuarenta años, algunos aspectos de su país de adopción empezaban a filtrarse bajo las compuertas de su desaprobación. Cuando Lefty salió del hospital, mi padre llevó una televisión a la buhardilla para que se entretuvieran un poco. Era un Zenith en blanco y negro, proclive a distorsiones verticales. Lo colocó en una mesilla y volvió a bajar. La televisión se quedó allí, haciendo ruidos sordos y lanzando destellos. Lefty se colocó bien las almohadas y se puso a mirar. Desdémona trataba de hacer sus tareas domésticas, pero se sorprendía mirando a la pantalla cada vez con mayor frecuencia. Seguían sin gustarle los coches. Se tapaba las orejas cada vez que encendían la

aspiradora. Pero la tele era algo diferente. Mi abuela se aficionó inmediatamente a la televisión. Era la primera y única cosa de Estados Unidos que merecía su aprobación. A veces se le olvidaba apagar el aparato y se despertaba a las dos de la madrugada a los sonos del himno de las barras y estrellas con que se despedía la emisión.

La televisión sustituyó el rumor de la conversación que faltaba en la vida de mis abuelos. Desdémón no apartaba los ojos de ella en todo el día, escandalizada por los amoríos de *Mientras el mundo gira*. Le gustaban sobre todo los anuncios de detergentes, todo aquello que, restregando, produjese burbujas higiénicas o espuma vengadora.

El hecho de vivir en Seminole contribuía al imperialismo cultural. Los domingos, en vez de servir Metaxa, Milton preparaba cócteles para sus invitados.

—Copas con nombre de personas —se quejaba Desdémón a su mudo marido en la buhardilla—. Tom Collins. Harvey Wall Bang. ¡Así llaman a una bebida! Y se ponen a escuchar música en el equipo de alta fidelidad o como se llame. Milton pone música y beben Tom Collins y a veces bailan juntos, ya sabes, las mujeres con los hombres. Como si fuera lucha libre.

¿Qué era yo para Desdémón sino otro signo del fin de los tiempos? Procuraba no mirarme. Se ocultaba detrás del abanico. Entonces, un día Tessie tuvo que salir y ella se quedó de canguro. Con aire receloso, entró en mi habitación. Se acercó cautelosamente a mi cuna. Sexagenaria vestida de negro inclinándose para examinar a criatura envuelta en una toquilla rosa. Quizá fuese algo en mi expresión lo que hizo saltar la alarma. Puede que Desdémón ya estuviera empezando a atar cabos, a establecer la relación que habría después entre los niños del pueblo y aquel barrio residencial, entre las antiguas historias de comadres y la nueva endocrinología... Y puede que no. Porque mientras atisbaba con desconfianza sobre el borde de mi cuna, vio cómo mi rostro —y mi sangre— tomaba cartas en el asunto. La inquieta expresión de Desdémón flotaba sobre la mía, igualmente perpleja. Sus lastimeros ojos escudriñaban mis órbitas, igualmente grandes y negras. En nosotras todo era igual. De modo que me cogió en brazos e hice lo que deben hacer los nietos: borré los años que nos separaban. Devolví a Desdémón su piel original.

A partir de entonces, fui su favorita. A media mañana, relevaba a mi madre de mis cuidados y me llevaba a la buhardilla. Para entonces, Lefty había recobrado la mayor parte de sus fuerzas. Pese a la parálisis del habla, mi abuelo siguió siendo una persona vitalista. Se levantaba temprano todos los días, se bañaba, se afeitaba y se ponía corbata para traducir griego ático durante dos horas, antes de desayunar. Por aquella época ya no aspiraba a publicar sus traducciones, pero seguía trabajando en ellas porque le gustaba y porque le mantenía la mente en forma. Para comunicarse con el resto de la familia, siempre llevaba consigo una pequeña pizarra. Escribía mensajes con palabras y jeroglíficos particulares. Consciente de que Desdémón y él eran una

carga para mis padres, Lefty se mostraba sumamente servicial en la casa, arreglando cosas, ayudando en la limpieza, haciendo recados. Todas las tardes daba un paseo de siete kilómetros, hiciera el tiempo que hiciera, y volvía contento, con una sonrisa llena de empastes de oro. Por la noche escuchaba sus discos de *rebético* fumando el narguile. Cuando Capítulo Once le preguntaba lo que fumaba en la pipa, Lefty escribía en su pizarra: «Barro turco». Mis padres siempre creyeron que era una especie de tabaco aromático. Vaya usted a saber de dónde sacaba Lefty el hachís. De sus paseos, probablemente. Seguía manteniendo muchas amistades griegas y libanesas en la ciudad.

Todos los días, entre las diez y las doce de la mañana, mis abuelos se ocupaban de mí. Desdémona me daba el biberón y me cambiaba los pañales. Me peinaba con los dedos. Cuando me ponía quisquillosa, Lefty me cogía en brazos y me paseaba por la habitación. Como no podía hablar, murmuraba mucho, me lanzaba por el aire y frotaba su enorme y arqueado apéndice nasal con mi pequeña y nada explícita nariz. Mi abuelo era como un mimo sin maquillaje, lleno de dignidad, y hasta casi los cinco años no comprendí que había algo raro en él. Cuando se cansaba de hacerme muecas, me llevaba a la ventana de la buhardilla y allí, desde posiciones contrarias de la vida, contemplábamos los jardines del vecindario.

Pronto empecé a andar. Animada por los regalos envueltos en paquetes de colores vivos, correteaba en los fotogramas de las películas domésticas de mi padre. En aquellas primeras navidades de celuloide voy tan emperejilada como una infanta. Ansiosa por tener una niña, Tessie se pasaba un poco de la raya a la hora de vestirme. Falditas rosas, volantes de encaje, cerezas de cristal en el pelo. A mí no me gustaba la ropa ni el espinoso árbol de Navidad, y mis apariciones, llorando a lágrima viva, suelen ser dramáticas...

Aunque quizá se deba a la cinematografía de mi padre. La cámara de Milton estaba equipada con una serie de implacables focos. La luminosidad de sus películas les da carácter de interrogatorio de la Gestapo. Cargados con nuestros regalos, todos parecemos encogidos, como si nos hubieran pillado con mercancía de contrabando. Aparte de su cegadora brillantez, las películas caseras de Milton tenían otra cosa rara: como Hitchcock, él siempre aparecía en todas. El único modo de saber la cantidad de película que quedaba en la cámara era leyendo el contador que había dentro del objetivo. En medio de las escenas de Navidad o de un cumpleaños siempre llegaba un momento en que el ojo de Milton llenaba la pantalla. Así que ahora, mientras intento esbozar rápidamente los primeros años de mi vida, lo que recuerdo con mayor claridad es sólo esto: la brusca y adormilada presencia del ojo castaño de mi padre, introduciendo en la obra el artificio creativo y poniendo de relieve sus aspectos prácticos, lo que aporta un toque posmoderno a nuestro cine doméstico. (Y me transmite su estética) el ojo de Milton nos miraba. Parpadeaba. Un ojo tan grande

como el del Cristo Pantocrátor de la iglesia, sólo que más impresionante que cualquier mosaico. Era un ojo vivo, cansado, la córnea un tanto inyectada en sangre, pestañas largas, piel abolsada por debajo, con manchas color café. Ese ojo nos miraba durante al menos diez segundos. Finalmente la cámara se apartaba, aún filmando. Veíamos el techo, las lámparas, el suelo, y luego volvíamos a aparecer nosotros: los Stephanides.

El primero de todos, Lefty. Todavía elegante a pesar del ataque, con una camisa blanca almidonada y pantalones de cuadros escoceses, escribe algo y levanta la pizarra: «*Jristós anesti*». Desdémón, con la dentadura postiza dándole un aspecto de tortuga boquiabierta, está sentada frente a él. A mi madre, en esta película titulada *Pascua del 62*, le faltan dos años para cumplir los cuarenta. Las patas de gallo al lado de los ojos son uno de los motivos (aparte de los focos) por los cuales se pone una mano frente a la cara. En ese gesto reconozco la simpatía emocional que siempre he mantenido con Tessie, los dos tan felices cuando nadie nos mira, sentados en algún sitio, observando a la gente. Detrás de su mano aprecio los rastros de la novela que se ha quedado leyendo anoche. Todas esas grandes palabras que ha tenido que mirar en el diccionario se le agolpan en la cansada cabeza, deseando aparecer en las cartas que hoy me escriba. Su mano también es un rechazo, la única manera de desquitarse de su marido, que ha empezado a desaparecer de su vida. (Milton vuelve a casa todas las noches; no bebe ni anda detrás de las faldas pero, preocupado por el negocio, empieza a volcarse cada vez más en el restaurante, de modo que el hombre que vuelve a nosotros parece estar menos presente, convirtiéndose en una especie de robot que trincha el pavo y nos filma en vacaciones pero que realmente no está con nosotros). Por último, desde luego, la mano alzada de mi madre es también una especie de aviso, un precursor del rectángulo negro en los ojos.

Capítulo Once está tirado en la alfombra, devorando dulces. Nieto de dos antiguos criadores de gusanos de seda (con pizarra y sarta de cuentas), jamás ha ido a trabajar al criadero. Nunca ha ido al Koza Han. Su ambiente ya le ha marcado. Tiene esa expresión tiránica, egocéntrica de los niños norteamericanos...

Y ahora, brincando, dos perros entran en cuadro. Rufus y Willis, nuestros bóxers. Rufus olisquea mis pañales y, con perfecto sentido de la oportunidad, se sienta encima de mí. Más adelante morderá a alguien, y mi familia regalará los dos perros. Aparece mi madre, espantando a Rufus..., y ahí estoy de nuevo. Me pongo en pie y doy unos tambaleantes pasos hacia la cámara, sonriendo, probando a saludar con la mano...

Conozco bien esa película. *Pascua del 62* es la que el doctor Luce pidió a mis padres. Ésa era la película que todos los años ponía a sus alumnos de la Facultad de Medicina de Cornell. Aquél era el fragmento de treinta y cinco segundos que, según Luce, demostraba su teoría de que la identidad sexual se establece en la primera etapa

de la vida. Ésa era la película que el doctor Luce me proyectó para explicarme quién era yo. ¿Y quién era? Hay que atender a la pantalla. Mi madre me está dando una muñeca. La cojo y la abrazo contra mi pecho. Acercando un biberón a los labios de la muñeca, le ofrezco leche.

Pasó mi infancia, en las películas y en la realidad. Me educaron en sentido femenino, y yo no albergaba duda alguna de que fuese una niña. Mi madre me bañaba y me enseñaba a lavarme. A juzgar por todo lo que ocurrió después, me atrevo a pensar que, en el mejor de los casos, aquella instrucción en higiene femenina tenía un carácter rudimentario. No recuerdo alusión directa alguna a mi aparato genital. Todo estaba envuelto en una zona de intimidad y fragilidad, donde mi madre nunca me restregaba con fuerza. (Al aparato de Capítulo Once lo llamaban «colilla». Pero para lo que yo tenía ahí abajo no había palabra alguna). Mi padre era aún más remilgado. En las raras ocasiones en que me bañaba o cambiaba los pañales, Milton procuraba desviar la vista.

—¿La has lavado por todas partes? —preguntaba mi madre, hablando de manera sesgada, como de costumbre.

—Por *todas* no. Eso es cosa tuya.

De todas formas, habría dado lo mismo. El síndrome de deficiencia de 5-alfa reductasa es un falsificador muy hábil. Hasta que llegué a la pubertad y los andrógenos me inundaron el torrente sanguíneo, resultaba difícil distinguir las diferencias que me separaban de las demás niñas. El pediatra nunca observó nada anormal. Y cuando cumplí cinco años, Tessie empezó a llevarme al doctor Philobosian; el doctor Phil, con su vista deficiente y sus reconocimientos superficiales.

El 8 de enero de 1967 cumplí siete años. En Detroit, 1967 marcó el fin de muchas cosas, pero entre ellas se contaban las películas domésticas de mi padre. *Séptimo cumple de Callie* fue la última Súper 8 de Milton. El escenario era nuestra sala de estar, decorada con globos. Tengo en la cabeza el habitual gorro puntiagudo. Capítulo Once, con once años, no está en la mesa con los demás niños, sino apoyado en la pared del fondo, bebiendo ponche de frutas. La diferencia de edad muestra que mi hermano y yo no crecimos juntos. Cuando yo tomaba el biberón, él ya era mayorcito; cuando crecí, él era adolescente; y cuando yo llegué a la adolescencia, él se había hecho adulto. A los doce años, no había nada que le gustase más a mi hermano que bajar a su laboratorio del sótano para abrir por la mitad una pelota de golf y ver lo que había dentro. Normalmente, su vivisección de ejemplares de Wilson y Spalding revelaba núcleos de goma elástica rigurosa y fuertemente apelmazada. Pero a veces había sorpresas. De hecho, si uno observa atentamente a mi hermano en esa película doméstica, notará algo extraño: tiene la cara, los brazos, la camisa y los pantalones cubiertos de motitas blancas.

Justo antes de que empiece la fiesta de mi cumpleaños, Capítulo Once ha estado en el sótano, abriendo con una sierra de arco una moderna Titleist que anunciaba un «centro líquido». Capítulo Once tenía la bola firmemente sujeta en el torno mientras la serraba. Al llegar al centro de la Titleist, se oyó un estallido seco al que siguió una vaharada de humo. El centro de la pelota estaba vacío. Capítulo Once se quedó perplejo. Pero cuando subió del sótano, todos vimos los puntos blancos...

Volviendo a la fiesta, ahí viene mi pastel de cumpleaños con sus siete velitas. Los labios de mi madre me dicen en silencio que formule un deseo. ¿Qué quería yo a los siete años? No me acuerdo. En la película me inclino y, eólica, apago las velas de un soplado. Al cabo de un momento, vuelven a encenderse. Las apago de nuevo. Otra vez ocurre lo mismo. Y entonces Capítulo Once se ríe, divertido al fin. Así acababan nuestras películas domésticas, con alguna broma en torno a mi aniversario. Con velas que tenían múltiples vidas.

Vuelvo a repetir la pregunta: ¿por qué fue ésta la última película de Milton? ¿Podría deberse a la habitual pérdida de entusiasmo de los padres por documentar en película el desarrollo de sus hijos? ¿Al hecho de que Milton había sacado centenares de fotografías a Capítulo Once cuando era pequeño y poco más de veinte a mí? Para contestar a esos interrogantes, necesito ponerme detrás de la cámara y ver las cosas con los ojos de mi padre.

El motivo por el que Milton iba desapareciendo de nuestra vida: después de nueve años de funcionamiento, el restaurante ya no rendía beneficios. Mi padre miraba por la ventana (por encima de las latas de aceite de oliva Athena) día tras día, observando los cambios que se producían en la calle Pingree. La familia blanca que vivía en la acera de enfrente, que se contaba entre la buena clientela, se había mudado. Ahora el dueño de la casa era un hombre de color, un tal Morrison. Iba al restaurante a comprar tabaco. Pedía un café, hacía que le rellenaran la taza mil veces y fumaba un cigarrillo tras otro. Nunca pedía nada de comer. No parecía tener trabajo. A veces iban a su casa otras personas, una mujer joven, quizá su hija, con sus niños. Luego se marchaban y Morrison se quedaba solo otra vez. En el techo, para tapar un agujero, había puesto una lona embreada sujeta con ladrillos.

Nada más doblar la esquina, acababan de inaugurar un local nocturno. De camino a casa, sus clientes orinaban a la puerta del restaurante. Por la calle Doce habían empezado a deambular prostitutas. Habían atracado la tintorería de la otra manzana, y el dueño, un blanco, había sufrido una severa paliza. A. A. Laurie, dueño de la óptica de al lado, quitaba de la pared el diagrama optométrico mientras unos obreros le desmontaban las gafas de neón de la fachada. Se mudaba a una tienda nueva en Southfield.

Mi padre había pensado en hacer lo mismo.

—Todo el barrio se viene abajo —le había avisado Jimmy Fioretos un domingo



después de comer—. Lárgate ya de ahí, ahora que te va bien.

Y luego Gus Panos, que después de sufrir una traqueotomía hablaba por un agujero en el cuello, siseando como un fuelle:

—Jimmy tiene razón... sssss... Tendrías que mudarte a... sssss... Bloomfield Hills.

Tío Pete no estaba de acuerdo, formulando sus habituales argumentos sobre la integración y el apoyo a la guerra contra la pobreza del presidente Johnson.

Unas semanas después, Milton hizo que le tasaran el establecimiento y se quedó estupefacto: el Salón Cebra valía menos que cuando Lefty lo adquirió en 1933. Milton había esperado demasiado para vender. Ya no merecía la pena mudarse.

De modo que el Salón Cebra continuó en la esquina de Pingree y Dexter, con la música *swing* del tocadiscos de monedas cada vez más pasada de moda, los famosos y los ases del deporte de las paredes cada vez más irreconocibles. Los sábados, mi abuelo solía llevarme a dar un paseo en coche. Íbamos a Belle Isle a ver los ciervos, y luego comíamos en el restaurante de la familia. Allí nos sentábamos en un reservado mientras Milton nos servía, fingiendo que éramos clientes. Anotaba lo que había pedido Lefty y guiñaba un ojo.

—¿Y qué tomará la señora?

—¡Yo no soy una señora!

—¿Ah, no?

Yo pedía una hamburguesa con queso, batido de leche y merengue de limón de postre. Milton abría la caja registradora, cogía un puñado de monedas y me las daba para que las echara en el tocadiscos. Mientras escogía canciones, miraba por la ventana, a ver si veía a mi amigo del barrio. La mayoría de los sábados estaba en la esquina, rodeado de otros jóvenes. A veces se subía a una silla rota o a un bloque de hormigón ligero para lanzar una perorata. Siempre mantenía el brazo en el aire, agitándolo y gesticulando. Pero si por casualidad me veía, abría el puño y me saludaba con la mano.

Se llamaba Marius Wyzzewixard Challouehliczilczese Grimes. Me estaba prohibido hablarle. Milton lo consideraba un alborotador, opinión que compartían muchos clientes, tanto blancos como negros, del Salón Cebra. Pero a mí me caía bien. Me llamaba «Pequeña Reina del Nilo». Afirmaba que me parecía a Cleopatra.

—Cleopatra era griega —aseguraba—. ¿Lo sabías?

—No.

—Pues sí, era griega. Era de los Ptolomeos. Gran familia, entonces. Eran griegos de Egipto. Yo también tengo una pizca de sangre egipcia. A lo mejor somos parientes, tú y yo.

Si estaba subido a la silla rota, esperando a que se congregara la gente, hablaba conmigo. Pero si ya tenía público, no podía entretenerse.

Marius Wyzzewixard Challouehliczilczese Grimes llevaba el nombre de un nacionalista etíope que, en realidad, había sido coetáneo de Fard Mahoma, allá por los años treinta. Marius había tenido asma de pequeño. Se había pasado casi toda la infancia dentro de casa, leyendo libros muy diversos de la biblioteca de su madre. De adolescente recibió muchas palizas (llevaba gafas, y tenía el hábito de respirar por la boca). Pero cuando yo le conocí, Marius W. C. Grimes estaba entrando en la edad adulta. Trabajaba en una tienda de discos, y por la noche asistía a la Facultad de Derecho de la Universidad de Detroit. Algo estaba pasando en el país —sobre todo en las barriadas negras— que favorecía la ascensión de un hermano como Marius a la tarima de orador callejero. De pronto, si se sabían cosas, si alguien se ponía a argumentar sobre las causas de la guerra civil española, es que estaba en la onda. El Che Guevara también tenía asma. Y Marius llevaba boina. Una boina negra, de estilo paramilitar, con gafas oscuras. Con boina y gafas se erguía Marius en la esquina, haciendo que la gente tomara conciencia de ciertas cosas.

—El Salón Cebra, con dueño blanco —decía, señalando con un dedo descarnado. Luego movía el dedo para indicar un poco más abajo, en la misma manzana—. La tienda de televisores, con dueño blanco. La tienda de ultramarinos, con dueño blanco. El banco —los hermanos miraban alrededor—... exacto. No hay banco. No dan préstamos a los negros.

Marius pensaba ser abogado. En cuanto se licenciara en Derecho demandaría al Ayuntamiento de Dearborn por discriminación en la asignación de viviendas. Por entonces era el número tres en su curso de Derecho. Pero ahora, en la calle, con la humedad del ambiente reaparecía su asma infantil y Marius no se sentía bien cuando pasé patinando frente a él.

—Hola, Marius.

No contestó abiertamente, lo que significaba que estaba alicaído. Pero me saludó con la cabeza, lo que me dio ánimo para continuar.

—Si vas a subirte a una silla, ¿por qué no coges una mejor?

—¿No te gusta mi silla?

—Está toda rota.

—Esta silla es una antigualla. Lo que significa que tiene que estar rota.

—Pero no tanto.

Marius lanzó una mirada al Salón Cebra.

—¿Puedo preguntarte algo, pequeña Cleo?

—¿Qué?

—¿Cómo es que siempre hay por lo menos tres policías gordos y viejos sentados frente al mostrador de tu padre?

—Les da café gratis.

—¿Y por qué crees que los invita?

—No sé.

—¿No lo sabes? Pues te lo voy a decir. Los soborna para que le protejan. A tu padre le gusta tener cerca a la poli porque nos tiene miedo a los negros.

—No os tiene miedo —negué, súbitamente a la defensiva.

—¿Crees que no?

—No.

—Pues vale, Reina. Tú sabrás.

Pero la acusación de Marius me preocupó. Después de aquello empecé a observar a mi padre con mayor atención. Me di cuenta de que siempre echaba el seguro a las puertas del coche cuando pasábamos por el Barrio Negro. Los domingos le oía decir en la sala de estar:

—No cuidan de sus cosas. Dejan que todo se estropee.

A la semana siguiente, cuando Lefty me llevó al restaurante, me daba más cuenta que nunca de la presencia de la policía, cuyas negras espaldas veía inclinadas sobre el mostrador. Los oía bromear con mi padre.

—Oye, Milt, ya va siendo hora de que pongas comida racial en el menú.

—¿Ah, sí? —contestaba mi padre jovialmente—, ¿un poco de berza, quizá?

Salí sin que me vieran y fui buscar a Marius. Estaba en su sitio de costumbre, pero sentado, no de pie, y leyendo un libro.

—Mañana es el examen —me dijo—. Tengo que estudiar.

—Yo estoy en segundo de primaria —le informé.

—¡Sólo en segundo! Y yo que te creía por lo menos en el instituto, haciendo el bachillerato!

Le dediqué mí más encantadora sonrisa.

—Debe de ser la sangre de los Ptolomeos. No te acerques a los romanos, ¿vale?

—¿Qué?

—Nada, Pequeña Reina, Sólo te estaba tomando el pelo.

Se reía ahora, cosa que no hacía a menudo. La cara abierta, luminosa. Y de pronto mi padre me llamaba a gritos.

—¡Callie!

—¿Qué quieres?

—¡Ven aquí ahora mismo!

Marius se puso trabajosamente en pie.

—Estábamos charlando —dijo—. Tiene usted una niña muy lista.

—No se acerque a ella, ¿me oye?

—¡Papá! —protesté, horrorizada, avergonzada por mi amigo.

Pero la voz de Marius era tranquilizadora.

—No te apures, pequeña Cleo. Tengo que preparar el examen y todo eso. Ve con tu papá.

Milton no me dejó en paz durante el resto del día.

—Nunca te pares a hablar así con un desconocido, jamás. Pero ¿qué es lo que te pasa?

—No es un desconocido. Se llama Marius Wyzzewixard Challouehliczilczese Grimes.

—¿Me has oído? No te acerques a la gente como él.

Después, Milton dijo a mi abuelo que no volviera a llevarme a comer al restaurante. Pero yo volvería, en menos de un mes, por mis propios medios.

## OPA!



Siempre creen que es una actitud caballerescas de la vieja escuela. La lentitud con la que me insinúo. Lo que tardo en decidirme. (A estas alturas ya he aprendido a hacer el primer movimiento, pero no el segundo).

Invité a Julie Kikuchi a pasar el fin de semana fuera. En Pomerania. La idea era ir en coche a Usedom, una isla del Báltico, y alojarnos en un antiguo centro turístico que gozó de la estima de Guillermo I. Insistí en poner de relieve que tendríamos habitaciones separadas.

Como era fin de semana, traté de vestirme con ropa informal. Para mí no es fácil. Me puse un jersey de pelo de camello, de cuello vuelto, chaqueta de tweed y pantalones vaqueros. Con zapatos de Edward Green, de color burdeos y hechos a mano. Este modelo en concreto, llamado Dundee, parece muy de vestir hasta que se ve la suela de goma moldeada. El cuero tiene doble espesor. El Dundee es un zapato concebido para recorrer la finca, para pisotear el barro con corbata y los spaniels detrás. Tuve que esperar meses a que me los entregaran. En la caja, decía: «Edward Green, maestro zapatero para gente poco común». Eso soy yo, exactamente. Poco común.

Recogí a Julie en un Mercedes alquilado, un turbulento diesel. Había grabado unas cuantas cintas para el viaje y traído lectura: *The Guardian*, los dos últimos números de *Parket*. Nos adentramos por estrechas carreteras, bordeadas de árboles, en dirección nordeste. Pasamos pueblos de casas con techumbre de paja. El terreno se hizo pantanoso, aparecieron brazos de mar y pronto cruzamos el puente que llevaba a la isla.

¿Voy derecho al asunto? No, poco a poco, sin prisas, así es como se hace. Permítanme mencionar primero que aquí, en Alemania, es octubre. Aunque hacía fresco, la playa de Herringsdorf estaba salpicada de nudistas acérrimos. Principalmente hombres, estaban tumbados como morsas en toallas o reunidos bulliciosamente en las *strandkörbe*, las casetas de la playa.

Desde el airoso paseo marítimo bordeado de pinos y abedules, observé a aquellos nudistas y me hice la misma pregunta de siempre: ¿cómo será sentirse libre de esa manera? Bueno, me refiero a que tengo un cuerpo más perfecto que el suyo. Los bíceps bien definidos, los pectorales abultados, los glúteos sólidos. Pero no podría pasearme así en público.

—No es precisamente la portada de *Salud al Sol* —observó Julie.

—A partir de cierta edad, la gente no debería quitarse la ropa —dije yo, o algo

parecido.

En la duda, recorro a declaraciones ligeramente conservadoras o con cierto timbre británico. No pensaba en lo que estaba diciendo. De pronto acababa de olvidarme de los nudistas. Porque ahora estaba mirando a Julie. Se había quitado sus gafas plateadas al estilo RDA, poniéndoselas sobre la cabeza para hacer unas fotos a los lejanos nudistas. El viento del Báltico le alborotaba el pelo.

—Tus cejas son como pequeñas orugas negras —le dije.

—Adulador —repuso ella, sin dejar de hacer fotos.

No añadí nada más. Como suele hacerse cuando vuelve el sol después del invierno, me quedé quieto y acepté el cálido destello de la posibilidad, la sensación de encontrarme a gusto en compañía de aquella persona menuda, extrañamente intensa, de pelo negro y cuerpo encantador, sin pretensiones.

Sin embargo, aquella noche y la siguiente, dormimos en habitaciones separadas.



Mi padre me prohibió hablar con Marius Grimes en abril, mes húmedo y sereno en Michigan. En mayo hizo un tiempo agradable; en junio hizo calor y, en julio, más aún. En el jardín de casa, en Seminole, yo cruzaba de un salto el aspersor en traje de baño, un modelo de dos piezas, mientras Capítulo Once cogía dientes de león para hacer licor.

A lo largo de aquel verano, a medida que subía la temperatura, Milton intentaba asimilar la situación en la que se encontraba. Su ambición había sido la de abrir no un restaurante sino una cadena. Ahora comprendía que el primer eslabón de aquella cadena, el Salón Cebra, era frágil, y estaba sumido en un mar de dudas y confusión. Por primera vez en la vida, Milton Stephanides se enfrentaba a una posibilidad que nunca había considerado: el fracaso. ¿Qué iba a hacer con el restaurante? ¿Venderlo por una miseria? Entonces, ¿qué? (De momento decidió cerrar el restaurante los lunes y los martes, para reducir gastos de nómina). Mi padre y mi madre no hablaban de la situación delante de nosotros, y cuando estaban con mis abuelos, pasaban al griego. A Capítulo Once y a mí sólo nos quedaba adivinar lo que sucedía por el tono de una conversación que no tenía sentido para nosotros y, para decirlo francamente, no prestábamos mucha atención. Sólo sabíamos que, de pronto, Milton pasaba mucho tiempo en casa. Milton, a quien antes rara vez veíamos a la luz del día, se instalaba ahora en el jardín, a leer el periódico. Descubrimos el aspecto que tenían las piernas de nuestro padre en pantalones cortos. Vimos la apariencia que tenía cuando no se afeitaba. Los primeros dos días, su cara parecía papel de lija, como antes los fines de semana. Pero ahora, en vez de cogerme la mano y pasársela por las patillas hasta que

yo empezaba a gritar, Milton no estaba de ánimo para atormentarme. Se quedaba sentado en el patio hasta que la barba, como una mancha, como un hongo, se le extendía por la cara.

Inconscientemente, Milton se sumaba a la costumbre griega de no afeitarse después de ocurrir una muerte en la familia. Sólo que en este caso lo que había concluido no era una vida sino una forma de ganarse la vida. La barba le ensanchaba el rostro, ya regordete de por sí. No se la recortaba ni se la lavaba mucho. Y como no decía una palabra sobre sus problemas, la barba empezó a expresar en silencio todo lo que él callaba. Sus nudos y espirales indicaban sus pensamientos cada vez más intrincados. Su olor acre liberaba la acetona de la tensión nerviosa. A medida que avanzaba el verano, la barba crecía, enmarañándose como el césped sin segar, y era evidente que Milton pensaba en la calle Pingree; se estaba degradando, igual que la calle Pingree.

Lefty trataba de consolar a su hijo. «Sé fuerte», escribía. Y luego, con una sonrisa, copiaba el epitafio de un guerrero en las Termopilas: «Ve a decir a los espartanos, extranjero que pasas de largo que aquí, obedientes a sus leyes, yacemos». Pero Milton apenas prestó atención a la cita. El ataque sufrido por su padre le había convencido de que Lefty ya no se encontraba en plenas facultades. Mudo, yendo a todas partes con aquella lamentable pizarra, perdido en su restauración de Safo, Lefty era ya un anciano para su hijo. En su presencia, Milton notaba que perdía la paciencia o no prestaba atención. *El presentimiento de la muerte suscitado por los ancianos de la familia*, eso es lo que Milton sentía al ver a su padre encorvado bajo la luz del escritorio, sacando el húmedo labio inferior, explorando una lengua muerta.

Pese al misterio que rodeaba a la guerra fría, a los niños nos llegaban retazos de información. La creciente amenaza contra nuestras finanzas aparecía en forma de una quebrada arruga que, como un relámpago, destellaba sobre el puente de la nariz de mi madre siempre que yo pedía algo caro en una juguetería. La carne empezó a ser cada vez menos frecuente en nuestra mesa. Milton racionaba la electricidad. Si Capítulo Once dejaba una luz encendida más de un minuto, él nos imponía la más absoluta oscuridad. Y de las tinieblas salía una voz:

—¡Qué os he dicho de los kilowatios!

Durante una temporada vivimos con una sola bombilla, que Milton llevaba de una habitación a otra.

—Así puedo controlar la energía que consumimos —explicaba, enroscando la bombilla en un casquillo del comedor para que pudiéramos sentarnos a cenar.

—No veo lo que como —se quejaba Tessie.

—¿De qué te quejas? —replicaba Milton—. Esto es lo que se llama *ambiance*.

Después del postre, Milton se sacaba un pañuelo del bolsillo de atrás, desenroscaba la bombilla caliente y, lanzándola al aire como un prestidigitador poco

ambicioso, la llevaba a la sala de estar. Esperábamos a oscuras mientras él andaba a tientas por la casa, tropezando con los muebles. Finalmente aparecía un débil resplandor a lo lejos y Milton nos llamaba alegremente.

—¡Ya está!

La verdad es que mantenía bien las apariencias. Limpiaba con la manguera la entrada del restaurante y los cristales de las ventanas siempre estaban impecables. Seguía saludando a los clientes con un campechano «¿Cómo va todo?» o «*Yasu, patrioti*». Pero ni la música *swing* ni los antiguos jugadores de béisbol del Salón Cebra podían detener el tiempo. Ya no estábamos en 1940, sino en 1967. Concretamente, en la noche del domingo, 23 de julio de 1967. Y mi padre dormía con un abultado objeto bajo la almohada.

He aquí la habitación de mis padres: enteramente amueblada al estilo americano primitivo, les brinda un vínculo (a precio rebajado) con los mitos fundacionales del país. Merece la pena observar, por ejemplo, la cabecera de la cama, chapada en «cerezo puro», según dice Milton, como el arbolito que taló George Washington. Y fijarse en el papel pintado, con sus alusiones a la guerra revolucionaria. Hay un motivo del famoso trío del tamborilero, el flautista y el anciano que se repite sin cesar. En mis primeros años de vida, aquellos personajes empapados en sangre marchaban en torno a la habitación de mis padres, desapareciendo tras una cómoda Monticello y volviendo a salir detrás de un espejo Monte Vernon, o a veces sin posibilidad de seguir adelante, cortados en dos por un armario.

Ya con cuarenta y tres años, mis padres, en esta noche histórica, están profundamente dormidos. Los ronquidos de Milton hacen retemblar la cama, y también la pared de separación con mi cuarto, donde duermo en una cama de adulto. Y otra cosa retiembla bajo la almohada de Milton, lo que presenta una posible situación de peligro considerando el objeto en cuestión. Bajo la almohada hay una automática del cuarenta y cinco que mi padre se trajo de la guerra.

La primera norma que Chéjov aplica a la dramaturgia es más o menos la siguiente: «Si en la escena primera del primer acto hay un arma colgada en la pared, en la segunda escena del tercer acto alguien tiene que dispararla». No puedo dejar de pensar en esa regla dramática mientras contemplo la pistola que hay bajo la almohada de mi padre. Ya está. Ahora que la he mencionado, no puedo hacerla desaparecer. (Estaba realmente allí, aquella noche). Y la pistola, que tiene el seguro quitado, está cargada...

En el sofocante verano de 1967, Detroit se encuentra ante unos inminentes disturbios raciales. Watts había estallado dos años atrás. Los conflictos se habían iniciado en Newark, a principios de mes. En respuesta al caos que reinaba en el país, las fuerzas policiales de Detroit, formadas por blancos en su totalidad, hacían redadas en los locales nocturnos de las barriadas negras. La idea consistía en realizar ataques



preventivos contra posibles focos de insurrección. Normalmente, la policía aparcaba sus furgonetas acolchadas por los callejones y las cargaba de clientes sin que nadie los viera. Pero esta noche, por motivos nunca aclarados, tres vehículos policiales llegaron a la imprenta Economy Printing, en el 9125 de la calle Doce —a tres manzanas de Pingree—, y aparcaron junto a la acera. Cabría pensar que, como son las cinco de la mañana, se trata de algo sin importancia. Pero sería un error. Porque en 1967, la calle Doce de Detroit, está abierta toda la noche.

Por ejemplo, cuando llega la policía, hay montones de chicas por la acera, vestidas con minifalda, minipantalones y miniblusas. (Milton el marino lava la acera todas las mañanas con la manguera, lo que incluye quitar las medusas muertas de los profilácticos y el ocasional cangrejo ermitaño de un tacón perdido). Las chicas permanecen en el bordillo de la acera mientras los coches pasan despacio. Verdes Cadillac, rojos Tornado, anchos y majestuosos Lincoln, todos en perfecto estado. Brillan los embellecedores. Resplandecen los tapacubos. Ni un solo punto de óxido. (Eso es algo que siempre asombra a Milton de la gente de color, la contradicción entre la perfección de sus automóviles y el mal estado de sus viviendas...). Pero ahora los relucientes automóviles aminoran la marcha. Se bajan las ventanillas y las chicas se agachan a charlar con los conductores. Suenan voces de un lado a otro, las ya minúsculas faldas se levantan, y en ocasiones se percibe el destello de un pecho o un gesto obsceno, las chicas trabajándose, riendo a carcajadas, lo bastante fuerte a las cinco de la mañana para no sentir la irritación entre las piernas ni el rastro de los hombres, del que no pueden librarse por mucho perfume que se pongan. No es fácil estar siempre limpia en la calle, y a esas horas, cada una de esas jóvenes desprende por algunos sitios, el mismo olor que suelta un cremoso queso francés cuando alcanza su perfecta madurez... También se han vuelto insensibles al problema de los niños que, con sólo seis meses, están en casa con un buen catarro, acostados en cunas de segunda mano, con el chupete en la boca y dificultad para respirar... Insensibles al persistente sabor a semen en la boca, junto al chicle de menta. La mayoría de esas muchachas no tiene más de dieciocho años, aquella acera de la calle Doce es su primer lugar real de trabajo, el mejor oficio que puede ofrecer el país. ¿Qué van a hacer después? Son insensibles a eso también, salvo dos de ellas que sueñan con llevar la banca en algún casino de Atlantic City o con abrir una peluquería... Pero eso es sólo una parte de lo que pasó aquella noche, de lo que está a punto de ocurrir: la policía ya está bajando de los coches patrulla, echando abajo la puerta del bar clandestino... cuando se abre una ventana y alguien grita:

—¡La bofia! ¡Salid por detrás!

En la acera, las chicas reconocen a los polis, porque se los tienen que trabajar gratis. Pero esta noche no es lo mismo, algo pasa... Las chicas no desaparecen como de costumbre cuando se presenta la poli. Se quedan quietas, mirando cómo sacan

esposados a los clientes del bar clandestino, y entonces algunas chicas empiezan a rezongar... y ahora se abren otras puertas y los coches se paran y de pronto todo el mundo está en la calle..., gente que desemboca en las esquinas, que sale de locales clandestinos y casas particulares y entonces se siente en el aire, ese pálpito que a veces hay en el aire de ajuste de cuentas, y en este instante de julio de 1967, el cúmulo de abusos ha llegado a un punto en que la mecha de Watts y Newark prende en la calle Doce cuando una chica grita:

—¡Quitadles las manos de encima, cerdos cabrones!

... Y luego hay otros gritos, y empujones, y una botella no da a un policía por poco estrellándose contra la ventanilla de un coche patrulla... y en Seminole mi padre duerme con una pistola que puede entrar de nuevo en servicio porque hay disturbios...

A las seis y veintitrés minutos de la mañana suena el teléfono Princess de mi habitación y lo cojo. Es Jimmy Fioretos, que con el pánico me confunde con mi madre.

—Tessie, di a Milt que vaya al restaurante. ¡Los negros están armando alboroto!

—Residencia Stephanides —digo educadamente, tal como me han enseñado—. Callie al habla.

—¿Callie? ¡Joder! Cariño, ponme con tu padre, ¿quieres?

—Un momento, por favor.

Dejo el teléfono rosa, entro en la habitación de mis progenitores y despierto a mi padre.

—Es el señor Fioretos.

—¿Jimmy? ¿Qué coño querrá?

Levanta la cabeza y en la mejilla se aprecia la marca del cañón de una pistola.

—Dice que están armando alboroto.

A raíz de lo cual mi padre se levanta de un salto de la cama. Como si aún pesara setenta kilos en vez de noventa y cinco, Milton brinca como un gimnasta y aterriza de pie, sin darse cuenta en absoluto de que está desnudo ni de que tiene una erección matinal provocada por sus sueños. (Así fue como en mi imaginación los disturbios de Detroit siempre quedarían asociados al descubrimiento de los genitales masculinos en estado de excitación. Además, eran los de mi padre; aunque lo peor de todo es que estaba cogiendo una pistola. A veces un puro no es un puro). Tessie también se había levantado, y a gritos decía a Milton que no saliera, mientras mi padre intentaba ponerse el pantalón saltando sobre una pierna. Al cabo de poco, toda la casa estaba en ello.

—¡Te dije que iba a pasar esto! —gritó Desdémona mientras Milton corría escaleras abajo—, ¿acaso has arreglado la iglesia a San Cristóbal? ¡No!

—Deja que lo resuelva la policía, Milt —suplicaba Tessie.

Y Capítulo Once:

—¿Cuándo vas a volver, papá? Has prometido llevarme hoy a Radio Shack.

Y yo, aún restregándome los ojos para borrar la imagen que acababa de ver:

—Me parece que me vuelvo a la cama.

El único que no dijo nada fue Lefty, porque entre tanta confusión no pudo encontrar la pizarra.

A medio vestir, con zapatos pero sin calcetines, con pantalones pero sin calzoncillos, Milton Stephanides lanzó su Oldsmobile a toda velocidad por las calles de Detroit en plena madrugada. Hasta Woodward no pasaba nada. Las calles estaban despejadas. Todo el mundo seguía durmiendo. Pero en cambio, al torcer por el Bulevar West Grand, vio una columna de humo que se elevaba en el aire. A diferencia de otras columnas de humo que salían de las chimeneas urbanas, aquélla no se dispersaba entre la niebla tóxica general. Se cernía sobre el suelo como un tornado vengativo. Giraba rápidamente y mantenía su ominosa forma, alimentándose de lo que consumía. El oldsmobile se dirigía en línea recta hacia ella. De pronto apareció gente. Gente corriendo. Gente cargando cosas. Gente riendo y volviendo la cabeza mientras otros agitaban los brazos, indicándoles que se parasen. Sonaban sirenas. Lo adelantó un coche patrulla. El agente que conducía le hizo señas para que diera media vuelta, pero Milton no obedeció.

Y era curioso, porque aquéllas eran sus calles. Milton las conocía de toda la vida. Por aquel barrio, en la calle Lincoln, había un puesto de fruta. Lefty compraba melones allí, y había enseñado a Milton a reconocer los más dulces por las diminutas perforaciones que hacían las abejas. En la calle Trumbul era donde vivía la señora Tsatsarakis. *Siempre me pedía que le subiera Vernor del sótano*, recordó Milton, *ya no podía subir escaleras*. En la esquina de Commonwealth con Sterling estaba el antiguo Templo Masónico, donde treinta y cinco años atrás Milton había quedado el segundo en un concurso de ortografía. ¡Un concurso de ortografía! Dos docenas de críos vestidos con sus mejores galas concentrándose todo lo que podían para componer letra a letra la palabra «prestidigitación». Eso es lo que había en aquel barrio. ¡Concursos de ortografía! Y ahora veía a chavales de diez años corriendo por la calle, con ladrillos en la mano. Los arrojaban contra los escaparates de las tiendas, riendo y brincando, como si fuera un juego, una especie de vacaciones.

Milton dejó de mirar a los niños y se encontró con una columna de humo justo delante de él, tapando la calle. Puede que durante un par de segundos tuviese oportunidad de volverse atrás. Pero no lo hizo. Chocó de frente. El capó del oldsmobile desapareció primero; después, los guardabarros y el techo. Los pilotos traseros lanzaron destellos rojos durante un momento y luego se apagaron.

En todas las escenas de persecución que veíamos, el protagonista siempre acababa

subiéndose a los tejados. En mi familia, pragmáticos como éramos, siempre protestábamos.

—¿Por qué tienen que andar siempre subiendo a las alturas? Fijaos. Va a escalar la torre. ¿Lo veis? Ya os lo dije.

Pero Hollywood sabía más de la naturaleza humana de lo que nosotros creíamos. Porque, frente a aquella emergencia, Tessie nos llevó a Capítulo Once y a mí a la buhardilla. Quizá fuese un vestigio de nuestro pasado arbóreo; queríamos subir a las alturas para escapar del peligro. O quizá mi madre se sentía más segura allí, debido a la puerta que pasaba inadvertida entre el papel pintado. Fuera cual fuese el motivo, cogimos una maleta llena de comida y la subimos a la buhardilla, donde estuvimos tres días, viendo cómo ardía la ciudad en la televisión en blanco y negro de mis abuelos. En bata y zapatillas, Desdémona se llevaba al pecho el abanico de cartón, protegiéndose contra el espectáculo de la historia que se repetía.

—¡Ay, Dios mío! ¡Igual que en Esmirna! ¡Fijaos en esos *mavri*! ¡Lo están quemando todo, como los turcos!

Era difícil discutir la comparación. En Esmirna la gente acarreaba sus enseres hasta el puerto; y ahora, en la televisión, también había gente cargando muebles. Se veían hombres con sofás nuevos, que sacaban a rastras de las tiendas. Por las avenidas circulaban frigoríficos junto a estufas y lavaplatos. Y, como en Esmirna, parecía que la gente había hecho acopio de toda su ropa. Se veían mujeres con abrigos de visón, pese al calor del mes de julio. Los hombres se iban probando trajes al tiempo que corrían.

—¡Esmirna! ¡Esmirna! ¡Esmirna!

Seguía lamentándose Desdémona, y yo había oído tantas cosas de Esmirna en mis siete años de vida, que miraba la pantalla con atención para saber lo que había pasado. Pero no lo entendía. Se veían edificios ardiendo, claro está, y personas tendidas en la calle, pero no había un ambiente de desesperación. Yo no había visto gente tan contenta en toda mi vida. Unos tocaban instrumentos que acababan de coger de una tienda de música. Otros sacaban botellas de whisky de un escaparate roto y se las iban pasando. Más que un tumulto parecía una fiesta de barrio.

Hasta aquella noche, el sentir general de nuestro vecindario hacia nuestros conciudadanos negros podía resumirse en una frase que pronunció Tessie después de ver la interpretación de Sidney Poitier en *Rebelión en las aulas*, que se estrenó un mes antes de los disturbios.

—Ya lo veis —dijo—, pueden hablar con un acento perfectamente normal, cuando quieren.

Eso mismo nos parecía a todos. (Incluso a mí por aquel entonces, no lo niego, porque todos somos hijos de nuestros padres). Estábamos dispuestos a aceptar a los negros. No teníamos prejuicios contra ellos. Queríamos integrarlos en nuestra

sociedad... ¡siempre y cuando se comportaran normalmente!

En su apoyo a la Gran Sociedad de Johnson, en su aplauso a *Rebelión en las aulas*, nuestros vecinos y parientes dejaban clara su bienintencionada creencia de que los negros era plenamente capaces de comportarse como los blancos; pero ¿qué era eso?, se preguntaban al ver las imágenes de la televisión. ¿Qué hacían aquellos jóvenes cargando con un sofá por la calle? ¿Acaso se llevaría Sidney Poitier un sofá o un voluminoso electrodoméstico de una tienda sin pagar? ¿Se pondría a bailar así delante de un edificio en llamas?

—Ningún respeto por la propiedad privada —gritaba el señor Benz, nuestro vecino de al lado.

—¿Dónde van a vivir si prenden fuego a su propio barrio? —se preguntaba Phyllis, su mujer.

Sólo tía Zo parecía estar a favor.

—No sé. Si yo fuera andando por la calle y me encontrara un abrigo de visón en el suelo, seguramente lo cogería.

—¡Zoë! —se escandalizaba el padre Mike—. ¡Eso es robar!

—Bueno, y qué no lo es, si te poner a pensar. Todo este país es robado.

Durante tres días y sus correspondientes noches esperamos en la buhardilla a tener noticias de Milton. Los incendios habían dejado a la ciudad sin servicio telefónico, y cuando mi madre llamó al restaurante lo único que oyó fue un mensaje grabado con la voz de una operadora.

En tres días nadie salió de la buhardilla aparte de Tessie, que bajaba corriendo a coger comida de los aparadores, cada vez más vacíos, y veíamos cómo se iba incrementando el número de muertos:

- Primer día — Muertos: 15. Heridos: 500. Tiendas saqueadas: 1000. Incendios: 800.
- Segundo día — Muertos: 27. Heridos: 700. Tiendas saqueadas: 1500. Incendios: 1000.
- Tercer día — Muertos: 36. Heridos: 1000. Tiendas saqueadas: 1700. Incendios: 1163.

Nos pasamos tres días contemplando las imágenes de las víctimas según iban apareciendo en la televisión. La señora Sharon Stone, alcanzada por el disparo de un francotirador dentro de su coche, parado frente a un semáforo. Carl E. Smith, bombero, muerto por un francotirador mientras trataba de atajar un fuego.

Durante tres días vimos cómo dudaban y discutían los políticos: el gobernador republicano, George Romney, pidiendo al presidente Johnson que enviara tropas federales; y Johnson, demócrata, diciendo que era «incapaz» de hacer una cosa así.

Iba a haber elecciones en otoño. Cuanto más empeorasen los disturbios, peor le iría a Romney. De modo que antes de enviar a los paracaidistas, el presidente Johnson mandó a Cyrus Vance para que evaluase la situación. Pasaron casi veinticuatro horas antes de que llegaran las tropas federales. Entretanto, la inexperta Guardia Nacional entró en la ciudad disparando a diestro y siniestro.

En tres días no nos bañamos ni nos lavamos los dientes. Durante ese tiempo se interrumpieron las actividades normales de nuestra vida, mientras otros ritos medio olvidados, como la oración, se renovaron. Desdémona dirigía los rezos mientras los demás nos juntábamos en torno a su cama y Tessie, como de costumbre, procuraba despejar sus dudas y creer de verdad. La lamparilla de noche ya no era de aceite, sino eléctrica.

Estuvimos tres días sin saber una palabra de Milton. Cuando Tessie volvía de sus incursiones en la planta baja, además de rastros de lágrimas en sus mejillas, empecé a notar ligeros indicios de culpa. La muerte siempre da sentido práctico a la gente. De modo que mientras estaba en la planta baja, buscando comida, aprovechó para hurgar en el escritorio de Milton. Había leído las condiciones de su seguro de vida. Había comprobado el saldo de su cuenta corriente. En el espejo del baño había estudiado su imagen, preguntándose si podría conseguir otro marido a su edad.

—Tenía que pensar en vosotros, en los niños —me confesaría años más tarde—. Me preguntaba lo que podríamos hacer si vuestro padre no volvía.

Hasta hace poco tiempo, vivir en Estados Unidos significaba estar lejos de la guerra. Las guerras se producían en las selvas del Sureste Asiático. Ocurrían en los desiertos de Oriente Próximo. Sucedían, como suele decirse, *por ahí*. Pero, entonces, ¿por qué, al atisbar por el ventanuco, vi, a la mañana siguiente de la tercera noche que pasamos en la buhardilla, un carro de combate pasando frente a nuestro jardín? Un tanque del ejército, de color verde, solitario entre las alargadas sombras de la mañana, con sus enormes orugas resonando contra el asfalto. Un blindado militar que no encontraba mayores obstáculos a su paso que un patín perdido. El tanque pasó frente a las acomodadas mansiones, los tejados a dos aguas, los torreones, los garajes. Se detuvo brevemente en el semáforo. El cañón miró a ambos lados, como un aprendiz de conductor, y luego el tanque siguió su camino.

Esto es lo que había pasado: el lunes por la noche, el presidente Johnson, cediendo finalmente a la petición de Romney, el gobernador, ordenó la intervención de las tropas federales. El general John L. Throckmorton estableció el cuartel general de la División Aerotransportada 101 en Southeastern Hígh, donde mis padres habían ido al colegio. Aunque los disturbios más violentos se habían producido en la Zona Oeste, el general Throckmorton decidió desplegar a sus paracaidistas en la Zona Este, calificando su decisión de «comodidad operativa». En la madrugada del martes, los paracaidistas intervenían para sofocar los disturbios.

Nadie estaba despierto para ver cómo pasaba el carro de combate. Mis abuelos dormían en su cama. Tessie y Capítulo Once estaban acurrucados sobre colchones de aire, en el suelo. Incluso los periquitos guardaban silencio. Recuerdo que vi el rostro de mi hermano, asomando por el borde de su saco de dormir. En el forro de franela, cazadores disparando a los patos. Ese fondo masculino sólo servía para poner de relieve la falta de heroísmo de Capítulo Once. ¿Quién iba a acudir en ayuda de Milton? ¿En quién podía confiar mi padre? ¿En Capítulo Once, con sus gafas de culo de botella? ¿En Lefty, con su pizarra y sus sesenta y tantos años? Lo que hice entonces no tenía relación alguna, creo yo, con mi condición cromosomática. No fue consecuencia de los altos niveles de testosterona presentes en mi sangre. Hice lo que habría hecho cualquier hija leal y afectuosa que se hubiera criado en un estricto régimen de películas de Hércules. En aquel momento, decidí buscar a mi padre y, si fuera necesario, salvarlo; o al menos decirle que volviera a casa.

Haciendo la señal de la cruz al estilo ortodoxo, me escabullí de la buhardilla bajando sigilosamente la escalera y cerrando la puerta tras de mí. En mi habitación me puse zapatillas de deporte y mi gorra de aviador Amelia Earhat. Sin despertar a nadie, salí por la puerta principal, corrí hacia donde estaba mi bicicleta, a un lado de la casa, y empecé a pedalear. A las dos manzanas, vi el carro de combate: se había detenido frente a un semáforo. Dentro, los soldados estaban entretenidos mirando mapas, tratando de averiguar cuál era el mejor camino para llegar a los disturbios. No vieron a la niña con gorra de aviador que se acercaba furtivamente en una bici de sillín alargado. Aún estaba oscuro. Empezaban a cantar los pájaros. Del césped salía un olor a mantillo, y era verano en el ambiente; de pronto me puse nerviosa. Cuanto más me acercaba, más grande parecía el tanque. Tenía miedo, y sentí deseos de volver rápidamente a casa. Pero el semáforo cambió y el blindado reanudó la marcha con una sacudida. Incorporándome sobre los pedales, aceleré tras él.

En otra parte de la ciudad, en la penumbra del Salón Cebra, mi padre luchaba por permanecer despierto. Parapetado tras la caja registradora, con la pistola en una mano y un emparedado de jamón en la otra, Milton atisbaba por encima de las abolladas latas de aceite de la ventana para ver lo que ocurría en la calle. Los círculos que orlaban sus ojos se habían ido oscureciendo con cada taza de café que había tomado durante las dos últimas noches de vigilia. Los párpados le colgaban a media asta, pero la inquietud y la concentración le perlaban la frente de sudor. Le dolía el estómago. Necesitaba ir urgentemente al baño, pero no se atrevía.

Fuera, ya estaban otra vez: los francotiradores. Eran casi las dos de la mañana. Al atardecer, nada más ponerse el sol, la noche caía sobre el barrio como una cortina. Los francotiradores volvían de dondequiera que se ocultaran durante el caluroso día. Ocupaban sus posiciones. En las ventanas de hoteles desafectados, en balcones y escaleras de incendio, detrás de coches alzados sobre el gato en un jardín apoyaban el

cañón de sus diversos fusiles. Si se miraba con atención, si se era tan valiente o temerario para asomar la cabeza por la ventana a esas horas de la noche, se distinguían a la luz de la luna —esa otra cortina, subiendo— centenares de relucientes cañones apuntando a la calle, por la que ahora avanzaban los paracaidistas.

La única luz que había en el restaurante era el resplandor rojo del tocadiscos. Estaba a un lado de la puerta, un Disco-Matic con muchos cromados, plástico y cristales de colores. Había una ventanilla que permitía ver el cambio de discos automático. Mediante un sistema circulatorio, por los bordes del tocadiscos ascendían regueros de pompas azules. Burbujas que representaban la efervescencia de la vida norteamericana, nuestro optimismo posbélico, nuestras eufóricas, imperiales y carbonatadas bebidas. Burbujas llenas del aire cálido de la democracia americana, que bullía entre los vinilos apilados en el interior. Quizá «Mama Don't Allow It», de Bunny Berigan; o «Stardust», de Tommy Dorsey y su orquesta. Pero esta noche, no. Esta noche Milton no pone el tocadiscos, para oír si alguien intenta entrar a robar.

Las paredes del restaurante, abarrotadas de cosas, seguían indiferentes a la revuelta callejera. Al Kaline seguía sonriendo desde su marco. Paul Bunyan y Babe el Torete Azul continuaban en su sitio bajo el menú del día. El menú seguía ofreciendo huevos, patatas fritas con cebolla, siete clases de tarta. Hasta el momento no había pasado nada. Casi de milagro. El día anterior, agazapado frente a la ventana, Milton había visto cómo los saqueadores robaban todas las tiendas de la manzana. Saquearon el mercado judío, llevándose todo menos las galletitas *matzoh* y las velas *yahrzeit*. Con un extraordinario sentido de la elegancia, despojaron la zapatería de Joel Moskowitz de los modelos más caros y modernos, dejando únicamente las ofertas ortopédicas y unos pares de Florsheim. Según cálculos de Milton, lo único que quedaba en la tienda de electrodomésticos de Dyer era un estante de aspiradoras. ¿Qué se llevarían si entraban en el Salón Cebra? ¿La vidriera que él mismo había robado? ¿Mostrarían interés por la foto de Ty Cobb, que enseñaba los dientes al entrar en la segunda base, con las suelas de clavos por delante? A lo mejor arrancaban la piel de cebra de los taburetes de la barra. Les gustaría llevarse algo de África, ¿eh? ¿No era ésa la nueva moda, o es que lo antiguo volvía a ser moderno? Coño, que se llevaran la puñetera piel de cebra, si querían. Se la regalaba en cuanto entraran, en son de paz.

Pero ahora Milton oyó algo. ¿El pomo de la puerta? Escuchó. Durante las últimas horas había oído cosas. Los ojos también le jugaban malas pasadas. Se encogió tras el mostrador, atisbando en la oscuridad con los ojos entornados. Sus orejas resonaban como conchas marinas. Oía disparos y sirenas a lo lejos. El zumbido del frigorífico y el tictac del reloj. A todo lo cual se sumaba su torrente sanguíneo, que rugía por los cauces de su cabeza. Pero ningún ruido venía de la puerta.



Milton se relajó. Dio otro mordisco al emparedado. Con cuidado, a modo de experimento, apoyó la cabeza en el mostrador. *Sólo un momento*. Al cerrar los ojos, el placer fue inmediato. Entonces el pomo de la puerta sonó otra vez, y Milton se sobresaltó. Sacudió la cabeza, intentando despabilarse. Dejó el emparedado y, de puntillas, salió de detrás del mostrador con la pistola en la mano.

No tenía intención de utilizarla. Pensaba ahuyentar con ella al saqueador. Si aquello no daba resultado, Milton estaba preparado para marcharse. Tenía el oldsmobile aparcado en la parte de atrás. En diez minutos estaría en casa. El pomo resonó de nuevo. Y sin pensar, Milton avanzó hacia la puerta de cristal y gritó:

—¡Tengo una pistola!

Sólo que no era la pistola. ¡Era el emparedado de jamón! Milton estaba amenazando al saqueador con dos rebanadas de pan tostado, una loncha de jamón y un poco de mostaza. Sin embargo, como fuera estaba oscuro, la amenaza dio resultado. El saqueador alzó las manos detrás de la puerta de cristal.

Era Morrison, el vecino de enfrente.

Milton se quedó mirándolo. Morrison le devolvió la mirada. Y entonces mi padre, como cualquier blanco en la misma situación, le preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Morrison entornó los ojos, incrédulo.

—Pero ¿qué está haciendo aquí, hombre? ¿Está loco? Esto es peligroso para los blancos. —Resonó un disparo—. Es peligroso para cualquiera.

—Tengo que proteger mi propiedad.

—¿Es que su vida no es de su propiedad?

Morrison enarcó las cejas para resaltar la irrefutable lógica de su aseveración. Luego abandonó enteramente el aire de superioridad y tosió.

—Oiga, jefe, ya que está usted ahí, a lo mejor me puede hacer un favor. —Le enseñó unas monedas—. He venido por cigarrillos.

Milton hundió la barbilla, engordando el cuello, mientras enarcaba incrédulo las cejas. Con voz pastosa, dijo:

—Ahora sería un buen momento para dejar el vicio.

Sonó otro disparo, esta vez más cerca. Morrison dio un respingo y luego sonrió.

—Seguro que es malo para la salud. Y se está haciendo más peligroso cada vez. Pero éste será mi último paquete —aseguró con una amplia sonrisa mientras dejaba caer las monedas por el buzón—. Parliaments.

Milton miró un momento las monedas y luego fue por el tabaco.

—¿Tiene cerillas? —preguntó Morrison.

Milton también le pasó cerillas. Y entonces, los disturbios, los nervios a flor de piel, el olor a quemado en el aire y la audacia de Morrison, esquivando el fuego de los francotiradores por un paquete de tabaco, todo eso junto fue demasiado para

Milton. De pronto empezó a agitar los brazos, señalándolo todo y gritando a través de la puerta:

—Pero ¿qué le pasa a su gente?

Morrison sólo tardó un momento en responder.

—Lo que nos pasa —dijo— sois vosotros.

Y se marchó.

«Lo que nos pasa sois vosotros». ¿Cuántas veces he oído eso mientras crecía? Dicho por Milton con su presunto acento negro, repetido siempre que algún político liberal hablaba de los «desposeídos culturales», de los «desclasados» o de «zonas de autonomía», con el convencimiento de que esa declaración, que le fue formulada mientras los negros prendían fuego a buena parte de nuestra querida ciudad, demostraba por sí sola su absurdo carácter. A medida que pasaron los años, Milton la fue utilizando como escudo contra las opiniones de su interlocutor hasta que finalmente se convirtió en una especie de mantra, en la explicación de por qué el mundo se estaba yendo al carajo, válida no sólo para los afroamericanos, sino para las feministas y los homosexuales; y desde luego también le gustaba utilizarla contra nosotros, siempre que llegábamos tarde a cenar o nos poníamos ropa que no era del gusto de Tessie.

«¡Lo que nos pasa sois vosotros!». Las palabras de Morrison resonaban por la calle, pero Milton no tuvo tiempo de reflexionar sobre ellas. Porque en aquel preciso momento, avanzando pesadamente como un chirriante Godzilla en una película japonesa, apareció a la vista el primer carro de combate. A sus flancos marchaban soldados, no ya agentes de policía, sino guardias nacionales con uniforme de camuflaje, con cascos, empuñando nerviosamente fusiles de asalto con la bayoneta calada. Apuntando hacia arriba contra otros rifles que apuntaban hacia abajo. Hubo un instante de relativo silencio, el suficiente para que Milton oyera cerrarse de golpe la puerta mosquitera de Morrison en la acera de enfrente. Luego se oyó un ruido sordo, como el eco de una pistola de juguete, y de pronto la noche se iluminó con una multitud de ráfagas de fuego...

Yo también las oía, a medio kilómetro de allí. Siguiendo al lento carro de combate a discreta distancia, había cruzado la ciudad en la bici desde Pueblo Indio, en la Zona Este, hasta la Zona Oeste. Intentaba orientarme lo mejor que podía, pero con sólo siete años y medio no conocía el nombre de muchas calles. Al pasar por el centro, reconocí *El espíritu de Detroit*, la estatua de Mars Hall Fredericks erigida frente al ayuntamiento. Unos años antes, un bromista había trazado con pintura roja un rastro de huellas del tamaño de la estatua que, cruzando Woodward, iba al encuentro de la efigie de una mujer desnuda que se alzaba frente a la entrada del Banco Nacional de Detroit. Cuando pasé por delante, pedaleando en la bici, las huellas aún eran vagamente visibles. El blindado torció por la calle Bush, y por allí lo seguí pasando

luego por Monroe y el barrio griego con su destello de neón. En un día normal, los griegos de la generación de mi abuelo estarían llegando a los cafés para pasar el día jugando al *backgammon*, pero en la mañana del 25 de julio de 1967 la calle estaba vacía. En algún momento mi tanque se había encontrado con otros; ahora se dirigían en columna hacia el noroeste. Pronto salimos del centro y entonces ya no supe dónde estaba. Aerodinámicamente inclinada sobre el manillar de la bici, pedaleaba furiosamente entre el grasiento humo que soltaba la columna... mientras, en la calle Pingree, Milton se agachaba tras la barricada que formaban las latas de aceite de oliva Athena.

Silban las balas desde las ventanas del barrio a oscuras, desde los Billares Frank y el Bar Crow, desde el campanario de la iglesia episcopaliana africana; tantas balas que empañan el aire como si fueran lluvia, que hacen parpadear la luz de la farola. Balas que resuenan en superficies blindadas y rebotan en las fachadas y hacen marcas en los coches aparcados. Balas que rompen las patas de un buzón de la Dirección General de Correos de Estados Unidos, derrumbándolo de costado como un borracho. Balas que arrasan la ventana de la consulta del veterinario y siguen su camino atravesando las paredes hasta llegar a las jaulas de los animales en la parte de atrás. El pastor alemán que lleva tres días ladrando sin parar se calla al fin. Un gato se retuerce en el aire, emitiendo un grito, sus centelleantes ojos verdes apagándose como una luz. Está en marcha una verdadera batalla, un combate a tiro limpio, un poco de Vietnam traído a casa. Pero en este caso los *vietcongs* están tumbados en buenos colchones, o sentados en sillas de camping y bebiendo whisky de malta, un ejército de voluntarios enfrentándose con los reclutas forzosos.

Resulta imposible saber quiénes eran todos aquellos francotiradores. Pero es fácil comprender por qué la policía los denominaba así. Es fácil entender por qué el alcalde, Jerome Cavanaugh, y el gobernador, George Romney, también los llamaban francotiradores. Un francotirador, por definición, actúa en solitario. Un francotirador es cobarde, traicionero; mata desde lejos, sin ser visto. Era conveniente llamarlos francotiradores, porque si no, ¿qué eran, entonces? El gobernador no lo dijo, la prensa no lo dijo, los libros de historia siguen sin decirlo, pero yo, que presencié los acontecimientos desde la bici, lo vi claramente: en Detroit, en julio de 1967, lo que ocurrió fue, sencillamente, una insurrección armada.

La Segunda Revolución norteamericana.

Y ahora los guardias nacionales responden al fuego. Al principio de la revuelta, la policía, en conjunto, guardó la compostura. Se retiró, procurando aplacar los disturbios. Asimismo, las tropas federales, los paracaidistas de las Divisiones Aerotransportadas 82 y 101, son veteranos avezados en el combate que saben dosificar la fuerza. Pero la Guardia Nacional es otra cosa. Combatientes de fin de semana, de pronto los sacan de casa para lanzarlos a la batalla. Son inexpertos, tienen

miedo. Avanzan por la calle, disparando contra todo lo que se pone ante su vista. A veces invaden los jardines con los carros blindados. Acometen contra los porches de las casas y derriban fachadas. El tanque que está frente al Salón Cebra se detiene un momento. Lo rodean diez o doce soldados, que apuntan a un francotirador del cuarto piso del Hotel Beaumont. El francotirador dispara; los guardias nacionales contestan al fuego y el francotirador cae, las piernas colgando de la escalera de incendios. Inmediatamente después, otra luz destella enfrente. Milton alza la vista y ve a Morrison en su cuarto de estar, encendiendo un cigarrillo. Encendiendo un Parliament con las cerillas de cebra.

—¡No! —grita Milton—. ¡No...!

Y Morrison, si lo oye, lo toma por otra diatriba contra el tabaco; pero seamos realistas, no lo oye. Sólo enciende el pitillo y, dos segundos después, una bala le atraviesa la frente y cae desplomado. Y luego los soldados prosiguen la marcha.

La calle está vacía otra vez, silenciosa. Las ametralladoras y los tanques empiezan a destrozar la siguiente manzana, y la otra después. Milton, plantado frente a la puerta, mira la ventana vacía donde antes estaba Morrison. Y de pronto se da cuenta de que el restaurante se ha salvado. Los soldados han venido y ya se han ido. La revuelta ha terminado...

... Pero ahora alguien más avanza por la calle. Mientras los carros de combate se alejan de Pingree, otra silueta se acerca por la otra dirección. Alguien que vive en el barrio da la vuelta a la esquina y se dirige al Salón Cebra... Siguiendo la columna de blindados, yo ya no pensaba en poner en evidencia a mi hermano. El estallido de aquel intenso tiroteo me había pillado enteramente por sorpresa. Había ojeado muchas veces el álbum de recortes que mi padre tenía de la Segunda Guerra Mundial; había visto Vietnam en la televisión; me había tragado innumerables películas sobre la antigua Roma o las batallas de la Edad Media. Pero nada de aquello me había preparado para la guerra en mi propia ciudad natal. Frondosos olmos bordeaban la calle por la que avanzábamos. Había coches aparcados junto a la acera. Pasamos frente a jardines y porches con sus muebles, comederos y pilas para aves silvestres. Alcé la vista hacia el dosel de olmos y vi que empezaba a clarear. Había pájaros moviéndose entre las ramas, y ardillas también. En un árbol vi una cometa atrapada. En otro, unas zapatillas de deporte colgaban de una rama con los cordones atados. Justo debajo de las zapatillas, vi el letrero de una calle. Estaba completamente agujereado a balazos, pero conseguí leerlo: Pingree. De pronto reconocí las tiendas. ¡Era la carnicería Value Meats! Y la tienda de confecciones New Yorker. Me puse tan contenta al verlas que al principio no me di cuenta de que estaban ardiendo. Dejando que se alejaran los tanques, me metí por el camino de entrada a una casa y me oculté detrás de un árbol. Me bajé de la bici y miré al restaurante, en la acera de enfrente. El anuncio de la cabeza de cebra seguía intacto. El restaurante no estaba en llamas. En

aquel momento, sin embargo, la silueta que se dirigía al Salón Cebra entró en mi campo de visión. A treinta metros de distancia vi cómo alzaba un brazo. En la mano llevaba una botella. Encendió el trapo que salía del cuello de la botella y, con un lanzamiento no muy bueno, rompió con el cóctel mólotov la ventana del Salón Cebra. Y mientras las llamas saltaban dentro del restaurante, el pirómano gritó en tono triunfal:

—*Opa*, ¡hijoputa!

Sólo lo vi de espaldas. Aún no había amanecido del todo, y salía humo de los edificios en llamas de alrededor. Sin embargo, a la luz del fuego y antes de que la silueta desapareciera, creí reconocer la boina negra de mi amigo Marius Wyzzewixard Challouehliczilczese Grimes.

—*Opa*!

Dentro del restaurante, mi padre oyó el notorio grito de los camareros griegos, y antes de que se diera cuenta el local se convirtió en una entrada flambeada. ¡El Salón Cebra era un *saganaki*! Mientras los reservados empezaban a arder, Milton corrió tras el mostrador y cogió el extintor. Salió con él, apuntó con la manguera a las llamas (como trozos de limón vistos a través de una gasa) y se disponía a apretar...

... cuando de pronto, se detuvo. Y ahora reconozco una expresión característica de mi padre, la que tantas veces adoptaba a la hora de comer, la mirada perdida del hombre que no deja de pensar en los negocios. El éxito depende de la capacidad de adaptarse a las nuevas situaciones. ¿Y qué situación había más nueva que aquella? Las llamas iban subiendo por las paredes; la foto de Jimmy Dorsey se estaba arrugando. Y Milton se hacía unas cuantas preguntas, bastante pertinentes. Por ejemplo: ¿Cómo podría volver a tener un restaurante en aquel barrio? O bien: ¿Cómo crees que estarán mañana los precios del ya deprimido mercado inmobiliario? Y lo más importante de todo: ¿Cómo iba a ser delito? ¿Acaso había empezado *él* los disturbios? ¿Había tirado *él*, el cóctel mólotov? Como Tessie, Milton hurgaba en el último cajón de su escritorio, concretamente en el interior de un grueso sobre que contenía las tres pólizas de seguro contra incendios de tres compañías diferentes. Las vio con los ojos de la imaginación; leyó la indemnización de la cobertura y las fue sumando. El importe total, quinientos mil dólares, lo deslumbró. Ya no vio nada más. ¡Medio millón de pavos! Milton miró alrededor con ojos frenéticos, ansiosos. El anuncio de los picatostes estaba ardiendo. Los taburetes revestidos de piel de cebra eran como una hilera de antorchas. Y entonces, dando media vuelta, salió disparado hacia el oldsmobile...

Donde me encontró a mí.

—¡Callie! ¿Qué coño estás haciendo aquí?

—He venido a ayudarte.

—¡Pero se puede saber qué te pasa! —gritó Milton.

A pesar del tono colérico, se había arrodillado y me abrazaba. Le rodeé el cuello con los brazos.

—El restaurante está ardiendo, papá.

—Ya lo sé.

Me eché a llorar.

—No es nada —aseguró mi padre, llevándome al coche—. Ahora nos vamos a casa. Ya ha pasado todo.

Así que, ¿fueron unos disturbios o una insurrección armada? Permítaseme contestar a esa pregunta con otras preguntas. Cuando terminaron los desórdenes, ¿descubrieron o no depósitos ocultos de armas por todo el barrio? ¿Y eran o no aquellas armas fusiles de asalto AK-47 y ametralladoras? ¿Y por qué el general Throckmorton desplegó los blindados por la Zona Este, a kilómetros de distancia de los disturbios? ¿Era eso lo que se hacía para someter a un grupito desorganizado de francotiradores? ¿O se trataba más bien de una maniobra estratégica para definir un frente de guerra? Créase lo que mejor parezca. Yo tenía siete años y seguí a un tanque que entraba en combate y vi lo que vi. Resultó que, cuando por fin llegó, la revolución no se televisó. En la tele se limitaron a decir que se habían producido disturbios.

A la mañana siguiente, cuando se disipó el humo, pudo verse de nuevo la bandera de la ciudad. ¿Recuerdas, lector, el símbolo que en ella ondea? Un ave fénix surgiendo de sus cenizas. ¿Y la leyenda, debajo? *Speramus meliora; resurget cineribus*. «Esperamos mejores cosas; resurgirá de sus cenizas».

# MIDDLESEX



Por ignominioso que resulte decirlo, los disturbios, fueron lo mejor que nos había pasado en la vida. De la noche a la mañana pasamos de ser una familia que intentaba desesperadamente mantenerse dentro de la clase media a otra con esperanzas de entrar disimuladamente en la clase alta. El dinero del seguro no era tanto como Milton había creído. Dos de las compañías se negaron a pagar el importe completo, alegando cláusulas de doble indemnización. Sólo pagaron una cuarta parte del valor de las pólizas. Sin embargo, la suma de todas ellas daba un total que superaba con mucho el valor del Salón Cebra, lo que permitió a nuestros padres introducir algunos cambios en nuestra forma de vivir.

De todos los recuerdos de mi infancia, ninguno tiene el hechizo, la absoluta magia de la noche que oímos un bocinazo en el jardín y, al mirar por la ventana, vimos que una nave espacial había aterrizado en la entrada de la casa.

Se había posado casi sin ruido junto a la ranchera de mi madre. Las luces delanteras destellaban de manera intermitente. La parte de atrás emitía un resplandor rojo. Durante treinta segundos no ocurrió nada más. Pero finalmente la ventanilla de la nave se replegó descubriendo en su interior, no a un marciano, sino a Milton. Se había afeitado la barba.

—Llamad a vuestra madre —dijo, sonriendo—. Vamos a dar un paseo.

No era una nave espacial, pero se le parecía mucho: un Cadillac Fleetwood de 1967, el coche más intergaláctico que Detroit haya producido jamás. (Sólo faltaba un año para el lanzamiento de una nave a la luna). Era tan negro como el espacio mismo, y tenía la forma de un cohete tumbado en el suelo. El alargado capó terminaba en punta, como una nariz picuda, y a partir de ahí la nave se prolongaba por el camino de entrada en una línea amplia, bella, inquietantemente perfecta. Tenía un radiador plateado con multitud de ranuras, como para filtrar polvo de estrellas. De las luces cónicas de color amarillo que señalaban el giro, arrancaba una serie de tubos cromados —posible revestimiento de un sistema de circuitos— que llegaba a la parte de atrás, donde el vehículo se ensanchaba con cohetes propulsores y alerones a reacción.

Por dentro, el Cadillac tenía una tapicería tan lujosa y una iluminación tan tenue como el bar del Ritz. Los apoyabrazos disponían de ceniceros y encendedores. Tapizado de cuero negro, emitía un intenso olor a nuevo. Era como meterse en una billetera. No nos pusimos en marcha inmediatamente. Permanecimos allí, como si bastara simplemente estar sentados en el coche, como si ahora que lo teníamos

pudiéramos olvidarnos de la sala de estar y reunirnos todas las noches en la entrada de la casa. Dejando la transmisión en punto muerto, Milton nos enseñó todas aquellas maravillas. Abrió y cerró las ventanillas apretando un botón. Bloqueó las puertas pulsando otro. Corrió su asiento hacia delante accionando un mecanismo y luego lo echó hacia atrás hasta que le vi la caspa de los hombros. Cuando puso el coche en marcha todos estábamos un poco mareados. Fuimos por Seminole, pasando frente a los vecinos como si ya estuviéramos despidiéndonos de Pueblo Indio. En la esquina, Milton puso el intermitente, que con su tictac empezó a contar los segundos que faltaban para nuestra marcha definitiva.

El Fleetwood del 67 fue el primer Cadillac de mi padre, pero luego tuvo muchos más. A lo largo de los siete años siguientes, Milton cambió de modelo casi cada temporada, de manera que puedo trazar la historia de mi vida siguiendo los rasgos distintivos de su larga línea de Cadillac. Cuando desaparecieron los alerones de cola, yo tenía nueve años; cuando llegaron las antenas automáticas, once. Mi vida emocional también va a la par con los diversos diseños. En los años sesenta, cuando los Cadillac estaban tan seguros de sí mismos con sus líneas futuristas, yo también confiaba en mí misma y en el porvenir. No obstante, durante la crisis del petróleo de los setenta, cuando el fabricante sacó el desafortunado Seville —un coche al que parecían haber despachurrado por detrás—, yo también me sentí contrahecha. Digan un año y yo les diré el coche que teníamos. En 1970, un Eldorado color Coca-Cola. En 1971, un DeVille rojo. En 1972, un Fleetwood dorado con la visera del asiento del pasajero que, al bajarse, se convertía en el espejo del tocador de una prometidora actriz (en el que Tessie se inspeccionaba el maquillaje y yo mis primeros defectos). En 1973, el largo Fleetwood de techo abovedado, negro, que hacía detenerse a los demás coches porque creían que pasaba un entierro. En 1974, el Florida Special de dos puertas, amarillo canario, techo de vinilo corredizo y asientos de cuero tostado que mi madre sigue conduciendo hoy día, treinta años después.

Pero en 1967 era el Fleetwood futurista. Una vez que alcanzamos la velocidad adecuada, Milton dijo:

—Bueno. Y ahora a ver qué os parece esto.

Dio a un interruptor por debajo del salpicadero. Hubo un murmullo sibilante, como de globos que se inflaran. Poco a poco, como subidos a una alfombra mágica, los cuatro llegamos a dar con la cabeza en el techo.

—Es lo último, lo llaman «paseo espacial». Fenómeno, ¿eh?

—¿Es una especie de sistema de suspensión hidráulica? —quiso saber Capítulo Once.

—Supongo que sí.

—A lo mejor no tengo que ponerme la almohada debajo para conducir —aventuró Tessie.



Después de eso, nadie habló durante unos momentos. Íbamos en dirección este, fuera de Detroit, literalmente flotando en el aire.

Lo que me lleva a la segunda parte de nuestro movimiento ascendente en la escala social. Poco después de los disturbios, como tantos otros habitantes de Detroit, mis padres empezaron a buscar una casa en las afueras. El barrio residencial en que habían puesto los ojos era Grosse Pointe, la zona acomodada a orillas del lago donde vivían los magnates de la industria automovilística.

Tardaron más tiempo del que esperaban. En el Cadillac, explorando las cinco zonas de Grosse Pointe (el parque, el centro, las fincas, el bosque, la ribera), mis padres vieron carteles de SE VENDE en muchos jardines. Pero cuando paraban en agencias inmobiliarias y rellenaban formularios, de pronto se enteraban de que aquellas casas ya no estaban en venta, se habían vendido o costaban el doble.

Al cabo de dos meses de búsqueda, Milton se encontraba en la última agencia inmobiliaria de su lista, con una tal señorita Jane Marsh, de la Inmobiliaria Great Lakes. Y sus sospechas empezaban a crecer.

—Este inmueble es un tanto peculiar —previene a Milton la señorita Marsh una tarde de septiembre, mientras lo conduce hacia la entrada de la casa—. Requiere un comprador con cierta visión. —Abre la puerta y lo hace pasar—. Pero tiene buen *pedigree*. El proyecto es de Hudson Clark. —Se queda esperando una señal de reconocimiento y concluye—: El de la Escuela de la Pradera.

Milton asiente confuso. Vuelve la cabeza echando un vistazo al interior de la casa. No le ha atraído mucho la fotografía que la señorita Marsh le ha mostrado en la oficina. Demasiado cuadrada. Demasiado moderna.

—No estoy seguro de que a mi mujer le guste algo así, señorita Marsh.

—Me temo que no tenemos nada más *tradicional* que enseñarle en este momento.

Por un pasillo blanco, lo conduce a un breve tramo de escalera sin barandilla. Y ahora, mientras bajan al cuarto de estar, dispuesto en un nivel inferior, la señorita Marsh vuelve la cabeza hacia él. Con una educada sonrisa que descubre una extensión de encía conejil en la parte de arriba de la boca, examina la tez de Milton, su pelo, sus zapatos. Echa un nuevo vistazo a su solicitud.

—Stephanides. ¿De dónde es ese apellido?

—Es griego.

—Griego. Qué interesante.

La señorita Marsh vuelve a mostrar fugazmente la encía superior mientras escribe una nota en su cuaderno. Luego prosigue con la visita de la casa.

—Sala de estar a nivel más bajo. Veranda adjunta a comedor. Y, como puede ver, la casa está bien surtida de ventanas.

—Más bien es una ventana, señorita Marsh.

Milton se acerca al ventanal y examina el patio. Mientras, a un par de metros de

distancia, la señorita Marsh observa a Milton.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica, señor Milton?

—A la hostelería.

Otra nota en el cuaderno.

—Quizá podría indicarle las iglesias que hay en la zona. ¿A qué confesión pertenece?

—Yo no soy aficionado a esas cosas. Mi mujer lleva a los niños a la iglesia griega.

—¿Ella también es griega?

—Es de Detroit. Los dos somos de la Zona Este.

—Y necesita espacio para sus dos hijos, ¿no es eso?

—Sí, señorita. Y además tenemos a mis padres viviendo con nosotros.

—Ah, ya veo.

Y ahora desaparecen las rosadas encías, mientras la señorita Marsh empieza a hacer cuentas. Vamos a ver. *Mediterráneo meridional. Un punto. No ejerce ninguna profesión liberal. Un punto. ¿Religión? Iglesia griega. Es como la católica, ¿no? Así que otro punto ahí. ¡Y sus padres viven con él! ¡Otros dos puntos! Lo que hacen... ¡cinco! Pero si no puede ser. No puede ser.*

Para explicar la aritmética de la señorita Marsh: en aquella época, las agencias inmobiliarias de Grosse Pointe evaluaban a los posibles compradores con un mecanismo denominado «Sistema de puntos». (Milton no era el único preocupado porque el barrio se fuera al carajo). Nadie hablaba de ello abiertamente. Los agentes inmobiliarios sólo mencionaban «criterios comunitarios», y vendían propiedades «a la gente como es debido». Ahora que se había iniciado el éxodo de las familias blancas, el «Sistema de puntos» era más importante que nunca. Había que evitar que ocurriera lo mismo que en Detroit.

Discretamente, la señorita Marsh traza un diminuto «5» junto a «Stephanides» y lo encierra en un círculo. Y al hacerlo, percibe cierta sensación. Una especie de pesar. Después de todo, el «Sistema de puntos» no es idea suya. Se utilizaba mucho antes de que ella llegara a Grosse Pointe desde Wichita, donde su padre trabaja de carnicero. Pero no puede hacer nada. Sí, la señorita Marsh lo siente. *Y es que, oiga. ¡Fíjese en esta casa! ¿Quién va a comprarla si no es italiano o griego? Nunca conseguiré venderla. ¡Jamás!*

Su cliente sigue en la ventana, mirando afuera.

—Comprendo su preferencia por algo más «Viejo Mundo», señor Stephanides. De cuando en cuando disponemos de algo así. Si no pierde la paciencia, tengo su número de teléfono. Lo llamaré cuando aparezca algo a la venta.

Milton no la está escuchando. Está absorto en el panorama. La casa tiene terraza en la planta alta y patio en la parte de atrás. Y además hay dos edificaciones anexas,

más pequeñas.

—Hábleme de ese tal Hudson Clark —añade ahora.

—¿Clark? Pues, francamente, es un personaje secundario.

—La Escuela de la Pradera, ¿eh?

—Hudson Clark no era Frank Lloyd Wright, si se refiere a eso.

—¿Qué son esas edificaciones de ahí?

—Yo no las llamaría así, señor Stephanides. Sería darles aires de grandeza. Una es la caseta del baño. En bastante mal estado, por cierto. Ni siquiera sé si funciona. La de detrás es el pabellón de huéspedes. Que también requiere bastante obra.

—¿La caseta del baño? Eso es diferente. —Milton se aparta de la ventana. Empieza a deambular por la casa, mirándola con otros ojos: muros de Stonehenge, azulejos de Klimt, espacios abiertos. Todo geométrico y cuadrículado. El sol entra a raudales por numerosas claraboyas.

—Ahora que estoy aquí —dice Milton—, me parece que empiezo a comprender la idea de esta casa. La foto que me ha enseñado no le hace justicia.

—Francamente, señor Stephanides, para una familia como la suya, con niños, no estoy segura de que esto sea lo más indicado...

Pero, antes de que pueda terminar, Milton alza las manos, rindiéndose.

—No tiene que enseñarme nada más. Con edificaciones en mal estado y todo, me la quedo.

Hay una pausa. La señorita Marsh sonrío con sus encías de dos pisos.

—Me parece estupendo, señor Stephanides —afirma sin entusiasmo—. Claro que todo depende de la aprobación del crédito.

Pero ahora le toca sonreír a Milton. Pese a todos los desmentidos sobre su existencia, el «Sistema de puntos» no es ningún secreto. El año pasado, Harry Karras trató sin éxito de comprar una casa en Grosse Pointe. A Pete Savidis le ocurrió lo mismo. Pero nadie va a decirle a Milton Stephanides dónde debe vivir. Ni la señorita Marsh ni una pandilla de agentes inmobiliarios que sólo venden casas en el club de campo.

—No se preocupe por eso —repuso mi padre, disfrutando del momento—. Pagaré al contado.

Superando la barrera del «Sistema de puntos», mi padre nos consiguió una casa en Grosse Pointe. Fue la única vez en su vida que pagó en efectivo y por adelantado. Pero ¿qué hay de las demás barreras? ¿Del hecho de que las agencias sólo le habían mostrado las casas menos atractivas en las zonas más próximas a Detroit? ¿Casas que nadie quería? ¿De su incapacidad de ver más allá de los grandes gestos, y de que compró la casa sin consultar primero a mi madre? Bueno, para esos problemas no había solución.

El día de la mudanza nos pusimos en marcha en dos coches. Tessie, conteniendo

las lágrimas, llevó a Lefty y Desdémona en su ranchera. Milton nos llevó en el Fleetwood a Capítulo Once y a mí. A lo largo de Jefferson aún quedaban restos de los disturbios. Y mis preguntas seguían sin respuesta.

—¿Y qué me dices de la Fiesta del Té de Boston? —desafié a mi padre desde el asiento de atrás—. Los colonos se apoderaron del té y lo arrojaron a las aguas del puerto. Fue lo mismo que una revuelta.

—No tiene nada que ver —repuso Milton—. Pero ¿qué coño os enseñan en el colegio? Con la Fiesta del Té de Boston los americanos se rebelaron contra otro país que los oprimía.

—Pero no era otro país, papá. Era el mismo país. Entonces ni siquiera existía Estados Unidos.

—Deja que te pregunte una cosa. ¿Dónde estaba el rey Jorge cuando tiraron al agua el cargamento de té? ¿Estaba en Boston? ¿En América siquiera? No. Estaba a miles de kilómetros de aquí, en Inglaterra, comiendo buñuelos.

El implacable Cadillac negro siguió a toda pastilla, llevándonos a mi padre, a mi hermano y a mí fuera de aquella ciudad desgarrada por la guerra. Cruzamos un diminuto canal que, como un puente levadizo, separaba Detroit de Grosse Pointe. Y entonces, antes de que pudiéramos darnos cuenta del cambio, estábamos en la casa del Bulevar Middlesex.

Los árboles fueron lo primero que me llamó la atención. Dos enormes sauces llorones, como imprecisos mamuts, a cada lado de la casa. Sus lianas pendían sobre el camino de entrada como esponjas en un túnel de lavado. En lo alto brillaba el sol de otoño. Al pasar entre las hojas, teñía los sauces de una verde fosforescencia. Era como una lámpara encendida en medio de la fresca sombra, impresión que se reforzaba por la casa frente a cuya entrada acabábamos de detenernos.

¡Middlesex! ¿Ha vivido alguien alguna vez en una casa tan extraña? ¿Tan de ficción científica? ¿Tan futurista y pasada de moda al mismo tiempo? ¿Una casa tan parecida al comunismo, mejor en la teoría que en la práctica? Los muros eran de un amarillo pálido, compuestos con bloques de piedra octogonales y coronados con un alero de palisandro. Grandes ventanales corrían a todo lo largo de la fachada. Hudson Clark (nombre que Milton soltaría a cada momento durante los años venideros, pese al hecho de que no lo conocía nadie) había proyectado Middlesex de manera que armonizase con el entorno natural. Lo que significaba, en concreto, los sauces y la morera que crecía pegada a la fachada de la casa. Olvidándose de dónde estaba (en un barrio conservador de las afueras) y lo que había al otro lado de aquellos árboles (los Turnbull y los Pickett), Clark siguió los principios de Frank Lloyd Wright, desterrando la vertical victoriana en favor de la horizontal del Medio Oeste, abriendo los espacios interiores e introduciendo cierta influencia japonesa. Middlesex era el testimonio de una teoría intransigente con el sentido práctico. Por ejemplo: Hudson

Clark no creía en las puertas. La idea de puerta, esa cosa que oscila para un lado o para otro, estaba pasada de moda. De manera que en Middlesex no teníamos puertas. Lo que había, en cambio, eran largas barreras, semejantes a un acordeón, hechas de pita, que funcionaban con una bomba neumática emplazada en el sótano. La idea de escalera en el sentido tradicional también era algo que ya no se necesitaba. La escalera representaba un punto de vista teleológico del universo, de una cosa que lleva a otra, mientras que ahora todo el mundo sabía que una cosa no conducía a otra sino, con mucha frecuencia, a ninguna parte. De modo que la escalera, tampoco. Ah, sí, terminaba subiendo. Conducía al insistente escalador a la planta alta, pero por el camino lo llevaba también a un montón de sitios. Había un rellano, por ejemplo, sobre el que oscilaba un móvil. Por la escalera, las paredes tenían mirillas y estantes empotrados. Al subir, se veían las piernas de quien circulara por el pasillo de arriba. Podía espiarse a quien se hubiera quedado en la sala de estar.

—¿Dónde están los armarios? —preguntó Tessie nada más entrar.

—¿Armarios?

—La cocina está a mil kilómetros de la sala de estar, Milt. Cada vez que alguien quiera comer algo deberá ir de acá para allá por toda la casa.

—Así haremos algo de ejercicio.

—¿Y dónde voy a encontrar cortinas para estas ventanas? No las hay tan grandes. ¡Todo el mundo nos verá desde la calle!

—Piénsalo al revés. Nosotros podremos ver lo que pasa en la calle.

Pero entonces se oyó un grito al otro extremo de la casa:

—*Mana!*

En contra de sus instintos, Desdémona había apretado un botón de la pared.

—¿Qué clase de puerta es ésta? —gritaba mientras todos íbamos corriendo hacia ella—. ¡Se mueve sola!

—Vaya, qué chulada —se asombró Capítulo Once—. Vamos a probar, Cal. Mete la cabeza en la abertura de la puerta. Eso es, así...

—No juguéis con la puerta, chicos.

—Sólo estoy probando la presión.

—¡Ay!

—¿Qué te había dicho, cabeza de chorlito? Ahora saca a tu hermana de la puerta.

—Eso intento. El botón no funciona.

—¿Cómo que no funciona?

—Vaya, Milt, lo que faltaba. No hay armarios y ahora tendremos que llamar a los bomberos para que saquen a Callie de la puerta.

—No está hecha para que metan el cuello en ella.

—*Mana!*

—¿Respiras bien, cariño?

—Sí, pero me duele.

—Es como el tío aquel de las cavernas de Karlsbad —observó Capítulo Once—. Se quedó atrapado y tuvieron que darle de comer durante cuarenta días, pero se acabó muriendo.

—Deja de retorcerte, Callie. Lo estás consiguiendo...

—No me estoy retorciendo...

—¡Le veo las bragas a Callie! ¡Le veo las bragas!

—Cállate ahora mismo.

—Venga, Tessie, coge a Callie de la pierna. Vamos, a la de tres. A la una, a las dos... ¡y a las tres!

Nos instalamos, con nuestros diversos recelos. Tras el incidente con la puerta neumática, Desdémona tuvo la premonición de que aquella casa llena de comodidades modernas (que en realidad era casi tan vieja como ella) sería la última en que viviría. Trasladó al pabellón de huéspedes las pertenencias que les quedaban —la mesita de cobre, la caja de gusanos de seda, el retrato del patriarca Atenágoras —, pero nunca se acostumbró a la claraboya, que era como un agujero en el techo, ni al grifo del baño, accionado por un pedal, ni a la caja que hablaba en la pared. (Todas las habitaciones de Middlesex tenían interfono. En los años cuarenta, época en que los instalaron —unos treinta años después de construida la casa, en 1909—, es probable que aquellos aparatos funcionaran bien. Pero en 1967, cuando se hablaba por el interfono de la cocina, salía la voz por la habitación principal. Además distorsionaban la voz, de manera que había que escuchar con mucha atención para entender lo que decían: como descifrar las primeras e incomprensibles palabras de un niño).

Capítulo Once hacía experimentos con el sistema neumático del sótano y se pasaba horas mandando una bola de ping-pong por la casa mediante una serie de tubos de aspiradora interconectados. Tessie no dejaba de quejarse por la falta de armarios y la distribución de la casa, tan falta de sentido práctico, pero poco a poco, gracias a un toque de claustrofobia, llegó a apreciar los muros de cristal de Middlesex.

Todo lo limpiaba Lefty. Echando una mano, como siempre, se encargó de la interminable e inútil tarea de tener relucientes todas aquellas superficies modernistas. Con la misma dedicación con que estudiaba el aoristo de los verbos del griego antiguo —tiempo tan tedioso que especificaba acciones que jamás podrían completarse—, lefty limpiaba los enormes ventanales, los cristales empañados de la veranda, las puertas correderas que daban al patio e incluso las claraboyas. Mientras él se dedicaba a dejar la casa como los chorros del oro, nosotros la explorábamos. O, mejor dicho, explorábamos todas las construcciones de la casa. El meditabundo cajón amarillo pastel que daba a la calle contenía las habitaciones principales, donde se

hacía la vida familiar. Detrás había un patio con un estanque seco sobre el cual un cerezo silvestre se inclinaba vanamente para ver su reflejo. Por el lado occidental de ese patio, arrancando de la parte de atrás de la cocina, discurría un túnel blanco y traslúcido, semejante al conducto que utilizan los jugadores de fútbol para acceder al campo. Ese túnel llevaba a una edificación anexa, pequeña y abovedada —una especie de enorme iglú—, rodeada de un porche cubierto. Dentro había una bañera grande (que se está calentando ahora, disponiéndose a desempeñar su papel en mi vida). Detrás había otro patio, empedrado con piedras negras y lisas. En su extremo oriental, para equilibrar el túnel, había un pórtico con finas columnas de hierro marrón. El pórtico conducía al pabellón de invitados, donde ningún huésped se alojó jamás: únicamente Desdémona, que vivió allí una breve temporada con su marido y luego sola durante mucho tiempo.

Pero Middlesex tenía algo más importante para un niño: montones de cornisas por donde se podía caminar con las playeras. Los huecos de hormigón de las ventanas eran anchos, perfectos para convertirlos en almenas. Había azoteas y pasarelas. Capítulo Once y yo siempre andábamos escalando por toda Middlesex. Lefty limpiaba las ventanas y, cinco minutos más tarde, aparecíamos mi hermano y yo para apoyarnos en el cristal y dejar marcadas las puntas de los dedos. Y al verlo, nuestro alto y mudo abuelo, que en otra vida podría haber sido profesor pero en ésta, empuñaba un trapo húmedo y un cubo, se limitaba a sonreír y a limpiar de nuevo los cristales.

Aunque nunca me dijo una palabra, yo adoraba a mi chaplinesco *papú*. Su mudez parecía un acto de refinamiento. Cuadraba con su ropa elegante, sus zapatos de empeine entretejido, su pelo brillante. Y sin embargo no era nada rígido sino juguetón, incluso cómico. Cuando me llevaba de paseo en coche, muchas veces fingía quedarse dormido al volante. De pronto se le cerraban los ojos y se le caía la cabeza. El coche seguía su camino, sin piloto, derivando hacia el bordillo de la acera. Yo me reía, gritaba, me tiraba del pelo y pataleaba. En el último momento, Lefty se despertaba con un sobresalto, cogiendo el volante y evitando el desastre.

No necesitábamos decir nada. Nos entendíamos sin hablar. Pero entonces ocurrió algo horrible.

Es un sábado por la mañana, unas semanas después de mudarnos a Middlesex. Lefty me lleva a dar un paseo por el nuevo barrio. Pensamos bajar hasta el lago. De la mano, cruzamos el jardín. Unas monedas resuenan en el bolsillo de sus pantalones, justo un poco más abajo de mi oreja. Le paso los dedos por el pulgar, fascinada por la ausencia de uña, que según ha mantenido siempre se la arrancó de un mordisco un mono en el zoológico.

Ya llegamos a la acera. El obrero que hace las aceras en Grosse Pointe ha dejado su nombre en el cemento: J. P. Steiger. Hay también una grieta, por donde las

hormigas libran una escaramuza. Ahora cruzamos el césped entre la acera y la calle. Y llegamos al bordillo.

Yo bajo como es debido. Pero Lefty no; cae limpiamente a la calzada, de pie, desde unos quince centímetros de altura. Sin soltarlo de la mano, me río de él por ser tan torpe. Lefty también se ríe. Pero no me mira. Sigue con la mirada perdida en el espacio. Y, alzando la vista, veo cosas de mi abuelo que, dada mi juventud, no deberían llamarme la atención. Veo miedo en sus ojos, y desconcierto, y, lo más asombroso de todo, el hecho de que algún problema de los mayores tenga prioridad sobre nuestro paseo. Le da el sol en los ojos. Sus pupilas se contraen. Seguimos en medio del polvo y las hojas muertas del bordillo de la acera. Cinco segundos. Diez. Lo bastante para que Lefty se enfrente a la evidencia de sus disminuidas facultades y yo sienta la marea de las que van creciendo en mi interior.

Lo que nadie sabía: Lefty había tenido otro ataque la semana anterior. Ya sin habla, empezaba ahora a sufrir desorientación espacial. Los muebles avanzaban y retrocedían como en el tubo de la risa. Como gastando una broma, las sillas ofrecían su asiento para retirarse en el último momento. Las casillas del tablero de *backgammon* saltaban como las teclas de una pianola. Lefty no le dijo nada a nadie.

Como ya no se fiaba de sí mismo para conducir, en vez de pasear en coche íbamos a pie. (Así es como llegamos al bordillo de la acera, al obstáculo que, no habiéndolo percibido, fue incapaz de salvar). Fuimos caminando por Middlesex, el mudo anciano y su flacucha nieta, una niña que hablaba por dos, cuya desenvoltura al hablar se debía, según bromeaba su padre, el hombre que antes tocaba el clarinete, a que practicaba la respiración circular. Yo me estaba familiarizando con Grosse Pointe, con las elegantes madres que llevaban pañuelos de *chiffon* en la cabeza y con una casa oscura, envuelta en un sudario de cipreses, donde vivía la única familia judía del barrio (que también había pagado al contado). Mientras mi abuelo trataba de habituarse a una realidad mucho más aterradora. Cogido de mi mano para mantener el equilibrio, con los árboles y arbustos haciendo extraños y sinuosos movimientos en su visión periférica, Lefty encaraba la posibilidad de que la conciencia fuese un accidente biológico. Aunque nunca había sido una persona religiosa, comprendía ahora que siempre había creído en el alma, en una potencia del espíritu que sobrevivía a la muerte. Pero al ver que le seguían flaqueando las facultades mentales, produciéndole cortocircuitos, llegó finalmente a la fría conclusión, tan en desacuerdo con su juvenil despreocupación, de que el cerebro no era más que un órgano como los demás y que cuando fallaba se acababa todo.

Es imposible que una niña de siete años se pase todo el tiempo paseando con su abuelo. Era la nueva del barrio y quería hacer amigos. Desde la azotea a veces veía a una niña más o menos de mi edad que vivía en la casa de detrás de la nuestra. Al anochecer salía a un pequeño balcón y arrancaba pétalos a las flores plantadas en la



jardinera. Cuando se sentía con un ánimo más juguetón, realizaba desganas piruetas, como acompañamiento a mi caja de música, que yo siempre me subía a la azotea para que me hiciera compañía. Llevaba el pelo largo, con flequillo, y lo tenía tan claro que, como no la había visto a la luz del día, creí que era albina.

Pero estaba equivocada: porque la vi una tarde a pleno sol, cogiendo una pelota que se le había colado en nuestro jardín. Se llamaba Clementine Stark. No era albina, sólo muy pálida, y alérgica a cosas difíciles de evitar (la hierba, el polvo de la casa). A su padre le dio un ataque al corazón poco más tarde, y mis recuerdos de ella están ahora teñidos con el añil de la desgracia que aún no le había ocurrido. Estaba con las piernas desnudas entre la enmarañada hierba que crecía entre ambas casas. Su piel ya empezaba a reaccionar a las briznas de hierba pegadas a la pelota, cuya humedad quedó explicada de pronto por el rechoncho Labrador que apareció cojeando.

Clementine Stark tenía una cama con dosel fondeada, como una barcaza imperial, al borde de la alfombra azul de su cuarto. Tenía una colección de insectos que parecían venenosos. Era un año mayor que yo, por lo que sabía más cosas, como es natural, y había estado una vez en Cracovia, en un país llamado Polonia. Debido a sus alergias, Clementine se pasaba casi todo el tiempo sin salir a la calle. Eso nos obligaba a estar casi siempre dentro de casa, lo que condujo a que Clementine me enseñara a besar.

Cuando conté al doctor Luce la historia de mi vida, el punto que más le interesó fue cuando apareció Clementine Stark. Le traían sin cuidado los abuelos con remordimientos de conciencia, las cajas de gusanos de seda o las serenatas de clarinete. Hasta cierto punto, lo entiendo. Incluso estoy de acuerdo.

Clementine Stark me invitó a su casa. Sin comparación alguna con Middlesex, era un lugar de abrumador aspecto medieval, una fortaleza de piedra gris, nada bonita salvo por la extravagancia —una concesión a la princesa— de una sola y puntiaguda torre donde ondeaba un gallardete azul. Dentro había tapices colgados en las paredes, una armadura con unas palabras francesas en la visera y, con leotardos negros, la esbelta madre de Clementine. Estaba haciendo ejercicio de piernas.

—Ésta es Callie —anunció Clementine—. Ha venido a jugar.

Saludé con una amplia sonrisa. Traté de hacer una especie de reverencia. (Al fin y al cabo, era mi presentación en la buena sociedad). Pero la madre de Clementine ni siquiera volvió la cabeza.

—Acabamos de mudarnos —informé—. Vivimos en la casa que está detrás de la suya.

Ahora frunció el ceño. Pensé que había dicho algo que no debía: mi primer error de protocolo en Grosse Pointe.

—¿Por qué no os vais arriba, niñas? —sugirió la señora Stark.

Lo hicimos. En su habitación, Clementine se montó a un caballito de balancín.

Siguió montada durante tres minutos sin decir nada. Luego, de repente, se bajó.

—Antes tenía una tortuga, pero se escapó.

—¿Ah, sí?

—Mi madre dice que si se ha acostumbrado a estar fuera, a lo mejor vive todavía.

—Seguro que se ha muerto.

Clementine aceptó aquello con valor. Se acercó y puso su brazo junto al mío.

—Mira, tengo pecas, como la Osa Mayor —anunció.

Estábamos una al lado de la otra frente al espejo de cuerpo entero, haciendo muecas. Clementine tenía los párpados de color rosa. Bostezó. Se frotó la nariz con el canto de la mano. Y entonces preguntó:

—¿Quieres que hagamos prácticas de beso?

No supe qué responder. Ya sabía besar, ¿no? ¿Es que había que aprender algo más? Pero mientras estas preguntas me rondaban por la cabeza, Clementine pasó a darme la lección. Dio media vuelta para ponerse frente a mí. Con expresión grave, me rodeó el cuello con los brazos.

No dispongo de los necesarios efectos especiales, pero habría que imaginarse el pálido rostro de Clementine aproximándose al mío, sus adormilados ojos muy cerca, sus labios con sabor a medicina contrayéndose y todos los demás sonidos del mundo acallándose —el crujir de nuestros vestidos— su madre contando las veces que levantaba las piernas en el piso de abajo, el avión que pasaba entonces trazando un signo de interrogación en el cielo —todo en silencio mientras los versados labios de Clementine, de ocho años, rozan los míos.

Y entonces, en medio de todo eso, mi corazón reacciona.

No da un vuelco, exactamente. Ni un brinco, tampoco. Es una especie de movimiento sincopado, como cuando patalea un sapo al salir de una charca embarrada. Mi corazón, ese anfibio, transitando en ese instante entre dos elementos: el primero, excitación; el segundo, miedo. Intenté concentrarme. Traté de estar a la altura de las circunstancias. Pero Clementine me llevaba mucha ventaja. Giró la cabeza hacia uno y otro lado, como las actrices en las películas. Yo me puse a hacer lo mismo, pero, torciendo la boca, me regañó:

—Tú eres el hombre.

Así que dejé de hacerlo. Me quedé quieta con los brazos a los costados. Finalmente, Clementine interrumpió el beso. Me miró un momento sin expresión, y luego observó:

—No está mal, para ser la primera vez.

—¡Mamaaaá! —grité al volver a casa aquella tarde—. ¡Tengo una amigaaa!

Le hablé a Tessie de Clementine, de las viejas alfombras colgadas en las paredes, de la preciosa madre de mi amiga haciendo gimnasia; le conté todo menos lo de las prácticas de beso. Desde el principio fui consciente de que había algo que no estaba

bien en la sensación que me producía Clementine Stark, algo que no debía contar a mi madre, pero entonces no habría sido capaz de expresarlo. Ni siquiera lo relacioné con la sexualidad. Desconocía la existencia de esas cosas.

—¿Puedo invitarla a casa?

—Pues claro —dijo Tessie, aliviada de que mi temporada de soledad en el barrio se hubiera acabado.

—Estoy segura de que nunca ha visto una casa como la nuestra.

Y ahora es un día frío y gris de octubre, más o menos una semana después. Por el patio de una casa amarilla aparecen dos niñas jugando a las geishas. Nos hemos hecho un moño en la coronilla, cruzándolo con dos palillos de comida oriental. Llevamos sandalias y chales de seda. Y también paraguas a guisa de sombrillas. Me sé trozos de *The Flower Drum Song* y los canto, mientras cruzamos el patio y subimos los escalones de la caseta del baño. Llegamos a la puerta sin reparar en la oscura silueta de la esquina. Dentro, la bañera es de un azul luminoso, burbujeante. Caen al suelo las batas de seda. Dos flamencos risueños, uno de piel muy pálida, otro aceitunado, prueban el agua con la punta del pie.

—Está muy caliente.

—Así tiene que estar.

—Tú primero.

—No, tú.

—Vale.

Y entonces: al agua. Las dos a la vez. Olor a secuoya y eucalipto. Aroma de sándalo en el jabón. Clementine con el pelo pegado al cráneo. Con el pie apareciendo ahora y moviéndose sobre la superficie como la aleta de un tiburón. Reímos, flotamos, gastamos las perlas de baño de mi madre. Del agua sube un vapor tan denso que oscurece las paredes, el techo, la sombría figura del rincón. Me examino la planta de los pies, tratando de entender lo que significa tenerlos «planos», cuando veo a Clementine que viene por el agua directamente hacia mí. Saca la cabeza entre el vapor. Creo que vamos a besarnos otra vez, pero en cambio me enrosca las piernas en la cintura. Ríe históricamente, tapándose la boca.

—Ponte cómoda —me susurra al oído, abriendo los ojos como platos.

Ulula como un mono y me arrastra hacia un escalón de la bañera. Choco entre sus piernas, caigo sobre ella, nos hundimos... y entonces nos retorremos, girando en el agua, yo encima, luego ella, después yo; nos reímos tontamente, dando gritos de pájaro. El vapor nos rodea, nos envuelve; la luz centellea sobre las agitadas aguas; y seguimos girando, de manera que llega un momento en que no sé qué manos son las mías, qué piernas. No nos besamos. Este juego es mucho menos serio, más travieso, sin normas; nos aferramos mutuamente, tratando de no soltarnos, de que nuestros cuerpos no resbalen, y entrechocamos las rodillas, nos pegamos por la tripita, nos

frotamos con las caderas, que se agitan suavemente. Diversas blanduras sumergidas de Clementine me transmiten una información crucial que entonces almaceno para comprenderla años después. ¿Cuánto tiempo estuvimos girando? Ni idea. Pero en un momento determinado nos cansamos. Clementine encalla en el escalón de la bañera, conmigo encima. Me incorporo sobre las rodillas para orientarme, y entonces, pese al agua caliente, me quedo helada. Porque allí mismo, sentado en un rincón de la estancia..., ¡está mi abuelo! Lo veo un instante, inclinado en el asiento —¿se ríe, está enfadado?—, y entonces vuelve a subir el vapor y lo borra de mi vista.

Estoy demasiado perpleja para moverme o hablar. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Qué es lo que ha visto?

—Sólo hacíamos ballet acuático —explica Clementine de manera poco convincente.

El vapor se esfuma de nuevo. Lefty no se ha movido. Sigue en la misma postura que antes, la cabeza inclinada hacia un lado. Está tan pálido como Clementine. Durante un instante frenético pienso que está jugando a nuestro juego del coche, haciéndose el dormido, pero enseguida comprendo que nunca volverá a jugar a nada...

Y acto seguido todos los interfonos de la casa se ponen a aullar. Yo grito a Tessie en la cocina, que grita a Milton en el estudio, que grita a Desdémona en el pabellón de huéspedes.

—¡Ven rápido! ¡Al papú le pasa algo!

Y luego más gritos y una ambulancia con las luces destellantes y mi madre diciéndole a Clementine que ya es hora de que se marche a casa.

Aquella misma noche: el foco se centra en dos habitaciones de nuestra casa de Middlesex. En un círculo de luz, una anciana se santigua y reza, mientras en el otro una niña de siete años reza a su vez, pidiendo perdón, porque para mí, estaba claro que la responsable era yo. Era lo que había hecho..., lo que Lefty había visto... Y prometo que nunca volveré a hacerlo y pido que *No dejes que el papú se muera, por favor, y juro que Ha sido culpa de Clementine. Me ha obligado a hacerlo.*

(Y en estos momentos al corazón del señor Stark le llega la hora. Sus arterias se cubren de algo parecido al *foie-gras*. Se agarrotan en un instante. El padre de Clementine se derrumba en la ducha. En la planta baja, la señora Stark, notando algo, interrumpe su ejercicio de piernas; y tres semanas después vende la casa y se lleva a su hija a otra parte. Nunca volví a ver a Clementine...).

Lefty volvió a casa del hospital, recuperado. Pero aquello sólo fue una pausa en la lenta pero inevitable desintegración de su mente. Durante los tres años siguientes, el disco duro de su memoria se fue borrando poco a poco, partiendo de la información más reciente y avanzando hacia atrás. Al principio, Lefty olvidaba cosas del momento, como dónde había dejado la pluma o las gafas, para luego no saber el día,

el mes o, finalmente, el año que era. Se le caían trozos enteros de su vida, de manera que cuando nosotros nos movíamos hacia delante en el tiempo, él iba hacia atrás. En 1969, resultaba evidente que él vivía en 1968, porque seguía moviendo la cabeza impresionado, ante los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy. Cuando cruzábamos el valle de los setenta, Lefty había vuelto a los cincuenta. Otra vez mostraba su entusiasmo por la terminación del Canal de San Lorenzo, y dejó de dirigirse a mí por completo porque aún no había nacido. Volvió a sufrir la obsesión por el juego y el sentimiento de inutilidad que tuvo al jubilarse, pero esa etapa desapareció pronto porque enseguida pasó a los cuarenta y a trabajar de nuevo en el bar. Todas las mañanas se levantaba dispuesto a ir a trabajar. Desdémona tenía que inventar complejas artimañas para contentarle, diciéndole que la cocina de la casa era el Salón Cebra, sólo que pintado y empapelado, y lamentándose de lo mal que iba el negocio. A veces invitaba a señoras de la iglesia para que le siguieran la corriente, pidiendo café y dejando dinero en la encimera de la cocina.

Mentalmente, Lefty Stephanides se volvía cada vez más joven mientras que, en realidad, seguía envejeciendo. De manera que a veces intentaba levantar pesos con los que no podía o arrostraba escaleras que sus piernas se negaban a subir. Se producían caídas. Se rompían cosas. En esos momentos, al agacharse a ayudarlo, Desdémona veía una momentánea lucidez en los ojos de su marido, como si él también estuviese siguiendo la corriente, fingiendo revivir su vida en el pasado para no afrontar el presente. Entonces se ponía a llorar y Desdémona se echaba a su lado, abrazándolo hasta que se le pasaba el arrebato.

Pero pronto volvió a los años treinta, y buscaba en la radio discursos de Roosevelt. Confundía al lechero negro con Jimmy Zizmo y a veces se subía a su camioneta, pensando que iban a recoger whisky de contrabando. A través de la pizarra, entablaba conversaciones con el lechero acerca del contrabando, y aunque eso hubiera tenido sentido, el lechero no entendía una palabra, porque justo por esa época, el inglés de Lefty empezó a deteriorarse. Cometía errores gramaticales y ortográficos que ya había corregido mucho tiempo atrás, y empezó a escribir en un inglés chapurreado que pronto resultó ininteligible. Cuando se puso a hacer alusiones a Bursa, Desdémona empezó a preocuparse. Era consciente de que el retroceso intelectual de su marido sólo podía conducir a un punto: a los días en que no era su marido sino su hermano, y por la noche se quedaba despierta en la cama esperando ese momento con ansiedad. En cierto sentido, ella también empezó a vivir hacia atrás, porque le volvieron las palpitations de su juventud. *Ay, Dios mío, rezaba, deja que me muera ya. Antes de que Lefty vuelva al barco.* Y entonces, una mañana, se encontró al levantarse con Lefty sentado a la mesa del desayuno. Se había dado en el pelo vaselina que había encontrado en el botiquín, para peinarse a lo Valentino. En el cuello llevaba un paño de cocina, a guisa de pañuelo. Y sobre la mesa estaba la

pizarra, en la que había escrito, en griego: «Buenos días, hermanita».

Se pasó tres días gastándole bromitas como entonces, tirándole del pelo y realizando escenas picantes con marionetas de *karanguiosis*. Desdémona le escondió la pizarra, pero fue inútil. En la comida dominical le cogió una pluma a tío Pete del bolsillo de la camisa y escribió en el mantel: «Dile a mi hermana que se está poniendo gorda». Desdémona palideció. Se llevó las manos a la cara y esperó el golpe que siempre había temido. Pero Peter Tatakis le quitó la pluma a Lefty y se limitó a decir:

—Según parece, Lefty te toma ahora por su hermana.

Todo el mundo se echó a reír. ¿Qué otra cosa podían hacer? *Qué hay, hermanita*, se pasaron toda la tarde diciendo a Desdémona; y ella siempre se sobresaltaba, creyendo cada vez que se le iba a parar el corazón.

Pero esa etapa no duró mucho. La mente de mi abuelo, encerrada en su espiral de cementerio, se aceleró a medida que se precipitaba hacia su destrucción; tres días después empezó a emitir susurros como un niño pequeño y, al siguiente, a hacerse encima sus necesidades. En ese punto, cuando ya casi nada quedaba de él, Dios permitió que Lefty Stephanides viviese aún otros tres meses, hasta el invierno de 1970. Al final era un ser tan fragmentario como los poemas de Safo que jamás logró restaurar, y una mañana, miró el rostro de la mujer que había sido el gran amor de su vida y no la reconoció. Y entonces sufrió otra clase de golpe en el interior de su cabeza; la sangre se derramó en su cerebro por última vez, haciendo desaparecer para siempre los últimos fragmentos de su conciencia.

Desde el principio hubo un extraño equilibrio entre mi abuelo y yo. Cuando yo daba mi primer grito, Lefty se quedó mudo; y cuando fue perdiendo progresivamente la facultad de la visión, el sentido del gusto, el oído e incluso la capacidad de pensar y recordar, yo empecé a ver, a distinguir los sabores y a recordarlo todo, incluso lo que no había visto, comido o hecho. Ya latente en mi interior, como el futuro servicio a ciento ochenta kilómetros por hora de un niño prodigio del tenis, estaba la facultad de comunicarme entre los sexos, de percibir las cosas no con la monovisión de uno solo, sino con la estetoscopia de ambos. De manera que, después del entierro, en la *makaria*, miré en torno a la mesa del Grecian Gardens y adiviné lo que los demás sentían. A Milton le embargaba una tormenta de emotividad que se negaba a reconocer. Creía que si hablaba se echaría a llorar, de modo que no dijo una palabra en toda la comida y se tapaba la boca con pan. Tessie era presa de un amor desesperado hacia sus hijos, y no dejaba de abrazarnos y pasarnos la mano por la cabeza, porque los niños son el único bálsamo contra la muerte. Surmelina recordó el día en que dijo a Lefty en la estación Grand Trunk que reconocería su nariz en cualquier parte. Peter Tatakis lamentaba el hecho de no dejar una viuda que guardara luto por él. El padre Mike repasaba complacido el panegírico que había pronunciado

por la mañana, mientras tía Zo, deseaba haberse casado con un hombre de negocios.

La única, cuyas emociones no pude sondear, fue Desdémona. En silencio, presidiendo la mesa como correspondía a la viuda, comía desganadamente el pescado y bebía una copa de Mavrodafne, pero sus pensamientos seguían siendo tan oscuros para mí como su rostro detrás del velo negro.

A falta de toda clarividencia sobre el estado de ánimo de mi abuela, me limitaré a referir lo que ocurrió a continuación. Después de la *makaria*, mis padres, mi abuela, mi hermano y yo, subimos al Fleetwood de mi padre. Con un crespón ondeando en la antena, salimos del barrio griego en dirección a Jefferson. El Cadillac ya tenía tres años, el más viejo que Milton tuvo jamás. Al pasar por la antigua fábrica de Cementos Medusa, oí un prolongado silbido y creía que la *yiayiá*, sentada a mi lado, suspiraba por su desgracia, pero entonces observé que el asiento se movía. Desdémona se estaba hundiendo. El asiento de atrás estaba engullendo a mi abuela, que siempre había tenido horror a los coches.

Era el «paseo espacial». No se debía accionar hasta que se alcanzaran al menos cincuenta kilómetros por hora. Distráido por el dolor, Milton sólo iba a cuarenta. El sistema hidráulico se averió. El lado derecho del coche se desniveló y así se quedó a partir de entonces. (Y mi padre empezó a tener coche nuevo todos los años, entregando el viejo como parte del pago).

Cojeando, arrastrándonos, volvimos a casa. Mi madre ayudó a Desdémona a bajar del coche y la acompañó por el pórtico que daba al pabellón de huéspedes de la parte de atrás de la casa. Tardaron un buen rato en llegar. Desdémona no hacía más que pararse a descansar, apoyada en el bastón. Finalmente, frente a su puerta, anunció:

—Tessie, me voy a acostar ya.

—Muy bien, *yiayiá*. Que descanse.

—Me voy a la cama —repitió Desdémona, dando media vuelta y entrando en su casa.

Junto a la cama, la caja de gusanos de seda seguía abierta. Por la mañana había sacado la corona de boda de Lefty, separándola de la suya para que lo enterraran con ella. Ahora, antes de cerrar la caja, la miró un momento. Luego se desnudó. Se quitó el vestido negro y lo colgó en la funda de la ropa, repleta de bolas de naftalina. Volvió a guardar sus zapatos en la caja de la zapatería Penney. Después de ponerse el camisón, se lavó las medias en el baño y las colgó en la barra de la ducha. Y entonces, aunque sólo eran las tres de la tarde, se metió en la cama.

Y no volvió a levantarse, salvo para bañarse los viernes, en los diez años siguientes.

# DIETA MEDITERRÁNEA



No le gustaba haberse quedado en este mundo. La molestaba seguir en América. Estaba cansada de vivir. Cada vez le costaba más trabajo subir las escaleras. La vida de la mujer terminaba cuando su marido moría. Le habían echado mal de ojo.

Tales fueron las explicaciones que el padre Mike nos transmitió. Mi madre le pidió que hablara con ella, y él volvió del pabellón de invitados con sus cejas de Fra Angélico enarcadas de tierna exasperación.

—No os preocupéis, se le pasará —afirmó—. Las viudas siempre hacen estas cosas.

Le creímos. Pero a medida que pasaban las semanas, Desdémona se mostraba cada vez más deprimida y retraída. Acostumbrada a madrugar, empezó a despertarse cada vez más tarde. Cuando mi madre le llevaba la bandeja del desayuno, Desdémona abría un ojo y le hacía un gesto para que se marchara. Los huevos se quedaban fríos. El café se cubría de una capa sólida. Lo único que la animaba era su diaria selección de seriales televisivos. Veía a los maridos infieles y las mujeres intrigantes con la fidelidad de siempre, pero ya no los reprendía, como si hubiera renunciado a enmendar los errores del mundo. Con la espalda apoyada en la cabecera de la cama, la redcilla del pelo ciñéndole la frente como una diadema, Desdémona tenía un aspecto tan antiguo e indomable como la anciana reina Victoria. La reina de una isla soberana que sólo consistía en una habitación llena de pájaros. Una reina en el exilio, a quien sólo le quedaban dos miembros de su séquito, Tessie y yo.

—Reza para que me muera —me ordenó—. Ruega para que la *yiayía* se muera y se vaya con el *papú*.

... Pero antes de continuar con la historia de Desdémona, quiero ponerles al día sobre lo ocurrido con Julie Kikuchi. En lo que se refiere al aspecto fundamental: no ha sucedido nada. En nuestro último día en Pomerania, Julie y yo intimamos mucho. Pomerania había sido una región de Alemania Oriental. En Herringsdorf, las villas de la costa llevaban cincuenta años desmoronándose. Pero ahora, tras la reunificación, empezaba el auge inmobiliario. Al ser estadounidenses, ese detalle no se nos escapó a Julie y a mí. Yendo de la mano por el ancho paseo marítimo, de suelo de madera, hacíamos conjeturas sobre comprar esta o aquella ruinosa villa para arreglarla después.

—Nos acostumbraríamos a los nudistas —dijo Julie.

—Tendríamos un perrito pomerano —dijo yo.



No sé lo que nos pasaba. Ese «nosotros» implícito. Lo utilizábamos generosamente, inconscientes de sus implicaciones. Los artistas tienen buen ojo para las operaciones inmobiliarias. Y Herringsdorf infundía vigor a Julie. Preguntamos por los pisos de algunas urbanizaciones, una novedad por aquellos pagos. Vimos dos o tres mansiones. Todo muy de matrimonio. Bajo la influencia de aquel centro de veraneo decimonónico, aristocrático y decrepito, Julie y yo también nos comportamos de forma anticuada. Hablábamos de comprar una casa sin habernos siquiera acostado juntos. Pero, naturalmente, de amor o matrimonio no dijimos una palabra. Sólo hablamos de la entrada para los pisos.

Pero en el viaje de vuelta a Berlín se apoderó de mí un miedo familiar. Tarareando por la carretera, empecé a pensar en el futuro. Medité sobre el próximo paso que había de dar y lo que se esperaba de mí. Los preparativos, las explicaciones, la posibilidad muy real de sorpresa, horror, retraimiento, rechazo. Las reacciones normales.

—¿Qué te pasa? —preguntó Julie.

—Nada.

—Estás muy callado.

—Cansado, nada más.

En Berlín, la dejé a la puerta de su casa. Le di un abrazo frío, de circunstancias. No la he llamado desde entonces. Me dejó un mensaje en el contestador. No contesté. Y ya ha dejado de llamarme, ella también. Así que lo de Julie se ha terminado. Mucho antes de que empezara. Y en vez de compartir un futuro con otra persona, he vuelto al pasado, a Desdémona, que no deseaba futuro alguno...

Yo le llevaba la cena, a veces el almuerzo. Iba con las bandejas por el pórtico de columnas metálicas de color castaño. Arriba estaba la azotea, infrautilizada, con la madera pudriéndose. A la izquierda de la caseta del baño, el pabellón de huéspedes repetía el trazado claro y rectilíneo del edificio principal. La arquitectura de Middlesex era un intento de redescubrir la pureza de los orígenes. En aquella época, yo no sabía nada de eso. Pero cuando abría la puerta y entraba en el pabellón de invitados, a la luz de la claraboya me daba cuenta de los contrastes. Una estancia rectangular, despojada de adornos, sin los recargados detalles de una sala de estar, una habitación que aspiraba a la intemporalidad o a permanecer al margen de la historia, y allí, en medio, mi abuela desgastada por el tiempo, profundamente histórica. En Middlesex todo hablaba del olvido, mientras que en Desdémona, todo apuntaba a lo inexorable del recuerdo. Reclinada en su plataforma de almohadas, exudaba los vapores de sus penas, pero con benevolencia. Ése era el marchamo de mi abuela y las griegas de su generación: la benevolencia de su desesperación. ¡Cómo se lamentaban mientras te daban golosinas! ¡Cómo se quejaban de sus achaques mientras te daban palmaditas en la rodilla! Mis visitas siempre la animaban.

—Hola, muñequita *mu* —me decía, sonriendo.

Me sentaba en la cama mientras ella me pasaba la mano por el pelo, susurrando ternezas en griego. Con mi hermano, Desdémona ostentaba todo el tiempo una expresión de felicidad en el rostro. Pero conmigo, la alegría de sus ojos se disipaba al cabo de diez minutos, y me revelaba sus verdaderos sentimientos.

—Ya soy vieja. Muy vieja, cariño.

Su hipocondría de toda la vida jamás había encontrado mejor terreno para florecer. Cuando se sentenció a sí misma al limbo de caoba de su cama, Desdémona sólo se quejaba de sus habituales palpitaciones. Pero una semana después empezó a sufrir fatiga, mareos y problemas circulatorios.

—Me duelen las piernas. No se me mueve la sangre.

—Está perfectamente —aseguró a mis padres el doctor Philobosian tras un reconocimiento de media hora—. Ya no es joven, pero no veo nada grave.

—¡No puedo respirar! —objetó Desdémona.

—Tus pulmones están bien.

—Tengo un hormiguillo en la pierna.

—Date friegas. Para estimular la circulación.

—El también es muy viejo —observó Desdémona cuando se marchó el doctor Phil—. Que venga otro médico que no esté tan muerto como ése.

Mis padres se plegaron a su deseo. Quebrantando la lealtad familiar al doctor Phil, llamaron a otros médicos sin que él lo supiera. A un tal doctor Tuttlesworth. Al doctor Katz. Y a otro desafortunadamente llamado doctor Frigid. Cada uno de ellos dio a Desdémona el mismo diagnóstico funesto de que no tenía nada malo. Atisbaron en las ciruelas pasas de sus ojos; miraron en los albaricoques secos de sus orejas; escucharon el indestructible bombeo de su corazón, y dictaminaron que se encontraba en perfecto estado de salud.

Intentamos convencerla de que se levantara de la cama. La invitamos a ver *Nunca en domingo* en la televisión grande. Llamamos a tía Lina a Nuevo México y le pasamos la comunicación por el interfono.

—Oye, Des, ¿por qué no vienes a verme? Aquí hace tanto calor que parece que hemos vuelto al *jorió*.

—¡No te oigo, Lina! —gritó Desdémona, pese a sus problemas de pulmón—. ¡Este aparato no funciona bien!

Finalmente, apelando al temor de Dios de Desdémona, Tessie le dijo que era pecado no ir a la iglesia cuando se estaba en buenas condiciones físicas para trasladarse.

—La próxima vez que vaya a la iglesia será en un ataúd —replicó Desdémona, palmeando el colchón.

Empezó a hacer los preparativos finales. Desde la cama, daba instrucciones a mi

madre para que limpiara los armarios.

—La ropa del *papú* se la puedes dar a las hermanas de la Caridad. Mis vestidos bonitos, también. Ya sólo necesito algo para que me entierren.

La necesidad de atender a su marido durante sus últimos días había obligado a Desdémona a desarrollar una frenética actividad. Sólo unos meses antes preparaba y cocinaba los alimentos ligeros que comía su marido, le cambiaba los pañales, las sábanas y el pijama, y le limpiaba con toallas mojadas y bastoncillos de algodón. Pero ahora, a los setenta años, la tensión de no tener a nadie a quien atender la envejeció de la noche a la mañana. El pelo se le puso completamente gris y su robusta silueta empezó a perder solidez, por lo que parecía desinflarse día tras día. Se puso pálida. Se le transparentaban las venas. Le salieron manchas rojas en el pecho. Dejó de mirarse la cara en el espejo. Debido a la escasa calidad de su dentadura postiza, hacía años que a Desdémona le habían desaparecido los labios. Pero ahora ya ni se ponía carmín en el lugar donde los había tenido antes.

—Miltie —dijo un día a mi padre—, ¿me has comprado el sitio que está junto al *papú*?

—No te preocupes, mamá. Es una sepultura doble.

—¿No la va a coger nadie?

—Está a tu nombre, mamá.

—¡No está a mi nombre, Miltie! Eso es lo que me preocupa. A un lado está el nombre del *papú*. Pero al otro sólo hay hierba. Quiero que vayas y pongas un cartel que diga: este sitio es para la *yiayíá*. A lo mejor se muere otra señora y le da por ponerse junto a mi marido.

Pero sus preparativos fúnebres no acabaron ahí. No sólo eligió sepultura, sino también funeraria. En abril (cuando se presentó una neumonía que parecía prometedora) llegó a Middlesex Georgie Pappas, hermano de Sophie Sassoon, que trabajaba en la Funeraria T. J. Thomas. Llevó el catálogo de ataúdes, urnas para el crematorio y coronas de flores al pabellón de invitados y se sentó en la cama mientras Desdémona examinaba las fotografías con el entusiasmo de quien hojea folletos de viajes. Preguntó a Milton lo que podía gastarse.

—No quiero hablar de eso, mamá. No te estás muriendo.

—No te pido el Imperial. Georgie dice que el Imperial es lo máximo. Pero para la *yiayíá* el Presidencial está bien.

—Cuando llegue el momento, tendrás lo que quieras. Pero...

—Y satén por dentro. Por favor. Y una almohada. Como aquí. Página ocho. Número cinco. ¡Fíjate bien! Y dile a Georgie que me deje puestas las gafas.

En lo que a Desdémona se refería, la muerte no era más que otra especie de emigración. En vez de hacer la travesía de Turquía a América, viajaría de la tierra al cielo, donde Lefty ya había conseguido la ciudadanía y un sitio para ella.

Poco a poco nos fuimos acostumbrando al alejamiento de Desdémona de la esfera familiar. En esa época, primavera de 1971, Milton estaba ocupado en una «iniciativa empresarial». Tras el desastre de la calle Pingree, Milton juró no cometer de nuevo el mismo error. ¿Cómo eludir la regla de oro de las agencias inmobiliarias de ubicación, ubicación y ubicación? Muy sencillo: estar en todos los sitios a la vez.

—Puestos de salchichas —anunció una noche Milton en la cena—. Empezar con tres o cuatro y luego ir aumentando el número según vayan las cosas.

Con el dinero que le quedaba del seguro, Milton alquiló un espacio en tres centros comerciales en la zona metropolitana de Detroit. En un cuaderno de hojas amarillas nos enseñó el emblema de los puestos.

—El de McDonald's son unos arcos dorados, ¿no? —nos dijo—. El nuestro son las Columnas de Hércules.

Quien haya viajado por las autopistas azules entre Michigan y Florida, en cualquier fecha de 1971 a 1978, habrá visto las brillantes columnas de neón que flanqueaban la cadena de puestos de salchichas de mi padre. Las columnas combinaban sus raíces griegas con la arquitectura de su adorada tierra natal. Las columnas de Milton eran el Partenón y el edificio del Tribunal Supremo, eran tanto el mito de Heracles como el del Hércules de Hollywood.

Milton empezó con tres Hércules Hot Dogs, marca registrada, pero rápidamente fue añadiendo concesiones a medida que se lo permitían los beneficios. Empezó en Michigan, pero pronto se extendió por Ohio, desde donde recorrió la Interestatal hacia el profundo sur. El estilo era más parecido al Dairy Queen que al McDonald's. Las plazas para sentarse eran mínimas o inexistentes (un par de mesas plegables todo lo más). No había zonas recreativas, ni premios, ni ofertas, ni regalos ni promociones. Sólo salchichas al estilo de Coney Island, según se utilizaba ese término en Detroit, lo que significaba que se servían con salsa picante y cebolla. Los puestos de Hércules Hot Dogs solían estar junto a carreteras que normalmente, no eran muy importantes. Cerca de los callejones de las boleras, de estaciones de tren, en pueblos que se encontraban en el camino de las grandes ciudades, en cualquier sitio donde la propiedad inmobiliaria fuese barata y por donde transitaran muchas personas o pasaran muchos coches.

A mí no me gustaban los puestos. Me parecían una tremenda degradación con respecto a la romántica época del Salón Cebra. ¿Dónde estaban los adornitos, el tocadiscos de monedas, el resplandeciente anaquel de los pasteles, los reservados de color rojo? ¿Dónde estaban los parroquianos? No entendía cómo aquellos puestos de salchichas podían dar más dinero que la cafetería. Pero sí que lo daban. Tras el primer año, en el que se rozó la situación crítica, la cadena de puestos de salchichas hizo que mi padre adquiriese una posición bastante desahogada. Además de a la buena ubicación de los establecimientos, mi padre debía su éxito a otro elemento. Un

recurso efectista o, en la jerga de hoy, una «marca de la casa». Las salchichas normales se hinchan al hacerse, pero con las Hércules Hot Dogs pasaba algo más divertido. Al sacarlas del envase tenían el habitual aspecto de ubre rosada, pero a medida que se iban haciendo se producía una sorprendente transformación. Crepitando en la sartén, las salchichas se henchían por el medio, engordaban y, luego, se *contraían*.

Eso era contribución de Capítulo Once. Una noche, mi hermano, que entonces tenía diecisiete años, bajó a la cocina para prepararse algo de comer. Encontró unas salchichas en la nevera y, como no quería poner agua a hervir, cogió una sartén. Luego se le ocurrió cortarlas por la mitad.

—Lo que pretendía era aumentar la superficie de contacto —me explicó después.

Para entretenerse, en vez de cortar las salchichas a lo largo, Capítulo Once probó con diversas combinaciones. Hizo unos cortes aquí y dio unos tajos allá, echó luego las salchichas a la sartén y esperó a ver lo que pasaba.

No mucho, aquella primera noche. Pero algunas de las incisiones hicieron que las salchichas adoptaran formas curiosas. Y a partir de entonces aquello se convirtió en una especie de juego para él. Se entretenía manipulando las salchichas, creando una variedad de formas en la sartén y, para divertirse, acabó inventando toda una serie de cómicos perritos calientes. Estaba la salchicha que se ponía de pie en la sartén, un poco como la Torre de Pisa. En honor de la llegada a la luna, estaba la Apolo 11, cuya piel se iba estirando hasta que, al reventar, parecía despegar como un cohete. Capítulo Once creó salchichas que bailaban al ritmo de «Bojangles» en la versión de Sammy Davis, y otras que formaban letras, como *L* y *S*, aunque nunca logró una *Z* como es debido. (Para sus amigos inventaba perritos calientes que hacían otras cosas. A altas horas de la noche se oían risas en la cocina. Y la voz de Capítulo Once: «A éste lo llamaré Harry Reems». A lo que los demás chicos gritaban: «¡De eso nada, Stephanides!»). Y ya que estamos con eso, ¿era yo la única que se escandalizaba con aquellos antiguos anuncios de salchichas coloradas que empezaban a estirarse y a ponerse gordas? ¿Dónde estaban los censores? ¿Es que no notaba nadie la expresión de las madres cuando pasaban aquellos anuncios, ni la manera en que, inmediatamente después, se ponían a hablar de cómo les gustaba preparar el «bollo» para comerse la salchicha? Yo desde luego que sí, porque entonces era una chica y aquellos anuncios estaban hechos para recabar mi atención).

En cuanto se probaban, los Hércules Hot Dogs jamás se olvidaban. Muy pronto adquirieron amplio renombre. Una gran empresa de productos alimenticios presentó una oferta para comprar los derechos para vender las salchichas en las tiendas, pero Milton, creyendo equivocadamente que la popularidad es eterna, la rechazó.

Aparte de inventar los perritos hercúleos, mi hermano sentía poco interés por el negocio familiar.

—Yo soy inventor —afirmaba—. No salchichero.

En Grosse Pointe fue a dar con un grupo de chicos cuyo vínculo principal era su impopularidad. Para ellos, pasarlo bien un sábado por la noche consistía en sentarse en la habitación de mi hermano, mirando grabados de Escher. Se tiraban horas viendo figuras subiendo escaleras que también bajaban, o contemplando cómo unos gansos se convertían en peces y luego otra vez en gansos. Comían galletas de mantequilla de cacahuete, llenándose los dientes de porquería mientras hacían concursos sobre la tabla periódica. Steve Munger, el mejor amigo de Capítulo Once, ponía furioso a mi padre con sus argumentaciones filosóficas. («Pero ¿cómo puede usted *demostrar* su propia existencia, señor Stephanides?»). Cuando íbamos a recoger a mi hermano al instituto, yo lo veía como si fuese un extraño. Capítulo Once era un estúpido y un inútil. Su cuerpo parecía el pedúnculo que sujetaba el tulipán de su cerebro. Mientras venía hacia el coche, llevaba la cabeza ladeada, alerta a los fenómenos que se producían en los árboles. No le interesaba el estilo ni la moda. Era Tessie quien le elegía la ropa. Como era mi hermano mayor, yo lo admiraba; pero al ser su hermana, me sentía superior. Al repartir nuestros respectivos dones, Dios me había dado a mí los más importantes. Aptitud para las matemáticas: a Capítulo Once. Aptitud verbal: a mí. Habilidad para arreglar cosas: a Capítulo Once. Imaginación: a mí. Talento musical: a Capítulo Once. Belleza: a mí.

En vez de desaparecer, la hermosura que yo poseía de niña fue aumentando a medida que crecía. No era extraño que Clementine Stark hubiese querido practicar el beso conmigo. Todo el mundo quería lo mismo. Camareras entradas en años se inclinaban para apuntar lo que les pedía. Chicos con la cara encendida se acercaban a mi pupitre, farfullando: «S-s-se t-t-e ha caído la goma de borrar». Y Tessie, cuando estaba enfadada, me miraba —a mis ojos de Cleopatra— y se le olvidaba la causa de su enfado. ¿Acaso se oía el menor ruido en la estancia cuando llevaba algo de beber a los contertulios dominicales? ¿Tío Pete, Jimmy Fioretos, Gus Panos, hombres de cincuenta, sesenta y setenta años que alzaban la vista sobre sus voluminosas barrigas y tenían pensamientos que no podían admitir? Allá en Bitinio, donde un suspiro profundo bastaba para que un soltero reuniese los requisitos necesarios, hombres de la misma edad habían pedido con éxito la mano de una chica como yo. ¿Echaban de menos aquella época mientras reposaban en los confidentes del salón? ¿Acaso pensaban: «Si no estuviéramos en Estados Unidos...»? No sé. Mirándolo ahora, no puedo sino añorar la época en que, silenciosamente, el mundo parecía abrir un millón de ojos a mi paso. Solían estar camuflados, como lagartos que acechan con los ojos cerrados en el verde follaje de los árboles. Pero entonces se abrían de pronto —en el autobús, en la farmacia— y yo sentía la intensidad, el deseo y la desesperación de aquellas miradas.

Yo me pasaba horas seguidas admirando mi propia belleza, poniéndome de este

lado y del otro delante del espejo, o adoptando una postura relajada para comprobar el aspecto que tenía en la vida real. Con otro espejo de mano me observaba el perfil, aún armonioso en aquella época. Me peinaba la larga cabellera y a veces cogía el rímel de mi madre para pintarme las pestañas. Pero mi placer narcisista se veía mermado alguna que otra vez por el desagradable aspecto de la prístina superficie en la que me contemplaba.

—¡Ya se está reventando los granos otra vez! —me quejé a mi madre.

—No seas tan remilgada, Callie. No es para tanto... Mira, lo limpiaré con un trapo.

—¡Ordinario!

—¡Verás cuando te salgan espinillas! —gritó Capítulo Once, avergonzado y furioso, desde el pasillo.

—A mí no me saldrán.

—¡A ti también te van a salir! ¡En la pubertad, las glándulas sebáceas trabajan más!

—¡Callaos ya los dos! —ordenó Tessie, pero no hacía falta.

Yo ya me había callado. Al oír aquella palabra: *pubertad*. La fuente de muchos pensamientos inquietantes para mí en aquella época. Una palabra que me acechaba, saltando a mi encuentro aquí y allá, asustándome porque desconocía su exacto significado. Pero ahora sé al menos una cosa: Capítulo Once tenía algo que ver con todo ello. A lo mejor eso explicaba no sólo lo de los granos, sino también aquello otro que últimamente había observado en mi hermano.

No mucho después de que Desdémona se metiera para siempre en la cama, empecé a darme cuenta, en la vaga y horrorizada manera en que una hermana descubre cosas de su hermano, de que Capítulo Once tenía un nuevo y solitario pasatiempo. Era cuestión de una perceptible actividad tras la puerta cerrada del baño. De cierta tensión en la respuesta de «Un momento» cuando yo llamaba. Pero yo era más joven que él y desconocía las urgentes necesidades de los adolescentes.

Pero permítaseme retroceder un momento. Tres años antes, cuando Capítulo Once tenía catorce y yo ocho, mi hermano me jugó una mala pasada. Ocurrió una noche, cuando nuestros padres habían salido a cenar. Llovía y tronaba. Yo estaba viendo la televisión, cuando de pronto apareció Capítulo Once. Traía una tarta de limón.

—¡Mira lo que tengo! —canturreaba.

Magnánimamente, me cortó un trozo. Vio cómo me lo comía. Y luego dijo:

—¡Me voy a chivar! Esa tarta es para el domingo.

—¡Eso no vale!

Me precipité hacia él. Intenté pegarle, pero me sujetó los brazos. Seguimos forcejeando hasta que, finalmente, Capítulo Once me ofreció un trato.

Como ya he dicho: en aquella época, al mundo le salían ojos por todas partes. Allí

había otros dos. Eran los de mi hermano, que, en el baño de invitados, entre las caprichosas toallas de mano, se quedaba mirando mientras yo me bajaba las bragas y me levantaba la falda. (Si se lo enseñaba, no se chivaría). Completamente fascinado, permaneció alejado de mí. La nuez le subía y le bajaba en el cuello. Parecía asustado, aparte de atónito. No poseía muchos elementos de comparación, pero con lo que vio tampoco quedó mal informado: una hendidura, pliegues rosados. Durante diez segundos, Capítulo Once estudió mis documentos sin detectar falsificación alguna, mientras las nubes reventaban en el cielo, después de lo cual hice que me diera otro trozo de tarta.

Al parecer, la curiosidad de Capítulo Once no quedó satisfecha con un vistazo a su hermana de ocho años. Según mis sospechas, ahora miraba fotografías de la cosa auténtica.

En 1971 habían desaparecido todos los hombres de nuestra vida: Lefty, muerto; Milton, en los Hércules Hot Dogs; y Capítulo Once, haciendo solitarios en el baño. Con lo que quedábamos Tessie y yo para atender a Desdémona.

Teníamos que cortarle las uñas de los pies. Cazar las moscas que se abrían paso hasta su habitación. Ir moviendo las jaulas por el cuarto según cambiaba la luz. Poner la televisión para los seriales del día y apagarla antes de los crímenes del noticiario vespertino. Desdémona, sin embargo, no estaba dispuesta a perder su dignidad. Cuando tenía que hacer sus necesidades, nos llamaba por el interfono con objeto de que la ayudáramos a levantarse para ir al baño.

La manera más sencilla de decirlo es: pasaron los años. Mientras cambiaban las estaciones frente a la ventana, mientras brotaba un millón de hojas en los sauces, mientras caía la nieve sobre el tejado plano y disminuía la luz del sol, Desdémona permanecía en la cama. Allí seguía cuando la nieve se derretía y los sauces volvían a llenarse de brotes. Allí estaba cuando el sol, remontándose hacia lo alto, lanzaba sus rayos en línea recta por el tragaluz, como una escalera hacia el cielo que ella estaba más que ansiosa por subir.

Lo que ocurrió mientras Desdémona seguía en cama:

La amiga de tía Lina, la señora Watson, murió, y con las erróneas decisiones que siempre dicta el dolor, Surmelina vendió la casa de adobe y volvió al norte para estar cerca de la familia. Llegó a Detroit en febrero de 1972. El invierno le pareció más frío de lo que recordaba. Peor aún, los años que había pasado en el sur le habían cambiado el carácter. Sin saber cómo, a lo largo de su vida Surmelina se había convertido en una norteamericana. Apenas quedaba en ella algo del pueblo. En cambio, su prima, sepultada en vida por decisión propia, nunca había salido de él. Ambas tenían setenta y tantos años, pero Desdémona era una anciana viuda que esperaba la muerte mientras Lina, también viuda, pero de una clase completamente distinta, era una pelirroja teñida que conducía un Firebird y se ponía faldas vaqueras



con cinturón de hebilla de color turquesa. Tras llevar una vida de contracultura sexual, la heterosexualidad de mis padres le parecía a Lina tan curiosa como un muestrario de bordados. El acné de Capítulo Once la alarmó. No le gustaba utilizar la misma ducha que él. Mientras Surmelina vivió con nosotros, existió en la casa cierto ambiente de tirantez. Resultaba tan estridente y fuera de lugar en nuestra sala de estar como una corista jubilada de Las Vegas, y como no dejábamos de observarla con el rabillo del ojo, todo lo que hacía era muy escandaloso, el humo de sus cigarrillos se metía en todas partes, bebía mucho vino en la cena.

Poco a poco fuimos conociendo a los vecinos. A los Pickett: Nelson, que había jugado al rugby en el instituto de formación profesional de Georgia y ahora trabajaba en Parke-Davis, la compañía farmacéutica; y Bonnie, su mujer, que siempre estaba leyendo las historias maravillosas de *Guidepost*. En la acera de enfrente vivía Stew Fiddler, el «Ojos Brillantes», un vendedor de repuestos industriales aficionado al bourbon y a las camareras, y Mizzi, su mujer, que cambiaba de color de pelo según el humor de que estuviera. Al final de la manzana vivían Sam y Hettie Grossinger, los primeros judíos ortodoxos que conocí, y Maxine, su hija, una tímida niña prodigio que tocaba el violín. Sam resultaba divertido, Hettie alzaba mucho la voz y ambos hablaban de dinero sin reparo alguno, por lo que nosotros nos sentíamos cómodos con ellos. Milt y Tessie los invitaban a cenar con frecuencia, aunque sus normas dietéticas no dejaban de desconcertarnos. Mi madre tenía que coger el coche hasta el otro extremo de la ciudad para comprar carne *kosher*, por ejemplo, sólo para servirla con una salsa a base de nata. O se olvidaba completamente de la carne y la nata y hacía empanadillas de cangrejo. Aunque fieles a su religión, los Grossinger eran judíos del Medio Oeste, discretos e integracionistas. Ocultos tras su muralla de cipreses, en navidades ponían luces y una figura de Santa Claus.

En 1971: el juez Stephen J. Roth, del Tribunal de Distrito de los Estados Unidos, dictaminó que en el régimen educativo de Detroit existía *de jure* la segregación racial. Y de inmediato ordenó que se acabara con ella en los colegios. Sólo había un problema. En aquel año, la población estudiantil de Detroit era negra en un ochenta por ciento.

—Ese juez puede meter en un autobús a todos los escolares que quiera y trasladarlos fuera de su zona para favorecer la integración racial —se ufanó Milton al leer la resolución en el periódico—. A estas alturas, me da lo mismo. ¿Lo ves, Tessie? ¿Comprendes ahora por qué tu querido maridito quería sacar a los niños de esos colegios? Porque si no lo hubiera hecho, ese puñetero Roth los habría enviado en autobús al centro de Nairobi, por eso.

En 1972: S. Miyamoto, a quien no habían admitido en el cuerpo de policía de Detroit por medir un metro sesenta y cinco centímetros en vez del metro sesenta y nueve centímetros reglamentarios (lo había intentado con zapatos de plataforma,

etc.), apareció en el programa de mayor audiencia de la tele para defender su causa. Yo misma escribí una carta al inspector jefe en su apoyo, pero no recibí respuesta y Miyamoto fue finalmente rechazado. Unos meses después, Nichols, el inspector jefe, se cayó del caballo durante un desfile. «¡Te está bien empleado!», dije yo.

En 1972: H. D. Jackson y L. D. Moore, que habían denunciado a la policía por malos tratos y pedían cuatro millones de dólares en concepto de daños y perjuicios, secuestraron un avión de la Southern Airways y lo dirigieron a Cuba, ofendidos por la cantidad de veinticinco dólares que les asignaba la sentencia.

En 1972: Román Gribbs, alcalde de Detroit, afirmó que la ciudad había dado un cambio radical. Detroit había superado el trauma de los desórdenes de 1967. Por tanto, no pensaba presentarse para otro mandato. Se presentó un nuevo candidato, que se convertiría en el primer alcalde afroamericano, Coleman A. Young.

Y yo cumplí doce años.

Unos meses antes, el primer día de clase de sexto curso, Carol Horning apareció con una leve pero inconfundible sonrisa de autosuficiencia. Más abajo, como expuestos en un anaquel de trofeos, sobresalían los pechos que le habían crecido durante el verano. No era la única. En aquellos meses, numerosas compañeras mías de colegio se habían —en expresión de los adultos— «desarrollado».

Yo no estaba nada preparada para eso. Me había pasado un mes en el Campamento Ponshewaing, cerca de Port Huron. Durante el lento transcurso de los días de verano percibí, como un redoble de tambor en la otra orilla del lago, que algo se iba revelando en el cuerpo de mis compañeras de campamento. Las chicas se volvían pudorosas. Te daban la espalda para desnudarse. Algunas tenían el apellido cosido no sólo a los pantalones cortos y a los calcetines, sino también a sujetadores de entrenamiento. Era algo de lo que nadie hablaba. Pero de vez en cuando se producían manifestaciones espectaculares. Una tarde, durante la hora de natación, la puerta metálica de los vestuarios se abrió y cerró de golpe. El ruido resonó en los troncos de los pinos, rebasando la exigua playa y llegando hasta donde yo estaba, flotando en un neumático con *Love Story* en la mano. (La hora de natación era el único momento que podía dedicar a la lectura, y aunque los asesores del campamento intentaban animarme para que practicara mi estilo libre, yo perseveraba en la lectura y me dedicaba diariamente al último bestseller encontrado en la mesilla de mi madre). Ahora alcé la vista. Por un polvoriento sendero marrón, Jenny Simonson avanzaba entre las agujas de los pinos con un bañador rojo, blanco y azul. La naturaleza entera guardó silencio ante aquella visión. Los cisnes desplegaron por el lago sus enormes cuellos para alcanzar a verla. Incluso una motosierra se apagó a lo lejos. Contemplé el esplendor de Jenny S. Llenaba el patriótico bañador como ninguna otra. Los músculos se le perfilaban en los largos muslos. Corrió hasta el final del muelle y se tiró de cabeza al lago, donde una multitud de náyades (sus amigas de

Cedar Rapids) nadó a su encuentro.

Bajando el libro, observé mi propio cuerpo. Ahí estaba, igual que siempre: el pecho plano, unas caderas de nada, piernas arqueadas con picaduras de mosquitos. La piel se me estaba pelando por el agua y el sol. Tenía los dedos completamente arrugados.

Gracias a la decrepitud del doctor Phil y a la gazmoñería de Tessie, llegué a la pubertad sin saber mucho de lo que debía esperar. El doctor Philobosian seguía teniendo una consulta cerca del Hospital de Mujeres, aunque para entonces ya habían cerrado el hospital. Su consulta había cambiado considerablemente. Le quedaban unos cuantos pacientes de avanzada edad que, tras haber sobrevivido tan largo tiempo siguiendo sus cuidados, tenían miedo de cambiar de médico. El resto eran familias acomodadas. La enfermera Rosalee llevaba la consulta. El doctor Phil y ella se habían casado un año después de conocerse, cuando me trajeron al mundo. Entre otras cosas, Rosalee daba hora a los pacientes y ponía inyecciones. Su infancia en los Apalaches la había familiarizado con la seguridad social, y era un genio con los formularios de la asistencia sanitaria estatal.

Cumplidos los ochenta, el doctor Phil se había aficionado a la pintura. Las paredes de su consulta, parecida a una exposición, estaban repletas de óleos espesos y arrebatados. No utilizaba mucho el pincel, sino una espátula. ¿Y qué era lo que pintaba? ¿Esmirna? ¿El puerto al amanecer? ¿El terrible incendio? No, como muchos aficionados, el doctor Phil suponía que el único tema artístico adecuado era un paisaje pintoresco que no tuviese nada que ver con la realidad. Pintaba marinas que nunca había visto y aldeas rodeadas de bosques que nunca había visitado, con algún personaje sentado en un tronco y fumando una pipa. El doctor Philobosian jamás hablaba de Esmirna y, si alguien lo hacía, abandonaba la estancia. Nunca mencionaba a su primera mujer, ni a sus hijos asesinados. Quizá fuera ésa la razón de su supervivencia.

Sin embargo, el doctor Phil se estaba convirtiendo en un fósil. En 1972, en mi reconocimiento médico anual, utilizó métodos de diagnosis muy celebrados en las facultades de Medicina en 1910. Hizo además de darme una bofetada para comprobar mis reflejos. Me auscultó con una copa de vino. Cuando agachó la cabeza para auscultarme el pecho, fui obsequiada con una vista aérea de las Galápagos de costas que flotaban en su calva. (El archipiélago cambiaba de posición de un año para otro, derivando continentalmente por el globo de su cráneo, pero sin curar jamás). El doctor Philobosian olía como un sofá viejo, a brillantina y sopa derramada, a siestas a deshora. Su diploma de médico parecía escrito en pergamino. No me habría sorprendido que, para curar la fiebre, el doctor hubiera recetado sanguijuelas. Conmigo se mostraba correcto, nunca amistoso, y dirigía la mayor parte de su conversación a Tessie, sentada en un rincón. ¿Qué recuerdos, me preguntaba yo,

trataba de evitar el doctor Phill al no mirarme? ¿Acaso aparecían en aquellos reconocimientos superficiales fantasmas de muchachas levantinas, invocados por la fragilidad de mi clavícula, o por el reclamo de mis pequeños y congestionados pulmones? ¿Intentaba no pensar en palacios de agua y batas abiertas, o sólo se sentía viejo, cansado y cegato, y era demasiado orgulloso para reconocerlo?

Sea cual fuere la respuesta, año tras año me llevaba Tessie fielmente a su consulta, para pagarle una obra de caridad realizada durante una catástrofe que él no quería recordar. En cada visita siempre encontraba el mismo ejemplar des encuadernado de *Highlights* en la sala de espera. «Adivine dónde están», proponía el rompecabezas del interior. Y en el castaño desplegable estaban la navaja, el perro, el pez, la vieja, el candelabro: cada cosa dentro de un círculo trazado por mi propia mano, tembloroso por el dolor de oídos, años y años atrás.

Mi madre también evitaba las cuestiones físicas. Nunca hablaba abiertamente de la sexualidad. Jamás se desnudaba delante de mí. En el cine no le gustaban los detalles picantes ni el destape. Por su parte, Milton era incapaz de hablar de pájaros y abejas con su hijita, así que no tuve más remedio, en aquellos años, que imaginarme las cosas por mí misma.

Por las indirectas que tía Zo soltaba en la cocina era consciente de que algo les pasaba a las mujeres cada cierto tiempo, algo que no les gustaba, que los hombres no podían aguantar (como todo lo demás). Fuera lo que fuese, afortunadamente aquello parecía muy lejano, como casarse o dar a luz. Y entonces, un día, Rebecca Urbanus se subió a una silla en el Campamento Ponshewaing. Rebecca era de Carolina del Sur. Tenía antepasados esclavistas y una voz educada. En los bailes con los chicos de los campamentos vecinos agitaba la mano delante de la cara, como si tuviera un abanico. ¿Por qué se había subido a la silla? Estábamos haciendo un espectáculo artístico. Rebecca Urbanus quizá estuviera cantando o recitando poemas de Wallter de la Mare. El sol aún estaba alto y Rebecca llevaba unos bermudas blancos. Y de pronto, mientras cantaba (o recitaba), el fondillo de sus pantalones blancos se oscureció. Al principio sólo parecía ser una sombra de los árboles circundantes. Alguna niña que saludaba a alguien con la mano. Pero no: toda la cuadrilla de doceañeras, vestidas con camiseta del campamento y una cinta en la frente al estilo indio, vimos lo que Rebecca Urbanus no vio. Mientras que la mitad superior de su persona actuaba, la mitad inferior eclipsaba su interpretación. La mancha iba creciendo, y era roja. Los instructores del campamento no sabían cómo reaccionar. Con los brazos abiertos, Rebecca cantaba. Giraba en la silla frente a su teatro circular: nosotras, mirando, perplejas y horrorizadas. Algunas chicas «avanzadas» comprendían. Otras, como yo, pensamos: cuchillada, zarpazo de oso. Y entonces Rebecca Urbanus nos vio mirando. Bajó la cabeza y se miró. Dio un grito. Y abandonó el escenario a la carrera.

Volví del campamento, morena y más delgada, con una sola medalla prendida en el pecho (irónicamente, de orientación). Pero el otro trofeo, el que Carol Horning exhibió con tanto orgullo el primer día de clase, seguía sin ganarlo. Eso me producía sentimientos encontrados. Por un lado, si el percance de Rebecca Urbanus podía servir de indicación, sería mucho más cómodo quedarme como estaba. ¿Y si me ocurría algo parecido? Fui al armario y tiré todo lo blanco. Dejé de cantar. Era algo que no se podía controlar. Nunca se sabía. Podía ocurrir en cualquier momento.

Sólo que, conmigo, no ocurrió. Poco a poco, a medida que las demás chicas de mi curso empezaban a sufrir sus respectivas transformaciones, empezaron a preocuparme menos los pequeños accidentes y más el hecho de quedarme atrás, excluida.

Estoy en la clase de matemáticas, en el invierno de sexto curso. La señorita Grotowski, nuestra profesora más joven, está escribiendo una ecuación en la pizarra. A su espalda, sentados frente a pupitres con tablero de madera, los alumnos siguen sus cálculos, o dormitan, o se dan patadas unos a otros por detrás. Un día gris de Michigan. Fuera, el césped parece peltre. En el techo, las luces fluorescentes intentan disipar la penumbra de la estación. Una fotografía de Ramanujan, el gran matemático (a quien al principio tomamos las chicas por el novio extranjero de la señorita Grotowski), cuelga de la pared. El aire está cargado como sólo suele estarlo en los colegios.

Y sentados frente al pupitre, a espaldas de la profesora, volamos a través del tiempo. Los treinta niños, bien alineados en seis filas, somos transportados a una velocidad que no podemos percibir. Mientras la señorita Grotowski desgrana ecuaciones en la pizarra, mis compañeros de clase empiezan a cambiar a mi alrededor. Los muslos de Jane Blunt, por ejemplo, parecen alargarse un poco más cada semana. El jersey se le hincha por delante. Y un día, Beverly Maas, que se sienta a mi lado, levanta el brazo y le veo una mancha por arriba de la manga: una mancha de vello castaño claro. ¿Cuándo le ha salido? ¿Ayer? ¿Anteayer? Las ecuaciones son cada vez más largas, más complejas, a medida que avanza el año, y a lo mejor todo se debe a tanto número, o a las tablas de multiplicar; aprendemos a cuantificar grandes sumas mientras, mediante las nuevas matemáticas, los cuerpos llegan a respuestas inesperadas. Peter Quail tiene la voz dos octavas más graves que el mes pasado, pero no se da cuenta. ¿Por qué no? Vuela demasiado deprisa. A los chicos les está creciendo una pelusilla de melocotón encima del labio superior. Les salen granos en la frente y la nariz. Y lo más espectacular de todo: las chicas se están convirtiendo en mujeres. No mental ni emocionalmente, sino en lo físico. La naturaleza está haciendo sus preparativos. Se cumplen los plazos codificados en la especie.

Sólo Calíope, en la segunda fila, permanece inmóvil, con el pupitre parado, de modo que es la única que observa en su exacta medida la metamorfosis que se está

produciendo a su alrededor. Mientras hace unas operaciones, observa que el bolso de Tricia Lamb está en el suelo, junto a su pupitre, y recuerda el tampón que había atisbado por la mañana en su interior; y a propósito, ¿cómo se utiliza exactamente? ¿Y a quién se lo podría preguntar? Aún guapa, Calíope pronto se da cuenta de que es la chica más bajita de la clase. Deja caer al suelo la goma de borrar. Ningún chico se la recoge. En la representación teatral de Navidad ya no le dan el papel de la Virgen María como otros años, sino el de geniecillo... Pero todavía hay esperanza, ¿verdad...? Porque los pupitres vuelan, día tras día; formados en su escuadrón, los colegiales pasan con estruendo inclinando las alas a través del tiempo, de modo que una tarde Callie alza la vista del papel con borrones y ve que es primavera, las plantas echan brotes, la forsitia florece, los olmos echan hojas; en el recreo, los chicos y las chicas van de la mano, se besan a veces detrás de los árboles, y Calíope se siente estafada, engañada.

—¿Te acuerdas de mí? —dice a la naturaleza—. Estoy esperando. Sigo aquí.

Como Desdémona. En abril de 1972, su solicitud para reunirse con su marido en el más allá seguía navegando por la vasta burocracia celestial. Aunque gozaba de espléndida salud cuando se metió en la cama, las semanas, los meses y finalmente los años de inactividad, además de su extraordinaria fuerza de voluntad para quitarse ella misma de en medio, la recompensaron con una serie de dolencias digna de *El médico en casa*. En los años que pasó en la cama, Desdémona tuvo líquido en los pulmones; lumbago; bursitis; un leve acceso de la enfermedad de Crohn, que se manifestó medio siglo después de lo etiológicamente normal y que, para gran desilusión de mi abuela, desapareció tan misteriosamente como había venido; un herpes grave que le puso las costillas y la espalda del color y la textura de fresas maduras y le picaba como un aguijón para las bestias; diecinueve resfriados; una semana de neumonía «pasajera», puramente figurativa; úlceras; cataratas psicósomáticas que le nublaban la vista en los aniversarios de la muerte de su marido y de las que prácticamente se curaba a base de lágrimas; y la contractura de Dupuytren, con la cual se le inflamó la fascia<sup>[1]</sup> de la mano haciendo que se le doblaran penosamente contra la palma el dedo gordo y otros tres más, dejándole el dedo medio levantado en un gesto obsceno.

Un médico incluyó a Desdémona en un estudio sobre la longevidad. Estaba escribiendo un artículo para una revista de medicina sobre «La dieta mediterránea». A tal efecto, la asedió a preguntas sobre la cocina de su tierra natal. ¿Cuánto yogur había consumido de niña? ¿Cuánto aceite de oliva? ¿Ajo? Ella respondía dócilmente al interrogatorio porque pensaba que aquel interés indicaba, por fin, que algo andaba mal en su organismo, y porque nunca perdía la oportunidad de pasear por los predios de su infancia. Aquel médico se llamaba Müller. De sangre alemana, renunciaba a sus orígenes en lo que a la cocina se refería. Con un posbélico sentimiento de culpa, condenaba la morcilla, el *sauerbraten* y el *könisberger klopse*, proclamando su

carácter venenoso. Eran platos hitlerianos. En cambio, consideraba que la dieta griega —nuestras berenjenas nadando en salsa de tomate, nuestros aliños de pepino y la pasta de huevas de pescado, nuestros *pilafi*, higos y pasas— tenía propiedades curativas, era vivificante y actuaba como un remedio maravilloso que limpiaba las arterias y suavizaba la piel. Y lo que decía el doctor Müller parecía cierto: con sólo cuarenta y dos años, tenía la cara arrugada y le colgaban los carrillos. Las sienes canosas, al contrario que mi padre, que a los cuarenta y ocho años, pese a las manchas color café bajo los ojos, aún mantenía una tez firme de color aceitunado y una abundante cabellera negra y brillante. No por nada había un tinte llamado Grecian Formula. ¡Nosotros lo teníamos en la comida! Una verdadera fuente de juventud en *dolmades* y *taramosalata*, e incluso en los *baklava*, que no cometían el pecado de contener azúcar refinado, sino sólo miel. El doctor Müller nos mostró unos gráficos que había hecho, con los nombres y las fechas de nacimiento de italianos, griegos y un búlgaro que vivía en la zona metropolitana de Detroit, y vimos que la salud de la entrada que nos correspondía —Desdémona Stephanides, de noventa y un años— destacaba entre todas las demás. Frente a polacos muertos por *kielbasa*, belgas acabados por las *pommes frites*, anglosajones eliminados por los *puddings* o españoles paralizados por el *chorizo*, la línea de puntos griega seguía adelante mientras que las demás decaían en un enredo de trayectorias descendentes. ¿Quién sabía? Como pueblo, en los últimos milenios no habíamos tenido mucho de lo que estar orgullosos. De modo que tal vez fuese comprensible que, en las visitas del doctor Müller olvidáramos mencionar la inquietante anomalía que, con sus múltiples ataques, había representado Lefty. No queríamos desviar el gráfico de su curso con nuevos datos, de manera que tampoco mencionamos que Desdémona tenía en realidad setenta y un años, no noventa y uno, y que ella siempre había confundido los siete con los nueve. Tampoco hablamos de sus tías, Talía y Victoria, ambas fallecidas en plena juventud de un cáncer de mama; y no dijimos nada de la hipertensión que, bajo el pimpante y juvenil exterior, agobiaba las arterias de Milton. No podíamos. No queríamos que nos ganaran los italianos o incluso aquel búlgaro. Y el doctor Müller, absorto en sus investigaciones, no observó el catálogo de servicios funerarios que Desdémona tenía junto a la cama, ni el retrato de su difunto marido junto a la fotografía de su sepultura: los abundantes parafernales de una viuda abandonada en la tierra, que no pertenecía a ninguna cuadrilla de inmortales del Monte Olimpo. Sólo era la única que quedaba viva.

Mientras, crecían las tensiones entre mi madre y yo.

—¡No te rías!

—Lo siento, cariño. Pero es que no tienes nada que... que...

—¡Mamá!

—... que sujetar.

Un grito, presagio de berrinche. Pies corriendo escaleras arriba, mientras Tessie recomendaba:

—No seas tan exagerada, Callie. Te compraremos un sujetador, si quieres.

Arriba, en mi habitación, después de echar el pestillo a la puerta, me quité la camisa delante del espejo para ver... ¡que mi madre tenía razón! ¡Nada! Nada que se pudiera sujetar. Y rompí a llorar de rabia y frustración.

Por la noche, cuando finalmente bajé a cenar, me desquité de la única manera que podía.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes hambre?

—Quiero comida normal.

—¿Comida normal? ¿Qué quieres decir?

—Comida norteamericana.

—Tengo que hacer lo que le gusta a la yiayía.

—Y lo que yo quiero, ¿qué?

—La *spanakópita* te gusta. Siempre te ha gustado.

—Pues ya no.

—Bueno, vale. No comas. Muérete de hambre si quieres. Si no te gusta lo que hago, quédate sentada a la mesa hasta que hayamos terminado.

Enfrentada con la prueba del espejo, humillada por la risa de mi propia madre, rodeada de compañeras que se estaban desarrollando, llegué a una conclusión desesperada. Empecé a creer que la dieta mediterránea que mantenía con vida a mi abuela contra su voluntad, también me retrasaba siniestramente la madurez. Era muy lógico pensar que el aceite de oliva con que Tessie salpicaba todo, poseía el misterioso poder de detener el reloj del cuerpo, mientras la mente, inmune a los aceites de cocina, no interrumpía su marcha. Ése era el motivo por el que Desdémona acusaba la desesperación y el cansancio de una persona de noventa años mientras la edad de sus arterias era la de una de cincuenta. ¿Sería posible, me pregunté, que los ácidos grasos omega-3 y las tres clases de verdura que ingería en cada comida fueran la causa del retraso en mi madurez sexual? Y el yogur que me tomaba para desayunar, ¿impedía el desarrollo del pecho? Era posible.

—¿Qué te pasa, Cal? —preguntó Milton, que comía sin dejar de leer el periódico de la tarde—. ¿No quieres llegar a los cien años?

—Si tengo que comer esto todo el tiempo, no.

Pero ahora fue Tessie quien se lamentó. Tessie, que ya llevaba casi dos años cuidando de una anciana que no quería levantarse de la cama. Tessie, que tenía un marido más enamorado de los perritos calientes que de ella. Tessie, que en secreto controlaba las evacuaciones de sus hijos y, por tanto, sabía exactamente cuánto podía perturbar la digestión la comida norteamericana.

—Tú no vas a la compra —dijo con lágrimas en los ojos—. No ves las cosas que



yo veo. ¿Cuándo ha sido la última vez que has pisado la farmacia, Señorita Comida Normal? ¿Sabes de qué están llenas las estanterías? ¡De laxantes! Siempre que voy a la farmacia me encuentro con que la persona que va delante de mí compra laxante. Y no sólo una caja. Las compran a puñados.

—Sólo la gente mayor.

—No sólo la gente mayor. También madres jóvenes. Y adolescentes. ¿Quieres saber la verdad? ¡En este país nadie puede hacer caca!

—Bueno, ahora sí que me ha entrado apetito.

—¿Es por lo del sostén, Callie? Porque si es por eso, ya te he dicho que...

—¡Mamaaaá!

Pero era demasiado tarde.

—¿Qué sostén? —inquirió Capítulo Once, que añadió sonriendo—: ¿Acaso cree el Gran Lago Salado que necesita un sostén?

—Cállate.

—Vaya. Debo de tener sucias las gafas. Voy a limpiarlas. Ah, ya está mejor. Vamos a echar un vistazo.

—¡Cierra el pico!

—No, yo no diría que el Gran Lago Salado haya experimentado ningún género de alteración geológica...

—¡Pues tu cara sí, forunculoso!

—Sigue tan lisa como siempre. Perfecta para una contrarreloj.

—¡Maldita sea! —gritó Milton, silenciándonos a los dos.

Creíamos que le habíamos hartado con nuestras peleas.

—¡Ese cabrón de juez!

No nos miraba a nosotros, sino a la primera página del *The Detroit News*. Se le puso la cara roja y luego —la hipertensión que no habíamos mencionado— casi púrpura.

Aquella mañana, en el Tribunal de Distrito, el juez Roth había concebido un buen instrumento para acabar con la segregación en los colegios. Si en Detroit no quedaban suficientes alumnos blancos, los traería de otra parte. El juez Roth había reclamado la jurisdicción sobre toda la «zona metropolitana». Jurisdicción sobre la ciudad de Detroit y las cincuenta y tres barriadas periféricas. Incluida Grosse Pointe.

—¡Justo cuando os saco de ese horrible antro —gritaba Milton—, ese cabrón de Roth quiere que volváis!

# LA LOBEZNA



Por si acaban de sintonizar con nosotros, ¡estamos presenciando un maravilloso partido de hockey sobre hierba! Los minutos finales del último partido de la temporada entre dos archirivales, las Avispas del BCDS y las Lobeznas del BI. El marcador está cuatro a cuatro. Chamberlain pasa la bola a O'Rourke, en el extremo. O'Rourke amaga a la izquierda pero se va a la derecha... Adelanta a una Lobezna, a otra... ¡Y ahora se la pasa a Amigliato, al otro extremo del campo! ¡Ahí va Becky Amigliato, avanzando por la línea de banda! ¡Quedan diez segundos, nueve segundos! En la portería de las Lobeznas está Stephanides y..., pero bueno, ¿es que no ve venir a Amigliato? ¡Qué demonios...! ¡Está contemplando una hoja, amigos! ¡Callie Stephanides está admirando una magnífica hoja de otoño, de color rojo encendido, pero menudo momento ha elegido! Ahí llega Amigliato. ¡Cinco segundos! ¡Cuatro segundos! Ya está, amigos, el campeonato de colegios de enseñanza media está a punto de decidirse..., pero un momento..., Stephanides oye pasos. ¡Alza la cabeza... y Amigliato tira a gol! ¡Uaauu, qué cañonazo! Hasta aquí mismo, en la cabina, se sienten sus vibraciones. ¡La bola va derecha a la cabeza de Stephanides! ¡Suelta la hoja! La está viendo..., la ve... Por Dios, amigos, esto no es muy agradable de ver...

¿Es cierto que unos momentos antes de que sobrevenga la muerte (de un pelotazo en un partido de hockey o de cualquier otra manera) discurre toda la vida delante de los ojos de uno? A lo mejor no es la vida entera, sino sólo una parte determinada. Cuando Becky Amigliato me lanzó el tiro a la cara aquel día de otoño, los acontecimientos del último semestre destellaron en mi conciencia, que posiblemente pronto dejaría de existir.

Lo primero, el Cadillac —entonces era el Fleetwood dorado—, avanzando majestuosamente por la larga entrada de coches del Colegio Femenino Baker e Inglis. En el asiento trasero, una doceañera muy desgraciada, yo misma, a quien llevan a la fuerza para una entrevista.

—No quiero ir a un colegio de chicas —me quejo—. Prefiero que me lleven en autobús a uno de negros.

Y luego otro coche recogéndome, el septiembre siguiente, en el primer día de séptimo. Antes siempre había ido a pie al colegio Trombley, de enseñanza primaria; pero la enseñanza media lleva aparejado un montón de cambios: el nuevo uniforme, por ejemplo, de cuadros escoceses y con escudo. También el coche donde nos llevan a varias colegialas, una ranchera verde conducida por una tal señora Drexel. Tiene el

pelo grasiento y escaso. Sobre el labio superior, como indicio de lo que en la clase de inglés del siguiente año empezaría a comprobar, le crece bigote.

Y ahora voy en la ranchera unas semanas después. Miro por la ventanilla mientras el cigarrillo de la señora Drexel desprende un filamento de humo. Entramos en el centro de Grosse Pointe. Pasamos frente a verjas tras las cuales hay largos caminos de entrada, mansiones que siempre han maravillado y sobrecogido a mi familia. Pero ahora la señora Drexel cruza algunas de ellas. (Son mis nuevas compañeras de clase las que viven al final de esos caminos). Con gran estruendo, pasamos frente a setos y bajo arcos de ligustros hasta llegar a solitarias mansiones a la orilla del lago donde unas chicas, cartera en mano, nos esperan muy erguidas. Todas llevan el mismo uniforme que yo, pero el suyo parece distinto en cierto modo: mejor hecho, más elegante. De cuando en cuando, en la imagen también aparece alguna madre recién salida de la peluquería, cortando una rosa en el jardín.

Y ahora han pasado dos meses, casi estamos al final del trimestre de otoño, y la ranchera sube la cuesta hacia el colegio, que ya no es tan nuevo. El coche va lleno de chicas. La señora Drexel enciende otro cigarrillo. Está parando junto a la acera y disponiéndose a lanzarnos alguna maldición. Sacudiendo la cabeza ante lo que se ofrece a su vista —los verdes jardines de terreno accidentado, el lago a lo lejos—, dice: «Será mejor que os divirtáis ahora, chicas. La juventud es lo mejor de la vida». (A los doce años, la odié por decir eso. No podía imaginarme peor cosa que decir a una niña de esa edad. Pero quizá, debido a otros cambios que se iniciaron aquel año, también sospechaba que la etapa feliz de mi infancia estaba tocando a su fin).

¿Qué más rememoré cuando la pelota de hockey venía como una bala hacia mí? Pues más o menos todo lo que puede simbolizar una pelota de hockey. El hockey sobre hierba, ese juego de Nueva Inglaterra heredado de la *vieja* Inglaterra, como todo lo demás de nuestro colegio. El edificio con sus largos y resonantes corredores, su olor a iglesia, sus ventanas emplomadas, su melancolía gótica. Los manuales de latín, del color de las gachas. Los tés por la tarde. La versallesca actitud de nuestro equipo de tenis. El aspecto de aristocracia rural del profesorado, y el propio programa de estudios, que empezaba, helénica y byronianamente, con Homero para luego saltar directamente a Chaucer y pasar a Shakespeare, Donne, Swift, Wordsworth, Dickens, Tennyson y E. M. Forster. Sólo que ¿cómo relacionar todo eso?

La señorita Baker y la señorita Inglis habían fundado el colegio en 1911, según palabras textuales de los estatutos, «para formar a las niñas en ciencias y humanidades, para cultivar en ellas el amor al conocimiento, la modestia de costumbres, la elegancia de modales y, por encima de todo, el interés por los deberes cívicos». Las dos mujeres habían vivido juntas al otro extremo del campus, en La Casita, una especie de refugio campestre con tejas de madera que en la mitología del colegio ocupaba un lugar semejante a la cabaña de troncos de Lincoln en la leyenda

nacional. En la primavera llevaban de visita a las de quinto curso. Las hacían pasar en fila por las dos habitaciones individuales (lo que tal vez conseguía engañarlas), con los pupitres de las fundadoras exhibiendo aún plumas estilográficas y pastillas de regaliz, y el gramófono en el que ambas escuchaban marchas de Sousa. Los fantasmas de la señorita Baker y la señorita Inglis, junto a sus retratos y bustos, seguían rondando el colegio. En el patio, una estatua mostraba a las educadoras, con gafas, haciendo gala de un espíritu primaveral y caprichoso, la señorita Baker alzando la mano al estilo papal, como bendiciendo el aire, mientras la señorita Inglis (siempre detrás) se volvía a ver lo que su colega le estaba indicando. El sombrero flexible sombreaba los poco agraciados rasgos. En el único toque vanguardista de la obra, un grueso cable sobresalía de la cabeza de la señorita Baker, y encaramado en él se mantenía inmóvil el objeto del asombro: un colibrí.

... Todo esto sugerido por la pelota de hockey, que se acercaba girando vertiginosamente. Pero había otra cosa, algo más personal, que explicaba por qué yo era la diana. ¿Qué hacía Calíope jugando de portera? ¿Por qué se había impuesto el agobio de llevar careta y espinilleras? ¿Por qué le gritaba Stork, la entrenadora, para que despejara la pelota?

Para responder de forma clara y sencilla: el deporte no se me daba bien. Béisbol de pelota blanda, baloncesto, tenis: era una inútil en todo. El hockey sobre hierba era aún peor. No me acostumbraba a aquellos curiosos palos ni a las nebulosas estrategias europeas. Ante la escasez de jugadoras, la entrenadora me puso en la portería y confió en la suerte, que rara vez tuvimos. Con una falta de espíritu de equipo, algunas Lobeznas afirmaban que yo no poseía sentido alguno de la coordinación. ¿Era una acusación con fundamento? ¿Hay alguna relación entre mi actual trabajo burocrático y cierta falta de prestancia física? No voy a contestar a eso. Pero en mi defensa diré que ninguna de mis más atléticas compañeras de equipo habitó jamás cuerpo tan problemático. No tenían, como yo, dos testículos ocupando ilegalmente los canales inguinales. Desconocidos para mí, aquellos anarquistas se habían instalado en mi abdomen, e incluso estaban conectados al colector. Si cruzaba las piernas de mala manera o me movía demasiado deprisa, un espasmo me recorría la ingle. En el campo de hockey me doblaba muchas veces por la mitad, con los ojos saltándose de las órbitas, mientras Stork me daba palmadas en el trasero. «No es más que un *calambre*, Stephanides. Corriendo se te pasará». (Y ahora, mientras me muevo para parar el pelotazo, me viene de pronto esa punzada. Siento una erupción en las entrañas, un río de lava que me llena de dolor. Me inclino hacia delante, tropezando con el palo con el que debo defender la portería. Y entonces me tambaleo y caigo al suelo...).

Pero aún hay tiempo para indicar otros cuantos cambios físicos. A principios de séptimo me pusieron un aparato en la boca, completo, con unas gomas que me mantenían unidas las quijadas. En la mandíbula parecía tener un muelle, como los

muñecos de los ventrílocuos. Todas las noches, antes de irme a dormir, me ajustaba diligentemente mis medievales arneses. Pero en la oscuridad, mientras mis dientes se veían poco a poco forzados a ponerse derechos, el resto de mi cara había empezado a ceder ante una predisposición más fuerte, genética, hacia el torcimiento. Parafraseando a Nietzsche, hay dos tipos de griegos: el apolíneo y el dionisiaco. Yo nací apolínea, una niña de rostro luminoso y enmarcado en bucles. Pero, al aproximarme a los trece años, un elemento dionisiaco empezó a invadir sigilosamente mis rasgos. Mi nariz, delicadamente al principio y luego no tanto, empezó a arquearse. Mis cejas, espesándose más, también se curvaron. Algo siniestro, artero, literalmente «satírico» se deslizó en mi expresión.

De modo que el último símbolo de la pelota de hockey (más cerca ya, reacia a resistir tan larga mirada), la postrera evocación de la pelota de hockey fue el paso de los años, su irresistible avance, la manera en que estamos encadenados al cuerpo, sometidos al Tiempo.

La pelota de hockey siguió su camino como un cohete. Me dio en un lado de la careta, donde rebotó para colarse justo en medio de la red. Perdimos. Las Avispas lo celebraron.

En desgracia, como de costumbre, volví al vestuario. Con la careta en la mano, subí la cuesta del campo, que tenía forma de cuenco, como un teatro al aire libre. A pequeños pasos, crucé el terreno de grava hasta el colegio. A lo lejos, al pie de la colina y al otro lado de la carretera, se extendía el lago St. Clair, donde Jimmy Zizmo había escenificado su muerte. El lago seguía helándose en invierno, pero ya no lo cruzaban contrabandistas en coche. Había perdido su siniestro encanto y, como todo lo demás, se había aburguesado. Aún había buques de carga surcando el canal de navegación, pero ahora se veían sobre todo embarcaciones de recreo, Chris-Craft, Santana, Flying Dutchmen, 470. En los días de sol, el lago aún conseguía un tono azulado. La mayoría de las veces, sin embargo, parecía puré de guisantes.

Pero yo no iba pensando en nada de eso. Medía los pasos, tratando de ir lo más despacio posible. Observaba la puerta de los vestuarios con una expresión de recelo e inquietud.

Pues ahora, cuando se había acabado para todos los demás, el partido empezaba para mí. Mientras mis compañeras de equipo recobraban el aliento, yo me estaba mentalizando. Debía encontrar el momento oportuno, actuar con ritmo y atlética armonía. Tenía que gritar desde la línea de banda de mi ser: «¡La cabeza erguida, Stephanides!». Debía hacer de entrenadora, capitana y animadora, todo a la vez.

Porque a pesar del jolgorio dionisiaco que se desarrollaba en mi organismo (en el punzante dolor de los dientes, en el despreocupado abandono de la nariz), no todo había cambiado en mí. Año y medio después de que Carol Horning llegara al colegio con los pechos recién brotados, yo seguía sin nada. El sujetador que al fin logré sacar

a Tessie seguía siendo, como la física superior, de utilización meramente teórica. Nada de pechos. Y de periodo, menos aún. Me había pasado esperando todo el sexto curso más el verano siguiente. Ahora estaba en séptimo y seguía esperando. Había signos prometedores. De cuando en cuando me dolían los pezones. Tocándolos con cautela, notaba como una tierna piedrecita bajo la rosácea carne inflamada. Siempre pensé que eso era el comienzo de algo. Me daba la sensación de estar echando brotes. Pero aquella hinchazón desaparecía una y otra vez, y no pasaba nada.

Por tanto, ir a los vestuarios era de las cosas a las que me resultaba más difícil acostumbrarme. Incluso ahora, que ya había acabado la temporada, la entrenadora estaba junto a la puerta, gritando órdenes.

—¡Muy bien, señoras, pitando a la ducha! ¡Vamos! ¡Más que a paso!

Me vio llegar y logró sonreír.

—Buen trabajo —me dijo, tendiéndome una toalla.

En todas partes existen jerarquías, pero en los vestuarios más que en ningún sitio. La humedad, la desnudez, nos devuelven a nuestro estado natural. Permítaseme elaborar una rápida taxonomía del nuestro. Junto a las duchas estaban las Pulseras de Dijes. Al pasar, eché una mirada por el pasillo lleno de vapor y vi cómo realizaban sus graves gestos de mujer. Una Pulsera, con el torso inclinado, se envolvía el pelo húmedo en una toalla. Se incorporó de pronto, retorciéndola hasta hacerse un turbante. A su lado, otra Pulsera tenía una expresión perdida en los vacíos ojos azules mientras se aplicaba crema hidratante. Otra se llevaba una botella de agua a los labios, descubriendo la alargada columna del cuello. Como no quería mirar, volví la cabeza, pero seguí oyendo el ruido que hacían. Por encima del rumor de las duchas y las pisadas de pies descalzos sobre los baldosines, llegaba a mis oídos un tintineo leve y agudo, como el de entrechocar copas de champán antes de un brindis. ¿Qué era? ¿No lo adivinan? En las finas muñecas de aquellas chicas, repiqueteaban pequeños dijes plateados. Era el roce entre diminutos esquíes y minúsculas raquetas de tenis, entre miniaturas de la Torre Eiffel y bailarinas de ballet. Era el tintineo de ranas y ballenas de cristal iridiscente; de perritos y gatos; de focas con bolas en el hocico chocando con monos que tocaban el acordeón; trozos de queso repicando en caras de payaso; fresas cascabeleando con tinteros; corazones de San Valentín sacudiendo cencerros de vacas suizas. En medio de todo aquel campanileo, una de las chicas extiende la muñeca ante sus amigas, como una señora recomendando un perfume. Es el último regalo de su padre, que acaba de volver de un viaje de negocios.

Las Pulseras de Dijes: eran las reinas del colegio. Iban a Baker e Inglis desde el jardín de infancia. ¡Incluso desde antes! Vivían cerca del lago y, como todas las de Grosse Pointe, habían crecido creyendo que era el mar, el océano Atlántico. Sí, aquél era el secreto deseo de las Pulseras de Dijes y de sus padres, ser de la Costa Este y no del Medio Oeste, adoptar el atuendo y el cerrado acento de allí, veranear en Martha's

Vineyard, decir «cuando volvamos al Este» en vez de «cuando vayamos al Este», como si sólo estuvieran pasando una temporada en Michigan antes de volver a casa.

¿Qué puedo decir de mis compañeras de clase, tan bien educadas, de nariz tan pequeña, con tanto dinero en fideicomiso? Descendientes de industriales muy trabajadores y ahorrativos (en mi clase había tres chicas que llevaban el apellido de otros tantos fabricantes de coches), ¿mostraban aptitudes para las matemáticas o las ciencias? ¿Eran ingeniosas para resolver cuestiones prácticas? ¿Manténían algún compromiso con la ética, esa palabra protestante? En una palabra: no. No hay prueba contra el determinismo genético más convincente que los hijos de los ricos. Las Pulseras de Dijes no estudiaban. Jamás alzaban la mano en clase. Se ponían en las últimas filas, desplomándose sobre el pupitre, y todos los días volvían a casa con el cuaderno intacto, como un objeto de utilería. (Aunque puede que las Pulseras de Dijes entendieran más que yo de la vida. Desde temprana edad eran conscientes del escaso valor que el mundo daba a los libros, de manera que no perdían el tiempo con ellos. Mientras que yo, incluso ahora, persisto en creer que esos signos negros trazados en papel blanco son de la mayor importancia, y que si continúo escribiendo lograré atrapar el arco iris de la conciencia y guardarlo en un tarro. El único fideicomiso que poseo es este relato y, a diferencia de la prudente clase privilegiada, estoy echando mano del capital principal, gastándomelo todo...).

En séptimo, cuando pasaba frente a sus taquillas, aún no era muy consciente de todo esto. Lanzo ahora una mirada retrospectiva (tal como me exhortaba el doctor Luce) para saber lo que sentía exactamente Calíope a los doce años al ver cómo se desnudaban las Pulseras de Dijes entre aquella luz vaporosa. ¿Un estremecimiento de excitación? ¿Había alguna reacción de la carne bajo el relleno protector de la guardameta? Intento recordarlo, pero lo que me viene a la memoria es sólo un barullo de emociones: envidia, desde luego, pero también desprecio. Inferioridad y superioridad a la vez. Y por encima de todo, pánico.

Las chicas entraban y salían de la ducha delante de mí. Los destellos de su desnudez eran como súbitos gritos. Apenas un año antes aquellas mismas chicas habían sido figuritas de porcelana que metían cautelosamente la punta del pie en el pediluvio desinfectante de la piscina municipal. Ahora eran criaturas espléndidas. Moviéndome por el húmedo ambiente, tenía la sensación de estar buceando con un tubo. Seguí adelante, con las espinilleras dificultándome la marcha, mirando boquiabierta la fantástica vida sumergida que me rodeaba. Anémonas marinas brotaban entre las piernas de mis compañeras. Eran de todos los colores, negro, castaño, rubio brillante, rojo vivo. Más arriba, sus pechos temblaban como medusas, meciéndose suavemente con sus hirientes puntas rosadas. Todo se agitaba en la corriente, alimentándose de plancton microscópico, creciendo a cada momento. Las chicas, tímidas y regordetas, parecían leones marinos al acecho en las profundidades

oceánicas.

La superficie del mar es un espejo que refleja sendas evolutivas opuestas. Arriba, las criaturas del aire; abajo, las del agua. Un solo planeta con dos mundos. Mis compañeras mostraban tanta indiferencia ante sus extravagantes rasgos, como un pez globo hacia sus púas. Parecían de una especie aparte. Era como si poseyeran glándulas olfativas o bolsas marsupiales, adaptaciones para la fecundidad, para procrear en su hábitat natural, lo que no tenía nada que ver con una chica tan flacucha, lampiña y casera como yo. Apreté el paso, desolada, mientras todo el ruido de la estancia me pitaba en los oídos.

Nada más pasar el territorio de las Pulseras de Dijes me encontré en la zona de los Alfileres de Falda Escocesa. Como estirpe más numerosa de los vestuarios, los Alfileres de Falda Escocesa ocupaban tres filas de taquillas. Y allí las tenía, gordas y flacas, pálidas, con pecas, poniéndose torpemente los calcetines o unas bragas poco favorecedoras. ¿Qué puedo decir de aquellas chicas? Eran como utensilios que servían para tener la falda prendida, objetos comunes y corrientes, sosos, pero necesarios a su manera. No me acuerdo de cómo se llamaba ninguna.

Tras rebasar las Pulseras de Dijes y salir de la zona de los Alfileres de Falda Escocesa, Calíope se adentraba cojeando en las profundidades de los vestuarios. Volvía al recinto de los baldosines cuarteados, del enlucido amarillento, bajo las luces parpadeantes, junto a la fuente de agua potable con el prehistórico chicle pegado en el desagüe, regresaba a mi sitio, a mi hueco en el hábitat local.

Aquel año yo no era la única cuyas circunstancias habían cambiado. El fantasma de las leyes de integración racial, con el traslado de colegiales a centros de otras zonas, hacía que los padres matricularan a sus hijos en escuelas privadas. Baker e Inglis, con sus impresionantes instalaciones pero escasas donaciones, no era reacia a incrementar el número de alumnas. Y así, en el otoño de 1972, llegamos nosotras (el vapor se va disipando por aquí, algo lejos de las duchas, y veo claramente a mis antiguas amigas): Reetika Churaswami, con sus enormes ojos amarillentos y su cintura de gorrión; Joanne Maria Barbara Peracchio, con su pie deforme corregido y (debe reconocerse) su adhesión a la derechista John Birch Society; Norma Abdow, cuyo padre había emprendido la *haj* para no volver más; Tina Kubek, de origen checo, y Linda Ramírez, medio española, medio filipina, que permanecía inmóvil, esperando que se le desempañaran las gafas. Nos llamaban chicas «étnicas», pero ¿quién no lo era, en el fondo? ¿Es que no eran igual de «étnicas» las Pulseras de Dijes? ¿Acaso no les sobraban rituales extraños y comida rara? ¿O lenguaje tribal? Decían «genial» en vez de raro y «detestable» por asqueroso. Comían diminutos emparedados de pan blanco sin corteza, con pepinillos, mayonesa y algo llamado «berros». Hasta que fuimos a Baker e Inglis, mis amigas y yo siempre nos habíamos sentido enteramente norteamericanas. Pero ahora las desdeñosas Pulseras sugerían



que existía otro Estados Unidos al cual no se nos permitía la entrada. De pronto, Estados Unidos ya no era la tierra de las hamburguesas y los coches con motor preparado. Era el país del *Mayflower* y Plymouth Rock. De algo que sucedió por espacio de dos minutos cuatrocientos años atrás, en vez de todo lo que ha venido ocurriendo desde entonces. ¡En lugar de todo lo que estaba sucediendo en aquel mismo momento!

Baste decir que, en séptimo, Calíope se sentía aceptada, protegida, cuidada y querida por sus nuevas compañeras. Al abrir mi taquilla, mis amigas no hicieron comentario alguno sobre mi actuación en la portería. En cambio, Reetika llevó amablemente la conversación hacia un próximo examen de matemáticas. Joanne Maria Peracchio se quitaba despacio la media derecha. La operación para corregirle el pie le había dejado el tobillo tan delgado como un palo de escoba. Al verlo, yo siempre sentía alivio sobre mi situación. Norma Abdow abrió su taquilla, miró dentro y gritó:

—¡Seré tonta!

Me entretuve para ganar tiempo. A uno y otro lado, mis amigas, con rápidos y estremecidos movimientos, empezaron a desnudarse. Se envolvieron en toallas.

—Eh, tías. ¿Me prestáis el champú? —pidió Linda Ramírez.

—A condición de que mañana seas mi sierva en el almuerzo.

—¡Ni hablar!

—Entonces, no hay champú.

—Vale, vale.

—Vale, ¿qué?

—Vale, Su Alteza Real.

Esperé a que se marcharan antes de desnudarme. Primero me quité las medias reglamentarias. Me levanté la camiseta y me bajé los calzones. Tras atarme una toalla de baño a la cintura, desabotoné los tirantes de la camiseta del equipo y me la saqué por la cabeza. Con eso me quedé con la toalla y la camiseta de abajo. Ahora venía lo difícil. Mi sujetador era de la talla 30 AA. Tenía un pequeño encaje entre las copas y una etiqueta que decía: «Jovencita, de Olga». (Tessie me había instado a comprarme un anticuado sostén de gimnasia, del que sólo quedaban algunos ejemplares huérfanos. Pero yo quería uno parecido a los que llevaban mis amigas, y preferiblemente con relleno). Me puse ahora esa prenda en torno a la cintura, abrochándola por delante, y luego le di la vuelta. Entonces, sacando primero una manga y luego la otra, me puse la camiseta de abajo sobre los hombros, como una capa. Moviendo los brazos por debajo de la camiseta, me subí el sujetador por el torso hasta que pude meter los brazos por las sisas. Una vez hecho todo eso, me puse la falda escocesa por debajo de la toalla, luego la blusa y tiré la toalla al suelo. No me había quedado desnuda ni un solo momento.

La única testigo de mi astucia era la mascota del colegio. A mi espalda, un desteñido banderín de fieltro colgado en la pared proclamaba: «Campeonas de hockey sobre hierba de 1955». Debajo, en su atractiva postura y habitual indiferencia, estaba la Lobezna de BI. Con sus ojos redondos y brillantes, dientes afilados y estrecho hocico, se apoyaba en el palo de hockey, el pie derecho cruzado sobre el tobillo izquierdo. Llevaba una camiseta azul con una banda roja. Entre las peludas orejas le habían puesto una cinta encarnada. Era difícil decir si sonreía o gruñía. Nuestra Lobezna tenía algo de la tenacidad del bulldog de Yale, pero no le faltaba elegancia. La Lobezna no jugaba simplemente para ganar. Jugaba para mantener el tipo.

En la fuente de agua potable, metí un dedo en el agujero, haciendo que un chorro de agua se elevara en el aire. Puse la cabeza debajo. Stork, la entrenadora, siempre nos tocaba la cabeza antes de salir, asegurándose de que teníamos el pelo mojado.

El día que me mandaron al colegio privado, Capítulo Once se fue a la universidad. Aunque se encontraba a salvo del largo brazo del juez Roth, otros brazos habían intentado atraparlo. Un caluroso día del pasado mes de julio, yendo por el pasillo del piso de arriba, oí una extraña voz que salía de la habitación de Capítulo Once. Era de hombre, y recitaba una serie de números y fechas.

—Cuatro de febrero —decía la voz—, treinta y dos. Cinco de febrero, trescientos veintiuno. Seis de febrero...

La puerta plegable no estaba cerrada del todo, de manera que eché un vistazo.

Mi hermano estaba tumbado en la cama, arropado con una manta de lana que Tessie le había tejido tiempo atrás. La cabeza le colgaba de un lado y las blancas piernas del otro. Al fondo de la habitación, el estéreo estaba puesto en el dial de la radio.

Aquella primavera, Capítulo Once había recibido dos cartas, una de la Universidad de Michigan, para informarle de que lo habían admitido, y otra del gobierno de Estados Unidos, para comunicarle que cumplía las condiciones para ser llamado a filas. Desde entonces, mi apolítico hermano había adquirido un insólito interés por la actualidad diaria. Todas las noches veía el telediario con Milton, siguiendo los asuntos militares y prestando mucha atención a las cautelosas declaraciones de Henry Kissinger en las negociaciones de paz de París. «El poder es el mayor afrodisiaco», según las famosas palabras de Kissinger, y debía de ser cierto: porque Capítulo Once se quedaba noche tras noche pegado al televisor, siguiendo las maquinaciones de la diplomacia. Al mismo tiempo, a Milton le acuciaba el extraño deseo de los padres de que sus hijos pasaran por los mismos sufrimientos que ellos.

—Te vendría bien hacer el servicio militar —sentenció.

—Me voy a Canadá —replicó inmediatamente Capítulo Once.

—No irás a ningún sitio. Si te llaman a filas, servirás a tu país lo mismo que yo.

—No te preocupes —terció Tessie—. Para cuando quieran llamarte, ya habrá terminado todo.

No obstante, en el verano de 1972, mientras espiaba a mi hermano, anonadado por aquella lotería, oficialmente aún había guerra. Los bombardeos de Nixon seguían esperando las vacaciones de Navidad. Kissinger continuaba yendo y viniendo entre París y Washington para mantener su atractivo sexual. En realidad, los Acuerdos de Paz de París se firmaron el siguiente mes de enero, y en marzo las últimas tropas norteamericanas salieron de Vietnam. Pero mientras yo observaba el cuerpo inerte de mi hermano, nadie lo sabía aún. Yo sólo era consciente de lo raro que era ser varón. La sociedad ejercía discriminación sobre las mujeres, de eso no cabía duda. Pero ¿y la discriminación de que a uno lo enviasen a la guerra? ¿De cuál de ambos sexos se podía prescindir mejor? Sentí lástima de mi hermano, que me inspiraba una actitud protectora. Me imaginé a Capítulo Once con el uniforme del ejército, agazapado en la selva. Lo vi herido en una camilla y se me saltaron las lágrimas. La voz de la radio proseguía monótonamente: Veintiuno de febrero, ciento cuarenta y uno.

—Veintidós de febrero, setenta y cuatro. Veintitrés de febrero, doscientos seis.

Esperé hasta el 20 de marzo, cumpleaños de Capítulo Once. Cuando la voz anunció su número —era el doscientos noventa, no fue a la guerra—, irrumpí en su habitación. Capítulo Once se levantó de un salto. Nos miramos y —algo sin precedentes en nosotros— nos abrazamos.

Al otoño siguiente se marchó mi hermano. No a Canadá, sino a Ann Arbor. Una vez más, como cuando cayó el huevo de Capítulo Once, me quedé sola. Sola en casa para observar la creciente cólera de mi padre frente al telediario de la noche, su frustración ante la manera en que los «tontarras» de los americanos estaban conduciendo la guerra (pese al napalm) y su creciente simpatía por el presidente Nixon. Sola, también, para detectar la sensación de inutilidad que empezó a atormentar a mi madre. Con Capítulo Once fuera de casa y yo creciendo, Tessie tuvo de pronto mucho tiempo libre. Empezó a llenarlo con clases en el Centro Municipal de los Caídos. Aprendió *découpage*. Tejía maceteros de cuerda. La casa se empezó a llenar con sus proyectos artísticos. Había cestas pintadas y cortinas de abalorios, pisapapeles con objetos flotando en su interior, flores secas, judías y granos de trigo coloreados. Se dedicó a comprar antigüedades y colgó una vieja tabla de lavar en la pared. También le dio por hacer yoga.

La sensación de inutilidad de Tessie, sumada al disgusto de Milton ante el movimiento antibelicista, los impulsó a la lectura de los ciento quince volúmenes que formaban la colección de las Grandes Clásicos. Tío Pete llevaba mucho tiempo haciendo propaganda de aquellos libros, por no hablar de la profusión de citas que sacaba de ellos para apoyar sus argumentos en la tertulia de los domingos. Y ahora, con tanta sabiduría en el ambiente —Capítulo Once estudiando para ingeniero, yo

haciendo el primer año de latín con la señorita Wilbur, que llevaba gafas de sol en clase—, Milton y Tessie decidieron que había llegado el momento de ampliar su educación. Los Grandes Clásicos llegaron en diez cajas con estampillas que indicaban su contenido. Aristóteles, Platón y Sócrates, en una; Cicerón, Marco Aurelio y Virgilio, en otra. Mientras colocábamos los libros en las estanterías empotradas de Middlesex, leíamos los nombres, muchos familiares (Shakespeare), otros no (Boecio). Por entonces aún no estaba de moda dar la lata con el Canon, y además la colección empezaba con autores de nombres no muy distintos de los nuestros (Tucídides), de manera que nos pareció estupenda.

—Aquí hay uno bueno —dijo Milton, enseñándonos a Milton.

Lo único que le fastidiaba era que en la colección no figuraba ningún libro de Ayn Rand. Sin embargo, después de cenar aquella noche, Milton empezó a leer en voz alta a Tessie.

Fueron en sentido cronológico, empezando con el primer volumen y avanzando hacia el centésimo decimoquinto. Mientras hacía los deberes en la cocina, oía que Milton, con voz vibrante y monótona, declamaba:

—«Sócrates: Para el deterioro de las artes parece haber dos causas. Adimanto: ¿Y cuáles son? Sócrates: La riqueza, como ya he dicho, y la pobreza».

Cuando resultaba difícil seguir a Platón, Milton sugirió que dieran un salto hasta Maquiavelo. Al cabo de unos días, Tessie le pidió a Thomas Hardy, pero una hora después Milton dejó el libro, aburrido.

—Demasiados páramos —se quejó—. Que si el páramo tal y el páramo cual.

Seguidamente leyeron *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway, que les gustó mucho, y luego abandonaron la empresa.

He traído a colación el asalto de mis padres a los Grandes Clásicos por cierto motivo. A lo largo de mis años de formación, la colección permaneció en nuestra librería, con aquellos lomos dorados que le daban un aspecto serio y majestuoso. Incluso entonces sentía la influencia de los Grandes Clásicos, instándome en silencio a perseguir el sueño humano más inútil, el sueño de escribir un libro digno de añadirse a su colección, el Gran Clásico centésimo decimosexto con otro largo nombre griego en la portada: Stephanides. En aquella época yo era joven y rebosaba de grandes sueños. Ahora he renunciado a toda esperanza de fama duradera y perfección literaria. Ya no me importa si escribo o no una gran obra, sino sólo un libro que, pese a sus defectos, deje testimonio de mi inverosímil existencia.

Mi existencia que, mientras colocaba los libros en las estanterías, se ponía a sí misma de relieve. Porque ahí tenemos a Calíope abriendo otra caja. Ahí la vemos, sacando el volumen cuadragésimo quinto (Locke, Rousseau). Ahí está levantando el brazo, sin tener que ponerse de puntillas, colocándolo en el último estante. Y ahí está Tessie, levantando la cabeza y diciendo:

—Me parece que estás creciendo, Cal.

En realidad se quedaba corta. La primera vez en enero de séptimo curso y después en agosto del mismo año, mi anteriormente paralizado cuerpo dio dos estirones de proporciones insólitas y consecuencias imprevisibles. Aunque en casa seguía imperando la Dieta Mediterránea, la comida de mi nuevo colegio —estofado de pollo cubierto de hojaldre, puré de patatas con queso, gelatina de frutas en dados— anuló todos sus efectos rejuvenecedores y, en todos los aspectos menos en uno, empecé a desarrollarme. Germinaba a la velocidad de las semillas orientales que estudiábamos en ciencias naturales. Para saber lo que era la fotosíntesis, dejábamos una bandeja a oscuras y otra a la luz, y las medíamos todos los días con una regla. Mi cuerpo se estiraba como el brote de aquella semilla oriental hacia la gran lámpara del cielo, aunque mi caso era más significativo porque yo seguía creciendo en la oscuridad. De noche me dolían las articulaciones. No dormía bien. Me envolvía las piernas en una manta eléctrica, sonriendo a pesar del dolor. Porque además del estirón, finalmente estaba ocurriendo otra cosa. Me estaba saliendo pelo en los sitios indicados. Por la noche, tras cerrar con llave la puerta de mi habitación, inclinaba un poco la lámpara de la mesa y me ponía a contarme los pelos. Al principio tenía tres; a la semana siguiente, seis; quince días más tarde, diecisiete. Un día, de espléndido humor, me los peiné.

—Ya era hora —dije en voz alta.

Y en eso también se notaba la diferencia, porque me estaba cambiando la voz.

Lo que no ocurrió de la noche a la mañana. No recuerdo que me salieran gallos. En cambio, mi voz inició un descenso que prosiguió durante los dos años siguientes. El tono agudo que había tenido —y que utilizaba como arma contra mi hermano— desapareció. Alcanzar la nota más alta del himno nacional era algo del pasado. Mi madre siguió pensando que había pillado un resfriado. En las tiendas, las vendedoras apartaban la vista de mí confundiendo mi voz con la de una mujer adulta. Emitía un sonido no carente de embrujo, una mezcla de flauta y fagot, arrastrando levemente las consonantes, pronunciándolo todo con una especie de jadeo y precipitación. Y había señales que sólo un lingüista podría advertir, elisiones típicas de la clase media, tonalidades limpias pasadas del griego al acento nasal del Medio Oeste, herencia de mis abuelos y mis padres, que latían en mí, igual que todo lo demás.

Crecí mucho. Me maduró la voz. Pero todo parecía normal. Mi constitución ligera, mi estrecha cintura, la pequeñez de mi cabeza, manos y pies no suscitaban cuestiones en la mente de nadie. Los varones genéticos educados en sentido femenino no suelen pasar inadvertidos tan fácilmente. Desde edad temprana tienen un aspecto diferente, se mueven de distinta manera, no encuentran zapatos o guantes que les vengan bien. Otras niñas los llaman marimachos o algo peor: caballo percherón. Mi delgadez me encubría. Los primeros años setenta eran una buena época para tener el

pecho plano. La androginia estaba de moda. Mi desgalichada altura y mis piernas de potranca me daban la apostura de una modelo. La ropa no me venía bien, a mi cara le pasaba algo, pero la angulosidad de mis rasgos era perfecta. Tenía cierto aire a galgo persa. Pero, sea por lo que fuere, mi apariencia no desentonaba con mi carácter soñador, mis inclinaciones librescas.

Y no era insólito que algunas niñas inocentes y excitables reaccionaran ante mi presencia de cierta manera inconsciente. Estoy pensando en Lily Parker, que solía tumbarse en los sofás del vestíbulo y apoyar la cabeza en mi regazo, alzando la vista y diciendo:

—Tienes la barbilla más perfecta que he visto en la vida.

O en June James, que solía cogerme del pelo para echárselo sobre la cabeza, de modo que pareciese que ambas estábamos en una tienda de campaña. Es posible que mi cuerpo liberase feromonas que afectaran a mis compañeras. ¿Cómo explicar, si no, el hecho de que siempre estuvieran pendientes de mí, gravitando a mi alrededor? En aquella fase temprana, antes de que se manifestaran mis características masculinas secundarias, antes de que se levantaran murmullos a mi paso por los corredores del colegio y las chicas se lo pensarán dos veces antes de apoyar la cabeza en mi regazo; en aquella época, en séptimo curso, cuando tenía el pelo brillante y no crespo, las mejillas aún lampiñas, los músculos sin desarrollar y, sin embargo, de algún modo secreto pero inequívoco, empezaba a irradiar cierta especie de masculinidad, en la forma en que tiraba y cogía al vuelo la goma de borrar, por ejemplo, o en la manera de atacar el postre de las demás con la cuchara, como un bombardero en picado, en la intensidad con que fruncía el ceño o el entusiasmo con que debatía en clase con cualquiera sobre cualquier cosa; en aquella época, cuando todo era indecisión, antes de que se produjera el cambio, yo era muy popular en mi nuevo colegio.

Pero esa etapa fue breve. Pronto mi tocado perdió la guerra nocturna contra las fuerzas de la desproporción. Apolo se rindió ante Dionisos. La belleza quizá resulte siempre un poco antojadiza, pero el año en que cumplí los trece mi apariencia se estaba volviendo más extraña que nunca.

Examinemos el anuario del colegio. En la foto del equipo de hockey, tomada en otoño, estoy, rodilla en tierra, en primera fila. En mi aula, en primavera, estoy agachada en la última. La timidez ensombrece mis rasgos. (A lo largo de los años mi expresión perpetuamente perpleja ocasionó serias molestias a los fotógrafos. Eché a perder fotos de la clase y felicitaciones navideñas hasta que, en las fotos más publicadas, el problema se resolvió definitivamente tapándome la cara del todo).

Nunca supe si Milton llegó a echar en falta la preciosa hija que había tenido. En las bodas seguía sacándome a bailar, sin preocuparse de la ridícula pareja que hacíamos.

—Venga, *kukla* —me decía—. Vamos a la pista.

Y allá íbamos, el padre bajito y regordete, llevando el ritmo con seguros y anticuados pasos de *fox-trot*, y la torpe mantis religiosa de la hija tratando de seguirle. El cariño de mis padres no mermó por mi aspecto. Creo que es justo decir, sin embargo, que a medida que fui cambiando de apariencia en aquellos años, una especie de tristeza se infiltró en el amor de mis padres. Les preocupaba que los chicos no se sintieran atraídos hacia mí, que nunca me sacaran a bailar, como a tía Zo. A veces, cuando estábamos bailando, Milton enarcaba los hombros y miraba en torno a la pista con aire desafiante, a ver si a alguien se le ocurría hacer algún comentario socarrón.

Mi reacción ante aquellos estirones fue dejarme crecer el pelo. A diferencia del resto de mi persona, que parecía inclinado a hacer lo que le venía en gana, el pelo obedecía a mis dictados. Y así, como Desdémona tras el desastroso cambio de imagen sufrido en la Asociación Cristiana de Jóvenes, me negué a que me lo cortaran. Logré mi objetivo a lo largo de todo séptimo y hasta bien entrado octavo. Mientras los universitarios se manifestaban contra la guerra, Calíope protestaba contra las tijeras de cortar el pelo. Mientras bombardeaban Camboya con disimulo, Callie hacía lo posible por guardar sus propios secretos. La guerra concluyó oficialmente en la primavera de 1973. El presidente Nixon dejaría el cargo en agosto del año siguiente. El rock daba paso a la música disco. El estilo de peinarse cambiaba a todo lo largo y ancho de la nación. Pero la cabeza de Calíope, como la de cualquier habitante del Medio Oeste que siempre llega tarde a la moda, seguía creyéndose en plenos años sesenta.

¡Mi pelo! ¡Mi pelo de niña de trece años, increíblemente abundante! ¿Alguna vez ha tenido alguien una melena como la mía a los trece años? ¿Alguna vez ha hecho venir alguien a su casa a tantos fontaneros? Cada mes, cada semana, cada cuatro días, se atascaban todos los desagües de la casa.

—Por Dios Santo —se quejaba Milton, extendiendo otro cheque—, eres peor que las puñeteras raíces de los árboles.

Pelo como una bola de rastros que el viento lanzaba por las habitaciones de Middlesex. Pelo como un tornado negro que avanzaba por el documental de un aficionado. Pelo tan vasto que parecía disponer de su propio régimen climático, porque la electricidad estática hacía crujir las puntas secas mientras que, más adentro, cerca del cuero cabelludo, la temperatura subía creando una atmósfera cálida y húmeda como una selva tropical. Desdémona poseía una melena larga y sedosa, pero yo tenía la variedad crespada de Jimmy Zizmo, que ningún ungüento era capaz de domar. La primera dama nunca compraría un pelo así. Era un pelo que volvería de piedra a la Medusa, pelo más infestado de ofidios que los pozos de serpientes en las películas sobre minotauros.

Mi familia sufría. Aparecía pelo mío en todos los rincones, en el cajón más

insospechado, en cualquier *plato*. Hasta en el arroz con leche que hacía Tessie, tapando cada tazón con papel de cocina antes de meterlo en la nevera; ¡incluso en aquellos postres tan profilácticamente seguros lograba introducirse algún pelo mío! Pelos negros se incrustaban en las pastillas de jabón. Se encerraban entre las páginas de los libros. Aparecían en estuches de gafas, felicitaciones de cumpleaños, y una vez —lo juro— dentro de un huevo. Tessie acabó dándose por vencida. Un día, el gato de la vecina de al lado vomitó una bola de pelos que no eran de gato.

—¡Qué asco! —gritó Betty Turnbull—, ¡voy a llamar a la Asociación Protectora de Animales!

Milton trató de convencerme en vano de que me pusiera los gorros de papel que sus empleados estaban legalmente obligados a llevar. Tessie, como cuando tenía seis años, me cepillaba la melena.

—No-entiendo-por-qué-no-dejas-que-Sophie-te-arregle-el-pelo.

—Porque veo lo que hace con el suyo.

—Sophie lleva un corte muy bonito.

—¡Buah!

—¿Y tú qué te crees? El tuyo es un nido de ratas.

—Pues déjalo.

—No te muevas.

Más cepillado, más tirones. Mi cabeza se bamboleaba a cada pasada del cepillo.

—Ahora se lleva el pelo corto, Callie.

—¿Acabas ya?

Unas pasadas finales, frustradas. Y luego, en tono de queja:

—Por lo menos llévalo recogido en la nuca. Quítatelo de la cara.

¿Qué podía decirle? ¿Que por eso precisamente lo llevaba largo? ¿Para llevarlo en la cara? Quizá no tuviera el aspecto de Dorothy Hamill. A lo mejor, incluso empezaba a parecerme a los sauces del jardín. Pero mi pelo tenía sus virtudes. Tapaba unos dientes llamativos. Cubría una nariz satírica. Ocultaba defectos y, sobre todo, me tapaba a mí. ¿Cortarme el pelo? ¡Jamás! Aún me lo estaba dejando crecer. Mi sueño era vivir algún día dentro de él.

Hay que imaginarse el aspecto que ofrecía a los trece desdichados años, empezando octavo. Un metro setenta y siete centímetros de estatura, cincuenta y nueve kilos y medio de peso. El pelo negro cayéndome como sábanas negras a cada lado de la nariz. La gente llamando con los nudillos en el aire y preguntando: «¿Estás ahí?».

Pues claro que estaba allí. ¿Dónde podía estar, si no?



## ELOGIO DE LA CERA



He vuelto a mis antiguas costumbres. A mis paseos solitarios por Victoria Park. A mis Romeo y Julieta, a mis Davidoff Grand Cru. A las recepciones de la embajada, a los conciertos del Philharmonie, a las visitas nocturnas a la Felsenkeller. Es mi época favorita del año, otoño. Ese aire fresco que acelera la actividad mental, y los recuerdos de infancia, del colegio, tan propios del otoño. En Europa no existen los colores que hay en Nueva Inglaterra. Las hojas son como un perpetuo rescoldo que nunca llega a hacer llama. Aún hace bueno para montar en bicicleta. Anoche fui en bici de Schöneberg a Orianenburgstrasse in Mitte. Había quedado con un amigo para tomar una copa. Al marcharme, pedaleando por la calle, me saludaban busconas intergalácticas. Con sus vestidos de tebeos Manga, sus botas de *après-ski*, me hacían señas con la cabeza, agitando el cardado pelo de muñeca y diciendo: *Hallohallo...* A lo mejor son lo más conveniente para mí. Se les paga para que toleren casi cualquier cosa. No se escandalizan por nada. Y sin embargo, mientras pasaba con la bici por delante de la fila que formaban, de su *Strich*, mis sentimientos hacia ellas no eran masculinos. Sentí el reproche y el desdén de la chica de buena familia, además de una empatía perceptible, física. Mientras ondulaban las caderas, echándome el anzuelo con sus ojos pintados de oscuro, mi mente no se llenó de imágenes de lo que podría hacer con ellas, sino de lo que para ellas sería, noche tras noche, hora tras hora, tener que hacerlo. Y no era a mí a quienes veían las *Hüren*. Veían mi pañuelo de seda, mis elegantes pantalones, mis zapatos relucientes. Veían el dinero que llevaba en la cartera. *Hallo*, me llamaban. *Hallo. Hallo.*



Entonces era otoño, también; el otoño de 1973. Sólo me quedaban unos meses para cumplir catorce años. Y un domingo, al salir de la iglesia, Sophie Sassoon me musitó al oído:

—Te está saliendo una especie de bigotito, cariño. Dile a tu madre que te traiga a la peluquería. Yo me encargaré de ello.

¿Bigote? ¿Sería verdad? ¿Como la señorita Drexel? Corrí al baño para comprobarlo. La señora Tsilouras se estaba pintando los labios, pero en cuanto se marchó puse la cara frente al espejo. No un bigote entero y verdadero: sólo unos pelillos oscuros sobre el labio superior. No era tan de extrañar como podía suponerse.

En realidad, me lo estaba esperando.

Igual que hay una Región del Sol y una Región Puritana, en esta variopinta tierra nuestra existe una Región del Vello. Empieza en el sur de España, conforme a la influencia árabe. Se extiende por el país de ojos oscuros de Italia, por casi toda Grecia y por toda Turquía. Baja hacia el sur para incluir a Marruecos, Túnez, Argelia y Egipto. Siguiendo su camino (que se oscurece como hacen todos los mapas para indicar la profundidad oceánica), cubre Siria, Irán y Afganistán antes de llegar a la India, donde se va aclarando poco a poco. A partir de ahí, salvo por un solo punto que representa el ainu en Japón, se acaba la Región del Vello.

¡Háblame, Musa, de las griegas que lucharon contra el vello antiestético! ¡Háblame de las pinzas de las cejas y las cremas depilatorias! ¡Del agua oxigenada y la cera de abeja! ¡Háblame de cómo la antiestética pelusilla negra, igual que las legiones persas de Darío, se extiende sobre el territorio aqueo de muchachas apenas adolescentes! No, Calíope no se sorprendió ante la aparición de una sombra por encima del labio superior. Mi tía Zo, mi madre, Surmelina e incluso mi prima Cleo padecían la afección de tener pelos donde no querían. Cuando cierro los ojos y evoco los queridos olores de la infancia, ¿huelo a galletas en el horno o al aroma de pino del árbol de Navidad? No especialmente, el olor que llena, por decirlo así, el órgano olfativo de mi memoria, es la fetidez del Neir, un disolvente sulfuroso.

Veo a mi madre, con los pies metidos en la bañera, esperando que haga efecto la urticante y jabonosa espuma. Veo a Surmelina calentando una lata de cera en la cocina. ¡Las molestias que se toman para tener la piel lisa! ¡El sarpullido que deja la crema! ¡La inutilidad de todo eso! El enemigo, el vello, era imparable. Como la vida misma.

Dije a mi madre que me concertara una cita en el salón de belleza que Sophie Sassoon tenía en el centro comercial Eastland.

Comprimido entre un cine y un bar de bocadillos, El Vellochino de Oro hacía lo que podía para distanciarse socialmente de sus vecinos. Sobre la puerta colgaba un elegante toldo con la silueta de una *grande dame* parisina. Al pasar, se veían flores en el mostrador. Tan primorosa como las flores estaba la propia Sophie Sassoon. Con un vestido suelto, de tela estampada y color púrpura, llena de pulseras y alhajas, pasaba grácilmente de un sillón a otro.

—¿Cómo vamos por aquí? Pero qué bien le queda. Ese color le quita diez años.  
—Y a la siguiente clienta—: No se preocupe. Créame. Ahora se lleva así. Díselo, Reinaldo.

Y Reinaldo, con pantalones de tiro corto:

—Como Mia Farrow en *La semilla del diablo*. Una peli morbosa, pero ella estaba genial.

Sophie, para entonces, ya estaba con otra persona.

—Deja que te dé un consejo, cariño. No te seques el pelo con secador. Déjalo que se seque al aire. Además, te voy a dar un suavizante increíble. Soy distribuidora autorizada.

Las mujeres iban allí por las atenciones de Sophie Sassoon, por la sensación de seguridad que les daba el salón de belleza, la garantía de que allí podían exponer sus defectos sin reparo alguno y de que Sophie se ocuparía personalmente de ellas. De otro modo, las clientas se habrían percatado de que Sophie Sassoon también necesitaba consejos de belleza. Habrían visto que tenía las cejas como perfiladas con rotulador y que su cara, debido al maquillaje Princesa Borghese que vendía a comisión, era de color ladrillo. Pero ¿fue aquel día cuando me di cuenta de eso o en las semanas siguientes? Como a todas las demás, antes que el resultado final, lo que me impresionaba era la complejidad del maquillaje de Sophie Sassoon. Yo sabía, igual que mi madre y las demás señoras, que para «ponerse esa cara» todas las mañanas, Sophie Sassoon no tardaba menos de una hora y cuarenta y cinco minutos. Tenía que ponerse crema de contorno de ojos. Además debía aplicarse varias capas, como si barnizara un Stradivarius. Debajo de la última capa de color ladrillo, había otras: toques de verde para corregir las rojeces, de rosa para el colorete, de azul para sombrear los párpados. Utilizaba lápiz de ojos seco, delineador líquido, barra y perfilador de labios, sombra clara de ojos y reductor de poros. La cara de Sophie Sassoon: creada con el rigor de una pintura de arena hecha grano a grano por monjes tibetanos. Sólo duraba un día y luego desaparecía.

Esa cara nos decía ahora a nosotras:

—Pasen por aquí, señoras.

Sophie estaba cariñosa, como siempre; encantadora, como de costumbre. Sus manos, tratadas todas las noches con crema evanescente, revoloteaban a nuestro alrededor, tocando, acariciando. Daba la impresión de que sus pendientes formaban parte de lo que Schliemann desenterró en Troya. Nos condujo frente a una hilera de mujeres a quienes estaban peinando y entre un asfixiante gueto de secadores hasta hacernos pasar al otro lado de unas cortinas azules. En la parte delantera de El Vellochino de Oro, Sophie arreglaba el pelo; en la de atrás, lo quitaba. Había una mujer corpulenta tumbada de espaldas, con la blusa levantada y el ombligo al aire. Otra, echada boca abajo, leía una revista mientras se le secaba la cera de los muslos. Sentada en una silla había otra con las patillas y el mentón, untados de cera de color castaño claro, y dos jóvenes que estaban desnudas de cintura para abajo para que les marcaran la línea del bikini. El olor a cera era fuerte y agradable. Había un ambiente parecido al de un baño turco, pero sin tanto calor: todo daba una sensación acolchada, de pereza, con volutas de humo ascendiendo de los recipientes de la cera.

—Sólo voy a hacerme la cara —dije a Sophie.

—Habla como si fuera ella la que paga —bromeó Sophie, dirigiéndose a mi

madre.

Mi madre se echó a reír, y las demás mujeres siguieron su ejemplo. Todas nos miraban, sonrientes. Yo acababa de salir del colegio, aún llevaba el uniforme.

—Alégrate de que sólo sea la cara —dijo una de las del biquini.

—Dentro de unos años —terció la otra— a lo mejor se te ocurre ir al sur.

Risas. Guiños. E incluso, para mi asombro, una picara sonrisa en los labios de mi madre. Como si detrás de la cortina Tessie fuera otra persona. Como si, ahora que nos íbamos a dar la cera juntas, pudiera tratarme como a una adulta.

—Sophie, a lo mejor convences a Callie para que se corte el pelo —sugirió Tessie.

—Lo tienes demasiado espeso, cariño —observó Sophie, sincerándose conmigo—. Para la forma de la cara.

—Sólo la cera, por favor.

—No escucha —dijo Tessie.

Una húngara (de los alrededores de la Región del Vello) hizo los honores. Con la diligencia de Jimmy Papanikolas preparando platos combinados, nos fue colocando por la habitación como viandas en la plancha: en un rincón, la mujer corpulenta de piel tan rosácea como panceta canadiense; al fondo, Tessie y yo, apretujadas como patatas fritas; a la izquierda, las de la marca del biquini, como huevos fritos con la yema para arriba. Helga nos tenía chisporroteando a todas. Con la bandeja de aluminio en la mano, iba de un cuerpo a otro, extendiendo sobre los sitios precisos, cera del color de sirope de arce con una espátula de madera, y poniendo encima una gasa bien apretada, antes de que la sustancia se endureciera. Cuando la mujer corpulenta estuvo hecha de un lado, Helga le dio la vuelta. Tessie y yo nos quedamos en la silla, oyendo cómo arrancaban la cera a tirones.

—¡Ay, Dios! —exclamó la señora corpulenta.

—No es nada —repuso Helga, quitando importancia al asunto—. Lo hago con cuidado.

—¡Auyyy! —chilló una de las chicas del biquini.

Y Helga, adoptando una posición extrañamente feminista:

—¿Ves lo que hacéis por los hombres? Sufrir. No vale la pena.

Ahora Helga vino hacia mí. Me cogió de la barbilla y me movió la cabeza de un lado para otro, examinándome. Me extendió cera por encima del labio superior. Se acercó a mi madre e hizo lo mismo. Treinta segundos después se había endurecido la cera.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció Tessie.

—Qué —pregunté, mientras Helga daba el tirón. Estaba segura de que mi aprendiz de bigote había desaparecido. Junto a mi labio superior.

—Tu hermano viene a casa por Navidad.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Pestañeé y no dije nada, momentáneamente sin habla. Helga se volvió hacia mi madre.

—Vaya sorpresa —comenté.

—Viene con su novia.

—¿Tiene novia? Pero ¿quién querría salir con él?

—Se llama... —Helga dio el tirón. Al cabo de un momento, mi madre prosiguió —: Meg.

A partir de entonces, Sophie Sassoon me arregló el vello facial. Iba dos veces al mes, añadiendo la depilación a una lista de cuidados en continuo aumento. Empecé afeitándome las piernas y las axilas. Me depilaba las cejas. Las normas vestimentarias del colegio prohibían el maquillaje. Pero experimentaba los fines de semana, dentro de ciertos límites. Reetika y yo nos pintábamos la cara en su habitación, mirándonos en un espejo de mano que nos íbamos pasando continuamente. Yo tenía una marcada inclinación por el lápiz de ojos. En eso, mi modelo era Maria Callas, o quizá Barbra Streisand en *Funny Girl*. Las divas triunfadoras, de alargada nariz. En casa figoneaba en el baño de Tessie. Me encantaban los frasquitos en forma de amuletos, las cremas, de olor tan dulce que parecían comestibles. También probé su vaporera facial. Al poner la cara en el cono de plástico, el calor era como un bofetón. No toqué las cremas hidratantes con grasa por miedo a que me saliera un sarpullido.

Con Capítulo Once en la universidad —ya estaba en segundo de carrera—, tenía el baño para mí sola. Lo que resultaba evidente en cuanto se abría el armarito de las medicinas. Dos maquinillas de afeitar de color rosa, metidas cabeza arriba en un vaso pequeño, junto a un aerosol de champú en seco. Una barra de crema hidratante para labios, que sabía como un refresco, junto a un frasco de colonia para el pelo. Mi crema para darme claridad y volumen en el pelo prometía convertirme en «la chica de la melena» (pero ¿acaso no lo era ya?). Pasaremos de ahí a los productos para la cara: el complejo para combatir el acné, los rulos para el pelo, un frasco de pastillas para alisar el pelo femenino que esperaba utilizar algún día y un bote de polvos de talco. Luego estaba el desodorante en aerosol y mis dos frascos de perfume: Woodhue, un regalo de Navidad un tanto inquietante de mi hermano, que en consecuencia nunca me ponía, y L'Air du Temps de Nina Ricci («Sólo para mujeres románticas»). También tenía un tubo de crema decolorante Jolén, que me aplicaba cuando no iba a El Vellochino de Oro. Intercalados entre esos artículos totémicos había bastoncillos y bolas de algodón, lápiz de labios, sombra de ojos Max Factor, rímel, colorete y todo lo que utilizaba en la batalla perdida por ponerme guapa. Por último, oculta en el fondo del armarito, estaba la caja de compresas Kotex que mi madre me había dado un día.

—Será mejor que las tengamos a mano —afirmó, dejándome absolutamente pasmada.

No me dio más explicaciones.

El abrazo que di a Capítulo Once en el verano de 1972 resultó ser una especie de despedida, porque cuando volvió a casa después de su primer año de carrera mi hermano se había convertido en otra persona. Se había dejado crecer el pelo (no tanto como yo, pero casi). Estaba aprendiendo a tocar la guitarra. De la nariz le sobresalían unas gafas de montura antigua, y en vez de pantalones normales llevaba unos vaqueros desteñidos y acampanados. Los miembros de mi familia siempre han tenido un don para el transformismo. Mientras yo terminaba mi primer año en Baker e Inglis y empezaba el segundo, mientras pasaba de ser una colegiala bajita de séptimo a una alumna de octavo, alarmantemente alta, Capítulo Once, en la universidad, pasaba de ser un imbécil con aire de científico a imitador de John Lennon.

Se compró una moto. Empezó con la meditación. Afirmaba entender *2001: una Odisea del espacio*, incluso el final. Pero hasta que Capítulo Once no bajó al sótano a jugar al ping-pong con Milton, no comprendí lo que había detrás de todo eso. Hacía años que teníamos una mesa de ping-pong, pero hasta el momento, por mucho que practicáramos, mi hermano y yo jamás habíamos estado cerca de ganar a Milton. Ni mi nuevo pase largo ni el poblado entrecejo de mi hermano, fruncido por la concentración, lograban contrarrestar el perverso efecto de su «mortal cañonazo», que nos dejaba marcas en el pecho *a través de la ropa*. Pero aquel verano, algo había cambiado. Cuando Milton empleaba su servicio ultrarrápido, Capítulo Once se lo devolvía con el mínimo esfuerzo. Cuando Milton ponía en práctica el efecto «inglés» que había aprendido en la Marina, Capítulo Once le contestaba igualmente. Incluso cuando Milton remataba con lo que pretendía ser una bola decisiva, Capítulo Once, con tremendos reflejos, se la devolvía. Milton empezó a sudar. La cara se le puso roja. Capítulo Once no perdió la calma. Había en sus rasgos una expresión extraña, distraída. Tenía las pupilas dilatadas.

—¡Venga! —le animaba yo—. ¡Que ganas a papá!

Empate a doce. Catorce a doce. Quince a catorce. Dieciocho a diecisiete. ¡Veintiuno a dieciocho! ¡Capítulo Once lo había conseguido! ¡Había ganado a Milton!

—Voy de ácido —me explicó luego.

—¡Qué!

—Cristal. Tres tripis.

Con la droga le había parecido que todo pasaba a cámara lenta. Era como si los servicios más rápidos de Milton, sus más arqueados tiros con efecto y sus mortíferos remates se quedaran flotando un momento en el aire.

¿LSD? ¿Tres tripis? ¡Capítulo Once había estado tripeando todo el tiempo! ¡Estaba drogado durante la cena!

—Eso fue lo peor —me confesó—. Estaba viendo cómo trinchaba papá el pollo

cuando, de pronto, ¡el animal empezó a batir las alas y salió volando!

—Pero ¿qué le pasa a este chico? —oí que mi padre decía a mi madre a través de la pared que separaba nuestras habitaciones—. Ahora dice que va a dejar ingeniería. Dice que es muy aburrida.

—Es una fase. Ya se le pasará.

—Más vale.

Poco después, Capítulo Once volvió a la universidad. No vino a casa para Acción de Gracias. De manera que, a medida que se aproximaban las navidades de 1973, todos nos preguntábamos qué aspecto tendría cuando lo viéramos otra vez.

Enseguida lo averiguamos. Tal como temía mi padre, Capítulo Once había abandonado sus planes de hacerse ingeniero. Ahora, según nos informó, iba a licenciarse en antropología.

Como parte de los trabajos de una de sus asignaturas, durante aquellas vacaciones Capítulo Once llevó a cabo lo que él denominaba «trabajo de campo». Iba a todas partes con un magnetófono, grabando todo lo que decíamos. Tomaba notas sobre nuestros «sistemas de ideación» y los «rituales de los vínculos de parentesco». Él apenas decía nada, alegando que no quería influir en las conclusiones. De cuando en cuando, sin embargo, mientras observaba cómo el clan familiar comía, bromeaba y discutía, Capítulo Once soltaba una carcajada, un particular Eureka que le hacía echarse para atrás en la silla y levantar del suelo las zapatillas de deporte. Luego se inclinaba hacia delante y se ponía a escribir como un loco en su cuaderno.

Como ya he dicho, mi hermano no me prestó mucha atención mientras crecíamos. Aquel fin de semana, sin embargo, espoleado por la manía de la observación, Capítulo Once manifestó un nuevo interés hacia mí. El viernes por la tarde, me encontraba haciendo diligentemente los deberes en la mesa de la cocina cuando se acercó y se sentó frente a mí. Me miró fijamente durante un rato sin decir nada.

—Latín, ¿eh? ¿Eso es lo que te enseñan en ese colegio?

—Me gusta.

—¿Eres necrófila?

—¿Si soy qué?

—Necrófila, alguien a quien le gustan los muertos. El latín es una lengua muerta, ¿no?

—No sé.

—Yo sé algo de latín.

—¿Ah, sí?

—Cunnilingus.

—No seas ordinario.

—Fellatio.

—Ja, ja.

—Mons Veneris.

—Me muero de risa. Me estás matando. Mira, ya me he muerto.

Capítulo Once se quedó callado durante un rato. Traté de seguir estudiando, pero noté que me miraba. Acabó sacándome de quicio. Cerré el libro.

—¿Qué estás mirando? —le espeté.

Hubo una pausa, típica de mi hermano. Tras las gafas de montura anticuada, su mirada parecía anodina, pero su cerebro estaba sopesando las cosas.

—Estoy mirando a mi hermanita —contestó.

—Vale. Ya las has visto. Ahora, vete.

—Estoy mirando a mi hermanita y pensando que ya no es mi hermanita.

—¿Y eso qué quiere decir?

De nuevo la pausa.

—No sé —contestó mi hermano—. Estoy tratando de averiguarlo.

—Pues cuando lo averigües, dímelo. Ahora tengo cosas que hacer.

El sábado por la mañana llegó la novia de Capítulo Once. Meg Zemka era tan bajita como mi madre y tan plana como yo. Tenía el pelo de un castaño desvaído, y los dientes, debido a una infancia de privaciones, no muy bien cuidados. Era una niña abandonada, una huérfana, un alfeñique, pero tenía seis veces más fuerza que mi hermano.

—¿Qué estudias en la universidad, Meg? —le preguntó mi padre durante la cena.

—Ciencias políticas.

—Qué interesante, ¿no?

—Me parece que no le gustaría mi punto de vista. Soy marxista.

—¿Ah, sí? No me digas.

—Usted dirige una cadena de puestos de comida, ¿no?

—Así es. Hércules Hot Dogs. ¿No los has probado nunca? Tenemos que llevarte a uno de nuestros puestos.

—Meg no come carne —le recordó mi madre.

—Ah, sí, lo olvidé —repuso Milton—. Bueno, siempre podrás comer patatas fritas. Tenemos patatas fritas.

—¿Cuánto paga a sus empleados? —preguntó Meg.

—¿A los que están detrás del mostrador? El salario mínimo.

—Mientras usted se da la gran vida en esta mansión de Grosse Pointe.

—Porque me encargo de todo lo relacionado con el negocio y asumo los riesgos.

—A mí eso me suena a explotación.

—Sí que lo parece, sí —repuso Milton, sonriendo—. Bueno, pues si dar trabajo a alguien es explotarle, entonces supongo que soy un explotador. Esos empleos no existían antes de que yo pusiera en marcha el negocio.

—Eso es como decir que los esclavos no tenían trabajo antes de que se montaran



las plantaciones.

—Es una soflama viviente —dijo Milton, volviéndose hacia mi hermano—. ¿De dónde la has sacado?

—Fui yo quien lo saqué a él —repuso Meg—. De la parte de arriba de un ascensor.

Así fue como nos enteramos de cómo empleaba el tiempo Capítulo Once en la universidad. Su entretenimiento favorito consistía en desatornillar el panel del techo del ascensor de la residencia de estudiantes y subirse arriba. Allí se quedaba horas sentado, subiendo y bajando en la oscuridad.

—La primera vez que lo hice —confesó ahora Capítulo Once—, el ascensor empezó subiendo hasta el último piso. Creí que me iba a aplastar. Pero siempre hay un poco de espacio libre.

—¿Para eso te estamos pagando los estudios? —inquirió Milton.

—¿Para eso explota usted a sus empleados? —terció Meg.

Tessie hizo que Meg y Capítulo Once durmieran cada uno en una habitación, pero en plena noche hubo un montón de risitas y carreras de puntillas en la oscuridad. Tratando de convertirse en la hermana mayor que nunca tuve, Meg me dio un ejemplar de *Nosotras, nuestros cuerpos*.

Capítulo Once, arrastrado por la vorágine de la revolución sexual, también trató de ilustrarme.

—¿Te has masturbado alguna vez, Cal?

—¡Qué!

—No tienes que avergonzarte. Es algo natural. Un amigo mío me dijo que se podía hacer con la mano. Así que me metí en el baño...

—No quiero oír hablar de eso...

—... y lo probé. De pronto se me empezaron a contraer todos los músculos del pene...

—¿En nuestro baño?

—... y entonces eyaculé. Fue una sensación alucinante. Tienes que probarlo, Cal, si no lo has hecho todavía. Con las chicas es un poco diferente, pero fisiológicamente es muy parecido. El pene y el clítoris tienen estructuras análogas, quiero decir. Tienes que experimentar, a ver qué pasa.

Me tapé los oídos con los dedos y me puse a tararear una canción.

—No tienes que tener tantos complejos conmigo —dijo Capítulo Once alzando la voz—. Soy tu hermano.

La música rock, la veneración por el Maharishi Mahesh Yogui, las semillas brotando en la repisa de la ventana, el papel de fumar con los colores del arco iris. ¿Qué más? Ah, sí: mi hermano había dejado de ponerse desodorante.

—¡Apesta! —objeté un día, sentada a su lado en la sala de la tele.

Capítulo Once se encogió ligerísimamente de hombros.

—Soy humano —afirmó—. Así es como olemos los seres humanos.

—Entonces, los humanos huelen mal.

—¿Crees que huelo mal, Meg?

—Nada de eso —dijo ella, hociqueándole el sobaco—. A mí *me excita*.

—¡Queréis largaros de aquí! Estoy intentando ver el programa.

—Oye, cariño, mi hermanita quiere que nos abramos. ¿Qué me dices de un caliqueño?

—Guay.

—Hasta luego, hermanita. Estaremos arriba, *in flagrante delicto*.

¿Adónde podía conducir todo aquello? Únicamente a disensiones familiares, peleas, gritos y pesadumbre. El 31 de diciembre, mientras Milton y Tessie brindaban por el año nuevo con vasos de Cold Duck, Capítulo Once y Meg bebían Elephant Malt Liqueur de la botella, y de cuando en cuando, salían al jardín a fumarse un porro a escondidas.

—¿Sabéis una cosa? Estoy pensando en hacer por fin el viaje a Grecia. Podríamos ir a ver el pueblo del *papú* y la *yiayía*.

—Y arreglar la iglesia, como prometiste.

—¿Qué te parece? —preguntó Milton a Capítulo Once—. A lo mejor nos vamos toda la familia de vacaciones este verano.

—Yo no —anunció Capítulo Once.

—¿Por qué no?

—El turismo no es más que otra forma de colonialismo.

Etcétera, etcétera. Al cabo de poco, Capítulo Once declaró que no compartía los valores de Milton y Tessie. Milton le preguntó qué pasaba con sus valores. Capítulo Once afirmó que él estaba en contra del materialismo.

—A ti lo único que te preocupa es el dinero —dijo a Milton—. Y yo no quiero vivir así.

Abarcó con un gesto la habitación. Capítulo Once estaba en contra de nuestra sala de estar, de todo lo que teníamos, de todo por lo que había trabajado Milton. ¡Estaba en contra de Middlesex! Y luego, los gritos; Capítulo Once mandando a tomar a Milton por allí; y más gritos; y la moto de Capítulo Once arrancando con estrépito y desapareciendo con Meg de paquete.

¿Qué le había pasado a Capítulo Once? ¿Por qué había cambiado tanto? Era el estar fuera de casa, dijo Tessie. Los tiempos que corrían. Todo aquel lío con la guerra. Pero yo tengo una teoría diferente. Sospecho que la transformación de Capítulo Once se debió en no pequeña parte, al día en que, tumbado en la cama, la lotería decidió su vida. ¿Estoy proyectando? ¿Endilgando a mi hermano mis propias obsesiones por el azar y el destino? Tal vez. Pero en el momento en que empezamos a hablar de un

viaje —un viaje prometido cuando Milton se salvó de otra guerra—, Capítulo Once, realizando viajes químicos por su cuenta, parecía que intentaba escapar de lo que vagamente había percibido bajo aquella manta de punto: la posibilidad de que la lotería no sólo hubiese decidido su reclutamiento, sino todo lo existente. Capítulo Once se escondía de ese descubrimiento, se ocultaba detrás de los cristales, en lo alto de los ascensores, en la cama de Meg Zemka, que mientras hacían el amor le murmuraba al oído: *¡Olvídate de la familia, hombre! ¡Son unos cerdos burgueses! ¡Tu padre es un explotador, tío! Olvídalos. Están muertos, tronco. Tiesos. La realidad es esto. Aquí mismo la tienes. ¡Ven por ella, cariño!*

## EL OSCURO OBJETO



Se me acaba de ocurrir que no he adelantado tanto como creía. Narrar mi historia no es el valeroso acto de liberación que esperaba. Escribir es un acto solitario, furtivo, y yo conozco muy bien ese asunto. Soy un experto en vida clandestina. ¿Es realmente mi temperamento apolítico lo que hace que me distancie del movimiento de los derechos intersexuales? ¿No será el miedo, también? A dar la cara. A convertirme en uno de *ellos*.

Pero en fin, cada uno hace lo que puede. Si esta historia está escrita sólo para mí, qué le vamos a hacer. Pero no tengo esa impresión. Noto que estás ahí, querido lector. Ésa es la única clase de intimidad con la que me siento cómodo. Sólo nosotros dos, aquí, en la penumbra.

No siempre fueron así las cosas. En la universidad tuve una amiga. Se llamaba Olivia. Nos sentimos atraídas por nuestra común desgracia. Olivia sufrió una agresión brutal a los trece años, casi la violan. La policía detuvo al tío que lo hizo y Olivia tuvo que prestar testimonio ante un tribunal en numerosas ocasiones. La terrible experiencia retrasó su desarrollo. En vez de hacer las cosas normales que hace una chica en el instituto, tuvo que seguir siendo aquella niña de trece años que subió al estrado de los testigos. Aunque Olivia y yo éramos intelectualmente capaces de asimilar el plan de estudios de la facultad, e incluso de aventajar a muchos, en aspectos clave seguíamos siendo emocionalmente adolescentes. Llorábamos mucho en la cama. Recuerdo la primera vez que nos desnudamos la una delante de la otra. Fue como quien se va quitando una venda. Yo era tan hombre como Olivia podía soportar en aquellos momentos. Fui su equipo para principiantes.

Cuando terminé la universidad, hice un viaje alrededor del mundo. Intenté olvidar mi cuerpo manteniéndolo en movimiento. Nueve meses después, de vuelta en casa, me presenté a unas oposiciones y, un año después, empecé a trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Un trabajo perfecto para mí. Tres años en un sitio, dos en otro. Nunca el tiempo suficiente para establecer vínculos sólidos con nadie. En Bruselas me enamoré de una camarera a quien, según afirmaba, no le importaba la singular forma en que estaba hecho. Se lo agradecí tanto que le pedí que se casara conmigo, aunque la encontraba aburrída, sin ambiciones, demasiado gritona, sin estilo. Afortunadamente, rechazó mi proposición y se fue con otro. ¿Quién más ha habido desde entonces? Unas cuantas aquí y allá, nada duraderas. Y así, sin permanencia, he caído en una rutina de seducciones incompletas. En esa charla que tan bien se me da. Cenas y copas. Achuchones en el portal. Y luego me voy.

—Mañana temprano tengo una reunión con el embajador —digo.

Y se lo tragan. Creen que el embajador está ansioso de que le informen sobre el próximo homenaje a Aaron Copland.

Se está haciendo más difícil cada vez. Con Olivia y todas las que vinieron después hubo que enfrentarse a lo mismo: la insalvable realidad de mi condición. Sin embargo, el Oscuro Objeto y yo nos conocimos sin ser conscientes de ella, en gozosa ignorancia.



Aquel invierno en Middlesex, después de los gritos que resonaron por todos los rincones, en casa sólo hubo silencio. Un silencio tan hondo que, como el pie izquierdo del secretario del presidente, borraba partes de la cinta oficial. Una estación húmeda, evasiva, durante la cual, incapaz de admitir que Capítulo Once le había destrozado el corazón, Milton empezó a henchirse visiblemente de rabia, de manera que casi todo le sacaba de quicio: una continua luz roja, hielo de postre en vez de helado. (Guardaba un silencio sonoro, pero silencio de todos modos). Un invierno durante el cual la inquietud por sus hijos inmovilizó a Tessie, de tal modo que ni siquiera fue a cambiar los regalos de Navidad que no quedaban bien, limitándose a guardarlos en el armario, con lo que no le devolvieron el importe. Al término de aquella estación herida, fraudulenta, cuando florecían los primeros crocos, volviendo de su hibernación subterránea, Calíope Stephanides, que también sentía removerse algo en el mantillo de su ser, se encontró leyendo a los clásicos.

En octavo, en el semestre de primavera tuve al señor Da Silva en la asignatura de inglés. Éramos un grupo de sólo cinco alumnas, y dábamos clase en el pequeño invernadero de la segunda planta. Las enredaderas trepaban por el techo de cristal. Cerca de nuestras cabezas se apelmazaban los geranios, que esparcían un olor a aluminio y regaliz. Aparte de mí, estaban Reetika, Tina, Joanne y Maxine Grossinger. Aunque nuestros padres eran amigos, yo apenas conocía a Maxine. No se mezclaba con las demás chicas de Middlesex. Siempre estaba con su violín, haciendo prácticas. Era la única judía del colegio. En el almuerzo se ponía aparte, comiendo en un Tupperware alimentos permitidos por su religión. Supuse que estaba tan pálida por pasarse todo el tiempo sin salir a la calle, y que la vena azul que le latía frenéticamente en la sien era una especie de metrónomo interno.

El señor Da Silva había nacido en Brasil. Lo que resultaba difícil de adivinar. No era exactamente un tipo carnavalesco. Los detalles nativos de su infancia (la hamaca, la bañera en la calle) habían sido borrados por su formación norteamericana y su afición a la novela europea. Ahora era demócrata y liberal, y llevaba brazaletes en

apoyo de causas radicales. Daba catequesis en una iglesia episcopaliana del barrio. Tenía una tez rosácea, bien cuidada, y un pelo rubio oscuro que le caía sobre los ojos cuando recitaba poesía. A veces arrancaba flores de cardo o de cualquier otra planta silvestre y se las ponía en el ojal de la chaqueta. Era de corta estatura, de constitución robusta, y solía realizar ejercicios isométricos entre clase y clase. También tocaba la flauta dulce. En su clase tenía un atril con partituras, obras del barroco primitivo, sobre todo.

El señor Da Silva era un profesor magnífico. Nos trataba con absoluta seriedad, como si nosotras, alumnas de octavo, pudiéramos zanjar alguna cuestión que los eruditos llevaban siglos discutiendo. Escuchaba nuestros gorjeos con un mechón de pelo tapándole los ojos. Cuando hablaba, lo hacía en largas parrafadas. Si se escuchaba con atención, era posible oír las comas y los puntos y comas en su discurso, e incluso el punto y coma y los dos puntos. El señor Da Silva tenía una cita pertinente para cada cosa que pasaba, y de ese modo se evadía de la vida real. En lugar de comerse el almuerzo, contaba lo que Oblonsky y Levin comían en *Ana Karenina*. O bien, al describir un crepúsculo de *Daniel Deronda*, no prestaba atención al que caía sobre Michigan en aquel preciso momento.

El señor Da Silva había pasado un verano en Grecia seis años antes. Cuando describió su visita a Mani, su voz se hizo aún más melodiosa que de costumbre, y le brillaban los ojos. Incapaz una noche de encontrar hotel, había dormido en el suelo, despertándose a la mañana siguiente debajo de un olivo. El señor Da Silva nunca había olvidado aquel olivo. Los dos habían mantenido un significativo cambio de impresiones. Los olivos son criaturas proclives a la intimidad, elocuentes en su distorsión. Resulta fácil entender por qué los antiguos creían que estaban habitados por espíritus humanos. El señor Da Silva, al despertarse en su saco de dormir, tuvo la misma impresión.

Yo también sentía curiosidad por Grecia, como es natural. Estaba deseando ir allí. El señor Da Silva me animaba a sentirme griega.

—Señorita Stephanides —me llamó en clase un día—. Dado que procede usted del país de Homero, ¿sería tan amable de empezar hoy la lectura? —Se aclaró la garganta—. Página ochenta y nueve.

Aquel semestre, nuestras compañeras con menos inclinaciones intelectuales leían *Una luz en el bosque*. Pero en el internado estábamos leyendo la *Ilíada* de cabo a rabo. Se trataba de una traducción en prosa, en edición de bolsillo, abreviada, desposeída de multitud de personajes, despojada de la música del griego antiguo, pero seguía siendo —por lo que a mí tocaba— un libro estupendo. ¡Cómo me encantó esa obra! Desde el arrebatado de mal humor de Aquiles en su tienda (que me recordó la negativa del presidente a entregar las cintas) hasta la escena en que arrastran de los pies a Héctor por toda la ciudad (que me hizo llorar), estuve fascinada. Nada que ver

con *Love Story*. Como escenario, Harvard no podía compararse con Troya, y en la novela de Segal no moría un solo personaje. (Quizá había en eso otro signo de las hormonas que se manifestaban silenciosamente en mi interior. Porque mientras mis compañeras encontraban la *Ilíada* demasiado sangrienta para su gusto, un interminable catálogo de personajes matándose entre sí después de presentarse formalmente, a mí me entusiasmaban los apuñalamientos y decapitaciones, la extirpación de ojos, las sugestivas evisceraciones).

Abrí el libro y bajé la cabeza. El pelo se me cayó por delante de la cara, aislándome de todo —Maxine, el señor Da Silva, los geranios del invernadero— menos del texto. Tras la cortina de terciopelo, mi voz de cantante de salón empezó a ronronear.

—«Afrodita se desató el cinto famoso, que encerraba en él tantos encantos: el amor, el deseo, el murmullo amoroso y la fuerza de la seducción, que hace perder el juicio a los hombres más sabios».

Era la una. El letargo de después de comer flotaba por el aula. Fuera, el cielo amenazaba lluvia. Llamaron a la puerta.

—Disculpe, Callie. ¿Podría parar un momento, por favor? —El señor Da Silva se volvió hacia la puerta—. Adelante.

Al igual que mis compañeras, alcé la vista. En el umbral había una chica pelirroja. Dos nubes se encontraron en lo alto, patinaron y, dejando escapar un resplandor, siguieron su camino. La luz cayó sobre el tejado de cristal del invernadero y, pasando entre los geranios suspendidos, realzó el fulgor rosado que ahora, como una especie de membrana, envolvía a la recién llegada. También es posible que el sol no tuviese nada que ver, sino que se tratase de cierta intensidad, de un fervor, de mi mirada.

—Estamos en mitad de clase, querida.

—Pero yo tengo que venir a esta clase —repuso la chica, con tristeza. Enseñó un papel.

El señor Da Silva lo examinó.

—¿Está segura de que la señorita Durrel quiere que pase usted a *esta* clase? —inquirió.

—La señora Lampe ya no me quiere ver en su clase —explicó ella.

—Siéntese, tendrá que leer con otra. La señorita Stephanides está leyendo un pasaje del libro tercero de la *Ilíada*.

Empecé a leer de nuevo. Es decir, mis ojos seguían el curso de las frases mientras mis labios iban formando palabras. Pero mi mente había dejado de prestar atención a su significado. Al terminar, no me sacudí la cabeza para echarme el pelo hacia atrás. Me lo dejé frente a la cara. Atisbé por un hueco.

La nueva se había puesto en el pupitre de al lado. Inclineda hacia Reetika, haciendo como que leía con ella, seguía mirando las plantas. Arrugó la nariz frente al

olor a mantillo.

Mi interés era en parte científico, zoológico. Jamás había visto a nadie con tantas pecas. A partir del puente de su nariz, se había producido una especie de Gran Explosión, y la fuerza del estallido había arrojado galaxias de pecas que se precipitaban y flotaban por todos los rincones de aquel universo de sangre caliente. Tenía racimos de pecas en brazos y muñecas, toda una Vía Láctea extendida por la frente, incluso unos chisporroteantes quásar lanzándose por la cavidad sideral de sus oídos.

Como estamos en clase de inglés, permítaseme citar un poema. «Belleza ruana», de Gerard Manley Hopkins, que empieza así: «Gloria a Dios por las criaturas jaspeadas». Cuando pienso en la primera vez que vi a aquella chica pelirroja, creo que mi reacción se debió a la simple apreciación de la belleza natural. Me refiero al placer que se siente al mirar las veteadas hojas de los plátanos en la Provenza o el palimpsesto de su corteza. Había un profuso atractivo en la combinación de color, las pardas sombras que flotaban en su piel blanca como la leche, los dorados reflejos en el fresón de su pelo. Mirarla era como el otoño. Era como viajar al norte para admirar los colores.

Entretanto, ella permanecía recostada en el respaldo del pupitre, las piernas estiradas, mostrando los largos calcetines azules y los gastados tacones de los zapatos. Como no estaba al tanto de la lectura, no iban a llamarla, pero el señor Da Silva le dirigía miradas de preocupación. La nueva no se daba cuenta. Repantigada en su luminiscencia anaranjada, cerraba y abría los ojos, medio dormida. En un momento dado se le abrió la boca y, en pleno bostezo, se contuvo, como si no le hubiera salido bien. Tragó algo y se golpeó el pecho con el puño. Soltó un eructo silencioso y murmuró para sí:

—Ay, caramba...

En cuanto terminó la clase, desapareció.

¿Quién era? ¿De dónde había salido? ¿Por qué nunca la había visto antes en el colegio? Estaba claro que no era nueva en Baker e Inglis. Caminaba pisando el contrafuerte de los zapatos, llevándolos como si fueran zuecos. Eso hacían las Pulseras de Dijes. Además, llevaba un anillo antiguo en el anular, con rubíes de verdad. Sus labios eran finos, austeros, protestantes. Su nariz no era realmente una nariz. Sólo un principio.

Venía todos los días a clase con la misma expresión aburrida y distante. Iba arrastrando los pies con aquellos zapatones semejantes a zuecos, haciendo un movimiento como si se deslizara o patinara, las rodillas flexionadas y el cuerpo echado hacia delante. Lo que confirmaba la impresión general de desgana. Cuando ella entraba, yo estaba regando las plantas del señor Da Silva. Me había encargado que lo hiciera antes de clase. De manera que así empezaba el día, yo en un extremo



del aula de cristales, sepultada entre geranios en flor, y aquel reventón encarnado entrando por la puerta.

Su forma de arrastrar los pies dejaba clara su opinión sobre el —viejo y muerto— poema que leíamos. No le interesaba. Nunca hacía los deberes. Se pasaba la clase intentando salir de apuros. Copiaba en los exámenes y pirateaba los trabajos. Si hubiese tenido como compañera a una Pulsera de Dijes se habrían entretenido pasándose notitas. Sola, no podía sino estar alicaída. El señor Da Silva renunció a intentar enseñarle nada y la hacía intervenir lo menos posible.

Yo la observaba dentro y también fuera de clase. En cuanto llegaba al colegio me ponía ojo avizor. Me sentaba en una de las amarillentas butacas de mimbre que había en el vestíbulo, fingiendo que hacía los deberes, y esperaba a que pasara. Sus breves apariciones siempre me dejaban para el arrastre. Me parecía a un personaje de dibujos animados, con estrellitas girando en torno a la cabeza. Asomaba por la esquina, mascando un bolígrafo y arrastrando los pies, como si llevara zapatillas. Siempre caminaba a buen paso. Como iba pisando el contrafuerte, si no echaba la puntera hacia delante con la suficiente rapidez, corría el riesgo de perder los zapatos. Ese movimiento realzaba los músculos de sus pantorrillas. Por allí también tenía pecas. Era casi como una especie de bronceado. Avanzaba con ligereza y suavidad en compañía de otra Pulsera de Dijes, hablando con aquella lánguida y segura altivez que las caracterizaba. A veces me miraba, pero no daba muestras de reconocerme. Una membrana nictitante velaba entonces sus ojos.

Permítaseme un anacronismo. *Ese oscuro objeto del deseo*, la película de Luis Buñuel, no se estrenó hasta 1977. Por aquella época la pelirroja y yo ya habíamos perdido el contacto. Dudo que ella haya visto siquiera la película. Sin embargo, es en *Ese oscuro objeto del deseo* en lo que pienso cuando me acuerdo de ella. La vi en televisión, en un bar español, cuando estaba destinado en Madrid. No entendí la mayor parte del diálogo. Pero la trama estaba bastante clara. Un caballero entrado en años, interpretado por Fernando Rey, se enamora locamente de una hermosa joven, interpretada por Carole Bouquet y Ángela Molina. Nada de esto me interesó demasiado; fue el toque surrealista lo que me cautivó. En muchas escenas se ve a Fernando Rey con un pesado saco cargado al hombro. Nunca se alude al motivo de ese saco. (O en caso de que se mencione, también se me escapó). Simplemente va a todas partes con el saco a cuestas, al restaurante, al parque, coge taxis con él. Así era exactamente como me sentía yo, siguiendo a mi Oscuro Objeto. Como si llevara a cuestas un peso o una carga desconocida y misteriosa. Si no te importa, querido lector, voy a llamarla así. La llamaré Oscuro Objeto. Por motivos sentimentales. (Además, tengo que salvaguardar su identidad).

Allí estaba, en clase de gimnasia, fingiéndose enferma. Ahí la tenía, a la hora del almuerzo, víctima de un ataque de risa. Tronchándose sobre la mesa, trataba de dar

puñetazos a los chistes responsables del acceso. Le chorreaba leche de los labios. La nariz le goteaba un poco, lo que redoblaba las risas de las demás. Luego la vi en una moto, yendo de paquete con un chico desconocido. Se montó en el asiento trasero mientras él se ponía de pie sobre los pedales. No le rodeó la cintura con los brazos. Se las arregló equilibrando el cuerpo. Eso me dio esperanzas.

Un día, en clase, el señor Da Silva pidió al Objeto que leyera en voz alta.

Estaba, como de costumbre, repantigada en el pupitre. En un colegio exclusivamente femenino no hay que estar atenta a tener las rodillas juntas ni la falda bajada. El Objeto tenía las rodillas separadas, y se le veían los muslos, bastante carnosos, hasta muy arriba. Sin moverse, declaró:

—Me he olvidado el libro.

El señor Da Silva apretó los labios.

—Lea con Callie.

El Objeto no hizo movimiento alguno hacia mí. Su única señal de asentimiento fue quitarse el pelo de la cara. Se llevó la mano a la frente y se la pasó por el pelo, haciendo surcos con los dedos como si fuera un arado. Concluyó la operación con una floritura, sacudiendo levemente la cabeza. Allí estaba la mejilla, consintiendo la aproximación. Me lancé al momento. Puse el libro sobre la grieta que separaba nuestros pupitres. El Objeto se inclinó sobre él.

—¿Por dónde vamos?

—Al comienzo de la página ciento doce. Descripción del escudo de Aquiles.

Nunca había estado tan cerca del Oscuro Objeto. No era fácil para mi organismo. Mi sistema nervioso acometió «El vuelo del moscardón». La sección de cuerdas me serraba la espina dorsal. Los tímpanos me percutían el pecho. Al mismo tiempo, tratando de ocultarlo todo, no movía un solo músculo. Apenas respiraba. Ésa era más o menos la situación: catatonía por fuera; frenesí por dentro.

Podía oler su chicle con sabor a canela. Lo seguía teniendo en algún sitio de la boca. No la miré directamente. No aparté los ojos del libro. Un mechón de sus cabellos, entre rubio y pelirrojo, caía a mi lado sobre el pupitre. Un rayo de sol atravesó entonces su pelo y se produjo un efecto prismático. Pero mientras yo contemplaba aquel arco iris de dos centímetros, ella empezó a leer.

Me esperaba una voz nasal, monótona, plagada de incorrecciones. Esperaba golpes, virajes bruscos, chirriar de frenos, choques frontales. Pero el Oscuro Objeto tenía buena voz para leer. Clara, sonora, de ritmo ágil. Una voz que había adquirido en casa, escuchando a tíos suyos que recitaban poesía cuando bebían más de la cuenta. Su expresión cambió. Una profunda dignidad, antes ausente, marcó sus rasgos. Su cabeza se alzaba sobre un cuello orgulloso. Su mentón sobresalía. Parecía tener veinticuatro años en vez de catorce. Me pregunté cuál era más extraña, la voz de Eartha Kitt que salía de mis labios o la de Katharine Hepburn que salía de los suyos.

Cuando terminó, se hizo un silencio.

—Gracias —dijo el señor Da Silva, tan sorprendido como todas nosotras—. Ha leído usted muy bien.

Sonó el timbre. Inmediatamente, el Oscuro Objeto se separó de mí. Volvió a pasarse la mano por el pelo, como si se lo aclarase en la ducha. Se levantó del pupitre deslizándose por el asiento y salió del aula.

Algunos días, cuando no había mucha luz en el invernadero y el Oscuro Objeto se desabrochaba dos botones de la blusa, cuando la sombra de su escapulario oscilaba entre las copas del sostén, ¿sentía Calíope alguna inclinación propia de su verdadera naturaleza biológica? ¿Pensó alguna vez, mientras el Oscuro Objeto pasaba por el corredor, que lo que sentía no estaba bien? Sí y no. Me permito recordar dónde sucedía todo eso.

En Baker e Inglis era perfectamente aceptable enamorarse de una compañera de clase. En un colegio femenino, una determinada cantidad de energía emocional, normalmente gastada en chicos, se desvía hacia algunas amistades. En el Baker e Inglis las chicas iban cogidas del brazo, como hacen las colegialas francesas. Competían por los afectos. Surgían celos. Se perpetraban traiciones. Era normal entrar en los servicios y oír llantos en algún cubículo. Las chicas lloraban porque Fulanita no se sentaba a su lado en el almuerzo, o porque su mejor amiga se había echado un novio que le acaparaba el tiempo. Encima de todo eso, los rituales escolares reforzaban la intimidad del ambiente. Estaba el Día del Anillo, cuando las Hermanas Mayores iniciaban a las Hermanas Pequeñas en la madurez entregándoles flores y cintas doradas. El Baile Femenino, una fiesta de primavera sin hombres, celebrada al aire libre. Cada dos meses había un «De corazón a corazón», reuniones confesionales dirigidas por el capellán del colegio que invariablemente concluían en paroxismos de lágrimas y abrazos. No obstante, el espíritu del colegio seguía siendo heterosexual militante. Mis compañeras de clase podían mostrarse amistosas en horas lectivas, pero los chicos eran la actividad primordial fuera del colegio. Cualquier chica sospechosa de que le gustara otra, era objeto de cuchicheos, rechazo y discriminación. Yo era consciente de todo eso. Me asustaba.

No sabía si mis sentimientos hacia el Oscuro Objeto eran normales o no. La envidia inspiraba a mis amigas sentimientos amorosos hacia otras chicas. Reetika estaba prendada por la forma en que Alwyn Brier tocaba *Finlandia* al piano. Linda Ramírez estaba chiflada por Sofía Cracchiolo porque estudiaba tres idiomas a la vez. ¿Era eso? ¿Era la atracción que yo sentía hacia el Objeto una consecuencia de sus cualidades elocutivas? Lo dudaba. Mi enamoramiento se percibía físicamente. No era una cuestión de criterio, sino un tumulto en mis venas. Por ese motivo lo mantuve en secreto. Me retiraba a los servicios del sótano para meditar sobre el asunto. Todos los días, siempre que tenía ocasión, bajaba por las escaleras de atrás hasta el baño

desierto y me encerraba durante media hora por lo menos.

¿Hay un sitio tan reconfortante como los viejos servicios de un centro educativo de antes de la guerra? La clase de servicios que instalaban en Estados Unidos cuando el país estaba en periodo de construcción. El baño del sótano de Baker e Inglis era como un palco de la ópera. En el techo brillaban lámparas eduardianas. Los lavabos eran hondos cuencos blancos enmarcados en pizarra azul. Cuando una se agachaba a lavarse la cara, veía grietas diminutas en la porcelana, como en un jarrón Ming. Cadenas doradas mantenían sujetos los tapones. El goteo de los grifos había desgastado el esmalte, surcándolo de manchas grises.

Encima de cada lavabo colgaba un espejo ovalado. Yo no quería nada con ellos. (Para mí, «el odio a los espejos que empieza en la madurez» se había iniciado mucho antes). Evitando mi propia imagen, me dirigía derecha a los cubículos. Había tres, y siempre elegía el del centro. Como los demás, era de mármol. Mármol gris de Nueva Inglaterra, de cinco centímetros de grosor, extraído de la cantera en el siglo XIX, incrustado de fósiles con millones de años de antigüedad. Cerraba la puerta y echaba el cerrojo. Cogía una funda higiénica y la ponía en el asiento del retrete. Protegida contra los gérmenes, me bajaba las bragas, me levantaba la falda escocesa y me sentaba. Enseguida notaba cómo se relajaban mis miembros, liberándose de la tensión. Me quitaba el pelo de la cara para ver mejor. Había fósiles diminutos en forma de helecho y fósiles que parecían escorpiones suicidándose con su propio agujón. Abajo, entre mis piernas, la taza tenía una mancha herrumbrosa, también antigua.

Los servicios del sótano eran la antítesis de los vestuarios. Los cubículos tenían más de dos metros de altura, y las paredes y la puerta llegaban hasta el mismo suelo. El mármol fosilizado me ocultaba mejor que el pelo. En los servicios del sótano reinaba un horario en el que yo me sentía más cómoda, no era la lucha por la supervivencia de arriba, sino el lento progreso evolutivo de la tierra, de su flora y su fauna surgiendo del barro primigenio, generativo. Los grifos goteaban con el lento e inexorable flujo del tiempo y allí abajo yo estaba sola, y a salvo. A salvo de mis confusos sentimientos hacia el Oscuro Objeto, y a salvo, también, de los retazos de conversación que alcanzaba a oír en la habitación de mis padres. Justo la noche anterior, la exasperada voz de Milton había llegado hasta mis oídos:

—¿Otra vez con dolor de cabeza? Tómate una aspirina, joder.

—Ya me la he tomado —repuso mi madre—. No me sirve de nada.

Entonces, el nombre de mi hermano, y mi padre gruñendo algo que no distinguí. Luego Tessie:

—Además, estoy preocupada por Callie. Sigue sin tener el período.

—Pero si sólo tiene trece años.

—Tiene *catorce*. Y fíjate lo alta que es. Creo que le pasa algo.

Un momento de silencio, tras el cual preguntó mi padre:

—¿Qué dice el doctor Phil?

—¡El doctor Phil! No dice nada. Voy llevarla a otro médico.

El murmullo de mis padres, que atravesaba la pared de mi habitación y que desde la infancia me había procurado una sensación de seguridad, era entonces causa de miedo y ansiedad. De manera que lo sustituí por paredes de mármol, que sólo reverberaban con el sonido de grifos goteantes, de la descarga de la cisterna o con el rumor de la *Ilíada*, que leía en voz baja.

Y cuando me cansaba de Homero, me ponía a leer las paredes.

Ése era otro atractivo de los servicios del sótano. Estaban cubiertos de pintadas. Arriba, las fotos de clase mostraban filas y filas de caras de alumnas. Abajo, eran sobre todo cuerpos. Dibujados con tinta azul, había hombrecillos con gigantescos órganos sexuales. Y mujeres con pechos enormes. Además de diversas permutaciones: hombres con penes insignificantes, y mujeres con penes, también. Era muy instructivo, tanto sobre lo existente como sobre lo que podría existir. En el mármol gris, aquellos dispares grabados de cuerpos haciendo cosas, con órganos crecientes, encajándose, cambiando de forma, constituían una novedad. Aparte de chistes, mensajes para iniciadas, confesiones. En un sitio: «Me encanta follar». En otro: «Patty C. Es una guarra». ¿En qué otra parte podría esconderse una chica como yo, que ocultaba al mundo un hecho que ella misma no llegaba a entender, en qué otro sitio podría sentirme más cómoda que en aquel reino subterráneo donde la gente escribía lo que no podía decir, donde manifestaba sus experiencias y deseos más vergonzosos?

Porque aquella primavera, mientras florecía el croco, mientras la directora plantaba narcisos en los arriates, Calíope también sentía que le brotaba algo. Un oscuro objeto enteramente suyo, que además de necesitar intimidad era responsable de sus visitas a los servicios del sótano. Semejante al azafrán, justo antes de florecer. Un croco rosado surgiendo entre musgo oscuro y fresco. Una flor verdaderamente extraña, porque parecía transitar por todas las estaciones en un solo día. Pasaba el aletargado invierno durmiendo bajo la tierra, pero cinco minutos después se removía en una primavera particular. Sentada en clase con un libro sobre las piernas, o volviendo al colegio en el coche con otras compañeras, sentía entre las piernas un deshielo que humedecía el mantillo y alentaba un fértil olor a turba, y luego —mientras me esforzaba en memorizar verbos latinos—, la súbita y escurridiza vida en la cálida tierra bajo la falda. Al tacto, el croco a veces era blando y escurridizo, como la piel de un gusano. Y otras veces estaba tan duro como una raíz.

¿Qué le parecía a Calíope su croco? Eso es lo más fácil y, a la vez, lo más difícil de explicar. Por una parte le gustaba. Al ponerse encima el canto de un libro de texto, tenía una sensación agradable. Eso no era una novedad. Siempre había sido agradable

apretarse ahí. Al fin y al cabo, el croco formaba parte integrante de su cuerpo. No había necesidad de hacer preguntas.

Pero a veces notaba que tenía una constitución algo diferente de las demás. En el campamento de verano de Ponshevaing, en ciertas noches húmedas de los barracones, me enteré de que los asientos de bicicleta y los postes de las cercas habían seducido a mis compañeras a tierna edad. Lizzie Barton, mientras tostaba un dulce de malvavisco, nos contó cómo se encariñó con el pomo de una silla de montar. Los padres de Margaret Thompson fueron los primeros del barrio en instalar una ducha de masaje. Añadí mis propios datos sensoriales a aquellas historias clínicas (era el año que me enamoré de las cuerdas de gimnasia), pero seguía habiendo una brecha, vaga e indefinible, entre los estremecimientos que describían mis amigas y el convulsivo trance de mis resecos espasmos. A veces, con el torso colgando de la litera superior para que me iluminara el haz de alguna linterna, concluía mi modesta revelación con un «Ya sabéis, ¿no?». Y en la penumbra dos o tres chicas de pelo greñado y grasiento asentían con la cabeza, una sola vez, mordiéndose la comisura del labio y desviando la vista. No sabían.

A veces me preocupaba que mi croco fuese demasiado elaborado, no ya una planta perenne normal y corriente, sino una flor de invernadero, un híbrido al que su creador pudiera poner el nombre de una rosa. Iridiscente Elena. Olimpo Pálido. Fuego Griego. Pero no; eso no estaba bien. Mi flor de azafrán no era para ninguna exposición. Se encontraba en fase de formación y, con un poco de paciencia, vería cómo acababa bien. A lo mejor le pasaba lo mismo a todo el mundo. Entretanto, mejor sería mantenerlo en secreto, que era lo que estaba haciendo en el sótano.

Otra tradición de Baker e Inglis: todos los años, las alumnas de octavo ponían en escena una obra griega clásica. Al principio, se representaban en el salón de actos. Pero después del viaje a Grecia, al señor Da Silva se le ocurrió la idea de convertir el campo de hockey en teatro. Con sus tribunas en pendiente y su acústica natural, era un perfecto Epidauró en miniatura. El personal de mantenimiento sacó unos cuantos caballetes y montó un escenario en el césped.

El año que me enamoré del Oscuro Objeto, la obra que seleccionó el señor Da Silva fue *Antígona*. No hubo pruebas para el reparto. El señor Da Silva dio los papeles principales a sus preferidas de inglés avanzado. A todas las demás las metió en el coro. De modo que el reparto quedó así: Joanne Maria Barbara Peracchio, Creonte; Tina Kubek, Eurídice; Maxine Grossinger, Ismene. En el papel de Antígona —la única posibilidad real incluso desde un punto de vista físico— estaba el Oscuro Objeto. Su nota media apenas llegaba al aprobado, pero el señor Da Silva sabía reconocer a una estrella.

—¿Tenemos que aprendernos todo este diálogo? —preguntó Joanne Maria Barbara Peracchio en el primer ensayo—. ¿En dos semanas?

—Aprenda usted lo que pueda —contestó el señor Da Silva—. Todas van a llevar una túnica. Debajo se puede llevar el libreto. Además, la señorita Fagles hará de apuntadora. Estará en el foso de la orquesta.

—¿Vamos a tener orquesta? —quiso saber Maxine Grossinger.

—La orquesta —anunció el señor Da Silva, señalando el magnetófono— soy yo.

—Espero que no llueva —aventuró el Objeto.

—¿Lloverá el viernes, no el de la semana siguiente, sino el de la otra? —se preguntó el señor Da Silva que, volviéndose hacia mí, concluyó—: ¿Por qué no se lo preguntamos a Tiresias?

¿Esperabas otra cosa, lector? Imposible. Si el Oscuro Objeto era perfecta para el papel de hermana vengadora, mi triunfo sería seguro en el del viejo profeta ciego. Mi alborotada melena sugería clarividencia. El hecho de caminar con los hombros caídos me confería el frágil aspecto de la edad avanzada. Mi voz a medio cambiar tenía un carácter incorpóreo, inspirado. Tiresias también era mujer, no hay que olvidarlo. Pero yo no lo sabía entonces. Y tampoco lo mencionaban en el libreto.

No me importaba el papel, el caso era que ahora estaría cerca del Oscuro Objeto. Eso era en lo único que pensaba. No cerca de ella como lo estaba en clase, cuando no podíamos hablar. Ni cerca de ella como lo estaba en el comedor, cuando ella escupía leche en otra mesa. Sino cerca de ella en los ensayos de una obra del colegio, con todas las vueltas que había que dar esperando a que todo estuviera listo, la intimidad de las bambalinas, el tenso y vertiginoso descontrol emocional que conllevaba el hecho de asumir una identidad distinta de la propia.

—Creo que no deberíamos utilizar libretos —declaró el Oscuro Objeto.

Había llegado al ensayo con aires de profesional, todo su diálogo subrayado en amarillo. Llevaba el jersey con las mangas atadas al hombro, como una capa.

—Pienso que tendríamos que memorizar el diálogo —nos miró a la cara—. Si no, sonará muy falso.

El señor Da Silva sonreía. Aprenderse el diálogo significaba un esfuerzo por parte del Oscuro Objeto. Una tarea nueva.

—Antígona tiene la mayor parte del diálogo —dijo el profesor—. De modo que si quiere ensayar sin el libreto, me parece que el resto de ustedes también tendría que prescindir de él.

Las demás chicas rezongaron. Pero Tiresias, ya con visión de futuro, se dirigió al Objeto.

—Si quieres, repaso el diálogo contigo.

El futuro. Ya estaba ocurriendo. El Objeto me miró. Se desplazaron las membranas nictitantes.

—Vale —aprobo—. Fenomenal.

Quedamos en vernos a la tarde del día siguiente, martes, el Oscuro Objeto me

escribió la dirección y Tessie me llevó a su casa. Cuando me hicieron pasar a la biblioteca, la vi sentada en un sofá de terciopelo azul. Se había quitado los zapatos, pero aún tenía puesto el uniforme. Llevaba la pelirroja melena sujeta en la nuca, perfecta para lo que estaba haciendo, que era encender un cigarrillo. Sentada a lo indio, el Objeto se inclinó hacia delante, con el cigarrillo en los labios y en la mano un mechero de cerámica verde en forma de alcachofa. El mechero tenía poco combustible. Lo sacudió, haciendo girar la rueda con el dedo pulgar hasta que brotó la llama.

—¿Te dejan fumar tus padres?

Alzó la cabeza, sorprendida, y luego volvió a lo suyo. Encendió el cigarrillo, dio una profunda bocanada y dejó escapar el humo, despacio, con satisfacción.

—Ellos fuman —contestó—. Serían unos tremendos hipócritas si no me dejaran fumar.

—Pero ellos son adultos.

—Mamá y papá saben que si quiero fumar lo haré. Si ellos no me dejan, lo haré a escondidas.

Al parecer, la exención ya llevaba algún tiempo en vigor. No había empezado ayer a fumar. Ya era toda una profesional. Mientras me examinaba de pies a cabeza, los ojos entornados, el cigarrillo se iba inclinando entre sus labios. El humo se elevaba en paralelo a su cara. Era un contraste extraño: la endurecida expresión de detective privado en la cara de una chica que llevaba uniforme de colegio privado. Finalmente se quitó el cigarrillo de la boca. Sin mirar al cenicero, sacudió la ceniza. Cayó dentro.

—Dudo que una chica como tú fume —me espetó.

—Pues aciertas.

—¿Quieres empezar?

Me tendió el paquete de Tareyton.

—No quiero tener cáncer.

Tiró el paquete a la mesita, encogiéndose de hombros.

—Supongo que ya habrá cura cuando yo lo tenga.

—Eso espero. Por tu bien.

Volvió a dar otra calada, aún más profunda esta vez. Contuvo el humo y luego, poniendo un perfil cinematográfico, lo expulsó.

—Seguro que tú no tienes malas costumbres —aventuró.

—Las tengo a montones.

—Dime una.

—Me chupo el pelo.

—Yo me muerdo las uñas —dijo con espíritu competitivo. Alzó una mano para mostrármelo—. Mamá me dio una cosa para ponérmela en los dedos. Sabe a mierda.



Dice que te ayuda a dejarlo.

—¿Da resultado?

—Al principio, sí. Pero ahora casi me gusta el sabor.

Sonrió. Yo sonreí. Entonces, brevemente, haciendo una prueba, nos reímos juntas.

—Eso no es tan malo como chuparte el pelo —proseguí.

—¿Por qué no?

—Porque cuando te chupas el pelo, te huele como lo que has comido a mediodía.

—Qué fuerte —repuso ella, haciendo un mohín.

En el colegio nos habríamos sentido raras hablando a solas, pero allí nadie nos observaba. En un plano más general, en términos de la vida misma, éramos más parecidas que diferentes. Las dos éramos adolescentes. Las dos vivíamos en barrios residenciales. Dejé mi mochila y me acerqué al sofá.

El Objeto se llevó el Tareyton a los labios. Puso los brazos a los costados y, apoyándose en la palma de las manos, se elevó sobre el asiento, como un yogui levitando, para hacerse a un lado y hacerme sitio.

—Mañana tengo examen de historia —anunció.

—¿A quién tienes en historia?

—A la señorita Schuyler.

—La señorita Schuyler tiene un vibrador en su mesa.

—¿Un qué?

—Un vibrador. Lo vio Lisa Clark. En el cajón de abajo.

—¡No me lo puedo creer!

El Objeto estaba escandalizada, divertida. Pero entonces entornó los ojos, pensando. En tono confidencial, preguntó:

—¿Para qué sirven esas cosas, exactamente?

—¿Los vibradores?

—Sí.

El Objeto era consciente de que sería imperdonable no saberlo. Pero confiaba en que yo no iba a burlarme de ella. Ése fue el pacto que hicimos aquel día: yo me ocuparía de los asuntos intelectuales de gran calado, como los vibradores; y ella, de la esfera social.

—La mayoría de las mujeres no llega al orgasmo mediante las relaciones sexuales normales —informé, citando al pie de la letra el ejemplar de *Nosotras, nuestros cuerpos* que me había regalado Meg Zemka—, con lo que es necesaria la estimulación clitoridiana.

Debajo de las pecas, al Objeto se le puso la cara colorada. La información, desde luego, la dejó petrificada. Yo le hablaba a la oreja izquierda. Empezó a ruborizarse por ese lado, como si mis palabras le fueran dejando una huella visible.

—Es increíble que sepas todas esas cosas.

—Te diré quién se las sabe muy bien. La señorita Schuyler, ésa sí que sabe.

La risa, la carcajada, brotó de sus labios como un géiser, antes de que toda ella cayera contra el respaldo del sofá. Gritó, con alegría, con repugnancia. Pataleó, tirando de la mesa el paquete de tabaco. Volvía a tener catorce años en vez de veinticuatro, y contra todo pronóstico nos estábamos haciendo amigas.

—«Sin que nadie lllore por mí, sin amigos, sin canción de boda, me arrastran en mi horror...».

—«... dolor...».

—«... en mi dolor a este viaje que no puede postergarse más».

—«... Ya no podré...».

—«... desventurada de mí...».

—¡Desventurada de mí! ¡Eso lo odio! «Ya no podré, desventurada de mí, contemplar la pupila sagrada de la estrella de la mañana; pero por mi destino no derramo lágrima alguna, no..., no».

—«Ningún amigo hace llorar».

—«Ningún amigo hace llorar».

Estábamos otra vez en casa del Objeto, repasando el diálogo. Tumbadas en los sofás caribeños del invernadero. Mientras el Objeto declamaba con los ojos cerrados, varios papagayos revoloteaban por detrás de su cabeza. Ya llevábamos dos horas. El Objeto casi se había fumado un paquete entero. Beulah, la criada, nos había traído emparedados en una bandeja, además de dos botellas grandes de Tab. Los emparedados eran blancos, sin corteza, pero no tenían pepinillos ni berros. Una pasta de color salmón cubría el esponjoso pan.

Hacíamos frecuentes pausas. El Objeto necesitaba repostar continuamente. Yo seguía sin sentirme a gusto en aquella casa. No me acostumbraba a que me sirvieran. No hacía más que levantarme a cada momento para servirme yo misma. Y además Beulah era negra, lo que no facilitaba las cosas.

—Me alegro mucho de que trabajemos juntas en esta obra —declaró el Objeto, masticando—. Si no, no habría tenido ocasión de hablar con una chica como tú. —Hizo una pausa, comprendiendo a lo que sonaban sus palabras—. Quiero decir que nunca habría sabido lo genial que eres.

¿Genial? ¿Calíope genial? Nunca había imaginado tal cosa. Pero estaba dispuesta a aceptar la opinión del Objeto.

—Pero ¿te importa que te diga una cosa? —preguntó—. Sobre tu papel.

—Dímela.

—Ya sabes que estás ciega y todo eso, ¿no? Bueno, pues en las Bermudas conocemos al director de un hotel que es ciego. Lo curioso es que ve con las orejas. Cuando entra alguien en la habitación, vuelve la oreja hacia ese sitio. En cambio, como lo haces tú... —Se interrumpió bruscamente y me cogió la mano—. No te

enfadas conmigo, ¿verdad?

—No.

—¡Qué expresión tan horrorosa tienes en la cara, Callie!

—¿Ah, sí?

Tenía mi mano entre las tuyas. No la soltaba.

—¿Estás segura de que no te enfadas?

—No me enfado.

—Bueno, pues para hacer de ciega tú te limitas, más o menos, a tropezar con todo lo que se te pone por delante. Pero el caso es que ese ciego de las Bermudas nunca da un traspie. Siempre anda muy erguido y sabe dónde está todo. Y va mirando las cosas con las orejas.

Volví la cabeza.

—¿Lo ves? ¡Te has enfadado!

—No.

—Sí.

—Estoy ciega —expliqué—. Te estoy mirando con la oreja.

—Ah. Vale. Sí, así. ¡Qué bien te sale!

Sin soltarme la mano, se acercó más y oí, sentí, muy suavemente, su cálido aliento en la oreja.

—Hola, Tiresias —dijo, riendo tontamente—. Soy yo, Antígona.

Llegó el día de la representación («la noche del estreno» la llamábamos, aunque iba a ser función única). En un improvisado «camerino» detrás del escenario, las actrices principales nos sentamos en sillas plegables. Las demás alumnas de octavo ya estaban en escena, formando un gran semicírculo. Estaba previsto que la representación diera comienzo a las siete y terminara al anochecer. Eran las siete menos cinco. Al otro lado de los bastidores, oíamos cómo se iba llenando el campo de hockey. El murmullo iba creciendo cada vez más, voces, pasos, el crujido de las tribunas y las puertas de los coches al cerrarse en el aparcamiento. Todas llevábamos túnicas tálares, negras, grises y blancas. La del Objeto era blanca. El señor Da Silva había aplicado un criterio minimalista: ni maquillaje, ni máscaras.

—¿Cuánta gente hay ahí fuera? —preguntó Tina Kubek.

Maxine Grossinger se asomó a ver.

—Toneladas.

—Tú debes de estar acostumbrada a estas cosas, Maxine —dije—. Por tus recitales.

—Cuando toco el violín no me pongo nerviosa. Esto es mucho peor.

—Yo estoy muuyy nerviosa... —confesó el Objeto.

Tenía sobre las piernas un frasco de Rolaid, y se tragaba las pastillas como si fueran caramelos. Ahora comprendía por qué se había dado puñetazos en el pecho el

primer día de clase, el Oscuro Objeto padecía casi continuamente de ardor de estómago. Que empeoraba en momentos de tensión. Unos minutos antes se había retirado a fumar el último cigarrillo antes de la representación. Ahora mascaba pastillas antiácido. Al parecer, el hecho de proceder de una familia de rancio abolengo suponía adquirir hábitos de adulto, incluidas las necesidades vulgares y los paliativos desesperados de la gente mayor. El Objeto todavía era muy joven para que se le notaran los efectos de todo aquello. Aún no tenía bolsas debajo de los ojos ni manchas en las uñas. Pero ya mostraba cierto apetito de perdición refinada. Olía a humo si te acercabas a ella. Tenía el estómago hecho un asco. Y su rostro seguía reflejando un ambiente otoñal. Ahora, los ojos gatunos sobre la nariz respingona estaban alerta, pestañeando y cambiando su centro de atención hacia el creciente ruido del otro lado de los bastidores.

—¡Allí están mis padres! —gritó Maxine Grossinger.

Se volvió hacia nosotras con una amplia sonrisa. Nunca había visto sonreír a Maxine. Tenía los dientes mellados y separados, como los de una criatura de Sendak. Además, llevaba un aparato. Su alegría no disimulada me ayudó a comprenderla. Tenía otra vida diferente fuera del colegio. Maxine era feliz en su casa, detrás de los cipreses. Entretanto, mechones ensortijados se derramaban de su frágil cabeza musical.

—¡Ay, Dios! —Maxine se había vuelto a asomar—. Se están sentando en la primera fila. Me van a estar mirando todo el rato.

Todas nos asomamos a mirar, por turno. Sólo el Oscuro Objeto permaneció sentada. Vi llegar a mis padres. Milton se detuvo en la grada más alta y miró al campo. Su expresión sugería que el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos —el césped esmeralda, las tribunas blancas de madera, el colegio a lo lejos con su tejado de pizarra y su hiedra— le gustaba. En Estados Unidos, para borrar la identidad étnica se vuelve la vista a Inglaterra. Milton llevaba una chaqueta ligera de color azul y pantalones crema. Parecía el capitán de un crucero. Con una mano a la espalda, conducía cortésmente a Tessie escaleras abajo para coger un buen sitio.

Oímos que el público se quedaba callado. Luego se oyó un caramillo<sup>[2]</sup>: el señor Da Silva había puesto en marcha el magnetófono.

Me incliné hacia el Objeto y la animé:

—No te preocupes. Estarás muy bien.

Había estado repasando su diálogo en voz baja, pero ahora se calló.

—Eres muy buena actriz —afirmé.

Se volvió, agachando la cabeza y moviendo los labios de nuevo.

—No se te olvidará el diálogo. Lo has repasado mil veces. Ayer te lo sabías perfect...

—¿Quieres dejar de fastidiarme un momento? —soltó bruscamente el Objeto—,

estoy tratando de mentalizarme.

Me lanzó una mirada fulminante y se apartó.

Yo me quedé mirándola, alicaída, odiándome a mí misma. ¿Calíope genial? Cualquier cosa menos eso. Ya había conseguido que el Objeto se hartara de mí. Con ganas de llorar, cogí una de las cortinas negras y me arrojé con ella. Me quedé de pie en la oscuridad, deseando estar muerta.

No me había limitado a halagarla. Era *buena*. En escena, la inquietud del Objeto desaparecía. Su apostura mejoraba. Y su simple presencia física, de pimpollo rojo como la sangre, era un derroche de color que llamaba la atención de cualquiera. El caramillo enmudeció y en el campo de hockey se hizo de nuevo el silencio. Algunos espectadores tosieron, fijando la atención. Me asomé entre las cortinas y vi al Objeto, que esperaba su entrada. Estaba en el arco central, a menos de tres metros de mí. Nunca la había visto tan seria, tan concentrada. Las dotes artísticas son una especie de inteligencia. Mientras esperaba su entrada, el Oscuro Objeto se ponía en situación. Movía los labios como si declamara el diálogo a Sófocles en persona, como si, contrariamente a toda evidencia intelectual, entendiera las razones de su perennidad. De manera que el Objeto estaba esperando su entrada. Muy lejos de los cigarrillos y el esnobismo, de sus amigas exclusivistas, de su atroz ortografía. Aquello era lo que mejor se le daba: aparecer frente al público. Salir y ponerse a hablar. Y en aquel momento empezaba a darse cuenta de eso. Yo estaba contemplando a una persona en el momento de descubrir lo que podía llegar a ser.

Al oír su entrada, Antígona respiró hondo y entró en escena. Llevaba la túnica blanca ceñida con una trenza de hilo plateado. La túnica ondeó cuando ella salió a la cálida brisa.

—¿Querrás ayudar a esta mano a levantar al muerto?

—¿Te atreverías a sepultarlo —replicó Maxine-Ismene— cuando está prohibido en Tebas?

—Aunque tú no lo hagas, yo haré lo que corresponde con un hermano. Jamás dirán que le he fallado.

Yo no entraba hasta mucho después. Tiresias no tenía un papel importante. De modo que cerré las cortinas y esperé. Tenía el báculo en la mano. Era mi único objeto de utilería, un bastón de plástico pintado de color madera.

Entonces fue cuando oí un leve jadeo, como un sofoco. Y el Objeto repitió:

—Jamás dirán que le he fallado.

A lo que siguió el silencio. Me asomé entre las cortinas. Las vi entre el arco central. El Objeto estaba de espaldas a mí. En el proscenio, Maxine Grossinger permanecía inmóvil, con una expresión perpleja en el semblante. Tenía la boca abierta, aunque de ella no salía palabra alguna. Más allá, al borde del escenario, se veía el rubicundo rostro de la señorita Fagles murmurando el texto de Maxine.

No era miedo escénico. Se le había reventado un aneurisma en el cerebro. Al principio, el público creyó que su expresión pasmada y el hecho de que rápidamente empezara a tambalearse, formaba parte de la representación. Unas risitas ahogadas habían acogido el exagerado histrionismo de Ismene. Pero la madre de Maxine, reconociendo perfectamente la expresión de dolor en el rostro de su hija, se puso en pie de un salto.

—¡No! —gritó—. ¡No!

A siete metros de distancia, en lo alto de una plataforma bajo el sol poniente, Maxine Grossinger seguía muda. Un sonido ahogado se le escapó de la garganta. Sin previo aviso, como un relámpago, la cara se le puso morada. Incluso en las últimas filas, el público vio cómo se quedaba sin oxígeno en la sangre. El color rosado le desapareció de la frente, de las mejillas, del cuello. Más tarde, el Oscuro Objeto juraría que Maxine la había mirado como haciéndole una especie de llamamiento, que había visto cómo se le iba la luz de los ojos. Según los médicos, sin embargo, eso no podía ser cierto. Envuelta en su túnica oscura, aún en pie, Maxine Grossinger ya estaba muerta. Se desplomó hacia adelante segundos después.

La señora Grossinger subió al escenario gateando. Sin decir nada. Nadie hablaba. En silencio llegó a Maxine y le desgarró la túnica. En silencio, la madre empezó a hacer el boca a boca a su hija. Yo estaba paralizada. Dejé las cortinas abiertas, salí al escenario y miré boquiabierta. De pronto, una mancha blanca cruzó el arco, el Oscuro Objeto huía del escenario. Por un momento se me ocurrió una idea absurda. Pensé que el señor Da Silva nos estaba ocultando algo. Al fin y al cabo, estaba haciendo las cosas al modo tradicional. Porque el Oscuro Objeto llevaba una máscara. La máscara de la tragedia: sus ojos, dos cuchilladas; su boca, un bumerán de aflicción. Con aquella cara espantosa se arrojó en mis brazos.

—¡Ay, Dios mío! —sollozaba—. ¡Ay, Dios mío, Callie!

Temblaba y me necesitaba.

Lo que me lleva a una terrible confesión. Y es la siguiente: Mientras la señora Grossinger intentaba volver a la vida el cuerpo de Maxine, mientras el sol se ponía melodramáticamente sobre una muerte que no estaba en el guión, sentí que me invadía una oleada de absoluta felicidad. Hasta el último nervio, hasta el último corpúsculo de mi ser se iluminó. Tenía al Oscuro Objeto en mis brazos.

## TIRESIAS ENAMORADO



Tengo hora para llevarte al médico.

—Pero si acabo de ir al médico.

—No es al doctor Phil. Sino al doctor Bauer.

—¿Quién es el doctor Bauer?

—Es... un médico de señoras.

Sentí una cálida efusión en el pecho. Como si mi corazón estuviera comiendo peladillas. Pero me lo tomé con calma y miré al lago.

—¿Quién dice que soy una señora?

—Muy gracioso.

—Acabo de *ir* al médico, mamá.

—Para hacerte el reconocimiento anual.

—¿Para qué es, entonces?

—Cuando las chicas llegan a cierta edad, Callie, tienen que hacerles otro reconocimiento.

—¿Por qué?

—Para comprobar que todo está bien.

—¿Qué significa eso de todo?

—Pues... todo.

Íbamos en el coche. En el Cadillac viejo. Cuando Milton se compró un coche nuevo, le dio el otro a Tessie, el Oscuro Objeto me había invitado a pasar el día en el club y mi madre me llevaba a su casa.

Ya era verano, dos semanas después del colapso que Maxine Grossinger sufrió en el escenario. Se había acabado el curso. En Middlesex se estaban haciendo preparativos para el viaje a Turquía. Resuelto a que la condena del turismo lanzada por Capítulo Once no nos estropeará los planes de viaje, Milton estaba haciendo reservas de avión y regateando con agencias de alquiler de coches. Todas las mañanas echaba un vistazo al periódico, informando luego de las condiciones meteorológicas que reinaban en Estambul.

—Veintisiete grados y soleado. ¿Qué te parece, Cal?

En respuesta a lo cual, yo solía mover de un lado a otro el dedo índice. Ya no me interesaba tanto viajar a nuestro país de origen. No quería pasarme el verano pintando una iglesia. Grecia, Asia Menor, el Monte Olimpo: ¿qué tenía todo eso que ver conmigo? Acababa de descubrir todo un continente a sólo unos kilómetros de distancia.

En el verano de 1974, Turquía y Grecia estaban a punto de salir otra vez en los noticiarios. Pero yo no prestaba atención alguna a la tensión creciente. Tenía mis propios problemas. Más aún, estaba enamorada. En secreto, de manera vergonzosa, sin ser enteramente consciente, pero perdidamente enamorada, a pesar de todo.

Nuestro precioso lago tenía una capa de suciedad, creada por los habituales insectos de junio. Además, habían puesto una barandilla nueva. Maxine Grossinger no era la única chica del colegio que se había muerto aquel año. Carol Henker, de penúltimo curso, había fallecido en accidente de tráfico. Un sábado por la noche, su novio, un tal Rex Reese, que iba borracho, se precipitó en el lago con el coche de sus padres. Rex sobrevivió, pues logró ganar la orilla a nado. Pero Carol quedó atrapada en el interior del coche.

Pasamos frente a Baker e Inglis, cerrado por vacaciones y víctima de la irrealidad que los colegios adquieren en verano. Torcimos por Kerby Road. El Objeto vivía en Tonnacour, en una casa de madera y piedra gris con una veleta en el tejado. Aparcado en el camino de grava, había un Ford de líneas no muy atractivas. Me sentí cohibida con el Cadillac y me bajé rápidamente, deseando que mi madre se fuera.

Cuando toqué el timbre, abrió Beulah. Me condujo al pie de la escalera y señaló hacia arriba. Nunca había estado en la planta alta de la casa del Objeto. Estaba más sucia y descuidada que la nuestra, las alfombras no eran nuevas. Hacía años que no pintaban el techo. Pero los muebles eran impresionantes, antiguos, macizos, y transmitían una sensación de permanencia y estabilidad.

Probé en tres habitaciones antes de encontrar al Objeto. Tenía las cortinas echadas. Había ropa tirada por la gruesa alfombra, que tuve que vadear antes de llegar a la cama. Pero allí estaba, durmiendo, con una camiseta de Lester Lanin. La llamé. La zarandé. Finalmente se incorporó sobre la almohada, guiñando los ojos.

—Debo de tener un aspecto horrible.

No dije si era verdad o no. Blindé mi posición para mantenerla en la duda.

Desayunamos en la mesa de la cocina. Beulah nos sirvió sin extravagancias, poniendo y retirando platos. Llevaba un verdadero uniforme de criada, negro con delantal blanco. Sus gafas hablaban de su otra vida, llevada con mucho más estilo. En letras doradas, su nombre describía una espiral en el cristal izquierdo.

Apareció la señora Objeto, haciendo resonar sus prudentes tacones.

—Buenos días, Beulah. Voy al veterinario. Van a extraer un diente a Sheba. Luego vendré a dejarla, pero no me quedaré a comer. Dicen que estará un poco atontada. Ah, y hoy vendrán los hombres por las cortinas. Que pasen, y les das el cheque que he dejado en la encimera. ¡Hola, chicas! No os había visto. Debes de ejercer buena influencia, Callie. ¿Las nueve y media y ésta ya está levantada? —Pasó la mano por la cabeza del Objeto, despeinándola—. ¿Vas a pasar el día en el Pequeño Club, cariño? Tu padre y yo salimos esta noche con los Peters. Beulah te dejará algo



en la nevera. ¡Adiós a todas!

Mientras, Beulah lavaba vasos. Fiel a su estrategia. Dando a Grosse Pointe la llamada por respuesta.

El Objeto movió la bandeja giratoria. Desfilaron frente a ella confituras francesas, mermeladas inglesas, un platito de mantequilla algo sucio, botellas de ketchup y de Lea & Perrins, hasta llegar a lo que quería: un frasco grande de Rolaid. Lo agitó y sacó tres pastillas.

—¿Qué es la acidez exactamente? —quise saber.

—¿Tú nunca has tenido acidez? —preguntó el Objeto, asombrada.

El Pequeño Club era un apodo. Oficialmente se llamaba Club Grosse Pointe. Aunque las instalaciones se encontraban a la orilla del lago, no había ni muelle ni barcas. Se componía únicamente de la sede del club, semejante a una mansión, dos pistas de pádel y una piscina. Nos pasamos junio y julio, tumbadas al borde de aquella piscina.

En cuanto a trajes de baño, el Objeto prefería el biquini. Le sentaba bien, aunque no presentaba una figura perfecta ni mucho menos. En consonancia con los muslos, tenía unas caderas demasiado amplias. Afirmaba envidiar mis esbeltas y largas piernas, pero sólo lo decía por ser amable. Aquel primer día, y todos los que le sucedieron, Calíope se presentó en la piscina con un anticuado bañador provisto de faldita. Era de Surmelina, que lo había utilizado en los años cincuenta. Lo encontré en un baúl viejo. La intención manifiesta era tener un aspecto original y presumir de estar en la onda, pero en realidad me alegraba mucho de que me tapara todo. Además me ponía al cuello una toalla de baño o llevaba un polo encima. La parte de arriba del traje de baño también era una ventaja. Las copas estaban forradas de gomaespuma, eran puntiagudas y debajo de la toalla o el polo daban la impresión de un busto que yo no poseía.

Frente a nosotras, señoras con barrigas de pelícano y gorros de baño pataleaban de acá para allá detrás de una tabla. Sus trajes de baño se parecían al mío. Niños pequeños caminaban torpemente y chapoteaban en la zona menos profunda. Las chicas pecosas suelen tener pocas posibilidades de ponerse morenas. El Objeto las tuvo. Aquel verano, mientras nos dábamos la vuelta sobre las toallas, cociéndonos en nuestro propio jugo, las pecas del Objeto adquirieron un tono más oscuro, pasando del caramelo al café. Y la piel también se le bronceó, con lo que se le entretejieron las pecas y cobró un aspecto de moteado arlequín. Sólo en la punta de la nariz mantuvo el tono rosado. El sol le quemó la raya del pelo.

Emparedados de dos pisos, en platos adornados con olas, navegaban hacia nosotras. Si nos sentíamos caprichosas, pedíamos salsa francesa. También tomábamos batidos de leche, helados, patatas fritas. Y para todo, el Objeto firmaba con el nombre de su padre. Me contaba cosas de Petoskey, donde su familia tenía una casa de vacaciones.

—Nos vamos en agosto. A lo mejor puedes venir.

—Nosotros vamos a Turquía —dije con pesar.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado. —Y entonces—: ¿Por qué tenéis que pintar una iglesia?

—Mi padre hizo una promesa.

—¿Y por qué?

Detrás de nosotras había unos matrimonios jugando al pádel. En el tejado de la sede social ondeaban banderines. ¿Era aquél el sitio indicado para mencionar a San Cristóbal? ¿Las historias bélicas de mi padre? ¿Las supersticiones de mi abuela?

—Hay algo en lo que no dejo de pensar —dije de pronto.

—¿En qué?

—No dejo de pensar en Maxine. No puedo creer que esté muerta.

—Lo sé. No parece que se haya muerto. Es como si lo hubiera soñado.

—Sólo sabemos que es cierto porque lo hemos soñado las dos. Eso es la realidad. Un sueño que todo el mundo tiene a la vez.

—Eso es muy profundo —observó el Objeto.

Le di un manotazo.

—¡Ay!

—Eso es lo que te mereces.

El aceite de coco que nos dábamos atraía a los bichos. Los matábamos sin piedad. El Objeto hacía progresos, lentos y escandalizados, con *La dama solitaria*, de Harold Robbins. Cada pocas páginas sacudía la cabeza y anunciaba:

—¡Qué verde es este libro!

Yo leía *Oliver Twist*, uno de los volúmenes que nos habían mandado en la lista de lecturas para el verano.

De pronto el sol se fue. Una gota de agua me cayó en la página. Pero eso no era nada comparado con la catarata que caía sobre el Objeto. Un chico mayor que nosotras, agachándose, se sacudía el pelo empapado.

—¡Maldita la gracia! —exclamó ella—, ¡para ya!

—¿Por qué? Si te estoy refrescando.

—¡Déjalo ya!

Por fin lo hizo. Se puso derecho. El bañador se le había escurrido de las huesudas caderas. Lo que dejaba ver un hilo de vello que, como un reguero de hormigas, le bajaba desde el ombligo. El reguero de hormigas era rojo. Pero el pelo de la cabeza era negro azabache.

—¿Quién es la última víctima de tu hospitalidad? —preguntó el chico.

—Ésta es Callie —le dijo el Objeto. Y a mí—: Éste es mi hermano, Jerome.

El parecido era evidente. En el rostro de Jerome se manifestaba la misma *palette* (naranjas y azules pálidos, sobre todo), aunque el bosquejo general revelaba cierta

crudeza. Tenía una nariz prominente, los ojos bizqueantes y diminutos, como puntos luminosos. Lo que me desconcertó al principio fue el pelo oscuro, sin brillo, pero pronto me di cuenta de que era teñido.

—Tú eras la de la obra, ¿verdad?

—Sí.

Jerome asintió con la cabeza. Y, con un destello entre las rendijas de los ojos, dijo:

—Actriz dramática, ¿eh? Igual que tú, ¿verdad, hermanita?

—Mi hermano tiene un montón de problemas —aseguró el Objeto.

—Eh, chicas, como las dos trabajáis en el teatro, a lo mejor queréis intervenir en mi próxima película. —Me miró—. Estoy haciendo una de vampiros. Tú estarías muy bien de vampira.

—¿Ah, sí?

—Enséñame los dientes.

No le hice caso, siguiendo el ejemplo del Objeto, que no se mostraba muy complaciente con él.

—A Jerome le da por las películas de monstruos —anunció ella.

—Por las películas de terror —corrigió él, sin dejar de dirigirse a mí—. No por las películas de monstruos. Mi hermana, como de costumbre, menosprecia el medio que he elegido. ¿Quieres saber cómo se titula?

—No —contestó el Objeto.

—*Vampiros en el colegio*. Se trata de un vampiro, interpretado por *moi*, a quien envían a un colegio interno porque sus padres, tremendamente infelices, se van a divorciar. En cualquier caso, no le va muy bien en el internado. No tiene ropa adecuada. No lleva el pelo como es debido. Y unos días después, el pobrecillo va a dar una vuelta por los jardines del colegio y le ataca un vampiro. Pero el vampiro, y aquí llega lo bueno, está fumando en pipa. Lleva una chaqueta de tweed. ¡Es el cabrón del director, joder! Así que a la mañana siguiente, nada más levantarse de la cama, nuestro héroe sale a comprarse una chaqueta azul y unos mocasines ¡y, listo, ya es un perfecto colegial!

—¿Quieres echarte a un lado? Me estás tapando el sol.

—Es una metáfora de todo lo que significa el internado —explicó Jerome—. Cada generación se encarga de apretar las tuercas a la siguiente, para hacer que todos sus miembros se conviertan en muertos vivientes.

—A Jerome lo han echado de dos internados.

—¡Y voy a vengarme de ellos! —proclamó Jerome con voz grave, agitando el puño en el aire.

Y seguidamente, sin que mediara una palabra más, echó a correr hasta el borde de la piscina y se tiró al agua. Y al saltar se volvió hacia nosotras. Y allí estaba Jerome,

en el aire, delgaducho, de pecho hundido, blanco como la leche, con el rostro fruncido y agarrándose los huevos con una mano. Mantuvo la postura hasta que cayó al agua.

Yo era muy joven para preguntarme sobre lo que había detrás de nuestra súbita intimidad. En los días y semanas que siguieron, no consideré los motivos que podía tener el Objeto, no se me ocurrió que estaba falta de cariño. Su madre tenía el día lleno de compromisos. Su padre salía de la oficina a las siete menos cuarto. Jerome era su hermano y, por tanto, un negado. Al Objeto no le gustaba la soledad. Nunca había aprendido a entretenerse ella sola. Así que una noche que estaba en su casa y me disponía a coger la bici para volver a Middlesex sugirió que me quedara a dormir.

—No tengo cepillo de dientes.

—Puedes utilizar el mío.

—Eso es una asquerosidad.

—Te daré uno nuevo. Tenemos una caja entera. Dios, qué escrupulosa eres.

En realidad, sólo me hacía la remilgada. No me habría importado lavarme los dientes con el cepillo del Objeto. No me habría importado ser el cepillo de dientes del Objeto. Ya estaba familiarizada con las maravillas de su boca. El hecho de fumar ayuda mucho a eso. Se tiene una buena visión del fruncimiento y la succión de los labios. A veces la lengua hace acto de presencia, barriendo los labios y limpiando cualquier viscosidad transmitida por el filtro. En ocasiones se adhieren trocitos de papel al labio inferior y la fumadora, al quitárselos, enseña los glaseados dientes inferiores sobre las carnosas encías. Y si la fumadora es aficionada a lanzar anillos de humo, se le alcanza a ver hasta el sombrío terciopelo del fondo de las mejillas.

Todo eso pasaba con el Objeto Oscuro. El cigarrillo en la cama era la lápida que señalaba el fin de cada jornada y el junco por el que respiraba para volver a la vida cada mañana. ¿Acaso no existen representaciones artísticas en forma de instalación? Pues bien, el Objeto practicaba el arte de la *exhalación*. Tenía un repertorio completo. El Crótalo, por ejemplo, que era cuando dirigía cortésmente el humo con la comisura de la boca lejos de la persona con quien estuviera hablando. Luego, el Géiser, cuando estaba enfadada. Y la Dragona, cuando dejaba escapar un penacho de humo por las aletas de la nariz. Por último estaba la Ingesta, reservada para situaciones críticas. Una vez, en los servicios del departamento de ciencias, el Objeto acababa de dar una profunda calada cuando de pronto entró una profesora. Mi amiga tuvo el tiempo justo de arrojar el cigarrillo al inodoro y tirar de la cadena. Pero ¿qué hizo con el humo? ¿Adonde pudo echarlo?

—¿Quién está fumando aquí? —inquirió la profesora.

El Objeto se encogió de hombros, manteniendo la boca cerrada. La profesora se acercó a ella, olisqueando. Y el Objeto tragó. No salió nada de humo. Ni una bocanada. Ni una voluta. Una leve humedad en los ojos fue el único indicio de que

había un Chernobil en sus pulmones.

Acepté la invitación a quedarme a dormir. La señora Objeto llamó a Tessie para preguntarle si no había objeciones y, a las once de la noche, mi amiga y yo nos metimos juntas en la cama. Me dio una camiseta para que la utilizara de pijama. Decía «Fessenden» en la parte delantera. Al ponérmela, el Objeto se rió por lo bajo.

—¿Qué pasa?

—Es la camiseta de Jerome. ¿No apesta?

—¿Por qué me das una camiseta suya? —pregunté, poniéndome tensa al contacto con el tejido de algodón, pero sin quitármela.

—Las mías te están pequeñas. ¿Quieres una de papá? Huelen a colonia.

—¿Tu padre se pone colonia?

—Vivió en París después de la guerra. Tiene cosas de sarasa. —Ya se estaba metiendo en la cama, de amplias dimensiones—. Además, se acostó por lo menos, con un millón de prostitutas francesas.

—¿Eso te lo ha contado él?

—No exactamente. Pero siempre que le da por hablar de Francia, se pone cachondo. Estuvo allí, en el ejército. Su misión era más o menos dirigir París al acabar la guerra. Y mamá se cabrea cuando le oye hablar así. —Se puso ahora a imitar a su madre—. «Ya está bien de francofilia por una noche, cariño». —Y como de costumbre, cada vez que realizaba algún acto dramático, su cociente de inteligencia remontaba súbitamente. Luego se desplomaba sobre su estómago—. Mató a gente, también.

—¿De verdad?

—Sí —contestó el Objeto, añadiendo a guisa de explicación—: Nazis.

Me subí a la enorme cama. En casa yo dormía con una almohada. Aquí había seis.

—Dame un masaje en la espalda —pidió alegremente el Objeto.

—Si tú me lo das a mí.

—Hecho.

Me puse a horcajadas sobre ella, en la silla de sus caderas, y empecé por sus hombros. Su pelo me estorbaba, así que lo aparté. Nos quedamos calladas un rato, yo friccionando, y luego pregunté:

—¿Has ido alguna vez al ginecólogo?

El Objeto asintió sin levantar la cabeza de la almohada.

—¿Y cómo es?

—Un tormento. Lo odio.

—¿Qué te hacen?

—Primero hacen que te desnudes y te pongas una especie de bata. Es de papel, y el frío se te mete en el cuerpo. Te congelas. Luego tienes que tumbarte en una camilla y abrir las piernas.

—¿Abrir las piernas?

—Sí. Tienes que apoyar los pies en unos soportes de metal. Después el ginecólogo te hace un reconocimiento pélvico, que es *matador*.

—¿Qué es exactamente el reconocimiento pélvico?

—Creía que tú eras la experta en cuestiones sexuales.

—Venga.

—Pues un examen pélvico es, ya sabes, *lo de dentro*. Te meten un chisme para abrirte y todo eso.

—No me lo puedo creer.

—Es mortal. Te hielas de frío. Y luego tienes que aguantar al ginecólogo, que hace chistes malos mientras anda metiendo las narices por ahí. Pero peor es lo que te hace con la mano.

—¿Qué te hace?

—Pues, más o menos, te la mete y no para hasta que te llega a las amígdalas.

Me quedé muda. Absolutamente paralizada de espanto.

—¿A cuál vas a ir?

—A un tal doctor Bauer.

—¡El doctor Bauer! Es el padre de Renee. ¡Es un perverso total!

—¿Qué quieres decir?

—Fui una vez a casa de Renee. Tienen piscina. Apareció el doctor Bauer y se quedó allí, mirando. Y luego me dijo: «Tienes unas piernas de proporciones perfectas. Absolutamente perfectas». ¡Dios, qué pervertido! El doctor Bauer, ¿eh? Te compadezco.

Alzó el vientre para subirse la camiseta. Le friccioné los riñones, metiendo la mano bajo la camiseta para llegar a los omoplatos.

A partir de aquel momento, el Objeto se quedó callada. Y yo también. Me olvidé de la ginecología, concentrándome en el masaje. No me resultó difícil. A diferencia de la mía, su espalda de color miel y albaricoque se estrechaba en la cintura. Tenía puntitos blancos aquí y allá, antipecas. Por dondequiera que la friccionaba, se le arrebolaba la piel. Yo pensaba en su sangre, corriendo y retirándose por debajo. Tenía las axilas ásperas, como lengua de gato. Más abajo se henchían los pechos, aplastados contra el colchón.

—Vale —dije al cabo del rato—. Ahora me toca a mí.

Pero aquella noche fue como todas las demás. Se había dormido.

Con el Objeto, nunca me tocaba a mí.

Me vuelven a la memoria, dispersos, los días de aquel verano con el Objeto. Vienen dentro de un pisapapeles de cristal, lleno de nieve. Permíteme, lector, que lo agite de nuevo. Fíjate en cómo descienden los copos:

Estamos juntas en la cama un sábado por la mañana. El Objeto, tumbada boca

arriba. Con la cabeza apoyada en el codo, contemplo sus rasgos.

—¿Sabes lo que es el sueño? —le pregunto.

—¿Qué?

—Mocos.

—No.

—Pues sí. *Son* mocos. Mocos que nos salen de los ojos.

—¡Qué ordinariez!

—Tienes un poco de sueño en los ojos, cariño —le dije, forzando una voz profunda.

Con el dedo, quité la costra de las pestañas del Objeto.

—Es increíble que te deje hacer esas cosas. Me estás tocando los mocos.

Nos miramos un momento.

—¡Te estoy tocando los mocos! —grito.

Y nos revolcamos en la cama, tirando las almohadas y dando más gritos.

Otro día, el Objeto se está dando un baño. Tiene un cuarto de baño propio. Yo estoy en la cama, leyendo una revista de cotilleos.

—Se nota que Jane Fonda no está desnuda de verdad en esa película —observé.

—¿En qué se nota?

—Lleva una malla. Se ve.

Fui al baño a enseñárselo. El Objeto está apoltronado en la bañera con patas en forma de garras, frotándose el talón con piedra pómez.

Mira la fotografía y dice:

—Tú tampoco te desnudas nunca.

Me quedo muda, paralizada.

—¿Es que tienes algún complejo?

—No, no tengo ningún complejo.

—¿De qué tienes miedo, entonces?

—No tengo miedo.

El Objeto sabe que eso no es verdad. Pero no tiene malas intenciones. No está tratando de pillarme, sino sólo de que me sienta a gusto. Mi recato la despista.

—No sé de qué te preocupas —dice—. Eres mi mejor amiga.

Finjo estar absorta en la revista. No puedo apartar la atención de ella. Por dentro, en cambio, reviento de felicidad. Estallo de alegría, pero sigo mirando la revista como si me tuviera hechizada.

Es tarde. Hemos estado viendo la tele. Cuando entro en el baño, el Objeto se está cepillando los dientes. Me bajo las bragas y me siento en la taza del retrete. A veces lo hago como táctica de compensación. La camiseta es lo bastante larga para cubrirme los muslos. Meo mientras el Objeto se lava los dientes.

Entonces huelo a tabaco. Al alzar la vista, veo, junto al cepillo de dientes, un cigarrillo en la boca del Objeto.

—¿Fumas incluso cuando te estás lavando los dientes?

Me lanza una mirada de soslayo.

—Mentol —explica.

Lo malo de esos recuerdos, sin embargo, es que su destello se apaga pronto.

Un recordatorio pegado con cinta adhesiva a la nevera me devuelve a la realidad: «Doctor Bauer, 22 de julio a las 2».

Me invadió el pánico. Pánico al ginecólogo pervertido y sus instrumentos inquisitoriales. Pánico a los objetos metálicos que me separarían las piernas y al chisme que me abriría otra cosa. Y pánico a lo que podría descubrir tanta abertura.

Me encontraba en tal estado, en tal trinchera emocional, que empecé a ir a la iglesia otra vez. Un domingo de principios de julio, mi madre y yo nos vestimos de punta en blanco (Tessie con tacones altos, yo no), subimos al coche y fuimos a la Asunción. Tessie también sufría. Ya hacía seis meses que Capítulo Once había salido pitando de Middlesex en la moto, y no había vuelto desde entonces. Peor aún, en abril nos había comunicado la noticia de que dejaba la universidad. Pensaba irse con unos amigos a la parte alta de la península para, según sus palabras, vivir de la tierra.

—No creerás que vaya a hacer una locura y se case con esa Meg, ¿verdad? —preguntó Tessie a Milton.

—Esperemos que no —repuso Milton.

Tessie estaba preocupada también por si Capítulo Once no se cuidaba. No iba al dentista periódicamente. Estaba pálido por el vegetarianismo. Y perdía pelo. A los veinte años. Eso hacía que Tessie se sintiera prematuramente vieja.

Unidas en la ansiedad, buscando alivio para diversas dolencias (Tessie queriendo liberarse de sus sufrimientos mientras yo deseaba que empezaran de una vez los míos), entramos en la iglesia. Por lo que a mí respecta, lo que pudo suceder aquel domingo en la iglesia ortodoxa griega de la Asunción fue que los sacerdotes leyeron juntos la Biblia en voz alta. Puede que empezaran con el Génesis y, al acabarlo, siguieran con los Números y el Deuteronomio. Luego, pasando por los Salmos y Proverbios, Eclesiastés, Isaías, Jeremías y Ezequiel, llegarían al Nuevo Testamento. Y entonces lo leyeron también. Dada la duración del servicio, no veo otra posibilidad.

Hubo cánticos mientras la iglesia se iba llenando poco a poco. Luego se iluminó el candelabro central y el padre Mike, como un títere de tamaño natural, apareció por detrás del iconostasio. Siempre me asombraba la transformación que mi tío experimentaba todos los domingos. En la iglesia, el padre Mike aparecía y desaparecía con el imprevisible comportamiento de una divinidad. De pronto estaba en el púlpito, cantando con su voz suave, desafinando. Al cabo del rato volvía a estar al nivel del suelo, agitando el incensario. Fastuoso, lleno de joyas, con un atuendo tan



exagerado como un huevo de Fabergé, se paseaba por toda la iglesia, dándonos la bendición del Señor. A veces salía tanto humo del incensario que parecía que el padre Mike poseyera el don de envolverse en un manto de niebla. Sin embargo, cuando se disipaba la bruma aquella misma tarde en la sala de estar de mi casa, volvía a ser un hombre tímido de corta estatura, vestido con ropa negra de poliéster y un alzacuello de plástico.

La autoridad de tía Zoë se manifestaba en sentido opuesto. En la iglesia era sumisa. El sombrero redondo que llevaba, de color gris, parecía la cabeza de un tornillo que la mantuviera clavada al banco. No hacía más que dar pellizcos a sus hijos para que no se durmieran. Apenas podía relacionarse a aquella persona de aspecto angustiado que todas las semanas veíamos encorvada delante de nosotras con la mujer divertida que, bajo la inspiración del vino, montaba comedias en la cocina de mi casa.

—¡Los hombres fuera! —gritaba, bailando con mi madre—. Que aquí tenemos cuchillos.

Tan asombroso era el contraste entre la Zoë practicante y la Zoë bebedora de vino, que yo nunca le quitaba ojo en misa. La mayoría de los domingos, cuando mi madre la saludaba con unos golpecitos en el hombro, tía Zo se limitaba a responder con una tenue sonrisa. Su amplia nariz parecía hinchada de pena. Luego se volvía, se persignaba y nos daba la espalda durante el resto de la ceremonia.

De manera que la iglesia de la Asunción en aquel domingo de julio, era incienso elevándose con el patetismo de la esperanza irracional. Más cerca (había estado lloviznando), olor a lana húmeda. El gotear de los paraguas apoyados en los bancos. Los regueros bajo esos mismos paraguas fluyendo por el suelo desnivelado de la iglesia, malamente construida, y formando pequeños charcos aquí y allá. Olor a laca y perfume, a puro barato. El lento tictac de los relojes. Y el ruido que empezaban a hacer las tripas de la gente. Los bostezos. Los cabeceos, los ronquidos, los codazos llamando al despertar.

Nuestra liturgia, interminable; mi propio cuerpo inmune a las leyes del tiempo. Y justo delante de mí, Zoë Antoniou, a quien el tiempo también estaba haciendo estragos.

La vida de la mujer de un pope era aún peor de lo que tía Zo había esperado. Los años que pasó en el Peloponeso habían sido odiosos. Vivían en una pequeña casa de piedra, sin calefacción. Fuera, las mujeres del pueblo extendían mantas bajo los olivos y vareaban las ramas para recoger las aceitunas.

—¿Es que no pueden dejar de armar ese jaleo? —se quejaba Zoë.

En cinco años, bajo el incesante rumor de árboles golpeados hasta la muerte, dio a luz cuatro hijos. En las cartas que enviaba a su madre enumeraba sus privaciones: ni lavadora, ni coche, ni televisión, el patio lleno de cascotes y cabras. Firmaba las

cartas: «Santa Zoë, mártir de la Iglesia».

El padre Mike tenía otra idea de Grecia, más agradable. Los años que pasó allí representaban el mejor periodo de su sacerdocio. En aquel pequeño pueblo del Peloponeso aún sobrevivían las viejas supersticiones. La gente seguía creyendo en el mal de ojo. Nadie le tenía lástima por ser sacerdote mientras que más tarde, en Norteamérica, sus feligreses le trataban siempre con una leve pero inequívoca condescendencia, como a un loco a quien había que seguir la corriente a pesar de sus delirios. La humillación de ser sacerdote en una economía de mercado no atormentó al padre Mike cuando estuvo en Grecia. Allí podía olvidarse de mi madre, que lo había dejado plantado, y evitar las comparaciones con mi padre, que había ganado tantísimo dinero. Las persistentes quejas de su mujer aún no habían impulsado al padre Mike a pensar en colgar los hábitos, y no lo habían conducido a aquel último y desesperado acto...

En 1956, el padre Mike fue destinado de nuevo a Estados Unidos, a una iglesia de Cleveland. En 1958 lo nombraron párroco de la Asunción. Zoë se alegraba de estar otra vez en casa, pero nunca se acostumbró a su posición de *presbítera*. No le gustaba ser un modelo de conducta. Le resultaba difícil mantener a sus hijos bien vestidos, con aspecto pulcro.

—¿Con qué dinero? —gritaba a su marido—. A lo mejor, si te pagaran un salario un poco decente los chicos irían mejor vestidos.

Mis primos —Aristóteles, Sócrates, Cleopatra y Platón— tenían ese aire frustrado, repeinado, que tienen los hijos de los ministros eclesiásticos. Los chicos llevaban trajes baratos, de chaqueta cruzada y colores chillones. Y peinados afros, Cleopatra, que era preciosa y de ojos almendrados como su tocaya, se las arreglaba con vestidos de Montgomery Wards. Rara vez hablaba, y se pasaba la misa jugando a los cordones con Platón.

Tía Zo siempre me había caído bien. Me gustaba su voz sonora, impresionante. Me agradaba su sentido del humor. Era más escandalosa que la mayoría de los hombres; hacía reír a mi madre como nadie. Aquel domingo, por ejemplo, en uno de los muchos tiempos muertos, tía Zo se volvió y se atrevió a hacer una broma:

—Yo *tengo* que estar aquí, Tessie. ¿Qué pretexto tienes tú?

—A Callie y a mí nos apetecía venir a la iglesia —contestó mi madre.

Platón, que era de corta estatura como su padre, entonó con fingida censura:

—Vergüenza debería darte, Callie. ¿Qué habrás hecho?

Se frotó insistentemente el índice izquierdo con el derecho.

—Nada —repuse.

—Oye, Soc —musitó Platón a su hermano—, ¿se ha puesto colorada la prima Callie?

—Debe de haber hecho algo que no quiere decirnos.

—Callaos ya, niños —ordenó tía Zo.

Porque el padre Mike se acercaba con el incensario. Mis primos se volvieron. Mi madre inclinó la cabeza para rezar. Yo hice lo mismo. Tessie rezó para que Capítulo Once recobrase el sentido común. ¿Y yo? Es fácil. Recé para que me viniese el periodo. Oré para que se me impusiera el estigma femenino.

El verano siguió su rápido curso. Milton subió unas maletas del sótano y nos dijo a mi madre y a mí que empezáramos a hacerlas. Me puse morena en el Pequeño Club, con el Objeto. El doctor Bauer me rondaba por la cabeza, valorando las proporciones de mis piernas. La cita era la semana siguiente, luego cuatro días más tarde, después pasado mañana...

Y así llegamos al sábado anterior por la noche, 20 de julio de 1974. Una noche llena de marchas y planes secretos. A primera hora de la mañana del domingo (que seguía siendo sábado por la noche en Michigan), reactores turcos despegaron de sus bases continentales. Sobrevolaron el Mediterráneo en dirección sureste con rumbo a la isla de Chipre. En los antiguos mitos, los dioses que protegían a los mortales solían envolverlos en un manto de niebla. Afrodita tapó una vez a Paris, salvándolo de una muerte segura a manos de Menelao. Ocultó a Eneas para sacarlo subrepticamente del campo de batalla. De la misma manera, mientras aullaban sobre el mar, los aviones turcos también estaban ocultos por una nube. Aquella noche, el personal militar chipriota informó de una misteriosa avería en sus pantallas de radar. Las pantallas se habían llenado de miles de destellos blancos: una nube electromagnética. Invisibles en su interior, los aviones turcos llegaron a la isla y empezaron a lanzar sus bombas.

Entretanto, en Grosse Pointe, Fred y Phyllis Mooney también estaban saliendo de su lugar de residencia, en dirección a Chicago. En el porche, agitando las manos en señal de adiós, estaban sus hijos, Woody y Jane, que tenían sus propios planes secretos. Volando hacia la casa de los Mooney en aquel preciso momento iba una escuadrilla de bombarderos en forma de plateados barriles de cerveza flanqueados por estrechas formaciones de paquetes de seis latas. Coches atestados de adolescentes iban de camino. Y entre ellos nos contábamos el Objeto y yo. Empolvadas, con las uñas pintadas y el pelo cardado, nos dirigíamos al guateque por nuestra cuenta. Con faldas de pana fina y zapatos de plataforma, nos detuvimos en el jardín, frente al porche. El Objeto se mordía el labio.

—Eres mi mejor amiga, ¿verdad?

—Sí.

—Vale. Es que a veces me parece que me huele el aliento. —Se interrumpió—. El caso es que nunca llegas a estar segura de si te *huele* o no. De manera que... —Hizo otra pausa—. Quiero que lo compruebes.

Yo no sabía qué decir, así que no dije nada.

—¿Te da mucho asco?

—No —dije al fin.

—Bueno, pues ahí va.

Se inclinó hacia mí y me echó el aliento a la cara.

—Está bien —le dije.

—Fenómeno. Ahora tú.

Me agaché un poco y exhalé cerca de su nariz.

—Está perfecto —concluyó en tono resuelto—. Venga, ya podemos ir al guateque.

Yo nunca había ido a un guateque. Compadecí a los padres. Mientras nos abríamos paso entre las multitudes que atestaban la casa, me dio lástima la destrucción que se estaba produciendo. Sacudían la ceniza de los cigarrillos en la tapicería de Pierre Deux. Derramaban cerveza en alfombras que parecían reliquias de familia. En el estudio, vi a dos chicos que, sin dejar de reír, orinaban en un trofeo de tenis. La mayoría eran chicos mayores. Se veían parejas que subían la escalera y desaparecían en las habitaciones de arriba.

El Objeto intentaba comportarse como una chica mayor. Imitaba la expresión de aburrida superioridad de las chicas de último curso. Salió al patio delante de mí y se puso en la cola del barril de cerveza.

—Pero ¿qué haces? —le pregunté.

—Ponerme en la cola para que me den una cerveza. ¿Tú qué crees?

Fuera estaba bastante oscuro. Como en la mayoría de las reuniones sociales, dejé que el pelo me cayera sobre la cara. Me dispuse a seguir la cola detrás del Objeto, como un pasmarote, cuando alguien me tapó los ojos con las manos.

—¡Adivina quién soy!

—Jerome.

Le aparté las manos y me di la vuelta.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Porque olía a algo raro.

—¡Vaya! —exclamó alguien detrás de Jerome. Miré a ver quién era y me llevé una impresión. Con Jerome estaba Rex Reese, el individuo que había conducido a Carol Henkel a su muerte acuática. Rex Reese, nuestro Ted Kennedy local. Y ahora tampoco parecía especialmente sobrio. El pelo moreno le tapaba las orejas y en torno al cuello llevaba un trozo de coral azul ensartado en una tira de cuero. Observé sus rasgos para ver si manifestaba algún indicio de remordimiento o arrepentimiento. Pero Rex no me miraba a mí. Tenía la vista fija en el Objeto, con el flequillo cayéndole sobre los ojos y los labios curvados en una sonrisa.

Hábilmente, los dos chicos se interpusieron entre las dos, dándose la espalda el uno al otro. Alcancé a ver fugazmente al Oscuro Objeto. Tenía las manos metidas en los bolsillos traseros de la falda de pana. Parecía una postura despreocupada, pero

tenía el efecto de realzarle el pecho. Sonreía, la cabeza levantada para mirar a Rex.

—Mañana empiezo a rodar —anunció Jerome.

Le miré, confusa.

—La película. Mi película de vampiros. ¿Estás segura de que no quieres trabajar en ella?

—Nos vamos de vacaciones esta misma semana.

—Qué putada —lamentó Jerome—. Va a ser genial.

Nos quedamos callados. Al cabo de un momento, observé:

—Los verdaderos genios nunca se consideran como tales.

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo.

—¿Por qué razón?

—Porque el genio consiste en nueve décimas partes de transpiración. ¿No has oído nunca eso? En cuanto *crees* que eres un genio, te relajas. Piensas que todo lo haces fenomenal y esas cosas.

—Yo sólo quiero hacer películas de miedo —repuso Jerome—. Con algún desnudo de vez en cuando.

—Procura no ser un genio y a lo mejor acabas siéndolo por casualidad.

Me miraba de una forma extraña, intensa, pero sonriendo a la vez.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así, cómo?

A oscuras, el parecido de Jerome con el Oscuro Objeto era aún más marcado. Las cejas de color pardo rojizo, la tez rosada; ahí lo tenía todo otra vez, en forma lícita.

—Eres más lista que la mayoría de las amigas de mi hermana.

—Y tú eres más listo que la mayoría de los hermanos de mis amigas.

Se inclinó hacia mí. Era más alto que yo. En eso consistía la mayor diferencia entre su hermana y él. Suficiente para despertarme del trance. Me hice a un lado, dándole la espalda y dirigiéndome al Objeto. Allí seguía, con la cara arrebolada, mirando a Rex.

—Vamos —le dije—. Tenemos que ir a eso.

—¿A qué?

—A eso. Ya sabes.

Por fin logré arrancarla de allí. Dejó un rastro de sonrisas y miradas significativas. En cuanto entramos en la casa me miró con el ceño fruncido.

—¿Adónde me llevas? —inquirió con furia.

—Lejos de ese asqueroso.

—¿Es que no puedes dejarme ni un momento en paz?

—¿Quieres que te deje en paz? —repliqué—. Vale, pues te dejo en paz.

Me quedé donde estaba.

—¿Es que ni siquiera puedo hablar con un chico en un guateque?

—Te he apartado de él antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Te huele el aliento.

Eso contuvo al Objeto. Le llegó al alma. Se puso mustia.

—¿En serio?

—Sólo un poco, como a cebolla.

Habíamos llegado al jardín. Había chicos sentados en la barandilla de piedra del porche, la brasa de los cigarrillos destellando en la oscuridad.

—¿Qué te parece Rex? —me preguntó el Objeto.

—¿Cómo? ¿Es que te gusta?

—Yo no he dicho eso.

Observé su rostro con detenimiento, buscando la respuesta. Ella lo notó y siguió andando por el césped. La seguí. Ya dije antes que mis emociones son híbridas. Pero no todas. Algunas son puras, sin adulteraciones. Los celos, por ejemplo.

—Rex no está mal —dije cuando la alcancé—. Si te gustan los homicidas.

—Eso fue un accidente —dijo el Objeto.

La luna, en cuarto creciente, daba un baño de plata a las gruesas hojas de los árboles. Había humedad en la hierba. Nos quitamos los zapatos para pisarla. Al cabo de un momento, suspirando, el Objeto apoyó la cabeza en mi hombro.

—Menos mal que te vas —dijo.

—¿Por qué?

—Porque esto es muy raro.

Miré atrás, para comprobar que no nos veían. Nadie podía vernos. Así que le pasé el brazo por los hombros.

Pasamos unos minutos de pie bajo los árboles blanqueados por la luna, oyendo la música que trepidaba desde la casa. La poli no tardaría en venir. Siempre venía. Eso era algo con lo que siempre había que contar en Grosse Pointe.

A la mañana siguiente fui a la iglesia con Tessie. Como de costumbre, tía Zo estaba en primera fila, dando ejemplo. Aristóteles, Sócrates y Platón llevaban sus trajes de gángster. Cleo, oculta en su melena negra, tejía una red de cordeles con los dedos.

Los flancos y la parte de atrás de la iglesia estaban a oscuras. Los iconos irradiaban melancolía en los pórticos o alzaban rígidamente el dedo en las brillantes capillas. Bajo la cúpula, la luz caía en un haz nebuloso. El ambiente ya estaba cargado de incienso. Moviéndose de un lado para otro, los sacerdotes parecían hombres en un hammam<sup>[3]</sup>.

Luego vino el momento del espectáculo. Un sacerdote accionó un interruptor. El

nivel inferior de la enorme araña resplandeció. Por detrás del iconostasio, apareció el padre Mike. Llevaba una casulla azul brillante con un corazón rojo bordado a la espalda. Cruzó la parte delantera y, bajando el escalón, se puso a la altura de los feligreses. El humo se elevaba ondeando del incensario, fragante de antigüedad. «*Kirie eléison*», salmodiaba el padre Mike. «*Kirie eléison*». Y aunque aquellas palabras no me decían nada, o casi nada, sentía su peso, el profundo surco que abrían en el aire del tiempo. Tessie se santiguó, pensando en Capítulo Once.

Primero, el padre Mike recorrió el lado izquierdo de la iglesia. En oleadas azules, el incienso se ovillaba sobre las cabezas de los congregados. Atenuaba el círculo luminoso de la araña. Agravaba la afección pulmonar de las viudas. Reducía la brillantez de los trajes de mis primos. Cuando me envolvió aquel manto de hielo seco, lo aspiré y me puse a rezar. *Te pido por favor, Dios mío, que el doctor Bauer no me encuentre nada malo. Te ruego que me dejes ser sólo una amiga del Objeto. Que no me olvide mientras estamos en Turquía. Por favor, que mi madre no esté tan preocupada por mi hermano. Te ruego que ayudes a Capítulo Once a volver a la universidad.*

El incienso cumple una diversidad de funciones en la Iglesia ortodoxa. Simbólicamente, es una ofrenda a Dios. Como los holocaustos de la era pagana, la fragancia se eleva hacia el cielo. Antes de la época del embalsamamiento moderno, el incienso tenía una aplicación práctica. Cubría el olor de los cadáveres en los funerales. Y cuando se inhala en cantidad suficiente, también ocasiona un aturdimiento que puede sentirse como una ensoñación religiosa. Y si se aspira bastante, marea.

—¿Qué te pasa? —me preguntó al oído la voz de Tessie—. Estás pálida.

Dejé de rezar y abrí los ojos.

—¿De verdad?

—¿Te encuentras bien?

Empecé a contestar afirmativamente. Pero entonces me contuve.

—Estás muy pálida, Callie —insistió Tessie, poniéndome la mano en la frente.

Mareo, ensueño, devoción, engaño: todo viene junto. Si Dios no te ayuda, tienes que ayudarte tú misma.

—Es la tripa —dije.

—¿Qué has comido por ahí?

—Bueno, no es en la tripa, exactamente. Más abajo.

—¿Te mareas?

Volvió a pasar el padre Mike. Agitaba el incensario con tal fuerza que casi me dio en las narices. Y yo ensanché las aletas de la nariz, inhalando todo el humo que pude, poniéndome aún más pálida de lo que ya estaba.

—Es como si me estuvieran retorciendo algo ahí dentro —aventuré.

Acertando, más o menos. Porque Tessie sonreía ahora.

—Ay, cariño —dijo—. Gracias a Dios.

—¿Te alegras de que me ponga enferma? Pues muchas gracias.

—No estás enferma, cariño.

—Entonces, ¿qué es lo que me pasa? No me encuentro bien. Me *duele*.

Mi madre me cogió de la mano, sin dejar de sonreír.

—Vamos, deprisa —me dijo—. No vaya a ocurrir una calamidad.

Cuando me encerré en un retrete de los servicios de la iglesia, la noticia de la invasión turca de Chipre había llegado a Estados Unidos. Y cuando Tessie y yo volvimos a casa, el salón estaba lleno de hombres que vociferaban.

—Nuestros acorazados están frente a la costa, para intimidar a los griegos —chillaba Jimmy Fioretos.

—Pues claro que están frente a la costa. —Éste era Milton—, ¿qué otra cosa se podía esperar? La junta militar va y echa a Makarios. De manera que los turcos se ponen nerviosos. Es una situación explosiva.

—Sí, pero ayudar a los turcos...

—Estados Unidos no está ayudando a los turcos —prosiguió Milton—, sólo quieren que los coroneles no se desmanden.

En 1922, durante el incendio de Esmirna, los buques norteamericanos permanecieron inactivos en las aguas costeras. Cincuenta y dos años después, tampoco hacían nada. Al menos en apariencia.

—No seas ingenuo, Milt. —Otra vez Jimmy Fioretos—. ¿Quién crees que está interfiriendo el radar? Los norteamericanos, Milt. Nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —lo desafió mi padre.

Y ahora, Gus Panos, por el agujero de la garganta:

—Es ese cabrón de... sssss... Kissinger. Debe de haber hecho un... sssss... trato con los turcos.

—Pues claro que sí —asintió Peter Tatakis, dando un sorbo a su Pepsi—, ahora que ha terminado lo de Vietnam, Herr Doktor Kissinger puede jugar otra vez a ser Bismarck. ¿No quiere que la OTAN tenga bases en Turquía? Ésa es la forma de tenerlas.

¿Eran ciertas esas acusaciones? No estoy seguro. Sólo sé lo siguiente: aquella madrugada alguien interfirió el radar chipriota, asegurando el éxito de la invasión turca. ¿Poseían los turcos esa tecnología? No. ¿Disponían los buques de guerra norteamericanos de los instrumentos necesarios para ello? Sí. Pero eso no se puede demostrar...

Además de que, en cualquier caso, eso no me interesaba. Los hombres maldecían, agitaban el dedo delante de la televisión y golpeaban la radio, hasta que tía Zo desenchufó los aparatos. Lamentablemente, no podía desenchufar a los hombres. Los



hombres no dejaron de gritarse mutuamente en la mesa. Agitaban los cuchillos y los tenedores en el aire. La discusión sobre Chipre duró semanas y acabó poniendo fin de una vez para siempre a las comidas dominicales. En lo que a mí se refería, la invasión sólo podía tener un significado.

En cuanto me fue posible, me disculpé y corrí a llamar al Objeto.

—Adivina una cosa —grité, llena de entusiasmo—. No nos vamos de vacaciones. ¡Hay guerra!

Luego le dije que me dolía la tripa y que iría a verla enseguida.

## DE CARNE Y HUESO



Me acerco rápidamente al momento del descubrimiento: de mí mismo por mí misma, que era algo que sabía desde siempre pero de lo que no era consciente; y el descubrimiento, por parte del pobre y cegato doctor Philobosian, de lo que no había observado en el momento de mi nacimiento y siguió escapándosele después en todos los reconocimientos anuales; y el descubrimiento, por parte de mis padres, de la clase de criatura que habían traído al mundo (respuesta: la misma sólo que diferente); y, por último, el descubrimiento de la mutación genética que había estado agazapada en nuestro linaje durante doscientos cincuenta años, tomándosele con calma, esperando que atacara Ataturk, que Hajienestis se volviera de cristal, que un clarinete tocara seductoramente tras una ventana hasta que, uniéndose a su gemelo recesivo, desencadenó los acontecimientos que condujeron hasta mí, aquí, en Berlín, donde escribo.

En aquel verano —mientras las mentiras del presidente se iban haciendo cada vez más complejas—, empecé a fingir el periodo. Con astucia nixoniana, Calíope desenvolvía y echaba por el retrete una flotilla de Tampax sin usar. Fingía síntomas que iban desde el dolor de cabeza a la fatiga. Simulaba retortijones con la misma facilidad con que Meryl Streep cambia de acento. Estaba la punzada, el dolor sordo, el puñetazo que me quitaba el aliento y me dejaba hecha un ovillo en la cama. Mi ciclo, aunque imaginario, estaba rigurosamente trazado en el calendario de mi mesa. Para señalar los días utilizaba el signo k... símbolo del pez de las catacumbas. Programé mis reglas hasta diciembre, mes en el que confiaba que finalmente hubiera aparecido la menarquia.

El engaño dio resultado. Calmó la inquietud de mi madre y, en cierto modo, también la mía. Tenía la impresión de haberme hecho cargo de la situación. Ya no estaba a merced de nadie. Aún mejor: con el viaje a Bursa cancelado —así como la cita para ir a ver al doctor Bauer—, estaba en condiciones de aceptar la invitación del Objeto para ir a la casa de vacaciones de su familia. Empecé a hacer los preparativos, y me compré un sombrero de paja, sandalias y unos pantalones con peto.

Aquel verano no seguía con mucha atención los acontecimientos políticos que se producían en el país. Pero era imposible no enterarse de lo que estaba pasando. La identificación de mi padre con Nixon no hizo sino aumentar a medida que se incrementaban las dificultades del presidente. En los melenudos manifestantes mi padre sólo veía a su peludo y condenatorio hijo. Ahora, en el escándalo de Watergate, mi padre reconocía su propia conducta sospechosa durante los disturbios.

Consideraba un error el allanamiento de morada, pero no le daba mucha importancia.

—¿Acaso creéis que los demócratas no hacen lo mismo? —preguntaba Milton a los tertulianos del domingo—. Los liberales sólo pretenden cargárselo exagerando las cosas. Así que van de honrados. Viendo el telediario de la noche, Milton se ponía a hacer observaciones a la pantalla. «¿Ah, sí?», decía. «Gilipolleces». O bien: «Ese tal Proxmire es un inútil total». «De lo que tendrían que preocuparse esos intelectuales listillos es de la política exterior. Qué hacer con los cabrones de los rusos y la China Roja. En vez de lamentarse y perder el tiempo porque se haya cometido un robo en una miserable oficina de campaña». Atrincherado tras la bandeja de la cena, Milton ojeaba la prensa de izquierdas con el ceño fruncido, momento en el cual no podía pasar inadvertida su creciente semejanza con el presidente.

Entre semana discutía con la televisión, pero los domingos, él se enfrentaba a un auditorio real. Tío Pete, que mientras hacía la digestión solía estar tan aletargado como una serpiente, se mostraba ahora animado y jovial.

—Incluso desde un punto de vista quiropráctico, Nixon es un personaje cuestionable. Tiene el esqueleto de un chimpancé.

El padre Mike se sumó al hostigamiento:

—Dime, Milt, ¿qué te parecen los chanchullos de tu amigo el farsante?

—Me parece que se ha montado un buen jaleo por nada.

Las cosas empeoraban cuando la conversación giraba en torno a Chipre. En asuntos de interior, Milton tenía a Jimmy Fioretos de su lado. Pero en lo que se refería a la situación de Chipre, manifestaban opiniones divergentes. Un mes después de la invasión, cuando Naciones Unidas estaba a punto de concluir las negociaciones de paz, el ejército turco lanzó otro ataque. Esta vez los turcos se apoderaron de gran parte de la isla. Estaban poniendo alambradas. Y levantando torres de vigilancia. Acababan de dividir a Chipre en dos, como Berlín, como Corea, como todos los demás sitios del mundo que ya no eran ni una cosa ni otra.

—Ahora están demostrando sus verdaderas intenciones —afirmaba Jimmy Fioretos—. Los turcos tenían intención de invadir desde siempre. Esas chorradas de proteger la Constitución no eran más que un pretexto.

—Nos han... sssss... atacado por la espalda —graznó Gus Panos.

—¿Qué quieres decir con eso de «nos»? —bramó Milton—. ¿Es que has nacido en Chipre, Gus?

—Ya sabes... sssss... lo que quiero decir.

—¡Norteamérica ha traicionado a los griegos! —exclamó Jimmy Fioretos, agitando el dedo en el aire—. Es ese hijoputa de Kissinger, el muy falso. ¡Te estrecha la mano al tiempo que te da la puñalada!

Milton sacudió la cabeza. Bajó la mandíbula en actitud agresiva y su garganta emitió un sonido grave, una especie de gruñido de desaprobación.

—Tenemos que hacer lo que haga falta para defender nuestros intereses nacionales.

Y entonces Milton alzó la cabeza y lo dijo claramente:

—A tomar por culo los griegos.

En 1974, en vez de reivindicar sus raíces yendo a Bursa, mi padre renegó de ellas. Obligado a elegir entre su país natal y su tierra ancestral, no vaciló. Entretanto, nosotras lo oíamos todo desde la cocina: gritos; y una taza de café que se rompía; maldiciones, tanto en inglés como en griego; pies que salían atropelladamente de la casa.

—Ponte el abrigo, Phyllis —dijo Jimmy Fioretos—. Nos vamos.

—Es verano —repuso Phyllis—. No he traído abrigo.

—Entonces coge lo que tengas que coger, coño.

—Nosotros también nos... sssss... vamos. Se me ha quitado el... sssss... apetito.

Incluso tío Pete, el autodidacta aficionado a la ópera, supo hasta dónde podía llegar.

—Puede que Gus no creciera en Grecia —dijo—. Pero seguro que recuerdas que yo sí. Estás hablando de mi país natal, Milton. Y de la verdadera patria de tus padres.

Los invitados se marcharon. No volvieron más. Jimmy y Phyllis Fioretos. Gus y Helen Panos. Peter Tatakis. Los Buick arrancaron y se alejaron de Middlesex, dejando un espacio negativo en nuestra sala de estar. Después, ya no hubo más comidas los domingos. Se acabaron los hombres que se sonaban las narizotas como si fueran mudas trompetas. Y también las mujeres que daban pellizcos en la mejilla, tan parecidas a Melina Mercouri en sus últimos años. Y, sobre todo, se acabó la tertulia en la sala de estar. Ya no hubo más discusiones, ni ejemplos ni citas de personajes famosos, ya muertos, para fustigar a otros personajes infames, todavía vivos. Se acabó el enfrentarse al gobierno desde los confidentes. Adiós a las reformas del régimen fiscal, las batallas filosóficas sobre la función del gobierno, el Estado del bienestar, la seguridad social sueca (concebida por un tal doctor Fioretos: ninguna relación). El fin de una era. Nunca más. Nunca en domingo.

Los únicos que se quedaron fueron tía Zo, el padre Mike y los primos, porque eran de la familia. Tessie se enfadó con Milton por causar una pelea. Se lo dijo, y él estalló, de manera que mi madre no le dirigió la palabra durante el resto del día. El padre Mike sacó partido de la situación llevándose a Tessie a la terraza. Milton cogió el coche y se marchó. Tía Zo y yo subimos luego un refrigerio a la terraza. Nada más poner el pie en la grava, cercada por una sólida barandilla de madera, vi a Tessie y al padre Mike sentados en las sillas de hierro. El padre Mike tenía cogida a mi madre de la mano, con el barbudo rostro inclinado hacia ella, hablándole con voz queda mientras la miraba fijamente a los ojos. Mi madre, al parecer, había estado llorando. Tenía un pañuelo de papel hecho un ovillo en la mano.

—Callie os trae té con hielo —anunció tía Zo, haciendo su aparición en la terraza—. Y yo traigo el alcohol.

Pero entonces vio cómo miraba el padre Mike a mi madre y guardó silencio. Mi madre se puso en pie, ruborizándose.

—El alcohol para mí, Zo.

Todos lanzaron una risita nerviosa. Tía Zo sirvió las copas.

—No mires, Mike. La mujer del sacerdote se emborracha los domingos.

El viernes siguiente, el padre del Objeto me llevó en coche a su residencia de verano cerca de Petoskey. Era una ostentosa mansión victoriana, con una fachada de color caramelo y llena de adornos superfluos. Cuando subíamos la cuesta y vi la casa, me quedé deslumbrada. Custodiada por altos pinos, se alzaba en una colina sobre la bahía de Little Traverse, y todas sus ventanas centelleaban.

A mí se me daban bien los progenitores. Eran mi especialidad. Mientras subíamos en el coche, mantuve con el padre del Objeto una animada y larga conversación. El señor Objeto tenía tonos celtas. De él había heredado el Objeto la tez y el color de los cabellos. Pero ya rondaba los sesenta años y tenía el pelo escaso y descolorido, como el diseminado penacho del diente de león. Además, su piel pecosa tenía un aspecto apagado. Llevaba un traje de popelín de color caqui con pajarita, y mientras conducía fumaba un puro. Después de recogerme, paramos en una tienda de la autopista, donde el señor Objeto compró un paquete de seis latas de cóctel Smirnoff.

—Martinis en lata, Callie. Vivimos en una época maravillosa.

Cinco horas después, nada sobrio, salió de la carretera y se metió por el camino sin asfaltar que llevaba a la casa. Ya eran las diez de la noche. A la luz de la luna, cogimos las maletas y las llevamos al porche. Entre los altos árboles grises, los hongos salpicaban el sendero lleno de agujas de pino. Cerca de la casa, entre peñascos mohosos, había un pozo artesano.

Al entrar por la puerta de la cocina, nos encontramos con Jerome. Estaba sentado a la mesa, leyendo el *Weekly World News*. A juzgar por la palidez de su rostro, no había salido de allí en casi todo el mes. Su deslustrado pelo oscuro tenía un aspecto especialmente apagado. Llevaba una camiseta de Frankenstein, pantalones cortos de rayas y zapatillas de deporte sin calcetines.

—Te presento a la señorita Stephanides —anunció el señor Objeto.

—Bienvenida al interior del país —dijo Jerome, levantándose para abrazar a su padre y dándole la mano al final.

—¿Dónde está tu madre?

—Arriba, arreglándose para esa fiesta a la que tú llegas increíblemente tarde a juzgar por su estado de ánimo.

—¿Por qué no acompañas a Callie a su habitación? Enséñale la casa.

—Hecho —repuso Jerome.

Subimos por la escalera de atrás, junto a la cocina.

—Como están pintando las habitaciones de huéspedes —me informó Jerome—, dormirás en la de mi hermana.

—¿Dónde está?

—En el porche del patio, con Rex.

Se me cortó la circulación de la sangre.

—¿Rex Reese?

—Sus padres también tienen una casa por aquí.

Jerome me puso entonces al corriente de lo imprescindible: situación del baño, toallas de invitados, funcionamiento de las luces. Pero sus atenciones no significaban nada para mí. Me preguntaba por qué el Objeto no había mencionado a Rex por teléfono. Llevaba allí tres semanas y no me había dicho nada.

Fuimos a la habitación de ella. Encima de la cama había ropa arrugada. Sobre una almohada, un cenicero sucio.

—Mi hermanita es una criatura de hábitos desagradables —sentenció Jerome, mirando alrededor—, ¿tú eres ordenada?

Asentí con la cabeza.

—Yo también. Es el único modo. Oye. —Se volvió hacia mí—. ¿Qué ha pasado con tu viaje a Turquía?

—Se ha cancelado.

—Estupendo. Ahora podrás trabajar en mi película. Voy a rodarla aquí. ¿Te animas?

—Creía que se desarrollaba en un internado.

—He decidido que el internado sea el bosque.

Estaba bastante cerca de mí. Con las manos en los bolsillos, me miraba con los ojos entornados mientras se balanceaba sobre los talones.

—¿Bajamos? —sugerí.

—¿Cómo? Ah, sí. Claro. Vamos.

Jerome dio media vuelta y salió disparado. Le seguí a la planta baja, cruzamos la cocina y pasamos por la sala de estar. Entonces oí voces en el porche.

—Y Selfridge, el tontorrón, que se pone a vomitar —decía Rex Reese—. Ni siquiera le da tiempo a ir al servicio. Vomita allí mismo, en la barra.

—¡No me lo puedo creer! ¡Selfridge! —gritaba ahora el Objeto, divertida.

—Echa la papa. En todo el vaso de whisky. Fue increíble. Una vomitera como las cataratas del Niágara. Selfridge se pone a echar la papa en la barra y todo el mundo salta del taburete, ¿entiendes? Y Selfridge con la cara metida en su propia vomitona. Durante un momento se hace un silencio absoluto. Luego a una chica le empiezan a dar náuseas... y es como una reacción en cadena. Arcadas por todo el local, todo el mundo vomita y el camarero... *se cabrea*. Y es enorme. Un *gigante*, joder. Sale de la

barra y lanza una mirada a Selfridge. Yo estoy como si no conociera a ese tío. No lo he visto en la vida. Y entonces, ¿sabes qué pasa?

—¿Qué?

—El camarero se agacha y coge a Selfridge. Lo agarra del cuello de la camisa y del cinturón, ¿entiendes? Lo levanta como treinta centímetros en el aire... ¡y friega la barra del bar con él!

—¡No me lo creo!

—Como te lo digo. ¡Limpia la vomitona con el propio Fridge!

En ese momento salimos al porche. El Objeto y Rex Reese están sentados uno junto a otro en un sofá de mimbre. Está oscuro y hace fresco, pero el Objeto aún lleva bañador: un biquini de tréboles. Tiene las piernas envueltas en una toalla.

—¡Hola! —dije, alzando la voz.

El Objeto se volvió, mirándome sin expresión.

—Hola —contestó.

—Ya está aquí —dijo Jerome—. Sana y salva. Papá no se ha salido de la carretera.

—Papá no conduce tan mal —protestó el Objeto.

—Cuando no bebe, no. Pero esta noche apuesto a que ha venido con el termo de martinis debajo del asiento.

—¡A tu padre sí que le gusta la juerga! —exclamó Rex con voz ronca.

—¿Ha tenido mi padre alguna ocasión de saciar la sed durante el viaje a casa? —preguntó Jerome.

—Más de una —contesté.

Jerome se echó a reír, aflojando el cuerpo y batiendo palmas.

Entretanto, Rex decía al Objeto:

—Bueno, pues ya que está aquí, vamos a festejarlo.

—¿Adonde podemos ir? —preguntó el Objeto.

—Oye, Jeromán, ¿no has dicho que había un antiguo refugio de cazadores en el bosque?

—Sí. Está a menos de un kilómetro.

—¿Crees que podrás encontrarlo en la oscuridad?

—Con una linterna, puede que sí.

—Pues venga —concluyó Rex, poniéndose en pie—. Vamos a coger unas cervezas, y andando para allá.

El Objeto también se levantó.

—Esperad que me ponga unos pantalones.

Cruzó el porche en biquini. Rex no le quitó ojo.

—Vamos, Callie —dijo ella—. Que tú duermes en mi habitación.

Seguí al Objeto. Entró rápidamente, casi corriendo, sin volver la cabeza para

mirarme. Al subir la escalera, le di un golpe por detrás.

—Te odio —aseguré.

—¿Por qué?

—¡Estás tan morena!

Me lanzó una sonrisa por encima del hombro.

Mientras se vestía, cotilleé por la habitación. En el piso de arriba, los muebles también eran de mimbre. En las paredes había cuadros de barcos de vela, obra de aficionados, y en las estanterías piñas, piedras de Petoskey y libros, casi todos de bolsillo.

—¿Y qué vamos a hacer en el bosque? —pregunté, con un leve tono de queja.

El Objeto no contestó.

—¿Qué vamos a hacer en el bosque? —repetí.

—Dar un paseo.

—Tú sólo quieres que Rex se aproveche de ti.

—Qué malpensada eres, Callie.

—No lo niegues.

Me dio la espalda y sonrió.

—Yo sé quién quiere aprovecharse *de ti* —insinuó.

Por un instante, me invadió una incontenible felicidad.

—Jerome —concluyó ella.

—No quiero ir al bosque —declaré—. Hay bichos y cosas.

—No seas tan estrecha —me reconvino.

Nunca le había oído decir «estrecha». Era una palabra que empleaban los chicos; chicos como Rex. El Objeto acabó de vestirse y se puso frente al espejo. Se dio un pellizco en la mejilla, en un sitio donde tenía la piel reseca. Se pasó el cepillo por el pelo y se puso brillo en los labios. Luego vino hacia mí. Cuando estuvo muy cerca, se detuvo. Abrió la boca y me lanzó el aliento a la cara.

—Está bien —dije, apartándome.

—¿No quieres que compruebe el tuyo?

—Me arriesgaré.

Decidí que si el Objeto iba a estar coqueteando con Rex sin hacerme caso a mí, yo también podría hacer lo mismo y coquetear con Jerome. Cuando salió de la habitación, me peiné. Entre la colección de atomizadores que tenía en la cómoda, elegí uno y apreté la perilla, pero no salió perfume. Fui al baño y me desabroché los tirantes del peto. Me subí la camisa y me metí unos cuantos pañuelos de papel en el sostén. Luego me eché el pelo hacia atrás, me abroché el peto y me apresuré a salir para dar aquel paseo por el bosque.

Me estaban esperando bajo la amarillenta luz antimosquitos del porche. Jerome tenía en la mano una linterna plateada. Colgada al hombro, Rex llevaba una mochila



del ejército llena de cervezas Stroh. Bajamos los escalones hacia el jardín. El terreno, blando por las agujas de los pinos, era desigual, con raíces traicioneras. Por un momento, pese a mi mal humor, lo sentí: el delicioso frescor del norte de Michigan. El aire fresco, incluso en agosto, casi como en Rusia. El cielo añil sobre la bahía negra, el olor a cedro y pino.

El Objeto se detuvo en la linde del bosque.

—No nos mojaremos los pies, ¿verdad? He venido en playeras.

—Venga —dijo Rex Reese, cogiéndole de la mano y tirando de ella—. Mójate.

El Objeto dio un grito, haciendo mucho teatro. Inclined hacia atrás, como tirando de una cuerda, se vio arrastrada entre los árboles. Yo me detuve, esperando que Jerome hiciese lo mismo. Pero no lo hizo. En cambio, se metió directamente en la ciénaga y, poco a poco, el agua le llegó a las rodillas.

—¡Arenas movedizas! —exclamó—, ¡socorro! ¡Me hundo! ¡Que alguien me ayude! Glub, glub, glub, glub, glub.

Más lejos, ya invisibles, el Objeto y Rex se reían.

La ciénaga de los cedros era un paraje intacto, donde nunca se había talado un solo árbol. En aquel terreno no se podía construir. Los árboles eran centenarios y cuando se caían, era para siempre. Allí, en la ciénaga, la verticalidad no era una característica esencial de la vegetación. Muchos cedros se mantenían derechos, pero otros crecían inclinados. Y otros habían caído contra sus vecinos, o directamente al suelo, quedando con las raíces al aire. Se tenía una sensación de cementerio: en todas partes los esqueletos grises de los árboles. La luz de la luna, al filtrarse, daba un tinte plateado a charcos y telarañas. Se reflejaba en el pelo del Objeto, siguiendo sus movimientos, y culebreaba delante de mí.

Nuestro avance por la ciénaga era torpe y escandaloso. Rex imitaba ruidos de animales que no se parecían a ningún animal. Las latas de cerveza tintineaban en su mochila. Nuestros desarraigados pies chapoteaban en el barro.

Al cabo de veinte minutos lo encontramos: una cabaña de una habitación hecha de tablones sin pintar. El techo no era mucho más alto que yo. El foco circular de la linterna alumbró un trozo de tela asfáltica que cubría la estrecha puerta.

—Está cerrado, coño —dijo Rex.

—Vamos a probar por la ventana —sugirió Jerome.

Desaparecieron los dos, dejándonos solas al Objeto y a mí. La miré. Por primera vez desde mi llegada me devolvió la mirada. Había la luz suficiente para que nuestros ojos realizaran aquella comunicación silenciosa.

—Qué oscuro está por aquí —observé.

—Ya lo creo —repuso el Objeto.

Hubo un estrépito en el interior de la cabaña, seguido de unas carcajadas. El Objeto dio un paso hacia mí.

—¿Qué hacen ahí dentro?

—No sé.

De pronto se iluminó el ventanuco de la cabaña. Los chicos habían encendido un quinqué. Seguidamente se abrió la puerta y salió Rex. Sonreía como un vendedor.

—Aquí hay un tío que quiere saludaros.

Dicho lo cual alzó una ratonera de la que colgaba un ratón hecho puré.

—¡Rex! —gritó el Objeto, dando un salto hacia atrás y agarrándose a mí—, ¡quita eso de ahí!

Rex siguió agitando la ratonera, sin dejar de reír, hasta que la tiró al bosque.

—Bueno, vale. No te vayas a cagar de miedo.

Volvió a entrar en la cabaña.

El Objeto seguía aferrada a mí.

—A lo mejor tendríamos que volver —aventuré.

—¿Te acuerdas del camino? Yo estoy completamente perdida.

—Lo puedo encontrar.

Dio media vuelta y atisbó entre la negrura del bosque. Lo estaba pensando. Pero entonces volvió a aparecer Rex en la puerta.

—Entrad —dijo—. Echad un vistazo.

Y entonces ya fue demasiado tarde. El Objeto me soltó y, dejando caer la roja bufanda de los cabellos por encima de los hombros, se agachó para pasar por la angosta puerta y entró en el refugio de cazadores.

Dentro había dos catres con mantas de la compañía Hudson's Bay, uno a cada extremo de la estancia y separados por un rudimentario fogón de campamento. En el marco de la ventana se alineaban botellas de bourbon vacías. Las paredes estaban cubiertas con amarillentos recortes del periódico de la región: concursos de pesca, competiciones de carricoches infantiles. Y también un lucio disecado, con las mandíbulas abiertas. Con escaso petróleo, el quinqué parpadeaba. La llama era del color de la mantequilla, con los ondulados jirones de humo engrasando el aire. La luz de un fumadero de opio. Lo que resultaba enteramente apropiado, porque Rex acababa de sacarse un porro del bolsillo y lo estaba encendiendo con una cerilla.

Rex se había sentado en un catre y Jerome en el otro. Con toda tranquilidad, el Objeto se sentó junto a Rex. Yo me quedé en medio de la estancia, los hombros encogidos. Sentía la mirada de Jerome, observándome. Fingiendo que examinaba la cabaña, me volví de pronto, segura de encontrarme con su mirada. Pero no fue así. Jerome tenía la vista clavada en mi pecho. En los rellenos. Yo ya le gustaba antes, pero ahora ofrecía un atractivo más. Como un premio a sus buenas intenciones.

Quizá debía sentirme satisfecha por la tesitura en la que me hallaba. Pero mis fantasías de venganza se habían disipado. Estaba desanimada. Sin embargo, como no tenía otro remedio, fui a sentarme con Jerome. Al otro extremo de la cabaña, Rex

Reese tenía el porro en los labios.

Rex llevaba pantalones cortos y una camisa con monograma. En el hombro, un desgarrón mostraba su piel tostada. Tenía una marca roja en su cuello de bailarín de flamenco: una picadura de mosquito, un mordisco desvaído. Cerró los ojos e inhaló profundamente, juntando las largas pestañas. Tenía un pelo tan espeso y brillante como la piel de una nutria. Por fin abrió los ojos y pasó el porro al Objeto.

Para mi sorpresa, ella lo cogió. Como si fuese uno de sus apreciados Tareyton, se lo llevó a los labios y aspiró.

—¿No te va a dar paranoia? —la previne.

—No.

—Creía que, tal como me habías dicho, la hierba te daba paranoia.

—En la naturaleza no me da —repuso el Objeto.

Me lanzó una áspera mirada y dio otra calada.

—Pásalo ya —dijo Jerome.

Se levantó a cogerle el porro. Sin sentarse, dio una calada y me lo pasó. Observé el porro. Por un extremo ardía; por el otro estaba aplastado y húmedo. Se me ocurrió que todo aquello formaba parte del plan de los chicos: el bosque, la cabaña, los catres, la droga, el compartir la saliva. Ahí va una pregunta que sigo sin saber contestar: ¿adiviné los trucos masculinos porque yo estaba destinada a montar intrigas parecidas? ¿O es que las chicas también ven claramente las intenciones de los chicos y simplemente hacen como que no se dan cuenta?

Por un momento pensé en Capítulo Once. Vivía en una cabaña parecida, en un bosque como aquél. Me pregunté si echaba de menos a mi hermano. No sabía decirlo. Nunca sé lo que siento hasta que es demasiado tarde. Capítulo Once había fumado su primer porro en la universidad. Yo le llevaba cuatro años de ventaja.

—Mantén el humo dentro —me instruyó Rex.

—Tienes que dejar que el tetrahidrocannabinol se incorpore a tu torrente sanguíneo —terció Jerome.

Hubo un ruido en el bosque, ramitas que se quebraban. El Objeto se agarró al brazo de Rex.

—¿Qué ha sido eso?

—Un oso, a lo mejor —apuntó Jerome.

—Espero que ninguna de vosotras estéis con el mes —dijo Rex.

—¡Rex! —protestó el Objeto.

—Oye, que lo digo en serio. Los osos lo huelen. Una vez que fui de acampada a Yellowstone, una mujer murió despedazada. Los osos pardos olfatean la sangre.

—¡No es verdad!

—Lo juro. Me lo contó un tío que conozco. Era un guía de la organización de exploradores.

—Bueno, no sé Callie, pero yo no —dijo el Objeto.

Me miraron todos.

—Yo tampoco —afirmé.

—Entonces vamos bien, Román —dijo Rex, soltando una carcajada.

El Objeto seguía agarrada a él, buscando protección.

—¿Quieres tirar un penalti? —le preguntó.

—¿Qué es eso?

—Mira, se hace así. —Se volvió hacia ella—. Uno abre la boca y el otro le echa el humo dentro. Te quedas completamente agilipollado. Es fenómeno.

Rex se llevó el porro a los labios. Se inclinó hacia el Objeto que, a su vez, se inclinó hacia él. Abrió la boca. Y Rex empezó a echarle el humo. Los labios del oscuro Objeto formaban un óvalo perfecto, y al centro de aquel blanco, de aquella diana, lanzó Rex Reese el torrente de humo embriagador. La brasa del porro destelló. Vi cómo se precipitaba el chorro de humo en la boca del Objeto. Desapareció por su garganta como los rápidos por una catarata. Finalmente, tosió y Rex se apartó.

—Bien parado. Ahora tíramelo a mí.

Los ojos verdes del Objeto brillaban de lágrimas. Pero cogió el porro y se lo puso entre los labios. Se inclinó hacia Rex Reese, que abrió la boca de par en par.

Cuando acabaron, Jerome le cogió el porro a su hermana.

—Déjame, a ver si venzo algunas dificultades técnicas por esta banda —anunció.

Y acto seguido me encontré con su cara frente a la mía. De manera que yo también acabé haciéndolo. Me incliné hacia delante, cerré los ojos, abrí la boca y dejé que Jerome me lanzase un penalti en la boca en forma de una larga y sucia voluta de humo.

El humo me inundó los pulmones, que me empezaron a arder. Tosí y lo dejé salir. Cuando abrí los ojos otra vez, Rex había pasado un brazo por los hombros al Objeto. Ella intentaba hacer como si no pasara nada. Rex terminó la cerveza. Abrió otras dos latas. Una para él y otra para ella. Se volvió hacia el Objeto. Sonrió. Dijo algo que no alcancé a oír. Y entonces, mientras yo seguía pestañeando, cubrió los labios del Objeto con su bonita y agria boca de fumador de hierba.

Al otro lado de la cabaña, entre la luz titilante, Jerome y yo fingimos no darnos cuenta. Ahora teníamos el porro y podíamos retenerlo cuanto quisiéramos. Nos lo pasamos en silencio mientras dábamos sorbos de cerveza.

—Ahora mismo tengo la extraña sensación de que mis pies están muy lejos —dijo Jerome al cabo de un rato—. ¿Tú también sientes que tienes los pies muy lejos?

—No me los veo —repuse—. Aquí no hay mucha luz.

Volvió a pasarme el porro y lo cogí. Inhalé y retuve el humo. Dejé que me quemara los pulmones, porque quería distraerme del dolor que me oprimía el corazón. Rex y el Objeto seguían besándose. Desvié la vista y miré por la negra y

sucia ventana.

—Todo parece muy azul —dije—, ¿te has dado cuenta?

—Ah, sí —contestó Jerome—. Ocurre toda clase de epifenómenos extraños.

El oráculo de Delfos había sido una chica más o menos de mi edad. Se pasaba el día sentada frente a una gruta, el *ónfalos*, el ombligo de la tierra, inhalando vapores sulfúreos que emanaban del subsuelo. Virgen adolescente, la pitonisa predecía el futuro, recitando los primeros versos métricos de la historia. ¿Por qué saco esto a relucir? Porque Calíope también era virgen aquella noche (durante un poco más de tiempo, al menos). Y ella también había inhalado sustancias alucinógenas. Gases sulfurosos que emanaban de la ciénaga de los cedros, fuera de la cabaña. Vestida no con una túnica diáfana, sino con unos pantalones con peto, Calíope empezaba a tener una sensación verdaderamente extraña.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó Jerome.

—Vale.

Me tendió otra lata dorada de Stroh. Me llevé a los labios el frío metal y bebí. Luego di otro sorbo. Jerome y yo notábamos que nos habíamos puesto en un compromiso. Nos sonreímos nerviosamente. Bajé la vista y me rasqué la rodilla a través de los pantalones. Y cuando volví a levantar la cabeza, me encontré con la cara de Jerome frente a la mía. Tenía los ojos cerrados, como los de un niño que salta de pie desde el trampolín más alto. Antes de enterarme de lo que pasaba, me besó. Besó a una chica a la que jamás habían besado (después de Clementine Spark, en cualquier caso). No lo detuve. Permanecí muy quieta mientras él se dedicaba a lo suyo. Pese al aturdimiento que sentía, era consciente de todo. De la horrorosa humedad de su boca, el sabor alcohólico de sus labios. Su entrometida lengua. Algunos olores, también, la cerveza, la hierba, un rastro a mentol y, bajo todo aquello, el verdadero sabor animal de la boca de un chico. Probé el acre y penetrante sabor de las hormonas de Jerome y el metálico gusto de sus empastes. Abrí un ojo. Ahí tenía el espléndido cabello que tanto tiempo había pasado admirando en otra cabeza. Ahí, las pecas en la frente, en el puente de la nariz, en las orejas. Pero no era el rostro deseado; no se trataba de las mismas pecas, y el pelo estaba teñido de negro. Tras unas facciones impasibles, mi alma se hizo un ovillo, esperando que concluyera aquella situación tan desagradable.

Aún seguíamos sentados. Jerome tenía la cara apretada contra la mía. Maniobrando un poco, alcancé a ver el otro extremo de la habitación, donde estaban Rex y el Objeto. Se habían tumbado. Los faldones de la camisa azul de Rex parecían aletear en la luz temblorosa. Bajo él, una de las piernas del Objeto oscilaba fuera de la cama, el dobladillo de los pantalones cubierto de barro. Los oí cuchichear y reír, luego silencio otra vez. Vi cómo se mecía la pierna manchada de barro del Objeto. Me concentré en aquella pierna, de manera que apenas me di cuenta de que Jerome empezaba a empujarme para que me tumbara en el catre. Se lo permití; me rendí ante

nuestro lento derrumbe, sin quitar ojo a Rex Reese y al Objeto. Ahora Rex pasaba las manos por el cuerpo del Objeto. Le subían la camisa, se deslizaban por debajo. Luego ambos cambiaron de postura, de modo que los veía de perfil. El rostro del Objeto, tan quieto como una máscara mortuoria, esperaba con los ojos cerrados. El perfil de Rex, exaltado, brillaba con un color rosáceo. Mientras, las manos de Jerome se movían por todo mi cuerpo. Me frotaba el peto, pero yo no estaba allí dentro exactamente. Tenía la atención demasiado centrada en el Objeto.

Éxtasis. Del griego *ékstasi*. Que no significa lo que pueda pensarse. Ni euforia ni climax sexual, ni siquiera felicidad. Significa, literalmente: un estado de desplazamiento, de salir de los propios sentidos. Hace tres mil años, en Delfos, la pitonisa estaba en éxtasis cada hora de la jornada. Aquella noche, en un refugio de cazadores del norte de Michigan, Calíope también lo estaba. Colocada por primera vez, borracha por primera vez, sentía que me disolvía, convirtiéndome en vapor. Como el incienso de la iglesia, mi espíritu ascendió hacia la cúpula de mi cráneo... para perforarlo y salir al exterior. Me dispersé sobre el suelo de tablas. Floté sobre el pequeño fogón de campamento. Pasando frente a las botellas de bourbon, me inmovilicé sobre el otro catre. Miré al Objeto, abajo. Y entonces, comprendiendo de pronto que podía hacerlo, me introduje en el cuerpo de Rex Reese. Entré en él como un dios, de modo que era yo, y no Rex, quien la estaba besando.

Un búho ululó en algún árbol. Los insectos atacaban las ventanas, atraídos por la luz. En mi estado délfico era consciente de las dos sesiones diferentes a la vez. A través del cuerpo de Rex, abrazaba al Oscuro Objeto, acariciaba su oreja..., y al mismo tiempo sentía las manos de Jerome por todo el cuerpo, por el que había dejado en el otro catre. Estaba encima de mí, aplastándome un costado, de manera que me moví, abriéndome de piernas, y él cayó en medio. Jerome emitía leves gemidos. Lo rodeé con los brazos, horrorizada y conmovida por su delgadez. Estaba más flaco que yo. Jerome me besaba ahora en el cuello. Y después, siguiendo el consejo de alguna revista, centraba su atención en el lóbulo de mi oreja. Movié las manos hacia arriba, buscando mi pecho.

—No —me negué, temerosa de que encontrara los pañuelos.

Y Jerome obedeció...

... mientras, en el otro catre Rex no encontraba la misma resistencia. Con habilidad consumada, Rex había desabrochado el sujetador al Objeto con una sola mano. Como él tenía más experiencia que yo, le dejé ocuparse de los botones de la camisa, pero eran mis manos las que le quitaban el sostén y, como cuando se sube de golpe una persiana, entró en la habitación la pálida luz de los pechos del Objeto. Los vi; los toqué; y como no era yo quien lo hacía sino Rex Reese no tenía por qué sentirme culpable, no debía preguntarme si mis deseos eran antinaturales. ¿Cómo podía hacerlo si me encontraba en el otro catre, jugueteando con Jerome?

... de manera que, sólo para asegurarme, volví la atención a él. Se encontraba ahora en una especie de agonía. Se restregaba contra mí y luego se paraba para bajar la mano y ajustarse sus cosas. Oí el ruido de una cremallera. Lo miré de reojo. Le vi pensar, concentrado en el rompecabezas de mis pantalones con peto.

No parecía encontrar solución, de modo que revoloteé de nuevo por la habitación para meterme en el cuerpo de Rex Reese. Por un momento sentí que el Objeto respondía a mi contacto: una agitación sobresaltada, ansiosa, en los músculos y en la piel. Y ahora sentí otra cosa, Rex, o yo, un alargamiento, una expansión. Sólo lo sentí un momento porque entonces algo me empujó contra el catre...

Jerome tenía la mano sobre mi vientre desnudo. Durante mi ausencia, mientras yo habitaba el cuerpo de Rex, Jerome había aprovechado para desabrocharme los tirantes del peto. Después, los botones plateados a cada lado de la cintura. Ahora me estaba quitando los pantalones y yo trataba de despertar. Pero ya me bajaba las bragas mientras yo me daba cuenta de lo borracha que estaba. Ahora lo sentí dentro de las bragas y ahora estaba... *¡dentro de mí!*

Y entonces: dolor. Una cuchillada, un fogonazo de dolor. Un desgarrón en las entrañas. Me rajó en dos, del vientre a los pezones. Jadeé; abrí los ojos; miré hacia arriba y vi que Jerome tenía la vista fija en mí. Nos quedamos mirándonos, boquiabiertos, y comprendí que se había enterado. Jerome había descubierto mis hechuras, y al mismo tiempo que yo, pues en aquel momento comprendí que no era una chica sino algo entre medias. Lo supe por la naturalidad con que había usurpado el cuerpo de Rex Reese, por lo *a gusto* que me había encontrado dentro de él, y también lo supe por la asombrada expresión de Jerome. Todo eso fue cuestión de un instante. Entonces aparté a Jerome con la mano. Se echó hacia atrás, se retiró y se levantó del catre.

Silencio. Sólo nosotros dos, recobrando el aliento. Me quedé tumbada de espaldas en el catre. Bajo los recortes de periódico. Únicamente con el lucio disecado por testigo. Me subí los pantalones, me abroché el peto y me sentí enteramente despejada.

Todo había terminado. Ya nada se podía hacer. Jerome se lo contaría a Rex. Rex se lo diría al Objeto. Dejaría de ser mi amiga. Cuando empezara el colegio, en Baker e Inglis todas sabrían que Calíope Stephanides era un bicho raro. Esperaba que Jerome diera un salto y saliera corriendo. Sentí pánico y, al mismo tiempo, una extraña calma. Estaba atando cabos en mi mente. Clementine Stark y sus lecciones de beso; las dos girando abrazadas en una bañera de agua caliente; un corazón anfibio y una flor de azafrán; sangre y pechos que no venían; y una atracción por el Objeto que parecía, que *era*, amor para siempre.

Tras unos momentos de lucidez, el pánico me volvió a gemir al oído. Entonces fui yo quien quiso salir corriendo. Antes de que Jerome tuviera ocasión de decir algo. Antes de que alguien se enterase. Podría marcharme aquella misma noche. Encontrar

el camino de vuelta a la casa a través de la ciénaga. Podía robar el coche a los padres del Objeto. Podía conducir en dirección norte, atravesando la parte alta de la península hacia Canadá, adonde Capítulo Once pensó marcharse una vez para desertar del ejército. Mientras consideraba mi vida de fugitiva, atisé por el borde del catre para ver lo que hacía Jerome.

Estaba tumbado en el suelo, con los ojos cerrados. Y sonreía para sí mismo.

¿Sonreía? ¿Cómo que sonreía? ¿Porque se sentía ridículo? No. ¿Se encontraba bajo los efectos de la impresión? Negativo otra vez. ¿De qué sonreía? *De satisfacción*. La sonrisa de Jerome era la de un chico que, en una noche de verano, ha llegado hasta el final. Tenía esa sonrisa de quien está impaciente por contárselo a sus amigos.

Lector, créetelo si puedes: no se había enterado de nada.



## LA ESCOPETA EN LA PARED



Cuando me desperté estaba en la casa. Tenía un vago recuerdo de cómo había llegado hasta allí, caminando trabajosamente por la ciénaga. Aún llevaba puestos los pantalones con peto. Sentía la entrepierna caliente y esponjosa. El Objeto ya se había levantado, o a lo mejor no había dormido allí. Bajé la mano y me despegué las bragas de la piel. Aquel sencillo acto, la leve bocanada de aire, el olor que subía, reiteró el hecho recién descubierto sobre mi persona. Pero no era un hecho exactamente. Aún no tenía la solidez de un hecho. Sólo era una intuición sobre mí misma que el advenimiento de la mañana no había aclarado en modo alguno. Sólo una idea que ya empezaba a desvanecerse, a formar parte de la ebriedad de la víspera en el bosque. Cuando el oráculo despertaba después de una de sus frenéticas noches de profecías, probablemente no guardaba memoria de las cosas que había dicho. Cualesquiera verdades que hubiese acertado serían secundarias con respecto a las sensaciones inmediatas: el dolor de cabeza, la ardiente garganta. Lo mismo le ocurría a Calíope. Me sentía manchada, iniciada. Enteramente adulta. Pero sobre todo, mareada, y no quería pensar en lo que había pasado.

En la ducha, traté de borrar la experiencia con jabón, restregándome metódicamente, alzando la cara para recibir el sesgado chorro de agua. El ambiente se llenó de vapor. Goteaban espejos y ventanas. Se humedecieron las toallas. Utilicé todos los jabones que había a mi alcance, Lifebuoy, Ivory, además de una marca artesanal de la región que tenía el tacto de papel de lija. Me vestí y bajé la escalera sin hacer ruido. Al cruzar la sala de estar reparé en una vieja escopeta de caza colgada sobre la repisa de la chimenea. De nuevo un arma en la pared. Pasé de puntillas frente a ella. En la cocina, el Objeto estaba desayunado cereales y leyendo una revista. No alzó la vista cuando entré. Cogí un tazón y me senté a la mesa. Quizá hiciera alguna mueca al sentarme.

—¿Qué te pasa? —dijo el Objeto en tono despectivo—. ¿Te duele algo?

Tenía la cabeza apoyada en la palma de la mano, y me miraba con una expresión sarcástica en el rostro. Ella tampoco se encontraba en plena forma.

Tenía ojeras. Por momentos, sus pecas perdían su carácter radiante, y parecían herrumbre o corrosión.

—A ti sí que debía de dolerte algo —repliqué.

—A mí no me duele nada —repuso el Objeto—, si te interesa saberlo.

—Se me había olvidado. Es que estás acostumbrada.

De pronto, el rostro se le llenó de ira y se puso a temblar. Los nervios se le

estiraron y tensaron sobre los músculos, trazándole líneas en la piel.

—Anoche te comportaste como una fulana —acusó.

—¿Yo? ¿Y tú qué? Estuviste todo el rato echándote encima de Rex.

—No es verdad. No llegamos a hacer nada.

—Pues casi me engañas.

—Por lo menos no es tu *hermano*.

Se puso en pie, lanzándome una mirada desafiante. Parecía a punto de echarse a llorar. No se había limpiado la boca. Tenía jamón, migas de pan. Me quedé sin habla al ver cómo se transformaba aquel rostro amado en una pura expresión de odio. La reacción debía vérseme en la cara. Sentí que el espanto me ponía los ojos como platos. El Objeto estaba esperando que yo dijera algo, pero no se me ocurría nada. Así que, finalmente, apartó bruscamente la silla y dijo:

—Jerome está arriba, ¿por qué no subes y te metes en la cama con él?

Dicho esto, salió de la cocina hecha una furia.

Siguió un instante de amargura. El remordimiento, que ya me estaba saturando, rompió sus diques. Me inundó las piernas, me encharcó el corazón. Encima de la inquietud por si había perdido a mi amiga, de pronto me asaltó el pánico por mi reputación. ¿Sería verdaderamente una fulana? Ni siquiera me había gustado. Pero lo había hecho, ¿no? Le había dejado hacerlo. Y luego estaba el miedo al castigo. ¿Y si me quedaba embarazada? Entonces, ¿qué? La expresión que tenía en la mesa del desayuno era la de cualquier chica que se pone a hacer matemáticas, contando días, midiendo fluidos. Un momento antes de recordar que no podía quedarme embarazada. Eso era lo bueno de un florecimiento tardío. Pese a todo, estaba preocupada. Estaba segura de que el Objeto nunca volvería a dirigirme la palabra.

Subí de nuevo la escalera y volví a meterme en la cama, tapándome la cara con una almohada para que no me diera la luz de verano. Pero aquella mañana no había manera de esconderse de la realidad. Apenas habían pasado cinco minutos cuando el somier se hundió al recibir un nuevo peso. Atisbando bajo la almohada, vi que Jerome había venido de visita.

Se había tumbado de espaldas, y parecía cómodo, bien instalado. En vez de bata, llevaba un chaquetón de cazar patos. Por abajo se le veían los deshilachados bordes de los calzoncillos. En una mano tenía una taza de café, y observé que llevaba las uñas pintadas de negro.

La luz de la mañana que entraba por una ventana lateral ponía de relieve la barba que le crecía en el mentón y el labio superior. Frente al pelo aplastado, teñido, echado a perder, aquellos brotes anaranjados eran como la vida volviendo a un paisaje abrasado.

Jerome prefería a veces adoptar una posición irónica que le eximiera de participar en la realidad cotidiana. Ahora, con exagerado histrionismo, interpretaba una escena

de amor. Con la cabeza sobre la almohada, tenía la cara medio vuelta, de modo que un mechón de pelo le caía sobre la frente, justo por encima de los adormilados ojos.

—Buenos días, cariño —me saludó.

—Hola.

—No andamos muy bien esta mañana, ¿verdad?

—No. Anoche estaba bastante borracha.

—A mí no me lo parecías tanto, cielo.

—Pues sí, lo estaba.

Y entonces lo soltó. Se incorporó sobre la almohada, dio un sorbo de café y suspiró. Empezó a darse golpecitos en la frente con el dedo. Y luego dijo:

—Por si te preocupan esas vulgaridades, debes saber que te sigo respetando y toda esa mierda.

No contesté. Responder habría sido confirmar los detalles de lo ocurrido, y lo que yo pretendía era ponerlos en duda. Al cabo del rato, Jerome dejó la taza en el suelo y se puso de lado. Se movió, acercándose a mí, y apoyó la cabeza en mi hombro. Así se quedó un tiempo, respirando fuerte. Luego, con los ojos cerrados, alzó la cabeza y la metió debajo de la almohada, conmigo. Empezó a hacerme arrumacos. Primero me acarició el cuello con el pelo, luego utilizó órganos sensibles. Pestañeando, me hizo cosquillas en la barbilla. Resopló con la nariz en el hueco de mi garganta. Y luego sentí sus labios, ávidos, torpes. Deseaba que se apartara de mí. Al mismo tiempo me preguntaba si me había lavado los dientes. Empezó a ponerse encima de mí, con suavidad, y tuve la misma sensación que la noche anterior, como un peso que me aplastara. Eso hacen los chicos y los hombres para anunciar sus intenciones. Se te ponen encima como la tapa de un sarcófago. Y lo llaman amor.

Por un momento resultó tolerable. Pero pronto se le subió el chaquetón y sentí que su necesidad se hacía cada vez más apremiante. Intentó introducirme la mano por debajo de la camisa. Yo no llevaba sostén. No me lo puse después de ducharme, y había tirado los pañuelos al váter. Ya había terminado con esos trucos. Jerome siguió subiéndome las manos. No me importaba. Dejé que me tocara. Por si le servía de algo. Pero si esperaba decepcionarle, no dio resultado. Acariciaba y apretaba, mientras la mitad inferior de su cuerpo se agitaba como la cola de un cocodrilo. Y entonces dijo algo sin pizca de ironía. Fervientemente, musitó:

—Me ha dado fuerte por ti.

Cerró los labios, buscando los míos. Me introdujo la lengua.

La primera penetración, que auguraba la siguiente. Pero ahora no, esta vez no.

—Para —le dije.

—¿Qué?

—Para.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Por qué sí?

—Porque no me gusta que hagas eso.

Se incorporó. Como el protagonista de ese viejo gag de la cama plegable que no quiere plegarse, Jerome se incorporó de golpe, totalmente despierto. Luego se levantó de un salto de la cama.

—No te enfades conmigo —le pedí.

—¿Quién ha dicho que estoy enfadado? —repuso él, marchándose.

El resto del día pasó despacio. Me quedé en la habitación hasta que vi a Jerome salir de la casa, llevando la cámara. Supuse que me habría excluido del reparto. Los padres del Objeto volvieron de su partido de tenis con otro matrimonio. La señora Objeto subió al baño principal. Desde la ventana vi al señor Objeto, que se tumbaba en la hamaca del patio con un libro. Esperé a oír la ducha y bajé a la cocina por la escalera de atrás. Luego, con una sensación de abatimiento, me dirigí a la bahía.

La ciénaga de los cedros estaba a un lado de la casa. Al otro había un camino de tierra y grava que llevaba a un descampado donde crecía una hierba alta y amarillenta. La ausencia de árboles era perceptible, y deambulando por allí encontré una piedra conmemorativa, casi cubierta de maleza. Señalaba el emplazamiento de un fuerte o el lugar de una matanza, no recuerdo bien. El musgo invadía las letras en relieve y no pude leer toda la inscripción. Me quedé allí un rato, pensando en los primeros colonos y en cómo se mataban unos a otros por unas pieles de castor o de zorro. Levanté la pierna y empecé a quitar el musgo con el pie, restregando la inscripción con la zapatilla de deporte hasta que me cansé. Ya era casi mediodía. La bahía era de un azul brillante. Se sentía la proximidad de Petoskey, el humo de fogones y chimeneas subiendo por encima de la cuesta. Cerca del agua se embarraba la hierba. Subí al parapeto y caminé de un lado para otro, manteniendo el equilibrio. Con los brazos extendidos, me movía con aire arrogante, al estilo de Olga Korbut. Pero no me lo creía mucho. Era demasiado alta para ser Olga Korbut. Poco después llegó a mis oídos el ruido de un motor fuera borda. Hice visera con la mano y escudriñé las aguas relucientes. Una lancha pasaba a toda velocidad. Al timón iba Rex Reese. Con el torso al aire, gafas de sol, bebiendo una cerveza y pisando a fondo, remolcaba a alguien que hacía esquí acuático. Era el Objeto, por supuesto, con su biquini de tréboles. Frente a la inmensidad del agua parecía desnuda, sólo aquellas dos tiras, una arriba y otra abajo, separándola de la naturaleza. Su cabellera pelirroja ondeaba como un aviso de galerna. Como esquiadora, sin embargo, no ofrecía una bella estampa. Iba demasiado inclinada hacia delante, las piernas arqueadas sobre los patines. Pero no se cayó. Entre trago y trago, Rex volvía la cabeza para ver si iba bien. Finalmente, la lancha dio un giro cerrado y el Objeto cruzó su propia estela, alejándose velozmente de la orilla.

Cuando se hace esquí acuático ocurre una cosa tremenda. Después de soltar la cuerda, se sigue uno deslizándose sobre las aguas durante un tiempo, libremente. Pero llega el inevitable momento en que la simple inercia no basta para seguir avanzando. La superficie del agua se rompe como un cristal. Las profundidades se abren para reclamarte. Así me sentía yo en la orilla, viendo esquiar al Objeto. Esa misma sensación de hundimiento sin remedio, esa ley física de la emoción.

Cuando volví, a la hora de cenar, el Objeto continuaba ausente. Su madre estaba enfadada, considerando una grosería el hecho de que me hubiera dejado sola. Jerome también había salido con unos amigos. Así que cené con los padres del Objeto. Aquella noche había demasiada desolación en mí para entretener a los adultos. Comí en silencio y después me senté en la sala de estar, fingiendo que leía. El reloj siguió su lento camino. La noche chirriaba y crujía. Cuando sentí que estaba a punto de derrumbarme, fui al baño y me eché agua en la cara. Me puse una toalla caliente sobre los ojos y me apreté las sienes con las manos. Me pregunté lo que estarían haciendo el Objeto y Rex. Me imaginé sus calcetines, sus calcetinitos con pelotas de tenis en los talones, aquellas bolas rojas como la sangre, rebotando.

Estaba claro que si el señor y la señora Objeto no se iban a dormir sólo era por hacerme compañía. Así que, finalmente, les di las buenas noches y me fui a la cama. Me acosté y empecé a llorar en el acto. Sollocé durante largo tiempo, procurando no hacer ruido. Mientras lloraba, decía cosas en un ofendido murmullo: «¿Por qué no te gusto?». O bien: «¡Lo siento! ¡Lo siento!». No me importaba lo que pudieran pensar, si me estaban escuchando. Tenía un veneno en el organismo y necesitaba purgarme. Así seguía cuando, en un momento dado, oí cerrarse de golpe la puerta mosquitera. Me limpié la nariz con la sábana y traté de calmarme y escuchar. Oí pasos que subían la escalera y, poco después, la puerta de la habitación se abrió y se cerró. El Objeto entró y se quedó quieta en la oscuridad. Debía de estar esperando a que se le acostumbraran los ojos. Inmóvil en mi sitio, yo me hacía la dormida. Crujieron las tablas del piso cuando se acercó a mi lado. Noté que me observaba, allí de pie. Luego se dirigió a su sitio, se quitó las zapatillas y los pantalones cortos, se puso una camiseta y se acostó.

El Objeto dormía boca arriba. Me dijo una vez que las personas que dormían así tenían madera de líderes, eran actores o exhibicionistas de nacimiento. Las que dormían boca abajo, como yo, vivían aisladas de la realidad, eran proclives a oscuras percepciones y a las artes contemplativas. Esa teoría era de aplicación en nuestro caso. Seguí en posición decúbito prono, con los ojos y la nariz, irritados de tanto llorar. El Objeto, en decúbito supino, bostezó y (como una actriz consumada, quizá) se quedó dormida enseguida.

Esperé unos diez minutos, sólo para estar completamente segura. Entonces, como moviéndome en sueños, me di la vuelta de manera que me quedé mirando al Objeto.

La luna estaba casi llena, y una luz azulada inundaba la habitación. Y allí, en la cama de mimbre, dormía el Oscuro Objeto. Se distinguía la parte de arriba de su camiseta Groton. Era vieja, de su padre, con algunos agujeros. Tenía un brazo cruzándole la cara, como un trazo diagonal en un letrero que dijera: «No tocar». Así que me dediqué a mirar. Sus cabellos se derramaban sobre la almohada. Tenía los labios entreabiertos. Algo le brillaba en la oreja, granos de arena de la playa, quizá. Más allá, los atomizadores destellaban en la cómoda. El techo estaba allá arriba, en alguna parte. Sentía las arañas, trabajando en los rincones. Las sábanas estaban frescas. El edredón, hecho un ovillo a nuestros pies, perdía plumón. Yo me había criado con el olor a alfombras nuevas, a camisas de poliéster aún calientes de la secadora. Aquí las sábanas egipcias olían a setos, las almohadas a aves acuáticas. A treinta centímetros, el Objeto formaba parte de todo aquello. Su color parecía concordar con el paisaje norteamericano, su pelo de calabaza, su piel de sidra. Emitió un suspiro y de nuevo permaneció en silencio.

Con suavidad, le retiré la manta del cuerpo. Se perfiló su silueta en la penumbra, la elevación de los pechos bajo la camiseta, la tierna colina del vientre y luego la oscura luminosidad de las bragas, convergiendo en forma de uve. No se movía. Su pecho se levantaba y caía al ritmo de su respiración. Despacio, intentando no hacer ruido alguno, me acerqué más. Músculos diminutos, músculos enteramente desconocidos, empezaron a funcionar en mi costado. Me propulsaron milímetro a milímetro a través de las sábanas. Los viejos muelles me dieron problemas. Mientras yo intentaba avanzar con toda naturalidad, me dirigían procaces gritos de aliento. Lanzaban vítores, cantaban. Yo paraba y luego reiniciaba el movimiento. Me costaba mucho trabajo. Empecé a respirar por la boca, haciendo menos ruido.

Así estuve diez minutos, aproximándome cada vez más. Finalmente, noté su calor a todo lo largo del cuerpo. Seguíamos sin tocarnos, sólo irradiando efluvios. Ella respiraba hondo. Yo también. Respiramos al unísono. Finalmente, armándome de valor, le pasé el brazo por la cintura.

Y luego nada más, durante un buen rato. Habiendo llegado hasta ahí, me asustaba ir más lejos. Así que permanecí inmóvil, abrazándola a medias. Se me agarrotó el brazo. Me empezó a doler y, finalmente, se me quedó entumecido. El Objeto bien podría estar drogada, o en estado de coma. Sin embargo, notaba una actitud alerta en su piel, en sus músculos. Al cabo de otro intervalo de inactividad, me lancé sin pensarlo más. Le cogí la camiseta y se la subí. Contemplé un buen rato su vientre desnudo y, finalmente, con una especie de congoja, incliné la cabeza. Incliné la cabeza ante el dios del deseo desesperado. Besé el vientre del Objeto y poco a poco, ganando confianza, empecé a ascender por su cuerpo.

¿Recuerdan mi corazón batracio? En la habitación de Clementine Stark apareció saltando en una orilla embarrada, moviéndose entre dos elementos. Ahora hizo algo

aún más sorprendente: reptó a tierra. Exprimiendo milenios en treinta segundos, desarrolló su conciencia. Mientras besaba el vientre del Objeto, no sólo estaba reaccionando a estímulos placenteros, tal como había ocurrido con Clementine. No desalojé mi cuerpo, como hice con Jerome. Ahora era consciente de lo que estaba sucediendo. Pensaba en ello.

Pensaba que eso era lo que siempre había deseado. Me daba cuenta de que no era la única farsante de mi entorno. Me preguntaba lo que pasaría si alguien se enteraba de lo que estábamos haciendo. Pensaba que todo era muy complicado y que sólo podría complicarse aún más.

Bajé la mano y le toqué las caderas. Le enganché los dedos en la cinturilla de las bragas. Empecé a bajárselas, suavemente. Y en ese preciso momento, el Objeto levantó las caderas, sólo un poco, lo justo para ponérmelo más fácil. Ésa fue su única contribución.

Al día siguiente no lo mencionamos. Cuando me desperté, el Objeto ya se había levantado. Estaba en la cocina, viendo cómo su padre hacía *scrapple*. Los domingos por la mañana, preparar aquel guiso de cerdo con harina y especias era un ritual para el señor Objeto. Presidía el borboteo del tocino y la grasa mientras el Objeto miraba de cuando en cuando la sartén y decía:

—Qué asco da eso.

Pero al momento se comía un plato y hacía que yo me comiera otro.

—Me va a dar una acidez tremenda —aseguraba ella.

Enseguida capté el mensaje tácito. El Objeto no quería dramatismos, nada de sentimientos de culpa. Nada de romanticismos, tampoco. Acometía el guiso como una raya que separase el día de la noche, para dejar claro que lo que había pasado la víspera, lo que habíamos hecho por la noche, no tenía nada que ver con la actividad diurna. Era buena actriz, además, y en ocasiones me preguntaba si en realidad había estado dormida todo el tiempo. O si sólo había sido un sueño.

Durante el día sólo dio dos signos de que algo había cambiado entre nosotras. Por la tarde llegó el equipo de rodaje de Jerome. Se componía de dos amigos suyos que llevaban cajas, cables y un micrófono largo y peludo semejante a una esterilla de playa enrollada y llena de porquería. Estaba claro para entonces que Jerome evitaba hablarme deliberadamente. Se instalaron en un cobertizo donde se guardaban las herramientas. El Objeto y yo decidimos ir a ver lo que estaban haciendo. Jerome nos había prohibido que fuéramos por allí, así que no pudimos resistirlo. Nos acercamos sigilosamente, ocultándonos de árbol en árbol. Teníamos que pararnos a menudo para contener los ataques de risa, dándonos palmadas, evitando mirarnos hasta que lográbamos dominarnos. Llegamos a la parte de atrás del cobertizo y atisbamos por la ventana. No pasaba nada del otro mundo. Uno de los amigos de Jerome estaba sujetando un foco a la pared con cinta adhesiva. Resultaba difícil mirar las dos a la

vez por la ventana, así que el Objeto se puso delante de mí. Me cogió de las muñecas, colocándome las manos sobre su vientre. Aunque oficialmente tenía puesta la atención en lo que ocurría dentro del cobertizo.

Apareció Jerome, vestido de vampiro pijo. Debajo del tradicional chaleco de Drácula, llevaba un polo de color rosa. En vez de pajarita, un pañuelo al cuello. Iba con el pelo negro peinado hacia atrás, la cara maquillada de blanco, y en la mano llevaba una coctelera. Uno de sus amigos empuñaba un palo de escoba del que colgaba un murciélago de goma, el otro manejaba la cámara.

—Acción —dijo Jerome.

Alzó la coctelera y la agitó con ambas manos. Mientras, el murciélago aleteaba a su alrededor. Jerome quitó el tapón y sirvió la sangre en las copas de martini. Ofreció una a su amigo el murciélago, que inmediatamente se dejó caer dentro de ella. Jerome dio un sorbo al sangriento cóctel.

—Justo como a ti te gusta, Felpudo —dijo al murciélago—. *Muy seco.*

Bajo mis manos, el vientre del Objeto se agitaba de risa. Se echó hacia atrás, apoyándose en mí, y su carne estremecida se entregaba entre mis brazos. Apreté la pelvis contra ella. Todo eso acontecía en secreto detrás del cobertizo, como un toqueo de pies por debajo de la mesa. Pero entonces, el cámara se incorporó, nos señaló con el dedo y Jerome dio media vuelta. Sus ojos se fijaron en mis manos y luego en mi rostro. Descubrió los colmillos, fulminándome con la mirada. Y luego, con su voz normal, gritó:

—¡Iros a tomar por culo de aquí, cabronas! Estamos rodando.

Se acercó a la ventana y dio un golpe en el cristal, pero nosotras ya estábamos corriendo.

Más tarde, hacia el anochecer, sonó el teléfono. Lo cogió la madre del Objeto.

—Es Rex —anunció.

El Objeto se levantó del sofá, donde jugábamos al *backgammon*. Por hacer algo, volví a ordenar mis fichas. Las coloqué una y otra vez, mientras el Objeto hablaba con Rex. Estaba de espaldas a mí. Se movía al hablar, jugueteando con el cable. Mientras, yo prestaba mucha atención a lo que decía.

—Nada especial, sólo jugando al *backgammon*..., con Callie... Está rodando esa absurda película suya... No puedo..., vamos a cenar enseguida... No sé, a lo mejor después... En realidad, estoy un poco cansada.

De pronto dio media vuelta y se me quedó mirando. Con un esfuerzo, alcé la vista. El Objeto señaló al teléfono y luego, abriendo mucho la boca, se introdujo dos dedos hasta la garganta. Mi corazón no cabía en sí de gozo.

De nuevo vino la noche. En la cama pasamos por los preliminares, ahuecando las almohadas, bostezando. Nos movimos de un lado a otro buscando una postura cómoda. Y luego, después de un adecuado tiempo de silencio, el Objeto emitió una



especie de suspiro. Era un murmullo, un grito atrapado en la garganta, como si hablara en sueños. Después, su respiración se hizo más profunda. Y, tomando aquello como un visto bueno, Calíope inició su larga marcha a través de la cama.

Así fue nuestra aventura amorosa. Muda, corta de miras, acontecimiento nocturno, materia de sueño. Pero yo también tenía mis motivos para que así fuese. En la revelación de la esencia de mi ser, lo mejor era un descubrimiento gradual, bajo una luz halagadora. Lo que desde luego no suponía mucha luz. Además, así son las cosas en la adolescencia. Se experimenta a oscuras. Se cogen borracheras o se coloca uno con marihuana y luego se improvisa. ¿Hay que recordar los asientos traseros de los coches, las tiendas de campaña en los campamentos juveniles, las fiestas en la playa alrededor del fuego? ¿Acaso no se ha encontrado alguien, sin admitirlo, enredado de algún modo con su mejor amigo? ¿O en la cama del dormitorio estudiantil con dos personas en vez de una, mientras Bach sonaba en un tocadiscos pasado de moda, orquestando la fuga? Porque, en cualquier caso, la práctica temprana de la sexualidad es una especie de fuga. Antes de que se instale la rutina o el amor. En esa etapa en que el manoseo es anónimo más que otra cosa. Sexualidad de parque infantil. Empieza a los trece o catorce años y dura hasta los veinte o veintiuno. En el fondo se trata de aprender a compartir. A dejar que otros jueguen con los juguetes de uno.

A veces, cuando me ponía encima, el Objeto casi se despertaba. Se movía un poco para acogerme, abriendo las piernas o pasándome un brazo por la espalda. Emergía a la superficie de la conciencia antes de sumirse de nuevo en las profundidades. Aleteaban sus pestañas. Por su cuerpo se extendía cierta receptividad, una inflexión del abdomen al ritmo del mío, la cabeza hacia atrás para ofrecer la garganta. Yo esperaba más. Quería que reconociera lo que estábamos haciendo, pero yo también tenía miedo. Así que el escurridizo delfín se elevaba, saltando entre el anillo de mis piernas para desaparecer de nuevo y dejarme tambaleante, tratando de mantener el equilibrio. Todo estaba húmedo allá abajo. De mí o de ella, no sé. Apoyaba la cabeza en su pecho, bajo la fruncida camiseta. Sus axilas olían a fruta pasada. Allí, el vello era muy escaso. «Menuda suerte», le habría dicho en nuestra vida diurna. «No tienes que afeitarte». Pero de noche Calíope sólo lo acariciaba, o lo degustaba. Una noche, mientras hacía eso, y otras cosas, observé una sombra en la pared. Pensé que era una polilla. Pero al fijarme más, vi que era la mano del Objeto, alzada por detrás de mi cabeza. Su mano estaba completamente despierta. Se abría y se cerraba en un puño, trasvasando todo el éxtasis de su cuerpo a sus secretas floraciones.

Lo que hacíamos el Objeto y yo se realizaba con arreglo a esas normas poco precisas. No éramos demasiado escrupulosas con respecto a los detalles. Lo que más centraba nuestra atención era lo que estaba pasando, la sexualidad liberada. Eso era lo grande. El hecho de cómo pasaba exactamente, dónde iba qué, era secundario.

Además, no teníamos términos de comparación. Nada, aparte de la noche en el refugio con Rex y Jerome.

En lo que al croco<sup>[4]</sup> se refería, no era tanto una parte de mí como algo que descubrimos y disfrutamos juntas. El doctor Luce dirá que, cuando se les inyecta hormonas masculinas, las hembras de simio manifiestan una actitud de monta. Agarran, arremeten. Yo no. O, al menos, al principio no. El crecimiento del croco era un fenómeno impersonal. Una especie de gancho que nos mantenía unidas, más un estimulante de las zonas externas del Objeto que una penetración en toda regla. Aunque, por lo visto, muy eficaz. Porque después de las primeras noches, el Objeto estaba ansiosa por él. Ansiosa, dicho sea de paso, de una forma supuestamente inconsciente. Cuando la tenía abrazada nos removíamos lánguidamente, formando un nudo, y entonces el Objeto, sin renunciar a su insensibilidad, adoptaba la postura más conveniente. Nada se preparaba, nada se ponía a punto con caricias. No había objetivo alguno que alcanzar. Pero la práctica facilitaba una fluida gimnasia a nuestras cópulas sonámbulas. Mira, mamá, sin manos. El Objeto mantenía los ojos cerrados todo el rato, la cabeza levemente torcida. Se movía debajo de mí como una muchacha violada en sueños por un ícubo. Como si estuviera soñando con algo indecente, confundiendo la almohada con un amante.

A veces, antes o después, yo encendía la lámpara de la mesilla. Le subía la camiseta hasta donde podía y le bajaba las bragas hasta las rodillas. Y me quedaba quieta. Dándome una ración de vista. ¿Con qué compararlo? Limaduras de oro se agrupaban en torno al imán de su ombligo. Tenía las costillas tan finas como pirulíes. La envergadura de sus caderas, tan diferentes de las mías, era como un frutero ofreciendo una fruta encarnada. Y luego estaba mi sitio favorito, donde el tórax se ablandaba formando el pecho, la suave y blanca duna que allí se elevaba.

Apagué la luz. Me apreté contra el Objeto, le cogí los muslos por la parte de atrás, colocándole las piernas en torno a mi cintura. Le puse luego las manos en la espalda y la levanté, atrayéndola hacia mí. Y entonces, mi cuerpo, como una catedral, se puso a repicar. El jorobado había saltado sobre la cuerda y se columpiaba como un loco en el campanario.

A lo largo de todo aquello, no llegué a ninguna conclusión perdurable sobre mí misma. Sé que resulta difícil de creer, pero así son las cosas. La memoria se revisa a sí misma. La memoria pinta con aerosol. No es lo mismo estar dentro que fuera de un cuerpo. Desde fuera se puede mirar, inspeccionar, cotejar. Desde dentro no hay comparación posible. Durante el año anterior, el croco se había alargado considerablemente. En su aspecto más llamativo, casi alcanzaba ahora los seis centímetros de largo. Pero la mayor parte de su extensión quedaba oculta por los faldones carnosos de entre los cuales surgía. Además estaba el vello. En estado de reposo, el croco apenas se notaba. Lo que yo veía al bajar la cabeza y mirarme era

únicamente la oscura insignia triangular de la pubertad. Cuando me lo tocaba, el croco se dilataba, hinchándose hasta que con una especie de estallido se liberaba de la bolsa en que residía. Asomaba la cabeza. Y no iba muy lejos. No sobresalía más de tres centímetros de la linde del bosque. ¿Qué significaba eso? Por experiencia personal, yo sabía que el Objeto también tenía un croco. Y que también se hinchaba al tacto. Sólo que el mío era más largo, de sentimientos más efusivos. Mi croco iba con el corazón en la mano.

El rasgo decisivo era el siguiente: el croco no tenía un orificio en la punta. Desde luego eso no era lo que tenía un chico. Ponte en mi lugar, lector, y pregúntate a qué conclusión habrías llegado sobre tu sexo si hubieras tenido lo que yo, si hubieras vivido con algo así. Para mear, tenía que sentarme. El chorro salía por abajo. Mis entrañas eran las de una chica. Por dentro estaba blando, casi me dolía al meterme el dedo. Cierto que tenía el pecho completamente liso. Pero en el colegio había otras tablas de planchar. Y Tessie insistía en que en ese aspecto había salido a ella. ¿Músculos? No muchos, propiamente dichos. Tampoco caderas, ni cintura. Una chica especial, lisa como un plato. Caliente.

¿Acaso debía pensar que no era una chica? ¿Sólo porque me sentía *atraída* hacia otra chica? Eso pasaba todo el tiempo. Y en 1974 ocurría más que nunca. Se estaba convirtiendo en el pasatiempo nacional. Mi extática intuición sobre mí misma se encontraba inhibida en las profundidades de mi conciencia. Nadie puede saber cuánto tiempo podría haberla mantenido allí. Pero al final no fue cosa mía. Las cosas verdaderamente importantes nunca son cosa del individuo. Me refiero al nacimiento, a la muerte. Y al amor. Y a lo que el amor nos lega antes de nacer.

El jueves siguiente amaneció caluroso. Uno de esos días con mucha humedad, en que la atmósfera se desconcierta. Sentada en el porche, lo notaba: el aire deseando ser agua. El Objeto se ponía apática con el calor. Afirmaba que se le hinchaban los tobillos. Llevaba toda la mañana de mal humor, exigiendo, poniendo a prueba mi paciencia. Cuando me estaba vistiendo, se asomó a la puerta del baño.

—¿Qué has hecho con el champú? —me acusó.

—Yo no he hecho nada con el champú.

—Lo dejé en la repisa de la ventana. Aparte de mí, tú eres la única persona que lo usa.

Pasé por delante de ella y entré en el baño.

—Ahí mismo lo tienes, en la bañera.

El Objeto me lo quitó de la mano.

—¡Me siento vulgar, estoy toda pegajosa! —exclamó, a modo de disculpa.

Luego se metió en la ducha mientras yo me cepillaba los dientes. Al cabo de un minuto, enmarcado por las cortinas, apareció su rostro ovalado.

Parecía una alienígena, calva, con los ojos desorbitados.

—Siento estar hoy tan coñazo —me dijo.

Seguí cepillándome los dientes, dejando que sufriera un poco.

El Objeto frunció el ceño y sus ojos se ablandaron en una súplica.

—¿Me odias?

—Todavía no lo sé.

—¡Qué mala eres! —observó, haciendo un cómico mohín y corriendo de golpe las cortinas.

Después de desayunar, nos sentamos en el balancín del porche, bebiendo limonada y meciéndonos para hacer un poco de aire. Yo tenía los pies contra la barandilla, para impulsarnos. El Objeto estaba tumbada de costado, con las piernas sobre mi regazo, la cabeza apoyada en el brazo del balancín. Llevaba unos vaqueros cortos, lo bastante cortos para que se le viera el forro de los bolsillos, y la parte de arriba del bikini. Yo me había puesto unos pantalones cortos de color caqui y un polo blanco.

Abajo, frente a nosotras, la bahía lanzaba destellos plateados. La superficie tenía escamas, como los peces más abajo.

—A veces me pone verdaderamente enferma eso de tener cuerpo —dijo el Objeto.

—A mí también.

—¿A ti también?

—Sobre todo cuando hace este calor. El simple hecho de moverse es una tortura.

—Y además odio sudar.

—Yo no lo soporto —convine—. Prefiero jadear como un perro.

El Objeto soltó una carcajada. Me miró sonriente, maravillada.

—Tú entiendes todo lo que digo —afirmó, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué no puedes ser un chico?

Me encogí de hombros, indicando que no tenía respuesta para eso. Era consciente de que en aquello no había ni pizca de ironía. Ni en la pregunta del Objeto tampoco.

Me estaba mirando, con los párpados entornados. En la luminosidad del día, entre las oleadas de calor que se levantaban sobre el hirviente césped, sus ojos eran muy verdes, aunque sólo fuesen rendijas, medias lunas. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, apoyada en el brazo del balancín; para mirarme debía levantar la vista. Eso le confería una actitud maliciosa. Sin apartar los ojos de mí, movió las piernas, abriéndolas levemente.

—Tienes unos ojos increíbles —dijo.

—Los tuyos son muy verdes. Casi parecen falsos.

—Son falsos.

—¿Tienes los ojos de cristal?

—Sí. Estoy ciega. Yo soy Tiresias.

Aquella era una nueva forma de hacerlo. Acabábamos de descubrirla. Mirarnos era otra manera de tener los ojos cerrados, o lejos de los detalles circundantes, en cualquier caso. Nuestras miradas quedaron firmemente entrelazadas. Mientras, el Objeto flexionaba las piernas con mucha delicadeza. Mi atención estaba prendida en el montículo que se elevaba hacia mí por debajo de sus pantalones cortos, remontándose un poco, sólo insinuándose. Puse la mano en un muslo del Objeto, la palma hacia abajo. Y sin dejar de balancearnos, mirándonos mientras los grillos tocaban sus violines en la hierba, deslicé la mano hacia abajo y empecé a moverla hacia el punto donde confluían las piernas del Objeto. Introduje el dedo pulgar bajo sus pantalones cortos. El rostro del Objeto no denotaba reacción alguna. Tras los párpados entornados, sus ojos verdes permanecieron fijos en los míos. Sentí la lisura de sus bragas y retrocedí, deslizando el dedo bajo el elástico. Y entonces, sin movernos ni apartar la mirada una de otra, mi dedo pulgar se hundió suavemente en su interior. Pestañeó, puso los ojos en blanco, alzó un poco más las caderas, y lo volví a hacer. Y después, otra vez. En la bahía, las lanchas formaban parte del cuadro, así como la sección de cuerda de los grillos en la ardiente hierba y el hielo derritiéndose en los vasos de limonada. El balancín se mecía hacia delante y hacia atrás, crujiendo bajo la oxidada cadena, y era como una vieja canción de cuna: «Mi niña se va a dormir con los ojitos cerrados, como duermen los jilgueros encima de los tejados...». El Objeto, después de poner los ojos en blanco, volvió a fijar la mirada en la mía y entonces lo que estaba sintiendo se mostró sólo allí, en las verdes profundidades que sus ojos descubrían. Por lo demás, permanecía inmóvil. Únicamente mi mano se movía, y mis pies contra la barandilla, impulsando el balancín. Aquello duró tres, cinco, quince minutos. No sé. El tiempo se borró. En cierto modo seguíamos sin ser plenamente conscientes de lo que hacíamos. La sensación se disolvía en el olvido.

Cuando el suelo del porche crujió detrás de nosotras, me sobresalté. Retiré el pulgar de los pantalones del Objeto y me erguí en el asiento. Percibí algo con el rabillo del ojo y volví la cabeza. Era Jerome, subido a la barandilla, a nuestra derecha. Pese al calor, llevaba su disfraz de vampiro. Aunque el sol le estaba quitando el maquillaje blanco, seguía estando muy pálido. Nos miraba fijamente, con su mejor expresión inquietante. Su expresión de *Otra vuelta de tuerca*. El señorito corrompido por el jardinero. El muchacho de levita ahogado en el pozo. Todo en él estaba muerto menos los ojos. Los ojos fijos en nosotras —en las piernas desnudas del Objeto apoyadas en las mías— y la cara embalsamada.

Entonces, el aparecido habló.

—Bolleras.

—No le hagas caso —recomendó el Objeto.

—Boolleraaas —repitió Jerome, en lo que fue un graznido.

—¡Cállate!

Jerome, encaramado en la barandilla, tenía un aspecto morboso. No iba peinado hacia atrás, sino que el pelo le caía a ambos lados de la cara. Había adoptado un aire pausado, y estaba muy concentrado en lo que hacía, como si siguiera un procedimiento consagrado por la tradición.

—Bollera —insistió, en singular esta vez, porque eso era entre su hermana y él—. Pilonera, pilonera.

—Te he dicho que lo dejes, Jerome.

El Objeto intentaba incorporarse. Quitó las piernas de mi regazo y empezó a levantarse del balancín. Pero Jerome se le adelantó. Extendió los extremos de la capa como si fueran alas y saltó de la barandilla. Se abatió en picado sobre el Objeto. Pero sus rasgos seguían impasibles. Aparte de la boca, no movía nada en absoluto. Con la cara pegada a la del Objeto, le murmuraba y graznaba al oído:

—Bollera, bollera, bollera, bollera.

—¡Basta!

Intentó pegarle, pero él le sujetó los brazos. Con una mano la cogió de ambas muñecas. Con la otra, hizo una V con los dedos. Se llevó la V a los labios y entre aquel sugerente triángulo empezó a sacar y meter la lengua. Ante la crudeza del gesto, la calma del Objeto empezó a agrietarse. Un sollozo le subió de las entrañas. Jerome lo notó. Llevaba más de diez años reduciendo a su hermana a las lágrimas; sabía cómo hacerlo; era como un niño que quema a una hormiga con una lupa, concentrando el rayo luminoso para que sea cada vez más ardiente.

—Pilonera, pilonera, pilonera...

Y entonces, sí. El Objeto se desmoronó. Se puso a berrear como una niña pequeña. Con la cara completamente roja, empezó a agitar frenéticamente los puños hasta que, finalmente, se metió corriendo en la casa.

En ese punto, la furibunda actividad de Jerome cesó. Se ajustó la capa. Se alisó el pelo y, apoyándose en la barandilla, se quedó mirando tranquilamente a la bahía.

—No te preocupes —me dijo—, no se lo voy a decir a nadie.

—¿Decir, el qué?

—Tienes suerte de que sea un tío sin prejuicios —prosiguió—. Otro no se habría quedado tan tranquilo al descubrir que una lesbiana lo ha engañado con su propia hermana. Resulta un poco embarazoso, ¿no te parece? Pero soy tan liberal que estoy dispuesto a pasar por alto tus tendencias.

—¿Por qué no te callas de una vez, Jerome?

—Me callaré cuando me dé la gana —replicó. Luego volvió la cabeza y me miró—. ¿Sabes adónde te vas a ir ahora mismo? A hacer puñetas, Stephanides. Lárgate de aquí y no vuelvas. Y no se te ocurra tocar otra vez a mi hermana.

Yo ya me estaba poniendo de pie de un salto. Me hervía la sangre. En mi cabeza resonaban campanas y mi espina dorsal dio un respingo. Ciega de furia, arremetí

contra Jerome. Era más alto que yo, pero estaba desprevenido. Le di un golpe en la cara. Intentó esquivarme, pero el impulso de mi embestida lo tiró al suelo. Me encaramé sobre su pecho, aprisionándole los brazos con las piernas. Finalmente, dejó de resistirse. Se quedó quieto, tratando de adoptar una expresión divertida.

—Puedo acabar contigo cuando quiera.

Estar encima de él me producía una sensación estimulante. Capítulo Once me había tenido así toda la vida. Era la primera vez que yo se lo hacía a alguien, y sobre todo a un chico mayor que yo. Mi melena caía sobre el rostro de Jerome. Se la empecé a pasar de un lado a otro, atormentándolo. Luego recordé otra cosa que solía hacer mi hermano.

—No —gritó Jerome—, por favor. ¡*No lo hagas!*

Lo dejé caer. Como una gota de lluvia. Como una lágrima. Pero no era ninguna de las dos cosas. El lapo le cayó justo entre los ojos. Y entonces la tierra se abrió bajo nuestros cuerpos. Con un rugido, Jerome se incorporó, echándome hacia atrás. Mi supremacía había sido breve. Ahora era el momento de echar a correr.

Crucé el porche. Bajé los escalones de dos en dos y atravesé el jardín, descalza. Jerome me perseguía con su atuendo de Drácula. Se detuvo a quitarse la capa y yo aumenté la distancia que nos separaba. Atravesé corriendo los jardines de las casas vecinas, agachándome ante las ramas de los pinos. Esquivando arbustos y barbacoas. Las agujas de los pinos me proporcionaban buen agarre para las plantas de los pies. Por fin llegué a campo abierto. Miré atrás y vi que Jerome acertaba distancias.

Corrimos entre la alta y amarillenta hierba, siguiendo la orilla de la bahía. Salté sobre la piedra conmemorativa, arañándome el pie, luego fui a la pata coja, dolorida, y seguí adelante. Jerome atravesaba el campo sin complicaciones. Al otro lado estaba la carretera por la que se llegaba a la casa. Si podía salvar el montículo, estaría en condiciones de retroceder sin que Jerome me viera. El Objeto y yo nos podríamos atrincherar en la habitación. Llegué a la loma y empecé a subir. Jerome, con el ceño fruncido, estaba cada vez más cerca.

Éramos como corredores en un friso. De perfil, moviendo vigorosamente las piernas y cortando el aire con los brazos, avanzábamos presurosos entre la hierba que azotaba las espinillas. Cuando llegué a lo alto del cerro pareció que Jerome aflojaba el paso. Agitaba el brazo, derrotado. Lo movía de un lado para otro mientras gritaba algo que yo no alcanzaba a oír...

El tractor acababa de entrar en la carretera. Encaramado en su elevado asiento, el campesino no me vio. Yo iba mirando atrás, comprobando el avance de Jerome. Cuando volví la cabeza hacia delante ya era demasiado tarde. Justo delante de mí tenía el neumático del tractor. Me di de frente contra él. Me encontré volando por los aires, envuelta en una nube de polvo rojizo. En el vértice del arco, vi las hojas del arado sobresaliendo por la parte de atrás del tractor, con el metal en forma de

sacacorchos manchado de barro, y supe que la carrera había terminado.

Me desperté más tarde, en el asiento trasero de un coche desconocido. Una carraca, con mantas cubriendo los asientos. En la luna trasera había pegada una calcomanía de una trucha coleando en el anzuelo. El conductor llevaba una gorra roja. Entre la cinta ajustable de la gorra, aparecía un escaso mechón de pelo sobre el cuello surcado de arrugas.

Sentía la cabeza blanda, como envuelta en gasa. Me habían abrigado con una manta vieja, tiesa y con briznas de paja. Torcí la cabeza, alcé los ojos y tuve una preciosa visión. La cara del Objeto desde abajo. Tenía la cabeza en su regazo. La mejilla derecha encendida por la cálida tapicería de su vientre. Aún llevaba la parte de arriba del biquini y los pantalones cortos. Tenía las rodillas separadas y su pelirroja cabellera caía sobre mí, oscureciendo las cosas. Atisbando entre aquel espacio marrón rojizo contemplé lo que pude de ella, la oscura cinta del biquini, las clavículas sobresalientes. Se estaba royendo una cutícula. De seguir mordiéndose, se haría sangre.

—Deprisa —decía desde el otro lado de la cortina de pelo—. Vaya más deprisa, señor Burt.

El que conducía era el campesino. El del tractor contra el que me estrellé. Confiaba en que no la escuchase. No quería que fuese más deprisa. Deseaba seguir así el mayor tiempo posible. El Objeto me acariciaba la cabeza. Nunca había hecho eso a la luz del día.

—He dado una paliza a tu hermano —dije, sin saber cómo.

Con una mano, el Objeto se apartó el pelo. La luz entró como un cuchillo.

—¡Callie! ¿Estás bien?

Le sonreí.

—Le di una buena.

—¡Qué asustada estaba, por Dios! —exclamó—. Creí que estabas muerta. ¡Estabas ahí, ti... ti... —se le quebró la voz—, *tirada* en medio de la carretera!

Sus ojos se inundaron de lágrimas. Lágrimas de agradecimiento, ahora; no de ira, como antes. El Objeto sollozaba. En actitud reverente, contemplé la tormenta emocional que la asolaba. Agachó la cabeza. Apretó el sollozante y húmedo rostro contra el mío y, por primera y última vez, nos besamos. Nos tapaba el respaldo del asiento, la cortina de pelo, y ¿a quién se lo podía contar el campesino, después de todo? Los angustiados labios del Objeto se unieron a los míos y sentí un sabor dulce y un gusto a sal.

—Estoy toda llena de mocos —dijo, levantando de nuevo la cabeza. Logró sonreír.

Pero el campesino ya estaba parando el coche. Bajó de un salto, gritando cosas. Abrió de golpe la puerta trasera. Aparecieron dos celadores que me levantaron y me



pusieron en una camilla. Me llevaron por la acera hacia las puertas del hospital. El Objeto no se apartó de mi lado. Me cogió de la mano. Por un momento pareció darse cuenta de que estaba casi desnuda. Cuando sus pies descalzos tocaron el frío linóleo, bajó la vista y se miró. Pero no hizo caso. Y hasta que no llegamos al final del pasillo y uno de los celadores le indicó que se detuviera, no me soltó de la mano. Como si mi mano hubiese sido el hilo de un ovillo del Pireo.

—Usted no puede entrar, señorita —le explicaron—. Tiene que esperar aquí.

Y obedeció. Pero ni siquiera entonces me soltó de la mano. Aún tardaría un poco en hacerlo. Empujaron la camilla por el pasillo y mi brazo se estiraba hacia el Objeto. Yo ya me había embarcado en mi travesía. Iba surcando el mar con rumbo a otro país. Mi brazo medía ahora seis, nueve, doce, quince metros. Levanté la cabeza de la camilla para mirar al Objeto. Para mirar al Oscuro Objeto, Porque una vez más se estaba convirtiendo en un misterio para mí. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Dónde estará ahora? Entonces estaba al final del pasillo, agarrada al extremo de mi brazo, que se desovillaba. Delgaducha, con aspecto de tener frío, parecía perdida, fuera de lugar. La camilla iba cobrando velocidad. Mi brazo ya sólo era una cinta que se rizaba en el aire. Por fin llegó el momento inevitable. El Objeto me soltó. Mi mano voló libre, vacía.

Luces arriba, brillantes y redondas, como en mi nacimiento. El mismo rechinar de zapatos blancos. Pero al doctor Philobosian no se lo veía por parte alguna. El doctor que me miraba con la cabeza agachada era joven y tenía el pelo rubio rojizo. Tenía acento del campo.

—Voy a hacerte unas preguntas, ¿vale?

—Vale.

—Empieza diciéndome cómo te llamas.

—Callie.

—¿Cuántos años tienes, Callie?

—Catorce.

—¿Cuántos dedos te estoy enseñando?

—Dos.

—Quiero que cuentes hacia atrás, empezando por diez.

—Diez, nueve, ocho...

Y mientras, no paraba de palparme, buscando huesos rotos.

—¿Te duele aquí?

—No.

—¿Y aquí?

—No.

—¿Y aquí tampoco?

De pronto me dolió. Un rayo, un mordisco de cobra, bajo el ombligo. El grito que

dejé escapar fue respuesta suficiente.

—Bueno, vale, vamos a ir con cuidado por ahí. Sólo voy a echar una mirada. Ahora, no te muevas.

El doctor hizo una seña a la interna con los ojos. Empezaron a desnudarme, uno a cada lado. La interna me sacó el polo por la cabeza. Ahí estaba mi pecho, verde y deprimente. No prestaron atención. Yo tampoco. Entretanto, el médico me había quitado el cinturón. Me estaba desabrochando los pantalones: le dejé hacer. Abajo los pantalones. Yo miraba como si me encontrara muy lejos. Pensaba en otra cosa. Recordaba la forma en que el Objeto alzaba las caderas para ayudarme a que le bajara las bragas. Aquella pequeña señal de aquiescencia, de deseo. Pensaba en lo mucho que la quería cuando hacía eso. Ahora la interna introducía las manos por debajo de mí, así que alcé las caderas.

Me cogieron de las bragas. Tiraron de ellas hacia abajo. El elástico se me quedó prendido en la piel, luego cedió.

El médico se acercó más, murmurando para sí. La interna, de manera muy poco profesional, se llevó una mano a la garganta y luego hizo como que se arreglaba el cuello de la bata.

Chéjov tenía razón. Si hay una escopeta en la pared, tendrá que dispararse. En la vida real, sin embargo, nunca se sabe dónde está el arma. La pistola que mi padre guardaba debajo de la almohada nunca disparó un solo tiro. La escopeta colgada sobre la repisa de la chimenea del Objeto, tampoco. Pero en la sala de urgencias las cosas eran diferentes. No se oyó ruido alguno, ni hubo humo, ni olió a pólvora. Pero por la forma en que reaccionaron el médico y la enfermera comprendí que mi cuerpo estaba a la altura de las normas narrativas.

Queda por describir una escena de esta etapa de mi vida. Se produjo una semana después, de vuelta en Middlesex, y en ella aparecía una maleta, un árbol y yo misma. Estaba en mi habitación, sentada frente a la ventana. Era poco antes de mediodía. Llevaba ropa de viaje, traje de chaqueta gris y blusa blanca. Había sacado el brazo por la ventana para coger moras de la morera del jardín. Llevaba una hora comiendo moras para no oír el rumor que venía de la habitación de mis padres.

Las moras habían madurado la semana anterior. Eran gordas y jugosas. Tenía las manos manchadas. Fuera, la acera estaba salpicada de manchas púrpura, igual que el césped y las piedras de los macizos. El rumor que venía del cuarto de mis padres era el llanto de mi madre.

Me puse en pie. Me dirigí a la maleta abierta y comprobé su contenido, a ver si lo había metido todo. Mis padres y yo salíamos de viaje dentro de una hora. Nos marchábamos a Nueva York, a ver a un médico famoso. Ignoraba cuánto tiempo íbamos a estar fuera, y tampoco sabía lo que me pasaba. No había prestado mucha atención a los detalles. Sólo sabía que no era una chica como las demás.

En el siglo VI, unos monjes ortodoxos sacaron de China seda de contrabando. La llevaron a Asia Menor. Desde allí, la seda se extendió a Europa para, finalmente, cruzar el océano hasta Norteamérica. Benjamín Franklin impulsó la industria de la seda en Pensilvania antes de la Revolución americana. Se plantaron moreras en todo el territorio de Estados Unidos. Aunque yo, mientras cogía moras desde la ventana de mi cuarto, no tenía ni idea de que nuestra morera tuviera algo que ver con el comercio de la seda, ni de que mi abuela había tenido árboles como aquél detrás de su casa, en Turquía. La morera siempre había estado en Middlesex, frente a mi habitación, y nunca me había comunicado su significado. Pero ahora las cosas son diferentes. Ahora, si miro con la suficiente atención, todos los objetos mudos de mi vida parecen contar mi historia, estirarse en el tiempo. De modo que es imposible concluir esta sección de mi vida sin mencionar el siguiente hecho:

El tipo de gusano de seda que más se cría, la larva del *Bombyx mori*, ya no existe en estado natural en parte alguna. Como dice mi enciclopedia en dolorosos términos: «Las patas de las larvas han degenerado, y los adultos no vuelan».

# LIBRO CUARTO



## LA VULVA SIBILINA



Desde mi nacimiento, cuando resultaron inadvertidos, al bautismo, cuando eclipsaron la actuación del cura, pasando por mi atribulada adolescencia, cuando no ejercieron mucha actividad y de pronto lo hicieron todo a la vez, mis genitales han sido lo más importante de mi vida. Algunos heredan casas; otros, cuadros o arcos de violín asegurados en enormes sumas. Y otros, en fin, reciben un *tansu* japonés o un apellido célebre. A mí me tocó un gen recesivo en el quinto cromosoma y unas joyas de la familia verdaderamente raras.

Al principio mis padres se negaron a creer lo que los médicos de la sala de urgencias afirmaban sobre mi anatomía. El diagnóstico, comunicado por teléfono a un Milton considerablemente perplejo y luego, debidamente expurgado, a Tessie, se reducía a una vaga inquietud por la formación de mi tracto urinario junto a una posible deficiencia hormonal. El médico de Petoskey no había efectuado un cariotipo. Su tarea consistía en tratarme la conmoción cerebral y las contusiones, y cuando la concluyó, me dio el alta.

Mis padres querían una segunda opinión. Ante la insistencia de Milton, me llevaron por última vez a ver al doctor Phil.

En 1974, el doctor Nishan Philobosian había cumplido ochenta y ocho años. Seguía llevando pajarita, pero el cuello de la camisa le venía grande. Su cuerpo, liofilizado, había encogido por todas partes. Sin embargo, por el borde de su bata blanca asomaban unos pantalones de color verde botella, y de su cráneo calvo, sobresalían unas gafas con montura de aviador y cristales oscuros.

—Hola, Callie, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien, doctor Phil.

—¿Empiezas pronto el curso? ¿En cuál estás?

—Este año estaré en noveno. Bachillerato.

—¿Bachillerato? ¿Ya? Debo de estar haciéndome viejo.

Sus modales distinguidos no habían cambiado lo más mínimo. El acento extranjero que aún conservaba y la marca del Viejo Mundo en la dentadura, me tranquilizaron un poco. Me había pasado la vida siendo acariciada y mimada por elegantes extranjeros. Los tiernos afectos levantinos eran mi debilidad. De niña me había sentado en las rodillas del doctor Phil mientras sus dedos ascendían por mi columna vertebral, contándome las vértebras. Ahora era una adolescente de extraña melena, larguirucha, más alta que él, que estaba sentada en bata, sostén y bragas en el borde de una anticuada camilla de reconocimiento con escalones de caucho

vulcanizado. Me auscultó el corazón y los pulmones, la cabeza calva suspendida del largo cuello, como un brontosaurio comiscando hojas de los árboles.

—¿Cómo está tu padre, Callie?

—Estupendamente.

—¿Cómo van los perritos calientes?

—Bien.

—¿Cuántos puestos tiene tu padre ya?

—Unos cincuenta o así.

—Hay uno no muy lejos de donde la enfermera Rosalee y yo vamos en invierno.

Playa Pompano.

Me examinó los ojos y los oídos y luego me pidió cortésmente que me pusiera de pie y me bajara las bragas. Cincuenta años antes, el doctor Philobosian se ganaba la vida tratando a señoras otomanas en Esmirna. En él, el decoro era una vieja costumbre.

Yo no estaba atontada, como en Petoskey. Era plenamente consciente de lo que ocurría y del punto donde se centraba el reconocimiento médico. Después de bajarme las bragas hasta las rodillas, me invadió una oleada de vergüenza y, con un movimiento reflejo, me cubrí con la mano. El doctor Philobosian, sin muchas contemplaciones, me la apartó a un lado. En ese gesto había algo de la impaciencia del anciano. Olvidó por un momento sus modales y, tras las gafas de aviador, sus ojos destellaron. Pero seguía sin mirarme. Desvió galantemente la vista a la pared mientras me examinaba con las manos. Podíamos estar bailando, de lo cerca que nos encontrábamos. El doctor Phil respiraba ruidosamente; le temblaban las manos. Bajé la cabeza y me miré, sólo una vez. La vergüenza se retrajo. Desde mi punto de vista era de nuevo una chica, vientre blanco, triángulo oscuro, piernas arqueadas y bien depiladas. El sujetador me cruzaba el pecho.

Sólo tardó un minuto. El viejo armenio, agachado, apergaminado como un lagarto, me pasó los amarillentos dedos por mis partes. No era de extrañar que nunca hubiese observado nada anormal. Incluso ahora, alertado por la posibilidad, parecía no querer saberlo.

—Ya puedes vestirme —fue todo lo que dijo.

Dio media vuelta y, con toda precaución, se encaminó al lavabo. Abrió el grifo y puso las manos bajo el chorro de agua. Parecía que le temblaban más que nunca. Se echó abundante jabón desinfectante.

—Saluda a tu padre de mi parte —me encomendó antes de que saliera de la consulta.

El doctor Phil me recomendó a un endocrinólogo del Hospital Henry Ford. El endocrinólogo me sacó sangre de una vena del brazo, llenando un alarmante número de frascos. No dijo para qué se necesitaba tal cantidad de sangre. Yo estaba

demasiado asustada para preguntarlo. Aquella noche, sin embargo, pegué la oreja a la pared de mi habitación con la esperanza de averiguar lo que pasaba.

—Bueno, pero ¿qué ha dicho el médico? —quería saber Milton.

—Ha dicho que el doctor Phil tenía que haberse dado cuenta cuando Callie nació —contestó Tessie—. Y todo esto podría haberse arreglado entonces.

—Es increíble que se le pasara por alto una cosa así. —Milton, otra vez.

(¿Qué cosa?, pregunté silenciosamente a la pared, que no me dio explicaciones).

Tres días después llegamos a Nueva York.

Milton había reservado habitación en el hotel Lochmoor, en la calle Treinta y tantos Este. Se había alojado allí veintitrés años antes, cuando era alférez de marina. Siempre ahorrativo en los viajes, Milton también se sintió atraído por las tarifas del hotel. Nuestra estancia en Nueva York iba a ser de duración indefinida. El médico con quien había hablado Milton —el especialista— se negaba a discutir los detalles antes de haber tenido ocasión de reconocerse.

—Os gustará el hotel —aseguró Milton—. Tiene mucho estilo, según recuerdo.

No tenía ninguno. En La Guardia cogimos un taxi hasta el Lochmoor, que se encontraba en plena decadencia de su antigua gloria. La moqueta vienesa estaba húmeda bajo los sudorosos radiadores y, como habían quitado los espejos, habitaban la pared rectángulos fantasmales y alcayatas de adorno. El ascensor era de antes de la guerra, con rejas curvas y doradas, y parecía una jaula. En otros tiempos lo manejaba un ascensorista; pero ya no había. Apiñamos las maletas en el comprimido espacio e intentamos cerrar la puerta metálica, que era corredera y se salía del carril. Tuve que cerrarla tres veces antes de que hiciera contacto y se estableciera la corriente. Por fin se elevó aquel cacharro y, entre las rejas pintadas con pulverizador, vimos pasar los pisos, todos en penumbra e idénticos salvo por alguna variante, como una camarera uniformada, alguna bandeja del servicio de habitaciones depositada en el suelo o un par de zapatos. Sin embargo, aquella caja vieja transmitía bien el sentido de ascensión, de subir hacia la salida de un pozo, y fue una decepción salir en nuestro piso, el octavo, y comprobar que era tan soso como el vestíbulo.

La habitación no era mejor. La habían hecho quitando espacio a una suite grande, de manera que las paredes se unían en un ángulo oblicuo. Incluso Tessie, tan menudita, se sentía comprimida. Por la razón que fuese, el baño era casi tan grande como la habitación. La taza del inodoro parecía perdida entre las baldosas sueltas y la cisterna se salía continuamente. La bañera tenía unas sucias marcas en el desagüe.

Había una cama de matrimonio para mis padres y, en el rincón, una cama supletoria para mí. Con esfuerzo, llevé la maleta hasta allí y la puse encima. La maleta era como una manzana de la discordia entre Tessie y yo. Me la había comprado para el viaje a Chipre. Tenía un dibujo floral de color turquesa y verde que a mí me parecía horroroso. Desde que empecé a ir al colegio privado —y a rondar al

Objeto—, mis gustos habían cambiado, haciéndose más refinados, o eso creía yo. La pobre Tessie ya no sabía qué comprarme. Todo lo que elegía era recibido con horrorizados lamentos. Yo me oponía categóricamente a la más leve pizca de poliéster en las sábanas o las camisas. Mis padres encontraban divertido aquel prurito de pureza. Mi padre solía cogerme la blusa entre el pulgar y el índice y, frotándola, preguntaba:

—¿Es de niña bien?

Tessie no había tenido tiempo de consultarme acerca de la maleta, así que allí estaba, parecida a un mantel con aquel dibujito. Al abrir la cremallera y levantar la tapa, me sentí mejor. Dentro había cosas que había elegido yo misma: los cuellos redondos de niña pija, de colores simples, los polos de Lacoste, los pantalones de pana de canutillo ancho. Llevaba un abrigo de Papagayo, verde limón con botones de hueso en forma de cuerno.

—¿Tenemos que colocar la ropa o dejamos las maletas sin deshacer? —pregunté.

—Será mejor que la coloquemos y metamos las maletas en el armario —contestó Milton—. Así tendremos un poco más de sitio.

Coloqué cuidadosamente mis jerséis en los cajones de la cómoda, junto a los calcetines y las bragas, y colgué los pantalones en el armario. Cogí el neceser y lo dejé en la repisa del baño. Me había llevado brillo de los labios y perfume. No estaba segura de que siguieran de moda.

Cerré la puerta del baño, eché el pestillo y me acerqué al espejo para examinarme la cara. Se me veían dos pelos negros, aún cortos, encima del labio superior. Saqué las pinzas del estuche y me los arranqué. Se me saltaron las lágrimas del escozor. Sentía que me apretaba la ropa. Las mangas del jersey me quedaban cortas. Empecé a peinarme y, con mucho optimismo, desesperadamente, me sonreí a mí misma.

No cabía duda de que mi situación, fuera cual fuese, era crítica en algún sentido. Lo sabía por la actitud falsamente risueña de mis padres y por la rápida salida de casa. Sin embargo, a mí nadie me había dicho una palabra todavía.

Milton y Tessie me trataban exactamente igual que siempre: es decir, como a su hija. Se comportaban como si mi problema fuese estrictamente médico y, por tanto, susceptible de arreglarse. Así que yo también empecé a albergar esperanzas. Como quien tiene una enfermedad terminal, estaba deseosa de olvidarme de los síntomas inmediatos para pensar en un remedio de última hora. Pasaba de un extremo a otro, de la esperanza a su contrario, con la creciente certeza de que algo horrible me ocurría. Pero nada me desesperaba más que mirarme al espejo.

Abrí la puerta del baño y volví a la habitación.

—Odio este hotel —declaré—. Es asqueroso.

—No es muy bonito —admitió Tessie.

—Antes estaba mejor —informó Milton—, no sé qué habrá pasado.



—La alfombra huele mal.

—Vamos a abrir la ventana.

—A lo mejor no tenemos que estar mucho tiempo aquí —sugirió Tessie, esperanzada, cansinamente.

Al anochecer nos atrevimos a salir en busca de un sitio para comer algo, y luego volvimos a la habitación a ver la tele. Después, cuando apagamos la luz, dije desde mi cama supletoria:

—¿Qué vamos a hacer mañana?

—Por la mañana tenemos que ir al médico —contestó Tessie.

—Y después sacaremos entradas para algún teatro de Broadway —continuó Milton—. ¿Qué te gustaría ver, Cal?

—Me da igual —dije, con pesimismo.

—Podemos ir a ver un musical —sugirió Tessie.

—Una vez vi a Ethel Merman en *Mame* —recordó Milton—. Bajaba por una gran escalera, muy larga, cantando. Cuando acabó, el público se volvió loco. Con su canción, el teatro se vino abajo. Así que se dio media vuelta, subió la escalinata y la cantó otra vez.

—¿Te gustaría ver un musical, Callie?

—Cualquier cosa.

—La sala se vino abajo —prosiguió Milton—. Esa Ethel Merman sí que sabe cantar.

Después de aquello, nadie dijo nada. Nos quedamos callados en la oscuridad, en cama extraña, hasta que nos sorprendió el sueño.

A la mañana siguiente, después de desayunar, salimos hacia la consulta del especialista. Mis padres hacían lo posible por manifestar entusiasmo, señalando sitios interesantes por la ventanilla del taxi. Milton mostraba la actitud bulliciosa con que se enfrentaba a las situaciones difíciles.

—Menudo sitio —exclamó cuando pasamos frente al Hospital de Nueva York—, ¡con vistas al río! Me dan ganas de que me internen.

Como cualquier adolescente, yo apenas me daba cuenta del ridículo aspecto que ofrecía. Mis movimientos de cigüeña, los brazos aleteantes, las largas piernas que arrastraban los pies, más pequeños de lo normal y calzados con sus mocasines de ante: todo ese mecanismo rechinaba bajo la torre de observación de mi cabeza, pero yo estaba demasiado cerca para advertirlo. Mis padres sí lo veían. Se afligían al verme cruzar la acera hacia la entrada de la clínica. Era aterrador ver a su hija presa de fuerzas desconocidas. Llevaban un año negando la forma en que cambiaba, achacándolo a la edad difícil.

—Cuando crezca se le pasará —repetía Milton a mi madre.

Pero ahora los atenazaba el miedo de que el proceso de mi crecimiento no se

pudiera controlar.

Encontramos el ascensor y subimos a la cuarta planta, siguiendo luego las flechas hasta un letrero que decía: Servicio Psicohormonal. Milton tenía escrito el número de la consulta en una tarjeta. Finalmente, encontramos la sala. En la puerta, de color gris, no había nada especial salvo un letrero muy pequeño, apenas visible en la parte de abajo, que decía:

### **Clínica de Trastornos Sexuales e Identidad Sexual**

Si mis padres leyeron el letrero, fingieron no haberlo visto. Milton agachó la cabeza, como un toro, y abrió la puerta.

La recepcionista nos hizo pasar, diciendo que tomáramos asiento. Había sillas pegadas a las paredes, separadas entre sí por mesitas con revistas, aparte de la clásica planta artificial que agonizaba en un rincón. La moqueta era como la de todos los centros públicos, con un dibujo caótico, apropiado para camuflar las manchas. En el ambiente flotaba un tranquilizador efluvio a medicinas. Una vez que mi madre rellenó los formularios del seguro, nos hicieron pasar a la consulta del médico. Aquella sala también inspiraba confianza. Tras el escritorio, había un sillón Eames. Frente a la ventana, una silla Le Corbusier de cromo y piel de vaca. Las estanterías estaban llenas de libros y revistas de medicina; en las paredes, cuadros eclécticos. Refinamiento de gran ciudad adaptado a la sensibilidad europea. El marco de una triunfante visión psicoanalítica del mundo. Por no mencionar el panorama del río Este desde las ventanas. Estábamos muy lejos de la consulta del doctor Phil, con sus ungüentos de aficionado y sus pacientes de la seguridad social.

Pasaron dos o tres minutos antes de que notáramos algo raro. Al principio, los objetos curiosos y los grabados parecían difuminados entre el revoltijo intelectual de la habitación. Pero mientras esperábamos al médico, sentimos una silenciosa conmoción a nuestro alrededor. Era como estar mirando al suelo y descubrir, de pronto, que hay un nido de hormigas. El apacible despacho del doctor bullía de actividad. El pisapapeles de su mesa, por ejemplo, no era una piedra inerte, normal y corriente, sino un pequeño Príapo. Sometidas a una observación atenta, las miniaturas de las paredes revelaban su tema principal. Al amparo de tiendas de campaña, bajo sedas amarillas y sobre almohadas de cachemira, príncipes mongoles copulaban acrobáticamente con múltiples parejas, manteniendo el turbante en su sitio en todo momento. Mientras mirábamos, Tessie se ruborizó, Milton entornó los ojos y yo, como de costumbre, me escondí detrás del pelo. Intentamos desviar la vista a otro sitio, y por eso nos fijamos en las estanterías. Pero ahí tampoco se estaba a salvo. Entre un anodino marco de ejemplares del *Boletín del Colegio de Médicos* y la *Revista de Medicina de Nueva Inglaterra*, los ojos se nos salían de las órbitas al leer algunos títulos. Había uno, con dos serpientes enroscadas en el lomo, que se titulaba

*Vinculación erótico sexual en la pareja.* Y uno púrpura, en forma de panfleto, llevaba el título de *Homosexualidad ritual: tres estudios de campo*. Encima de la mesa, con una señal de lectura en el interior, había un manual titulado *Pene oculto: técnicas quirúrgicas para la reasignación sexual de hembra a varón*. Si el letrero de la puerta no lo había hecho ya, la consulta de Luce dejaba claro a qué clase de especialista me habían llevado a ver. (Peor aún: a que me viese a mí). También había esculturas. Reproducciones del templo de Kujaraho ocupaban los rincones de la habitación junto a crecidas plantas de color jade. Frente al pálido verde de las hojas, mujeres hindúes de enormes y redondos pechos se doblaban por la cintura ofreciendo orificios como plegarias que unos hombres bien dotados se encargaban inmediatamente de atender. Todo estaba muy sobrecargado, y había conexiones pornográficas adondequiera que se mirase.

—Pero ¿te has fijado en este sitio? —musitó Tessie.

—Una decoración poco corriente, la verdad —observó Milton.

Y yo:

—¿Qué hacemos aquí?

En ese preciso momento se abrió la puerta y el doctor Luce se presentó.

En aquella época, yo desconocía su condición de eminencia en la especialidad. No tenía idea de la frecuencia con que su nombre aparecía en las revistas y publicaciones pertinentes. Pero enseguida comprendí que Luce no era un médico normal y corriente. En lugar de bata blanca, llevaba una chaqueta de ante con flecos. El cabello plateado le llegaba al borde del jersey de cuello alto. Los pantalones acampanados le caían sobre unas botas hasta el tobillo, con cremallera a los lados. Y también llevaba gafas, con fina montura de plata, y bigote gris.

—Bienvenidos a Nueva York —dijo—. Soy el doctor Luce.

Estrechó la mano de mi padre, luego la de mi madre y, finalmente, se acercó a mí.

—Tú debes de ser Calíope. —Sonreía, muy a gusto—. Vamos a ver si me acuerdo bien de la mitología. Calíope era una de las musas, ¿verdad?

—Verdad.

—¿De qué se ocupaba?

—De la poesía épica.

—No hay nada superior a eso —afirmó Luce.

Intentaba comportarse con la mayor naturalidad, pero se le veía entusiasmado. Al fin y al cabo, se encontraba ante un caso extraordinario. Se estaba tomando su tiempo, saboreándome. Para un científico como Luce, yo no era menos que un Kaspar Hauser sexual o genético. Él era un sexólogo famoso, invitado del programa de *Dick Cavet*, colaborador habitual de *Playboy*, y de pronto se presentaba a su puerta, salida de las profundidades de Detroit igual que el Niño Salvaje de Aveyron, Calíope Stephanides, de catorce años de edad. Yo era un experimento viviente con

pantalones de pana blancos y un suéter Fair Isle. Aquel jersey, amarillo pálido, con un dibujo floral en el cuello, comunicó a Luce que yo refutaba la naturaleza exactamente como pronosticaba su teoría. Debía de estar ansioso por conocerme, devorado por la impaciencia. Tras su escritorio, parecía un hombre inteligente, encantador, obsesionado por el trabajo, y me observaba con ojos atentos. Mientras charlaba, dirigiéndose sobre todo a mis padres, ganándose su confianza, Luce no dejaba de tomar notas mentales. Registró mi voz de tenor. Observó que me sentaba sobre la pierna doblada. Veía cómo me examinaba las uñas. Se fijaba en la forma en que tosía, me reía, me rascaba la cabeza, hablaba; en suma, todas las manifestaciones externas de lo que él denominaba identidad sexual.

Mantuvo una actitud tranquila, como si yo no hubiera ido a la clínica con otra cosa que una luxación de tobillo.

—Antes de nada, me gustaría hacer un breve reconocimiento a Calíope. Si no les importa, señor y señora Stephanides, pueden esperar aquí, en mi despacho. —Se puso en pie—. ¿Querías venir un momento, Calíope, por favor?

Me levanté de la silla. Luce me observó mientras los diversos segmentos de mi cuerpo, como los de una regla articulada, se iban desplegando hasta erguirme en toda mi estatura: dos centímetros y medio por encima de él.

—Aquí te esperamos, cariño —dijo Tessie.

—No vamos a movernos de aquí —confirmó Milton.

Peter Luce estaba considerado como la mayor autoridad mundial en hermafroditismo humano. La Clínica de Trastornos Sexuales e Identidad Sexual, fundada por él en 1968, se había convertido en el principal centro del mundo para el estudio y tratamiento de las afecciones del sexo ambiguo. Era autor de una importante obra de sexología, *La vulva sibilina*, que había marcado la pauta en una serie de disciplinas que iban desde la genética y la pediatría a la psicología. Desde agosto de 1969 a diciembre de 1973, había escrito una columna del mismo título en *Playboy*, cuya idea consistía en que unas partes pudendas femeninas, personificadas y omniscientes, contestaban las preguntas de lectores masculinos con respuestas ingeniosas y a veces sibilinas. Hugh Hefner había conocido a Peter Luce por la prensa, cuando su nombre salió relacionado con una manifestación en pro de la libertad sexual. Seis estudiantes de Columbia habían escenificado una orgía —abortada por las fuerzas del orden— en una tienda de campaña instalada en el campus de la universidad, y cuando le pidieron su opinión sobre la realización de dicha actividad en el recinto universitario, el profesor Peter Luce, de cuarenta y seis años, dijo, al parecer, lo siguiente: «Estoy a favor de las orgías en cualquier parte que se produzcan». Eso llamó la atención de Hefner. No queriendo repetir en *Playboy* la columna de Xaviera Hollander en *Penthouse*, «Llámeme Madame», Hefner pensó que la colaboración de Luce podía centrarse en el aspecto científico e histórico de la sexualidad. Así, en sus tres

primeras apariciones, «La vulva sibilina» se extendió en disquisiciones sobre el arte erótico del pintor japonés Hiroshi Yamamoto, la epidemiología de la sífilis y la vida sexual de San Agustín. La columna se hizo popular, pese a que no le presentaban preguntas inteligentes, habida cuenta de que el interés de los lectores se dirigía más bien a las sugerencias prácticas sobre el *cunnilingus* del «Consejero Playboy» o a los remedios contra la eyaculación precoz. Hefner acabó sugiriéndole que escribiera él mismo las preguntas, a lo que Luce se prestó muy gustosamente.

Peter Luce había aparecido en *Phil Donahue* junto a dos hermafroditas y un transexual para discutir los aspectos médicos y psicológicos de sus respectivas afecciones. En aquel programa, Phil Donahue dijo: «Al nacer, Lynn Harris era una niña, y fue educada como tal. En 1964 ganaste el concurso de Miss Playa Newport en Orange County, ¿no es así? Vaya, espera a que oigan esto: viviste como mujer hasta los veintinueve años, cuando empezaste a vivir como hombre. Tiene las características anatómicas tanto de hombre como de mujer. Que me caiga redondo, si miento».

Y también dijo: «Y esto es lo que no resulta tan divertido. Estos hijos de Dios, tan vivos e irremplazables, seres humanos todos ellos, quieren que ustedes sepan, entre otras cosas, que eso es exactamente lo que son, seres humanos». Debido a determinadas circunstancias genéticas y hormonales, a veces resultaba muy difícil determinar el sexo de un recién nacido. Cuando se enfrentaban a un caso así, los espartanos cogían al recién nacido y lo llevaban a una colina rocosa para dejarlo morir allí. Los propios antepasados de Luce, los ingleses, ni siquiera se dignaban mencionar el tema, y tal vez no lo hubieran hecho jamás si el fastidio de unos genitales misteriosos no hubiese puesto trabas al buen funcionamiento de la ley de sucesiones. Lord Coke, el gran jurista británico del siglo XVI, trató de aclarar el asunto de a quién irían a parar los bienes raíces declarando que una persona debía ser «ora varón, ora hembra, y recibirá la herencia con arreglo al sexo que deba prevalecer». Claro que no especificaba método preciso alguno para determinar el sexo que *debía* prevalecer. Durante la mayor parte del siglo XX, la medicina ha estado utilizando el mismo criterio primitivo de asignación sexual que ya había formulado Klebs en 1876. Klebs mantenía que las gónadas de una persona determinaban su sexo. En caso de genitales ambiguos, se examinaba con el microscopio el tejido gonadal. Si dicho tejido era testicular, la persona era hombre; si ovárico, mujer. Se creía que las gónadas orientaban el desarrollo sexual de una persona, sobre todo en la pubertad. Pero resultó que las cosas eran más complicadas. Klebs inició la tarea, pero el mundo tendría que esperar otros cien años a que Peter Luce apareciese y la llevase a buen término.

En 1955, Luce publicó un artículo titulado «Todos los caminos llevan a Roma: conceptos sexuales del hermafroditismo humano». En veinticinco páginas, escritas en

estilo directo y tono elevado, Luce sostenía que el sexo viene determinado por una serie de influencias: cromosomas, gónadas, hormonas, estructuras genitales internas, genitales externos y, lo más importante, el sentido masculino o femenino de la educación. Basándose en estudios de pacientes de los servicios de endocrinología pediátrica del Hospital de Nueva York, Luce estuvo en condiciones de recopilar cuadros clínicos que mostraban el funcionamiento de esos diversos factores, poniendo de relieve que el sexo gonadal de un paciente no siempre determinaba su identidad sexual. El artículo tuvo una gran repercusión. Al cabo de unos meses, casi todo el mundo había abandonado el criterio de Klebs en favor de los criterios de Luce.

Amparado por su éxito, Luce se vio ante la posibilidad de abrir el Servicio Psicohormonal del Hospital de Nueva York. En aquellos días examinaba sobre todo a chicas con síndrome adrenogenital, la forma más común de hermafroditismo femenino. Se había descubierto que la hormona cortisol, recientemente sintetizada en laboratorio, detenía la virilización que aquellas chicas solían experimentar, posibilitando su desarrollo como mujeres normales. Los endocrinólogos les administraron cortisol y Luce supervisó su desarrollo psicosexual. Aprendió mucho. En diez años de una investigación sólida y original, Luce realizó su segundo gran descubrimiento: la identidad sexual se establece en una etapa muy temprana de la vida, hacia los dos años de edad. El sexo era como la lengua materna; no existía antes del nacimiento, sino que durante la infancia se grababa en el cerebro de forma permanente. Los niños aprendían a ser hombre o mujer de la misma forma que aprendían a hablar inglés o francés.

Publicó esa teoría en 1967, en un artículo de la *Revista de Medicina de Nueva Inglaterra* titulado «Determinación precoz de la identidad sexual: la edad crucial de los dos años». A raíz de eso, su reputación subió por las nubes. Le empezaron a llover fondos, de la Fundación Rockefeller, de la Fundación Ford y el Instituto Nacional de Investigación. Había llegado la hora de convertirse en sexólogo. La revolución sexual facilitaba nuevas oportunidades para un investigador con sentido de la iniciativa. Durante unos años, llegar al fondo del misterio del orgasmo femenino fue una cuestión de interés nacional. O dilucidar los motivos psicológicos por los cuales determinados hombres se exhibían por la calle. En 1968, el doctor Luce abrió la Clínica de Trastornos Sexuales e Identidad Sexual. Pronto se convirtió en el principal centro dedicado a la reasignación sexual. Luce trataba todo tipo de casos: adolescentes de cuello palmeado con síndrome de Turner que sólo tenían un cromosoma sexual, un solitario X; zanquilargas bellezas con insensibilidad a los andrógenos; o muchachos XYY, que tendían a ser soñadores y solitarios. Cuando en el hospital nacían niños con genitales ambiguos, se pedía al doctor Luce que hablara del asunto con los perplejos padres. Luce también recibía a transexuales. Todo el

mundo iba a la clínica, con el resultado de que Luce tenía a su disposición un cúmulo de material de investigación —especímenes vivitos y coleando— que ningún científico había tenido jamás.

Y ahora Luce me tenía a mí. En la sala de consulta, me dijo que me desnudara y me pusiera una bata de papel. Tras extraerme un poco de sangre (sólo un frasco esta vez), hizo que me tumbara en una camilla con las piernas en alto y los pies en unos estribos. Había una cortina verde pálido, del mismo color que la bata, que podía correrse sobre la camilla para separar las dos mitades del cuerpo. Luce no echó la cortina el primer día. Lo hizo en sesiones posteriores, cuando tenía público.

—Esto no te va a doler, pero te va a producir una sensación extraña.

Alcé la vista al círculo luminoso del techo. Luce se servía de otra luz, una lámpara de pie que podía mover según le conviniera. Noté el calor de la bombilla entre las piernas mientras él realizaba sus palpaciones.

Durante los primeros minutos me concentré en el anillo de luz pero, finalmente, metiendo la barbilla, miré hacia abajo y vi que Luce tenía el croco entre el pulgar y el índice. Lo estiraba con una mano mientras lo medía con la otra. Luego dejó la regla y tomó unas notas. No parecía escandalizado ni perplejo. En realidad, me examinó con mucha consideración, casi con aprecio. Había un elemento de respeto o estimación en su rostro. Tomó unas cuantas notas mientras siguió con la exploración, pero no trató de entablar conversación. Estaba muy atento a lo que hacía.

Al cabo de un rato, aún agachado entre mis piernas, Luce volvió la cabeza para buscar un instrumento. Entre el marco visual que me ofrecían las rodillas levantadas apareció su oreja, un órgano por derecho propio, sorprendente, lleno de espirales y rebordes, traslúcido bajo las brillantes luces. Casi me tocaba con ella. Por un momento pareció que Luce tratara de escuchar mis orígenes. Como si entre mis piernas se le hubiera planteado alguna adivinanza. Pero entonces encontró lo que estaba buscando y volvió a su quehacer.

Empezó a explorar por dentro.

—Relájate —ordenó.

Me puso un lubricante, arrimándose aún más.

—*Relájate.*

Había un matiz de fastidio, de mando, en su voz. Respiré hondo e hice lo que pude. Luce escarbó por allí dentro. Por un momento sentí una extraña sensación, tal como me había advertido él. Pero luego tuve un súbito dolor, agudo. Grité, dando una sacudida.

—Lo siento.

Pero siguió adelante. Me puso una mano en la pelvis para sujetarme. Sondeó más adentro, si bien evitando la zona dolorosa. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Casi hemos terminado —anunció.

Pero apenas había empezado.

Lo fundamental en casos como el mío era no manifestar duda alguna con respecto al sexo del hijo en cuestión. A los padres de un recién nacido no se les decía: «Su hijo es hermafrodita», sino: «Su hija ha nacido con un clítoris mayor de lo normal. Tendremos que recurrir a la cirugía para reducirlo a la talla normal». Luce consideraba que los padres eran incapaces de asimilar una asignación de sexo ambiguo. Era preciso decirles si habían tenido niño o niña. Lo que significaba que, antes de decir nada, había que estar seguro del sexo que iba a prevalecer.

Luce aún no podía hacer eso conmigo. Había recibido los resultados de los análisis endocrinológicos realizados en el Hospital Henry Ford, de modo que conocía mi cariotipo XY, mis elevados niveles de testosterona en plasma y la ausencia en sangre de dihidrotestosterona. En otras palabras, antes de verme, Luce, considerando la información de que disponía, se habría atrevido a diagnosticar que yo era un pseudohermafrodita masculino —genéticamente hombre pero con apariencia de lo contrario— con un síndrome de deficiencia de 5-alfa reductasa. Pero eso, según las teorías de Luce, no significaba que tuviera una identidad sexual masculina.

El hecho de que fuese adolescente complicaba las cosas. Además de los factores cromosómicos y hormonales, Luce debía considerar que me habían educado en sentido *femenino*. Sospechaba que la masa de tejido que había palpado en mi interior era testicular. Sin embargo, no podía estar seguro hasta que hubiera examinado una muestra al microscopio.

Todo eso debió de pasarle a Luce por la cabeza mientras me acompañaba de vuelta a la sala de espera. Me dijo que quería hablar con mis padres, y que los mandaría salir cuando hubiese terminado. Su aire grave había desaparecido y de nuevo se mostraba simpático, sonriendo y dándome palmaditas en la espalda.

En su despacho, Luce se sentó en su butaca Eames, alzó la cabeza, miró a Milton y a Tessie y se ajustó las gafas.

—Señor Stephanides, señora Stephanides, seré franco con ustedes. Éste es un caso complicado. Por complicado no quiero decir irremediable. Disponemos de una serie de tratamientos eficaces para estas afecciones. Pero antes de pensar en el tratamiento, hay una serie de interrogantes que necesito aclarar.

Durante ese discurso, a mi madre y mi padre sólo los separaba una distancia de treinta centímetros, pero cada uno de ellos escuchó algo diferente. Milton había oído palabras realmente dichas, como «tratamiento» y «eficaz». Tessie, en cambio, había oído palabras no expresadas. El médico no había pronunciado mi nombre, por ejemplo. No había dicho «Calíope» ni «Callie». Ni «hija», tampoco. No utilizó pronombre alguno.

—Necesito hacer más pruebas —proseguía Luce—. Tengo que hacer una evaluación psicológica completa. Una vez que disponga de la información necesaria,



podremos discutir en detalle el curso adecuado del tratamiento.

Milton ya estaba asintiendo con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo podría durar todo eso, doctor?

Con aire pensativo, Luce proyectó hacia fuera el labio inferior.

—Quiero repetir las pruebas de laboratorio, sólo para estar seguro. Tendré los resultados mañana. La evaluación psicológica requerirá más tiempo. Necesitaré ver a su bebé todos los días durante una semana por lo menos, quizá dos. Y también me sería útil que me trajeran algunas fotografías de su infancia o películas familiares, lo que tengan.

Milton se volvió a Tessie.

—¿Cuándo empezó Callie a ir al colegio?

Tessie no le oyó. Estaba pensando en la expresión de Luce: «su bebé».

—¿Qué clase de información está buscando, doctor? —preguntó Tessie.

—Los análisis de sangre nos dirán los niveles hormonales. La evaluación psicológica es habitual en estos casos.

—¿Cree que puede ser algo de hormonas? —preguntó Milton—. ¿Un desequilibrio hormonal?

—Lo sabremos cuando haya tenido tiempo de hacer todo lo necesario —concluyó Luce.

Milton se levantó y tendió la mano al doctor. La visita había terminado.

Téngase presente: hacía años que ni Milton ni Tessie me habían visto desnuda. ¿Cómo iban a saberlo? Y si no lo sabían, ¿cómo iban a imaginárselo? Los datos de que disponían eran de importancia secundaria —mi voz ronca, mi pecho plano—, y distaban mucho de ser convincentes. Hormonas. A lo mejor todo se reducía a algo de hormonas. Eso creía mi padre, o deseaba creer, y de eso era de lo que quería convencer a Tessie.

Yo manifestaba una resistencia particular.

—¿Por qué tiene que hacerme una evaluación psicológica? —pregunté—. Como si estuviera loca.

—El doctor ha dicho que es algo habitual.

—Pero ¿por qué?

Con esa pregunta había entrado de lleno en el quid de la cuestión. Mi madre me dijo después que ella intuía la verdadera razón de la evaluación psicológica, pero que prefirió no mencionarla. Más bien dejó que Milton hablara por ella. Y Milton decidió abordar el problema de manera pragmática. No tenía sentido preocuparse por una evaluación psicológica que sólo podía confirmar lo evidente: que yo era una chica normal y equilibrada.

—A lo mejor cobra más al seguro por el examen psicológico —aventuró Milton—. Lo siento, Cal, pero no tendrás más remedio que pasar por ello. A lo mejor te cura

las neurosis. ¿Tienes alguna? Pues es el momento de sacarlas a la luz —me rodeó con los brazos, me dio un buen apretón y me besó en la sien.

Milton estaba tan convencido de que todo iba a salir bien, que el martes por la mañana voló a Florida para rematar un negocio.

—No tiene sentido que me quede plantado en este hotel, sin hacer nada.

—Tú lo que quieres es salir de este agujero —repuse.

—Os compensaré con una cena. ¿Por qué no salís esta noche tu madre y tú a cenar a un sitio elegante? A donde queráis. Como nos ahorramos unos dólares con esta habitación, podéis hacer un pequeño derroche. ¿Por qué no llevas a Callie a Delmonico's, Tess?

—¿Qué es Delmonico's? —pregunté.

—Un sitio donde dan filetes.

—Yo quiero langosta. Y tarta Alaska, con helado y merengue.

—¡Tarta Alaska! A lo mejor tienen también.

Milton se marchó y mi madre procuró gastar dinero. Fuimos a comprar a los almacenes Bloomingdale's. A tomar el té al Plaza. Pero no a Delmonico's; preferimos un restaurante italiano de precio medio que había cerca del Lochmoor, donde nos sentíamos, más cómodas. Cenamos allí todas las noches, haciendo cuanto podíamos para convencernos de que aquello era un viaje de verdad, de que estábamos de vacaciones. Tessie bebía más vino que de costumbre y se achispaba un poco, y cuando se iba al baño, yo me bebía su copa.

Normalmente, el rasgo más expresivo de la cara de mi madre era el hueco que tenía en los dientes. Cuando me escuchaba, Tessie solía taparse con la lengua aquella falla, aquel pasaje. Era señal de que me estaba atendiendo. Mi madre siempre prestaba mucha atención a todo lo que yo decía. Y si le contaba algo gracioso, retiraba la lengua, echaba hacia atrás la cabeza, abría mucho la boca y entonces aparecían los dientes, separados y hacia arriba.

Todas las noches, en el restaurante italiano, me esforzaba para que lo hiciera.

Por la mañana, Tessie me llevaba a la clínica para mis consultas.

—¿Qué aficiones tienes, Callie?

—¿Aficiones?

—¿Hay algo que te guste hacer especialmente?

—En realidad no soy de esas personas que tienen aficiones.

—¿Y los deportes? ¿Te gusta alguno?

—¿Cuenta el ping-pong?

—Lo anotaré. —Luce sonrió desde detrás del escritorio.

Yo estaba en el diván Le Corbusier, al otro extremo de la habitación, arrellanada sobre el cuero.

—¿Y los chicos?

—¿Qué pasa con los chicos?

—¿Hay algún chico de tu colegio que te guste?

—Se ve que nunca ha estado en mi colegio, doctor.

Comprobó los datos de su expediente.

—Ah, es un colegio de chicas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te sientes sexualmente atraída hacia las chicas? —preguntó Luce con toda rapidez. Fue como un golpe con un martillo de goma. Pero contuve el reflejo.

Dejó la pluma sobre la mesa y entrelazó los dedos. Se inclinó hacia delante y habló despacio.

—Quiero que sepas, Callie, que esto es entre tú y yo. A tus padres no les voy a contar nada de lo que me digas aquí.

Me encontraba en un dilema. Luce, sentado en su butaca de cuero, con su cabello largo y sus botas hasta los tobillos, era la clase de adulto a la que una chica podía confiarse. Tan mayor como mi padre, pero aliado de la nueva generación. Deseaba contarle lo del Objeto. Ansiaba contárselo a alguien, a cualquiera. Los sentimientos que me inspiraba seguían siendo tan fuertes que se me subían a la garganta. Pero me contuve, por precaución. No creía que aquella entrevista fuese tan privada.

—Me ha dicho tu madre que mantienes una relación muy estrecha con una amiga tuya —continuó Luce. Pronunció el nombre del Objeto—. ¿Te sientes sexualmente atraída hacia ella? ¿O has mantenido relaciones sexuales con ella?

—Sólo somos amigas —insistí, alzando un poco la voz. Y proseguí, en tono más bajo—: Es mi mejor amiga.

Como respuesta, la ceja derecha de Luce se enarcó tras las gafas. Salió de su escondite como si ella también quisiera echarme una buena ojeada. Y entonces encontré una salida.

—He mantenido relaciones sexuales con su hermano —confesé—. Está en tercero de carrera.

Una vez más. Luce no expresó sorpresa, desaprobación ni interés. Escribió una nota en el cuaderno, asintiendo brevemente con la cabeza.

—¿Y te gustó?

En eso podía decir la verdad.

—Me dolió. Y además estaba asustada por si me quedaba embarazada.

Luce sonrió para sí, anotando algo en el cuaderno.

—No te preocupes por eso —me dijo.

Así eran aquellas sesiones. Todos los días me pasaba una hora en la consulta hablando de mi vida y mis sentimientos, de lo que me gustaba y no me gustaba. Luce me hacía toda clase de preguntas. A veces las respuestas que le daba no eran tan importantes como la manera de contestar. Él observaba la expresión de mi rostro;

tomaba nota de la forma en que me justificaba. Las mujeres tienden a sonreír a sus interlocutores más que los hombres. Hacen una pausa y miran en busca de señales de asentimiento antes de continuar. Los hombres se limitan a mirar a un segundo plano mientras sueltan una perorata. Las mujeres prefieren lo anecdótico. Los hombres, lo deductivo. Era imposible trabajar en el ámbito de Luce sin caer en tales estereotipos. Pero él conocía sus limitaciones. Y le resultaban útiles desde el punto de vista clínico.

Cuando no hablaba sobre mi vida y mis sentimientos, respondía por escrito a sus preguntas. Muchos días me ponía a escribir a máquina lo que Luce denominaba «Historia psicológica». Aquella temprana autobiografía no empezaba: «Nací dos veces». Aún no me había dado por los comienzos ostentosos y retóricos. Empecé, sencillamente, con las siguientes palabras: «Me llamo Calíope Stephanides. Tengo catorce años, camino de los quince». Comencé con los hechos y así seguí mientras pude.

¡Háblame, Musa, de aquella ingeniosa Calíope que escribía en la destartalada Smith Corona! ¡Háblame del murmullo y el temblor de la máquina ante sus revelaciones psiquiátricas! Háblame de las dos franjas de la cinta, una para escribir y otra para corregir, que tan elocuentemente representaban su apurada situación, suspendida entre la impronta de la genética y la cirugía, que limpia de toda culpa. Háblame del extraño olor de la máquina, entre salchichón y tres en uno, y de la calcomanía de una flor que había pegado su último usuario, y también de la F rota, que sobresalía. En aquella moderna pero pronto anticuada máquina no escribí como correspondía a una chica del Medio Oeste, sino a la hija de un clérigo de Shropshire. Todavía conservo en alguna parte una copia de mi historia psicológica. Luce la publicó en sus obras completas, omitiendo mi nombre. «Me gustaría hablar de mi vida», dice en un pasaje, «y de las múltiples experiencias que conforman las penas y alegrías que siento en este planeta que llamamos Tierra». Al describir a mi madre, digo: «Su belleza es de esas que parecen ajadas por el dolor». Unas páginas más adelante se llega al capítulo titulado: «Cáusticas y Caquéticas Calumnias de Callie». La mitad de la historia estaba escrita al estilo George Eliot en malo, y la otra, al estilo de Salinger en malo. «Si hay algo que aborrezco es la televisión». No era cierto. ¡Me encantaba la televisión! Pero en aquella Smith Corona descubrí enseguida que era más divertido inventarse las cosas que decir la verdad. También tenía presente que escribía para un público —el doctor Luce— y que, si manifestaba una actitud lo suficientemente normal, me mandaría a casa. Eso explica los pasajes sobre el amor a los gatos («afecto felino»), las recetas de pasteles y mi profundo apego a la naturaleza.

Luce se lo tragaba todo. Es cierto; tengo que reconocer los méritos de alguien cuando los tiene. Luce fue la primera persona que me animó a escribir. Todas las noches se leía lo que yo había escrito durante el día. Lo que no sabía, desde luego, era

que me estaba inventando la mayoría de las cosas, haciéndome pasar por la hija que mis padres querían que fuese, una chica americana normal. Novelé un «juego sexual» a temprana edad y luego diversos enamoramientos con chicos; trasladé a Jerome mis sentimientos por el Objeto y los resultados fueron sorprendentes: el más leve retazo de verdad daba verosimilitud a las mayores mentiras.

A Luce le interesaban todos aquellos aspectos de mi prosa que denotaban identidad sexual. Medía mi *jouissance* frente a mi linealidad. Retenía mis florituras victorianas, mi lenguaje anticuado, mi decoro de colegiala. Todo eso tuvo un gran peso en su evaluación final.

También estaba la pornografía como instrumento de diagnóstico. Una tarde, cuando llegué a la sesión, había un proyector cinematográfico en la consulta. Habían echado las cortinas e instalado una pantalla frente a las estanterías. Bajo una luz melosa, el doctor Luce encajaba el celuloide en los dientes de las ruedas.

—¿Va a enseñarme otra vez la película de mi padre? ¿De cuando era pequeña?

—Hoy he traído algo diferente —repuso Luce.

Adopté mi postura habitual, apoyándome en el diván de cuero con los brazos detrás de la cabeza. El doctor apagó las luces y la película empezó enseguida.

Trataba sobre una repartidora de pizzas. Se titulaba *Annie te lo trae a casa*. En la primera escena, Annie, con vaqueros cortados por el muslo y enseñando el estómago bajo una blusa Ellie-May, desciende del coche frente a una casa al borde del mar. Llama al timbre. No hay nadie. No queriendo que la pizza se eche a perder, se sienta junto a la piscina y empieza a comérsela.

Los criterios de producción no eran muy elevados. La escena de cuando aparecía el encargado de la piscina estaba mal iluminada. Resultaba difícil oír lo que decían. Pero al cabo de poco dejaron de hablar. Annie había empezado a quitarse la ropa. Se puso de rodillas. El encargado también se había desnudado, y luego se les veía en los escalones de la piscina, dentro del agua, en el trampolín, zarandeándose, contorsionándose. Cerré los ojos. No me gustaban los crudos colores carne de la película. A diferencia de las pinturas del despacho de Luce, no era nada bonito.

En tono directo, Luce me preguntó desde la penumbra:

—¿Cuál de los dos te excita?

—¿Cómo dice?

—¿Cuál te excita de los dos? ¿La mujer o el hombre?

La verdad era que ninguno. Pero la verdad no servía.

Sin apartarme de mi ficticia historia, logré salir del paso con toda tranquilidad.

—El chico.

—¿El encargado de la piscina? Eso está bien. A mí me va la chica de la pizza. Tiene un cuerpazo.

Niño protegido que fue, procedente de una reservada familia presbiteriana, Luce

estaba ahora liberado, libre de antisexualidad.

—Tiene unas peras increíbles —afirmó—. ¿No te gustan las tetas que tiene? ¿Te excitan?

—No.

—La polla del tío, ¿eso es lo que te excita?

Asentí brevemente con la cabeza, deseando que se acabara la sesión. Pero aún duraría un poco más. Annie tenía más pizzas que repartir. Luce quería verlas todas.

A veces llevaba a otros médicos para que me viesan. Una exhibición normal se desarrollaba del siguiente modo. Me llamaban al gabinete en que escribía, en la parte de atrás de la clínica. En el despacho de Luce esperaban dos hombres con traje de calle. Se ponían en pie cuando yo entraba. Luce hacía las presentaciones.

—Callie, quiero presentarte al doctor Craig y al doctor Winters.

Los médicos me estrecharon la mano. Era el primer dato que registraban: mi apretón de manos. El doctor Craig apretaba mucho. El doctor Winters, menos. Como si acabaran de conocer a una modelo, desviaron con esfuerzo la vista de mi cuerpo y pretendieron interesarse en mí como persona.

—Callie ya lleva una semana viniendo a la clínica —anunció Luce.

—¿Te gusta Nueva York? —preguntó el doctor Craig.

—Casi no he visto nada.

Los médicos me sugirieron algunos monumentos dignos de ver. El ambiente era relajado, amistoso. Luce me puso la mano en la rabadilla. En los hombres resulta un gesto molesto. Te tocan la espalda como si tuvieras una manivela para dirigirte donde ellos quieren. Cuando no te colocan la mano en la coronilla, paternalmente. Los hombres y sus manos. No se les puede perder de vista un momento. La mano de Luce proclamaba ahora: Aquí la tenéis. Mi atracción principal. Lo tremendo era que yo respondía a eso; me gustaba la sensación que me producía la mano de Luce en la espalda. Me complacía la atención que despertaba. Ahí estaba toda esa gente que quería conocerme.

Al cabo de poco, la mano de Luce me escoltaba por el pasillo hacia la sala de reconocimiento. Yo ya sabía lo que había que hacer. Me desnudé detrás del biombo, mientras los médicos esperaban. La bata de papel verde estaba doblada sobre la silla.

—¿De dónde procede la familia, Peter?

—De Turquía. Originariamente.

—Yo sólo conozco el estudio de Papúa Nueva Guinea —dijo Craig.

—Sobre los sambia, ¿no?

—Sí, exacto —contestó Luce—, allí también hay una elevada incidencia de la mutación. Los sambia también son interesantes desde un punto de vista sexológico. Practican la homosexualidad ritual. Los varones sambia consideran que el contacto con las hembras es contaminante. De manera que han organizado estructuras sociales

para limitar en lo posible el contacto. Los hombres y los niños duermen en una parte del poblado, las mujeres y las niñas en otra. Los hombres sólo van al pabellón de las mujeres para procrear. Entran y salen. De hecho, la traducción literal de la palabra que utilizan los sambia para designar la vagina es «esa cosa que en realidad no es nada buena».

Unas risitas quedas llegaron hasta mí desde el otro lado del biombo.

Salí, sintiéndome incómoda. Era más alta que los médicos, aunque pesaba mucho menos. Descalza, sentía el suelo frío bajo las plantas de los pies mientras me dirigía a la camilla. Me senté en ella de un salto y luego me tumbé.

Sin que me dijeran nada, levanté las piernas y encajé los talones en los estribos ginecológicos. En la sala se había hecho un ominoso silencio. Los tres médicos se acercaron. Miraron hacia abajo. Sus cabezas formaban una trinidad inclinada sobre mí. Luce echó la cortina a lo ancho de la camilla.

Se agacharon, examinando mis partes, mientras Luce les brindaba una visita guiada. Yo desconocía el significado de la mayoría de los términos que empleaba, pero a la tercera o cuarta vez podía recitar la lista de memoria: «Complejión musculosa... no hay ginocomastia... hipospadias... seno urogenital... bolsa vaginal ciega...». Esas palabras constituían mi derecho a la fama. Pero no me sentía famosa. En realidad, detrás de la cortina era como si no me encontrase en la misma habitación.

—¿Qué edad tienes? —preguntó el doctor Winters.

—Catorce —contestó Luce—. En enero cumpliré los quince.

—De manera que tu punto de vista es que su condición cromosómica ha quedado completamente anulada por la educación, ¿no es así?

—Me parece absolutamente evidente.

Y ahí tumbada, dejando que Luce, con sus guantes de goma, hiciera lo que tuviese que hacer, intuí lo que pasaba. Luce quería impresionarlos con la importancia de su trabajo. Necesitaba fondos para mantener la clínica en funcionamiento. La cirugía que realizaba a transexuales no constituía un mérito a ojos de Don Dinero. Para despertar su interés había que tocarles la fibra sensible. Había que poner cara de sufrimiento. Eso es lo que Luce intentaba hacer conmigo. Yo era perfecta, tan educada, tan del Medio Oeste. En mi ambiente no había nada indecoroso, ni menciones de bares de travestidos ni anuncios en la parte de atrás de revistas dudosas.

El doctor Craig no estaba convencido.

—Un caso fascinante, Peter. No hay duda. Pero mi gente querrá conocer sus aplicaciones prácticas.

—Es una afección muy poco común —admitió Luce—, sumamente rara. Pero desde el punto de vista de la investigación, su importancia no puede menospreciarse. Por las razones que os he mencionado en mi despacho.

Luce se expresó en términos imprecisos, para que yo no me enterase, pero en el mismo tono persuasivo, para convencerlos a ellos. No había llegado hasta donde estaba sin poseer determinadas capacidades para el cabildeo. Entretanto, yo estaba allí sin estarlo verdaderamente, encogiéndome a cada palpación de Luce, con carne de gallina y preocupada por si no me había lavado bien.

También recuerdo esto. Una sala alargada y estrecha en otra planta del hospital. Una pequeña plataforma en un extremo frente a un foco. El fotógrafo, cargando la cámara.

—Vale, estoy preparado —dijo.

Me quité la bata. Casi acostumbrada ya, subí a la plataforma, situándome delante de un indicador de estatura.

—Abre un poco los brazos.

—¿Así?

—Eso es. No hagas sombras.

No me dijo que sonriera. La editorial del libro se ocuparía de taparme la cara. El rectángulo negro: una hoja de parra que oculta la identidad y airea la vergüenza.

Cuando hablaba conmigo. Pero yo aprovechaba la ocasión para lloriquear y quejarme.

—Estoy harta de este hotel. ¿Cuándo nos vamos a casa?

—En cuanto estés mejor —contestó Milton.

Cuando nos íbamos a dormir, echábamos las cortinas y apagábamos la luz.

—Buenas noches, cariño. Hasta mañana.

—Buenas noches.

Pero yo no podía dormir. No dejaba de pensar en aquella palabra: «mejor». ¿Qué habría querido decir mi padre? ¿Qué me iban a hacer? Los ruidos de la calle llegaban a la habitación con una extraña nitidez, resonando en el edificio de piedra de enfrente. Oí las sirenas de la policía, los airados pitidos de los coches. Mi almohada era estrecha. Olía a tabaco. Al otro lado de la alfombra, mi madre ya estaba dormida. Antes de que me concibiera, se había plegado al estafalario plan de mi padre para determinar mi sexo. Lo había hecho así para no estar sola, para tener a una amiga en casa. Y yo había sido aquella amiga. Siempre había estado muy unida a mi madre. Teníamos un carácter parecido. Nada nos gustaba más que sentarnos en el banco de un parque y mirar el rostro de la gente que pasaba. Ahora, la cara que veía era la de Tessie, en la otra cama. Estaba pálida, sin expresión, como si la crema que se daba por la noche le hubiera quitado no sólo el maquillaje sino la personalidad. Pero Tessie movía los ojos; bajo los párpados, los desplazaba de un sitio a otro. Callie no podía imaginar las cosas que Tessie veía entonces en sueños. Pero yo sí. Tessie tenía un sueño recurrente. Una versión de las pesadillas que asaltaban a Desdémona tras escuchar los sermones de Fard. *Soñaba con gérmenes de niños que burbujaban,*



*dividiéndose. De criaturas horribles que nacían de una pálida espuma.* Tessie no se permitía pensar en esas cosas durante el día, de modo que las imágenes la asaltaban por la noche. ¿Era culpa suya? ¿Debía haberse resistido cuando Milton intentaba doblegar la naturaleza a su voluntad? ¿Acaso había un Dios, después de todo, que castigaba a la gente aquí en la Tierra? Esas supersticiones del Viejo Mundo habían desaparecido de la mente consciente de mi madre, pero seguían actuando mientras dormía. Desde la otra cama yo veía la actividad de aquellas fuerzas oscuras en el rostro de mi madre dormida.

## CONSULTÁNDOME EN EL DICCIONARIO



Me pasaba la noche dando vueltas en la cama, incapaz de dormir de un tirón. Era como la princesa y el guisante. A veces me despertaba con la sensación de que me acercaban un foco mientras dormía. Era como si mi cuerpo etéreo hubiera estado conversando con ángeles, allá arriba, en algún sitio cerca del techo. Cuando abría los ojos, desaparecían. Pero oía ecos de la comunicación, la apagada resonancia de la campanil a de cristal. Cierta información esencial ascendía de lo más hondo de mi ser. Se me quedaba en la punta de la lengua, sin llegar a emerger del todo. Una cosa era segura: de algún modo todo estaba relacionado con el Objeto. Me quedé despierta pensando en ella, preguntándome cómo estaría, y suspirando, sufriendo.

Pensé en Detroit, también, en sus solares de pálida hierba brotando entre las casas ruinosas y las aún habitadas, y en el río con sus residuos ferruginosos, las carpas muertas flotando en la superficie, los blancos vientres escamándose. Pensé en los pescadores, de pie en los muelles de hormigón con las cestas y los cubos de cebos, el partido de béisbol en la radio. Suele decirse que una experiencia traumática sufrida en edad temprana marca a una persona para siempre, quitándola de la circulación, diciéndole: «Quédate ahí. No te muevas». El tiempo que pasé en la clínica fue eso para mí. Siento que hay una línea directa que se extiende entre aquella chica con las rodillas encogidas bajo las sábanas del hotel hasta la persona que ahora escribe, sentada en una butaca Aeron. Suya era la tarea de vivir una vida mítica en el mundo real, y la mía, contarla ahora. A los catorce años carecía de los recursos necesarios, no sabía lo suficiente, no había estado en la montaña de Anatolia que los griegos llaman Olimpo y los turcos Uludag, igual que esa marca de refrescos. No tenía la edad necesaria para comprender que la vida no remite a una persona al futuro, sino al pasado, a la infancia, al tiempo anterior a su nacimiento y, finalmente, a la comunicación con los muertos. Al envejecer cuesta trabajo subir las escaleras, entra uno en el cuerpo de su padre. Desde ahí sólo hay un breve salto hasta los abuelos y entonces, antes de que uno se dé cuenta, se empieza a viajar en el tiempo. En esta vida crecemos hacia atrás. Son siempre los canosos turistas de los autocares italianos quienes cuentan historias de los etruscos.

Al final, Luce tardó dos semanas en tomar una determinación sobre mí. Concertó una cita con mis padres para el lunes siguiente.

Milton se había pasado las dos semanas volando de un sitio para otro, inspeccionando sus franquicias Hércules, pero el viernes anterior a la cita volvió a Nueva York. Pasamos el fin de semana visitando sin ganas los lugares de interés,

asaltados por íntimas preocupaciones. El lunes por la mañana, mis padres me dejaron en la Biblioteca Pública de Nueva York mientras iban a ver al doctor Luce.

Mi padre se vistió con especial cuidado aquella mañana. Pese a las muestras exteriores de tranquilidad, Milton se sentía acuciado por una inhabitual sensación de pavor, de manera que se acorazó con su ropa más imponente: guardando su cuerpo rechoncho, un traje oscuro de raya diplomática; en torno a su cuello de rana, una corbata Countess Mara; y en los ojales de la bocamanga de la camisa, sus gemelos griegos «de la suerte». Como nuestra lamparilla de noche en forma de Acrópolis, los gemelos procedían de la tienda de recuerdos de Jackie Halas, en el barrio griego. Milton se los ponía siempre que iba a alguna entrevista con los encargados de créditos del banco o con inspectores de Hacienda. Aquel lunes por la mañana, sin embargo, tuvo dificultades para ponérselos. Exasperado, pidió a Tessie que le ayudara.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —le preguntó ella, con ternura.

Y Milton replicó:

—Ponme los gemelos y cállate, ¿quieres?

Extendió los brazos, sin mirarla, avergonzado por aquella flaqueza física.

En silencio, Tessie le puso los gemelos, tragedia en una manga, comedia en la otra. Al salir del hotel brillaron al temprano sol de la mañana, y bajo la influencia de aquellos accesorios bifrontes los acontecimientos subsiguientes adquirieron tonos opuestos. Había tragedia, desde luego, en el rostro de Milton cuando ambos me dejaron en la biblioteca. En el tiempo que estuvo fuera, Milton había vuelto a recordarme tal como era el año anterior. Ahora me veía de nuevo tal como era en realidad. Al verme subir la escalinata de la biblioteca, observó mis desgarrados movimientos, la anchura de mis hombros bajo la blusa rosa. Mirándome desde el taxi, Milton se encontró frente a frente con la esencia de la tragedia, con algo ya determinado antes del nacimiento, algo de lo que es imposible escapar, que no se puede alterar por mucho que se intente. Y Tessie, tan acostumbrada a sentir el mundo a través de su marido, notó que mi problema empeoraba, se aceleraba. No cabían en sí de angustia, de esa zozobra por los hijos que deja a los padres en un estado de vulnerabilidad tan asombrosa como su propia capacidad de amor..., todo eso reflejado en aquel par de gemelos tan particular...

... Pero el taxi ya se alejaba, Milton se enjugó la frente con el pañuelo; y apareció la máscara sonriente en la manga derecha de su camisa, anunciando el aspecto cómico de los acontecimientos de aquel día. Había comedia en la forma en que Milton, sin dejar de estar preocupado por mí, no quitaba ojo al galopante taxímetro. En la clínica, había comedia en la forma en que Tessie, cogiendo desganadamente una revista en la sala de estar, se encontró leyendo un artículo sobre los juegos de entrenamiento sexual de los jóvenes macacos. Incluso había una especie de cruda

sátira en la propia búsqueda de mis padres, porque era representativa de la creencia norteamericana de que los médicos pueden resolverlo todo. Toda esa comedia, sin embargo, es retrospectiva. Cuando Milton y Tessie se disponían a ver al doctor Luce, una ardiente espuma les subía del estómago. Milton recordó sus primeros tiempos en la Marina, en la época de la lancha de desembarco. Aquello era algo parecido. En cualquier momento se abatiría la puerta y tendría que zambullirse en las revueltas aguas de la noche...

En su despacho, Luce fue derecho al asunto.

—Permítanme repasar los hechos que conforman el caso de su hija.

Tessie notó el cambio inmediatamente. Hija. Había dicho «hija».

Aquella mañana, el sexólogo tenía aspecto de médico, lo que resultaba tranquilizador. Sobre el jersey de cachemira de cuello alto llevaba una bata blanca. En una mano tenía un bloc de dibujo. El bolígrafo llevaba el nombre de una empresa farmacéutica. El día estaba nublado, la luz era débil. Las parejas de las miniaturas mongolas se habían revestido decorosamente con una capa de sombra. Sentado en su butaca de diseño, con una pila de libros y revistas que se alzaba a su espalda, el doctor Luce, al igual que su discurso, transmitía una sensación de seriedad y sabiduría.

—Lo que estoy dibujando aquí —empezó— son las estructuras genitales del feto. En otras palabras, así son los genitales del niño en el seno materno en las semanas siguientes a la concepción. Varón o hembra, es lo mismo. Estos dos círculos de aquí son lo que llamamos gónadas indiferenciadas. Este pequeño garabato es el conducto de Wolff. Y este otro, el conducto de Müller. ¿De acuerdo? Bueno, lo que hay que tener presente es que en un principio todo el mundo es así. Todos nacemos con potenciales partes de chico y de chica. Usted, señor Stephanides, señora Stephanides, yo mismo, todo el mundo. Entonces —siguió dibujando—, mientras el feto se desarrolla en el útero empiezan a liberarse hormonas y enzimas..., vamos a representarlas con flechas. ¿Y qué hacen esas hormonas y enzimas? Pues convertir estos círculos y garabatos en genitales masculinos o femeninos. ¿Ven este círculo, esa gónada indiferenciada? Puede convertirse en ovario o en testículo. Y este garabato que representa el conducto de Müller puede o bien atrofiarse —lo tachó—, o desarrollarse para convertirse en útero, trompas de Falopio y la parte interior de la vagina. Este conducto de Wolff puede desaparecer por atrofia o transformarse en vesícula seminal, epidídimo y vaso seminífero. Dependiendo de las influencias hormonales y enzimáticas. —Luce alzó la vista y sonrió—. No se preocupen por la terminología. Lo que hay que recordar es lo siguiente. Todo niño tiene estructuras müllerianas, que son genitales femeninos en potencia, y estructuras wolffianas, que son genitales masculinos en potencia. Eso es lo que constituye los genitales internos. Pero lo mismo ocurre con los genitales *externos*. El pene no es más que un clítoris

muy grande. Brotan de la misma raíz.

El doctor Luce se detuvo una vez más. Entrelazó los dedos. Mis padres, inclinados en el asiento, esperaron.

—Como les decía, toda asignación de identidad sexual debe tener en cuenta una multitud de factores. Lo más importante, en el caso de su hija —allí estaba otra vez, proclamado sin ningún género de duda—, es que durante catorce años la han educado en sentido femenino y, efectivamente, ella se considera de sexo femenino. Sus intereses, sus gestos, su estructura psicosexual, todo es femenino. ¿Me entienden hasta ahora?

Milton y Tessie asintieron con la cabeza.

—Debido a su deficiencia de 5-alfa reductasa, el cuerpo de Callie no responde a la dihidrotestosterona. Lo que significa que, en el útero, siguió una línea de desarrollo fundamentalmente femenina. Sobre todo en lo que se refiere a los genitales externos. Eso, asociado a su educación en sentido femenino, ha tenido por consecuencia que, además de parecerlo, piensa y actúa como una chica. El problema se presenta al iniciarse la etapa de la pubertad. En la adolescencia, el otro andrógeno, la testosterona, empieza a ejercer un fuerte efecto. La manera más sencilla de decirlo es la siguiente: Callie es una chica que tiene demasiadas hormonas masculinas. Y es preciso corregirlo.

Ni Milton ni Tessie dijeron una palabra. No habían entendido todo el discurso del doctor, pero, según la pauta de comportamiento que la gente suele seguir con los médicos, estaban atentos a su actitud, tratando de comprender la gravedad de las cosas. Luce parecía optimista, confiado, y Tessie y Milton empezaron a llenarse de esperanza.

—Así es la biología. Una condición genética muy rara, dicho sea de paso. Las otras poblaciones donde sabemos que se manifiesta esa mutación son la República Dominicana, Papúa Nueva Guinea y el sureste de Turquía. No muy lejos del pueblo de donde proceden sus padres. A unos cuatrocientos cincuenta kilómetros, en realidad. —Luce se quitó las gafas plateadas—. ¿Saben ustedes de algún otro miembro de la familia que tenga una apariencia genital semejante a la de su hija?

—No que yo sepa —afirmó Milton.

—¿Cuándo emigraron sus padres?

—En mil novecientos veintidós.

—¿Aún tiene usted parientes en Turquía?

—Ya no.

Luce pareció decepcionarse. Tenía una patilla de las gafas metida en la boca, y la estaba chupando. Posiblemente estuviera imaginando lo que supondría descubrir toda una nueva población de portadores de la mutación ligada a la 5-alfa reductasa. Pero tenía que contentarse conmigo.

Volvió a ponerse las gafas.

—El tratamiento que recomiendo para su hija tiene un doble aspecto. Primero, inyecciones de hormonas. Segundo, cirugía plástica. Los tratamientos de hormonas iniciarán el desarrollo de los pechos y ampliarán los caracteres sexuales femeninos de tipo secundario. La cirugía hará que Callie tenga exactamente el aspecto de la chica que considera ser. En realidad, será esa chica. Su aspecto exterior corresponderá con su aspecto interior. Será una chica completamente normal. Nadie notará nada. Y entonces Callie podrá disfrutar de la vida.

La frente de Milton aún estaba fruncida por la inquietud, pero en sus ojos aparecía una luz, un rayo de esperanza. Se volvió hacia Tessie y le dio unas palmaditas en la pierna.

Pero con una voz tímida y quebrada, Tessie preguntó:

—¿Podrá tener hijos?

Luce sólo vaciló un segundo.

—Me temo que no, señora Stephanides. Callie jamás menstruará.

—Pero si ya hace unos meses que tiene la menstruación —objetó Tessie.

—Me temo que es imposible. Quizá haya habido alguna hemorragia de origen diferente.

Los ojos de Tessie se llenaron de lágrimas. Apartó la vista.

—Acabo de recibir una postal de una antigua paciente —dijo Luce, en tono de consuelo—. Tenía una malformación parecida a la de su hija. Ahora está casada. Su marido y ella han adoptado dos niños y son de lo más felices. Ella toca en la Orquesta de Cleveland, el fagot.

Hubo un silencio hasta que Milton preguntó:

—¿Y eso es todo, doctor? ¿La opera usted de eso y nos la podemos llevar a casa?

—Quizá tengamos que practicar otra operación más adelante. Pero la respuesta inmediata a su pregunta es que sí. Después de la operación, podrá irse a casa.

—¿Cuánto tiempo tendrá que estar en el hospital?

—Sólo una noche.

No era una decisión difícil, sobre todo tal como Luce la había enfocado. Una simple operación y unas cuantas inyecciones acabarían con la pesadilla y les devolverían a su hija, a su Calíope, sana y salva. Milton y Tessie sintieron ahora la misma tentación que condujo a mis abuelos a hacer algo inconcebible. Nadie lo sabría. Nadie se enteraría nunca.

Mientras mis padres recibían un curso acelerado de gonadogénesis, yo —aún Calíope, oficialmente— también estaba documentándome. En la Sala de Lectura de la Biblioteca Pública de Nueva York, consultaba el diccionario. El doctor Luce acertaba al pensar que yo no entendía ni palabra de las conversaciones que él mantenía con sus colegas. Desconocía el significado de «5-alfa reductasa», «ginecomastia» o «canal

inguinal». Pero al mismo tiempo, Luce infravaloraba mis capacidades. No había tomado en consideración el riguroso programa de estudios de mi colegio privado. No tuvo en cuenta mis excelentes capacidades para el estudio y la investigación. Y, sobre todo, no había contado con la influencia de mis profesoras de latín, la señorita Barrie y la señorita Silber. Así que ahora, mientras mis mocasines Wallabies hacían un ruido acuoso entre las mesas, mientras unos cuantos hombres alzaban la vista de los libros para ver quién pasaba y luego volvían a bajarla (el mundo ya no estaba lleno de ojos), oí en mi cabeza la voz de la señorita Barrie.

—Señoritas, defínanme esta palabra: *hipospadias*. Utilicen raíces griegas o latinas.

La pequeña colegiala de mi memoria se removió en el pupitre, levantando la mano bien alta.

—¿Sí, oh Musa Calíope? —me invitó a responder la señorita Barrie.

—*Hipo*. Bajo o debajo de. Como en hipodérmico.

—Muy bien. ¿Y *spadias*?

—Um... um...

—¿Puede acudir alguna en ayuda de nuestra pobre Musa?

Pero en el aula de mi cerebro, ninguna podía. Así que por eso estaba allí. Porque sabía que tenía algo bajo o debajo de, pero no sabía lo que era.

Nunca había visto un diccionario tan grande. Comparado con los demás diccionarios que yo conocía, el Webster's de la Biblioteca Pública de Nueva York era como el Empire State Building en relación con otros edificios. Se trataba de un artefacto antiguo, de aspecto medieval, encuadernado en piel marrón que traía a la imaginación el guante de un halconero. Las páginas tenían el canto dorado, como las de la Biblia.

Recorriendo el alfabeto a lo largo de las páginas, pasando de *cantabile* a *eringio*, de *fandango* a *fórmica* (con *m*), de *hipertonía* a *hipogástrico*, lo encontré:

**Hipospadias:** *Latín medieval, del griego, fr. hipo + prob. de spadon, eunuco, fr. span, rasgar, arrancar, tirar, sacar. —Malformación del pene en la cual el orificio de la uretra se encuentra en la parte inferior de su superficie. Véanse sinónimos en EUNUCO.*

Seguí las instrucciones y consulté

**Eunuco:** *Hombre castrado; especialmente, el destinado en los serrallos<sup>[5]</sup> a la custodia de las mujeres. 2. Hombre con testículos sin desarrollar. Véanse sinónimos en HERMAFRODITA.*

Tirando del hilo, finalmente llegué a

**Hermafrodita:** *Que tiene órganos y muchos de los caracteres sexuales*

*secundarios de ambos sexos. 2. Todo aquello cuya apariencia se compone de elementos diversos o contradictorios. Véanse sinónimos en MONSTRUO.*

Y ahí fue donde me detuve. Alzando la vista, para ver si alguien me estaba observando. La enorme Sala de Lectura vibraba de energía silenciosa: gente pensando, escribiendo. El techo pintado se henchía en lo alto como una vela, y abajo destellaban las lámparas verdes de las mesas, iluminando rostros inclinados sobre los libros. Yo estaba encorvada sobre el mío, con el pelo cayendo en torno a las páginas, tapando la definición de mí misma. Tenía desabrochado el abrigo verde. Me había lavado la cabeza para la cita de la tarde con Luce; las bragas, recién limpias. Sintiendo la vejiga llena, crucé las piernas, aplazando la excursión a los servicios. El miedo era como un cuchillo. Ansiaba que me abrazaran, que me acariciaran, y eso era imposible. Puse la mano sobre el diccionario y la observé. Esbelta, lanceolada, tenía en un dedo un anillo en forma de cuerda trenzada, regalo del Objeto. La cuerda se estaba poniendo sucia. Miré mi preciosa mano, y luego la retiré para enfrentarme de nuevo con la palabra.

Allí estaba escrita, *monstruo*, bien claro, en un baqueteado diccionario de la biblioteca de una gran ciudad. Un libro viejo, venerable, de la forma y el tamaño de una lápida, de páginas amarillentas que llevaban la marca de las multitudes que lo habían consultado antes que yo. Garabatos a lápiz y manchas de tinta, sangre seca, migas de bocadillos; y la encuadernación de cuero sujeta al atril con una cadena. Era un libro que contenía la recopilación de conocimientos del pasado sin dejar de reflejar las condiciones sociales del presente. La cadena sugería que ciertos visitantes de la biblioteca podrían llevárselo para asegurarse de que el diccionario circulaba. El diccionario contenía todas las palabras de la lengua inglesa, pero la cadena sólo conocía unas cuantas. Conocía *ladrón* y *robar* y, posiblemente, *hurtar*. La cadena hablaba de *pobreza* y *desconfianza*, *desigualdad* y *decadencia*. La propia Callie se agarraba ahora a la cadena. Tiraba de ella, hasta tal punto que los dedos se le pusieron blancos mientras miraba aquella palabra. *Monstruo*. Seguía allí. No se había movido. Y no la leía en la pared del cubículo de los viejos servicios. Había pintadas en el Webster's, pero aquel sinónimo no estaba escrito a mano. El sinónimo era una palabra autorizada, oficial: el veredicto que la cultura daba a una persona como ella. *Monstruo*. Eso era ella. Eso era lo que el doctor Luce y sus colegas habían estado diciendo. Explicaba muchas cosas. Explicaba el llanto de su madre en la habitación de al lado. Explicaba la falsa alegría en la voz de Milton. Explicaba por qué la habían llevado sus padres a Nueva York, para que los médicos pudieran trabajar en secreto. También explicaba las fotografías. ¿Qué hacía la gente cuando se les aparecía el Yeti o el Monstruo del Lago Ness? Intentaban sacar una fotografía. Por un momento, Callie se vio así. Como un ser peludo y torpe que titubea en el lindero del bosque.



Como un giboso convólculo que yergue su cabeza de dragón sobre la superficie helada del lago. Los ojos se le llenaron de lágrimas, las letras empezaron a nadar y tuvo que dar media vuelta y salir apresuradamente de la biblioteca.

Pero el sinónimo la perseguía. En todo el recinto de la biblioteca e incluso en las escaleras que conducían a la calle, entre los leones de piedra, el Diccionario Webster's gritaba tras ella: ¡*Monstruo!* ¡*Monstruo!* Las radiantes banderas que colgaban del tímpano proclamaban la palabra. La definición se insertó en las carteleras y en los anuncios de los autobuses que pasaban. En la Quinta Avenida aparcaba un taxi. Su padre saltó a la acera, sonriendo y saludándola con la mano. Al verlo, se le levantó el ánimo. La voz del Webster's dejó de resonar en su cabeza. Su padre no sonreiría de aquella manera a menos que el médico les hubiese dado buenas noticias. Callie rió y bajó corriendo la escalinata, a riesgo de tropezar. Cuando llegó a la acera, se sintió llena de esperanza, quizá durante cinco u ocho segundos. Pero al acercarse a Milton, aprendió algo sobre los diagnósticos médicos. Cuanto más sonreía la gente, peores noticias eran. Milton le sonreía, sudando con su traje de rayas, y una vez más el gemelo de la tragedia lanzó un destello bajo el sol.

Lo sabían. Sus padres sabían que era un monstruo. Y sin embargo allí estaba Milton, abriéndole la puerta del taxi; allí estaba Tessie, dentro, sonriendo cuando ella subió. El taxi los llevó a un restaurante y pronto estaban examinando la carta y pidiendo la comida.

Milton esperó hasta que les sirvieron la bebida. Entonces, en tono algo formal, empezó a decir:

—Como bien sabes, tu madre y yo hemos tenido una pequeña charla con el médico esta mañana. La buena noticia es que esta misma semana estarás de vuelta en casa. No vas a perder clases en el colegio. Y ahora te diré la mala noticia. ¿Estás lista para la mala, Cal?

Los ojos de Milton le decían que la mala noticia no era, ni mucho menos, tan mala.

—La mala es que tendrán que hacerte una pequeña operación. De muy poca importancia. En realidad, «operación» no es la palabra adecuada. Creo que el médico ha hablado de «procedimiento». Te van a dormir y tendrás que pasar la noche en el hospital. Eso es todo. Te dolerá un poco, pero te darán calmantes.

Con eso, Milton se quedó tranquilo. Tessie alargó el brazo y dio a su hija unas suaves palmaditas en la mano.

—Todo va a salir bien, cariño —le dijo con voz pastosa. Tenía los ojos llorosos, enrojecidos.

—¿Qué clase de operación? —preguntó Callie a su padre.

—No es más que un pequeño procedimiento estético. Como quitarte un antojo. —Extendió el brazo y le cogió a Callie la nariz entre los nudillos de los dedos—, o que

te arreglen la nariz.

Callie apartó la cabeza, enfadada.

—¡No me hagas eso!

—Lo siento —se disculpó Milton, parpadeando y aclarándose la garganta.

—¿Qué es lo que tengo? —preguntó Calíope, con voz entrecortada. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¿Qué es lo que me pasa, papá?

El rostro de Milton se ensombreció. Tragó saliva. Callie esperaba que dijera aquella palabra, que repitiera lo del Webster's, pero no lo hizo. Sólo se le quedó mirando desde el otro lado de la mesa, la cabeza baja, la mirada sombría, triste, cálida y llena de amor. Había tanto cariño en los ojos de Milton que era imposible buscar la verdad en ellos.

—Lo que tienes es una cuestión hormonal —afirmó—. Yo siempre había pensado que los hombres tenían hormonas masculinas y las mujeres, femeninas. Pero todos tenemos de las dos, según parece.

Callie siguió esperando.

—Mira, lo que te pasa es que tienes demasiadas hormonas masculinas, pero insuficientes hormonas femeninas. Así que el médico piensa ponerte una inyección de cuando en cuando para que luego todo funcione como es debido.

No pronunció la palabra. Yo no le había obligado.

—Es una cuestión hormonal —repitió Milton—. En comparación con lo que podía haber sido, no es gran cosa.

Luce tenía el convencimiento de que una paciente de mi edad era capaz de entender los elementos fundamentales de la cuestión. De manera que, aquella tarde, no se anduvo con rodeos. Con su voz suave, melodiosa y educada, mirándome directamente a los ojos, Luce declaró que yo era una chica que simplemente tenía el clítoris más largo de lo normal. Me dibujó el mismo esquema que a mis padres. Al insistirle sobre los detalles de la operación, sólo me dijo lo siguiente:

—Vamos a operarte para darte el último toque a los genitales. No están desarrollados del todo y queremos que estén completos.

Como no hizo alusión alguna al *hipospadias*<sup>[6]</sup>, empecé a albergar la esperanza de que esa palabra no fuese de aplicación en mi caso. A lo mejor yo la había sacado de contexto. El doctor Luce quizá se hubiese referido a otro paciente. El Webster's decía que era una anomalía del pene. Pero ahora, el doctor Luce afirmaba que yo tenía clítoris. Yo sabía que ambas cosas salían de la misma gónada fetal, pero eso no importaba. Si tenía clítoris —y un especialista me estaba asegurando que así era—, ¿qué podía ser sino una chica?

El ego adolescente es algo indistinto, amorfo, nebuloso. No me resultaba difícil verter mi identidad en recipientes distintos. En cierto sentido, yo era capaz de adoptar cualquier forma que me pidieran. Sólo necesitaba saber las dimensiones. Luce me las

estaba facilitando. Mis padres lo apoyaban. Además, la perspectiva de que todo se resolviera me resultaba enormemente atractiva, y mientras seguía reclinada en el diván no me pregunté dónde encajaban mis sentimientos por el Objeto. Únicamente deseaba que se acabara todo aquello. De manera que escuché a Luce en silencio y no puse objeciones.

Me explicó que las inyecciones de estrógenos me estimularían el crecimiento de los pechos.

—No serás Raquel Welch, pero tampoco Twiggy.

Me disminuiría el vello de la barba. La voz me pasaría de tenor a contralto. Pero cuando le pregunté si al fin iba a tener el periodo, el doctor Luce me habló francamente.

—No. No vas a tenerlo. Nunca. No podrás traer un hijo al mundo, Callie. Si quieres tener familia, tendrás que adoptarla.

Recibí aquella noticia con calma. Tener hijos no era algo en lo que hubiera pensado mucho a los catorce años.

Llamaron a la puerta y la recepcionista asomó la cabeza.

—Lo siento, doctor Luce. Pero ¿podría molestarlo un momento?

—Eso depende de Callie —dijo él, sonriéndome—. ¿Te importa tomarte un pequeño descanso? Volveré enseguida.

—No importa.

—Quédate aquí unos minutos y piensa si tienes más cosas que preguntarme.

Salió del despacho.

Pero al encontrarme sola no se me ocurrieron más preguntas. Me quedé donde estaba, sin pensar en nada. Tenía la mente curiosamente en blanco. Era la vacuidad de la obediencia. Con el certero instinto de los hijos, me había figurado lo que mis padres querían de mí. Deseaban que siguiera siendo lo que era. Precisamente lo que el doctor Luce prometía ahora.

De mi estado de abstracción me sacó una nube de color salmón que se desplazaba en el cielo a poca altura. Me levanté y fui a la ventana a mirar al río. Apoyé la mejilla en el cristal para mirar lo más lejos posible hacia el sur, donde se alzaban los rascacielos. Pensé que cuando fuese mayor viviría en Nueva York. «Ésta es mi ciudad», me dije. Me había echado a llorar otra vez. Intenté calmarme. Enjugándome las lágrimas, deambulé por el despacho y finalmente me encontré frente a una de las miniaturas mongolas. En el pequeño marco de ébano, dos figuras diminutas hacían el amor. Pese al esfuerzo que implicaba su actividad, sus rostros permanecían en calma. Su expresión no mostraba ni tensión ni éxtasis. Pero las caras, desde luego, no constituían el tema esencial. La geometría de los cuerpos de los amantes, la delicada caligrafía de sus miembros conducía directamente la mirada hacia el hecho de sus genitales. El vello púbico de la mujer era como un pinar con un fondo nevado en el

que el miembro del hombre sobresalía como una secuoya. Me quedé mirando. Observé cómo estaba hecha la demás gente. Y mientras miraba, no tomé partido. Entendía tanto la urgencia del hombre como el placer de la mujer. Ya no tenía la mente en blanco. Estaba asumiendo un conocimiento oscuro.

Di media vuelta. Volví la cabeza y miré al escritorio del doctor Luce. Vi un expediente abierto. Lo había dejado así en su precipitada marcha.

#### **ESTUDIO PRELIMINAR: VARÓN GENÉTICO (XY) EDUCADO EN SENTIDO FEMENINO**

El siguiente caso pone de manifiesto que no existe una correspondencia predeterminada entre la estructura genética y el aparato genital, ni entre el comportamiento masculino o femenino y la dotación cromosómica.

**SUJETOS** Calíope Stephanides

**ENTREVISTADOR:** Peter Luce, doctor en Medicina

**INTRODUCCIÓN:** la paciente tiene catorce años de edad. Ha vivido toda la vida en sentido femenino. Al nacer, presentaba el aspecto somático de un pene tan pequeño que parecía un clítoris. El cariotipo XY no se descubrió hasta que el sujeto entró en la pubertad, cuando empezó a virilizarse. Al principio, los padres de la muchacha se negaron a creer al médico que les comunicó la noticia y, posteriormente, pidieron otras dos opiniones antes de acudir a la Clínica de Identidad Sexual del Hospital de Nueva York.

A la exploración, se palparon testes no descendidos. El pene era ligeramente hipospádico, con el orificio de la uretra en la parte inferior. La muchacha siempre ha orinado sentada, como todas las niñas. Los análisis de sangre confirmaron una dotación cromosómica XY. Además, dichos análisis revelaron que el sujeto padecía del síndrome de deficiencia de 5-alfa reductasa. No se realizó laparotomía exploratoria.

En una fotografía familiar (véase historial clínico) aparece a los doce años de edad. Parece una niña animada, saludable, sin signos visibles de virilización, pese al cariotipo XY.

**PRIMERA IMPRESIÓN:** La expresión facial del sujeto, si bien un tanto severa a veces, es en general agradable y receptiva, con sonrisas frecuentes. El sujeto baja frecuentemente la vista, de una forma que expresa modestia o timidez. De movimientos y gestos femeninos, sus andares ligeramente desgarbados concuerdan con el estilo de su generación. Aunque debido a su estatura pueda pensarse a primera vista que el sujeto es de sexo indeterminado, una observación atenta conducirá a la conclusión de que efectivamente es una chica. De hecho, posee una voz suave y velada. Inclina la cabeza cuando le hablan y no pontifica ni expresa sus opiniones con esa actitud intimidante característica de los varones. Con frecuencia formula observaciones humorísticas.

**FAMILIA:** Sus padres son típicos habitantes del Medio Oeste, de la generación de la Segunda Guerra Mundial. El padre se califica de republicano. La madre es una persona agradable, inteligente y afectiva, quizá con una ligera tendencia a la neurosis. Asume la servil función de esposa, propia de las mujeres de su generación.

El padre sólo ha venido dos veces a la clínica, alegando obligaciones laborales,

pero a juzgar por esas dos entrevistas, su presencia ejerce una influencia dominante. Antiguo oficial de la Marina, es un hombre que ha alcanzado cierta posición gracias a sus propios esfuerzos.

Por otra parte, el sujeto se ha educado en la tradición ortodoxa griega, con sus papeles sexuales rígidamente definidos. En general, los padres parecen totalmente integrados y típicamente norteamericanos, pero no debe pasarse por alto la presencia de su más profunda identidad étnica.

**FUNCIÓN SEXUAL:** El sujeto declara haber tomado parte en su infancia en juegos sexuales en los cuales siempre desempeñaba un papel femenino, normalmente levantándose el vestido y permitiendo que un niño simulara el coito poniéndose encima de ella.

Experimentaba sensaciones erotosexuales placenteras colocándose bajo los chorros de agua de la piscina de un vecino. Se masturba con frecuencia desde temprana edad.

El sujeto no ha tenido novios formales, pero ello puede deberse al hecho de que asiste a un colegio femenino o a cierta sensación de vergüenza con respecto a su propio cuerpo. El sujeto es consciente de la apariencia anormal de sus genitales, y en los vestuarios y lugares comunes similares hace lo imposible para evitar que la vean desnuda. No obstante, afirma haber realizado el coito, una sola vez, con el hermano de su mejor amiga, experiencia que encontró dolorosa pero que resultó positiva desde el punto de vista de la exploración amorosa de la adolescencia.

**ENTREVISTA:** El sujeto habla con rápidos arranques, de forma clara y articulando bien las palabras, aunque jadeando de vez en cuando, debido a la ansiedad. La estructuración y las características de su discurso son femeninas si atendemos a las oscilaciones tonales y a la mirada, que fija en su interlocutor. Manifiesta interés sexual exclusivamente en los varones.

**CONCLUSIÓN:** En su discurso, modales y atuendo, el sujeto manifiesta una identidad y un papel sexual femeninos, pese a su contraria dotación cromosómica.

Esto pone de manifiesto que, antes que los determinantes genéticos, el sentido masculino o femenino de la educación es el factor más importante a la hora de determinar la identidad sexual.

Como la identidad sexual de la muchacha ya estaba firmemente establecida como mujer en el momento en que se descubrió su caso, parece correcta la decisión de practicar cirugía feminizante junto a los correspondientes tratamientos hormonales.

Si le dejáramos los genitales tal como están hoy día, la expondríamos a toda clase de humillaciones. Si bien es posible que la cirugía pueda tener como secuela una pérdida parcial o total de sensación erotosexual, el placer sexual sólo es un factor entre los muchos que constituyen una vida feliz. Poseer los atributos necesarios para casarse y pasar por una mujer normal en la sociedad, también son objetivos importantes, los cuales no serán posibles sin cirugía feminizante ni tratamiento hormonal.

Cabe esperar, asimismo, que los nuevos métodos quirúrgicos minimizarán los efectos de la disfunción erotosexual producida por la cirugía en el pasado, cuando la feminización quirúrgica estaba en sus albores.

Aquella noche, cuando mi madre y yo volvimos al hotel, Milton nos dio una sorpresa. Entradas para un musical de Broadway. Fingí entusiasmo, pero más tarde, después de cenar, me metí en la cama de mis padres alegando que estaba muy

cansada para acompañarlos.

—¿Muy cansada? —inquirió Milton—. ¿Qué es eso de que estás muy cansada?

—Está bien, cariño —terció Tessie—, no tienes por qué venir.

—Dicen que es un espectáculo muy bueno, Cal.

—¿Trabaja Ethel Merman? —pregunté.

—No, listilla —replicó Milton, sonriendo—. No trabaja Ethel Merman. Ahora no anda por Broadway. Así que vamos a ver una de Carol Channing. También es muy buena. ¿Por qué no vienes?

—No, gracias.

—Como quieras. Tú te lo pierdes.

Se prepararon para salir.

—Hasta luego, cariño —dijo mi madre.

De pronto salté de la cama y corrí hacia Tessie, abrazándola.

—¿A qué viene esto? —preguntó.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Tessie las interpretó como lágrimas de alivio al dejar atrás todo lo que habíamos pasado. En la angosta entrada que habían dejado al dividir la antigua suite, torcida, poco iluminada, nos quedamos abrazadas, llorando.

Cuando se marcharon, saqué mi maleta del armario. Entonces, viendo las flores de color turquesa, la cambié por la de mi padre, una Samsonite gris. Dejé las faldas y el suéter Fair Isle en los cajones de la cómoda. Sólo metí las prendas más oscuras, un jersey azul de cuello redondo, los polos de Lacoste y los pantalones de pana. También dejé el sujetador. De momento, me quedé con los calcetines y las bragas, y metí el neceser entero. Cuando terminé, busqué el dinero que Milton guardaba en su ropa. Encontré un fajo bastante grueso que casi llegaba a trescientos dólares.

Toda la culpa no era del doctor Luce. Yo le había mentido en muchas cosas. Su decisión se basaba en datos falsos. Pero él, a su vez, no se había portado honradamente.

En un papel, dejé una nota para mis padres:

Queridos papá y mamá:

Sé que sólo tratáis de hacer lo que es mejor para mí, pero no creo que nadie sepa con seguridad lo que es mejor. Os quiero y me niego a ser un problema, de manera que he decidido marcharme. Sé que diréis que no soy un problema, pero yo estoy segura de serlo. Si queréis saber por qué lo hago, preguntádselo al doctor Luce. ¡Que es un mentiroso! Yo no soy una chica. Soy un chico. Eso es lo que he descubierto hoy. Así que me voy a un sitio donde no me conozca nadie. Cuando se enteren en Grosse Pointe, seré la comidilla de todo el mundo.

Siento haberte cogido el dinero, papá, pero prometo devolvértelo algún

día, con intereses.

Por favor, no os preocupéis por mí. ¡Estaré PERFECTAMENTE!

Pese a su contenido, firmé esa nota a mis padres de esta manera: «Callie». Era la última vez que declaraba ser su hija.

## VEN AL OESTE, JOVEN



Una vez más, en Berlín, un Stephanides vive entre los turcos. Me siento a gusto aquí, en Schöneberg. Las tiendas turcas de Hauptstrasse se parecen a las que me llevaba mi padre. La comida es la misma, los higos secos, el *jalvá*, las hojas de parra rellenas. Las caras también son las mismas, marcadas de arrugas, de ojos oscuros, pómulos salientes. Pese a la historia de la familia, Turquía me atrae. Me gustaría trabajar en la embajada de Estambul. He presentado una solicitud para que me trasladen allí. Así completaría el círculo.

Hasta que eso ocurra, me conformo con estar aquí. Observo al empleado que hace el pan en el restaurante *döner* de debajo de mi casa. Lo hace en un horno de piedra, como los que había en Esmirna. Utiliza una pala de mango largo para remover y sacar el pan. Trabaja el día entero, catorce, dieciséis horas, con sostenida atención, dejando huellas con las sandalias en el suelo salpicado de harina. Un artista de la panadería. Stephanides, un norteamericano, hijo de griegos, admira a ese inmigrante turco en Alemania, a ese *Gastarbeiter*, por la manera en que hace el pan aquí, en Hauptstrasse, en el año 2001. Todos tenemos muchas partes, otras mitades. No sólo yo.



El timbre de la puerta de la Barbería Ed's, en la estación de autobuses de Scranton, repicó alegremente. Ed, que estaba leyendo el periódico, lo dejó para saludar al nuevo cliente.

Hubo una pausa. Luego, Ed dijo:

—¿Qué te ha pasado? ¿Has perdido una apuesta?

Ya dentro del establecimiento pero como si fuera a salir corriendo en cualquier momento, había un adolescente alto, enjuto y nervudo, una de las cosas más raras que Ed había visto en la vida. Con melena a lo hippy hasta más abajo de los hombros, llevaba un traje de color oscuro. La chaqueta le estaba ancha, y llevaba los pantalones, demasiado estrechos, muy por encima de los zapatones marrones de puntera cuadrada. Incluso desde el otro lado de la barbería, Ed percibió un olor a mohoso, a tienda de ropa usada. Pero la maleta que llevaba el muchacho, grande y gris, era la de un hombre de negocios.

—Es que me he cansado de este estilo —dijo el chico.



—Y yo también —repuso Ed.

El peluquero me señaló un sillón. Yo —el fácilmente rebautizado Cal Stephanides, adolescente fugado de casa—, dejé la maleta en el suelo y la chaqueta en el perchero. Me dirigí al sillón, procurando caminar como un chico. Como quien ha sufrido un ataque, tenía que aprender de nuevo a hacer todos los movimientos, incluso los más simples. En lo que se refería a caminar, no resultaba difícil. La época en que las chicas de Baker e Inglis llevaban libros en equilibrio sobre la cabeza había desaparecido tiempo atrás. Mis andares ligeramente desgarrados, en expresión del doctor Luce, constituían una predisposición a integrarme en el sexo desgarrado. Mi esqueleto era de hombre, con un centro de gravedad más elevado, lo que imprimía mayor propulsión al avance. Las rodillas eran lo que me daba problemas. Tenía tendencia a caminar juntando las rodillas, lo que me obligaba a balancear las caderas y mover el trasero. Ahora procuraba mantener la pelvis inmóvil. Para andar como un chico había que mover los hombros, no las caderas. Y se caminaba con los pies bastante separados. Todo eso lo aprendí en un día y medio en la carretera.

Subí al sillón, encantado de dejar de moverme. El peluquero me colocó un babero de papel en torno al cuello. Luego me puso un delantal por encima. No hacía más que mirarme, a ver si me cogía la onda, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Nunca he entendido lo que os pasa a los jóvenes con eso del pelo largo. Casi me quedo sin negocio. Aquí vienen sobre todo tíos que ya están jubilados. Los que vienen a cortarse el pelo, no tienen pelo. —Se rió entre dientes, pero sólo un poco—. Vale, así que ya empieza a llevarse algo más corto. Y me digo, estupendo, a ver si ahora puedo ganarme la vida, Pero no. Ahora todo el mundo se apunta a lo unisex. Quieren que les laven la cabeza. No querrás que te lave la cabeza, ¿verdad?

—Sólo que me corte el pelo.

Asintió, satisfecho.

—¿Cómo lo quieres?

—Corto —aventuré.

—¿Corto, corto? —preguntó.

—Corto, pero no demasiado.

—Vale. Corto, pero no demasiado. Buena idea. Es interesante ver cómo vive la otra mitad.

Me quedé helada, pensando que me había lanzado alguna indirecta. Pero sólo estaba de broma.

Ed llevaba el pelo pulcramente cortado. Se peinaba hacia atrás el poco que le quedaba. Tenía unas facciones toscas, agresivas. Sus fosas nasales, anchas y oscuras, daban vueltas a mi alrededor mientras él trabajaba, bombeando el sillón con el pie para que se elevara y afilando la navaja en el suavizador de cuero.

—¿Y tu padre te deja ir con el pelo así?

—Hasta ahora, sí.

—Así que el viejo se ha decidido por fin a enderezarte. Pues oye, no lo vas a lamentar. A las mujeres no les gusta que los tíos vayan como ellas. Por mucho que te digan, lo que quieren es un hombre hecho y derecho. ¡Qué coño!

La palabrota, las navajas de afeitar, las brochas, esos objetos me daban la bienvenida al mundo masculino. El barbero tenía puesto el partido de fútbol americano en la tele. El calendario mostraba una botella de vodka y una chica guapa con un biquini blanco de pieles. Apoyé la planta de los pies en el reposapiés, semejante a una plancha para hacer *gofres*, mientras Ed daba la vuelta una y otra vez al sillón para ponerme delante del centelleante espejo.

—Pero ¿cuánto tiempo llevas sin cortarte el pelo, hombre de Dios?

—¿Se acuerda de cuando el hombre pisó la luna?

—Sí. Debe de ser desde esa época.

Me volvió para que me viera en el espejo. Y allí la tenía por última vez, en el espejo plateado: Calíope. Aún no había desaparecido del todo. Era como un espíritu cautivo, asomándose al exterior.

El peluquero me pasó el peine por la melena. Lo fue levantando con pericia, haciendo ruiditos con las tijeras. Las hojas aún no me tocaban el pelo. Los tijeretazos eran sólo una especie de preparación mental, un ejercicio de calentamiento. Eso me daba tiempo de arrepentirme. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Qué pasaba si el doctor Luce tenía razón? ¿Y si la chica del espejo *era* realmente yo? ¿Cómo se me había ocurrido que podía cambiar de bando tan fácilmente? ¿Qué sabía yo de chicos, de hombres? Ni siquiera me gustaban mucho.

—Esto es como talar un árbol —opinó Ed—. Primero hay que podar las ramas. Luego ya puedes cortar el tronco.

Cerré los ojos. Me negué a seguir manteniendo por más tiempo la mirada de Calíope. Me aferré a los brazos del sillón y esperé a que el peluquero hiciera su trabajo. Pero entonces las tijeras resonaron contra la repisa del espejo. Con un zumbido, la maquinilla se puso en marcha. Empezó a dar vueltas en torno a mi cráneo como un enjambre de abejas. Ed me pasó de nuevo el peine, levantándome mechones, y oí que el zumbido se precipitaba en picado sobre mi cabeza.

—Allá vamos —anunció.

Seguí con los ojos cerrados. Pero sabía que ya no había vuelta atrás. La maquinilla me rastrilló el cráneo. Me mantuve firme. Mechones de pelo caían al suelo.

—Tendría que cobrarte de más —aventuró Ed.

Entonces abrí los ojos, alarmado por lo que fuera a cobrarme.

—¿Cuánto es?

—No te preocupes. Te cobraré lo mismo. Es mi obra patriótica de hoy.

Contribuiré a que la democracia siga viva en el mundo.

Mis abuelos huyeron de su tierra a causa de una guerra. Ahora, cincuenta y dos años más tarde, yo también huía. Pensaba que me estaba salvando tan definitivamente como ellos. Me estaba fugando sin mucho dinero en el bolsillo y disfrazado con mi nueva identidad sexual. No surcaba el océano en un buque; en cambio, una serie de vehículos me trasladarían de un extremo a otro del continente. Yo también me estaba convirtiendo en otra persona, como Lefty y Desdémona, y no sabía lo que iba a pasarme en aquel mundo nuevo al que había llegado.

También tenía miedo. Nunca había ido sola a ningún sitio. No sabía cómo funcionaba el mundo ni cuánto costaban las cosas. Desde el Hotel Lochmoor había ido en taxi hasta la estación de autobuses porque no sabía el camino. En Port Authority deambulé frente a las tiendas de corbatas y los puestos de comida en busca de las ventanillas de los billetes. Cuando las encontré, saqué uno para un autobús nocturno con destino a Chicago, y pagué la tarifa hasta Scranton, en Pensilvania, que era todo lo que podía gastarme según mis cálculos. Los vagabundos y drogatas que ocupaban los bancos me miraban de arriba abajo, a veces chasqueando los labios o diciendo algo por lo bajo. Me asustaron. Casi abandoné la idea de fugarme. Si me daba prisa, podría llegar al hotel antes de que Milton y Tessie volvieran de ver a Carol Channing. Me senté en la sala de espera, examinando esa posibilidad, con el borde de la Samsonite apretado entre las rodillas como si en cualquier momento alguien fuera a arrebatármela por la fuerza. Representé escenas en mi imaginación en las que, tras declarar mi intención de vivir como un chico, mis padres, protestando al principio pero luego ablandándose, me aceptaban. Pasó un guardia. Cuando desapareció, fui a sentarme junto a una mujer de mediana edad, esperando que me tomaran por su hija. Una voz anunció por el altavoz el embarque en mi autobús. Eché una mirada a los demás pasajeros, a los pobres que viajaban de noche. Había un vaquero entrado en años que llevaba un saco marinero y una estatuilla de Louis Armstrong de recuerdo; dos curas católicos de Sri Lanka; no menos de tres madres con bastante sobrepeso cargadas de niños y mantas, y un hombrecillo que resultó ser un jockey, lleno de arrugas y con los dientes manchados de nicotina. Hicieron cola para subir al autobús mientras la escena que se desarrollaba en mi cabeza empezó a adquirir un giro propio, desobedeciendo mis instrucciones escénicas. Ahora Milton negaba con la cabeza y el doctor Luce se ponía una mascarilla quirúrgica, mientras mis compañeras de Grosse Pointe me señalaban con el dedo y se reían, el rostro iluminado de malicioso regocijo.

En un trance de terror, aturdida pero temblando, subí al autobús en penumbra. Buscando protección, me senté junto a una señora de mediana edad. Los demás pasajeros, habituados a aquellos viajes nocturnos, ya estaban sacando termos y desenvolviendo bocadillos. De los asientos traseros venía un olor a pollo frito. De

pronto vi que tenía mucha hambre. Deseé estar de vuelta en el hotel, llamando al servicio de habitaciones. Tenía que conseguir ropa nueva enseguida. Necesitaba parecer mayor, que se me quitara el aspecto de presa fácil. Tenía que empezar a vestirme de chico. El autobús salió de Port Authority y, mientras se dirigía a las afueras de la ciudad por el largo y vertiginoso túnel de amarillentas luces que conduce a Nueva Jersey, me daba perfecta cuenta de lo que estaba haciendo. Pero era incapaz de detenerme. Bajo tierra, con el asqueroso fondo del río sobre la cabeza y los peces nadando en las negras aguas al otro lado de los curvos azulejos, iba paralizada de terror.

En Scranton, no lejos de la estación de autobuses, vi una tienda del Ejército de Salvación y entré a comprarme un traje. Pretendí que era para mi hermano, aunque nadie me hizo preguntas. Las tallas masculinas me dejaban perpleja. Me ponía discretamente las chaquetas por encima para ver si me quedaban bien. Finalmente encontré un traje más o menos a mi medida. Tenía un aspecto resistente y parecía servir para cualquier estación. En el forro, la etiqueta decía: «Moda masculina Durenmatt's, Pittsburg». Me quité mi Papagallo.

Miré a ver si me observaba alguien y me probé la chaqueta. No sentí lo que debía de haber sentido un chico. No era como ponerse la chaqueta de papá y sentirse todo un hombre. Sino como tener frío y hacer que el chico con quien salías te diera la chaqueta. Al ponérmela sobre los hombros, me produjo una sensación cálida, de comodidad, pero también de venirme grande, de ser algo ajeno a mi persona. (¿Y con quién salía yo en este caso? ¿Con el capitán del equipo de rugby? No. Mi novio formal era un veterano de la Segunda Guerra Mundial, muerto de una dolencia cardíaca. Un miembro de la Logia del Alce mudado a Texas).

El traje sólo era una parte de mi nueva identidad. Ahora, en la barbería, Ed me pasaba la escobilla por el cuello. Las cerdas soltaban una profusión de polvos de talco, de modo que cerré los ojos. Sentí que me daba otra vuelta en el sillón.

—Bueno, pues ya está —dijo el peluquero.

Abrí los ojos. Y en el espejo no estaba yo. Había desaparecido la Mona Lisa de sonrisa enigmática. Ya no era la chica tímida con el enredado pelo negro sobre la cara, sino su falso hermano gemelo. Sin la cortina del pelo, los últimos cambios sobrevenidos en mi rostro eran aún más evidentes. Tenía la mandíbula más ancha y cuadrada, el cuello más grueso, con una nuez prominente en el centro. Pero en su fuero interno, aquel muchacho seguía sintiendo como una chica. Cortarse el pelo después de una ruptura era una reacción femenina. Una forma de empezar de nuevo, de renunciar a la vanidad, de despreciar el amor. Era consciente de que nunca volvería a ver al Objeto. Pese a problemas mayores, a preocupaciones más acuciantes, fue congoja lo que se apoderó de mí al verme en el espejo. Pensé: Se acabó. Al cortarme el pelo, me castigaba a mí misma por querer tanto a alguien.

Había que ser más fuerte.

Cuando salí de la Barbería Ed's, era otra persona. La gente que pasaba por la estación de autobuses, en la medida en que llegaban a fijarse en mí, me tomaban por un estudiante de alguna pensión cercana. Un joven a punto de entrar en la universidad, con un toque bohemio, a juzgar por el traje de hombre mayor, y sin duda lector de Camus o Kerouac. El traje de Durenmatts tenía cierto aire *beatnik*. Los pantalones brillaban como si fueran de raso. Debido a mi estatura, podía pasar por mayor de lo que era, diecisiete años, dieciocho quizá. Bajo la chaqueta llevaba un jersey de cuello redondo y, debajo, un polo, dos capas protectoras de dinero paterno junto a la piel, y los mocasines de ante en los pies. Si alguien se fijaba en mí, pensaría que estaba jugando a disfrazarme de algo, como suelen hacer los adolescentes.

Dentro de aquella ropa, el corazón me latía como loco, de puro miedo. No sabía qué hacer. De pronto tenía que preocuparme de cosas a las que nunca había prestado atención. De horarios y tarifas de autobús, de administrar el dinero, de *preocuparme* por el dinero, de estudiar un menú buscando el plato que costara menos y me llenara más, que aquel día en Scranton, resultó ser judías con carne a la mexicana. Me comí un tazón, mojando en la salsa múltiples paquetes de galletas saladas, mientras echaba un vistazo al itinerario de los autobuses. Estando en otoño, lo mejor era dirigirse al sur o al oeste para pasar el invierno, y como no quería ir al sur, decidí marcharme al oeste. A California. ¿Por qué no? Miré a ver cuánto costaba el billete. Tal como temía, era demasiado.

Había estado lloviznando toda la mañana, de manera intermitente, pero ya se estaban disolviendo las nubes. Más allá de la desesperante casa de comidas, al otro lado de las ventanas salpicadas de lluvia y al final del camino de acceso bordeado de sucio césped, corría la Interestatal. Sin tanta hambre pero aún presa de la soledad y el miedo, me quedé viendo cómo pasaban los coches a toda velocidad. Se acercó la camarera y me preguntó si quería café. Aunque nunca lo había probado, le dije que sí. En cuanto me lo sirvió, lo adulteré con dos paquetitos de leche concentrada y cuatro de azúcar. Cuando adquirió un gusto a helado de café, me lo bebí.

De la estación salían autobuses continuamente, dejando un rastro de gases. Por la autopista, los vehículos pasaban zumbando. Tenía ganas de darme una ducha. De acostarme entre sábanas limpias. Podía hacerlo en la habitación de un motel por nueve dólares y noventa y cinco centavos, pero antes quería estar más lejos. Había estado mucho tiempo sentada a aquella mesa. Pero no sabía claramente qué hacer. Al final, se me ocurrió una idea. Pagué la cuenta y salí de la estación de autobuses. Crucé el camino de acceso y bajé la cuesta hasta la autopista. Dejé la maleta en el arcén y, volviéndome hacia los coches que venían, alcé tímidamente el pulgar.

Mis padres siempre me habían prevenido contra el autoestop. A veces Milton hacía referencia a ciertos artículos de prensa que detallaban el horripilante final de

colegialas que habían cometido ese error. No me atreví a levantar mucho el pulgar. En realidad estaba medio en contra de la idea. Los coches pasaban como una bala. Nadie se paraba. Mi tímido pulgar temblaba.

Me había equivocado con Luce. Yo contaba con que, después de hablar conmigo, decidiría que era normal y me dejaría en paz. Pero empezaba a entender algo de la normalidad. La normalidad no era normal. No podía serlo. Si la normalidad fuese normal, nadie se preocuparía de ella. El mundo podía quedarse tranquilo y dejar que la normalidad se manifestase por sí misma. Pero la gente tenía dudas sobre la normalidad, y sobre todo los médicos, que no estaban seguros de que se manifestara como era debido. De modo que se sentían inclinados a corregirla.

En cuanto a mis padres, no los culpaba de nada. Sólo intentaban salvarme de la humillación, de la falta de amor, incluso de la muerte. Después me enteré de que el doctor Luce había insistido en el riesgo que corría al no someterme a tratamiento médico. El «tejido gonadal», tal como denominaba a mis testes no descendidos, podía hacerse canceroso con el correr de los años. (Pero ya he cumplido cuarenta y dos años, y hasta ahora no ha pasado nada).

Por la curva apareció un camión con remolque, lanzando una negra humareda por el tubo de escape vertical. Por el parabrisas de la roja cabina se veía la cabeza del conductor, que parecía la de un muñeco movido por un resorte. Se volvió en mi dirección y, cuando el enorme vehículo pasaba de largo con un estrépito infernal, pisó los frenos. Las ruedas traseras soltaron un poco de humo, chirriaron y, veinte metros más adelante, el camión se quedó parado, esperándome.

Cogí la maleta y, con frenético entusiasmo, eché a correr hacia el camión. Pero al llegar a su altura me detuve. La puerta estaba muy alta. El monstruoso vehículo retumbaba, se estremecía. Desde donde yo estaba no se veía al conductor, y la indecisión me paralizó. Entonces, por la ventanilla apareció de pronto la cabeza del camionero, sobresaltándome. Abrió la puerta.

—¿Subes o qué?

—Subo —contesté.

En la cabina no reinaba la limpieza. Ya llevaba un tiempo de viaje y por todas partes había botellas y envoltorios de comida.

—Tu trabajo consiste en mantenerme despierto —anunció el camionero.

Como no le respondí enseguida, me miró. Tenía los ojos enrojecidos, del mismo tono que el bigote a lo Fu Man Chu y las largas patillas.

—Sólo tienes que hablar sin parar.

—¿De qué quiere que hable?

—¡Cómo coño quieres que lo sepa! —gritó, encolerizado. Pero entonces, con la misma brusquedad, añadió—: ¡De indios! ¿Sabes algo de los indios?

—¿De los indios americanos?

—Sí. Cojo a muchos cabrones de éstos cuando voy al Oeste. Esos hijoputas están como cabras. Están llenos de teorías y mierda de todas clases.

—¿Como qué?

—Pues algunos dicen que no vinieron por el puente terrestre de Bering. ¿Sabes dónde está el puente de Bering? Allá arriba, en Alaska. Ahora se llama estrecho de Bering. Es agua. Una pequeña extensión de agua entre Alaska y Rusia. Pero en la antigüedad era un paso de tierra firme, y por ahí fue por donde entraron los indios. Que venían de China o Mongolia. En realidad, los indios proceden de Oriente.

—No lo sabía —confesé.

Ya se me había pasado un poco el susto. Al parecer, el camionero me tomaba por lo que aparentaba ser.

—Pero algunos indios de esos que cojo afirman que su pueblo no vino por el paso. Dicen que proceden de una isla desaparecida, como la Atlántida.

—No me diga.

—¿Y sabes qué más dicen?

—¿Qué?

—Dicen que los indios fueron quienes redactaron la *Constitución...* ¡La *Constitución* de los Estados Unidos!

Resultó que fue él quien llevó la conversación. Yo intervine muy poco. Pero mi presencia era suficiente para mantenerlo despierto. De los indios pasó a los meteoritos; había uno en Montana que los indios consideraban sagrado, y pronto empezó a contarme las visiones celestes con las que se había encontrado en su vida de camionero: estrellas fugaces, cometas y rayos verdes.

—¿Has visto alguna vez un rayo verde? —me preguntó.

—No.

—Dicen que un rayo verde no se puede fotografiar, pero yo lo hice. Siempre llevo una cámara en la cabina por si me encuentro con una de esas gilipolleces alucinantes. Y una vez vi un rayo verde, cogí la cámara y le hice una foto. La tengo en casa.

—¿Qué es un rayo verde?

—Es el color que irradia el sol al salir y al ponerse. Sólo dura dos segundos. Se ve mejor en las montañas.

Me llevó hasta Ohio y me dejó enfrente de un motel. Le di las gracias por el viaje y llevé la maleta a la recepción. Ahí me vino bien el traje. Además de la maleta cara. Ya no parecía que me hubiera fugado de casa. El empleado del motel quizá tuviera dudas sobre mi edad, pero deposité inmediatamente el dinero en el mostrador y enseguida me dio la llave.

Después de Ohio, vino Indiana, Illinois, Iowa y Nebraska. Fui en coches familiares, deportivos, alquilados. Nunca me paraban mujeres solas; únicamente hombres, solos o acompañados por mujeres. Me paró una pareja de turistas holandeses, que se

quejaron de la insipidez de la cerveza americana, y a veces me cogían parejas que se peleaban, hartos el uno del otro. En todos los casos me tomaban por el muchacho en que me estaba convirtiendo, de manera más concluyente a cada momento. No andaba por allí Sophie Sassoon para depilarme con cera, así que se me empezó a perfilar el bigote, una especie de mancha sobre el labio superior. Mi voz se iba haciendo cada vez más grave. Con cada bache de la carretera, la nuez se me bajaba un poco más en la garganta.

Si me preguntaban, decía que iba a California a cursar el primer año de carrera en la universidad. No sabía mucho del mundo, pero sí de universidades, o al menos de los estudios, así que afirmaba que iba a Stanford a vivir en un colegio mayor. A decir verdad, los conductores no recelaban mucho. Les importaba un pito lo que fuese. Tenían sus propios problemas. Estaban aburridos, o se sentían solos y querían hablar con alguien.

Como un converso religioso, al principio exageraba un poco. Cerca de Gay, en Indiana, adopté un aire arrogante. Rara vez sonreía. Al pasar Illinois, imité a Clint Eastwood entrecerrando los ojos. Todo era un farol, pero así eran las cosas en el mundo masculino. Todos íbamos por ahí mirándonos con los ojos entornados. Mis andares de fanfarrón no eran diferentes de los que adoptan montones de adolescentes tratando de ser varoniles. Por eso resultaba convincente mi actitud. Su misma falsedad la hacía creíble. De cuando en cuando me salía del personaje. Notando que se me había pegado algo en el zapato, levantaba la pierna y volvía la cabeza para mirarme el talón y ver lo que era. Para dar el cambio justo, cogía las monedas de la palma de la mano en vez de sacármelas del bolsillo del pantalón. Esos fallos me daban pánico, pero innecesariamente. Nadie se daba cuenta. Me ayudaba ese hecho: la gente no se fija mucho.

Sería falso afirmar que entendía todo lo que sentía. Eso es imposible a los catorce años. El instinto de conservación me decía que corriera, y estaba corriendo. El terror me perseguía. Echaba de menos a mis padres. Me sentía culpable por darles preocupaciones. El informe del doctor Luce me obsesionaba. Por la noche, en diversos moteles, me dormía cansada de llorar. El hecho de fugarme no hacía que me sintiera menos monstruo. Frente a mí sólo veía humillación y rechazo, y lloraba por la vida que me esperaba.

Pero cuando me levantaba por la mañana me sentía mejor. Dejaba la habitación del motel y salía a respirar el aire del mundo. Era joven y, pese al miedo, me dominaban las sensaciones físicas; imposible mantener una visión sombría de las cosas durante mucho tiempo. En cierto modo era capaz de olvidar mis tribulaciones durante largos periodos. Comía donuts para desayunar. Seguía bebiendo café con leche, muy dulce. Para levantar el ánimo hacía cosas que mis padres no me permitían hacer, pedía dos y a veces tres postres y nunca comía ensalada. Era libre de dejar que



se me pudrieran los dientes o de apoyar las piernas en lo alto del respaldo de las sillas. A veces, mientras hacía autoestop, veía a otros adolescentes fugados. Se congregaban bajo pasos elevados o en conductos de desagüe, fumando, la capucha de la sudadera cubriéndoles la cabeza. Eran más duros que yo, más hábiles en vivir de la gente. No me acercaba a aquellas pandillas. Procedían de familias rotas, habían abusado físicamente de ellos y ahora hacían lo mismo con otros. Yo no me parecía en nada a ellos. Había llevado a la carretera el espíritu de movilidad social ascendente de mi familia. No me uní a cuadrilla alguna; en cambio, proseguí mi camino en solitario.

Y ahora, en medio de la llanura, aparece la casa rodante de Myron y Sylvia Bresnick, de Pelham, Nueva York. Como un carromato de los tiempos modernos, surge de las ondulantes praderas y se detiene. Se abre una puerta, la puerta de una casa, y en el umbral hay una mujer vivaracha de unos setenta años.

—Creo que tenemos sitio para ti —anuncia.

Un momento antes, me encontraba en la Route 80, en el Iowa occidental, pero ahora, cuando subo la maleta a esta nave de la pradera, me encuentro en el cuarto de estar de los Bresnick. De las paredes cuelgan fotografías enmarcadas de sus hijos, junto a grabados de Chagall. La biografía de Winston Churchill que Myron lee por la noche en las acampadas está sobre la mesita.

Myron es un vendedor de piezas de repuesto, ya jubilado, y Sylvia trabajaba de asistente social. De perfil se parece a un pícaro Polichinela, las mejillas expresivas, con colorete, y la nariz alargada para mayor comicidad. Myron mueve la boca en torno al puro, hediondo e íntimo, empapado de sus propias secreciones.

Mientras Myron conduce, Sylvia me enseña las camas, la ducha, el cuarto de estar. ¿A qué universidad voy a ir? ¿Qué es lo que quiero ser? Me acribilla a preguntas.

Myron vuelve la cabeza del volante y brama:

—¡Stanford! ¡Buena universidad!

Y justo entonces, es cuando me pasa eso. En cierto momento, yendo por la Route 80, algo hace clic en mi cabeza y de pronto siento que le estoy cogiendo el tranquilo a ser chico. Myron y Sylvia me tratan como a un hijo. Y bajo el influjo de la ilusión colectiva, en eso me convierto, al menos durante cierto tiempo. Me identifico con lo masculino.

Pero algo de hija debe de quedar en mí también. Porque Sylvia me lleva aparte enseguida para quejarse de su marido.

—Sé que todo esto de las caravanas es muy hortera. Tendrías que ver la gente con la que nos encontramos en esos campamentos. Lo llaman «espíritu de la caravana». Sí, son muy agradables..., pero qué aburridos. Echo de menos ir a actos culturales. Myron dice que se ha pasado la vida viajando por el país, pero que ha estado demasiado ocupado para verlo. Así que lo está haciendo otra vez..., despacio. ¿Y

adivinas a quién arrastra consigo?

—Oye, corazón —llama Myron— ¿podrías traer un té frío a tu maridito, por favor? Está que se muere de sed.

Me dejaron en Nebraska. Conté el dinero y vi que me quedaban doscientos treinta dólares. Encontré habitación en una especie de pensión barata y me quedé a dormir. Tenía demasiado miedo para hacer autoestop de noche.

En la carretera había tiempo para hacer pequeñas adaptaciones. Muchos de los calcetines que tenía no eran del color adecuado: rosas, blancos o cubiertos de ballenas. Y mi ropa interior no era apropiada. En un Woolworth's de Nebraska City compré un paquete de tres calzoncillos. Cuando era chica, llevaba talla grande; de chico, la mediana. Recorrí con el carrito la sección de perfumería. En vez de filas y filas de productos de belleza sólo había un estante con los imprescindibles artículos de tocador. La explosión de los cosméticos masculinos no se había producido aún. Nada de ungüentos blandos con nombres duros. Nada de Reparador Cutáneo Reforzado. Gel de Afeitado Antiescozor. Cogí desodorante, maquinillas desechables y crema de afeitar. Me atraían los frascos de colonia con sus vivos colores, pero mi experiencia con las lociones para después del afeitado no era favorable. La colonia me hacía pensar en foniatras, en *maîtres d'hôtel*, en viejos y en molestos abrazos. También cogí una billetera de hombre; luego vacié mi monedero y lo tiré. Al pagar, no pude mirar a la cajera a la cara: me daba tanta vergüenza como si estuviera comprando condones. No era mucho mayor que yo, con cabello rubio, como un plumero. Ese peinado del interior.

En los restaurantes empecé a ir a los servicios de caballeros. Ésa fue quizá la adaptación más difícil. Me escandalizaba la porquería de los baños masculinos, la fetidez, los gruñidos de cerdo, los resoplidos que salían de los cubículos. Eternos charcos de orines en el suelo. Trozos de papel higiénico sucio pegado a la taza de los váteres. Al entrar en un cubículo, con frecuencia te daba la bienvenida una emergencia de fontanería, una marea marrón, una sopa de ranas muertas. ¡Y pensar que el retrete había sido un paraíso para mí en otro tiempo! Eso se había acabado para siempre. Enseguida comprendí que, a diferencia de los de señoras, los servicios de caballeros no proporcionaban solaz alguno. Muchas veces ni siquiera había espejo, ni jabón para lavarse las manos. Y mientras los hombres encerrados, flatulentos, no mostraban ningún pudor, en los urinarios en cambio parecían nerviosos. Miraban de frente, como caballerías con orejeras.

En aquella época comprendí lo que estaba dejando atrás: la solidaridad de una biología compartida. Las mujeres saben lo que significa tener un cuerpo. Entienden sus dificultades y flaquezas, su esplendor y sus placeres. Los hombres piensan que sus cuerpos son sólo suyos. Los cuidan en privado, y hasta en público.

Un comentario sobre penes. ¿Cuál era la posición oficial de Cal con respecto a los

penes? Estando entre ellos y rodeado de ellos, sus sentimientos eran los mismos que cuando era chica: fascinación y horror en la misma medida. Los penes nunca me habían hecho efecto. Mis amigas y yo teníamos una opinión cómica de ellos. Ocultábamos nuestro interés culpable con risitas o repugnancia fingida. Como toda colegiala en viaje de estudios, yo me había ruborizado frente a los monumentos romanos. Había mirado a escondidas cuando las profesoras estaban de espaldas. Es nuestra primera clase de historia del arte de la infancia, ¿no es verdad? Los desnudos están vestidos. Como tenía seis años más que yo, mi hermano nunca se había metido en la bañera conmigo. Lo que yo había visto de sus genitales a lo largo de los años se reducía a miradas fugaces. Yo desviaba la cabeza con estudiada indiferencia. Incluso Jerome me había penetrado sin que yo viera lo que pasaba. Algo oculto durante tanto tiempo no podía dejar de intrigarme. Pero los atisbos que procuraban los servicios de caballeros eran, en general, decepcionantes. El orgulloso falo no se mostraba en parte alguna, sólo era morral vacío, tubérculo seco, caracol que perdió su concha.

Y que me pillaran mirando me daba un terror mortal. Pese al traje, el corte de pelo y la estatura, cada vez que entraba en un servicio de caballeros resonaba un grito en mi cabeza: «¡Estás en los servicios de hombres!». Pero allí era donde yo tenía que estar. Nadie me decía nada. Nadie ponía objeciones a mi presencia. Y buscaba un cubículo que estuviera medianamente limpio. Tenía que sentarme a orinar. Y sigo haciéndolo.

Por la noche, sobre las micóticas alfombras de los moteles, hacía ejercicios, flexiones y abdominales. Sin más ropa que los calzoncillos, examinaba mi físico en el espejo. No hacía mucho que me inquietaba mi falta de desarrollo. Esa preocupación ya había desaparecido. No tenía que ajustarme a esos criterios. Suprimidas las imposibles exigencias, sentía un enorme alivio. Pero también había momentos de desconexión, cuando estudiaba mi cuerpo cambiante. A veces no parecía mío. Era duro, blanco, huesudo. Bonito a su modo, supongo, pero espartano, Nada receptivo ni acomodaticio. Contenido a presión, más bien.

Fue en aquellas habitaciones de motel donde conocí mi nuevo cuerpo, sus instrucciones y contraindicaciones específicas. El Objeto y yo habíamos trabajado a oscuras. Ella nunca había explorado mucho mi aparato. La clínica había medicalizado mis genitales. En el período que la frecuenté, estaban entumecidos o un tanto sensibles por los continuos reconocimientos. El cuerpo se me había contraído para superar mejor la dura prueba. Pero el viaje lo despertó. A solas, con la puerta cerrada y la cadena echada, experimenté conmigo mismo. Me puse almohadas entre las piernas. Me tumbé sobre ellas. Prestando atención a medias, al tiempo que veía el programa de Johnny Carson, mi mano exploraba. La angustia que siempre había sentido acerca de mis hechuras, me había impedido las exploraciones propias de la adolescencia. De manera que sólo ahora, perdido en el mundo y lejos de todos los que

conocía, tenía el coraje de hacerlo. No puedo pasar por alto la importancia de este aspecto. Si había tenido dudas sobre mi decisión, si a veces pensaba en dar marcha atrás, en volver corriendo a mis padres y a la clínica y rendirme, lo que lo impedía era el éxtasis íntimo que me afloraba entre las piernas. Era consciente de que me quitarían eso. No quiero exagerar la importancia de lo sexual. Pero para mí era una energía poderosa, especialmente a los catorce años, con los nervios siempre crispados, dispuesto a lanzarme a una sinfonía a la menor provocación. Así fue como Cal se descubrió a sí mismo, en una culminación voluptuosa, líquida, estéril, *couchant* sobre dos o tres almohadas aplastadas, con las cortinas corridas frente a la piscina seca y a los coches que pasaban, interminablemente, durante toda la noche.

A las afueras de Nebraska City se paró un Nova metalizado tipo ranchera. Lo alcancé corriendo con la maleta y abrí la puerta del pasajero. Al volante iba un hombre atractivo de unos treinta años. Llevaba una chaqueta de tweed de color beige y un jersey amarillo de pico. Iba con el cuello de la camisa de cuadros sin abrochar, pero se veía que lo llevaba almidonado. La formalidad de su atuendo contrastaba con su actitud despreocupada.

—Hola, tú —dijo, con acento de Brooklyn.

—Gracias por parar.

Encendió un cigarrillo y se presentó como es debido, tendiéndome la mano.

—Ben Scheer.

—Yo me llamo Cal.

No me hizo las habituales preguntas sobre mis puntos de origen y destino. En cambio, cuando arrancó, me preguntó:

—¿Dónde has conseguido ese traje?

—En el Ejército de Salvación.

—Muy bonito.

—¿En serio? —dije. Y luego reconsideré—: Está de broma.

—No, lo digo en serio. Es agradable ver que alguien lleva un traje de muerto.

Resulta muy existencial.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Lo de existencial.

Me miró de frente.

—Un existencialista es alguien que vive el momento.

Nadie me había hablado así antes. Me gustaba. Mientras cruzábamos el paisaje amarillento, Scheer me contó otras cosas interesantes. Me habló de Ionesco y del «teatro del absurdo». También de Andy Warhol y de la Velvet Underground. Es difícil expresar la emoción que aquellas frases despertaban en un muchacho como yo, que culturalmente procedía del quinto pino. Las Pulseras de Dijes pretendían que eran del

Este, y supongo que a mí también me entró ese gusanillo.

—¿Ha vivido usted en Nueva York?

—En cierta época, sí.

—Yo vengo ahora de allí. Algún día me iré a vivir a esa ciudad.

—Yo he vivido diez años en Nueva York.

—¿Por qué se marchó?

De nuevo la mirada directa.

—Al despertarme una mañana comprendí que si no me marchaba estaría muerto al cabo de un año.

Aquello, también, me pareció maravilloso.

Scheer tenía unas facciones regulares, con un aire asiático en los ojos grises. Llevaba el pelo crespo y castaño escrupulosamente cepillado, con una raya hecha a conciencia. Al cabo de un rato observé otros detalles de su atuendo, los gemelos con monograma, los mocasines italianos. Me cayó bien inmediatamente. Scheer era la clase de hombre que, según pensaba, me habría gustado ser.

De pronto, de la parte trasera del coche, surgió un suspiro de cansancio magnífico y desolador.

—¿Cómo vas, Franklin?

Al oír su nombre, Franklin alzó su inquieta y regia cabeza de las profundidades del coche, y vi las manchas blancas y negras de un setter inglés. Viejo, legañoso, me echó una mirada de reojo y se dejó caer, perdiéndose de vista otra vez.

Entretanto, Sheer estaba saliendo de la autopista. Hasta entonces había conducido de forma despreocupada, pero ahora acometió la maniobra como una operación militar, aferrando el volante con mano firme. Paró en el aparcamiento de un pequeño supermercado.

—Vuelvo enseguida.

Llevando un cigarrillo a la altura de la cadera como si fuera una fusta, se dirigió a la tienda con pasos cortos. Mientras estaba fuera, eché una mirada al coche. Estaba inmaculadamente limpio, con la aspiradora recién pasada por las alfombrillas. La guantera contenía mapas bien doblados y cintas de Mabel Mercer. Scheer volvió a aparecer con dos bolsas llenas.

—Creo que no nos faltará bebida para el viaje —dijo.

Había comprado un cartón de doce latas de cerveza, dos botellas de Blue Nun y un Lancers rosado en una botella de falsa cerámica. Lo dejó todo en el asiento de atrás.

Aquello de beber Liebfraumlilch barata en vasos de plástico diciendo que eran cócteles y cortar trozos de queso Cheddar con una navaja suiza también formaba parte del refinamiento. Scheer había compuesto un apetitoso plato de entremeses con escasos elementos. También teníamos aceitunas. Salimos de aquella tierra de nadie,

mientras Scheer me indicaba que abriera el vino y le fuera pasando cosas de comer. Me había convertido en su botones. Después de ponerme la cinta de Mabel Mercer me ilustró sobre su meticuloso fraseo.

De pronto alzó la voz.

—La poli. Que no te vea el vaso.

Escondí rápidamente el brazo con mi Blue Nun mientras seguimos adelante, tan frescos, y el coche patrulla nos pasaba por la izquierda.

Ahora Scheer imitaba la voz de un policía.

—Conozco a un señoritingo de ciudad en cuanto le echo el ojo encima, y esos dos de ahí tienen toda la pinta. A saber lo que se traen entre manos.

A todo eso yo respondía con carcajadas, contento de haberme confabulado contra aquel mundo de hipócritas y cancerberos.

Cuando empezó a oscurecer, Scheer se decidió por un restaurante especializado en carnes. Yo me inquieté por si resultaba demasiado caro, pero él me dijo:

—Yo invito esta noche.

Era un local ajetreado, popular, y sólo había libre una mesa pequeña cerca de la barra.

Scheer dijo a la camarera:

—Yo tomaré un martini con vodka, muy seco, con dos aceitunas, y una cerveza para mi hijo.

La camarera me miró.

—¿Tienes carné de identidad?

—Aquí no —contesté.

—Entonces, no te la puedo servir.

—Yo lo vi nacer. Respondo por él —afirmó Scheer.

—Lo siento, sin carné no hay alcohol.

—Bueno, vale —dijo Scheer—. He cambiado de idea. Tomaré un martini con vodka, muy seco, con dos aceitunas y una cerveza para acompañar.

Apretando los labios, la camarera advirtió:

—Si va a dejar que su amigo se beba la cerveza, no le serviré a usted.

—Las dos cosas son para mí —aseguró Scheer.

Habló con voz más grave, abriendo un poco el tono, inyectándole cierta autoridad del Este o de universidad prestigiosa cuya influencia se dejaba sentir incluso allí, en un restaurante de las llanuras. La camarera, de mala gana, obedeció.

Cuando se marchó, Scheer se inclinó hacia mí. Volvió a poner voz de paleta.

—Esa tía no tiene nada malo que no se pueda arreglar con un buen polvo en el pajar. Y ese trabajito es para un buen macho como tú. —No parecía borracho, pero aquella crudeza era nueva; alzaba demasiado la voz y sus movimientos eran menos precisos—. Sí, creo que le gustas. Mayella y tú podríais ser felices juntos.

A mí también me empezaba a afectar bastante el vino, tenía la cabeza como esas esferas de espejos que despiden lucecitas.

La camarera trajo las bebidas, poniéndolas deliberadamente frente a Scheer. En cuanto se dio la vuelta, Scheer me acercó la cerveza y dijo:

—Ahí tienes.

—Gracias.

Me bebí la cerveza a grandes tragos, pasándola al otro lado de la mesa cuando la camarera pasaba cerca. Era divertido andar bebiendo a escondidas.

Pero no pasé inadvertido. Un hombre me observaba desde la barra. Con gafas de sol y camisa hawaiana, ostentaba cierto aire de desaprobación. Pero luego su expresión cambió y una gran sonrisa de conocedor se dibujó en su rostro. La sonrisa me puso incómodo y miré a otra parte.

Cuando salimos, el cielo estaba completamente oscuro. Antes de marcharnos, Scheer abrió la puerta trasera del Nova para sacar a Franklin. El viejo perro ya no podía andar, y Scheer tuvo que cogerlo en brazos para bajarlo del coche.

—Vamos, Franks —dijo Scheer, con áspero afecto.

Con un cigarrillo encendido en los labios, moviéndose con un aire aristocrático semejante al del mismísimo Franklin Roosevelt, con sus mocasines Gucci y su chaqueta beige de dos aberturas, las fuertes piernas de jugador de polo aguantando el peso, llevó en brazos al viejo animal hasta los cercanos matorrales.

Antes de volver a la autopista, paró en otra tienda a comprar más cerveza.

Seguimos viajando una hora o así. Scheer ingirió muchas cervezas; yo bebí despacio una o dos. No estaba sobrio en absoluto y tenía sueño. Me apoyé en la puerta, mirando medio adormilado por la ventanilla. Un largo coche blanco se puso a nuestra altura. El conductor me miró, sonriendo, pero yo ya estaba quedándome dormido.

Algún tiempo después, Scheer me despertó zarandeándome.

—Estoy destrozado, no puedo seguir conduciendo. Voy a parar.

No dije nada.

—Voy a buscar un motel. Cogeré una habitación para ti también. De mi cuenta.

No puse objeciones. Pronto vi las nebulosas luces de un motel. Scheer salió del coche y volvió con la llave de mi habitación. Me condujo hasta ella, llevándome la maleta, y abrió la puerta. Me dirigí a la cama y caí redondo en ella.

Me daba vueltas la cabeza. Logré descubrir la colcha y encontrar la almohada.

—¿Es que vas a dormir vestido? —preguntó Scheer, como si le hiciera gracia.

Sentí que me pasaba la mano por la espalda.

—No debes dormir con la ropa puesta —insistió.

Empezó a desnudarme, pero me negué.

—Sólo quiero dormir.

Scheer se acercó más. Con voz pastosa dijo:

—Tus padres te han echado de casa, ¿verdad, Cal? ¿Es eso?

De pronto parecía muy borracho, como si todo lo que había estado bebiendo le hubiera hecho efecto de golpe.

—Me voy a dormir.

—Vamos —musitó Scheer—. Deja que me ocupe de ti.

Me encogí, buscando protección. Me resistí a abrir los ojos. Scheer empezó a acurrucarse contra mí, pero se detuvo al ver que no respondía. Oí que abría la puerta y la cerraba al marcharse.

Cuando me desperté, era por la mañana temprano. La luz entraba por la ventana. Y Scheer estaba a mi lado. Me abrazaba torpemente, los ojos firmemente cerrados.

—Sólo quiero dormir aquí —dijo, arrastrando las palabras—. Sólo dormir.

Yo tenía la camisa desabrochada. Scheer estaba en calzoncillos. La televisión estaba encendida, y encima de ella había cervezas vacías.

Scheer me tenía firmemente agarrado, con la cara apretada contra la mía, suspirando. Yo lo toleré, sintiéndome obligado no sé por qué. Pero cuando las atenciones de aquel borracho se hicieron más ávidas, más centradas, lo aparté de un empujón.

Me levanté y fui al baño. Me quedé sentado un buen rato en la tapa del retrete, abrazándome las rodillas. Cuando volví a asomar la cabeza por la habitación, Scheer estaba profundamente dormido. La puerta del baño no tenía pestillo, pero estaba desesperado por darme una ducha. Me duché brevemente, con las cortinas sin echar y sin quitar ojo a la puerta. Luego me puse una camisa limpia y el traje y salí de la habitación.

Era muy temprano. Por la carretera no pasaban coches. Me alejé del motel y me senté en la Samsonite, esperando. Un cielo enorme y abierto. Unos cuantos pájaros en el aire. Tenía hambre otra vez. Me dolía la cabeza. Saqué la cartera y conté el dinero, cada vez más escaso. Por centésima vez pensé en llamar a casa. Empecé a llorar pero me contuve. Luego oí que venía un coche. Del aparcamiento del motel salía un Lincoln Continental. Extendí el pulgar. El coche se detuvo frente a mí y la ventanilla eléctrica descendió lentamente. Al volante iba el hombre del restaurante de la víspera.

—¿Adónde vas?

—A California.

Aquella sonrisa otra vez. Como algo irreprimible.

—Bueno, pues es tu día de suerte. Yo también voy para allá.

Vacilé sólo un instante. Luego abrí la puerta trasera del voluminoso automóvil y coloqué la maleta. A aquellas alturas, no tenía mucho donde escoger.



## DISFORIA SEXUAL EN SAN FRANCISCO



Se llamaba Bob Presto. Tenía manos suaves, blancas, de dedos gruesos, y rostro mofletudo. Llevaba una guayabera blanca entretejida con hilos dorados. Presumía de voz, y había sido durante muchos años locutor de radio antes de dedicarse a su profesión actual. No especificó cuál era, pero sus buenos ingresos se manifestaban en el Continental blanco con asientos de cuero rojo y en su reloj de oro, las sortijas y el atuendo de presentador. Pese a aquellos detalles de adulto, Presto tenía aspecto de niño de mamá. No era muy alto, pero con su cuerpo de gordito llegaría a pesar cerca de noventa kilos. Me recordaba al Big Boy de la cadena de restaurantes de los hermanos Elías, sólo que mayor, vulgar y abotagado por vicios de adulto.

Nuestra conversación empezó de la manera habitual, Presto preguntándome por mi vida y yo contestando con las mentiras de costumbre.

—¿A qué sitio de California vas?

—A la universidad.

—¿A cuál?

—Stanford.

—Qué impresionante. Un cuñado mío fue a Stanford. Es un tío muy importante. ¿Y dónde está?

—¿Stanford?

—Sí, ¿en qué ciudad?

—Se me ha olvidado.

—¿Que se te ha olvidado? Creía que los alumnos de Stanford eran muy listos. ¿Cómo vas a ir a Stanford si no sabes dónde está?

—Voy a ver a un amigo. Él sabe los detalles y todo eso.

—Es estupendo tener amigos —afirmó Presto, volviendo la cabeza hacia mí y guiñando un ojo.

No supe cómo interpretar aquel guiño. Permanecí en silencio, mirando al frente, a la carretera.

El asiento que nos separaba estaba lleno de provisiones, botellas de refrescos y bolsas de galletas y patatas fritas. Presto me invitó a tomar lo que me apeteciese. Yo tenía demasiada hambre para rechazar la invitación, así que cogí unas galletas, tratando de no engullirlas todas a la vez.

—Voy a decirte una cosa —dijo Presto—, cuanto mayor me hago, más jóvenes me parecen los chicos que van a la universidad. Si me preguntaran, yo diría que aún vas al instituto. ¿En qué curso estás?

—En primero.

Una vez más, Presto esbozó su sonrisa de manzana acaramelada.

—Ojalá estuviera en tu piel. La universidad es la mejor época de la vida. Espero que vayas preparado para todas esas chicas.

Una risita acompañó sus últimas palabras, en la que me sentí obligado a participar.

—Yo tuve un montón de novias en la universidad, Cal —prosiguió Presto—. Trabajaba en la emisora de la facultad. Disponía de toda clase de discos gratis. Si me gustaba una chica, le dedicaba canciones. —Me dio un ejemplo de su estilo canturreando en voz baja—: Ésta es para Jenny, la reina de Antropología ciento uno. Me gustaría estudiar tu cultura, cielo.

Presto inclinó la mofletuda cara mientras enarcaba las cejas en modesto reconocimiento de sus dotes vocales.

—Deja que te dé un consejo sobre las mujeres, Cal. Voz. La voz excita mucho a las mujeres. Presta siempre atención a la voz.

La de Presto era realmente grave, virilmente dimorfa. La grasa en torno a la garganta, según explicó, incrementaba su resonancia.

—Mi mujer, por ejemplo. Cuando la conocí, se volvía loca con cualquier cosa que le dijera. Estábamos follando y le decía «Bollito de pan», y se corría.

Al ver que no contestaba, Presto se disculpó.

—Supongo que no te estoy ofendiendo, ¿verdad? No serás uno de esos mormones que van de misión, ¿eh? ¿Con ese traje que llevas?

—No.

—Bueno. Me has preocupado por un momento. Vamos a oír la voz que tienes otra vez. Venga, dime lo que mejor te parezca.

—¿Qué quiere que diga?

—Di «Bollito de pan».

—Bollito de pan.

—Ya no trabajo en la radio, Cal. No soy locutor profesional. Pero en mi humilde opinión, no sirves para *disc jockey*. Tienes una voz de tenor medio. Si quieres ligar, será mejor que aprendas a cantar.

Soltó una carcajada y me miró sonriente. Pero sus ojos no expresaban alegría, sino dureza, y me examinaban atentamente. Conducía con una mano; con la otra comía patatas fritas.

—Tienes una voz poco común, en realidad. Difícil de clasificar.

Parecía mejor quedarse callado.

—¿Cuántos años tienes, Cal?

—Ya se lo he dicho.

—No, no me lo has dicho.

—Acabo de cumplir dieciocho.

—¿Cuántos años me echas a mí?

—No sé. Sesenta.

—Vale, ya te puedes ir bajando. ¡Sesenta! ¡Por Dios Santo, pero si tengo cincuenta y dos!

—Iba a decir cincuenta.

—Es todo este peso —se quejó, sacudiendo la cabeza—. No parecía tan viejo hasta que empecé a engordar. Un chico delgaducho como tú no piensa en esas cosas, ¿verdad? Al principio creí que eras una chica, cuando te vi haciendo autoestop. No me fijé en el traje. Y pensé: ¿qué coño hará una chica tan joven como ésa en la carretera?

Ahora me resultaba imposible mantener su mirada. Empezaba a tener miedo otra vez y a sentirme muy, pero que muy incómodo.

—Y entonces te reconocí. Porque ya te había visto antes. En el restaurante. Estabas con aquel maricón. Tenía toda la pinta de pedófilo. ¿Eres homosexual, Cal?

—¿Qué?

—Me lo puedes decir si quieres. Yo no soy marica, pero no tengo nada en contra.

—Quiero bajarme. ¿Podría parar un momento?

Presto soltó el volante y levantó las manos en el aire.

—Lo siento. Discúlpame. Se acabó el tercer grado. No diré una palabra más.

—Sólo pare.

—Vale, si eso es lo que quieres. Pero no tiene sentido. Llevamos el mismo camino, Cal. Te llevaré a San Francisco.

No aminoró la marcha y no le pedí que lo hiciera. Mantuvo su promesa y a partir de entonces apenas abrió la boca, tarareando al son de la radio. Cada hora hacía una paradita para orinar o comprar más vituallas: Pepsi de tamaño grande, galletas de chocolate, caramelos de regaliz y rodajas de maíz fritas. De vuelta a la carretera, llenaba el depósito. Echaba la cabeza atrás al masticar, para que no le cayeran migas en la pechera de la camisa. Los refrescos le hacían gárgaras al tragar. Nuestra conversación prosiguió en un plano general. Atravesamos la Sierra, salimos de Nevada y entramos en California. Almorzamos en un restaurante donde te sirven en el coche. Presto pagó las hamburguesas y los batidos de leche y pensé que se estaba portando bien, en plan de amigo, y que no quería nada físico conmigo.

—Hora de las pastillas —dijo cuando comimos—. ¿Me alcanzas los frascos, Cal? Están en la guantera.

Había cinco o seis frascos diferentes. Se los tendí a Presto, que intentó leer las etiquetas entornando los ojos.

—Oye —me dijo—, conduce tú un momento.

Me incliné a un lado, acercándome a Bob Presto más de lo que quería mientras él

forcejeaba con los tapones y agitaba los frascos para sacar las pastillas.

—Tengo el hígado completamente jodido. Por culpa de una hepatitis que cogí en Tailandia. Casi me muero en ese puto país. —Me enseñó una pastilla azul—. Ésta es para el hígado. También tengo un disolvente para la sangre. Y otra para la tensión. Tengo la sangre hecha una mierda. No debería comer tanto.

Y así seguimos viajando todo el día, para llegar a San Francisco al atardecer. Al ver la ciudad, rosada y blanca, una tarta nupcial desplegada en las montañas, una nueva inquietud se apoderó de mí. Mientras atravesaba el país, mi única idea durante todo el camino había sido llegar a mi destino. Ahora que ya estaba allí no sabía qué hacer ni de qué iba a vivir.

—Te dejo donde quieras —se ofreció Presto—, ¿tienes donde dormir, Cal? ¿En casa de tu amigo?

—En cualquier sitio me vale.

—Te dejaré en Haight. Ése es buen sitio para orientarse.

Entramos en la ciudad y, finalmente, Bob Presto aparcó el coche junto a la acera y abrí la puerta.

—Gracias por el viaje —le dije.

—De nada, de nada —repuso él, tendiéndome la mano—. Y, a propósito, está en Palo Alto.

—¿El qué?

—Stanford está en Palo Alto. Tendrás que aprendértelo bien si quieres que alguien se crea que vas a la universidad.

Esperó que yo dijera algo. Luego, con una voz sorprendentemente tierna, un truco profesional, sin duda, pero que no dejaba indiferente, Presto preguntó: Oye, tío, ¿tienes algún sitio para dormir?

—No se preocupe por mí.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Cal? ¿Qué eres?

Sin contestarle, bajé del coche y abrí la puerta trasera para coger la maleta. Presto se volvió en el asiento, una maniobra difícil para él. Y entonces insistió, en el mismo tono dulce, grave, paternal.

—Venga, hombre, que estoy en el negocio. A lo mejor puedo ayudarte. ¿Eres transexual?

—Me voy.

—No te ofendas. Yo sé todo lo que pasa antes y después de la operación.

—No sé de qué me habla.

Saqué la maleta del coche.

—Oye, no tan deprisa. Toma. Por lo menos coge mi número. Me vendría bien un chico como tú. No importa lo que seas. Necesitas dinero, ¿verdad? Si alguna vez quieres ganarte un buen dinerito, llama a tu amigo Bob Presto.

Cogí el número para librarme de él. Luego di media vuelta y me alejé como si supiera adonde dirigirme.

—Ten cuidado por la noche en el parque —gritó Presto a mi espalda con su voz resonante—. Montones de delincuentes andan sueltos por ahí.

Mi madre solía decir que nunca le habían cortado completamente el cordón umbilical que la unía a sus hijos. En cuanto el doctor Philobosian cortó físicamente el cordón, otro vínculo espiritual había ocupado su sitio. Después de mi desaparición, Tessie se convenció de que aquella descabellada idea era más cierta que nunca. Por la noche, cuando aguardaba en la cama a que le hicieran efecto los tranquilizantes, solía ponerse la mano en el ombligo, como un pescador comprobando el aparejo. Tessie tenía la impresión de que sentía algo. Le llegaban tenues vibraciones. Por ellas sabía que yo aún seguía con vida, aunque muy lejos, hambrienta y, posiblemente, enferma. Todo eso le llegaba en una especie de cántico por el cordón invisible, una salmodia semejante a la de las ballenas, cuando se gritan mutuamente en las profundidades.

Mis padres pasaron casi una semana en el Lochmoor después de mi desaparición, esperando que volviera. Finalmente, un inspector de la policía de Nueva York les dijo que lo mejor que podían hacer era volver a casa.

—Puede que su hija llame por teléfono. O que se presente allí mismo. Eso es lo que suelen hacer los chicos. Si la encontramos, se lo haremos saber.

—Créanme. Lo mejor es que vuelvan a casa y estén atentos al teléfono.

De mala gana, mis padres siguieron su consejo.

Antes de marcharse, sin embargo, pidieron hora con el doctor Luce.

—Sería peligroso que se hubiera enterado de algo —les dijo el doctor, dándoles un motivo para mi desaparición—. Puede que Callie haya echado una mirada a su historial mientras yo estaba fuera del despacho. Pero seguro que no se enteró de nada de lo que leía.

—Pero ¿por qué se habrá escapado? —preguntó Tessie.

—No ha interpretado los hechos como es debido. Los ha simplificado excesivamente.

—Seré franco con usted, doctor Luce —intervino Milton—. En la nota que nos ha dejado, nuestra hija dice que es usted un mentiroso. Me gustaría que nos explicara por qué podría haber dicho algo así.

Luce sonrió con aire tolerante.

—Tiene catorce años. Desconfía de los adultos.

—¿Podemos ver ese historial?

—Ver el historial no les servirá de nada. La identidad sexual es un asunto muy complejo. No es una simple cuestión de genética. Y tampoco depende de factores ambientales. Los genes y el entorno se aúnan en un momento crítico. No obedece a un doble, sino a un triple factor.

—Bueno, a ver si nos entendemos —le interrumpió Milton—, ¿sigue siendo su opinión, como médico, que Callie es una chica y que tiene que seguir siéndolo?

—De la evaluación psicológica que he estado en condiciones de efectuar durante el breve tiempo que he tratado a Callie, yo diría que sí. Mi opinión es que tiene una identidad sexual femenina.

—Entonces, ¿por qué dice ella que es un chico? —preguntó Tessie.

—Ella nunca me ha dicho eso a mí —aseguró Luce—. Ésa es una nueva pieza del rompecabezas.

—Quiero ver el historial —exigió Milton.

—Me temo que es imposible. Ese historial sólo puede consultarse para algo relacionado con mi propia investigación. Aunque los invito a conocer el resultado de los análisis de sangre y demás pruebas.

Entonces Milton estalló. Gritando, chillando al doctor Luce.

—Le hago a usted responsable. ¿Me oye? Nuestra hija no es de las que se fugan de esta manera. Usted tiene que haberle hecho algo. La ha asustado.

—Es su situación la que la ha asustado, señor Stephanides —afirmó Luce—, y déjeme insistir en algo. —Tamborileó con los dedos en el escritorio.

—Es de la mayor importancia que la encuentren cuanto antes. Podría haber graves repercusiones.

—¿A qué se refiere?

—Depresión. Disforia. Se encuentra en un estado psicológico muy delicado.

—Tessie —dijo Milton, mirando a su mujer—, ¿quieres ver el historial o nos largamos de aquí y que le den por culo al cabrón este?

—Quiero ver el historial. Y no hables mal, por favor. Tratemos de ser cordiales.

Finalmente, Luce cedió y les permitió ver el historial. Después de que lo leyeron, se ofreció para volver a examinar mi caso en un futuro y expresó la esperanza de que me encontraran pronto.

—En la vida volveré a traer a Callie aquí, a que la vea este señor —sentenció mi madre cuando se marcharon.

—No sé qué habrá hecho para asustar tanto a Callie —observó mi padre—, pero algo le ha hecho.

Volvieron a Middlesex a mediados de septiembre. Las hojas caían de los olmos, sustrayendo refugio a la calle. Empezó a refrescar, y por la noche Tessie oía el viento y el susurro de las hojas desde la cama, preguntándose dónde estaría durmiendo yo aquella noche y si me pasaría algo. Los tranquilizantes no le servían para suprimir el pánico, sino para desplazarlo. Bajo el efecto de los sedantes, Tessie se retiró a un núcleo primario de su ser, una especie de plataforma desde la cual podía observar su inquietud. Cuando los tomaba, sentía algo menos de miedo. Las pastillas le dejaban la boca seca. Le ponían la cabeza como si la tuviera envuelta en algodón, salpicando de

estrellas su visión periférica. Sólo tenía que tomarse una pastilla cada vez, pero había ocasiones en que tomaba dos.

Existía un lugar a medio camino entre la vigilia y el sueño donde Tessie lograba pensar mejor. Durante el día estaba ocupada con las visitas —iba gente a casa continuamente, y ella sacaba bandejas y tenía que limpiar cuando se marchaban—, pero por la noche, cercana ya al aturdimiento, tenía el valor de esforzarse por asimilar la nota que les había dejado.

Era imposible que mi madre pensara en mí de otra manera que en su hija. Sus pensamientos giraban una y otra vez en torno al mismo círculo. Con los ojos entornados, Tessie atisbaba por la habitación a oscuras, entre las lucecitas y destellos que salían de los rincones, y veía frente a ella todos los objetos o prendas que yo había poseído o llevado alguna vez. Todo parecía amontonarse a los pies de la cama: los calcetines con cintitas, las muñecas, las horquillas, la colección entera de los libros de Madeline, los vestidos de fiesta, las sandalias rojas de Mary Jane, el pichi, el Horno Fácil, el *hula-hoop*. Todos esos objetos eran la pista que conducía hasta mí. ¿Cómo iba a ser de un chico ese rastro?

Y sin embargo, por lo visto, así era. Tessie repasaba los acontecimientos del último año y medio, buscando señales que no hubiera observado. No era muy diferente de lo que habría hecho cualquier otra madre enfrentada con la horrenda revelación sobre su hija adolescente. Si me hubiera muerto de sobredosis o metido en una secta, mi madre habría pensado esencialmente de la misma manera. La evaluación de conjunto habría sido la misma, pero con preguntas diferentes. ¿Por eso era tan alta? ¿Explicaba eso el hecho de que no hubiera tenido el período? Pensó en las sesiones de depilación en El Vellochino de Oro, en mi profunda voz de tenor..., en todo, en realidad: el hecho de que nunca me sentaba bien ningún vestido, de que los guantes de señora ya no me entraban. Todo lo que Tessie había aceptado como parte de la edad difícil se le presentaba de pronto de una forma ominosa. ¿Cómo no se había dado cuenta! Era mi madre, me había traído al mundo, estaba más cerca de mí que yo misma. Mi dolor era su dolor, mi alegría su alegría. Pero ¿es que la cara de Callie no tenía a veces una expresión extraña? Demasiado severa, tan... masculina. Y no tenía nada de grasa, en ningún sitio, todo huesos, nada de caderas. Pero no era posible..., y el doctor Luce había dicho que Callie era un..., ¿y por qué no había dicho nada de los cromosomas..., y cómo podía ser verdad? Así se sucedían los pensamientos de mi madre mientras su mente se iba oscureciendo y los destellos se apagaban. Y después de haber pensando en todo eso, Tessie pensaba en el Objeto, en mi íntima amistad con el Objeto. Se acordó del día en que aquella chica murió en escena, recordó cómo ella se había precipitado a buscarme detrás del escenario para encontrarme abrazando al Objeto, consolándola, acariciándole la cabeza y la extraña expresión en la cara, sin ningún pesar en mis facciones...

A partir de esa última imagen, Tessie volvía atrás.

Milton, por su parte, no perdió tiempo examinando de nuevo las pruebas. En un papel con membrete del hotel Callie había proclamado: «No soy una chica». Pero Callie no era más que una criatura. ¿Qué sabía ella? Los críos dicen lo primero que se les ocurre. Mi padre no entendía lo que me había impulsado a huir de la operación. No comprendía por qué no quería que me arreglaran, que me curaran. Y estaba convencido de que hacer cábalas sobre los motivos de mi fuga no llevaba a parte alguna. Lo primero era encontrarme. Tenían que traerme a casa sana y salva. Ya se ocuparían de mi afección más adelante.

Milton se entregó personalmente a ese fin. Se pasaba al teléfono la mayor parte del día, llamando a todos los distritos policiales del país. Traía frito al inspector de Nueva York, preguntándole si se había producido alguna novedad en mi caso. En la Biblioteca Pública consultaba guías telefónicas, anotando números y direcciones de distritos policiales y refugios de fugitivos para luego coger la lista y llamar metódicamente a todos ellos preguntando si habían visto a alguien que respondiera a mi descripción. Envié mi foto a las comisarías y una nota a sus concesionarios de salchichas pidiendo a los encargados que pusieran mi retrato en todos los puestos Hércules. Mucho antes de que mi cuerpo desnudo apareciese en manuales de medicina, mi rostro apareció en tablones de anuncios y escaparates a lo largo y ancho de la nación. El distrito policial de San Francisco recibió una de aquellas fotografías, pero para entonces quedaban pocas posibilidades de que alguien me reconociese. Como un verdadero fuera de la ley, ya había cambiado de aspecto. Y la biología perfeccionaba día tras día mi disfraz.

Middlesex empezó a llenarse otra vez de parientes. Tía Zo y los primos fueron a dar apoyo moral a mis padres. Peter Tatakis cerró un día su consulta quiropráctica de Birmingham, cogió el coche y se fue a cenar con Milt y Tessie. Jimmy y Phyllis Fioretos llevaron *kuluria* y helado. Era como si la invasión de Chipre no se hubiera producido jamás. Las mujeres se congregaban en la cocina, preparando la comida, mientras los hombres permanecían en el salón, charlando en voz baja. Milton sacó las polvorientas botellas del mueble bar. Quitó la bolsa de terciopelo púrpura a la botella de Crown Royal y la puso a disposición de sus huéspedes. Nuestro viejo *backgammon* salió de debajo de un montón de juegos de mesa, y algunas de las mujeres mayores empezaron a pasar los dedos por su sarta de cuentas. Todo el mundo sabía que me había fugado, pero nadie sabía por qué. En privado se decían unos a otros: «¿Crees que estará embarazada?». O bien: «¿Sabes si Callie tenía novio?». Y otras veces: «Siempre me había parecido buena chica. Nunca se me habría ocurrido que iba a salir con éstas». Y también: «Siempre andaban presumiendo de los sobresalientes que sacaba su hija en ese colegio pijo. Bueno, pues ya no presumen».

El padre Mike cogía la mano a Tessie, a quien el sufrimiento impedía levantarse



de la cama. Quitándose la chaqueta, sólo con la camisa negra de manga corta con el alzacuello, le decía que en sus oraciones iba a pedir que volviera. Le aconsejaba que acudiese a la iglesia y encendiese una vela por mí. Ahora me pregunto por la expresión que tendría el padre Mike mientras cogía a mi madre de la mano en su alcoba. ¿Había algún indicio de *Schadenfreude*? ¿O de que disfrutara con la desdicha de su antigua prometida? ¿O de alegría por el hecho de que el dinero no pudiera proteger a su cuñado del infortunio? ¿O de alivio porque, por una vez, en el trayecto de vuelta a casa, Zoë, su mujer, no lo comparase desfavorablemente con Milton? No puedo contestar a esas preguntas. En cuanto a mi madre, estaba bajo la influencia de los sedantes y sólo recuerda que la presión que sentía en los ojos hacía que la cara del padre Mike, le resultase extrañamente alargada, como en un cuadro de El Greco.

Por la noche, Tessie dormía a intervalos. Se despertaba continuamente, presa del pánico. Por la mañana hacía la cama pero, después de desayunar, a veces iba a echarse de nuevo, corriendo las cortinas y dejando sus diminutas Keds blancas cuidadosamente colocadas en la alfombra. Las cuencas de sus ojos cobraban un tinte morado y una vena empezaba a latirle visiblemente en las sienes. Cuando sonaba el teléfono, parecía que le iba a estallar la cabeza.

—¿Diga?

—¿Alguna noticia?

Era tía Zo. A Tessie se le caía el alma a los pies.

—Nada.

—No te apures. Ya aparecerá.

Hablaban unos momentos, hasta que Tessie anunciaba que tenía que colgar.

—Tengo que dejar la línea libre.

Por la mañana, una gran cortina de niebla se abate sobre la ciudad de San Francisco. Viene de lejos, del mar. Se forma sobre los Farallones, cubriendo las rocas donde se encaraman los leones marinos, y luego avanza hacia Ocean Beach, llenando el amplio cuenco verde del parque Golden Gate. La niebla oscurece a los corredores matinales y a los solitarios practicantes de *tai chi*. Empaña los cristales del Pabellón de Cristal. Trepa por la ciudad entera, sobre cines y monumentos, sobre los cubiles de la droga de Panhandle y los albergues de vagabundos del Tenderloin. La niebla cubre las casas victorianas de color pastel de Pacific Heights y envuelve las casas de los colores del arco iris del Haight. Se retuerce entre las sinuosas callejas de Chinatown; aborda los tranvías, arrancando a sus campanas un sonido como de boyas; asciende por la Torre Coit hasta hacerla desaparecer de la vista; se desplaza hacia la Misión, donde los mariachis siguen durmiendo; y molesta a los turistas. La bruma de San Francisco — esa niebla fría que, borrando identidades, pasa diariamente por la ciudad— explica mejor que nada por qué la ciudad es como es. Después de la Segunda Guerra Mundial, San Francisco era el punto principal de retorno de los marineros de servicio

en el Pacífico. En alta mar, muchos de aquellos marineros habían adquirido hábitos amatorios que estaban muy mal vistos en tierra firme. De modo que aquellos marineros se quedaron en San Francisco, creciendo en número y atrayendo a otros, hasta que la ciudad se convirtió en la capital gay, en la *Hauptstadt* homosexual. (Una prueba más de lo imprevisible que es la vida: el Castro es el resultado directo del complejo militar-industrial). Fue la niebla lo que atraía a aquellos marineros, porque daba a la ciudad el carácter anónimo y cambiante del mar, y en tal anonimato el cambio personal era mucho más fácil. A veces resultaba difícil saber si la bruma pasaba por la ciudad o si la ciudad se dejaba llevar a su encuentro. En la década de 1940, la niebla ocultaba las actividades de aquellos marineros a los habitantes de la ciudad. Pero la niebla no se conformó con eso. En los años cincuenta llenaba la cabeza de los *beats* del mismo modo que la espuma de los capuchinos coronaba sus tazas. En los sesenta obnubilaba la mente de los hippies igual que el humo de la marihuana ascendía de sus pipas. Y en los setenta, cuando llegó Cal Stephanides, la niebla nos ocultaba en el parque a mis nuevos amigos y a mí.

Al tercer día de mi estancia en el Haight, entré en una cafetería a comerme un *banana split*. Luego pedí otro. El entusiasmo de mi nueva libertad había empezado a disiparse. Los atracones a dulces no me quitaban la depre, como ocurría la semana anterior.

—¿Tienes una moneda?

Alcé la vista. Encorvado frente a mi velador de mármol había un tío que conocía bien. Era uno de aquellos chicos de los pasos inferiores, de los fugados que vivían gorroneando y a los que yo no me acercaba. Llevaba puesta la capucha de la sudadera, que enmarcaba un rostro ovalado, encendido, plagado de granos.

—Lo siento —dije.

El muchacho se agachó, acercando la cara a la mía.

—¿Tienes una moneda? —repitió.

Su insistencia me molestó. Así que lo fulminé con la mirada.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —le dije.

—Yo no soy el que se está poniendo tibio a helado.

Eché una mirada detrás de mí y, en tono más afable, preguntó:

—¿Por qué vas a todas partes con ese maletón?

—Eso es cosa mía.

—Ayer te vi cargando con eso.

—Tengo dinero para pagar el helado, pero nada más.

—¿No tienes sitio para estar?

—Tengo montones de sitios.

—Si me invitas a una hamburguesa te enseñaré un buen sitio.

—Te he dicho que los tengo a montones.

—Conozco un sitio fenómeno en el parque.

—Sé ir solo al parque. *Todo el mundo* puede ir al parque.

—No, el que no quiere que se lo pasen por las armas, no va. Tú no sabes lo que pasa, tío. En el Gate hay sitios seguros y sitios que no lo son. Mis amigos y yo tenemos un sitio fenómeno. Muy aislado. Ni la poli lo conoce, así que nos lo montamos todo el tiempo. A lo mejor te dejamos estar allí, pero antes tengo que comerme una hamburguesa doble con queso.

—Hace un momento era sólo una hamburguesa.

—Eso para que no te duermas. Los precios suben continuamente. Bueno, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Sí, vale, y yo me lo creo. Tú no tienes dieciocho. Yo tengo dieciséis y tú no eres mayor que yo. ¿Eres de Marin?

Negué con la cabeza. Hacía tiempo que no hablaba con alguien de mi edad. Era un alivio. Me daba la sensación de estar menos solo. De todos modos, seguí sin bajar la guardia.

—Pero eres un chico rico, ¿verdad, señor Lacoste?

No dije nada. Y de pronto era todo súplica, como un niño pequeño pidiendo la comida, las rodillas temblorosas.

—Venga ya, que tengo hambre. Vale, olvídate de la doble. Una hamburguesa sencilla.

—Vale.

—Genial. Hamburguesa. Y patatas fritas. Has dicho patatas, ¿verdad? No te lo vas a creer, tío, pero mis padres también son ricos.

Así empezó mi temporada en el parque Golden Gate. Resultó que mi nuevo amigo, Matt, no mentía acerca de sus padres. Era de Main Line. Su padre era un abogado de Filadelfia, divorciado. Matt era el cuarto hijo, el más pequeño. Bajo y fornido, de mandíbula prominente y voz gutural, chamuscada por el humo, se había ido de casa el verano anterior para seguir a los Grateful Dead y ya no había vuelto. En los conciertos vendía camisetas con un diseño que conseguía atando las prendas antes de teñirlas, y marihuana o ácido cuando tenía ocasión. En las profundidades del parque, adonde me condujo, conocí a sus adláteres. No se trataba de un grupo fijo, y se componía de entre cuatro y ocho chicos.

—Éste es Cal —me presentó Matt—, va a dormir aquí un tiempo.

—Vale.

—¿Trabajas en una funeraria, tío?

—Al principio lo tomé por Abe Lincoln.

—Bueno, pero si ésa no es más que la ropa de viaje de Cal —dijo Matt—. En la maleta lleva otras cosas, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres comprarme una camisa? Tengo algunas.

—Bueno.

El campamento estaba situado en un bosquecillo de mimosas. Entre las ramas de los árboles, las peludas flores encarnadas parecían escobillas limpiapipas. Sobre las dunas se extendían voluminosos arbustos de hoja perenne que formaban abrigos naturales. Huecos por dentro, con el suelo seco. No dejaban entrar el viento y, la mayoría de las veces, protegían de la lluvia. Dentro había espacio suficiente para estar sentado. En cada uno de aquellos arbustos había unos cuantos sacos de dormir; cuando alguien quería acostarse, simplemente se metía en el que estuviera vacío. Se aplicaba una ética de comunidad. En el campamento siempre había chicos que se marchaban o llegaban. Los pertrechos se componían de todos los artículos allí abandonados; un hornillo de cámping, una olla para la pasta, cubiertos diversos, vasos de gelatina de frutas, mantas y un Frisbee fosforescente que los chicos se lanzaban unos a otros, a veces reclutándome a mí para completar algún equipo. («Joder, Lacoste, tiras como una tía, macho.»). Estaban bien provistos de frutos secos, pipas de agua, pipas de marihuana, frascos de nitrato de amilo, pero mal pertrechados de toallas, ropa interior, pasta de dientes. A unos treinta metros o así había una zanja que nos servía de letrina. La fuente del acuario era cómoda para lavarse, pero había que hacerlo de noche para evitar a la policía.

Si un chico se echaba novia, la chica se incorporaba al campamento durante algún tiempo. Yo no me acercaba a ellas, temiendo que adivinaran mi secreto. Era como un inmigrante con aires de grandeza que se encuentra con alguien de su pueblo. No quería que me calasen, de manera que no abría la boca. Pero en aquella compañía habría sido lacónico de todos modos. Todos eran admiradores de los Grateful, de manera que ése era el tema principal de conversación. Quién había visto a Jerry y en qué concierto. Quién tenía una cinta pirata de qué concierto. Matt había dejado el instituto, pero tenía unas dotes impresionantes para catalogar hasta los detalles más insignificantes de los Dead. Se sabía de memoria las fechas y las ciudades de su gira. Se sabía la letra de todas las canciones, dónde la habían tocado, cuántas veces, y los temas que el grupo había interpretado una sola vez. Vivía con la esperanza de que tocaran determinadas canciones, igual que los fieles esperan el advenimiento del Mesías. Algún día, los Grateful Dead tocarían «Cosmic Charlie», y Matt Larson quería estar presente en el acontecimiento para ver cómo se redimía la Creación. Una vez vio a Mountain Girl, la mujer de Jerry.

—Una tía pero que muy legal, joder —observó—. Yo me enamoraría hasta las cachas de una tía así. Si me encontrara una tía tan cojonuda como Mountain Girl, me casaría con ella y tendría hijos y toda esa mierda.

—¿Y un trabajo también?

—Podríamos seguir la gira. Llevar a los niños en mochilas. Como los indios. Y vender hierba.

No éramos los únicos que vivíamos en el parque. Al otro lado del campo, había unas dunas ocupadas por vagabundos de barba larga y rostro renegrado por la mugre y el sol. Era sabido que saqueaban los demás campamentos, de manera que nunca dejábamos el nuestro sin vigilancia. Aquélla era, más o menos, la única norma que seguíamos. Siempre tenía que haber alguien montando guardia.

Me quedé con los admiradores de los Grateful Dead porque tenía miedo. Los días pasados en la carretera me habían hecho ver las ventajas de estar en grupo. No teníamos nada en común; nos habíamos fugado por motivos diferentes. No eran chicos con los que hubiera hecho amistad en circunstancias normales, pero por una breve temporada podía arreglármelas con ellos. No tenía otro sitio adonde ir. Pero nunca me encontré a gusto. No es que fuesen especialmente brutos. Estallaban peleas cuando habían bebido, pero imperaban los valores de la no violencia. Todos leían *Siddharta*. Un manoseado ejemplar de bolsillo circulaba por el campamento. Yo también lo leí. Es una de las cosas que mejor recuerdo de entonces: Cal sentado en una peña, leyendo a Hermann Hesse y aprendiendo cosas sobre Buda.

—Me han dicho que Buda dejó el ácido —afirmó un admirador de los Dead—. Así le llegó la iluminación.

—En aquella época no había ácido, tío.

—No, era como un hongo, ya sabes.

—Yo creo que Jerry es Buda, tío.

—¡Eso!

—Como cuando vi tocar a Jerry cuarenta y cinco minutos en aquella improvisación de «Truckin in Santa Fe». ¡Joder, entonces supe que era Buda!

Yo no tomaba parte en aquellas conversaciones. Veo a Cal bajo los arbustos más lejanos mientras todos los admiradores de los Dead se van quedando dormidos.

Me había fugado sin reflexionar en lo que iba a ser de mi vida. Me había largado sin tener un sitio adonde ir. Ahora me encontraba sucio, me estaba quedando sin dinero. Antes o después tendría que llamar a mis padres. Pero por primera vez en la vida, sabía que ellos no podían hacer nada por ayudarme. Nadie podía hacer nada.

Todos los días llevaba a la pandilla a Ali Babas y les invitaba a hamburguesas vegetarianas, a setenta y cinco centavos cada una. Me había desentendido de la mendicidad y de vender droga. La mayor parte del tiempo andaba por el bosquecillo de mimosas, cada vez más desesperado. Alguna que otra vez, fui andando a la playa, a sentarme frente al mar. Pero al cabo de un tiempo también dejé de hacer eso. La naturaleza no me servía de consuelo. Lo de fuera se había acabado. No había sitio donde no estuviera yo.

Para mis padres era lo contrario. Adondequiera que fuesen, hicieran lo que hiciesen,

siempre se topaban con mi ausencia. A la tercera semana de mi desaparición, amigos y parientes dejaron de acudir a Middlesex. La casa se hizo más silenciosa. No sonaba el teléfono. Milton llamó a Capítulo Once, que vivía entonces en la península septentrional.

—Tu madre está pasando una época muy mala —le dijo—. Seguimos sin saber dónde está tu hermana. Estoy seguro de que tu madre se sentiría un poco mejor si te viera. ¿Por qué no vienes a pasar el fin de semana?

Milton no le mencionó mi nota para nada. Durante el tiempo que estuve yendo a la clínica, sólo había informado a Capítulo Once en los términos más simples. Capítulo Once oyó el tono de gravedad en la voz de Milton y convino en empezar a ir los fines de semana y dormir en su antigua habitación. Poco a poco se fue enterando de los detalles de mi afección, reaccionando de manera más suave que mis padres, lo que les permitió, al menos a Tessie, ajustarse un poco a la nueva realidad. En aquellos fines de semana fue cuando Milton, desesperado por cimentar las restauradas relaciones, instó una vez más a su hijo a que trabajara en el negocio familiar.

—Ya no sigues con esa tal Meg, ¿verdad?

—No.

—Bueno, has dejado los estudios de ingeniería. ¿Qué haces ahora? Tu madre y yo no tenemos una idea muy clara de la vida que llevas allá, en Marquette.

—Trabajo en un bar.

—¿Que trabajas en un bar? ¿Haciendo qué?

—Me ocupo de la plancha.

Milton sólo hizo una breve pausa.

—¿Qué prefieres hacer, seguir trabajando en la plancha o dirigir algún día los Hércules Hot Dogs? De todas formas, tú fuiste quien los inventaste.

Capítulo Once no dijo que sí. Pero tampoco que no. Había cumplido veinte años y empezaba a quedarse calvo. En una época, fue uno de esos chalados por la ciencia, pero los sesenta le cambiaron las ideas. Capítulo Once se había convertido en lactovegetariano, aprendiz de meditación trascendental, aficionado a los brotes de peyote. Una vez, mucho tiempo atrás, seccionó pelotas de golf por la mitad para ver lo que había dentro; pero en cierto momento de su vida mi hermano sintió fascinación por conocer el interior del cerebro. Convencido de la esencial inutilidad de la educación formal, se había apartado de la civilización. Los dos tuvimos nuestra época de volver a la naturaleza, Capítulo Once en la península y yo en el parque Golden Gate. Pero cuando mi padre le hizo la oferta, Capítulo Once ya estaba un poco harto del bosque.

—Venga —dijo Milton—. Vamos a tomarnos un Hércules ahora mismo.

—Yo no tomo carne —repuso Capítulo Once—. ¿Cómo voy a dirigir ese negocio si no pruebo la carne?

—Estoy pensando en poner un mostrador de ensaladas —anunció Milton—, en estos días mucha gente hace un régimen bajo en grasas.

—Buena idea.

—¿Sí? ¿Te parece bien? Entonces, ése podría ser tu departamento. —Milton dio un codazo a Capítulo Once, bromeando—. Empezaremos nombrándote vicepresidente, encargado del mostrador de ensaladas.

Cogieron el coche y fueron al Hércules del centro. Había bastantes clientes a aquella hora. Milton saludó al gerente, Gus Zaras.

—*Yasu*.

Gus alzó la cabeza y, un segundo después, esbozó una amplia sonrisa.

—Qué hay, Milt. ¿Cómo estás?

—Bien. Estupendamente. He traído al futuro jefe a que conozca el local —dijo, señalando a Capítulo Once.

—Bienvenido a la dinastía familiar —repuso Gus con entusiasmo, abriendo los brazos.

Se reía demasiado fuerte. Pareció darse cuenta y se calló. Hubo un silencio embarazoso. Luego preguntó:

—Bueno, Milt. ¿Qué vais a tomar?

—Dos con todo. ¿Qué tenemos de vegetariano?

—Judías.

—Vale. Dale a mi chico un tazón de judías.

—Marchando.

Milton y Capítulo Once eligieron taburete y esperaron a que les sirvieran. Al cabo de otro largo silencio, Milton dijo:

—¿Sabes cuántos sitios de éstos tiene tu padre en estos momentos?

—¿Cuántos? —quiso saber Capítulo Once.

—Sesenta y seis. Ocho en Florida.

Hasta allí llegaban los puestos, gracias a una ambiciosa técnica de ventas. Milton comió en silencio sus perritos calientes Hércules. Sabía perfectamente por qué Gus se mostraba tan excesivamente amistoso. Porque pensaba lo que todo el mundo piensa cuando desaparece una chica. Pensaba lo peor. Había momentos en que Milton también lo pensaba. Pero no lo confesaba a nadie. Ni siquiera lo reconocía en su fuero interno. Pero siempre que Tessie decía algo del cordón umbilical, afirmando que me seguía sintiendo en alguna parte, Milton sentía deseos de creerla.

Un domingo, cuando Tessie se marchaba a la iglesia, Milton le dio un billete grande.

—Enciende una vela a Callie. Coge un puñado —dijo, alzando los hombros—. Eso no hace daño.

Pero cuando su mujer se marchó, Milton sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué es lo que me pasa? ¡Encender velas! ¡La leche!

Estaba furioso consigo mismo por caer en tamaña superstición. Volvió a jurar que me encontraría, que me traería de vuelta. De una forma u otra. Ya se le presentaría una oportunidad, y entonces Milton Stephanides no la desaprovecharía.

Los Dead fueron a Berkeley. Matt y los demás asistieron en pandilla al concierto. Me quedé encargado de cuidar el campamento.

Es medianoche en el bosquecillo de mimosas. Estoy despierto, oyendo ruidos. Se mueven luces entre los arbustos. Murmullos. Sobre mi cabeza las hojas se vuelven blancas y veo el andamiaje de las ramas. Motitas de luz corren por el suelo, por mi cuerpo, por mi cara. Un momento después, una linterna resplandece en el interior de mi madriguera.

Los hombres se me echan encima enseguida. Uno me enfoca la cara con la linterna mientras otro me salta sobre el pecho, aprisionándome los brazos.

—¡Vamos, arriba, espábilate! —exclama el de la linterna.

Son dos de los sin techo que viven en las dunas del otro lado. Mientras uno se sienta encima de mí, el otro empieza a registrar el campamento.

—¿Qué clase de cositas guardáis aquí, pandilla de cabrones?

—Fíjate —dice el otro—. Este maricón se va a cagar en los pantalones.

Aprieto bien las piernas, los miedos femeninos aún haciendo presa en mí.

Buscan droga, principalmente. El de la linterna sacude los sacos de dormir y me registra la maleta. Al cabo de un rato vuelve y pone una rodilla en tierra.

—¿Dónde están tus amigos, tío? ¿Se han pirado y te han dejado solo?

Ha empezado a registrarme los bolsillos. Pronto me encuentra la billetera. Al vaciarla, mi carné del colegio cae al suelo. Lo enchufa con la linterna.

—¿Quién es ésta? ¿Tu novia?

Mira fijamente la foto, sonriendo con una expresión burlona. Coge el carné y se lo pone frente a la bragueta, moviendo las caderas hacia atrás y hacia delante.

—¿A tu novia le gusta chupar la polla? ¡Pues claro que sí!

—Déjame verla —dice el otro.

El de la linterna me tira el carné al pecho. El que me tiene aprisionado me acerca la cara y, con voz grave, dice:

—No te muevas, hijoputa.

Me suelta los brazos y coge el carné.

Ahora puedo verle la cara. Barba entrecana, dientes podridos, tabique nasal desviado. Estudia la foto.

—Qué delgaducha está, la puta esta.

Pasa la mirada de mi cara a la foto y le cambia la expresión.

—¡Es una tía!

—Buenas entendederas, tío. Siempre he dicho eso de ti.



—No, me refiero a *él*. —Me señala con el dedo—. ¡Es una tía! Una chica.

Levanta la mano con el carné, para que el otro lo vea. La linterna alumbra de nuevo a Calíope con su chaqueta y su blusa de uniforme.

Tras la mano levantada, el hombre arrodillado sonríe maliciosamente.

—Así que nos estás ocultando algo, ¿eh? ¿Tienes mercancía de contrabando debajo de los pantalones? Sujétala —ordena.

El hombre que está a horcajadas sobre mí vuelve a inmovilizarme los brazos mientras el otro me desabrocha el cinturón.

Intenté resistir. Me retorcí y pataleé. Pero eran demasiado fuertes para mí. Me bajaron los pantalones hasta las rodillas. El de la linterna me enfocó y retrocedió de un salto.

—¡La hostia!

—¿Qué pasa?

—¡Joder!

—¿Qué?

—Es un puto monstruo.

—¿Qué?

—Me dan ganas de vomitar, tío. ¡Fíjate!

En cuanto el otro echó una ojeada, me soltó como si tuviera la peste. Hecho una furia, se puso en pie. Mediante un acuerdo silencioso, empezaron a darme patadas al tiempo que proferían maldiciones. El que me había sujetado me dio una patada en el costado. Le cogí la pierna y me aferré a ella.

—¡Suéltame, monstruo!, el otro empezó a darme en la cabeza. Me dio tres o cuatro patadas antes de que perdiera el sentido.

Cuando volví en mí, todo estaba en calma. Me dio la impresión de que se habían marchado. Entonces oí una risita.

—Espadas cruzadas —dijo alguien.

Los dos chorros amarillentos, centelleando, se cruzaron. Me empaparon.

—Vuelve al agujero de donde has salido, monstruo.

Y allí me dejaron.

Aún era de noche cuando llegué a la fuente pública del acuario. Me lavé. No parecía que sangrase por ningún sitio. Tenía el ojo derecho hinchado, completamente cerrado. Cuando respiraba hondo me dolía el costado. Llevaba la Samsonite. Mi capital se reducía a setenta y cinco céntimos. Deseaba llamar a casa más que nada. En cambio, llamé a Bob Presto. Me dijo que vendría enseguida a recogerme.

# HERMAFRODITO



No es sorprendente que la teoría de Luce sobre la identidad sexual fuese popular a principios de los años setenta. En aquella época, según expresión de mi primer barbero, todo el mundo se apuntaba a lo unisex. La opinión más generalizada era que el medio ambiente constituía el factor determinante de la personalidad, que cada niño era como una pizarra en blanco sobre la que podía escribirse cualquier cosa. Mi propio historial médico sólo era un reflejo de lo que por entonces ocurría a todo el mundo en el plano psicológico. Las mujeres se parecían cada vez más a los hombres y éstos a las mujeres. Hubo un tiempo durante los setenta en que las diferencias sexuales estuvieron a punto de desaparecer. Pero entonces surgió otra cosa.

Se llamaba biología evolutiva. Bajo su influjo volvieron a separarse los sexos, los hombres como cazadores y las mujeres como recolectoras. Ya no era la educación lo que nos formaba, sino la naturaleza. Los impulsos de los homínidos, que databan del 20000 a. C., seguían siendo dominantes. De manera que así hemos llegado a las simplificaciones que hoy nos brindan las revistas y la televisión. ¿Por qué los hombres son incapaces de comunicarse? (Porque cuando iban de caza tenían que guardar silencio). ¿Por qué se comunican tan bien las mujeres? (Porque tenían que decirse a gritos dónde estaban la fruta y las bayas). ¿Por qué los hombres nunca encuentran nada en la casa? (Porque tienen un campo visual reducido, útil para seguir el rastro de la presa). ¿Por qué las mujeres encuentran tan fácilmente las cosas? (Porque estaban acostumbradas a otear el horizonte para proteger su cubil). ¿Por qué las mujeres no saben aparcar en doble fila? (Porque un nivel bajo de testosterona inhibe el cálculo espacial). ¿Por qué los hombres no preguntan direcciones? (Porque es un signo de debilidad, y los cazadores nunca muestran debilidad). Ahí es donde estamos hoy. Los hombres y las mujeres están hartos de ser una misma cosa. Quieren ser diferentes otra vez.

Por tanto, tampoco sorprende que la teoría del doctor Luce se viera atacada en la década de los noventa. El niño ya no era una pizarra limpia: todo recién nacido llevaba inscrita la marca de la genética y la evolución. Mi vida está en el centro de ese debate. En cierto sentido, yo soy la solución. Al principio de mi desaparición, el doctor Luce estaba ansioso por encontrarme, sintiendo que había perdido su mayor hallazgo. Pero después posiblemente comprendió por qué me había fugado, llegando a la conclusión de que no le servía de apoyo a su teoría, sino que más bien era prueba de lo contrario. Confiaba en que me mantuviera callado. Tras publicar sus artículos sobre mí, rezó para que no apareciese y empezase a refutarlos.

Pero la cosa no es tan sencilla. Yo no encajo en ninguna de esas teorías. Ni en la de la biología evolutiva ni en la de Luce. Mi conformación psicológica no concuerda con ese esencialismo tan popular en el movimiento intersexual. A diferencia de otros de los llamados pseudohermafroditas varones de los que se ha escrito en la prensa, yo nunca me sentí fuera de lugar siendo chica. Sigo sin encontrarme enteramente a gusto entre hombres. El deseo me hizo cruzar al otro lado, el deseo y la realidad de mi cuerpo. En el siglo xx, la genética introdujo en nuestras propias células la antigua noción griega del destino. El nuevo siglo que acabamos de estrenar ha descubierto algo diferente. Contrariamente a todas las expectativas, el código subyacente en nuestro ser es deplorablemente inadecuado. En lugar de los 200.000 genes esperados, sólo tenemos 30.000. No muchos más que una mosca.

De manera que surge otra nueva y extraña posibilidad. Debilitada, indefinida, desdibujada, pero no enteramente borrada: el libre albedrío vuelve a la escena. La biología nos da un cerebro. La vida lo convierte en intelecto.

En cualquier caso, en el San Francisco de 1974, la vida se esforzaba por darme uno.



Ahí está otra vez: el olor a cloro. Bajo el aroma, nasalmente grato, de la chica que se sentaba a horcajadas sobre sus piernas, pero distinto del mantecoso olor a palomitas de maíz que aún permea las viejas butacas del cine, el señor Go percibe el inconfundible olor de una piscina. ¿Ahí dentro? ¿En el Sixty-Niners? Olisquea. Flora, la chica sentada sobre él, dice:

—¿Te gusta mi perfume?

Pero el señor Go no contesta. El señor Go no suele hacer caso a las chicas que paga para que se columpien sobre su regazo. Lo que más le gusta es tener encima una chica subiéndolo y bajándolo como una rana mientras contempla a otra muchacha que baila en el escenario en torno a una barra reluciente. El señor Go es multifuncional. Pero esta noche es incapaz de dividir sus atenciones. El olor a piscina le está distrayendo. Y así lleva más de una semana. Volviendo la cabeza, que oscila suavemente bajo los esfuerzos de Flora, el señor Go observa la cola que se está formando frente al cordón violeta. La sala, con sus aproximadamente cincuenta butacas, está casi enteramente vacía. Entre la luz azulada, sólo se distinguen unas cuantas cabezas de hombres, algunas frente al escenario, otras, como la del señor Go, acompañadas de jinete: amazonas oxigenadas.

Tras el cordón violeta hay un tramo de escaleras bordeado de luces parpadeantes. Para subir, hay que pagar una entrada aparte de cinco dólares. Al llegar al segundo

piso del club (según le han dicho al señor Go), la única opción es entrar en una cabina, donde es preciso insertar fichas que hay que comprar abajo al precio de veinticinco centavos cada una. Tras hacer todo eso, se tiene derecho a echar un rápido vistazo a algo que el señor Go no ha entendido muy bien. El inglés del señor Go es más que adecuado. Lleva cincuenta y dos años viviendo en Estados Unidos. Pero el cartel que anuncia las atracciones del piso de arriba no tiene mucho sentido. Por eso siente curiosidad. Que el olor a cloro estimula aún más.

Pese a que en las últimas semanas hay más tránsito hacia el segundo piso, el señor Go aún no ha subido. Ha permanecido fiel a la planta baja, donde por el módico precio de admisión de diez dólares puede elegir entre diversas actividades. El señor Go, si así lo desea, puede salir de la Sala de Espectáculos y entrar en la Cámara Oscura al final del pasillo. En la Cámara Oscura hay linternas que arrojan diminutos puntos de luz. Las manejan hombres que avanzan agachados. Si uno se adentra lo suficiente en la estancia, encuentra a una chica, a veces a dos, tendida en una plataforma tapizada de gomaespuma. Claro que en cierto modo presuponer la existencia real de una chica, o incluso de dos, es un acto de fe. En la Cámara Oscura nunca se ve a una chica completa. Sólo trozos. Se ve lo que iluminan las linternas. Una rodilla, por ejemplo, o un pezón. O bien, lo que resulta de especial interés al señor Go y sus compañeros, se ve el objeto de objetos, purificado, por decirlo así, sin la rémora de un cuerpo ligado a él.

El señor Go también puede aventurarse en el Salón de Baile. Allí hay chicas que están deseando bailar una pieza lenta con el señor Go. De todos modos a él no le gusta la música de discoteca, y a su edad se cansa fácilmente. Requiere demasiado esfuerzo apretar a las chicas contra las paredes guateadas del Salón de Baile. El señor Go prefiere, con mucho, sentarse en la Sala de Espectáculos, en las butacas salpicadas de manchas que originalmente estaban en un cine *art déco* de Oakland ya demolido.

El señor Go tiene setenta y tres años. Todas las mañanas, para conservar su virilidad, se bebe un té que contiene cuerno de rinoceronte. También come vesícula de oso, cuando la encuentra en la farmacia china de su barrio. Los afrodisíacos parece que dan resultado. El señor Go llega al Sixty-Niners al anochecer. Le gusta hacer una broma a la chica que se le sienta en el regazo:

—El señor Go quiere gogó.

Ésa es la única ocasión en que ríe o sonrío, cuando hace esa broma.

Cuando el club no está lleno —abajo rara vez lo está, dicho sea de paso—, Flora hace a veces compañía al señor Go durante tres o cuatro canciones. Por un dólar, le cabalga durante una canción; pero sigue montándole gratis durante un par de canciones más. A ojos del señor Go, ése es uno de los méritos de Flora. Ya no es joven, pero tiene una piel clara, agradable. Al señor Go le da la impresión de que está

sana.

Esta noche, sin embargo, al cabo de sólo dos canciones. Flora se baja del señor Go, rezongando.

—No soy una entidad de crédito, ¿sabes? —dice antes de marcharse.

El señor Go se levanta, arreglándose los pantalones, y justo entonces el olor a piscina lo asalta de nuevo y la curiosidad acaba dominándolo. Arrastrando los pies, sale de la Sala de Espectáculos y mira escaleras arriba, al cartel que dice:



Y el señor Go ya no puede aguantar la curiosidad. Compra una entrada y un puñado de fichas y se pone a la cola con los demás. Cuando el gorila los deja pasar, sube la destellante escalera. Las cabinas de la planta alta no tienen números, sólo una luz que indica si están ocupadas. Encuentra una vacía, cierra la puerta al entrar e introduce una ficha en la ranura. Inmediatamente se corre una cortina para revelar una mirilla que descubre el fondo de una piscina. Se oye música por un altavoz del techo y una voz grave empieza a narrar una historia:

—Había una vez en la antigua Grecia una laguna encantada. Esa laguna estaba consagrada a Salmacis, la ninfa del agua. Y un día, Hermafrodito, un hermoso muchacho, fue a bañarse allí.

La voz continúa, pero el señor Go ya no le presta atención. Está mirando a la piscina azul, en la que no se baña nadie. Se pregunta dónde estarán las chicas. Empieza a lamentar haber comprado una entrada para el Jardín de Neptuno. Pero entonces, la voz declama:

—¡Señoras y caballeros, he aquí al dios Hermafrodito! ¡Medio mujer, medio hombre!

Se oye el ruido de algo al caer al agua, que se pone blanca y después rosa. A sólo

unos centímetros de la mirilla aparece un cuerpo, un cuerpo vivo. El señor Go lo observa. Entorna los ojos. Aprieta la nariz contra la mirilla. Nunca en la vida ha visto lo que ahora tiene delante de los ojos. Ni en todos los años que lleva visitando la Cámara Oscura. No está seguro de que le guste. Pero la visión le da una sensación extraña, de ingravidez, de mareo, y en cierto modo, de juventud. En ese momento la cortina se cierra. Sin vacilar, el señor Go introduce otra ficha en la ranura.

El Sixty-Niners de San Francisco, el club de Bob Presto: estaba en North Beach, a la vista de los rascacielos del centro. Era un barrio de cafés italianos, pizzerías y bares de *topless*. En North Beach había templos de *striptease* como el Carol Doda's, con su famoso busto recortado en la marquesina. En la acera, voceadores cogían por banda a los transeúntes.

—¡Caballeros! ¡Entren a ver el espectáculo! Pasen a echar una mirada. Un vistazo no cuesta nada.

Mientras el individuo que estaba a la puerta del club de al lado gritaba:

—¡Tenemos las mejores chicas, pasen, que se abre el telón!

Y el siguiente:

—¡Espectáculo erótico en vivo, caballero! ¡Y, además, en nuestro establecimiento podrá ver el partido!

Los voceadores eran tipos interesantes, poetas *manqués* en su mayor parte, y se pasaban el tiempo libre en la librería City Lights, hojeando libros de bolsillo de New Directions. Llevaban pantalones de rayas, corbatas chillonas, patillas, perillas. Mostraban tendencia a parecerse a Tom Waits, o a lo mejor era al revés. Como personajes de Mamet, poblaban una Norteamérica que jamás existió: la idea que un niño tiene de charlatanes, oportunistas y bajos fondos.

Suele decirse: San Francisco es el lugar donde se jubilan los jóvenes. Y aunque la descripción de un descenso a ese sórdido inframundo sin duda añadiría color a mi relato, tengo el deber de mencionar que el barrio de North Beach sólo se compone de unas pocas manzanas. La geografía de San Francisco es demasiado hermosa para permitir que lo sórdido ponga siquiera el pie en ella, de modo que junto a aquellos voceadores había muchos paseantes, turistas que llevaban hogazas de pan fermentado y bombones de Ghirardelli. Durante el día había gente que patinaba y jugaba en los parques. Pero al anochecer las cosas se ponían por fin un poco sórdidas, y desde las nueve de la noche a las tres de la madrugada no paraban de entrar hombres en el Sixty-Niners.

Que era el sitio, como ya es más que evidente, donde yo trabajaba entonces. Me pasé los cuatro meses siguientes —y afortunadamente nunca más— actuando seis horas diarias durante cinco noches a la semana, exhibiendo el singular modo en que estoy hecho. La clínica me había preparado para eso, embotando mi sentido de la vergüenza, y además tenía una desesperada necesidad de dinero. El Sixty-Niners era

un lugar perfecto para actuar. Trabajaba con dos chicas: Carmen y Zora.

Presto era un canalla, un explotador sexual, un verdadero guarro, pero podía haber dado con algo peor. Sin él nunca me habría encontrado a mí mismo. Tras recogerme en el parque, maltratado y lleno de cardenales, Presto me llevó a su apartamento. Su novia Wilhelmina, que era de Namibia, me curó las heridas. En cierto momento perdí el sentido y ellos me desnudaron y me metieron en la cama. Fue entonces cuando Presto comprendió el alcance de la suerte que había tenido.

Estuve un tiempo recobrando y perdiendo el conocimiento, percibiendo retazos de su conversación.

—Estaba seguro. Lo supe en cuanto lo vi en el restaurante.

—No sabías nada, Bob. Pensabas que era un transexual.

—Sabía que era una mina de oro.

Y más tarde, Wilhelmina:

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—No los aparenta.

—Él dice que los tiene.

—Y tú necesitas creerle, ¿verdad, Bob? Quieres que trabaje en el club.

—Me llamó *él*. Así que le hice una oferta.

Y más tarde aún:

—¿Por qué no llamas a sus padres, Bob?

—El chaval se ha fugado de casa. No quiere llamar a sus padres.

El Jardín de Neptuno era anterior a mi número. La idea se le había ocurrido a Presto seis meses antes. Carmen y Zora trabajaban allí desde el principio con el nombre, respectivamente, de Ellie y Melanie. Pero Presto siempre andaba a la caza de bichos raros para exhibirlos, y sabía que conmigo tenía ventaja sobre sus competidores de North Beach. No había nada parecido por allí.

La piscina no era muy grande. Como las que se instalan en el jardín sin necesidad de excavar. Cinco metros de largo por unos dos y medio de ancho. Descendíamos por una escalerilla y nos dejábamos caer al agua tibia. Las cabinas estaban situadas frente al fondo de la piscina; la superficie no era visible. Así que podíamos sacar la cabeza fuera del agua, si queríamos, y charlar mientras trabajábamos. Con tal que nos sumergiéramos de cintura para abajo, los clientes se daban por satisfechos.

—No vienen aquí por tu cara bonita —me explicó Presto.

Todo eso facilitaba mucho las cosas. No creo que hubiera podido actuar en un escenario normal, delante de aquellos *voyeurs*. Su mirada me habría arrancado el alma. Pero en la piscina, cuando me sumergía cerraba los ojos. Me movía como una ola en el silencio submarino. Cuando me apretaba contra el cristal de una mirilla, sacaba la cabeza del agua y así no era consciente de los ojos que me examinaban el

molusco. ¿Cómo dije antes? La superficie del mar es un espejo que refleja sendas evolutivas opuestas. Arriba, las criaturas del aire; abajo, las del agua. Un solo planeta con dos mundos. Los clientes eran criaturas marinas; Zora, Carmen y yo seguíamos siendo esencialmente seres del aire. En su atuendo de sirena, Zora se tumbaba en una moqueta empapada de agua, esperando su turno para actuar detrás de mí. A veces, cuando yo me quedaba agarrado al borde de la piscina, ella me ponía un porro entre los labios para que diera una calada. Al cabo de diez minutos, me encaramaba a la moqueta y me secaba.

—¡Un aplauso para Hermafrodito, señoras y caballeros! —decía mientras Bob Presto por el sistema de megafonía—. ¡Sólo aquí, en el Jardín de Neptuno, donde la sexualidad no tiene trabas! ¡Os lo aseguro, amigos, nos da lo mismo el churro que la almeja, el trico traco a pluma que a pelo...!

Tumbada de costado, Zora, ojos azules y pelo dorado, me preguntaba:

—¿Tengo subida la cremallera?

Yo lo comprobaba.

—Estoy resfriada. Con esta piscina estoy siempre resfriada.

—¿Quieres algo del bar?

—Tráeme un Negroni, Cal. Gracias.

—Señoras y caballeros, ha llegado el momento de pasar a nuestra siguiente atracción, aquí, en el Jardín de Neptuno. Sí, ya veo que los chicos del acuario Steinhardt la están trayendo en estos instantes. Introduzcan sus fichas en las ranuras, señoras y caballeros, esto es algo que no pueden perderse. ¿Pueden dar un redoble de tambor, por favor? Pensándolo mejor, que sea un redoble de cerveza.

Empezaba la música de Zora. Su obertura.

—Señoras y caballeros, desde épocas inmemoriales los marinos vienen contando historias de haber visto a criaturas increíbles, mitad mujer, mitad pez, que aparecen en medio de los mares. Y aquí, en el Sixty-Niners, no dábamos crédito a esas leyendas. Pero un conocido nuestro que se dedica a la pesca del atún nos trajo el otro día una captura sorprendente. Ahora sabemos que esas historias eran verdaderas. Señoras y caballeros —canturreaba Bob Presto—..., ¿es que no huelen ustedes a *pescado*?

Al oír el pie, Zora, con su traje de goma y sus escamas de brillantes lentejuelas verdes, se dejaba caer en la piscina. El traje le llegaba a la cintura, dejándole al aire el pecho y los hombros. Entre la luz acuática, Zora serpenteaba, abriendo los ojos bajo el agua, cosa que yo no hacía, y sonriendo a los hombres y las mujeres que ocupaban las cabinas. Sus largos cabellos rubios ondeaban tras ella como algas marinas, diminutas burbujas cubriéndole los pechos como un adorno de perlas, mientras agitaba la relumbrante cola esmeralda. No había lascivia en sus movimientos. La belleza de Zora era tan grande que, simplemente, todos se contentaban con mirarla: la



piel blanca, los hermosos pechos, la tensa línea del vientre con el parpadeante ombligo, la espléndida curva de su oscilante trasero donde la carne se fundía con las escamas. Nadaba con los brazos a los costados, ondulando voluptuosamente. Su rostro irradiaba serenidad; sus ojos, una azulada luz caribeña. En la planta baja latía un continuo ritmo discotequero, pero arriba, en el Jardín de Neptuno, la música era etérea, una especie de melodioso burbujeo.

Desde cierto punto de vista, aquel número no carecía de ingredientes artísticos. El Sixty-Niners era un pabellón sórdido, pero el ambiente del Jardín era exótico en vez de vulgar. Constituía el equivalente sexual del Trader Vics. Los espectadores iban a ver cosas raras, cuerpos fuera de lo corriente, pero la atracción residía principalmente en la transferencia que se producía. Atisbando por la mirilla, los clientes veían realmente los cuerpos de carne y hueso que a veces se les aparecían en sueños. Había clientes, heterosexuales casados, que a veces soñaban que hacían el amor con mujeres dotadas de penes, no penes masculinos, sino delgados y afilados pedúnculos femeninos, como estambres de flores, clítoris que se habían alargado enormemente por la abundancia de deseo. Había clientes homosexuales que soñaban con muchachos que casi eran mujeres, de piel suave, lampiños. Había clientas lesbianas que soñaban con mujeres con pene, no con un pene masculino, sino con una erección femenina de una sensibilidad y viveza que ningún consolador podía sustituir. Es imposible saber el porcentaje de población que tiene esos sueños de metamorfosis sexual. Pero ese tipo de personas acudía a vernos a nuestro neptúneo jardín, ocupando todas las cabinas.

Después de Melanie la Sirena, aparecía Ellie y su Electrizante Anguila. Al principio, la anguila no se veía por ningún lado. Lo que se lanzaba a las profundidades azuladas parecía ser una esbelta muchacha hawaiana, vestida con un biquini de nenúfares. Mientras nadaba, se le desprendía la parte de arriba y seguía siendo una chica. Pero al invertir la posición y ponerse de cabeza, en un gracioso ballet acuático, bajándose hasta las rodillas la parte inferior del biquini..., ah, entonces era cuando la anguila producía una súbita conmoción. Porque entonces aparecía, justo donde no debía estar, en el esbelto cuerpo de la muchacha, una anguila parduzca, delgada, con aire de mal genio, una especie en peligro de extinción, y mientras Ellie se frotaba contra el cristal, la anguila se iba alargando más y más; miraba a los clientes con su ojo ciclópeo; y ellos, a su vez, observaban los pechos, la esbelta cintura, paseaban la mirada de Ellie a la anguila, de la anguila a Ellie, y se quedaban electrizados por la unión de los contrarios.

Carmen era un transexual de hombre a mujer que aún no se había operado. Procedía del Bronx. Menuda, de huesos delicados, era una maniática de los lápices de ojos y las barras de labios. Siempre estaba a régimen. No probaba la cerveza por temor a que le saliera tripa. En mi opinión, exageraba haciendo el numerito de *femme*.

En el entorno espacial de Carmen siempre había mucho movimiento de caderas y agitación de melena. Tenía una preciosa cara de náyade: chica por arriba y, por abajo, chico conteniendo la respiración. A veces se le cuarteaba la piel por las hormonas que tomaba. Su médico (el muy solicitado doctor Mel, de San Bruno) tenía que adaptarle continuamente la dosis. Los únicos rasgos que delataban a Carmen eran la voz, que seguía siendo ronca pese a los estrógenos y la progestina, y las manos. Pero los hombres nunca se fijaban en eso. Y querían que Carmen fuese impura. En eso consistía realmente la atracción, en realidad.

Su historia se ajustaba más que la mía al guión tradicional. Desde temprana edad, Carmen había tenido la sensación de haber nacido en un cuerpo que no le correspondía. Un día, en los vestuarios, me dijo con su acento de la parte baja del Bronx:

—Y me preguntaba, pero ¿quién me ha puesto a mí esta pilila, coño? Yo no la he pedido.

Pero seguía teniéndola, al menos, de momento. Eso era lo que venían a ver los hombres. Zora, con tendencia al pensamiento analítico, consideraba que a los admiradores de Carmen los movía una homosexualidad latente. Pero Carmen se resistía a esa interpretación.

—Todos mis novios son heteros. Desean a una *mujer*.

—Está claro que no.

—En cuanto tenga ahorrado el dinero, me hago los bajos. Entonces, ya veremos. Seré más mujer que tú, Z.

—Pues qué bien —repuso Zora—. Yo no quiero ser nada en particular.

Zora tenía insensibilidad a los andrógenos. Su organismo era inmune a las hormonas masculinas. Aun siendo XY, como yo, había desarrollado líneas femeninas. Pero a Zora le habían salido las cosas mejor que a mí. Aparte de rubia, era bien proporcionada y de labios carnosos. Los pómulos salientes le dividían el rostro en llanuras árticas. Cuando hablaba, la piel se le estiraba sobre aquellos pómulos y se le ahuecaba entre las mandíbulas, formando una tensa máscara, como de duende, dominada por una penetrante mirada azul. Y luego estaba su figura, los pechos de lechera, el vientre de campeona de natación, las piernas de velocista o bailarina de Martha Graham. Incluso desnuda, Zora parecía toda una mujer. No había signos visibles de que no poseyera útero ni ovarios. El síndrome de insensibilidad a los andrógenos creaba a la mujer perfecta, me dijo Zora. Una buena cantidad de modelos de primera fila lo tenía.

—¿Cuántas tías hay de uno noventa, delgadas y con peras grandes? No muchas. Pero eso, entre las que son como yo, es algo normal.

Atractiva o no, Zora no quería ser mujer. Prefería identificarse como hermafrodita. Fue el primer hermafrodita que conocí. La primera persona que era

como yo. Ya en 1974, utilizaba el término «intersexual», lo que era raro por entonces. De Stonewall sólo hacía cinco años. El movimiento por los derechos de los homosexuales estaba en marcha. Preparando el terreno para todas las luchas identitarias que siguieron, incluida la nuestra. Sin embargo, la Sociedad Intersexual de Norteamérica no se creó hasta 1993. Así que, en mi opinión, Zora Khyber fue una de las pioneras, una especie de Juan el Bautista clamando en el desierto. Ostensiblemente, aquel desierto era Norteamérica, por no decir el mundo entero, pero más concretamente radicaba en la casa de madera donde Zora vivía, en Noe Valley, y donde yo también me alojaba ahora. Una vez que Bob Presto se quedó satisfecho con los detalles de mis hechuras, llamó a Zora y organizó las cosas para que me quedara en su casa. Zora acogía a seres perdidos como yo. Formaba parte de su vocación. La niebla de San Francisco también daba cobertura a sus hermafroditas. No es sorprendente que la SIN se fundara precisamente en San Francisco y no en cualquier otra parte. En una época donde no había organización, Zora ya estaba en eso. Antes de que nazcan los movimientos surgen centros de energía, y Zora era uno de esos centros. Principalmente, su política consistía en estudiar y escribir. Y en los meses que viví con ella, se dedicó a educarme, a sacarme de lo que ella denominaba mi gran oscuridad del Medio Oeste.

—No tienes que trabajar con Bob si no quieres —me dijo—. Yo lo voy a dejar pronto. Sólo es algo temporal.

—Necesito el dinero. Me robaron todo lo que tenía.

—Y tus padres, ¿qué?

—No quiero pedírselo —le dije y, bajando la cabeza, admití—: No puedo llamarles.

—¿Qué te ha pasado, Cal? Si me permites preguntarlo. ¿Por qué estás aquí?

—Me llevaron a ver a un médico, a Nueva York. Quería operarme.

—Así que te escapaste.

Asentí con la cabeza.

—Considérate afortunado. Yo no me enteré hasta los veinte años.

Todo eso ocurrió el primer día que pasé en casa de Zora. Aún no había empezado a trabajar en el club. Primero me tendrían que desaparecer los cardenales. No estaba sorprendido de encontrarme allí. Cuando se viaja como yo había hecho con un destino impreciso y un itinerario de duración indefinida, el carácter se impregna de una amplitud de miras casi sagrada. Ése es el motivo de que los primeros filósofos fueran peripatéticos. Y Cristo también. Me veo aquel primer día, sentado con las piernas cruzadas en el suelo, sobre un cojín estampado, bebiendo té verde en una taza *raku* y mirando atentamente a Zora con mis grandes ojos, llenos de curiosidad y esperanza. Con el pelo corto, mis ojos parecían más grandes de lo que eran, como los de esos iconos bizantinos donde una figura sube por una escalera hacia el cielo, con

la mirada puesta en lo alto, mientras sus congéneres se precipitan hacia los violentos demonios del mundo inferior. Después de todas mis vicisitudes, ¿no tenía derecho a esperar alguna recompensa en forma de conocimiento o revelación? En casa de Zora, entre mamparas japonesas, con una luz neblinosa entrando por las ventanas, yo era como un recipiente vacío que esperaba llenarse con las palabras que salían de sus labios.

—Siempre ha habido hermafroditas, Cal. De toda la vida. Platón afirmaba que el primer ser humano era hermafrodita. ¿Lo sabías? En un principio, la persona estaba compuesta de dos mitades, una masculina y otra femenina. Luego se separaron. Por eso todo el mundo anda buscando su otra mitad. Salvo nosotros. Nosotros ya tenemos las dos mitades.

No dije nada del Objeto.

—Bueno, en algunas culturas nos consideran bichos raros —prosiguió—, pero en otras, es lo contrario. Los navajos tienen una categoría de personas que denominan *berdache*. En principio, un *berdache* es alguien que cambia de sexo, que adopta una identidad sexual distinta de la de su sexo de nacimiento. Recuerda, Cal. El sexo es biológico. La identidad sexual es cultural. Los navajos entienden perfectamente ese hecho. Si alguien quiere cambiar de identidad sexual, se lo permiten. Y no lo denigran, sino que lo honran. Los *berdaches* son los chamanes de la tribu. Los curanderos, los grandes tejedores, los artistas.

¡Yo no era el único! Eso fue lo primero que comprendí escuchando a Zora. En aquel preciso momento supe que debía quedarme una temporada en San Francisco. El destino o la suerte, me habían traído hasta aquella ciudad, y tenía que aprovechar todo lo que me brindara. No importaba lo que me viera obligado a hacer para ganar dinero. Sólo quería quedarme con Zora, aprender de ella y sentirme menos solo en el mundo. Ya estaba cruzando la puerta encantada de los gozosos y exultantes días de la juventud. Aquella primera tarde ya fue cediendo el dolor de las costillas. Incluso el aire parecía arder, sutilmente inflamado de energía como suele ocurrir cuando se es joven, cuando las sinapsis se disparan frenéticamente y la muerte está muy lejos.

Zora estaba escribiendo un libro. Aseguraba que lo iba a publicar en una pequeña editorial de Berkeley. Me mostró el catálogo de la editorial. Tenía un fondo ecléctico, ensayos sobre budismo, el misterioso culto de Mitra, e incluso un libro extraño (un híbrido en sí mismo) que mezclaba la genética con la biología celular y el misticismo hindú. El trabajo de Zora habría encajado perfectamente en aquella lista. Pero nunca tuve claro hasta qué punto pensaba publicarlo realmente. Después, he buscado durante años el libro de Zora, que se titulaba *El hermafrodita sagrado*. Nunca lo he encontrado. Si no llegó a terminarlo, no habrá sido por falta de capacidades. En su casa leí buena parte del libro. A mi edad, yo no era entonces capaz de apreciar la finura literaria o intelectual, pero Zora poseía verdaderos conocimientos. Había

estudiado el tema y se lo sabía a pie juntillas. Tenía las estanterías llenas de libros de antropología y de las obras de los estructuralistas y de constructivistas franceses. Escribía casi diariamente. Extendía los papeles y los libros sobre la mesa y se ponía a tomar notas y a escribir a máquina.

—Voy a hacerte una pregunta —le dije un día—. ¿Por qué lo vas diciendo por ahí?

—¿A qué te refieres?

—Mirándote, nadie lo sabría nunca.

—Quiero que la gente lo sepa, Cal.

—¿Por qué?

Zora dobló las largas piernas y se sentó sobre ellas. Con aquellos ojos de hada, almendrados, azules y glaciales fijos en los míos, me dijo:

—Porque nosotros somos lo que viene después.

*—Había una vez en la antigua Grecia una laguna encantada. Esa laguna estaba consagrada a Salmacis, la ninfa del agua. Y un día, Hermafrodito, un hermoso muchacho, fue a bañarse allí...*

Ahí era cuando yo metía los pies en la piscina. Los movía de un lado para otro mientras proseguía la narración.

*—Salmacis miró al bello muchacho y se despertó su deseo. Se acercó nadando para mirarlo mejor.*

Ahora yo empezaba a hundirme en el agua centímetro a centímetro; pantorrillas, rodillas, muslos. Si seguía el ritmo marcado por Presto, en ese momento ya se habrían cerrado las mirillas. Algunos clientes se marchaban, pero muchos introducían más fichas en la ranura. Las pantallas se alzaban, dejando libres las mirillas.

*—La ninfa del agua intentaba dominarse. Pero no podía resistirse a la belleza del muchacho. No le bastaba con mirar. Salmacis siguió nadando, acercándose cada vez más. Y entonces, aturdida por el deseo, cogió al muchacho por detrás, aprisionándolo entre sus brazos.*

Yo empezaba a patlear, agitando el agua para entorpecer la visión de los clientes.

*—Hermafrodito se debatió para liberarse del tenaz abrazo de la ninfa del agua, señoras y caballeros. Pero Salmacis era demasiado fuerte. Y tan desenfrenado era su deseo que los dos se hicieron uno. Sus cuerpos se amalgamaron, el masculino se fundió en el femenino, el femenino en el masculino. ¡He aquí al dios Hermafrodito!*

Momento en el cual terminaba de dejarme caer en la piscina, enseñando todo el cuerpo.

Y las mirillas se cerraban.

A partir de ese momento nadie salía de la cabina. Todos prorrogaban su estancia en el Jardín. Debajo del agua oía las monedas cayendo en las cajas de cambio. Eso me recordaba cuando, en casa, me metía bajo el agua de la bañera para oír el sonido

metálico de las cañerías. Intentaba pensar en cosas así. Y entonces todo parecía muy lejano. Era como si me estuviera bañando en Middlesex. Entretanto, los rostros se pegaban a las mirillas, los ojos abiertos de asombro, curiosidad, asco, deseo.

Siempre trabajábamos colocados. Eso era un requisito esencial. Al ponernos los respectivos atuendos, Zora y yo encendíamos el primer porro de la noche. Zora traía un termo de Avena con hielo, que yo me bebía como si fuera gaseosa. Lo que buscábamos era un estado de semiinconsciencia, una especie de fiesta íntima. Eso hacía que aquellos hombres resultaran menos reales, menos perceptibles. De no haber sido por Zora, no sé lo que habría hecho. Nuestra casita de madera entre la bruma y los árboles, convenientemente rodeada por un seto californiano, el pequeño estanque *koi* lleno de peces de colores, el templo budista del jardín, hecho de granito azul: aquello fue un refugio para mí, una casa de acogida donde me preparé para volver al mundo. Durante aquellos meses, mi vida estuvo tan dividida como mi cuerpo. Pasaba la noche en el Sixty-Niners, esperando en torno a la piscina, aburrido, colocado, riendo entre dientes, descontento. Pero uno se acostumbra a eso. No hay más que conocer las sustancias que lo combaten y borrarlo de la mente.

Durante el día, Zora y yo llevábamos una vida completamente normal. Tenía escritas ciento dieciocho páginas del libro. Eran del papel cebolla más fino que yo había visto jamás. Por tanto, el manuscrito era muy frágil. Había que cogerlo con cuidado. Zora hacía que me sentara a la mesa de la cocina mientras ella lo manipulaba como un bibliotecario un infolio de Shakespeare. En otras circunstancias, Zora no me trataba como un crío. Me permitía llevar mi propio horario. Me pidió que la ayudara con el alquiler. Pasábamos la mayor parte del día deambulando por la casa en kimono. Zora adoptaba una expresión severa cuando trabajaba. Yo me sentaba en la terraza a leer libros de sus estanterías: Kate Chopin, Jane Bowles y la poesía de Gary Snyder. Aunque no nos parecíamos en nada, Zora siempre se mostraba categórica sobre nuestra solidaridad. Nos enfrentábamos a los mismos prejuicios y malentendidos. Eso me daba ánimos, pero nunca albergué sentimientos fraternales hacia Zora. No llegué a conseguirlo. No hacía más que pensar en aquel cuerpo bajo la bata. Iba por la casa apartando la vista y tratando de no mirar. Por la calle la gente me tomaba por un chico. Zora hacía que la gente volviera la cabeza. Los hombres silbaban a su paso. A ella no le gustaban los hombres, sin embargo. Sólo las lesbianas.

Tenía una cara oculta. Bebía hasta el extremo y a veces se ponía desagradable. Protestaba furiosamente contra el fútbol americano, el dominio masculino, los niños, los sementales, los políticos y los hombres en general. En esas ocasiones Zora mostraba tal violencia que me ponía nervioso. Había sido reina de la belleza en el instituto. Se había sometido a caricias que la habían dejado insensible y a sesiones de dolorosa cópula. Como muchas bellezas, Zora había atraído a los peores individuos.

Charlatanes universitarios, farsantes, herpéticos jefes de sección. No era sorprendente que tuviera una pobre opinión de los hombres. Yo excluido. Ella me consideraba un tío legal. No un hombre entero y verdadero. Y en eso tenía mucha razón.

Los padres de Hermafrodito eran Hermes y Afrodita. Ovidio no nos dice cómo se sintieron después de la desaparición de su hijo. En cuanto a mis padres, seguían sin apartarse del teléfono en ningún momento, negándose a salir juntos y dejar la casa sola. Pero ahora tenían miedo de cogerlo, temiendo malas noticias. La ignorancia parecía preferible al luto. Siempre que sonaba el teléfono, hacían una pausa antes de contestar. Esperaban hasta escuchar tres o cuatro timbrazos.

Llevaban la desesperación con armonía. En los meses de mi desaparición, Milton y Tessie eran presa de los mismos agujones de pánico, las mismas descabelladas esperanzas, los mismos insomnios. Hacía años que su vida emocional no estaba tan sincronizada, y en consecuencia volvieron un poco a la época en que se enamoraron.

Empezaron a hacer el amor con una frecuencia olvidada años atrás. Si Capítulo Once no estaba en casa, no se tomaban la molestia de subir a la planta alta, sino que permanecían en la habitación donde se encontraran en ese momento. Probaron en el sofá de cuero rojo del estudio; se tumbaron sobre las majuelas y los pájaros del sofá de la sala de estar; y alguna que otra vez llegaron a tenderse en la áspera moqueta de la cocina, que tenía un dibujo de ladrillos. El único sitio del que no se sirvieron fue el sótano, porque allí no había teléfono. Sus relaciones sexuales no eran apasionadas, sino lentas y elegíacas, llevadas con el magistral ritmo del sufrimiento. Ya no eran jóvenes; habían perdido la belleza del cuerpo. Pero repetían el acto con el que me habían creado como si pudieran traerme de vuelta por arte de magia. En ocasiones, Tessie lloraba después. Milton permanecía con los ojos firmemente cerrados. Sus respectivos esfuerzos no acababan en una plenitud de sensaciones, ni en una liberación, o sólo rara vez.

Entonces, un día, tres meses después de mi fuga, cesaron las señales que llegaban al cordón espiritual de mi madre. Tessie estaba en la cama cuando dejó de sentir aquel tenue susurro o cosquilleo en el ombligo. Se incorporó, llevándose la mano al vientre.

—¡Ya no la siento! —gritó Tessie.

—¿Qué?

—¡Se ha cortado el cordón! ¡Han cortado el cordón!

Milton intentó razonar con Tessie, pero fue inútil. A partir de aquel momento, mi madre se convenció de que algo horrible me había sucedido.

Y así en la armonía del dolor de mis padres entró la discordia. Mientras Milton se esforzaba por mantener una actitud positiva, Tessie se hundía cada vez más en la desesperación. Empezaron a pelearse. De cuando en cuando, el optimismo de Milton influía en mi madre, que recobraba la alegría durante uno o dos días. Se decía a sí

misma que, después de todo, no sabían nada seguro. Pero esos estados de ánimo eran pasajeros. Cuando estaba sola, Tessie esperaba sentir algo en el cordón umbilical, pero no había nada, ni siquiera una señal de socorro.

Para entonces mi desaparición ya duraba cuatro meses. Estábamos en enero de 1975. Había pasado mi decimoquinto cumpleaños sin que hubiera rastro de mí. Un domingo por la mañana, mientras Tessie estaba en la iglesia, rezando por mi vuelta, sonó el teléfono.

—¿Diga? —contestó Milton.

Al principio no hubo respuesta. Milton oía un ruido de fondo, una radio que sonaba en otra habitación, quizá. Luego habló alguien con la boca cubierta con un pañuelo.

—Seguro que echas de menos a tu hija, Milton.

—¿Quién llama?

—Una hija es algo muy especial.

—¿Quién es usted? —inquirió Milton de nuevo, pero la comunicación se cortó.

No le dijo nada a Tessie. Pensó que era un chiflado. O un empleado descontento. En 1975 hacía estragos la recesión económica, y Milton se había visto obligado a cerrar algunas franquicias. Al domingo siguiente, sin embargo, volvió a sonar el teléfono. Esta vez Milton contestó a la primera llamada.

—¿Diga?

—Buenos días, Milton. Hoy voy a hacerte una pregunta. ¿Te gustaría saber cuáles es, Milton?

—Dígame quién es usted o cuelgo ahora mismo.

—Me parece que no vas a hacer eso, Milton. Soy el único que puede devolverte a tu hija.

Milton hizo entonces algo muy característico. Tragó saliva, alzó los hombros y, con una pequeña inclinación de cabeza, se preparó para afrontar lo que fuese.

—De acuerdo —dijo—. Le escucho.

Y entonces colgaron.

—*Había una vez en la antigua Grecia una laguna encantada...*

A aquellas alturas era capaz de hacerlo dormido. Y lo *hacía* dormido, si tenemos en cuenta las juergas de detrás del escenario, el abundante Averno, la sedante humareda. Llegó Halloween, y se fue. También Acción de Gracias, y luego Navidad. En Nochevieja, Bob Presto dio una gran fiesta. Zora y yo bebimos champán. Llegado el momento de mi actuación, me tiré a la piscina. Estaba muy colocado, borracho perdido, así que aquella noche hice algo fuera de lo habitual. Abrí los ojos bajo el agua. Vi los rostros que me miraban y comprobé que no estaban perplejos. Aquella noche me divertí en la piscina. En cierto modo me vino bien. Fue muy *terapéutico*. En el interior de Hermafrodito se removían viejas tensiones, tratando de encontrar



una salida. Los traumas del vestuario se iban superando. La vergüenza de tener un cuerpo distinto de los demás se disipaba. La sensación de ser un monstruo desaparecía. Y con vergüenza y desprecio de sí mismo, otra herida se iba curando. Hermafrodito empezó a olvidarse del Oscuro Objeto.

En las últimas semanas que pasé en San Francisco, leí todo lo que Zora me daba, tratando de ilustrarme. Leí sobre hiperadrenocorticismo y testículos feminizantes, así como sobre algo denominado criptorquidia, que se aplicaba a mi caso. Leí sobre el síndrome de Klinefelter, que manifiestan las personas con un cromosoma X adicional, hecho por el cual son altas, eunucoides y de mal carácter. A mí me interesaban más los datos históricos que los médicos. Por el manuscrito de Zora conocía a los *hijras* de India, los *kwoluaatmwols* de los sambias, en Papúa Nueva Guinea, y los *guevedoche* de la República Dominicana. Karl Heinrich Ulrichs, autor alemán, escribió en 1860 acerca de *das dritte Geschlecht*, el tercer sexo. Se denominó a sí mismo uranista, y estaba convencido de tener alma de mujer en un cuerpo de hombre. Hay muchas culturas en el mundo que han funcionado no con dos sexos, sino con tres. Y el tercero siempre ha sido especial, exaltado, dotado de dones místicos.

Una fría noche de llovizna lo intenté. Zora había salido. Era domingo y no trabajábamos. Me senté en el suelo en posición de medio loto y cerré los ojos. Concentrándome, en actitud de oración, esperé a que mi alma abandonara mi cuerpo. Traté de caer en trance o convertirme en un animal. Hice todo lo que pude, pero no pasó nada. En lo que se refería a facultades especiales, no parecía tener ninguna. No era Tiresias.

Todo lo cual me lleva a un viernes por la noche de finales de enero. Era después de medianoche. Carmen estaba en la piscina, haciendo su número de Esther Williams. Zora y yo seguíamos en los vestuarios, manteniendo la tradición (termo, cannabis). Con el atuendo de sirena, Zora no podía moverse mucho y estaba tendida en el sofá, una odalisca del signo de Piscis. La cola le colgaba por los almohadones de la cabecera del sofá, goteando. Por arriba llevaba una camiseta estampada con el nombre de Emily Dickinson.

En los vestuarios se oía tenuemente lo que pasaba en la piscina. Bob Presto estaba soltando su perorata.

—Señoras y caballeros, ¿están ustedes preparados para una experiencia verdaderamente electrizante?

Zora y yo movimos los labios murmurando la siguiente frase:

—¿Están listos para recibir una descarga de alto voltaje?

—Estoy harta de este sitio —dijo Zora—, verdaderamente harta.

—¿Nos despedimos?

—Deberíamos hacerlo.

—¿Y a qué nos íbamos a dedicar?

—A asesores hipotecarios.

Hubo un chapuzón en la cisterna.

—Pero ¿dónde está la anguila de Ellie? Parece que se ha escondido, señoras y caballeros. ¿Se habrá extinguido? A lo mejor la ha capturado un pescador. Eso es, señoras y caballeros, puede que la anguila de Ellie esté a la venta en el puerto pesquero.

—Bob cree que es un tipo con mucho ingenio —observó Zora.

—No se preocupen, señoras y caballeros. Ellie no va a defraudarnos. Ahí la tienen, amigos. ¡Echen una mirada a la anguila de Ellie!

Un ruido extraño salió de los altavoces. Una puerta se cerró con estrépito.

—Eh, pero ¿qué coño hacen? Aquí está prohibida la entrada.

Y entonces la megafonía dejó de funcionar.

Ocho años antes, la policía había hecho una incursión en un bar clandestino de la calle Doce de Detroit. Ahora, a comienzos de 1975, hizo una redada en el Sixty-Niners. Su acción no provocó revuelta alguna. Los clientes se apresuraron a abandonar las cabinas, saliendo a la calle y dispersándose a toda prisa. A nosotros nos condujeron abajo y nos pusieron en fila con las demás chicas.

—Vaya, pero ¿qué tenemos aquí? —exclamó un agente cuando llegó frente a mí—. Dime, ¿cuántos años tienes?

En la comisaría me permitieron hacer una llamada. Así que finalmente me vine abajo; me di por vencido y llamé a casa.

Contestó mi hermano.

—Soy yo —anuncié—. Cal.

Antes de que Capítulo Once tuviera tiempo de contestar, se lo conté todo precipitadamente. Le dije dónde estaba y lo que había pasado.

—No se lo digas a papá y mamá —concluí.

Y entonces, en un tono interrogativo que indicaba que apenas podía creerlo él mismo, mi hermano me informó de que había ocurrido un accidente y que Milton había muerto.

## PASEO ESPACIAL



En mis funciones oficiales de ayudante del *attaché* cultural, pero en misión extraoficial, asistí a la inauguración de la exposición de Warhol en la Neue Nationalgalerie. En el interior del prestigioso edificio de Mies van der Rohe, pasé frente a los célebres rostros serigrafiados del famoso artista pop. La Neue Nationalgalerie sería un museo maravilloso de no ser por una cosa: no hay sitio para colgar los cuadros. No me importó mucho. Contemplé Berlín por las cristaleras y me sentí como un estúpido. ¿Acaso creía que iba a haber artistas en la inauguración de una exposición? Sólo había mecenas, periodistas, críticos y personajes de la alta sociedad.

Tras coger una copa de vino a un camarero que pasaba, me senté en una de las butacas de cuero y cromo que flanquean el perímetro. Las butacas también son de Mies. En todas partes se ven imitaciones, pero éstas son originales, ya muy desgastadas, el cuero negro amarilleando en las esquinas. Encendí un puro y me dediqué a fumar, procurando sentirme más a gusto.

La gente charlaba, circulando entre los Mao y las Marilyn. Los altos techos enturbiaban la acústica. Hombres delgados con el cráneo rasurado cruzaban la estancia a toda prisa. Mujeres de cabellos grises envueltas en chales de tejidos naturales mostraban las amarillentas dentaduras. Por las ventanas, se veía la Staatsbibliothek, enfrente. La nueva Potsdamer Platz parecía un paseo de Vancouver. A lo lejos, los focos de las obras de construcción iluminaban el esqueleto de las grúas. El denso tráfico avanzaba despacio por la calle de abajo. Di una calada al puro, entornando los ojos, y alcancé a ver mi reflejo en el cristal.

Ya he dicho que tengo aspecto de mosquetero. Pero también tiendo a parecerme (sobre todo en espejos, a altas horas de la noche) a un fauno. Las cejas arqueadas, la sonrisa maliciosa, cierto ardor en la mirada. El puro que me sobresalía entre los dientes no arreglaba las cosas.

Me dieron unas palmaditas en la espalda.

—Se nota que los puros están de moda, ¿eh? —dijo una voz femenina.

En el cristal oscuro de Mies reconocí a Julie Kikuchi.

—Oye, que estamos en Europa —repuse, sonriendo—. Aquí los puros no son un capricho pasajero.

—Yo fumaba puros en la universidad.

—¿Ah, sí? —la desafié—. Fúmate uno, entonces.

Se sentó en una butaca junto a la mía y extendió la mano. Me saqué otro puro de

la chaqueta y se lo tendí, junto al cortapuros y las cerillas. Julie se llevó el puro a la nariz y lo olisqueó. Le dio vueltas entre los dedos, para comprobar el grado de humedad. Cortando una punta, se lo puso en los labios, encendió una cerilla y la aplicó al otro extremo, dando caladas consecutivas.

—Mies van der Rohe fumaba puros —declaré, a modo de promoción.

—¿Has visto alguna foto de Mies van der Rohe? —preguntó Julie.

—Comprendido el mensaje.

Sentados uno al lado del otro, sin hablar, nos limitamos a fumar, de cara al interior del museo. Julie movía sincopadamente la rodilla. Al cabo del rato me volví para mirarla de frente. Ella volvió la cabeza hacia mí.

—Buen puro —observó.

Me incliné hacia ella. Julie se inclinó hacia mí. Nuestros rostros se aproximaron el uno al otro hasta que nuestras frentes casi estuvieron en contacto. Nos quedamos así diez o quince segundos. Luego dije:

—Deja que te explique por qué no te he llamado. —Respiré hondo y empecé—: Hay algo que tienes que saber sobre mí.



Mi relato empezó en 1922, cuando había inquietud sobre el flujo de petróleo. En 1975, cuando mi historia concluye, las menguantes reservas de petróleo preocupaban nuevamente al mundo. Dos años antes, la Organización de Países Exportadores de Petróleo había puesto en marcha un embargo. En Estados Unidos hubo apagones parciales y largas colas en las gasolineras. El presidente anunció que no se iluminaría el árbol de Navidad de la Casa Blanca, y nació el depósito de gasolina con cerradura.

En aquellos días, la escasez pesaba en la mente de todos. Se instauró una recesión económica. De un extremo a otro de la nación, las familias cenaban a oscuras, como antaño nosotros en Seminole, a la luz de una sola bombilla. Mi padre, sin embargo, no hacía mucho caso de la política conservacionista. Milton estaba muy lejos de aquellos días en que contaba los kilowatios. Y así, la noche que salió a pagar mi rescate, iba al volante de un enorme Cadillac que consumía ingentes cantidades de gasolina.

El último Cadillac de mi padre: un Eldorado de 1975. Pintado de un azul tan oscuro que parecía negro, tenía una gran semejanza con el coche de Batman. Milton había echado el seguro a todas las puertas. Eran las dos de la mañana pasadas. Las calles de aquella barriada del río estaban llenas de baches, el bordillo de la acera taponado con basura y hierbajos. Los potentes faros alumbraban regueros de cristales rotos en la calzada, así como clavos, esquirlas de metal, tapacubos viejos, latas, un

aplastado par de calzoncillos. Bajo un paso elevado había un coche desmantelado, el parabrisas hecho añicos, despojado de todos los embellecedores, sin neumáticos ni motor. Milton pisó el acelerador sin pensar en la escasez de petróleo y de otras muchas cosas también. Había, por ejemplo, escasa esperanza en Middlesex, donde su mujer ya no sentía estímulos en el ombligo espiritual. Había insuficiente comida en el frigorífico, falta de provisiones en los armarios de la cocina, y de camisas planchadas y calcetines en su cómoda. Había carencia de invitaciones sociales y llamadas de teléfono, pues a los amigos de mis padres les daba miedo llamar a una casa que existía en un limbo entre la esperanza y el luto. Contra la presión de todas esas limitaciones, Milton anegaba el motor del Eldorado, y cuando eso no bastaba, abría el maletín que llevaba sobre el asiento del pasajero y, a la luz del salpicadero, contemplaba los veinticinco mil dólares en fajos que había en su interior.

Cuando Milton se levantó sigilosamente de la cama una hora antes, mi madre estaba despierta. Tumbada de espaldas, le oyó vestirse en la oscuridad. No le preguntó por qué se levantaba en plena noche. En otro tiempo lo habría hecho, pero ya no. A raíz de mi desaparición, sus hábitos cotidianos se habían desmoronado. Milton y Tessie se encontraban muchas veces en la cocina a las cuatro de la mañana, bebiendo café. Sólo se preocupó cuando oyó cerrarse la puerta principal. A continuación, el coche de Milton arrancó y se alejó marcha atrás por el camino de entrada. Tessie escuchó hasta que el ruido del motor se fue apagando poco a poco. «A lo mejor se va para siempre», pensó. A la lista de desapariciones, encabezada por la hija fugitiva, añadió ahora otra posibilidad: padre fugitivo.

Milton no había dicho a Tessie adónde iba por una serie de razones. La primera, porque temía que se lo impidiera. Le diría que llamase a la policía, y él no quería hacer eso. El secuestrador le había dicho que no mezclara a las autoridades. Además, Milton estaba harto de la poli y de su falta de interés. El único modo de hacer algo era intervenir personalmente. Y, encima de todo eso, aquel asunto podía ser una pérdida de tiempo. Si se lo decía a Tessie, no haría sino preocuparla aún más. Ella llamaría a Zoë, y luego tendría que oír también a su hermana. En resumen, Milton estaba haciendo lo que siempre hacía a la hora de tomar decisiones importantes. Como la vez en que se alistó en la Marina o cuando nos trasladó a Grosse Pointe, Milton hizo lo que le dio la gana, convencido de que él sabía lo que era más conveniente.

Después de la última llamada misteriosa, Milton estuvo a la espera de otra. Que llegó el domingo siguiente por la mañana.

—¿Diga?

—Buenos días, Milton.

—Oiga usted, quienquiera que sea. Quiero que me explique unas cuantas cosas.

—No te llamo para que me digas lo que quieres, Milton. Lo importante es lo que yo quiero.

—Yo quiero a mi hija. ¿Dónde está?

—Aquí, conmigo.

Seguía oyéndose una música, o unos cánticos, de fondo. Le recordaba a Milton algo de hacía mucho tiempo.

—¿Cómo sé que la tiene usted?

—¿Por qué no me haces una pregunta? Ella me ha contado muchas cosas de su familia. Un montón de cosas.

La rabia que invadió a Milton en ese momento era casi insoportable. Apenas pudo contenerse para no aplastar el teléfono contra el escritorio. Al mismo tiempo, pensaba, calculaba.

—¿Cómo se llama el pueblo de donde eran sus abuelos?

—Un momento. —Cubrieron el teléfono y, luego, la voz dijo—: Bitinio.

Milton sintió que se le doblaban las piernas. Se sentó frente al escritorio.

—¿Me crees ahora, Milton?

—Una vez fuimos a unas cuevas en Kentucky. Un verdadero timo, una trampa para turistas. ¿Cómo se llamaban?

Otra vez taparon el teléfono. Al cabo de un momento, la voz contestó:

—La Cueva del Mamut.

Ante eso, Milton volvió a saltar de la silla. Sus facciones se oscurecieron y se tiró del cuello de la camisa para respirar mejor.

—Ahora voy a preguntarte algo, Milton.

—¿Qué?

—¿Qué precio pagarías para recuperar a tu hija?

—¿Cuánto quiere usted?

—Ah, ¿de modo que ahora es una operación comercial? ¿Es que vamos a negociar?

—Estoy dispuesto a llegar a un trato.

—Qué emocionante.

—¿Cuánto quiere?

—Veinticinco mil dólares.

—De acuerdo.

—No, Milton —le reconvino la voz—, no lo entiendes. Hay que regatear.

—¿Cómo?

—Si se trata de un negocio, Milton, hay que discutir por unos cuantos dólares de más o de menos.

Milton estaba perplejo. Sacudió la cabeza ante aquella petición tan extraña. Pero al final accedió.

—Vale. Veinticinco es mucho. Le pagaré trece mil.

—Estamos hablando de tu hija, Milton. No de perritos calientes.

—No dispongo de tanto dinero en efectivo.  
—Podría aceptar veintidós mil.  
—Le daré quince mil.  
—Veinte es la cifra más baja a la que puedo llegar.  
—Diecisiete es mi oferta final.  
—¿Qué me dices de diecinueve?  
—Dieciocho.  
—Dieciocho quinientos.  
—Hecho.

El que llamaba soltó una carcajada.

—Ay, qué divertido ha sido, Milt —dijo, concluyendo en tono brusco—: Pero quiero veinticinco.

Y colgó.

En 1933, mi abuela había oído una voz incorpórea por la rejilla de la calefacción. Ahora, cuarenta y dos años más tarde, una voz disimulada hablaba a mi padre por teléfono.

—Buenos días, Milton.

Otra vez la música, el tenue cántico.

—Tengo el dinero —anunció Milton—, ahora quiero a mi niña.

—Mañana por la noche —dijo el secuestrador.

Luego explicó a Milton dónde tenía que dejar el dinero, y dónde debía esperar mi liberación.

Al otro lado de la llanura junto al río, la Grand Trunk se erguía frente al Cadillac de Milton. La estación de ferrocarril seguía funcionando en 1975, aunque no a pleno rendimiento. La en otro tiempo opulenta terminal apenas era un cascarón vacío. Falsas fachadas de Amtrak ocultaban los muros descascarillados, pelados. La mayoría de los corredores estaban cortados. Y en torno al núcleo operativo, el antiguo y monumental edificio continuaba sumiéndose en la ruina, con los azulejos de Guastavino desprendiéndose en el Patio de las Palmeras, haciéndose añicos al dar contra el suelo, la inmensa barbería convertida ahora en trastero, los tragaluces hundidos bajo el peso de un montón de porquería. La torre de oficinas contigua a la terminal era ahora un palomar de trece pisos, con sus quinientas ventanas rotas, obra de una diligente destrucción. A aquella misma estación habían llegado mis abuelos medio siglo antes. Lefty y Desdémona, una sola vez, habían revelado allí su secreto a Surmelina; y ahora, su hijo, que nunca llegó a conocerlo, aparcaba el coche justo detrás de la estación, también en secreto.

Una escena como ésta, la escena del rescate, requiere un ambiente *noir*: sombras, siluetas siniestras. Pero el cielo no ayudaba mucho. Estábamos teniendo una de nuestras noches rosadas. Se producían de cuando en cuando, en función de la

temperatura y del nivel de sustancias químicas suspendidas en el aire. Cuando había suficientes partículas en la atmósfera, la luz del suelo topaba con una barrera y se reflejaba hacia abajo, con lo que todo el cielo de Detroit cobraba un suave tinte rosado de algodón de azúcar. En esas noches nunca se ponía oscuro, pero había una claridad diferente de la del día. Las noches rosadas destellaban con el crudo resplandor del trabajo nocturno, de las fábricas que funcionaban veinticuatro horas al día. A veces el cielo se ponía tan luminoso como el blanco nuclear, pero la mayoría de las veces era de un color más apagado, como de suavizante. Nadie lo consideraba extraño. Nadie hacía comentarios. Todos nos habíamos criado con noches rosadas. No se trataba de un fenómeno natural, pero para nosotros era algo natural.

Bajo aquel extraño firmamento nocturno, Milton se acercó todo lo posible a los andenes y se detuvo. Apagó el motor. Cogiendo el maletín, salió al aire inmóvil y cristalino del invierno de Michigan. El mundo entero estaba quieto, los árboles lejanos, las líneas de teléfono, la hierba en los jardines de las casas junto al río, la tierra misma. Por el río bramó un carguero. Aquí no había ruidos; de noche, la estación estaba absolutamente desierta. Milton llevaba sus mocasines negros con borlas. Al vestirse a oscuras, decidió que eran los más fáciles de ponerse. También llevaba el chaquetón de conducir, beige y deslucido, con un manguito de piel en el cuello. Para abrigarse se había puesto un sombrero, un Borsalino gris de fieltro, con una pluma roja en la cinta negra. Un sombrero de vejete, en 1975. Con sombrero, maletín y mocasines, Milton bien podría haber ido de camino al trabajo. Y desde luego no caminaba despacio. Por la escalera metálica subió al andén. Empezó a recorrerlo, buscando el cubo de basura donde tenía que dejar el maletín. El secuestrador había dicho que tendría una X marcada con tiza en la tapa.

Milton se apresuró por el andén, haciendo saltar las borlas de los mocasines mientras el aire frío le tensaba la pluma del sombrero. No sería muy cierto decir que tenía miedo. Milton Stephanides no lo habría reconocido. Las manifestaciones psicológicas del miedo, el corazón latiendo a toda prisa, las axilas sudorosas, se producían en su organismo sin jamás llegar a su conciencia. En eso no era el único de su generación. Había muchos padres que gritaban cuando tenían miedo o regañaban a sus hijos para desviar la culpa de sí mismos. Es posible que tales cualidades fueran indispensables en la generación que ganó la guerra. Cierta falta de introspección era buena para reafirmar el valor, pero en los últimos meses y semanas eso había hecho estragos en Milton. A lo largo de toda mi desaparición, Milton había mantenido una fachada valerosa mientras las dudas lo corroían invisiblemente por dentro. Era como una estatua que cincelan desde dentro, vaciándola poco a poco. Cada vez con más insistencia, fue desechando los pensamientos que le hacían daño. En cambio, se centraba en los que le hacían sentirse mejor: los bromuros que infundían la sensación de que todo marchaba bien. Sencillamente, Milton había dejado de sopesar las cosas.



¿Qué estaba haciendo allí, en aquel oscuro andén ferroviario? ¿Por qué había ido solo? Nunca seríamos capaces de explicarlo de forma adecuada.

No tardó mucho en encontrar el cubo de basura marcado con tiza. Rápidamente, Milton levantó la triangular tapadera verde y metió el maletín. Pero cuando fue a sacar el brazo, algo se lo impidió: su mano. Como Milton había dejado de pensar bien las cosas, ahora era su cuerpo quien ejercía por él esa función. Su mano parecía decirle algo. Estaba expresando reservas. «¿Qué pasa si el secuestrador no libera a Callie?», decía la mano. Pero Milton contestó: «No hay tiempo para pensar en eso ahora». De nuevo trató de sacar la mano del cubo de basura, pero la mano resistió tenazmente. «¿Qué pasa si el secuestrador coge el dinero y luego pide más?», preguntó la mano. «Ése es el riesgo que tenemos que correr», replicó Milton. Y, empleando toda su energía, sacó la mano del cubo de basura. Al tiempo que se abría la mano, el maletín caía al fondo del cubo. Milton volvió apresuradamente sobre sus pasos (arrastrando su mano con él) y subió de nuevo al Cadillac.

Puso el motor en marcha. Encendió la calefacción, calentando el coche para mí. Se inclinó hacia delante, mirando por el parabrisas, esperando verme en cualquier momento. Su mano seguía resentida, murmurando por lo bajo. Milton pensó en el maletín, tirado al cubo de basura. La mente se le llenó con la imagen del dinero que contenía. ¡Veinticinco de los grandes! Vio los fajos de cien; la cara repetida de Benjamín Franklin en el espejo doble de todos aquellos billetes. La garganta se le quedó seca; un espasmo de ansiedad, conocido por todos los hijos de la Gran Depresión, se apoderó de él; y acto seguido se bajaba precipitadamente del coche y salía corriendo hacia el andén.

¿No quería hacer negocios aquel tío? ¿Entonces Milton le enseñaría cómo se hacen negocios! ¿No quería negociar? ¿Pues qué te parece esto! (Milton ya subía la escalera, los mocasines resonando en el metal). En lugar de dejar veinticinco mil machacantes, ¿por qué no dejar doce mil quinientos? *Así tendré más margen de maniobra. La mitad ahora, la otra mitad después.* ¿Por qué no se le había ocurrido antes? ¿Qué coño le pasaba? Vivía con demasiada tensión... En cuanto llegó al andén, sin embargo, mi padre se detuvo en seco. A menos de veinte metros de distancia, una silueta oscura que llevaba un gorro con una larga borla rebuscaba en el interior del cubo de basura. Se le heló la sangre en las venas. No sabía si avanzar o retroceder. El secuestrador intentaba sacar el maletín, pero no cabía por la tapa basculante. Fue detrás del cubo y levantó toda la parte de arriba. A la claridad química, Milton distinguió la barba patriarcal, las mejillas pálidas como la cera y — rasgo aún más revelador — la escasa estatura de un metro sesenta y dos. El padre Mike.

¿El padre Mike? ¿Que el secuestrador era el padre Mike? Imposible. ¡Increíble! Pero no cabía duda. Allí en el andén se encontraba el antiguo prometido de mi madre,

el hombre a quien mi padre había quitado la novia. Cogiendo el rescate estaba el antiguo seminarista que, en cambio, se había casado con la hermana de Milton, decisión que lo había sentenciado a una vida de envidiosas comparaciones, con Zoë siempre preguntándole por qué no había invertido en bolsa cuando Milton lo había hecho, o comprado oro cuando Milton lo había hecho, o transferido dinero a las islas Caimán como Milton había hecho; una elección que había condenado al padre Mike a ser el pariente pobre, obligándolo a soportar la falta de respeto de Milton al tiempo que aceptaba su hospitalidad, forzándolo a llevar a la sala de estar una silla del comedor si quería sentarse. Sí, Milton se llevó una gran impresión al ver a su cuñado en el andén. Pero no dejaba de tener sentido. Ahora estaba claro por qué el secuestrador había querido regatear el precio del rescate, por qué había deseado ser hombre de negocios por una vez y, desgraciadamente, por qué había sabido lo de Bitinio. Eso explicaba, también, el hecho de que las llamadas siempre se hubieran producido en domingo, cuando Tessie estaba en la iglesia, y la música de fondo, que Milton identificaba ahora como la salmodia litúrgica que cantaban los sacerdotes. Mucho tiempo atrás, mi padre había quitado la novia al padre Mike para después casarse con ella. El fruto de esa unión, yo misma, había echado sal en la herida al officiar el cura un bautismo al revés. Ahora el padre Mike intentaba desquitarse.

Pero no lo conseguiría si Milton podía evitarlo.

—¡Eh! —gritó, poniendo los brazos en jarras—, pero ¿qué coño pretendes hacer, Mike?

El padre Mike no contestó. Alzó la cabeza y, por rutina sacerdotal, sonrió benévolamente a Milton, la blanca dentadura surgiendo entre la poblada mata negra de la barba. Pero ya retrocedía, pisando vasos de papel aplastados y otros desperdicios, el maletín abrazado contra su pecho como un paracaídas. Tres o cuatro pasos atrás, con aquella tierna sonrisa en los labios, antes de dar media vuelta y huir sin aspavientos. Era menudo, pero rápido. Se lanzó como una bala por la escalera del otro extremo del andén. A la luz rosada, Milton lo vio cruzar los raíles del tren hacia su coche, un Gremlin AMC verde («verde Grecia», según el catálogo) de bajo consumo. Y Milton volvió corriendo al Cadillac para seguirlo.

No fue como una de esas persecuciones cinematográficas. En el fondo, no era más que un asunto entre un cura ortodoxo griego y un republicano de mediana edad. Mientras se alejaban a buena velocidad (relativamente hablando) de la estación Grand Trunk en dirección al río, el padre Mike y Milton no rebasaron el límite en más de quince kilómetros por hora. El padre Mike no quería llamar la atención de la policía. Milton, comprendiendo que su cuñado no podía ir a ningún sitio, se limitó a seguirlo por el río. De modo que, pausadamente, continuaron uno tras otro, con el extraño Gremlin frenando bruscamente ante las señales de tráfico y, un poco después, el Eldorado haciendo lo mismo. Por calles sin nombre, frente a almacenes de trastos

viejos, a lo largo de un terreno acotado entre la autopista y el río, el padre Mike trataba imprudentemente de escapar. Era igual que siempre; tenía que haber estado allí tía Zo para dar unos gritos al padre Mike, porque sólo un idiota se habría dirigido al río en lugar de a la autopista. Ninguna de las calles por las que podría haberse metido llevaba a parte alguna.

—Ya te tengo —proclamó Milton, persiguiéndolo en su Eldorado.

El Gremlin giró a la derecha. El Eldorado giró a la derecha. El Gremlin giró a la izquierda, el Cadillac hizo lo mismo. Milton tenía el depósito lleno. Podía seguir al padre Mike toda la noche si era preciso.

Sintiéndose seguro, Milton ajustó la calefacción, que estaba un poco alta. Dejó un poco más de espacio entre el Gremlin y el Eldorado. Cuando volvió a mirar, el Gremlin giraba otra vez a la derecha. Treinta segundos después, cuando torcía por la misma esquina, Milton vio la enorme masa del puente Ambassador. Y su confianza se desmoronó. Aquello se salía de lo normal. Esta noche, su cuñado el cura, que se había pasado la vida en el cuento de hadas de la Iglesia, vestido como Liberace, había pensado bien las cosas por una vez. En cuanto Milton vio el puente tendido sobre el río como un arpa gigantesca y luminosa, se sintió presa del pánico. Horrorizado, comprendió el plan del padre Mike. ¡Se dirigía a Canadá, adonde Capítulo Once había pensado desertar si le llamaban a filas! ¡Igual que Jimmy Zizmo, el contrabandista, el cura se dirigía al anárquico y liberal escondite del Norte! Su plan era huir del país con el dinero. Y ya no iba tan despacio.

Sí, pese al motor del tamaño de un dedal que sonaba como una máquina de coser, el Gremlin conseguía acelerar. Saliendo de la tierra de nadie que rodeaba la estación Grand Trunk, había entrado ahora en la zona fronteriza entre Estados Unidos y Canadá, bien iluminada, con gran densidad de tráfico y puestos de aduanas. Las luces de las altas farolas alumbraban el Gremlin, cuyo brillante color verde parecía ahora más chillón que nunca. Ensanchando la distancia que le separaba del Eldorado (como el coche de Joker alejándose del de Batman), el Gremlin se unió a los camiones y coches que convergían en torno a la entrada del voluminoso puente colgante. Milton pisó el acelerador. El enorme motor del Cadillac rugió. Un espumarajo de humo blanco brotó del tubo de escape. En ese momento los dos vehículos se habían convertido exactamente en lo que todo coche debe ser, en extensiones de sus propietarios. El Gremlin era pequeño y ágil, igual que el padre Mike; desaparecía y reaparecía en el tráfico como él por el iconostasio. El Eldorado, robusto y semejante a un barco —como Milton—, tenía dificultades para maniobrar entre los vehículos que circulaban por el puente a aquellas horas de la noche. Había camiones enormes. Turismos que se dirigían a los casinos y clubs de alterne de Windsor. Entre todo aquel tránsito, Milton perdió de vista al Gremlin. Se metió en una fila y esperó. De pronto, seis coches delante de él, vio que el Gremlin salía como una flecha de una fila y se

colaba en un puesto de control. Milton bajó la ventanilla automática. Sacando la cabeza entre la nube de los humos de escape, gritó:

—¡Detengan a ese hombre! ¡Se lleva mi dinero!

Pero el agente de aduanas no le oyó. Milton vio cómo hacía unas preguntas al padre Mike y —¡No! ¡Alto!— luego hacía un gesto para que pasase. En ese momento, Milton empezó a tocar el claxon.

El atronador bocinazo que surgió de las entrañas del Cadillac bien podía emanar del pecho de Milton. La tensión arterial le subió vertiginosamente y, con el chaquetón puesto, empezó a sudar a chorros. Había confiado en llevar al padre Mike ante los tribunales de justicia de Estados Unidos. Pero ¿quién sabía lo que podía ocurrir una vez que cruzara la frontera? ¡Canadá, con su pacifismo y su medicina social! ¡Canadá, con sus millones de francófonos! ¡Era como... como... como un país extranjero! El padre Mike se convertiría en un fugitivo, dedicándose a darse la gran vida en Quebec. Podría perderse en Saskatchewan, entre una manada de alces. No era sólo la pérdida del dinero lo que enfurecía a Milton. Además de huir con veinticinco mil dólares y dar a Milton falsas esperanzas de su vuelta, el padre Mike estaba abandonando a su propia familia. En el agitado pecho de Milton, el sentido de la protección fraternal se mezclaba con el dolor paternal y financiero.

—Tú no le haces esto a mi hermana, ¿me oyes? —gritaba inútilmente Milton tras el volante de su enorme e inmovilizado coche, para luego advertir al padre Mike—: ¿Es que no sabes lo que son las comisiones, imbécil? ¡En cuanto cambies el dinero vas a perder el cinco por ciento!

Vociferando tras el volante, encajonado entre los camiones de delante y los coches de detrás, que se dirigían a los clubs de alterne, Milton se retorció en el asiento con una furia cada vez más incontenible.

Pero el claxon del Cadillac pasaba inadvertido. Los agentes de aduanas estaban habituados a que los conductores impacientes pidieran paso. Tenían un modo de tratarlos. En cuanto Milton llegó al puesto de control, el agente le hizo señas de que parase.

—Un tío que acaba de pasar me ha robado dinero —gritó Milton, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¿Puede hacer que lo detengan al otro lado? Conduce un Gremlin.

—Aparque el coche aquí, señor.

—¡Me ha robado veinticinco mil dólares!

—Ya hablaremos de eso en cuanto aparque y salga del coche, señor.

—¡Está intentando huir del país! —explicó Milton por última vez.

Pero el agente de aduanas continuaba dirigiéndolo hacia la zona de inspección. Finalmente, Milton renunció a dar más explicaciones. Metiendo la cabeza de nuevo en el coche, cogió el volante y avanzó obedientemente hacia el carril vacío. Pero en

cuanto rebasó la cabina de aduanas, pisó a fondo el acelerador y, con un gemido, el Cadillac se alejó como un bólido.

Ahora sí parecía una persecución de coches. Porque en pleno puente, el padre Mike también había pisado el acelerador. Dando bandazos entre el tráfico, se dirigía a toda velocidad hacia la línea divisoria internacional, mientras Milton lo perseguía haciendo luces a camiones y coches para que se apartaran de su camino. El puente se elevaba sobre el río en una elegante parábola, con luces rojas suspendidas en los cables de acero. Sobre su estriada superficie murmuraban los neumáticos del Cadillac. Milton pisó a fondo, haciendo que el vehículo marchase a lo que él denominaba paso de la oca. Y ahora empezó a notarse la diferencia entre un automóvil clásico de lujo y un moderno coche de cartón piedra. El motor del Cadillac rugió, manifestando su potencia. Sus ocho cilindros expulsaban los gases mientras el carburador absorbía grandes cantidades de combustible. Los pistones saltaban arriba y abajo y el volante del motor giraba como loco mientras el largo automóvil de superhéroe iba pasando coches como si estuvieran parados. Al ver que el Cadillac se acercaba tan rápidamente, otros conductores se echaban a un lado. Milton avanzó cortando directamente el tráfico hasta que divisó al Gremlin verde.

—Mira para lo que te sirve el bajo consumo de gasolina —gritó Milton—, ¡a veces viene bien un poco de potencia!

Para entonces, el padre Mike también había visto acercarse al Eldorado. Pisó el acelerador a fondo, pero el Gremlin ya iba funcionando a plena capacidad. El coche vibró frenéticamente, pero no cobró velocidad. El Cadillac se aproximaba poco a poco. Milton no levantó el pie del acelerador hasta que su guardabarros casi tocó el del Gremlin. En aquel momento iban a ciento diez por hora. El padre Mike miró por el retrovisor y vio los ojos llenos de venganza de su cuñado. Milton, atisbando al interior del Gremlin, también vio una parte del rostro del padre Mike. El cura parecía pedir perdón, o dar una explicación de sus actos. Había una extraña melancolía en su rostro, cierta vulnerabilidad, algo que Milton no pudo interpretar.

... Y ahora mucho me temo que debo entrar en la cabeza del padre Mike. Estoy fascinado, no puedo resistirme. En la superficie de su mente, hay un remolino de miedo, avaricia y desesperadas ansias de fuga. Todo lo que cabe esperar. Pero más adentro, descubro cosas que nunca he imaginado sobre él. No hay paz, por ejemplo, nada en absoluto, ninguna intimidad con Dios. La dulzura del padre Mike, su silencio sonriente en las comidas familiares, la forma en que se agachaba para mirar a la cara a los niños (no muy abajo de la suya, pero aun así), todos esos atributos no se debían a ningún contacto con un reino trascendente. Constituían simplemente un método de supervivencia pasivo-agresivo, la respuesta a la atronadora voz de su mujer. Sí, resonando en la cabeza del padre Mike están todos los gritos que tía Zo le ha dirigido a lo largo de los años, desde que estaba en Grecia, continuamente embarazada, sin

lavadora ni secadora. La oigo: «¿Y a esto le llamas vida?». O bien: «Si Dios te escucha alguna vez, dile que me mande un cheque para comprar cortinas». Y: «A lo mejor los católicos están en lo cierto. Los curas no deberían tener familia». En la iglesia, a Michael Antoniou le llaman padre. Lo respetan, le ofrecen cosas. En la iglesia tiene la facultad de perdonar los pecados y consagrar la hostia. Pero en cuanto entra por la puerta de su casa adosada de Harper Woods, el padre Mike experimenta un inmediato descenso de categoría. En casa no es nadie. En casa le mangonean, se quejan de él, no le hacen caso. De modo que no era difícil comprender por qué el padre Mike había decidido abandonar a su familia y por qué necesitaba dinero...

... nada de lo cual, sin embargo, podía leer Milton en los ojos de su cuñado. Y un momento después, esos mismos ojos cambiaban de nuevo de expresión. El padre Mike había vuelto a mirar a la carretera, donde vio algo aterrador. Los pilotos rojos de frenado del coche que iba delante de él estaban destellando. El padre Mike iba demasiado deprisa para frenar a tiempo. Él también pisó a fondo el freno, pero era demasiado tarde: el Gremlin verde Grecia se empotró en el coche que tenía delante. El Cadillac venía pegado a él. Milton se preparó para el impacto. Pero entonces ocurrió algo asombroso. Oyó el metal triturándose y el cristal haciéndose trizas, pero el ruido procedía de los coches de delante. En cuanto al Eldorado, no interrumpió su marcha. Se elevó limpiamente sobre el coche del padre Mike. La sesgada y extraña parte trasera del Gremlin había obrado como una rampa, y un momento después Milton comprendió que se encontraba en el aire. El Cadillac azul oscuro voló sobre los coches accidentados del puente. Salvando la barandilla, pasando entre los cables, se precipitó al río a medio camino del puente Ambassador.

El Eldorado cayó de morro, adquiriendo cada vez mayor velocidad. Por el cristal tintado del parabrisas, Milton vio abajo el río Detroit; pero sólo brevemente. En aquellos últimos segundos, al tiempo que se disponía a abandonar su cuerpo, la vida también suspendió sus leyes. En vez de caer al río, el Cadillac se enderezó y se niveló. Milton, aunque muy complacido, se sorprendió. No recordaba que el vendedor hubiera mencionado nada acerca de una opción de vuelo. Mejor aún, no había pagado nada por ella. Mientras el coche se alejaba del puente por el aire, sonrió. «Bueno, a esto sí que le llamo yo “paseo espacial”», dijo para sí. El Cadillac volaba muy alto por encima del río, gastando Dios sabía cuánta gasolina. El cielo estaba de color rosa y las luces del salpicadero eran verdes. Había toda clase de interruptores e indicadores. Milton nunca se había fijado antes en ellos. Más que a un coche, se parecía a la cabina de un avión, y Milton manejaba los mandos, sobrevolando el río Detroit con su último Cadillac. No importaba lo que vieran los testigos presenciales, ni que los periódicos informaran al día siguiente de que el Cadillac estuviera implicado en el accidente en cadena del puente. Recostado en el cómodo asiento de cuero, Milton Stephanides veía cómo se acercaba el contorno de

los edificios del centro. Sonaba música en la radio, una vieja melodía de Artie Shaw, por qué no, mientras Milton veía parpadear la luz roja del Penobscot Building. Tras unas cuantas operaciones de tanteo, Milton aprendió a pilotar el coche volador. No era cuestión de mover el volante, sino de querer hacerlo, como en un sueño lúcido. Milton giró sobre tierra firme. Sobrevoló Cobo Hall. Describió un círculo en torno a la azotea del Pontch, donde una vez me había llevado a almorzar. Por la razón que fuese, Milton ya no tenía miedo a las alturas. Supuso que era porque su muerte era inminente; ya no había nada que temer. Sin vértigo ni sudores, bajó la vista hacia el Grand Circus Park hasta que distinguió lo que quedaba de las ruedas de Detroit; y después viró a la Zona Oeste en busca del viejo Salón Cebra. Atrás, en el puente, mi padre se había aplastado la cabeza contra el volante. Cuando le preguntaron por el estado del cadáver de Milton, el inspector que más tarde informó a mi madre del accidente se limitó a decir:

—El que cabe esperar cuando un vehículo en movimiento sufre una colisión a más de ciento diez kilómetros por hora.

Milton carecía ya de actividad eléctrica cerebral, por lo que era comprensible que, suspendido en el Cadillac, se le hubiera olvidado que mucho tiempo atrás el Salón Cebra había sido pasto de las llamas. Se quedó desconcertado al no encontrarlo. Del antiguo barrio sólo quedaban unos solares vacíos. Era como si la mayor parte de la ciudad hubiese desaparecido. Un solar seguía a otro solar. Pero Milton también se equivocaba en eso. En algunos sitios brotaba el maíz, y la hierba volvía a crecer. Lo de allá abajo parecían tierras de labranza. «Bien podrían devolvérselas a los indios», pensó Milton. «A lo mejor la quieren los potowatomis. Podrían poner un casino». El cielo se había puesto como algodón de azúcar y la ciudad se había convertido de nuevo en una llanura. Pero ahora parpadeaba otra luz roja. No sobre el Penobscot Building; dentro del coche. Era uno de los indicadores que Milton nunca había visto antes. Supo lo que significaba.

En aquel momento, Milton rompió a llorar. De pronto tenía la cara húmeda. Se la tocó, sollozando y sorbiéndose la nariz. Se derrumbó sobre el respaldo, y como no había nadie que lo viese, abrió la boca para dar salida a su insoportable dolor. No lloraba desde que era niño. El sonido de su profundo sollozo le sorprendió. Era el rugido de un oso, herido o moribundo. Milton aulló mientras el Cadillac, una vez más, empezó a descender. No lloraba porque iba a morir, sino porque yo, Calíope, seguía desaparecida, porque no había logrado salvarme, porque había hecho todo lo posible por recuperarme pero yo seguía sin aparecer.

Cuando el coche se puso de nuevo cabeza abajo, el río surgió de nuevo ante sus ojos. Milton Stephanides, antiguo infante de marina, se preparó para recibirlo. Justo al final ya no pensó más en mí. En el último momento no hubo imágenes de mí, ni de Tessie ni de ninguno de nosotros. Ya no había tiempo. Cuando el coche caía, Milton

sólo pudo quedarse perplejo por el giro que habían tomado los acontecimientos. Se había pasado la vida sermoneando a todo el mundo sobre la forma de hacer las cosas bien, y ahora él había hecho aquello, la cosa más estúpida que jamás se le hubiera ocurrido a nadie. Apenas podía creer que hubiese estropeado las cosas hasta tal punto. Sus últimas palabras, por tanto, fueron dichas suavemente, sin ira ni miedo, sólo con asombro y una pizca de coraje. «Cabeza de chorlito», dijo Milton, para sus adentros, en su último Cadillac.

Y luego el río lo reclamó.

Un verdadero griego podría acabar con esa nota trágica. Pero el norteamericano tiende a concluir con un signo optimista. En estos días, siempre que hablamos de Milton, mi madre y yo llegamos a la conclusión de que murió justo a tiempo. Se marchó de este mundo antes de que Capítulo Once se hiciera cargo del negocio familiar y lo hundiera en menos de cinco años. Antes de que Capítulo Once, para repetir los pronósticos de Desdémona sobre el sexo de los embriones, empezara a llevar una cucharilla colgada al cuello. Milton desapareció antes de que se agotaran las cuentas bancarias y se retiraran las tarjetas de crédito. Antes de que Tessie se viera obligada a vender Middlesex y trasladarse a Florida con tía Zo. Y se esfumó tres meses antes de que Cadillac, en abril de 1975, introdujera el Seville, un modelo de bajo consumo que parecía haber perdido los pantalones, después del cual los Cadillac nunca volvieron a ser los mismos. Milton acabó su existencia antes de que ocurrieran muchas cosas que no incluyo en esta historia, porque son tragedias corrientes de la vida norteamericana, y como tales no encajan en esta narración singular y fuera de lo común. Se marchó antes de que terminara la Guerra Fría, antes de los escudos antimisiles, del recalentamiento del planeta, del 11 de septiembre y de un segundo presidente con sólo una vocal en su apellido.

Y lo más importante, Milton desapareció sin volver a verme. Eso no habría sido fácil. Me gusta pensar que el amor que mi padre sentía por mí era lo bastante fuerte para que pudiera haberme aceptado. Pero en cierto modo es mejor que nunca hayamos tenido que averiguarlo, ni él ni yo. En lo que se refiere a mi padre, siempre seguiré siendo una chica. Hay cierta pureza en eso, la pureza de la infancia.



# LA ÚLTIMA PARADA



Sigue siendo válido, más o menos —dijo Julie Kikuchi.

—No lo es —objeté.

—Viene a ser lo mismo.

—Lo que te he contado de mí mismo no tiene nada que ver en absoluto con ser homosexual, a las claras o de tapadillo. A mí siempre me han gustado las chicas. Ya me gustaban cuando *era* chica.

—¿Y yo no sería una especie de última parada para ti?

—Más bien la primera parada.

Julie se echó a reír. Aún no había tomado una decisión. Esperé. Entonces, al cabo de unos momentos, dijo:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —repetí.

Ella asintió con la cabeza.

—De *acuerdo*.

Así que nos marchamos del museo y fuimos a mi apartamento. Tomamos otra copa; bailamos una melodía lenta en el salón. Y luego conduje a Julie a la habitación, adonde no llevaba a nadie desde hacía mucho tiempo.

Ella apagó la luz.

—Espera un momento —dije—. ¿Apagas la luz por mí o por ti?

—Por mí.

—¿Por qué?

—Porque soy oriental, una señora tímida y modesta. No esperarás que te dé un baño.

—¿No me vas a dar un baño?

—No, a menos que me bailes el *sirtaki* de Zorba.

—Pero ¿dónde habré metido mi *buzuqui*?

Yo trataba de seguir la broma. También me estaba desnudando. Igual que Julie. Era como zambullirse en agua fría. Había que hacerlo sin pensarlo dos veces. Nos metimos entre las sábanas y nos abrazamos, petrificados, felices.

—Yo también podría ser tu última parada —le dije, aferrándome a ella—. ¿Has pensado en eso alguna vez?

Y Julie Kikuchi contestó:

—Se me ha pasado por la cabeza.



Capítulo Once voló a San Francisco para sacarme de la cárcel. Mi madre había tenido que firmar una declaración en la que pedía a la policía que me liberase y me pusiese bajo la custodia de mi hermano. En un futuro próximo se fijaría fecha para el juicio, pero como delincuente juvenil sin antecedentes era probable que saliera en libertad condicional. (El delito no llegó a constituir un antecedente penal, por lo que no obstaculizó luego mis perspectivas de trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. No es que en aquellos momentos me preocuparan mucho esos detalles. Estaba anonadado, envenenado de dolor, y quería volver a casa).

Cuando salí de los calabozos, mi hermano estaba solo, sentado en uno de los bancos de madera de la comisaría. Me miró sin expresión, parpadeando. Ése era el estilo de Capítulo Once. Todo le ocurría por dentro. Antes de dar formalmente una respuesta, todo un cúmulo de sensaciones era examinado y evaluado en el interior de su cráneo. Yo estaba acostumbrado a todo eso, desde luego. ¿Qué puede haber de más natural que los gestos y hábitos de los parientes próximos? Años atrás, Capítulo Once me había obligado a bajarme las bragas para echarme un vistazo. Ahora tenía la vista levantada, pero no menos clavada en mí. Observaba mi cabeza desforestada. Se fijaba en el traje fúnebre y en los zapatos de puntera cuadrada llenos de rozaduras. Era una suerte que mi hermano hubiera tomado tanto LSD. Capítulo Once se había iniciado pronto en la expansión de la mente. Contemplaba el velo de Maya, la existencia de diversos planos del ser. Para una personalidad así preparada, resultaba algo más fácil enfrentarse al hecho de que la hermana se había convertido en hermano. Desde el comienzo del mundo había habido hermafroditas como yo. Pero en la época en que yo salía del talego, era posible que no hubiera existido una generación tan dispuesta a aceptarme como la de mi hermano. Sin embargo, un cambio tan profundo no era cosa de nada. Al verme, se le pusieron los ojos como platos.

Hacía más de un año que no nos veíamos. Capítulo Once también había cambiado. Llevaba el pelo más corto. Tenía la frente más despejada. La amiga de su novia le había hecho una permanente casera. Antes tenía el pelo lacio; ahora, con grandes entradas, lo llevaba rizado y abundante en la nuca. Ya no se parecía a John Lennon. Habían desaparecido sus pantalones de campana desvaídos, sus anticuadas gafas. Ahora llevaba pantalones de tiro corto. Su camisa de cuello amplio resplandecía bajo las luces fluorescentes. Los sesenta nunca se han extinguido del todo. Ahora mismo siguen vigentes en Goa. Pero en 1975 se habían acabado del todo para mi hermano.

En cualquier otro momento, nos habríamos entretenido un rato con esos pormenores. Pero ahora no nos podíamos permitir ese lujo. Capítulo Once se puso en pie y, un instante después, nos abrazamos, vacilantes.

—Papá está muerto —me repetía mi hermano al oído—. Está muerto.

Le pregunté qué había pasado y me lo contó. Milton se había saltado la aduana. El padre Mike también estaba en el puente. Ahora se encontraba en el hospital. Habían encontrado el viejo maletín de Milton entre los restos del Gremlin, lleno de dinero. El padre Mike lo había confesado todo a la policía, la argucia del secuestro, el rescate.

Cuando asimilé todo eso, le pregunté:

—¿Cómo está mamá?

—Está bien. Aguanta. Está cabreada con Milt.

—¿Cabreada?

—Por haberse marchado así. Sin decírselo. Se alegra de que vuelvas a casa. En eso es en lo que procura pensar. Que vuelves para el funeral. Así que, muy bien.

Teníamos que coger el vuelo nocturno. El funeral era a la mañana siguiente. Capítulo Once se había ocupado de los aspectos burocráticos, sacando el certificado de defunción y poniendo las esquelas. No me preguntó nada sobre lo que había estado haciendo en San Francisco ni por qué me habían detenido. Sólo cuando estábamos en el avión, después de haberse tomado unas cervezas, aludió a mi condición.

—Bueno, supongo que ya no podré llamarte Callie.

—Llámame como quieras.

—¿Qué te parece «hermano»?

—Me parece muy bien.

Se quedó callado, pestañeando. Hubo la pausa habitual de cuando pensaba.

—No me enteré bien de lo que ocurrió en aquella clínica. Estaba en Marquette. Entonces no hablaba mucho con papá y mamá.

—Me fugué.

—¿Por qué?

—Iban a amputarme.

Sentí sus ojos clavados en mí, con aquella mirada vidriosa que ocultaba una considerable actividad mental.

—Me resulta un poco raro —confesó.

—También me resulta raro a mí.

Un momento después soltó una carcajada.

—¡Ja! ¡Sí que es raro! ¡Pero que muy raro, joder!

Yo sacudía la cabeza, en cómica desesperación.

—Y que lo digas, hermano.

Enfrentados a lo imposible, no quedaba otro remedio que considerarlo mentalmente concebible. No disponíamos de un registro superior, por decirlo así, sino sólo el denominador común de las experiencias compartidas y nuestra manera de comportarnos, de bromear. Pero nos sirvió para seguir adelante.

—Pero hay un lado positivo en esto que tengo —le dije.

—¿Qué?

—Que no me quedaré calvo.

—¿Por qué no?

—Quedarse calvo es cuestión de hormonas.

—¿Cómo? —dijo Capítulo Once, tanteándose el cuero cabelludo, allí donde se iba quedando sin pelo—. Entonces es que yo tengo un montón de hormonas. Seré rico en hormonas, supongo.

Llegamos a Detroit un poco después de las seis de la mañana. Habían remolcado el destrozado Cadillac a un depósito de la policía. Esperando en el aparcamiento del aeropuerto estaba el coche de nuestra madre, el Florida Special. El Cadillac amarillo limón era todo lo que nos quedaba de Milton. Ya había empezado a cobrar atributos de reliquia. El asiento del conductor estaba hundido por el peso de su cuerpo. Se notaba la hendidura de su trasero en la tapicería de cuero. Tessie rellenaba el hueco con cojines para alzar la cabeza por encima del volante. Capítulo Once echó los cojines al asiento trasero.

En aquel coche tan extemporáneo, con el potente aire acondicionado apagado y el techo corredizo echado, emprendimos el camino a casa. Pasamos frente al gigantesco neumático de Uniroyal y la uniforme arboleda de Inkster.

—¿A qué hora es el funeral? —pregunté.

—A las once.

Estaba amaneciendo. El sol salía por donde siempre, por detrás de las lejanas fábricas, quizá, o al otro lado del indiferente río. La creciente luminosidad parecía un escape o una inundación, permeando la tierra.

—Ve por el centro —dije a mi hermano.

—Tardaremos mucho.

—Tenemos tiempo. Quiero verlo.

Capítulo Once se plegó a mis deseos. Tomamos la I-94 por detrás del río Rouge y el estadio Olympia y luego doblamos hacia el río por la Autopista Lodge, entrando en la ciudad por el norte. Si uno se ha criado en Detroit, enseguida ve cómo van las cosas. Porque desde muy temprano se adquiere un gran sentido de la entropía. Al remontar el valle y salir de la autopista, surgieron a la vista las casas ruinosas, muchas reducidas a cenizas, así como la agreste belleza de los solares, grises y llenos de escarcha. Junto a los desguaces de automóviles se alzaban edificios de apartamentos elegantes en otro tiempo, y donde había habido peleteros y grandes cines se veían ahora bancos de sangre, clínicas de metadona y hasta la Misión Perpetua de la Madre Waddles. Volver a Detroit desde climas cálidos siempre es un hecho deprimente. Pero entonces lo acogí con agrado. Aquellas zonas urbanas abandonadas, aliviaron el dolor por la muerte de mi padre, haciéndolo partícipe del estado general de las cosas. Al menos la ciudad no se mofaba de mi dolor mostrando

un aspecto deslumbrante o encantador.

El centro seguía lo mismo, sólo que más vacío. Los rascacielos no se podían demoler cuando se marchaban los inquilinos, así que se tapaban con tablas puertas y ventanas y se cerraban los grandes comercios. En la orilla del río construían el Renaissance Center, inaugurando un renacimiento que nunca llegó.

—Pasemos por el barrio griego —sugerí.

Una vez más, mi hermano accedió a complacerme. Pronto llegamos a la manzana de restaurantes y tiendas de recuerdos. Entre el *kitsch* étnico aún quedaban unos cuantos cafés auténticos, frecuentados por ancianos de hasta ochenta y tantos años. Algunos ya se habían levantado aquella mañana, y estaban tomando el café, jugando al *backgammon* y leyendo los periódicos griegos o norteamericanos. Cuando aquellos ancianos muriesen, los cafés acusarían el golpe y acabarían cerrando. Poco a poco, los restaurantes del barrio también sufrirían las consecuencias, los toldos se desgarrarían, las grandes bombillas amarillas de la marquesina del Laikon se quemarían, la panadería griega de la esquina sería comprada por yemeníes del sur venidos de Dearborn. Pero todo eso no había pasado todavía. En la calle Monroe, pasamos el Grecian Gardens, donde habíamos celebrado la *makaria* por Lefty.

—¿Vamos a hacer una *makaria* a papá? —pregunté.

—Sí. Al completo.

—¿Dónde? ¿En el Grecian Gardens?

Capítulo Once soltó una carcajada.

—¿Estás de broma? Nadie quiere ir ahí.

—A mí me gusta. Me encanta Detroit.

—Ah, ¿sí? Pues bienvenido a casa.

Había torcido para entrar en Jefferson, por donde atravesaríamos los largos kilómetros de la deprimida Zona Este. Una tienda de pelucas. Vanity Dancing, el viejo club, estaba en alquiler. Una tienda de discos usados con un letrero pintado a mano que mostraba a un grupo de gente divirtiéndose bajo una explosión de notas musicales. Las tiendas de baratillo y las pastelerías estaban cerradas: Kresge's, Woolworth's, la heladería Sanders. Hacía frío. Había poca gente en la calle. Un hombre permanecía impasible en una esquina, su silueta espléndidamente recortada sobre el cielo invernal. El abrigo de cuero le llegaba a los tobillos. Unas enormes gafas espaciales en su fino rostro de largas mandíbulas, sobre las cuales llevaba —o navegaba, en realidad— un sombrero de terciopelo granate semejante a un galeón español. No formaba parte de mi mundo suburbano, por eso resultaba exótico. Y sin embargo era un personaje familiar, representativo de la peculiar energía creativa de mi ciudad natal. En cualquier caso, me alegré de verlo. No podía apartar los ojos de él.

Cuando era pequeña, ciertos individuos parados en las esquinas, como aquél, se

quitaban las gafas para guiñarme un ojo, burlándose al paso de la niña blanca que los miraba desde el asiento trasero del coche. Pero ahora, aquel tipo me lanzó una mirada completamente distinta. No se quitó las gafas, pero con la boca, las aletas de la nariz y la inclinación de la cabeza, me transmitió desafío e incluso odio. Entonces fue cuando me di cuenta de algo horroroso. No podría ser un hombre sin ser todo un Hombre. Aunque no quisiera serlo.

Dije a Capítulo Once que pasara por Pueblo Indio, para ver nuestra antigua casa. Quería darme un chapuzón de nostalgia para calmar los nervios antes de ver a mi madre. En invierno, los árboles de la calle estaban pelados de hojas, de manera que durante todo el camino pudimos ver el río helado. Pensé en el hecho asombroso de que el mundo contuviera tantas vidas, En aquellas calles, la gente se veía envuelta en mil asuntos, problemas de dinero, problemas amorosos, problemas con los estudios. Había quienes se enamoraban, se casaban, iban a rehabilitación de alguna drogodependencia, aprendían a patinar sobre hielo, se habituaban a llevar bifocales, estudiaban para los exámenes, se probaban ropa, se cortaban el pelo. Nacían niños. Y en algunas casas había personas que envejecían, enfermaban y morían, dejando que otros llorasen su muerte. Eso pasaba de continuo, inadvertidamente, y eso era lo que realmente importaba. Lo que verdaderamente tenía importancia en la vida, lo que le daba peso específico, era la muerte. Vista de ese modo, mi metamorfosis era un acontecimiento de escasa significación. Sólo al chulo de antes le habría interesado.

Pronto llegamos a Grosse Pointe. Los olmos extendían sus ramas desnudas sobre la calle desde ambas aceras, tocándose las puntas, y una costra de nieve cubría los macizos de flores frente a las caldeadas casas en hibernación. Mi organismo reaccionaba ante la visión del hogar. Chispas de felicidad estallaban en mi interior. Era una sensación canina, llena de ávido amor, indiferente a la tragedia. Ahí estaba mi casa, Middlesex. Allá arriba, en aquella ventana, en el poyete de baldosines, solía leer durante horas, comiendo moras de la morera del jardín.

No habían quitado la nieve del camino de entrada. Nadie había tenido tiempo de pensar en eso. Capítulo Once entró un poco deprisa y saltamos sobre los asientos, el tubo de escape golpeando en el suelo. Tras salir del coche, mi hermano abrió el maletero y llevó mi maleta hacia la casa. Pero se detuvo a medio camino.

—Oye, hermano —me dijo—. La maleta la puedes llevar tu solo.

Sonreía malévolamente. Estaba claro que disfrutaba con el cambio de paradigma. Tomaba mi metamorfosis como un rompecabezas, semejante a los de la contraportada de sus revistas de ficción científica.

—No nos precipitemos —repuse—. Puedes llevarme el equipaje siempre que quieras.

—¡Cógela! —gritó Capítulo Once, levantando la maleta del suelo.

Se la cogí, tambaleándome. Justo entonces se abrió la puerta de la casa y mi

madre, en zapatillas, salió al aire lleno de polvo de escarcha.

Tessie Stephanides, que en otra vida diferente, cuando los viajes espaciales eran una novedad, decidió seguir la corriente a su marido y concebir una niña por medios dudosos, veía ahora frente a ella, en el camino nevado, el fruto de aquella maquinación. Nada de niña ya, sino, a juzgar por su aspecto, un hijo mayor. Estaba cansada y abatida y no tenía fuerzas para enfrentarse a ese nuevo hecho. No era aceptable que estuviese viviendo ahora como varón. Tessie consideraba que yo no era quién para decidir eso. Ella me había traído al mundo, me había criado y educado. Me conocía antes de que yo empezara a conocerme a mí mismo, y ahora ella no tenía ni voz ni voto en el asunto. La vida empezaba siendo una cosa y luego, al doblar la esquina, se convertía de pronto en otra cosa. Tessie no sabía cómo había ocurrido aquello. Aunque en mi rostro seguía viendo a Calíope, cada uno de mis rasgos parecía cambiado, más acusado, y me crecía pelo en la barbilla y encima del labio superior. A ojos de Tessie, había algo criminal en mi apariencia. No podía dejar de pensar que mi llegada formaba parte de algún ajuste de cuentas, que Milton había recibido un castigo y que la sanción que a ella le correspondía acababa de empezar. Por todos esos motivos, mirándome con ojos enrojecidos, no se movió del umbral.

—Hola, mamá —le dije—. Ya estoy en casa.

Me adelanté para ir a su encuentro. Dejé la maleta en el suelo y, cuando volví a incorporarme, la cara de Tessie se había alterado. Llevaba meses preparándose para ese momento. Ahora enarcó las finas cejas, movió la comisura de la boca, arrugando las pálidas mejillas. Su expresión era la de una madre que observa cómo el médico va quitando el vendaje a un niño con graves quemaduras. Un rostro optimista, nada honrado con el paciente. Pero me dijo todo lo que necesitaba saber. Tessie procuraría habituarse a la situación. Estaba machacada por lo que había pasado conmigo, pero intentaría soportarlo por mi bien.

Nos abrazamos. Dada mi estatura, apoyé la cabeza en su hombro, y ella me pasó la mano por el pelo mientras yo sollozaba.

—¿Por qué? —siguió llorando sin ruido, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué? — Pensé que estaba hablando de Milton. Pero entonces aclaró—: ¿Por qué te escapaste, cariño?

—Tenía que hacerlo.

—¿No crees que habría sido más fácil seguir siendo lo que eras?

Alcé la cabeza y miré a mi madre a los ojos. Y se lo dije.

—Es que era así.

Querrás saberlo, lector: ¿Cómo nos adaptamos a la nueva situación? ¿Qué ocurrió con nuestros recuerdos? ¿Tuvo que morir Calíope para dejar sitio a Cal? A todas esas preguntas contestaré con el mismo lugar común: la capacidad de adaptación del ser humano es asombrosa. Cuando volví de San Francisco y empecé a llevar vida de

hombre, mi familia descubrió que, contrariamente a la opinión popular, la identidad sexual no es tan importante. Mi cambio de chica a chico era menos dramático que la distancia que todo el mundo recorre de la infancia a la edad adulta. En muchos aspectos seguía siendo la persona que siempre había sido. Incluso ahora, que vivo como hombre, en lo esencial continúo siendo la hija de Tessie. Soy yo quien se acuerda de llamarla todos los domingos. Es a mí a quien ella cuenta la creciente lista de sus dolencias. Como toda buena hija, seré yo quien la cuide en su vejez. Seguimos hablando de lo malo que tienen los hombres; cuando voy a verla a su casa, vamos juntas a que nos arreglen el pelo. Incliniéndose a las mudanzas del tiempo, El Vellochino de Oro corta ahora el pelo tanto a las mujeres como a los hombres. (Y por fin he permitido a la querida Sophie que me corte el pelo muy corto, tal como ella siempre había querido).

Pero todo eso vino después. Entonces teníamos prisa. Eran casi las diez. El coche fúnebre vendría a recogerlos al cabo de veinticinco minutos.

—Será mejor que te arregles un poco —me dijo Tessie.

El funeral produjo el efecto que han de tener todos los funerales: no nos dio tiempo para detenernos en nuestros sentimientos. Llevándome del brazo, Tessie me hizo entrar en la casa. Middlesex también estaba de luto. El espejo del estudio estaba tapado con un paño negro. En las puertas correderas había cintas negras. Todos los viejos detalles de la inmigración. Aparte de eso, el silencio y la penumbra que reinaban en la casa no eran naturales. Como siempre, los enormes ventanales incorporaban lo de fuera al interior de la casa, de modo que en la sala de estar era invierno; estábamos rodeados de nieve.

—Supongo que puedes ir con ese traje —me dijo Capítulo Once—. Es de lo más apropiado.

—Seguro que tú no tienes traje.

—No. Yo no fui a uno de esos pretenciosos colegios privados. Pero ¿de dónde lo has sacado, de todos modos? Huele que apesta.

—Por lo menos es un traje.

Mientras mi hermano y yo nos tomábamos mutuamente el pelo, Tessie no nos quitaba ojo. Estaba fijándose en la forma que mi hermano tenía de tratar a la ligera lo que me había pasado. No estaba segura de que ella pudiera hacer lo mismo, pero estaba viendo cómo lo hacía la joven generación.

De pronto hubo un ruido extraño, como el grito de un águila. El interfono crepitó en la pared de la sala de estar.

Una voz gritó:

—¡Yuu huuu! ¡Tessie, cariño!

Los viejos detalles de la inmigración, desde luego, no eran obra de Tessie. Quien gritaba por el interfono no era otra que Desdémona.



Te habrás estado preguntando, paciente lector, lo que había ocurrido con mi abuela. Habrás notado que, poco después de que se metiera en la cama para siempre, Desdémona empezó a desaparecer de escena. Pero ha sido adrede. Permití que saliera del relato porque, para ser francos, en los dramáticos años de mi transformación Desdémona no entraba para nada en el ámbito de mis preocupaciones. Durante los últimos cinco años había permanecido en la cama en el pabellón de invitados. En la época del Baker e Inglis, cuando me estaba enamorando del Objeto, mi abuela sólo aparecía en mis pensamientos de la manera más vaga. Veía cómo Tessie le preparaba la comida y se la llevaba al pabellón en una bandeja. Todas las noches veía cómo mi padre, consciente de sus deberes, iba a la habitación de la perpetua enferma con medicinas y botellas de agua caliente. En aquella época, Milton hablaba en griego con su madre, cada vez con mayor dificultad. Durante la guerra, Desdémona no había conseguido que su hijo aprendiera a escribir en su lengua materna. Ahora, ya anciana, reconocía horrorizada que también se le estaba olvidando hablarla. De cuando en cuando, era yo quien le llevaba la bandeja de la comida y durante unos minutos volvía a familiarizarme con aquella vida suya, semejante a una cápsula del tiempo. Aún tenía en la mesilla, para su tranquilidad, la fotografía enmarcada de su sepultura.

Tessie se acercó al interfono.

—Sí, *yiayιά* —dijo—. ¿Necesitas algo?

—Hoy me duelen mucho los pies. ¿Me has comprado el sulfato de magnesio?

—Sí. Ahora te lo llevo.

—¿Por qué no permite Dios que la *yiayιά* se muera, Tessie? ¡Todo el mundo se muere! ¡Todos menos la *yiayιά*! Ya soy muy vieja para vivir. ¿Y qué hace Dios? Nada.

—¿Has terminado el desayuno?

—Sí, gracias, cariño. Pero hoy las ciruelas pasas no estaban tan buenas.

—Pues son las mismas de siempre.

—Les habrá ocurrido algo, a lo mejor. Trae otras, por favor, Tessie. Las Sunkist.

—Muy bien.

—Vale, cariño *mu*. Gracias, cielo.

Mi madre apagó el interfono y se volvió hacia mí.

—La *yiayιά* no está muy bien. Se le va la cabeza. Desde que te fuiste, ha ido cuesta abajo. Le hemos dicho lo de Milt. —Se le entrecortó la voz, al borde de las lágrimas—. Lo que ha pasado. No podía dejar de llorar. Creí que se iba a morir allí mismo. Y entonces, unas horas después, me preguntó dónde estaba su hijo. Se le había olvidado todo. Quizá sea mejor así.

—¿Va a asistir al funeral?

—Casi no puede andar. La señora Papanikolas va a venir a cuidarla. La mitad de las veces no sabe ni dónde está. —Tessie sonrió tristemente, sacudiendo la cabeza—.

¿Quién habría pensado que sobreviviría a Milt?

De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuvo.

—¿Puedo ir a verla?

—¿Quieres verla?

—Sí.

Tessie pareció inquietarse.

—¿Qué vas a decirle?

—¿Qué tengo que decirle?

Durante unos segundos mi madre permaneció muda, pensando. Luego se encogió de hombros.

—No importa. Digas lo que digas, no lo recordará. Llévale esto. Querrá darse un baño de pies.

Llevando el sulfato de magnesio y un pastelito de *baklava* envuelto en celofán, salí de la casa y caminé por el porche, rodeando el patio, hasta el pabellón de invitados, detrás de la caseta del baño. La puerta no estaba cerrada con llave. La abrí y entré. La única luz del cuarto venía de la televisión, que casi estaba a todo volumen. Nada más entrar vi el viejo retrato del patriarca Atenágoras, que años atrás Desdémona había salvado de la almoneda doméstica. En una jaula frente a la ventana, un periquito verde, último superviviente de la antigua pajarera de mis abuelos, se movía de un lado para otro en su percha de madera de balsa. Aún estaban presentes algunos objetos y muebles familiares, los discos de *rebético* de Lefty, la mesita redonda de cobre y, por supuesto, justo en medio del tablero grabado, la caja de gusanos de seda. La caja estaba ahora tan llena de recuerdos que no se podía cerrar. Contenía fotos, cartas viejas, botones preciosos, piezas de sargas de cuentas. En el fondo de la caja, según sabía yo, había dos largas trenzas de pelo atadas con deterioradas cintas negras y una corona nupcial hecha con cuerda de barco. Sentí deseos de mirar todo aquello, pero al adentrarme en el cuarto mi atención se quedó prendida en el gran espectáculo que ofrecía la cama.

Desdémona estaba recostada, majestuosamente, en un almohadón de pana beige denominado «marido». El artefacto estaba provisto de bolsillos elásticos, de uno de los cuales sobresalía un nebulizador y dos o tres frascos de pastillas. Tapada hasta la cintura, Desdémona llevaba un camisón blanco y tenía en el regazo uno de sus abanicos de atrocidades turcas. Nada de aquello era sorprendente. Lo que me dejó estupefacta fue lo que Desdémona se había hecho en el pelo. Al enterarse de la muerte de Milton, se había quitado la redecilla de la cabeza, liberando verdaderas masas de pelo alborotado. Tenía los cabellos completamente grises pero muy bien conservados, y a la luz de la televisión casi parecían rubios. El pelo le caía sobre los hombros y se le derramaba sobre el cuerpo como el de la Venus de Botticelli. El rostro enmarcado por aquella asombrosa cascada no era, sin embargo, el de una

hermosa joven sino el de una anciana viuda de cabeza cuadrada y labios resecos. En el aire quieto de la habitación, el olor a medicinas y bálsamos para la piel dejaba sentir el peso del tiempo que se había pasado en la cama esperando y deseando la muerte. No estoy seguro de que, con una abuela como la mía, pueda llegarse alguna vez a ser un verdadero norteamericano en el sentido de creer que la vida es una búsqueda de la felicidad. La enseñanza que podía extraerse del sufrimiento y el rechazo de la vida de Desdémona era que la vejez no proseguía los múltiples placeres de la juventud sino que era una larga prueba que poco a poco iba robando intensidad a las más pequeñas y sencillas alegrías. Todo el mundo lucha contra la desesperación, pero lo que siempre triunfa al final es eso. Tiene que triunfar. Es lo que nos permite decir adiós.

Mientras estaba allí parado observándola, mi abuela torció de pronto la cabeza y me vio. Se llevó la mano al pecho. Con expresión atemorizada se echó hacia atrás en los almohadones y gritó:

—¡Lefty!

Ahora era yo la horrorizada.

—No, *yiayía*. No soy el *papú*. Soy yo. Cal.

—¿Quién?

—Cal. —Hice una pausa—. Tu nieto.

No era justo, desde luego. La memoria de Desdémona ya no era firme. Pero yo no la estaba ayudando mucho.

—¿Cal?

—Me llamaban Calíope, cuando era pequeña.

—Te pareces a mi Lefty —observó.

—¿En serio?

—Creí que eras mi marido, que venía a llevarme al cielo.

Rió por primera vez.

—Soy el hijo de Milt y Tessie.

En cuanto oyó esas palabras, el humor desapareció de los rasgos de Desdémona, que cobraron una expresión de disculpa y tristeza.

—Lo siento, no me acuerdo de ti, cariño.

—Te he traído esto —dije, mostrándole el sulfato de magnesio y el *baklava*.

—¿Por qué no ha venido Tessie?

—Tiene que vestirse.

—¿Vestirse? ¿Para qué?

—Para el entierro.

Desdémona dio un grito y volvió a llevarse la mano al pecho.

—¿Quién ha muerto?

No contesté. En cambio, bajé el volumen del televisor. Luego, señalando a la

jaula, dije:

—Me acuerdo de cuando teníais veinte pájaros.

Miró a la jaula, pero no dijo nada.

—Vivíais en el desván. En Seminole. ¿Recuerdas? Cuando teníais todos aquellos pájaros. Decías que te recordaba a Bursa.

Al oír aquel nombre, Desdémona volvió a sonreír.

—En Bursa teníamos toda clase de pájaros. Verdes. Amarillos. Rojos. De todas clases. Pajaritos pequeños, pero muy bonitos. Parecían de cristal.

—Quiero ir allí. ¿Te acuerdas de aquella iglesia? Quiero ir y arreglarla algún día.

—Milton va a ir a arreglarla. No hago más que repetírselo.

—Si él no lo hace, lo haré yo.

Desdémona me miró un momento, como calibrando mi capacidad de cumplir esa promesa.

—No me acuerdo de ti, cariño, pero ¿puedes preparar a la *yiayíá* el sulfato de magnesio?

Fui por la palangana y la llené de agua caliente en el grifo de la bañera. Rocié la superficie con sulfato de magnesio y lo llevé a la habitación.

—Ponlo frente a la butaca, cariño *mu*.

Así lo hice.

—Ahora ayuda a la *yiayíá* a levantarse de la cama.

Me acerqué a la cama y me agaché. Le saqué las piernas de entre las sábanas, primero una y luego otra, al tiempo que la ponía de lado. Pasándole el brazo sobre mi hombro, la puse en pie y la ayudé a cruzar la escasa distancia que la separaba de la butaca.

—Ya no puedo hacer nada sola —se lamentó por el camino—. Soy muy vieja, cariño.

—Estás muy bien.

—No, ya no me acuerdo de nada. Tengo dolores y achaques. El corazón no me funciona bien.

Ya habíamos llegado a la butaca. Me puse detrás de ella para ayudarla a sentarse. Volviendo a ponerme delante de ella, le metí los pies hinchados, surcados de venas azuladas, en el agua jabonosa. Desdémona murmuró de placer. Cerró los ojos.

Durante los siguientes minutos Desdémona se quedó silenciosa, disfrutando del cálido baño de pies. El color le volvió a los tobillos y le subió por las piernas. El tono sonrosado desapareció bajo el dobladillo del camisón pero, un momento después, le asomó por encima del cuello. El arrebató se le extendió por la cara, y cuando abrió los ojos había en ellos una claridad que antes estaba ausente. Me miró fijamente. Y entonces gritó.

—¡Calío! —Se llevó la mano a los labios—. *!Mana!* ¿Qué te ha pasado?

—He crecido —fue toda mi explicación.

No había tenido intención de contárselo, pero ahora no había ni que pensarlo. Tenía la impresión de que daba lo mismo. Aquella conversación no se le iba a quedar en la memoria.

Seguía examinándome, los cristales de las gafas aumentándole el tamaño de los ojos. De haber estado en posesión de todas sus facultades, Desdémona no habría comprendido ni una palabra de lo que le hubiera dicho. Pero en su senilidad se las apañó para asimilar la información. Vivía ahora en un mundo de recuerdos y sueños, y en aquel estado las viejas historias del pueblo volvían a hacerse cercanas.

—¿Ahora eres un chico, Calíope?

—Más o menos.

Lo pensó un poco.

—Mi madre me contaba una historia curiosa. En el pueblo, hace mucho tiempo, había niños que parecían niñas. Y luego... a los quince, dieciséis... ¡se convertían en chicos! Mi madre lo dice, pero yo no lo creo.

—Es una cuestión genética. El médico que me vio dijo que pasa en los pueblos pequeños. Donde todos se casan entre sí.

—El doctor Phil también me hablaba de eso.

—¿Ah, sí?

—Todo es culpa mía.

Sacudió la cabeza, tristemente.

—¿Qué es culpa tuya?

No lloraba exactamente. Tenía los lagrimales secos, y en las mejillas no se apreciaban huellas de humedad. Pero tenía el rostro contraído, y sus hombros se estremecían.

—Los curas dicen que los primos carnales no deben casarse —dijo—. Los primos segundos, vale; pero antes hay que preguntar al arzobispo. —Miraba a otra parte ahora, tratando de recordarlo todo—. Aunque quieras casarte con el hijo de tus padrinos, no puedes. Yo pensaba que sólo era un asunto de la Iglesia. No creía que fuese otra cosa, porque a los niños no puede pasarles nada. Sólo era una estúpida chica de pueblo.

En ese tono prosiguió durante un buen rato, torturándose. De pronto se había olvidado de mi presencia, o de que ella estaba hablando en voz alta.

—Y luego el doctor Phil me dijo unas cosas tan horribles que me operé. ¡No más niños! Luego, cuando Milton tuvo hijos suyos, me asusté. Pero no pasa nada. Así que, después de mucho tiempo, pienso que todo va bien.

—¿Qué has dicho, *yiayía*? ¿Que el *papú* era tu primo?

—Primo segundo.

—Eso no es problema.

—No sólo primo segundo. También hermano.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿El *papú* era tu hermano?

—Sí, cariño —afirmó Desdémona con un cansancio infinito—. Hace mucho tiempo. En otro país.

En aquel preciso momento sonó el interfono:

—¿Callie? —Tessie emitió una tosecita, corrigiéndose—: ¿Cal?

—Sí.

—Será mejor que te arregles un poco. El coche viene dentro de diez minutos.

—No voy a ir. —Hice una pausa—. Me quedo aquí con la *yiayí*.

—Tienes que venir, cariño —insistió Tessie.

Me acerqué más y, pegando los labios al interfono, anuncié con voz grave:

—A esa iglesia yo no voy.

—¿Por qué no?

—¿Es que no te has fijado lo que cobran por esas puñeteras velas?

Tessie rió. Lo necesitaba. De modo que seguí adelante, imitando la voz de mi padre.

—¿Dos machacantes por una vela? ¡Menuda estafa! A lo mejor se puede convencer a alguien del pueblo para que afloje la mosca por algo así, ¡pero no aquí, en los Estados Unidos de América!

Imitar a Milton era algo infeccioso. Ahora Tessie puso la voz grave y dijo por el interfono:

—¡Una auténtica estafa!

Rió de nuevo. Entonces comprendimos cómo íbamos a hacerlo. Así era como íbamos a mantener vivo a Milton.

—¿Estás seguro de que no quieres venir? —me preguntó.

—Sería muy complicado, mamá. No quiero tener que explicárselo a todo el mundo. Todavía no. Me convertiría en una distracción demasiado grande. Es mejor que no vaya.

En su fuero interno, Tessie estaba de acuerdo conmigo, de modo que cedió pronto.

—Le diré a la señora Papanikolas que no hace falta que venga a quedarse con la *yiayí*.

Desdémona seguía mirándome, pero tenía una expresión soñadora en los ojos. Sonreía. Y entonces me dijo:

—Mi cuchara tenía razón.

—Supongo que sí.

—Lo siento, cariño. Lamento que te ocurriera a ti.

—No pasa nada.

—Lo siento, cariño *mu*.

—Me gusta como soy —aseguré—. Va a ser muy interesante.

Como no se le quitaba la expresión apenada, la cogí de la mano.

—No te preocupes, *yiayiá*. No se lo diré a nadie.

—¿Y a quién se lo vas a decir? Se han muerto todos.

—Tú no. Esperaré hasta que tú no estés.

—Vale. Cuando me muera, se lo podrás contar a todo el mundo.

—Lo haré.

—*Bravo*, cariño *mu*. *Bravo*.

En la iglesia de la Asunción, sin duda en contra de sus deseos, Milton Stephanides era objeto de todo un funeral ortodoxo. El padre Greg ofició el servicio. En cuanto al padre Michael Antoniou, fue acusado de robo de mayor cuantía y condenado a dos años de cárcel. La tía Zo se divorció de él y se fue a Florida con Desdémona. ¿Adonde exactamente? A Playa Nueva Esmirna. ¿Dónde, si no? Unos años después, cuando mi madre se vio obligada a vender la casa, también se mudó a Florida y allí vivieron las tres juntas igual que lo habían hecho en la calle Hurlbut, hasta la muerte de Desdémona, en 1980. Tessie y Zoë siguen en Florida, viviendo solas.

El féretro de Milton permaneció cerrado durante toda la ceremonia. Tessie había entregado a Georgie Pappas, el dueño de la funeraria, la corona nupcial de su marido, para que la metiera en el ataúd. Cuando llegó el momento de dar el último beso al difunto, los acompañantes pasaron en fila junto al féretro de Milton y lo besaron en la tapa. Al funeral de mi padre asistió menos gente de lo que pensábamos. No apareció ninguno de los gerentes de los puestos de salchichas, ninguna de las personas con las que Milton había tenido trato durante años y años; y así comprendimos que, pese a su cordialidad, Milton nunca había tenido amigos, sino sólo socios en los negocios. En cambio, asistieron todos los miembros de la familia. Peter Tatakis, el quiropráctico, llegó en su Buick color burdeos, y Bart Skiotis presentó sus respetos en la iglesia cuyos cimientos se había encargado de poner con materiales de inferior calidad. También asistieron Gus y Helen Panos, y como se trataba de un funeral, la traqueotomía de Gus hizo que su voz se pareciera aún más a la llamada de la muerte. Tía Zo y los primos no se sentaron en primera fila. El banco estaba reservado para mi madre y mi hermano.

Así que fui yo quien, manteniendo una antigua costumbre griega que ya nadie recordaba, me quedé en Middlesex, bloqueando la puerta para que el espíritu de Milton no entrara de nuevo en la casa. Debía hacerlo un hombre, y ahora yo estaba facultado para ello. Con mi traje negro y mis zapatos de puntera cuadrada, me quedé en el umbral de la puerta, abierta al viento de invierno. Los sauces llorones, desprovistos de hojas, extendían las ramas retorcidas como almas en pena. El cubo amarillo pastel que era nuestra casa modernista resaltaba limpiamente entre la

blancura de la nieve. Middlesex ya tenía casi setenta años. Aunque la habíamos estropeado con nuestros muebles coloniales, seguía siendo el faro que había pretendido ser, un lugar con pocas particiones interiores, despojado de las formalidades de la vida burguesa, un sitio concebido para un nuevo tipo de ser humano, que habitaría un mundo nuevo. No pude dejar de tener la sensación, como es natural, de que aquella persona era yo. Yo y todos los seres que eran como yo.

Después del funeral en la iglesia, todo el mundo subió a los coches para dirigirse al cementerio. Cintas de color púrpura ondeaban en las antenas mientras el cortejo avanzaba lentamente por las calles de la vieja Zona Este, donde se había criado mi padre, donde en otro tiempo había dado serenatas a mi madre desde la ventana de su habitación. La caravana de vehículos desembocó en la Avenida Mack y, al pasar por la calle Hurlbut, Tessie miró por la ventanilla de la limusina para ver la vieja casa. Pero no la encontró. Habían crecido matorrales por todas partes, los jardines estaban llenos de basura y las decrepitas casas, ofrecían todas, el mismo aspecto. Poco después, el coche fúnebre y las limusinas se encontraron con una fila de motocicletas y mi madre observó que los conductores iban tocados con un fez. Eran miembros del Santuario Místico que habían ido a la ciudad para un congreso. Respetuosamente, se hicieron a un lado para dejar pasar al cortejo funerario.

En Middlesex, yo seguí en la puerta principal. Me tomé en serio la misión y no me moví, pese al viento glacial. El escepticismo de Milton, el hijo apóstata, se vio confirmado aquel día porque su espíritu no volvió, no intentó entrar en casa. La morera no tenía hojas. El viento barría la nieve endurecida y azotaba mis rasgos bizantinos, que eran los mismos de mi padre y de la niña americana que yo había sido tiempo atrás. Permanecí en la puerta una hora, tal vez dos. Perdí la cuenta al cabo de un rato, feliz de estar en casa, llorando a mi padre, y pensando en lo que vendría después.





JEFFREY EUGENIDES. (Detroit, Míchigan; 8 de marzo de 1960) novelista estadounidense de ascendencia griega.

Se licenció en la Universidad de Brown en 1983 y realizó un máster de escritura creativa en la Universidad de Stanford. Vivió con su familia en Berlín entre 1997 y 2004 y está casado con la artista Karen Yamauchi. Actualmente viven en Princeton, New Jersey. Es muy reacio a las apariciones públicas o a divulgar detalles de su vida privada.

# Notas

[1] La **fascia** es la envoltura de tejido conjuntivo que realiza un número importante de funciones, incluyendo la envoltura y el aislamiento de uno o más músculos.<<

[2] Flautilla de caña, madera o hueso, con sonido muy agudo.<<

[3] Un Hammam (Hammim), también conocido como baño árabe, baño turco o hammam, es una modalidad de baño de vapor.<<

[4] Estigma de la flor.<<

[5] Un **Serrallo** (en turco: *sarây* palacio, a través de la italianización diminutiva «*seraglio*») es un palacio o bien residencia de un regidor turco.<<

[6] La **hipospadias** es una anomalía congénita por la que el pene no se desarrolla de la manera usual. El resultado es que la abertura del pene (el agujero de orinar o, en términos médicos, el *meato urinario*) se localiza en algún lugar en la parte inferior del glande o tronco, o más atrás, como en la unión del escroto y pene.<<